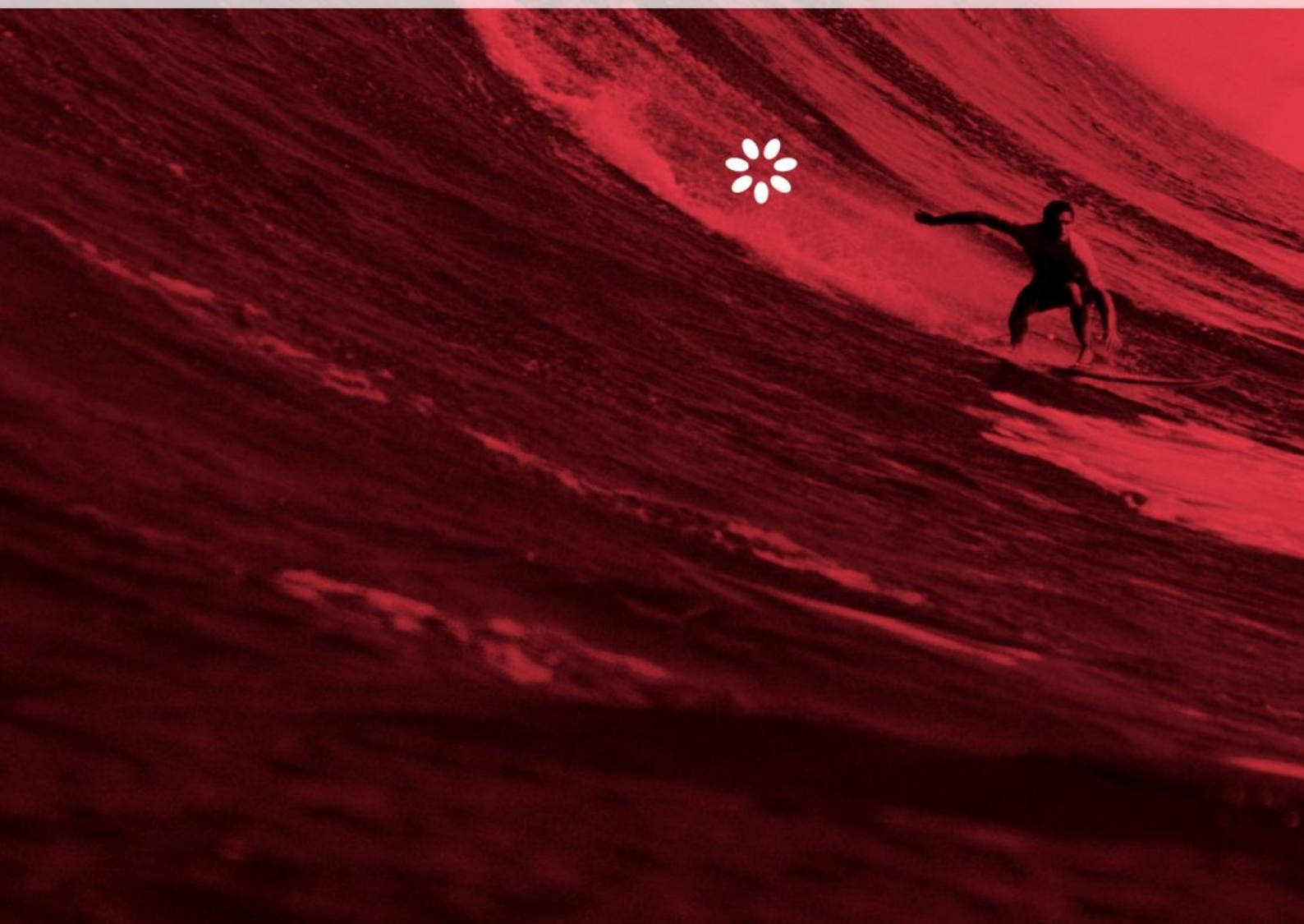
Libros del Asteroide

William Finnegan

Años salvajes

Premio Pulitzer



SUSCRIBITE
VOS SOS PARTE
Lástima a nadie, maestro
LANM

LÁSTIMA A NADIE, MAESTRO
Literatura, historia y política de la pelota

Uno. Frente a Diamond Head

Honolulu, 1966-1967

Nunca se me había ocurrido considerarme un niño mimado, pero la escuela secundaria de Kaimuki fue una sorpresa terrible para mí. Acabábamos de llegar a Honolulu, yo estaba en octavo grado y la mayoría de mis nuevos compañeros de clase eran «drogadictos, esnifadores de pegamento y matones», o eso le escribí a un amigo que se había quedado en Los Ángeles. No era verdad. Sí lo era que los haoles (los blancos: yo formaba parte de ellos) eran una minoría diminuta y muy poco popular en Kaimuki. Los «nativos», como yo los llamaba, parecían tenernos una manía especial. Y eso era lo preocupante, porque muchos de los hawaianos eran inquietantemente grandotes para ser chicos de secundaria, y encima corría el rumor de que les gustaba pelearse. Los «orientales» —vuelvo a usar mi propia terminología— eran el grupo étnico más numeroso en la escuela. En aquellos primeros días yo no era capaz de diferenciar a los japoneses de los chinos o los coreanos: para mí todos eran orientales. Tampoco sabía nada de la existencia de otras tribus importantes, como los filipinos, los samoanos o los portugueses, que no entraban en la categoría de haole, ni mucho menos de los chicos que tenían orígenes étnicos mestizos. Incluso es probable que llegase a pensar que era hawaiano el grandullón del taller de carpintería que desde el primer momento empezó a desarrollar un sádico interés en mí.

Llevaba unos lustrosos zapatos negros con la puntera afilada, pantalones pitillo y alegres camisas de flores. Un gran tupé de pelo muy rizado coronaba su cabeza y daba la impresión de haber estado afeitándose desde el mismo día en que nació. Casi nunca hablaba, y cuando lo hacía, usaba el pidgin[1] local que yo no

[1] Un pidgin es una lengua simplificada, creada y usada por individuos de comunidades que no tienen una lengua común ni conocen suficientemente alguna otra lengua para usarla entre ellos. Los pidgins han sido comunes a lo largo de la historia en

entendía. Era una especie de gánster juvenil que llevaba años repitiendo curso y que solo esperaba el momento de poder abandonar la escuela. Se llamaba Freitas —nunca llegué a saber su nombre de pila—, pero no parecía estar emparentado con el clan de los Freitas, una extensa familia que tenía muchos vástagos pendencieros y bravucones entre el alumnado de la escuela secundaria de Kaimuki. El Freitas de las punteras afiladas me estuvo estudiando sin ningún disimulo durante unos días, cosa que me fue poniendo cada vez más nervioso, y luego inició una serie de asaltos contra mi autocontrol, chocándose contra mi hombro, por ejemplo, cuando estaba concentrado cortando con la sierra mi caja de limpiabotas a medio terminar.

Yo estaba demasiado asustado para decir nada y él nunca me dirigía la palabra. Eso parecía formar parte de la diversión. Después adoptó un pasatiempo rudimentario pero ingenioso para entretenerse durante los largos periodos que pasábamos sentados en el aula donde dábamos las clases de carpintería. Se sentaba detrás de mí y, cada vez que el profesor se daba la vuelta, me golpeaba en la cabeza con un listón de madera. Bonk… bonk… bonk… Era un ritmo regular que siempre incluía una pausa lo bastante larga como para dejarme albergar la tenue esperanza de que no se repitieran los golpes. Yo no lograba entender que el profesor no oyera aquellos estruendosos golpes no autorizados. Eran lo suficientemente potentes como para llamar la atención de nuestros compañeros de clase, que parecían fascinados por el pequeño ritual de Freitas. Dentro de mi cabeza, por supuesto, los golpes sonaban como explosiones que me sacudían los huesos. Freitas usaba un listón muy largo —de casi un metro y medio— y procuraba no golpear demasiado fuerte, lo que le permitía regocijarse con unos golpes que no me dejaban señal alguna, y que propinaba desde una distancia incomprensible, casi meditabunda, que le procuraba, imagino, mucho más morbo a su actuación.

---

situaciones como el comercio, donde los dos grupos hablan lenguas diferentes, o situaciones coloniales en que había mano de obra forzada (frecuentemente entre los esclavos de las colonias se usaban temporalmente pidgins)

Me pregunto si mi reacción hubiera sido igual de pasiva que la de mis compañeros de haber elegido Freitas a algún otro alumno como objetivo. Probablemente sí. El profesor estaba absorto en su propio mundo, y su única preocupación eran las sierras de mesa. No hice nada por defenderme. Cuando acabé averiguando que Freitas no era hawaiano, debí de asumir que me merecía el acoso que sufría. Al fin y al cabo yo era flacucho, haole y no tenía amigos.

Años más tarde llegué a la conclusión de que mis padres me habían enviado a la escuela secundaria de Kaimuki por una confusión. Estábamos en 1966 y la enseñanza pública de California, sobre todo en los barrios de clase media donde nosotros vivíamos, era de las mejores del país. Las familias que conocíamos jamás se habían planteado enviar a sus hijos a colegios privados. Pero la enseñanza pública de Hawái era una cosa muy distinta: empobrecida por los recortes, y sin haber conseguido desprenderse de la tradición colonial de los misioneros, estaba a años luz de la media educativa americana.

De todos modos, eso era algo que no se percibía en las escuelas elementales a las que iban mis hermanos pequeños (Kevin tenía nueve años y Colleen, siete. Michael tenía tres años, y en los tiempos anteriores al sistema de guarderías públicas, mis padres no estaban obligados a escolarizarlo). Habíamos alquilado una casa en el extremo de un barrio próspero llamado Kahala, y la escuela elemental de Kahala era un oasis de enseñanza progresista que contaba con muy buena financiación. De no ser porque se permitía a los alumnos ir descalzos a clase —un rasgo, en nuestra opinión, de sorprendente permisividad tropical—, la escuela elemental de Kahala podría haber estado en cualquier próspero vecindario de Santa Mónica. Sin embargo, resultaba muy elocuente que la escuela elemental de Kahala no tuviese una escuela secundaria, y ello se debía a que todas las familias de la zona que se lo podían permitir mandaban a sus hijos a los colegios privados de enseñanza secundaria que habían educado durante generaciones a la clase media de Honolulu (y del resto de Hawái), así como a los ricos.

Ajenos a todas estas cuestiones, mis padres me habían enviado a la escuela secundaria más cercana, en el barrio obrero de Kaimuki, que se hallaba en la parte posterior del cráter de Diamond Head, donde imaginaban que yo me dedicaba a aprender todo lo que debía aprenderse en octavo grado, cuando en realidad casi no podía hacer nada más que soportar los rigores del acoso escolar, la soledad y las peleas, al tiempo que aprendía a abrirme paso en el mundo interracial, después de haberme acostumbrado a vivir en los suburbios exclusivamente blancos de California. Incluso las clases parecían estructurarse en función de los orígenes raciales, al menos en cuanto a las cuestiones académicas. Los alumnos se distribuían por grupos en función de las calificaciones obtenidas, y estos grupos asistían juntos a cada asignatura. A mí me metieron en un grupo del nivel superior, y casi todos mis compañeros de clase eran chicas japonesas. No había hawaianos ni samoanos ni filipinos, y las clases, que eran remilgadas y facilonas, me aburrían de una forma que hasta entonces nunca había experimentado. El hecho de que para mis compañeros de curso yo no tuviera ninguna clase de existencia social no facilitaba en absoluto las cosas. Así que me pasaban las horas encogido en las filas traseras del aula, vigilando los árboles del exterior en busca de indicios que señalaran la fuerza y la dirección del viento, mientras dibujaba olas y tablas de surf.

Llevaba tres años surfeando cuando a mi padre le dieron el trabajo que nos llevó a Hawái. Hasta entonces había trabajado, casi siempre como ayudante de dirección, en algunas series de televisión, como *El doctor Kildar*e o *El agente de C.I.P.O.L.* Ahora era el jefe de producción de una nueva serie, un espectáculo musical de variedades inspirado en un programa de radio, *Hawaii Calls*. La idea era poner a cantar a *Don Ho* en un barco con el fondo de cristal, colocar una banda de calipso junto a una cascada, sacar unas cuantas chicas hawaianas bailando mientras un volcán entraba en erupción, y decir que aquello era un programa musical. «*No va a ser un concurso de talentos*», me dijo mi padre, «*pero casi*».

—Si es malo de narices, fingiremos que no te conocemos —dijo mi madre—. ¿Cómo dice, Bill qué más?

El presupuesto no era muy alto, a juzgar por la casa diminuta que tuvimos que alquilar (Kevin y yo nos turnábamos durmiendo en el sofá) y el viejo Ford oxidado que compramos para movernos por la isla. La casa, sin embargo, estaba cerca de la playa, al final de un camino flanqueado por otras viviendas en una calle llamada Kulamanu, y el tiempo, que era caluroso incluso en enero, cuando llegamos, nos pareció un lujo decadente.

Me embargaba la emoción por estar en Hawái. Todos los surfistas y todos los lectores de revistas de surf —y yo me había aprendido de memoria cada párrafo y cada pie de foto de las revistas que tenía— se pasaban la mayor parte de su vida, les gustase o no, imaginando estar en Hawái. Y ahora yo estaba allí, pisando la arena de Hawái (gruesa y con un olor raro), saboreando el agua de mar de Hawái (tibia y con un olor raro) y remando hacia las olas hawaianas (pequeñas, de paredes oscuras y peinadas por el viento).

Nada era como me lo había imaginado. En las revistas las olas de Hawái siempre eran grandes, y, en las fotos, su color oscilaba entre un intenso azul océano y un turquesa pálido casi imposible. El viento era siempre terral (el que sopla de tierra, el ideal para el surf), y las rompientes eran los campos elíseos de los dioses: *Sunset Beach*, *Banzai Pipeline*, *Makaha*, *Ala Moana*, la bahía de *Waimea*.

Sin embargo, todo eso parecía a varios mundos de distancia del mar que se veía frente a nuestra casa. Incluso *Waikiki*, conocido por sus rompientes para principiantes y por las aglomeraciones de turistas, estaba en el otro extremo de *Diamond Head* — en la glamurosa e icónica vertiente occidental—, igual que las restantes partes de Honolulu de las que todo el mundo había oído hablar. Pero nosotros estábamos en la ladera sudoriental de la montaña, al final de un collado

umbrío que descendía en pendiente hacia el mar, al oeste de *Black Point*. La playa no era más que una estrecha franja de arena húmeda, siempre vacía.

La tarde de nuestra llegada, mientras hacía mi primera y frenética exploración del mar, descubrí que la rompiente era muy rara. Las olas rompían aquí y allá en el borde exterior de un arrecife musgoso casi a ras de agua. Me preocupaba el coral, que tenía fama de ser muy afilado. Entonces, a lo lejos, hacia el oeste, vi el acostumbrado minué de las siluetas que subían y bajaban, iluminadas al trasluz por el sol de la tarde. ¡Surfistas! Volví a subir corriendo por el camino. Dentro de casa todo el mundo estaba deshaciendo maletas y peleándose por las camas. Yo me puse las bermudas, agarré mi tabla y me largué sin decir nada.

Remé más de medio kilómetro hacia el oeste por una laguna poco profunda, manteniéndome muy cerca de la orilla. Se terminaron las casas de la playa y en su lugar apareció, frente a la arena, la falda boscosa y empinada de *Diamond Head*. Luego desapareció el arrecife que tenía a mi izquierda y dejó al descubierto un amplio canal de aguas mucho más profundas en las que no rompían las olas. Al otro lado del canal surgieron diez o doce surfistas que surfeaban un racimo de oscuras crestas que rompían a la altura del pecho, bajo un viento moderado procedente del mar. Fui remando despacio hacia el pico —la zona donde se cogen las olas—, pero usando una ruta indirecta que me permitía estudiar cómo cogía las olas cada uno de ellos. Eran buenos. Tenían un estilo muy natural, sin florituras. Ninguno se cayó. Y ninguno, a Dios gracias, se dio cuenta de que yo estaba allí.

Giré y me metí en un tramo vacío del pico. Había muchas olas. Las bajadas se hacían con olas que se desmenuzaban, pero eran fáciles. Dejé que los músculos actuaran de memoria y pillé un par de olas pequeñas y fofas que rompían hacia la derecha. Eran distintas —aunque no mucho— de las que yo había conocido en California; poco fiables, pero no daban miedo. Se veía el coral del fondo, pero con la

excepción de unos pocos salientes que asomaban hacia dentro (más cerca de la orilla), se hallaba a bastante profundidad.

Los demás surfistas charlaban y se reían. Les escuché, pero no conseguí entender una palabra. Probablemente hablaban en pidgin. Yo tenía noticias del pidgin porque había leído Hawái, de James Michener, pero como solo llevaba un día en la escuela secundaria de Kaimuki todavía no lo había escuchado hablar. O quizá estaban hablando una lengua extranjera. Yo era el único haole (otra palabra aprendida leyendo a Michener) que había en el agua. En un momento dado, un tipo mayor que yo pasó remando a mi lado e hizo un gesto señalando mar adentro. «Afuera», dijo. Fue la única palabra que me dirigieron aquel día. Y el tipo tenía razón: por fuera se estaba acercando una serie, la más grande de aquella tarde. Agradecí que me hubieran avisado.

En cuanto se puso el sol empezó a disminuir el número de surfistas. Intenté ver hacia dónde iban. Casi todos parecían coger un sendero empinado que subía por la ladera hacia la carretera de *Diamond Head*. Llevaban las pálidas tablas sobre la cabeza y avanzaban a paso regular, con la quilla por delante, zigzagueando por las curvas. Agarré la última ola, la fui surfeando hasta llegar a las aguas poco profundas y empecé la larga travesía a remo a través de la laguna. Comenzaban a encenderse las primeras luces en las casas. El aire era más fresco y las sombras tenían un matiz azul oscuro bajo las hojas de los cocoteros de la orilla. Yo estaba radiante de júbilo por mi buena suerte. Solo me faltaba tener a alguien a quien pudiera decirle: «*Estoy en Hawái, estoy surfeando en Hawái*». Y entonces se me ocurrió que ni siquiera sabía el nombre del lugar en el que había estado surfeando.

Se llamaba *Cliffs*. Era un mosaico de arrecifes con forma de arco que se extendían hacia el sur y el oeste, a lo largo de más de medio kilómetro, desde el canal por el que había empezado a remar. Cuando descubres un nuevo pico, un nuevo lugar para hacer surf, lo primero que haces es compararlo con otras

rompientes, con todas las demás olas que has aprendido a leer con atención. Pero en aquella época mis archivos consistían únicamente en diez o quince picos de California, y de ellos solo había uno que yo conociera bien: un pico de guijarros en Ventura. Ninguna de estas experiencias me había preparado especialmente bien para *Cliffs*, donde ahora, tras esa sesión inicial, yo intentaba surfear dos veces al día.

Era un pico muy consistente, en el sentido de que casi siempre había olas que agarrar, incluso en la época que llegué a identificar como la temporada baja de la costa sur de *Oahu*. Los arrecifes de *Diamond Head* están en el extremo meridional de la isla, de modo que reciben todos los restos del mar de fondo que pasa por allí, pero también están muy expuestos al viento, incluso a las ráfagas repentinas que descienden por la ladera del cráter. Ese viento, junto con el vasto rompecabezas de los arrecifes y las marejadas que llegaban desde muchos puntos distintos de la brújula, se conjuraba para producir unas situaciones siempre cambiantes que, por una paradoja que no pude llegar a vislumbrar en su momento, suponían una tumultuosa refutación, hora tras hora, de la idea de regularidad. Cliffs poseía una caprichosa complejidad que superaba todo lo que yo conocía.

Las mañanas eran lo más complicado. Para surfear antes de ir a la escuela, tenía que estar allí antes del amanecer. Mi breve experiencia me indicaba que el mar tenía que estar muy liso a esas horas. En California, al menos, casi nunca hay viento tan temprano. Pero en los trópicos era distinto; y desde luego era distinto en Cliffs. Al salir el sol, los vientos alisios solían ser muy fuertes. Las hojas de palma entrechocaban en lo alto de mi cabeza mientras bajaba por el sendero, con la tabla encerada sobre la cabeza, y desde la orilla veía borregos de espuma en la parte de afuera, más allá del arrecife, derramándose, de este a oeste, sobre un océano de un imperial color azul. Se decía que los alisios soplaban en dirección nordeste, que en teoría no era una mala dirección para una costa expuesta al sur, pero de algún modo en Cliffs siempre soplaban de lado, y con la fuerza suficiente para arruinar casi todos los picos de aquel ángulo.

Y aun así, aquel lugar tenía una especie de huraña perdurabilidad que lo hacía surfeable, al menos para mis propósitos, incluso en aquellas pésimas condiciones. Casi nadie más surfeaba allí al amanecer, cosa que me permitía explorar a fondo el área de despegue. Aprendí a controlar las secciones engañosas, rápidas y poco profundas, y los picos más suaves en los que hacía falta un rápido cutback para seguir en la ola. Incluso en los días de viento fuerte y olas hasta la cintura, era posible apurar algunas olas e improvisar un recorrido largo y satisfactorio. El arrecife tenía mil peculiaridades distintas, que cambiaban muy deprisa conforme a los movimientos de las mareas. Y cuando el canal interior empezaba a teñirse de un lechoso color turquesa —un color no muy distinto al de las fantásticas olas hawaianas que se veían en las revistas— eso significaba, tal como yo iría descubriendo más tarde, que el sol había alcanzado la altura que debía llevarme de vuelta a casa para el desayuno. Si la marea estaba muy baja y me era imposible remar en la laguna, aprendí a prever un regreso más lento caminando sobre la blanda y áspera arena, mientras hacía esfuerzos por mantener la punta de la tabla orientada hacia el viento.

Por las tardes las cosas eran muy distintas. El viento era más débil, el mar estaba menos revuelto y solía haber más gente surfeando. Al cabo de unas pocas sesiones ya pude reconocer a algunos surfistas. En los picos de California que yo conocía había muchas menos olas disponibles, una enorme competencia para hacerse con las mejores posiciones y una jerarquía que se respetaba escrupulosamente. Si uno era muy joven y no tenía aliados, como por ejemplo un hermano mayor, debía procurar no cruzarse jamás, aunque fuera sin querer, con los peces gordos de la zona. Pero en *Cliffs* había tanto espacio disponible y tantas olas que rompían hacia el oeste del pico principal —o quizá, si uno había estado atento, en un tramo interior que se había puesto en movimiento sin llamar mucho la atención—, que me sentí con total libertad para explorar los márgenes de la zona.

Nadie se metía conmigo. Nadie me miraba mal. Era justo lo contrario de mi vida en la escuela.

En mi programa de orientación educativa figuraban las peleas a puñetazos, algunas de las cuales se establecían con arreglo a un horario. Había un cementerio junto al campus de la escuela que tenía un claro de hierba muy bien escondido en un extremo, y allí era donde los chicos iban a dirimir sus diferencias. Un día me vi allí enfrentándome a varios chicos que se llamaban Freitas, aunque ninguno de ellos estaba emparentado con mi velludo acosador del taller de carpintería. El primer oponente que tuve era tan pequeño y tan joven que incluso llegué a pensar que no era de nuestra escuela. Por lo visto, el método de entrenamiento militar del clan de los Freitas consistía en buscar un idiota sin aliados conocidos o sin el caletre suficiente para evitar las peleas, y luego enviar al ring al miembro más joven con alguna posibilidad de ganar la batalla. Si perdía, entonces le tocaba el turno al siguiente Freitas en edad. Y el proceso continuaba hasta que el extraño era derrotado. Todo discurría sin apasionamiento. Los Freitas mayores programaban y arbitraban las peleas, por lo general de una forma bastante justa.

Mi primera pelea tuvo muy poco público —en realidad no le interesaba a nadie —, pero yo estaba cagado de miedo, porque no tenía ningún conocido conmigo ni sabía cuáles eran las reglas. Mi adversario resultó ser asombrosamente fuerte para su edad, y encima tenía un carácter feroz, pero tenía los brazos tan cortos que no lograba alcanzarme con sus puñetazos, así que al final conseguí derrotarlo sin que ninguno de los dos sufriese mucho daño. Su primo, que ocupó inmediatamente su lugar, era casi de mi talla, así que el combate despertó más interés. Conseguí defenderme, pero los dos teníamos ya un ojo morado cuando uno de los Freitas mayores dio por finalizada la lucha con un empate. Habría una revancha, según dijo, y añadió, sin dejar lugar a preguntas de ninguna clase, que si yo la ganaba, alguien llamado Tino aparecería y me partiría el culo. Después los Freitas se fueron. Recuerdo haberlos visto corretear, riéndose desinhibidos como

una milicia unifamiliar, mientras ascendían por la larga pendiente del cementerio. Estaba claro que llegaban tarde a otra cita. Me dolía la cara, me dolían los nudillos, pero estaba mareado de alivio. Luego vi a un par de chicos haole de mi edad ocultos entre los matorrales, al final del calvero. Me estaban mirando como si fueran ardillas. Me pareció reconocerlos de la escuela, pero se largaron sin decir palabra.

Creo recordar que gané la revancha. Y luego Tino me partió la cara, y nada de preguntas.

Hubo más peleas, incluida una que duró varios días con un chino de la clase de agricultura, que se negó a rendirse incluso cuando logré meterle la cara en el barro rojizo del huerto de lechugas. Esa violenta refriega se prolongó durante una semana. Se reiniciaba todas las tardes y nunca tuvo un ganador claro. Los demás niños de la clase, que disfrutaban con el espectáculo, se ocupaban de que el profesor no nos sorprendiera si acertaba a pasar por allí.

No sé qué pensarían mis padres. Cortes, moratones, ojos morados, todo eso se podía explicar con el fútbol americano, el surf, cualquier cosa. Un pálpito que ahora, con el paso del tiempo, me parece acertado me dice que ellos no podían ayudarme de ninguna manera, así que yo no les contaba nada.

Una pandilla de racistas vino en mi ayuda. Se hacían llamar la *Gente Guapa*. Eran haoles, y a pesar de su ridículo nombre, eran desastrosamente malos. El jefe era un chico jovial, disoluto, con la voz cascada y los dientes rotos, que se llamaba Mike. No tenía una gran corpulencia, pero se movía por la escuela con una temeraria bravuconería que intimidaba a todo el mundo, con la excepción de los samoanos más grandotes. El verdadero hogar de Mike, según se supo más tarde, era un centro de detención de menores que estaba por algún sitio: la asistencia a la escuela era tan solo un permiso al que quería sacarle el máximo partido. Tenía una hermana menor, Eddie, que era rubia, y flaca y salvaje, y su casa de Kaimuki era la sede social de la *Gente Guapa*. En la escuela se reunían bajo un árbol de la lluvia, en

una loma de tierra roja que se levantaba tras el bungaló sin pintar donde yo daba clases de mecanografía. Mi admisión en el grupo no se ajustó a ningún protocolo. Mike y sus compinches simplemente me dijeron que podía juntarme con ellos bajo el árbol de la lluvia. Gracias a la *Gente Guapa,* donde había más chicas que chicos, fui entendiendo el contexto general, primero, y más tarde los detalles del mosaico racial de Hawái. Nuestros peores enemigos, según llegué a saber, eran los mokes, término que parecía referirse a cualquiera que fuera fuerte y tuviera la piel oscura.

—Tú ya te has zurrado con los mokes —me dijo Mike.

Me di cuenta de que era verdad.

Mi carrera pugilística se fue diluyendo. La gente descubrió que ahora formaba parte de la pandilla de los haoles y prefirió elegir a otros chavales. Incluso Freitas empezó a dejarme en paz en el taller de carpintería. Pero ¿de verdad se había olvidado de su listón de madera? Era difícil creer que se dejase intimidar por la Gente Guapa.

De forma discreta, yo me dedicaba a estudiar cómo surfeaban algunos de los habituales de *Cliffs*, los que parecían leer mejor las olas, los que encontraban las secciones más veloces, los que mejor movían las tablas en cada giro. Mi primera impresión se confirmó: nunca había visto a nadie que surfeara tan bien. Los movimientos de las manos estaban perfectamente sincronizados con los de los pies.

Las rodillas se doblaban mucho más que en el surf que yo había visto, y las caderas se movían con mucha más soltura. No se solía surfear en la punta de la tabla, que era algo que estaba muy de moda en el continente y que exigía saber deslizarse, cada vez que se presentaba la oportunidad, hasta el extremo de la tabla, colocando los cinco o los diez dedos sobre la punta delantera para desafiar la física elemental del deslizamiento y la flotación. Por entonces no lo sabía, pero lo que estaba viendo era el estilo clásico de las islas. Desde el canal iba tomando notas

mentales y, sin ni siquiera darme cuenta, empecé a caminar mucho menos hacia la punta.

Unos pocos surfistas eran muy jóvenes, entre ellos un chico enjuto que caminaba muy erguido y que parecía tener la misma edad que yo. Se mantenía alejado del pico principal y prefería coger las olas más lejanas. Yo siempre estiraba el cuello para ver lo que hacía, y aunque las olas que elegía eran feas y pequeñas, enseguida me di cuenta de que era asombrosamente rápido y tenía muy buen equilibrio. Era el mejor surfista de mi edad que había visto en mi vida. Utilizaba una tabla inusualmente corta, ligera y con la punta afilada: una *Wardy* de color hueso y poliéster transparente. En una ocasión me pilló mirándole y se puso tan nervioso como yo mismo. Pasó remando furiosamente por delante de mí con gesto de enfado. A partir de ese momento intenté mantenerme lejos de él. Al día siguiente, sin embargo, hizo un gesto con la barbilla para saludarme. Deseé que no se notara lo feliz que me sentía. Y luego, unos días más tarde, me habló.

—Es mejor por aquel lado —dijo, apuntando con los ojos hacia el oeste mientras remontábamos una pequeña serie. Era una invitación a que fuese con él a uno de sus recónditos y despoblados picos. No hizo falta que me lo dijera dos veces.

Se llamaba Roddy Kaulukukui. Tenía trece años, igual que yo. «*Tiene la piel tan oscura que parece un negro*», le escribí a un amigo. Roddy y yo nos fuimos intercambiando olas, al principio con cautela, y después casi sin ella. Yo sabía pillar las olas tan bien como él, cosa muy importante, y estaba empezando a familiarizarme con el pico, que se fue convirtiendo en una especie de empeño compartido. Ya que éramos los dos surfistas más jóvenes de *Cliffs*, estábamos destinados, aunque no fuésemos del todo conscientes de ello, a convertirnos en colegas. Pero Roddy no se presentó solo. Tenía dos hermanos y una especie de tercer hermano honorario, un japonés llamado *Ford Takara*. El hermano mayor de Roddy, Glenn, era una autoridad en el pico. Glenn y Ford salían a surfear todos los

días. Solo eran un año mayores que nosotros, pero los dos podían competir en las olas principales con cualquiera de los mejores. Glenn en particular era un surfista soberbio, con un estilo que resultaba muy fluido y vistoso. El padre, que también se llamaba Glenn, era asimismo surfista, igual que el hermano menor, John, que todavía era demasiado joven para internarse en *Cliffs*.

Roddy empezó a informarme sobre los demás chicos. Me contó que el tío gordo que aparecía los días de mejores olas, el que las cogía en el pico exterior y bajaba tan bien que todos nosotros dejábamos de surfear para observar cómo lo hacía, era Ben Apia. (Años más tarde, las fotos y las historias de Ben Apia empezaron a llenar las revistas de surf). El chino que se presentó en el mejor día que había visto yo en Cliffs hasta entonces —un mar de fondo constante del sur que llegó fuera de temporada en una tarde nublada y sin viento— era Leslie Wong. Tenía un estilo tan elegante que solo surfeaba en *Cliffs* cuando las condiciones eran inmejorables. Wong agarró la mejor ola del día, con la espalda ligeramente arqueada hacia atrás y los brazos muy relajados, logrando que lo difícil —no, tío, no, lo extático— pareciera muy fácil. De mayor yo quería ser como Leslie Wong. Entre los habituales de *Cliffs* fui descubriendo poco a poco quién solía desperdiciar una ola —al no poder agarrarla a tiempo o al caerse— y cómo yo podía coger esa misma ola de forma discreta sin demostrar falta de respeto hacia nadie. Aunque fuera un grupo bastante educado, era importante no darse humos.

Mi surfista favorito era Glenn Kaulukukui. Desde el momento que agarraba una ola y se agachaba como un gato sobre la tabla, no podía dejar de observar la trayectoria que tomaba, la velocidad que conseguía alcanzar y las improvisaciones que se iba inventando. Tenía una cabeza muy grande que siempre parecía un poco echada hacia atrás, y el pelo muy largo, blanqueado por el sol hasta alcanzar un tono cobrizo, y también peinado hacia atrás. Tenía los labios gruesos, a la manera africana, los hombros muy negros y se movía con una inusual elegancia. Pero había algo más —llamémoslo ingenio o ironía— que completaba la belleza y la confianza

en sí mismo que desprendía su físico, algo de naturaleza agridulce que le permitía aparentar, en casi todas las situaciones salvo en las extremadamente complicadas, que estaba actuando con la mayor concentración y, al mismo tiempo, riéndose en silencio de sí mismo.

También se reía de mí, aunque sin mala intención. Cuando yo salía de la ola a lo loco e intentaba hacer una virguería al final, girando de forma muy poco elegante hasta quedarme junto a él en el canal, Glenn decía: «*Vamos, Bill, dale fuerte*». Hasta yo sabía que era una frase hecha muy habitual en pidgin, una forma de darme ánimos, pero también una sutil variante de la sátira. Se burlaba de mí al mismo tiempo que me animaba. Empezamos a remar juntos hacia fuera. Cuando ya casi habíamos llegado, vimos a Ford agarrar una serie desde el interior del pico y trazar una línea muy astuta para sortear las secciones más difíciles. «*Anda con Ford*», murmuró Glenn con respeto, «*¿has visto eso?*». Y entonces empezó a adelantarme rumbo al pico.

Una tarde Roddy me preguntó dónde vivía. Le señalé hacia el este, en dirección a la cala sombreada de *Black Point*. Se lo dijo a Glenn y a Ford, y luego volvió con expresión azorada. Tenía que pedirme algo: ¿podrían dejar sus tablas en mi casa? Agradecí que me acompañaran remando hasta la orilla, que estaba muy lejos. En nuestra casa había un patio diminuto rodeado por un alto y tupido bosquecillo de bambú que lo ocultaba de la calle. Dejamos las tablas apoyadas contra el bambú y nos lavamos en la oscuridad con la manguera del jardín. Luego ellos tres se fueron. No llevaban nada más que las bermudas y chorreaban agua, pero estaban felices de poder irse hasta el lejano barrio de *Kaimuki* sin tener que cargar con las tablas.

El racismo de la *Gente Guapa* no era dogmático, sino circunstancial. No parecía tener unos fundamentos históricos y, por lo tanto no tenía nada que ver con los *Skinheads* que aparecieron más tarde y que se proclamaban seguidores del nazismo

y del *Ku Klux Klan*. En Hawái había habido mucho supremacismo racista, sobre todo entre las élites, pero la *Gente Guapa* no tenía nada que ver con las élites. Casi todos los chicos habían tenido una vida difícil y habían tenido que acostumbrarse a sobrevivir en muy malas condiciones, aunque algunos de ellos habían sido expulsados de colegios privados y simplemente habían caído en desgracia. Muchos de los escasos alumnos haole de la escuela secundaria de Kaimuki eran rechazados por la *Gente Guapa* por no ser lo suficientemente enrollados. Estos haoles que no pertenecían a ningún grupo eran hijos de militares. Todos parecían desorientados y asustados. Los dos chicos que me habían visto pelear contra los Freitas sin ofrecerme su ayuda pertenecían a este grupo. Y lo mismo pasaba con un chico extraordinariamente alto, silencioso y huraño al que todo el mundo llamaba Lurch.

Había otros haoles, según descubrí más tarde, que eran lo suficientemente listos como para mantenerse al margen de las chuminadas de las pandillas. Estos chicos, casi todos ellos surfistas que vivían en la parte de *Waikiki* de *Diamond Head*, sabían pasar desapercibidos, conscientes de que formaban parte de una minoría. También sabían reconocer a los perdedores nada más cruzarse con ellos. Y también sabían organizar sus grupos de apoyo en un periquete en caso de que necesitaran su ayuda. Pero en aquellos primeros meses yo aún no había aprendido a detectar su presencia.

Lo que hacía bonito a un adolescente era, en su mayor parte y como siempre, un misterio, pero la fuerza física (entiéndase haber llegado a la primera pubertad), la confianza en uno mismo (y los que desafiaban a los adultos tenían puntos extra) y el buen gusto en la ropa y en la música eran factores importantes. Yo no sabía qué puntuación tenía en cada categoría. No era corpulento, ya que la pubertad parecía haberse olvidado vergonzosamente de mí; no sabía mucho ni de moda ni de música; y, por supuesto, tampoco era malo, dado que nunca había estado en la cárcel. Pero admiraba las agallas de los chicos de la *Gente Guapa* y, además, no tenía ningunas ganas de cuestionar a los que se habían puesto de mi parte.

En un primer momento había pensado que la actividad primordial de la *Gente Guapa* eran las peleas con otras pandillas, y de hecho se hablaba mucho de una batalla pendiente con varios grupos rivales de gente moke, pero en el último minuto Mike siempre acababa enviando una delegación en son de paz a una reunión con la pandilla contraria y las arduas negociaciones diplomáticas evitaban el derramamiento de sangre, al mismo tiempo que salvaban las apariencias. Las treguas se acordaban por medio de una solemne sesión de consumo alcohólico no apto para menores. Una gran parte de la energía del grupo se dedicaba al chismorreo, las fiestas, los pequeños hurtos y el vandalismo, así como a hacer el gamberro en el autobús a la salida del colegio. Había varias chicas guapas en la *Gente Guapa* y yo iba cayendo enamorado en serie de cada una de ellas. Ninguno de los miembros de la *Gente Guapa* surfeaba. Resultó que Roddy, Glenn Kaulukukui y Ford Takara también iban al colegio de *Kaimuki*, pero allí no me relacionaba con ellos. Eso era una hazaña, porque los cuatro nos pasábamos juntos casi todas las tardes y los fines de semana, y Roddy se convirtió muy pronto en mi mejor amigo. *Los Kaulukukui* vivían en Fort Ruger, en la vertiente norte del cráter de *Diamond Head*, cerca del cementerio que lindaba con nuestra escuela. Glenn padre era militar, y su casa estaba en un viejo cuartel que había quedado encajonado en medio de un bosquecillo de algarrobos pálidos, bajo la carretera de *Diamond Head*. Roddy y Glenn habían vivido en la isla de Hawái, a la que todo el mundo llamaba la *Isla Grande*. Tenían familia allí. Ahora también tenían una madrastra coreana y Roddy y ella no se llevaban bien.

Castigado sin salir de su cuarto tras una pelea con su madrastra, me iba confesando su desgracia a base de amargos susurros que atravesaban el aire sofocante de la habitación que compartía con Glenn y John.

Yo creía saber bastante sobre la desgracia: aquella misma tarde, en señal de solidaridad, me había perdido mi cita con las olas. Ni siquiera tenía una revista de

surf que pudiera hojear mientras ponía muecas que demostraran mi simpatía. «*¿Por qué tuvo que casarse con ella?*», se lamentaba Roddy.

Glenn padre a veces iba a surfear con nosotros. Era un personaje imponente, muy musculoso y severo. Trataba a sus hijos a base de órdenes, sin molestarse en sonar afectuoso. Pero en el agua parecía relajarse un poco. A veces incluso llegaba a reírse. Surfeaba con una tabla enorme y tenía un estilo sencillo y ya pasado de moda, e iba trazando unas trayectorias muy largas, con un equilibrio perfecto, a través de las largas paredes de las olas de *Cliffs*. Sus hijos me dijeron con orgullo que en su época había surfeado en *Waimea Bay*.

Waimea estaba en la costa norte. Tenía fama de ser la ola más difícil del mundo. Yo la conocía tan solo como un lugar mítico: el escenario de las gestas heroicas de unas pocas celebridades del surf, a las que se rendía tributo de forma incesante en las revistas. Roddy y Glenn no hablaban mucho del asunto, pero estaba claro que para ellos *Waimea Bay* era un lugar real, y además un sitio verdaderamente peligroso. Allí solo podías surfear si estabas preparado. Y la mayoría de surfistas, evidentemente, jamás llegarían a estar preparados para ello. Pero *Waimea* y las demás olas de la costa norte eran para los chicos hawaianos como ellos una posibilidad que siempre tenían en perspectiva, una incógnita que resolver, algo así como un examen final.

Yo siempre había creído que solo los surfistas famosos agarraban olas en *Waimea*. Pero ahora había descubierto que los padres de la población local también lo hacían, y a su debido tiempo quizá también lo harían sus hijos. Esa gente, sin embargo, nunca aparecía en las revistas de surf del continente. Y además había muchas familias como los Kaulukukuis en Hawái: familias que llevaban surfeando desde hacía generaciones, ohanas con mucho talento y buenos conocimientos de la tradición, pero que apenas si se conocían entre ellas.

Desde la primera vez que lo vi, Glenn padre me recordó a Liloa, el viejo rey de un libro que yo adoraba, Umi, el chico hawaiano que llegó a ser rey. Era un libro para niños que le habían regalado a mi padre, según decía una borrosa dedicatoria en la página de cortesía, dos tías suyas que lo habían comprado en Honolulu en 1939. El autor, Robert Lee Eskridge, era también el autor de las ilustraciones, que a mí me parecían maravillosas. Eran sencillas, pero tenían mucho carácter, como si fueran grabados en madera primorosamente coloreados. Mostraban a Umi y a sus hermanos pequeños y las aventuras que vivían en el viejo Hawái: deslizándose por las laderas montañosas colgados de las enredaderas de campanitas (*«De enredadera en enredadera los niños iban deslizándose con asombrosa rapidez»*), zambulléndose en las charcas que se formaban en los tubos volcánicos y atravesando el mar en las canoas de guerra (*«Los esclavos acompañarán a Umi hasta el palacio de su padre en Waipio»*). En algunas ilustraciones se veía a adultos —guardias y guerreros y cortesanos— con unos rostros que me daban miedo, ya que mostraban una crueldad muy gráfica, propia de un mundo despiadado de jefes todopoderosos y de súbditos aterrorizados. Por suerte, los rasgos de Liloa, el rey y padre secreto de Umi, a veces se veían suavizados por la sabiduría y el orgullo paterno.

Roddy creía en Pele, la diosa hawaiana del fuego. Pele vivía, según se decía, en la *Isla Grande*, donde hacía entrar en erupción a los volcanes cada vez que se enfadaba. La diosa era famosa por sus celos y sus arrebatos violentos, así que los hawaianos intentaban apaciguarla con ofrendas de cerdo, pescado y licores. Era tan famosa que hasta los turistas la conocían, pero Roddy quiso dejar muy claro, cuando me reveló su fe en la diosa, que no estaba hablando del personaje kitsch que la gente conocía, sino de todo un mundo religioso que era muy anterior a la llegada de los haoles: un mundo hawaiano de normas muy complejas, tabúes y secretos, que formaban un conjunto de conocimientos arrancados a costa de grandes esfuerzos a la tierra, al océano, a las aves, a los peces, a los animales y a los dioses. Le creí. Yo ya sabía a grandes rasgos lo que les había pasado a los hawaianos: la historia de cómo

los misioneros americanos y otros haoles los habían sometido, robándoles sus tierras y exterminándolos en masa con sus enfermedades, para obligar después a los escasos supervivientes a convertirse al cristianismo. Yo no me consideraba responsable de este latrocinio cruel ni sentía la culpa que atenazaba a muchas personas de ideología progresista, pero sabía lo suficiente como para mantener mi boca de ateo juvenil bien cerrada.

Empezamos a surfear juntos en otros picos. Roddy no le tenía miedo al coral —yo sí—, y me llevó a unas rompientes que se desplegaban entre los arrecifes que había a medio camino entre mi casa y *Cliffs*. La mayoría solo se podían surfear con la marea alta, pero algunas no eran más que boquetes diminutos, ranuras entre arrecifes secos, donde había buenas olas, por lo general a prueba de viento, que no se veían a simple vista. Roddy me contó que esas rompientes solían llevar el nombre de la familia que vivía o había vivido delante: Patterson, Mahoney. También había un pico de olas muy grandes, al que llamaban la *Bomba*, que rompía justo delante de Patterson. Glenn y Ford habían surfeado allí una o dos veces, pero Roddy no. Yo había visto que allí, en los mejores días y con marea baja, se formaban olas grandes (las crestas arrojaban espuma a medida que aumentaba la altura de la marejada), pero nunca las había visto lo suficientemente grandes como para que rompieran. Roddy hablaba de la *Bomba* con voz tensa, casi en un susurro. Era evidente que se estaba preparando para surfear allí.

—Este verano —dijo—. Será el primer gran día.

Mientras tanto teníamos que ir a *Kaikoos*, una rompiente de aguas profundas que quedaba frente a Black Point y que era visible desde el fondo de nuestra calle. Allí era difícil esperar en el pico, mucho más grande de lo que uno se imaginaba, y a mí me daba miedo. Roddy me llevó hasta allí la primera vez remando a través de un profundo canal de aguas revueltas que había sido abierto, según me contó, por Doris Duke, la heredera del magnate del tabaco, para que sirviera de paso hacia el

fondeadero privado de yates que se había hecho construir bajo el acantilado donde tenía su mansión. Señaló hacia la orilla, pero yo estaba demasiado preocupado por las olas que nos esperaban como para fijarme en la casa de Doris Duke.

Unas olas tupidas y oscuras parecían elevarse de un salto desde lo más profundo del océano, y algunas de ellas eran aterradoramente grandes. Las izquierdas eran cortas y fáciles, en realidad nada más que un buen salto, pero Roddy me dijo que las derechas eran mucho mejores, así que fue remando hacia el este, internándose cada vez más en la rompiente. Su temeridad me pareció una locura. Las derechas parecían imposibles: tenían tanta fuerza que aun en el caso de que pudieras coger una, la terrible potencia te arrastraría contra las enormes y famélicas bocas de las rocas de *Black Point*. Y si perdías la tabla por allí, no la volverías a ver nunca jamás. Además, ¿cómo ibas a encontrar un sitio para nadar por allí? Medio histérico, fui esquivando olas de un lado a otro, siempre hacia fuera, intentando seguir con la vista a Roddy. Parecía estar surfeando, aunque era difícil verlo. Al final volvió remando hacia donde yo estaba. Parecía henchido de alegría y me sonrió al ver lo nervioso que estaba. Pero se apiadó de mí y no dijo nada.

Con el tiempo aprendí a disfrutar las derechas de *Kaikoos*, aunque nunca llegué a amarlas. El pico solía estar vacío, pero había algunos tíos que sabían cómo surfear allí. Los días de buenas olas, observándolos desde las rocas de *Black Point*, empecé a entender la forma del arrecife y cómo podía evitar, si tenía suerte, una catástrofe. De todos modos era una ola muy peligrosa para el nivel de surf que yo tenía, y cuando fardaba en las cartas que le escribía a un amigo en Los Ángeles por haber surfeado en esa rompiente temible de aguas muy profundas, a veces me inventaba historias en las que unas corrientes gigantescas me arrastraban, junto a Roddy, hasta casi la mitad de camino de *Koko Head*, que quedaba varios kilómetros hacia el este. Pero mi detallada descripción de cómo fui deslizándome por el interior de un gran tubo —el hueco formado por una ola que rompe con mucha fuerza— en

las derechas de *Kaikoo* contenía un atisbo de verdad. Todavía guardo un leve recuerdo de aquella ola.

Pero el surf siempre tenía ese horizonte propio, ese marco de terror que lo diferenciaba de las demás cosas, y desde luego de todos los deportes que yo conocía: podías surfear con tus amigos, pero cuando las olas se ponían peligrosas, o cuando te metías en un lío gordo, nunca había nadie a tu lado.

Todo lo que ocurría allá fuera estaba inquietantemente interrelacionado con todo lo demás. Las olas eran el campo de juego, pero también la finalidad, la meta. El objeto de tus deseos y de tu adoración más profunda. Y al mismo tiempo eran tu adversario, tu némesis, incluso tu enemigo mortal. El surf era tu refugio, tu escondite feliz, pero también era un entorno hostil, y a su vez, un mundo indiferente y siempre dinámico. A los trece años casi había dejado de creer en Dios, pero ese nuevo desarrollo personal había dejado un hueco en mi mundo y la sensación de haber sido abandonado. El océano se parecía mucho a un dios que no se preocupaba de nadie: un poder infinitamente peligroso, más allá de todo límite.

Y a pesar de ello estabas obligado, aun siendo un niño, a calibrar diariamente sus medidas. Se te exigía —y eso era lo esencial, porque se trataba de un asunto de vida o muerte— que conocieras tus límites, tanto físicos como mentales. Pero ¿cómo podía uno conocer sus límites si antes no los había puesto a prueba? ¿Y qué pasaba si no superabas esa prueba? También se te obligaba a mantener la calma si las cosas se ponían feas. Todo el mundo decía que el pánico era el primer paso para morir ahogado. Y además, siendo un adolescente, tus aptitudes evolucionaban. Lo que en un momento dado resultaba inconcebible, al año siguiente se volvía no solo imaginable, sino posible. Las cartas que yo escribí desde *Honolulu* en 1966, y que ahora me han sido gentilmente devueltas, no se caracterizaban tanto por las idioteces inspiradas por la bravuconería como por la franca discusión del miedo. «*No creas que de repente me he vuelto valiente. No lo soy*». Pero las fronteras de lo que

era concebible estaban retrocediendo discreta y abruptamente muy por detrás de mí.

Y eso se hizo evidente el primer día de olas grandes que viví en *Cliffs*. De la noche a la mañana había entrado un mar de fondo con mucho intervalo entre olas. Las series —grupos de olas que llegan con una frecuencia regular— eran de una altura de unos dos metros, con paredes lisas como un espejo, largas y con secciones potentes. Estaba tan emocionado con las excelentes condiciones del pico que se veía desde el patio trasero de mi casa, que me olvidé de mi timidez habitual y me puse a agarrar olas con el grupo que surfeaba en el pico principal. No conseguí salir airoso, y tuve mucho miedo, y me llevé una buena tunda en las series más grandes. No tenía la fuerza suficiente para agarrarme a la tabla cuando me quedaba pillado entre aquellas olas de casi dos metros, ni siquiera «*haciendo la tortuga*», un movimiento que consiste en darle la vuelta a la tabla, meter la punta en el agua tirando fuerte desde abajo, agarrarse con las piernas a la tabla y sujetar los cantos desesperadamente con las manos. Las turbulencias de las olas me arrancaron la tabla y me dieron unos cuantos revolcones, golpeándome de forma regular bajo el agua durante largo rato.

Me pasé la mayor parte de la tarde nadando, pero aun así me quedé en el agua hasta que se puso el sol. Incluso llegué a agarrar unas cuantas olas molonas. Y aquel día vi surfear —Lesley Wong era uno de los surfistas— de una forma que me impactó de una manera casi física: fueron unos largos momentos de gracia pura bajo la terrible presión que me dejaron grabado en todo mi ser que aquello era lo que yo más deseaba, mucho más que cualquier otra cosa en el mundo. Aquella noche, mientras mi familia dormía, me quedé despierto, tumbado en el sofá de bambú. El corazón seguía latiéndome con fuerza por la adrenalina acumulada, mientras escuchaba inquieto el repiqueteo incesante de la lluvia.

Nuestra vida en la casa de Kulamanu tenía un aire improvisado que no parecía americano. Había lagartos en las paredes, ratas de las cañas bajo el suelo y gigantescas chinches de agua en el cuarto de baño. Y había unas frutas muy raras —mangos, papayas, lichis, frutas de estrella— que mi madre había aprendido a juzgar por su madurez y que luego pelaba y cortaba en rodajas, siempre muy orgullosa. Ni siquiera recuerdo si teníamos tele. Las comedias, que en cierta forma habían sido el equivalente de las reuniones frente al fuego del hogar cuando vivíamos en el continente —*Mis tres hijos*, *Mi bella genio,* o incluso mi favorita, *El superagente 86* —, ahora me parecían sueños medio olvidados en blanco y negro que pertenecían a un mundo ya abandonado. Teníamos una casera, la señora Wadsworth, que nos miraba con mucha suspicacia. Pero a mí, de todos modos, me gustaba mucho vivir de alquiler. La señora Wadsworth, además, tenía jardinero, cosa que me permitía llevar una vida regalada en comparación con California, donde yo tenía que dedicar a las tareas del jardín casi la mitad de mis horas de vigilia.

Nuestra exótica nueva vida tenía otra característica: todos nos peleábamos mucho menos, tal vez porque todos estábamos un tanto alucinados por el nuevo escenario en el que vivíamos. Y nuestras peleas nunca alcanzaban el nivel de gala, con gritos y azotes con el cinturón y tortas en el culo, que habíamos tenido que soportar de forma habitual en Los Ángeles. Ahora, cuando mi madre gritaba: «*Espera a que tu padre llegue a casa*», no parecía hablar en serio. Era como si estuviera citando disimuladamente a una personalidad de su vida anterior, o a una de las mamás que salían en la tele, y encima nosotros nos dábamos cuenta de la broma.

Mi padre trabajaba seis días a la semana como mínimo. En los raros domingos que pasaba con nosotros, íbamos a visitar la isla y cruzábamos el escarpado y húmedo paso de *Pali* —el paso que cruzaba las montañas que se alzaban como un muro verde sobre Honolulu—, siempre barrido por el viento, o íbamos a hacer pícnic a Hanauma Bay, más allá de *Koko Head*, donde el buceo en los arrecifes era maravilloso. Por las noches solía venir a casa, y en las ocasiones especiales íbamos a

un restaurante llamado *Jolly Roger*, que formaba parte de una cadena inspirada en los libros de piratas y en el que las hamburguesas tenían nombres de personajes de Robert Louis Stevenson. El restaurante estaba en un centro comercial de Kahala. Una noche, los seis, apretujados en nuestro desvencijado Ford Fairlane, fuimos a ver la Blancanieves de Disney a un autocine de *Waialae Avenue*. Lo sé porque se lo conté en una carta a mi amigo de Los Ángeles. Le describí la película como «*psicodélica*».

El Hawái de mi padre era un lugar enorme y verdaderamente interesante. Se pasaba la vida en las islas exteriores del archipiélago, transportando a los concursantes y a los equipos de filmación hasta selvas tropicales y pueblos perdidos, y participando en rodajes muy peligrosos sobre canoas inestables. Incluso llegó a filmar un número dedicado a la diosa Pele en un campo de lava de la *Isla Grande*. Aunque entonces no lo supiera, mi padre se estaba labrando las bases de una carrera como asistente de dirección especializado en Hawái que le llevaría a pasar la mayor parte de la siguiente década haciendo películas y documentales en las islas. Su trabajo conllevaba peleas continuas con los sindicatos locales, en especial con los de camioneros y estibadores, que controlaban los transportes. Esas batallas tenían su lado irónico, ya que mi padre era un fervoroso sindicalista que pertenecía a una familia de ferroviarios de Michigan afiliados a un sindicato. Y de hecho, una leyenda familiar contaba que se había pasado la noche de mi nacimiento encerrado en una celda, en Nueva York, porque lo habían detenido cuando formaba parte de un piquete que protestaba frente a los estudios de la CBS, donde trabajaba en la agencia de noticias y donde él y sus amigos habían intentado montar un sindicato. Aunque nunca hablaba de aquello, tuvimos que mudarnos a California cuando yo aún era niño por lo difícil que le resultaba encontrar empleo a causa de su militancia sindical. Eso fue durante el apogeo de la caza de brujas del senador Joseph McCarthy.

Los sindicatos de Hawái, en aquellos mismos años, estaban haciendo reales los milagros de la posguerra. Dirigidos por una delegación de la unión de estibadores

de la *Costa Oeste*, asociada con un grupo local de americano-japoneses de ideas izquierdistas, llegaron a montar sindicatos en las plantaciones de las islas y así lograron transformar la economía feudal del archipiélago. Y esto ocurría en un territorio donde, antes de la guerra, casi siempre quedaba impune la persecución o incluso el asesinato de los huelguistas y sindicalistas a manos de la policía o los matones de la patronal. Sin embargo, a mediados de los años sesenta, el movimiento sindical de Hawái se había vuelto demasiado complaciente, voluble y corrupto —igual que muchos de sus homólogos del continente—, así que mi padre, a pesar de que se llevaba muy bien con alguno de los líderes sindicales con los que tenía que pelearse a diario, no extrajo ninguna enseñanza ejemplar de aquellos enfrentamientos.

Su trabajo nos permitió entrar en contacto con gente muy alejada de nuestro mundo. Por ejemplo, un hiperactivo profesional de la restauración, de nombre Chester Lau, se había integrado en el equipo de *Hawaii Calls*, así que mi familia, durante muchos años, acudió a las fiestas luaus, las barbacoas de cerdo y los distintos actos cívicos que Chester organizaba en lugares remotos, casi siempre en alguno de sus locales.

Mi padre aprendió a conocer lo suficientemente bien la vida de la clase obrera de Hawái como para darse cuenta de que las calles de *Honolulu* (y quizá también sus escuelas) no eran un lugar apropiado para un niño haole. Bastaría decir que había una famosa fiesta local, más o menos clandestina, que se llamaba *Día de la Matanza del Haole*. Se hablaba mucho de esa fiesta, incluso en los editoriales periodísticos (siempre en contra), aunque nunca llegué a averiguar qué día se celebraba. «*El día que decidan los mokes*», me explicó Mike, el jefe de nuestra *Gente Guapa*. Tampoco llegué a saber si aquella fiesta había provocado algún asesinato real. La gente decía que los objetivos del *Día de la Matanza del Haole* eran los militares fuera de servicio que solían pulular en manada por *Waikiki* y por la zona de los burdeles de la parte baja de la ciudad. Creo que a mi padre le confortaba la idea de que mis mejores

amigos fueran los chicos nativos que dejaban sus tablas de surf en el patio de casa. Todos parecían personas capaces de comportarse con mesura.

Siempre le habían preocupado mucho los matones. Un día me dijo que si los chicos mayores se metían conmigo, o si una pandilla rival nos sobrepasaba en número, yo debía «coger un palo, una piedra, lo que sea que encuentres». Mientras me daba este consejo estuvo a punto de echarse a llorar. ¿Estaba recordando las antiguas palizas y humillaciones que había recibido en Escanaba, su lugar de residencia en Michigan? ¿O era simplemente que le resultaba insoportable imaginarse a su hijo, su Billy, atacado por gamberros cuando estaba solo? De todos modos, nunca llegué a seguir su consejo. En *Woodland Hills*, el barrio californiano donde vivíamos, había habido un montón de peleas, y en algunas de ellas salieron a relucir palos y piedras, pero casi nunca se produjo la escena terrible que mi padre había imaginado. Es cierto que una vez un chico mexicano me agarró después de clase, me derribó bajo un molle[2] y, agarrándome bien fuerte los brazos, me echó zumo de limón en los ojos. Habría sido un buen momento para coger un palo, pero ni siquiera llegué a creer que aquello me estuviera sucediendo a mí. ¿Zumo de limón? ¿En mis ojos? ¿Y me lo estaba echando alguien que ni siquiera conocía? Los ojos me escocieron durante muchos días, pero no les dije nada a mis padres. Hubiera sido una violación flagrante del Código de Conducta de los Chicos. Y tampoco les conté (ni a ellos ni a nadie más) lo que me hacía Freitas con su terrible listón de madera.

Me costaba mucho hacerme a la idea de que mi padre pudiera haber sido un niño asustadizo. Era papá, el gran Bill Finnegan, un tío más fuerte que un oso. Sus bíceps, que nos tenían boquiabiertos, eran como unos nudos de roble, solo que de mármol. Yo nunca llegaría a tener unos brazos así: había heredado el cuerpo frágil de mi madre. A mi padre nadie parecía darle miedo. De hecho tenía un

[2] Arbusto espinoso siempreverde de 2 a 7 m de altura; tiene hojas simples y alternas, y flores amarillentas de 4 a 5 mm de diámetro.

temperamento de cascarrabias que podía resultar temible. No le intimidaba levantar la voz en público. A veces les preguntaba a los dueños de tiendas y restaurantes que exhibían carteles reservando su derecho de admisión si sabían en qué consistía eso exactamente, y si no le gustaban sus respuestas, se enfadaba y se largaba con la música a otra parte. Eso no ocurrió nunca en Hawái, pero sí ocurrió a menudo en el continente. Yo no sabía que aquellos letreros solían ser un código de «solo para blancos» (eran los últimos días de la segregación racial). Muerto de vergüenza, me encogía y miraba desesperado hacia el suelo, mientras la voz de mi padre empezaba a retumbar.

Mi madre se llamaba Pat, de soltera Quinn. Su frágil presencia física era engañosa: con un marido que casi siempre estaba fuera de casa y sin ayuda doméstica, crio ella sola a cuatro niños sin que eso pareciera costarle nada. Se había criado en una ciudad de Los Ángeles que ya no existe —blancos católicos de clase obrera y de izquierdas que votaban a Roosevelt—, y su generación, que había alcanzado la edad adulta después de la guerra, había conseguido ascender en la escala social de forma masiva y despreocupada. Como todos los progres aficionados a la playa, casi todos intentaron mejorar de vida en la industria del cine: los maridos trabajaban en ella y las mujeres se ocupaban de la prole. Mi madre tenía una gracia desenvuelta de jugadora de tenis. También sabía muy bien cómo hacer malabares para llegar a fin de mes. De niño, yo creía que la ensalada de zanahoria, manzana y uvas pasas era una cena obligatoria durante las siete noches de la semana. Pero es que era la comida más barata que se podía encontrar en California en aquella época. La familia de mi madre eran inmigrantes irlandeses que habían vivido en granjas de montaña en Virginia occidental. Ella era, mucho más que mi padre, una niña de la *Gran Depresión*. Su padre, un técnico en reparación de frigoríficos, era alcohólico y murió muy joven. Ella nunca hablaba de él. Su madre, que tuvo que criar sola a tres niñas, se puso a estudiar y se hizo enfermera. Cuenta la leyenda que cuando mi abuela vio por primera vez a mi padre, que medía dos centímetros menos que mi

madre, soltó un suspiro y dijo: «Bueno, se ve que todos los chicos altos murieron en la guerra».

Mi madre se apuntaba a un bombardeo. No le gustaba navegar, pero se pasaba casi todos los fines de semana en alguno de los muchos veleros que mi padre fue comprando y mimando a medida que empezaba a ganar dinero. No le gustaba ir de camping, pero salía de camping sin quejarse. Ni siquiera le gustaba Hawái, aunque yo no lo supiera en su momento. El provincianismo de *Honolulu* la asfixiaba. Mi madre se había criado en Los Ángeles, había vivido en Nueva York y el periódico local de Honolulu le resultaba insoportable. Le gustaba mucho la vida social y no era nada esnob, pero hizo muy pocos amigos en Hawái. Mi padre jamás se había preocupado de tener amigos: si no estaba trabajando, prefería estar con su familia; pero mi madre echaba de menos el amplio círculo de amistades que tenía en Los Ángeles, muchas de las cuales también se dedicaban al mundo del espectáculo, al igual que sus mejores amigas de la infancia.

Mi madre nos ocultaba todo eso y se dedicaba a sacar el máximo partido a la vida en una ciudad reaccionaria y perdida en una isla. Por suerte le gustaba el mar, aunque no le sentaba bien a su delicada piel irlandesa. Desplegaba las toallas de playa en la franja de arena húmeda que quedaba al final del camino que subía a nuestra casa y guiaba a los más pequeños hasta la laguna con sus gafas de bucear y bicheros. Logró que mi hermana, Colleen, se preparara para la primera comunión en una iglesia de Waikiki. E incluso se subía con mi padre, cuando le surgía la oportunidad, en una avioneta que volaba a las islas de los alrededores, casi siempre llevando en el regazo a Michael, que entonces tenía tres años, después de haber hecho a toda prisa las gestiones para que alguien se quedase con el resto de los niños. Y en las islas exteriores descubrió, creo yo, un Hawái que le gustaba mucho más que el de los chovinistas a lo Babbit y los racistas de club de campo de Honolulu. En las fotos que se hizo en aquellos viajes se me aparece como una extraña: no parece mamá, sino una dama estilosa y pensativa con un vestido sin

mangas de color turquesa, a solas con sus pensamientos en la media distancia: ahora parecería un personaje de Joan Didion, una mujer que camina descalza, con las sandalias en la mano, frente a un fondo tupido de pinos costeros. Años después descubrí que Joan Didion era su escritora favorita.

Me alegró mucho poder dejar de trabajar en el jardín, pero pronto descubrí, para mi desgracia, que ahora me tocaba trabajar de canguro. Mis padres, ajenos a mi fulgurante carrera como matón en *Kaimuki*, solo me conocían como el *Señor Responsable*. Ese había sido mi papel en casa desde que mis hermanos habían empezado a llegar. Había una gran diferencia de edad entre mis hermanos y yo: Kevin tenía cuatro años menos y Michael diez, así que se me encomendaba que los pequeños no se electrocutasen ni se ahogasen, así como alimentarlos, darles de beber y cambiarles los pañales. Pero ahora mis nuevas tareas como canguro, por las noches y durante los fines de semana, eran una cosa distinta que me resultaba muy difícil de aceptar, sobre todo cuando podría haber estado surfeando, lanzando mangos verdes contra los autobuses urbanos o yendo a fiestas solo para jóvenes en Kaimuki. Me vengué de los pobres Kevin y Colleen dedicándome a rememorar con amargura los buenos tiempos antes de que nacieran. En verdad que fueron una hermosa edad de oro. Solos mamá, papá y yo, haciendo lo que queríamos. Todas las noches en el Jolly Roger. Hamburguesas con queso, batidos de chocolate. Nada de llantos de niños. Ah, qué tiempos aquellos.

Intenté que me echaran del trabajo un sábado abrasador en el que tenía que encargarme de Colleen. Al día siguiente ella tenía que recibir la primera comunión. El sábado había programado un ensayo general para la ceremonia. Mamá y papá estaban fuera, seguramente en alguno de los actos sociales de Chester Lau. Colleen iba vestida de pies a cabeza con su traje de encaje blanco. Se suponía que aquel día debía confesarse por primera vez, aunque es difícil imaginar qué clase de pecados mortales podría confesar una niña de siete años. En todo caso, el ensayo general del sábado era de obligada asistencia. En aquellos días los católicos no se andaban con

chiquitas: el que faltaba al ensayo no hacía la comunión. Vuelve el año que viene, pequeño pecador, y que Dios te salve el alma hasta que llegue ese día. Como yo me había criado en el frío seno de la iglesia, sabía qué clase de chifladas intransigentes podían ser las monjas. De modo que, cuando Colleen y yo nos las ingeniamos para perder el autobús a Waikiki que debía llevarnos al ensayo, yo sabía muy bien lo que nos esperaba. Y como yo seguía siendo, muy dentro de mí, el mismo Señor Responsable de siempre, me entró un ataque de pánico. Llevé a mi hermana a la carretera de Diamond Head, la coloqué en medio de la calzada con su vestido de comunión como reclamo, hice señas al primer autobús que pasó con destino a Waikiki y conseguí llevarla a tiempo a la iglesia.

Ya había empezado a orientarme bien por *Honolulu*. Desde el pico de *Cliffs* se podía ver toda la costa meridional de *Oahu*, desde las montañas *Waianae* por el oeste, que estaban más allá de *Honolulu* y *Pearl Harbor*, hasta *Koko Head*, que era una especie de *Diamond Head* de segunda categoría —otro cráter de aspecto agostado que se levantaba en la misma orilla— y quedaba hacia el este. La ciudad ocupaba la llanura ubicada entre la costa y la cadena de montañas Ko'olau, cuyos escarpados picos verdosos solían estar sepultados por la neblina o por brillantes y espesas nubes de tormenta. Las montañas enviaban las nubes de lluvia a descargar sobre la ciudad, aunque muchas se disipaban antes de llegar a la costa. Los arcoiris llenaban el cielo. Al otro lado de las montañas estaba el sector de barlovento, y en algún lugar de aquella parte de la isla estaba la mítica costa norte.

Los habitantes de *Honolulu* te indicaban las direcciones guiándose por los puntos de referencia locales en vez de la brújula, así que uno iba mauka (hacia las montañas) o makai (hacia el mar), o ewa (hacia *Ewa Beach*, que estaba más allá del aeropuerto y *Pearl Harbor*) o *Diamond Head*. Para referirse a los que vivíamos en el otro lado de *Diamond Head*, la gente decía *kokohead*, aplicando la misma regla. Estas indicaciones pintorescas no es que formaran parte de la jerga local ni eran una forma peculiar de hablar: salían en los mapas oficiales y figuraban en los rótulos

callejeros. Y también eran, para mí —aunque la sensación no se hubiera formado aún del todo, pese a lo fuerte que era—, un rasgo distintivo de un mundo que me parecía más unitario, a pesar de su fragmentación, y más coherente en su aislamiento en mitad del Pacífico que cualquier otro mundo que yo hubiera conocido hasta entonces. Echaba de menos a mis amigos de Los Ángeles, pero el sur de California, con su anodino e incesante desarrollo urbano, estaba empezando a dejar de ser mi punto de referencia. Ya no era el lugar que usaba para compararlo con todos los demás. En la *Gente Guapa* había un chico, Steve, que no paraba de refunfuñar contra la *Roca*. Se refería a *Oahu*, aunque hacía que el nombre sonara como si fuera *Alcatraz*. La ambición más acuciante de Steve era huir de la *Roca* y largarse, a ser posible, a Inglaterra, donde tocaba su grupo favorito, *los Kinks*. Pero se conformaba con cualquier lugar en el continente, cualquiera que no fuese Hawái. A mí, mientras tanto, no me habría molestado quedarme toda la vida en las islas.

En el viejo Hawái, antes de la llegada de los europeos, el surf tenía una importancia religiosa. Tras las oraciones y las ofrendas, los maestros de ribera fabricaban tablas con madera sagrada de los árboles koa o wiliwili. Los sacerdotes bendecían las marejadas, azotaban el agua con enredaderas para provocar la aparición de mar de fondo y algunas rompientes tenían heiaus (templos) en la playa para que los devotos pudieran rezar a las olas. Esta conciencia espiritual no impedía las competiciones violentas o las apuestas a gran escala. Según los historiadores Peter Westwick y Peter Neushul, «*una competición entre campeones de Maui y Oahu propició una apuesta de cuatro mil cerdos y dieciséis canoas de guerra*». Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, el vulgo y la realeza: todo el mundo surfeaba. Si las olas eran buenas, «*cesa cualquier propósito de trabajo y solo queda el deseo de disfrutar*», según escribió en el siglo XIX el erudito local Kepelino Keauoakalani. «*Durante todo el día no hay nada más que surf. Y muchos salen a surfear a las cuatro de la mañana*». Los antiguos hawaianos sufrían una terrible fiebre por el surf. Y además disponían de lo que hoy en día llamaríamos tiempo libre. Las islas disfrutaban de un vasto

excedente de productos alimenticios, y sus habitantes no solo eran muy buenos pescadores, agricultores especializados en los cultivos en bancales y cazadores, sino que también sabían construir y explotar un complejo sistema de piscifactorías. El festival de las cosechas de invierno duraba tres meses, durante los cuales explotaba la fiebre del surf y se declaraba oficialmente prohibido el trabajo.

Pero esto no era lo que los misioneros calvinistas que empezaron a llegar a las islas en 1820 tenían en mente como estilo de vida. Hiram Bingham, que dirigió la primera expedición de misioneros y que se encontró rodeado de surfistas antes incluso de haber tenido tiempo de bajar a tierra, escribió que «*las trazas de indigencia, degradación y barbarie que reinaban entre esos chillones salvajes semidesnudos, que llevaban a la intemperie la cabeza y los pies y casi toda su atezada y cobriza piel, eran espeluznantes. Algunos de nuestros expedicionarios, con lágrimas en los ojos, se dieron la vuelta para no contemplar aquel lamentable espectáculo*». Veintisiete años más tarde, Bingham escribió: «*A medida que la civilización avanza, el declive y la caída en desuso de la práctica del surf dan muestras del aumento de la modestia, la industria y la religión*». El misionero no se equivocaba en cuanto al declive del surf. La cultura hawaiana había sido destruida y la población diezmada por las enfermedades traídas por los europeos: entre 1778 y 1893, la población de Hawái disminuyó desde un número aproximado de ochocientos mil habitantes hasta tan solo cuarenta mil, y a finales del siglo XIX el surf casi había desaparecido. Sin embargo, en su libro, Westwick y Neushul consideran que el surf hawaiano no fue víctima del éxito del rigor de los misioneros, sino que más bien sufrió las consecuencias de una violenta catástrofe demográfica, unida a la confiscación de tierras y a la imposición de una serie de industrias —la madera de sándalo, la pesca de ballenas, la caña de azúcar— que obligaron a los supervivientes hawaianos a integrarse en una economía monetarizada que les privó por completo de tiempo libre.

El surf moderno es heredero de esta historia terrible, y si ha sobrevivido, fue gracias a unos pocos hawaianos, sobre todo Duke Kahanamoku, que mantuvieron

viva la antigua práctica del he'e nalu. Kahanamoku ganó una medalla de oro de natación en los Juegos Olímpicos de 1912, se convirtió en una celebridad internacional y empezó a realizar exhibiciones de surf por todo el mundo. Y poco a poco, el surf volvió a practicarse en varias zonas costeras en las que había buenas olas y personas con los medios suficientes para cabalgarlas. Después de la guerra, el sur de California se convirtió en la capital de la emergente industria del surf, gracias sobre todo al auge de la industria aeroespacial de la zona, que permitió descubrir nuevos materiales ultraligeros para las tablas, y a la aparición de una nutrida generación de chicos como yo que tenían tiempo libre e interés por aprender a surfear. Y eso que las autoridades locales no estaban a favor de esta actividad, ya que para ellas los surfistas eran vagos y maleantes. Algunas ciudades costeras llegaron a prohibirlo, y el mito del vagabundo del surf —hermano del vagabundo del esquí, del vagabundo de la navegación y del vagabundo del montañismo— sigue plenamente vigente, y con razón. Jeff Spicoli, el surfista que se pasaba la vida fumando porros y que interpretaba Sean Penn en Aquel excitante curso, sigue dando tumbos —y encantado de haberse conocido— por lugares costeros de todo el mundo. Pero Hawái era diferente. O al menos a mí me parecía diferente. El surf no era una actividad contracultural o importada o que se opusiera a la forma de vida de los mayores, aunque su supervivencia se cifrase en la resistencia continuada a los valores calvinistas del beneficio que quiso imponer Hiram Bingham. El surf, en Hawái, estaba profundamente unido al alma del lugar.

Glenn y Roddy me invitaron a una reunión de su club de surf, la *Unidad del Sur*. Lo único que yo sabía del club era que sus miembros llevaban bermudas verdes y blancas con estampados hawaianos y que todos los miembros de la Unidad del Sur que yo había visto en el agua, casi siempre en los días buenos de *Cliffs*, surfeaban muy bien. La reunión se celebró en *Paki Park*, un pequeño parque público en el lado diamondhead de *Waikiki*. Era de noche y había mucha gente, y me situé en un lugar un poco alejado, entre las sombras. Un hombre de mediana edad, bajito

y chillón, llamado Mr. Ching, dirigía el encuentro, anunciando viejos asuntos, nuevos asuntos, resultados de competiciones y convocatorias de nuevas competiciones, sin dejar de discutir con la gente y sin dejar de hacerla reír, aunque las réplicas eran demasiado rápidas y yo no conseguía entenderlas.

—No hay forma de que aprendas —chilló Mr. Ching, mientras se inclinaba sobre un chico acurrucado detrás de él.

Roddy me contó que aquel chico era su hijo, Bon Ching. Tenía nuestra edad, pero surfeaba igual de bien que Glenn. Aunque solo había unos pocos haoles en la reunión, reconocí a uno de ellos: Lord James Blears. Era un tipo corpulento de melena rubia. Había sido luchador de lucha libre y ahora era presentador de una televisión local. Tenía acento británico, tal vez aprendido en un curso de declamación, o tal vez incluso auténtico. Lord Blears, además de todas estas cosas, también surfeaba, y lo hacía de forma anticuada y ceremonial. Roddy me señaló a su hija adolescente, Laura, que surfeaba muy bien —según me dijo— y que me pareció una chica extraordinariamente hermosa. A su lado estaba su hermano Jimmy, que con el tiempo se convertiría en un surfista famoso.

En aquella reunión había otros chicos que, con el tiempo, llegaron a hacerse famosos en el mundo del surf. Uno de ellos era Reno Abellira, que por entonces no era más que un gamberro que abucheaba a Mr. Ching al amparo de la oscuridad, y que llegó a convertirse en uno de los mejores surfistas del mundo, famoso por su estilo bajo, casi en cuclillas, y su vertiginosa velocidad. Lo que más me llamó la atención, sin embargo, fueron las chaquetas, ya que varios de los asistentes llevaban cortavientos con los colores verdes y blancos de la *Unidad del Sur*. Estas chaquetas eran más codiciadas aún que las bermudas del club. Cuando Roddy me animó a que me presentara voluntario para participar en una recogida de fondos organizada por Mr. Ching, me tragué la timidez y me acerqué a él para que me asignara una tarea.

Nunca había estado en un club de surf. En California se oía hablar de *Windansea*, que estaba en *La Jolla* y tenía algunos miembros famosos. También había otro club —llamado *Hope Ranch*—, cuya sede se suponía que estaba en Santa Bárbara y que por alguna razón a mí y a mis amigos nos parecía un lugar muy cercano al paraíso. Ninguno de nosotros conocía a nadie que fuera miembro de ese club; ni siquiera sabíamos cuáles eran sus colores distintivos, y a lo mejor ese club ni siquiera existía, pero la idea del *Hope Ranch* flotaba, etérea, sobre nosotros, como un sueño de máxima elegancia en nuestro mundo artificial de cerebrines que solo sabían imitar a los demás.

Sin embargo, yo ahora tenía la *Unidad del Sur*. No estaba claro cuál era el proceso de admisión. ¿Tendría que ganar alguna competición antes de que me dejaran ser miembro del club? Nunca había participado en una prueba, más allá de algunas eliminatorias tontorronas con otros chicos de mi escuela en California. Yo no era reacio a participar en competiciones más serias, pero estaba visto que antes tendría que dedicarme a recolectar fondos. Roddy se buscó una excusa para no ir, pero yo me presenté, un caluroso domingo por la mañana, en el lugar donde nos habían dicho que iban a recogernos. Mr. Ching nos llevó en coche —entre los voluntarios estaba su hijo Bon— a una urbanización muy linda situada en las colinas que dominaban *Honolulu*. A todos nos dieron un saco lleno hasta arriba de longanizas portuguesas y nos soltaron unas cuantas instrucciones sobre el arte de vender puerta por puerta. Estábamos reuniendo dinero para nuestro club de surf, una causa muy saludable, igual que los *Boy Scouts*. Mr. Ching dijo «*la Unidad del Sur*», pero todos los chicos se rieron porque lo pronunció al estilo haole, sin ningún acento hawaiano. Nos asignaron las zonas de venta y nos dijeron que nos encontraríamos de nuevo al pie de la montaña cuando se hiciera de noche.

Dejándome llevar por la bravuconería que seduce a los solitarios, me lancé a ejecutar mi trabajo. Golpeé verjas y puertas, huí de perros furiosos y hablé a gritos con viejecitas japonesas que no parecían entender ni una sola palabra de inglés. Dos

o tres señoras haole se apiadaron de mí, pero en total vendí muy poco. El día se fue haciendo más y más caluroso. Bebía agua de las mangueras de los patios, pero no me había llevado comida. Al final, famélico, me puse a devorar una de las longanizas. No sabía muy bien, pero era mejor que nada. Diez minutos después estaba de rodillas, vomitando en una alcantarilla. No tenía ni idea de que las longanizas portuguesas había que freírlas. Entre arcada y arcada, me pregunté si me estaba acercando o alejando de la gloria de pertenecer a un club de surf.

Por alguna razón, metieron a Roddy en mi clase de mecanografía. Me quedé sorprendido cuando le oí hablar con el profesor. Igual que Mr. Ching en su alocución el día que fuimos a recolectar fondos, Roddy abandonaba momentáneamente el pidgin habitual y utilizaba un inglés estándar. Pero no lo hacía por hacerse el gracioso, sino porque la ocasión lo requería. Poco después descubrí que Glenn también hacía lo mismo. Los chicos *Kaulukukui* eran bilingües: sabían cambiar de registro. Pero no había muchas ocasiones en nuestras actividades diarias —en realidad casi ninguna— en que les exigieran abandonar su lengua nativa, el dialecto criollo hawaiano que llamábamos pidgin.

De repente se volvió mucho más complicado mantener separados mis dos mundos. Roddy y yo empezamos a salir juntos después de clase, lejos del árbol de la lluvia de la Gente Guapa. Comíamos juntos en el mismo rincón oscuro de la cantina nuestro menú a base de sopa de fideos y ternera chow fun. Pero la escuela era un lugar muy pequeño, no había ningún sitio donde uno pudiera esconderse, así que hubiera sido muy fácil que se produjera algún encontronazo o quizá incluso una pelea con el mismísimo Mike: «*Oye, ¿quién es ese moke?*».

Pero no sucedió. Glenn y Ford también andaban por ahí. O quizá Glenn y Mike se cayeron bien cuando los dos se rieron a la vez de la misma cosa, sin que eso tuviera nada que ver conmigo. El caso es que, de la noche a la mañana, Glenn, Roddy y Ford no solo empezaron a ir al lugar de reunión de la *Gente Guapa*, bajo el

árbol de la lluvia del patio, sino que también se presentaban los viernes por la noche en las fiestas que se celebraban en casa de Mike y Eddie, en Kaimuki, en las que el tío de Mike ponía las cervezas Primo (la marca local) y Steve el mod, la música de los Kinks. La Gente Guapa se había mezclado con un grupo de otra raza, y sin escándalos ni líos de ninguna clase.

Esto ocurría en la época en la que el *Pacific Club*, el club privado más importante de la isla, donde se cerraban los negocios más provechosos mientras se bebían cócteles y se jugaba al pádel, era todavía un local reservado para blancos. El *Pacific Club* no se había dejado influenciar por el hecho de que el primer miembro hawaiano de la Cámara de Representantes y uno de los dos primeros senadores por Hawái fueron ambos asiáticoestadounidenses (y los dos eran veteranos de la segunda guerra mundial que se habían distinguido en combate; uno de ellos, Daniel Inouye, había perdido un brazo), ya que todavía prohibía hacerse socios a los no blancos. Esta clase de discriminación vergonzosa no era ilegal —la segregación racial todavía estaba en vigor en una gran parte del país—, pero en Hawái ya se había quedado por completo anticuada. Incluso los chicos haole de clase baja de la *Gente Guapa* eran más abiertos de mente. Y como vieron que mis amigos eran tipos muy enrollados —sobre todo Glenn—, se olvidaron de los prejuicios raciales, al menos en el asunto de las pandillas. No valía la pena. Ese rollo era mierda radiactiva. Vamos, muchachos, hagamos una fiesta.

Integrarse en la *Gente Guapa* no figuraba entre las máximas ambiciones de Glenn, Ford o Roddy. Por lo que yo sabía, y era mucho, eso no significaba nada especial para ellos. En cambio, era algo muy especial para mí. De hecho, cuando Roddy llegó a conocer a algunas de las chicas de las que yo le había estado hablando —chicas de la *Gente Guapa* que me habían sorbido el seso y con las que muy de vez en cuando había llegado a besuquearme—, pude darme cuenta de que no le habían impresionado en absoluto. Si el término «putón» se hubiera usado entonces, podría habérselo adjudicado. Roddy sufría sus desgracias sentimentales, de las que yo

había tenido cumplida noticia, pero el objeto de su amor era una chica recatada, ostensiblemente anticuada pero muy hermosa a su discreta manera, en la que yo jamás me habría fijado si él no me la hubiera señalado. Me dijo que ella opinaba que era demasiado joven para salir con chicos. Y también me dijo, desconsolado, que la estaría esperando todos los años que hicieran falta. Cuando me puse a juzgar a mis antiguas novias según los gustos de Roddy, todas siguieron gustándome, pero me di cuenta de lo muy perdidas que estaban, con su precocidad sexual y su atractivo de delincuentes juveniles y de chicas desatendidas por sus mayores. En realidad eran mucho más avanzadas que yo en cuestiones sexuales, cosa que me hacía sentir tímido, cosa que me hacía desgraciado.

Y así, de forma desastrosa, acabé colado por la novia de Glenn, Lisa. Era mayor que nosotros —tenía catorce años e iba a noveno grado—, y era una chica equilibrada, divertida, bondadosa y china. Iba a nuestra escuela de *Kaimuki*, pero no parecía formar parte de ella. Así al menos la veía yo. Ella y Glenn encajaban como pareja solo porque ambos eran algo así como héroes de nacimiento. Pero él era un chico salvaje, un forajido que siempre se reía a carcajadas y hacía pellas siempre que podía, y ella una niña buena y una estudiante aplicada. ¿De qué diantres podrían hablar? Nunca quise saberlo. «*En él había alegría de vivir y una especie de ternura que no había sido corrompida por la simple delicadeza*». Cuando leí esta frase de James Salter, muchos años después, me acordé de Glenn. Lisa, tal y como la imagino, también podría haberse acordado de él. No, pensé, esperaría impaciente a que ella entrara en razón y se entregase al chico haole que hacía todo lo que podía por divertirla y que la adoraba. No sé si Glenn se daba cuenta de mi desventura. De todos modos, tenía la elegancia de no decir nada vulgar sobre Lisa cuando yo estaba presente. (Nada de «*Spock dat*», que significaba «*Mira eso*», la frase que todos los chicos se repetían cuando los ojos se les iban detrás de los culos o las tetas de las chicas).

Lisa me ayudó a entender a Ford. Yo sabía que no era un chico japonés normal. Glenn a veces se burlaba de él: le llamaba «el japo» y comentaba lo

decepcionados que debían de estar sus padres con él, ya que lo único que le interesaba era surfear. Pero Ford nunca solía molestarse. Era una persona muy introvertida y era totalmente distinto de los chicos japoneses que había en mi clase. Esos chicos miraban a los profesores, y se miraban entre ellos, de una forma descarada e intensa, siempre en busca de aprobación. Yo me había hecho amigo de algunas de las chicas japonesas más divertidas, que podían llegar a ser realmente muy divertidas, pero la barrera social que se interponía entre nosotros nunca se desvaneció, y además la forma que tenían de hacerle la pelota al profesor chocaba con la forma en que yo entendía las relaciones profesor/alumno. Pero Ford vivía en mi mismo planeta.

Tenía la piel clara y el cuerpo fornido, con músculos que parecían cincelados, y un estilo de surfear que era un poco rígido pero muy eficaz, y que conseguía llevarlo a gran velocidad cuando iba en la pared de la ola. Su amistad con Glenn parecía fundamentarse únicamente en el surf, un deporte en el que los dos eran casi iguales, pero también se basaba en un sentimiento compartido del ridículo, cosa que Ford —que nunca hablaba mucho— expresaba a base de pequeñas y tensas sonrisas ante las bromas de Glenn. Y también había que contar con el refugio que los Kaulukukuis ofrecían a Ford ante las exigencias domésticas de su familia. Todo eso me lo explicó Lisa, que conocía a sus estrictos padres y a sus hermanos, que estaban destinados a ir a la universidad. En Hawái, después de la guerra, los japoneses estaban situándose en la primera línea de la sociedad, y se iban alejando a gran velocidad de las plantaciones de caña en las que habían tenido que trabajar en un principio como trabajadores inmigrantes —junto con los chinos, los filipinos y otros grupos—, y también se estaban abriendo paso como comerciantes. Por lo general no estaban bien vistos —a diferencia de los chinos, por ejemplo—, pues no tenían ninguna urgencia por casarse con alguien que no perteneciera a su grupo étnico. Pero a pesar de esta actitud, entre las generaciones mayores se estaba imponiendo la idea de que no iban a prosperar en América si solo se relacionaban con los

hawaianos y se dedicaban a pasárselo bien. Y eso era —según me contó Lisa— contra lo que Ford se rebelaba día a día. No era raro, pensé, que siempre fuese con la mandíbula tan tensa.

Un día vimos unos folletos que anunciaban una prueba de surf en *Diamond Head Cliffs*. El organizador resultó ser un chico de nuestra escuela —Robert, un chaval pequeñito de noveno grado que tenía mucha labia y que ni siquiera sabía surfear—, pero Roddy y Glenn dijeron que era un tío legal que venía de una familia de promotores deportivos. La prueba era muy poco importante, ya que los clubs de surf no participaban, y la única categoría de la competición era la de menores de catorce años. Pero esa era mi edad, así que me inscribí.

El día de la prueba hacía sol y el mar iba en ascenso bajo un fuerte viento, así que las olas estaban revueltas. Ninguno de los chicos que se presentó a la competición era de *Cliffs*, o al menos yo no los reconocí, con la excepción de unos pocos chicos de la escuela. Pero todos parecían conocer muy bien el lío de las competiciones a la hora de adjudicar las mangas y los números en las camisetas. Algunos habían venido con sus padres, que habían bajado dócilmente con ellos por la carretera de *Diamond Head*. Yo no les había dicho nada a mis padres porque me daba vergüenza. Por desgracia, Roddy no se presentó, pero Glenn sí estaba allí, ya que lo habían seleccionado como juez. Me explicó que Roddy había tenido que ir a trabajar con su padre a Fort DeRussy, en *Waikiki*. Yo contaba con que Roddy participase en la prueba.

Robert fue leyendo los emparejamientos de las mangas. Si no nos tocaba surfear, nos acurrucábamos bajo los matojos espinosos de la ladera, apretujándonos para encontrar un hueco a la sombra. Los jueces se colocaron mucho más arriba, en la misma ladera. Por lo que pude ver, muchos surfistas eran muy buenos, aunque ninguno podía competir con Roddy. Hasta había un chico que llevaba las bermudas de la *Unidad del Sur*, pero le tocaron unas olas terribles y se cayó.

Yo surfeé dos o tres mangas. Como estaba muy nervioso, remaba muy fuerte sin prestar atención a nadie. Las olas habían ido cobrando fuerza, cosa buena, pero Robert no tenía el prestigio suficiente como para que le permitieran balizar una zona solo para surfistas, así que tuvimos que competir entre los domingueros que habían ido a la playa. Por entonces ya me conocía bien los arrecifes de Cliffs, así que fui moviéndome por mi cuenta en dirección a *Ewa Beach*, un bajo de coral con buena dirección para ese oleaje. Allí vi que las series iban conectando sin problemas en la rompiente. Robert tenía unas banderolas que debían señalar a los surfistas el final de cada manga, pero se olvidó de quitarlas cuando terminó el concurso y yo seguí surfeando hasta que Glenn vino remando para surfear conmigo. Me dijo que ya se había acabado todo y que yo había quedado segundo. Un chico haole, llamado Tomi

Winkler, había quedado primero. Glenn sonreía. «*Ese drop-knee cutback*», me dijo.

«*Cada vez que hacías uno, guau, te daba todos los puntos*».

El resultado fue una sorpresa por tres razones. La primera, porque Robert nos dio trofeos, aunque fue varias semanas más tarde, y eso sorprendió a mis padres, que se molestaron porque no los hubiera avisado. La segunda, ¿quién diablos era Tomi Winkler? Resultó ser uno de los chicos haole de la escuela secundaria de *Kaimuki* que jamás llamaban la atención: un chico amable y risueño que, según pude descubrir más adelante, era mejor surfista que yo. Y por último, porque a Glenn le había gustado mi *drop-knee cutback*. Era una maniobra de aguas frías que casi no se conocía en Hawái, y si yo me hubiera desprendido por completo de mi estilo continental habría sido una de las primeras que hubiera dejado de hacer. Por lo visto todavía no lo había conseguido del todo, y a mi ídolo, Glenn, le pareció que esa maniobra tenía gracia, o al menos le resultaba novedosa. El asunto quedó zanjado y seguí haciendo esa clase de cutbacks.

El tema de los dos estilos de surfear, el continental y el hawaiano, era muy complejo. Y eso ha sido siempre así en el mundo del surf, en todas las épocas y también en mi mundillo. A menudo yo había visto a Glenn burlarse de Roddy por la forma en que surfeaba: «*Demasiado insular*», le decía. Imitaba a su hermano en la forma de agacharse, en la forma en que ponía el culo en pompa o extendía los brazos formando un arco exagerado para ganar velocidad, o en la forma en que entrecerraba los ojos como un samurái colérico. Aquella afirmación era injusta e inexacta, pero resultaba muy divertida. Glenn hacía a veces lo mismo cuando se ponía a cabalgar olas, pero entonces su grito de guerra era «*¡Aikau!*». Los Aikau eran una familia local que se había hecho famosa por su forma tradicional de surfear. Igual que Ben Aipa o Reno Abellira, los Aikau llegarían años después a hacerse famosos en el circuito internacional del surf, y lo que les dio renombre, entre otras muchas cosas, fue la pureza de su estilo tradicional hawaiano a la hora de cabalgar las olas. Pero yo nunca había oído hablar de ellos. A Ford y a Roddy las bromas de Glenn les hacían muchísima gracia. «Cuando veas a los Aikau», me dijo Ford, «sabrás por qué nos reímos».

Mi primer viaje a la costa norte lo hice con mi familia. Era primavera y ya se habían terminado las grandes marejadas que provenían de las Aleutianas y enviaban olas enormes a la costa norte. Hicimos un alto en el famoso pico de olas grandes, *Waimea Bay*. Salvo porque el mar estaba en calma, era igual que en las fotos. Subimos por el barranco que había detrás de la playa y nadamos en un estanque de agua dulce. Papá, Kevin y yo nos lanzamos desde un acantilado al agua pardusca, y luego nos fuimos retando a lanzarnos desde más y más altura. En los estúpidos desafíos por la supremacía física, me di cuenta de que había superado a mi padre, a pesar de que era un hombre atlético y nada apocado que ni siquiera había cumplido los cuarenta. Mi familia, me da la sensación, sabía muy poco de mí. Desde que nos habíamos ido a vivir a Hawái, yo había llevado una vida clandestina.

Y una gran parte se debía al surf, aunque había empezado a practicarlo en California.

¿Por qué había empezado a surfear? Resumiéndolo en una sola escena, yo había mordido el anzuelo una radiante tarde en *Ventura*, cuando tenía diez años. Ventura estaba al norte de Los Ángeles. En el muelle había un restaurante. Los fines de semana, cuando hacía buen tiempo, mi familia iba a cenar allí. Desde nuestra mesa pegada a la cristalera se podía ver a los surfistas en un pico llamado *California Street*. Sus siluetas iluminadas al trasluz por el sol poniente bailaban muy despacio bajo el resplandor de la luz, mientras las tablas giraban y se deslizaban a toda velocidad bajo sus pies como grandes y oscuras palas. *California Street* era una larga playa de guijarros y, a mis diez años, las olas que rompían sobre su lecho me parecían llegar desde un taller celestial, como si sus rutilantes labios y sus lomos afilados hubieran sido esculpidos por los mismísimos ángeles del océano. Yo quería estar allí, en el agua, aprendiendo a bailar sobre las olas. Tuve la impresión de que ya no oía los confortables altercados de la cena familiar. E incluso mi hamburguesa con chile, el plato de las ocasiones especiales, había perdido todo su interés.

La verdad es que en aquella época abundaban los cantos de sirena, y todos me llamaban al mundo del surf. Pero mis padres, a diferencia de los de Ford Takara, quisieron ayudarme. En mi undécimo cumpleaños me regalaron una tabla de segunda mano. Y siempre nos llevaban en coche, a mí y a mis amigos, hasta la playa.

Pero ahora, en Hawái, yo parecía estar solo. Nadie me preguntaba adónde iba con mi tabla, y yo nunca hablaba con nadie de los días de olas buenas en *Cliffs* o de cómo había superado mis miedos en *Kaikoos*. De pequeño, me gustaba llegar a casa con una herida, y me gustaba oír el grito ahogado de mi madre cuando veía un rastro de sangre en mi pierna. «*¿Por qué gritas, mamá? Ah, sí, esto*». Me gustaba que me mimasen y ponía cara de despreocupación a pesar de las heridas. Incluso

recuerdo haber llegado a experimentar un placer perverso cuando otra madre me quemó sin querer con un cigarrillo durante una travesía en barca. Las atenciones, los remordimientos, incluso el dolor, todo tenía valor para mí. ¿De dónde había salido ese aguafiestas que se regocijaba con la culpa? Sin lugar a dudas sigue aquí conmigo, pero a medida que iba cumpliendo años durante mi adolescencia, empecé a alejarme físicamente de mi familia. Cuando regresábamos por el sendero desde la playa de *Waimea*, todos con el bañador puesto, sabía que éramos seis almas gemelas unidas por los lazos de sangre, una camada, una familia, pero yo me sentía como un bicho raro. Una fría ráfaga de alienación adolescente parecía haberme arrastrado antes de tiempo. A pesar de todo esto, cuando me estrellé de cabeza contra un arrecife de coral, en *Waikiki* —y aquello sucedió el siguiente verano—, a quien me llevaron enseguida para que me curara fue a mi madre, y ella fue la que se ocupó de que me pusieran los puntos.

He dicho que mi padre no había cumplido aún los cuarenta años. Por supuesto que las edades de los adultos no tienen ningún sentido para los niños, ya que las cifras son demasiado elevadas y no les dicen nada, pero la edad de mi padre parecía mantenerse constante de una manera que hasta yo mismo consideraba muy extraña. Y eso se veía en el álbum de fotos de la familia. En un momento dado era un tipo de pelo oscuro y mirada vigilante que patinaba y montaba en trineo y tocaba la trompeta en una orquesta de baile, pero de repente, a los veinte años, recién licenciado de la Marina, tenía aspecto de señor mayor. Fumaba en pipa, llevaba sombrero, miraba absorto una máquina de escribir o jugaba una partida de ajedrez. Se casó a los veintitrés y fue padre por primera vez a los veinticuatro. Eso no era raro en el mundo de mis padres, pero mi padre daba la impresión de haberse metido en la edad adulta con un entusiasmo inusual. Deseaba tener cuarenta años. Y no porque fuese una persona prudente y equilibrada, ya que en realidad era impetuoso y malhumorado, sino más bien porque parecía querer dejar atrás la juventud.

Sé que odiaba la Marina y la claustrofóbica vida en un barco (se había librado por los pelos de la guerra, pero estuvo destinado en el Pacífico en un portaviones). Y lo que más odiaba era la indefensión de la marinería. «*Si los llaman suboficiales, es por algo*», decía. Lo que yo no sabía entonces era que su infancia había sido horrorosa. Sus padres biológicos eran dos alcohólicos que llevaban una vida itinerante. Sus dos hijos acabaron en manos de dos tías ya mayores. Mi padre tuvo suerte, ya que le tocó irse a vivir a un pueblecito de Michigan con Martha Finnegan, una bondadosa maestra, y su marido, un maquinista ferroviario llamado Will. Pero mi padre vivió atormentado durante toda su vida por el caos y el miedo que sufrió antes de que lo separaran de sus padres.

Como era de prever, mis padres eran abstemios. Y ni siquiera en la época de apogeo del *Martini* llegué a verlos ni tan siquiera un poco achispados. Uno de los temores que jamás los abandonaban era el de que sus hijos se convirtieran en alcohólicos.

Querían tener una gran familia y se metieron rápido en faena conmigo. Vivíamos en el cuarto piso de un edificio de apartamentos en la *Segunda Avenida*, en Manhattan. Pagaban un dólar mensual por aparcar mi cochecito en la barbería de la planta baja. Aspiraban a mudarse a Levittown, el típico barrio residencial de la época, por entonces recién construido, que estaba en Long Island (visto con la perspectiva del tiempo, eso hubiera sido una pésima idea), pero por suerte, se fueron a vivir a Los Ángeles. En esa época, mi madre tuvo tres abortos espontáneos consecutivos; uno pudo haber sido un niño prematuro. Me cuidaban unas chicas católicas que se habían quedado embarazadas sin estar casadas y que alguna clase de institución eclesial enviaba a casa. Cuando mi madre se quedó embarazada de Kevin, tuvo que estar seis meses en cama. Y todo eso ocurrió en lo que supuestamente fueron los mejores años de su vida.

Por aquellos mismos años, papá tuvo mil trabajos distintos. Fue electricista y carpintero de decorados, iluminador y meritorio en programas en directo y grabados y en obras de teatro. De todos los trabajos que tuvo, mi preferido fue el de empleado de gasolinera. Trabajaba en una estación de servicio de la cadena *Chevron* en Van Nuys, no muy lejos de Reseda, donde vivíamos entonces, así que salíamos a llevarle la comida. Vestía un uniforme blanco, igual que todos los empleados de la gasolinera, y las insignias de *Chevron* que llevaba sobre las mangas almidonadas me parecían la cosa más chula que había visto en mi vida. También trabajó como regidor en un programa infantil que se llamaba *The Pinky Lee Show*, que mi madre y yo veíamos siempre con la esperanza de entreverle fuera de escena, siempre con los auriculares puestos. Incluso yo mismo podía darme cuenta de que mi padre hacía todo lo posible por mantener a su familia, y que esa era la razón por la que siempre estaba trabajando. Y también llegué a darme cuenta, aunque solo fuera a mi modesto nivel, de que mi padre era para nosotros el héroe de la casa, pero allá afuera, en el vasto mundo de los auriculares y las insignias de *Chevron*, era alguien que también dependía de mi madre, igual que yo mismo.

Éramos católicos cumplidores, aunque no particularmente entusiastas. Todos los domingos íbamos a misa, el sábado yo tenía clases de catecismo y los viernes siempre comíamos palitos de pescado. Y entonces, cuando cumplí los trece años, creo, recibí el sacramento de la confirmación, que me convertía en adulto a los ojos de la iglesia, y me quedé de piedra cuando oí decir a mis padres que ya no me iban a obligar a ir a misa. A partir de ese momento era yo quien debía tomar la decisión. ¿Y no les preocupaba la salvación de mi alma? Sus respuestas ambiguas y evasivas me dejaron más conmocionado aún. Habían sido admiradores del papa Juan XXIII, pero me di cuenta de que no creían ni en la doctrina ni en las oraciones, es decir, en todas aquellas oblatios y oratios y terroríficos confiteor y toda la palabrería empalagosa de los actos de contrición que yo había tenido que memorizar —intentando entenderla— desde muy pequeño. Era posible que ni siquiera creyeran

ya en Dios. De inmediato dejé de ir a misa. A Dios no pareció molestarle demasiado. Mis padres, por su parte, siguieron llevando a mis hermanos pequeños a misa. ¡Qué hipócritas! Ese afortunado escaqueo de mis obligaciones religiosas ocurrió poco antes de trasladarnos a Hawái. Y así, una mañana de domingo de primavera, me hallé remando muy despacio por la laguna, de vuelta de *Cliffs*, mientras mi familia sudaba la gota gorda subiendo hacia la iglesia de la *Estrella del Mar* en Waialae. La marea estaba baja. La quilla iba golpeando con suavidad las rocas más grandes. En las zonas musgosas del arrecife que sobresalían por encima del agua, unas mujeres chinas, o quizá filipinas, con sombreros cónicos de paja, se agachaban a coger anguilas y pulpos que iban metiendo en una cesta. Las olas rompían aquí y allá, en el extremo exterior del arrecife, pero eran demasiado pequeñas para surfear.

Sentí que estaba flotando a medio camino entre dos mundos. A un lado tenía el mar, que se desparramaba sin fin hasta llegar al horizonte. Aquella mañana estaba en calma y el poder que ejercía sobre mí era lánguido y desmañado, pero yo ya estaba irremisiblemente sometido a sus caprichos. Esa atadura era ilimitada e irresistible. Ya no creía que las olas se cincelaran en talleres celestiales. Me había vuelto mucho más testarudo: ahora sabía que tenían su origen en tormentas lejanas que se desplazaban, por así decir, sobre la superficie de las profundidades marinas. Pero mi entrega absoluta al surf no tenía una explicación racional. Era algo que yo no era capaz de resistir porque poseía unas cualidades de profunda belleza y maravilla. Aparte de eso, jamás habría podido explicar por qué me dedicaba al surf. Sabía vagamente que había llenado un hueco de alguna clase en mi mente —tal vez relacionado con el abandono de la iglesia, o más probablemente con el lento distanciamiento de mi familia—, y que había ocupado el lugar que antes llenaban otras muchas cosas. Ahora yo era un pagano tostado por el sol. Y me sentía como un iniciado a un nuevo misterio.

Y al otro lado, en el otro mundo, estaba la tierra firme, todo lo que no era el surf. Libros, chicas, la escuela, mi familia, los amigos que no surfeaban. «*La*

sociedad», según iba aprendiendo a llamarla por aquellos años, y las obligaciones que conllevaba el hecho de ser el *Señor Responsable*. Con las manos cruzadas bajo la barbilla, yo iba flotando por la laguna. Una nube de color amoratado se cernía sobre *Koko Head*. El sonido nasal de un transistor llegaba desde la escollera donde una familia hawaiana estaba haciendo picnic. Las tibias aguas poco profundas tenían un extraño sabor a verduras hervidas. Era un momento inmenso, inmóvil, resplandeciente, mundano. Procuré retener en la memoria cada una de sus partes. Ni siquiera se me pasó por la mente que yo pudiera tener capacidad de elección cuando se trataba del surf. El encantamiento que yo sufría me llevaría adonde quisiera.

Las olas surfeables se forman así: una tormenta marina remueve la superficie y crea unas ondulaciones pequeñas y desorganizadas que se van juntando, si hay suficiente viento, hasta formar mar gruesa. Lo que los surfistas estamos esperando en las costas lejanas es la energía que se escapa de la tormenta y que se va propagando hacia el exterior, al llegar a aguas más calmadas, en forma de trenes de olas, es decir, grupos de olas cada vez mejor organizadas que viajan juntas. Cada ola desarrolla una columna de agua oscilante, casi siempre bajo la superficie. Todos los trenes de olas que se originan en una tormenta forman el mar de fondo que los surfistas llaman marejada. El mar de fondo puede viajar miles de kilómetros, y cuanto más poderosa es la tormenta, mayor es la distancia que recorre. A medida que va avanzando, el mar de fondo se va organizando, de modo que la distancia que separa cada tren de olas — lo que se conoce como intervalo— se va haciendo más uniforme. En un intervalo largo, el agua oscilante puede alcanzar más de trescientos metros de profundidad bajo la superficie del océano. Y estos trenes de olas pueden vencer fácilmente la resistencia del agua en la superficie en forma de pequeño oleaje, o bien imponerse a otras marejadas más débiles y poco profundas con las que se van cruzando o a las que van adelantando.

A medida que las olas de una marejada se van acercando a la costa, la parte más baja —el valle— empieza a rozar el lecho marino. En ese momento los trenes de olas se van transformando en series, es decir, en grupos de olas más grandes y que viajan en intervalos más amplios que sus primas, las que se originan en aguas más cercanas al litoral. Las olas que se van aproximando a la costa se refractan (desvían) en respuesta a los obstáculos hallados en el fondo. La parte visible de la ola aumenta de tamaño, ya que la energía oscilatoria recibe un empuje hacia arriba que la va elevando por encima de la superficie. La resistencia ofrecida por el lecho marino va aumentando a medida que el agua se hace menos profunda, lo que disminuye la velocidad de la parte inferior de la ola, mientras que la parte que está por encima de la superficie aumenta de tamaño. Por último se vuelve inestable y se prepara para colapsar, es decir, romper. Como regla general, se puede decir que romperá cuando la altura de la ola alcance el ochenta por ciento de la profundidad del agua; por ejemplo, una ola de dos metros y medio romperá cuando la profundidad del agua sea de tres metros. Pero hay muchos factores, algunos de los cuales son infinitamente sutiles — la fuerza del viento, el contorno del lecho marino, el ángulo de la marejada, las corrientes— que determinan con exactitud dónde y cómo va a romper cada ola. Los surfistas solo podemos esperar que nos ofrezca un momento en que podamos pillarla (el punto para el takeoff) y una pared surfeable, y que no rompa de golpe (o sea, en el mismo momento a lo largo de toda la pared), sino que vaya rompiendo de forma gradual, sucesivamente, en una dirección o en la otra (una derecha o una izquierda), lo que nos permitirá desplazarnos en sentido paralelo a la costa y poder recorrer la pared, por un instante, en ese mismo pico, en ese mismo momento, justo antes de que rompa.

Las olas fueron cambiando a medida que nos adentrábamos en la primavera. Iban llegando más marejadas desde el sur, lo que significaba muchos más días buenos en *Cliffs*. *Patterson's*, la ola de fuerza moderada que entraba por entre dos amplias placas de arrecifes a ras de agua justo en frente de casa, empezó a romper

con consistencia, así que fue apareciendo un nuevo grupo de surfistas: había gente mayor, chicas, principiantes. El hermano más joven de Roddy, John, también se presentaba. Tenía nueve o diez años y era asombrosamente hábil. Mi hermano Kevin empezó a demostrar un cierto interés en el surf, tal vez por influencia de John, que tenía su misma edad y dejaba la tabla en nuestro patio. Eso me sorprendió. Kevin era un nadador magnífico y había empezado a zambullirse en el lado hondo de la piscina desde que tenía dieciocho meses. Era patizambo y se desenvolvía en el agua con la habilidad de un pez, así que a los nueve años ya se había convertido en un buen bodysurfer. Sin embargo, siempre se había mostrado indiferente hacia mi obsesión por el surf: eso era cosa mía, no suya. Pero a partir de aquel momento empezó a remar hacia *Patterson's* en una tabla prestada y al poco tiempo empezó a pillar olas, de pie y haciendo giros. Estaba claro que había nacido para el surf. Le compramos una tabla de segunda mano por diez dólares, una vieja Tanker hawaiana. Yo estaba emocionado y orgulloso. De repente, el futuro tenía otro aspecto.

Cuando llegó la primera marejada grande del sur, la Bomba empezó a romper. Roddy y yo nos pusimos a mirarla desde la escollera. El pico principal estaba tan lejos que tan solo podíamos ver cómo rompía la primera ola de cada serie. Después todo eran paredes resplandecientes de agua blanca y espuma. Las olas eran gigantescas y alcanzaban como mínimo los tres metros, las más grandes que yo había visto nunca. Roddy no decía nada y miraba desolado el mar. Estaba claro que no podía ir a surfear. Había dos tíos allí. ¿Los conocía?

Sí.

¿Quiénes eran?

Wayne Santos, suspiró, y Leslie Wong.

Solo se los distinguía de vez en cuando, pero pudimos verlos a los dos metiéndose bajo unas olas monstruosas. Surfeaban con mucha atención y con muy

buen estilo, no se caían y los dos salían de la ola a gran velocidad por el arrecife que se extendía más allá de *Patterson's*. Wong y Santos eran dos surfistas extraordinarios. Y eran adultos. Pero Glenn y Ford estaban en *Cliffs*, así que no era el día adecuado para el debut de Roddy en la Bomba. Soltó un suspiro y reconoció que no podía surfear allí. Metimos las tablas en el agua e iniciamos la larga remada hacia Cliffs, donde en un día de marejada como aquel habría olas lo suficientemente grandes para nosotros.

Kevin tuvo un accidente: una tabla chocó contra su espalda en *Patterson's*. Oí que la gente me llamaba. «*Tu hermano, tu hermano*». Fui remando a toda velocidad, nerviosísimo, y lo encontré tendido en la playa con un corro de gente a su alrededor. Tenía muy mal aspecto: estaba pálido y en estado de shock. Por lo visto se había quedado sin aire. El pequeño John Kaulukukui lo había salvado de ahogarse. Kevin respiraba con mucha dificultad y tosía y lloraba sin parar. Lo llevamos a casa. Nos dijo que le dolía todo con cada pequeño movimiento. Mamá lo lavó, lo tranquilizó y lo metió en la cama. Yo me volví a las olas, pensando que Kevin volvería a surfear a los pocos días. Pero nunca volvió a hacerlo. Retomó el bodysurfing y en cuanto se hizo adolescente se convirtió en uno de los ases de *Makapu'u* y de *Sandy Beach*, dos olas famosas para el bodysurfing en la franja oriental de Oahu. Al hacerse adulto empezó a tener dolores de espalda. Hace poco un ortopeda le hizo una radiografía de columna y le preguntó qué le había pasado cuando era niño. Al parecer había sufrido una fractura grave.

Todos los colegios tenían su toro, es decir, el tipo más fuerte, el matón. Los chicos que iban a escuelas distintas se preguntaban unos a otros: «*¿Quién es el toro de tu colegio?*». El toro de la escuela secundaria de *Kaimuki* era un tipo llamado —lo crean o no— el Oso. Parecía un chiste malo de Wall Street —«*el Toro era un Oso*»—, solo que allí nadie había oído hablar de Wall Street. Como es natural, el Oso era un gigante. Aparentaba unos treinta y cinco años. Parecía bonachón, incluso un tanto obnubilado. Creo que era samoano. Siempre iba rodeado por un séquito de fieles,

como un jefe de la mafia. Sus seguidores llevaban ropa muy cutre. Quizá fueran ellos quienes me inspirasen la impresión inicial de que los «nativos» de Kaimuki eran pobres e iban muy mal vestidos. La verdad es que parecían empleados del servicio de recogida de basuras que acabaran de salir del trabajo y solo quisieran irse a tomar una cerveza. Eran demasiado mayores para una escuela secundaria. Daban miedo, pero solían mantenerse a una segura media distancia, así que parecían no tener edad.

Pero entonces ocurrió algo. No tuvo nada que ver con el Oso, pero fue la causa de su caída en desgracia. Y para mí, eso lo cambió todo. Nunca llegué a saber cómo empezó aquello, aunque yo estaba allí. Era la hora de comer. La *Gente Guapa* estaba en su habitual lugar de reunión. Yo charlaba con Lisa, a buen seguro con los ojos llenos de chiribitas. Lurch, el haole marginado y gigante, pasó frente a nosotros. Alguien dijo algo y Lurch le contestó. Tenía una voz grave y tímida y se parecía mucho al personaje de la tele que le había dado el apodo: el lúgubre mayordomo de La familia Addams. Tenía los ojos tristes, la frente amplia, un atisbo de bigote y caminaba encorvado con la esperanza de disimular su altura. Normalmente no solía prestar atención a los insultos, pero esta vez algo debió de afectarle mucho. Se detuvo. Glenn estaba muy cerca de él. Le dijo a Lurch que siguiera andando. Lurch no se movió. Glenn se le acercó. Empezaron a darse empujones. Luego empezaron con los puñetazos.

Fue algo muy raro, un combate cómicamente desigual. Glenn no era bajo, pero Lurch le sacaba mucho más de un palmo. Glenn no podía alcanzar la barbilla de su oponente si no se acercaba mucho. Lurch era torpe y no sabía apuntar bien con los puños, pero aprovechó su oportunidad, atrapó a Glenn con un abrazo de oso y lo levantó del suelo. Lo apretó contra su pecho y la pasó un brazo bajo el cuello. Toda la gente que había ido a ver la pelea vio cómo se le ponía la cara a Glenn. Lurch lo estaba estrangulando, estrangulándolo en serio. Los ojos se le salían de las órbitas. Era evidente que no podía respirar. Intentaba dar golpes, pero Lurch lo sujetaba tan

bien que no podía zafarse de ninguna manera. Transcurrió un momento muy largo. Lisa chillaba, Glenn daba golpes y nadie se movía.

Entonces apareció Ford Takara. Se acercó a Lurch y le soltó un puñetazo muy fuerte en la mandíbula. Lurch puso los ojos en blanco, soltó a Glenn y se derrumbó sobre el suelo. Mientras se caía, Ford le soltó un segundo derechazo en la sien. Y entonces empezó lo más raro de todo. Ford se llevó de allí a Glenn, que todavía estaba maltrecho y respiraba con gran dificultad, y la Gente Guapa se abalanzó sobre el caído Lurch. Le pegamos patadas, le dimos puñetazos, lo llenamos de arañazos. Lurch apenas opuso resistencia, seguramente por desesperanza más que por incapacidad física. Recuerdo que Eddie, la hermana de Mike, le desgarraba los brazos con las uñas y luego levantaba las manos en señal de triunfo, como la arpía de un cuento de hadas, para mostrar la sangre que había causado. Otras chicas le estaban desgarrando la cara y tirándole del pelo. Este paroxismo sanguinolento duró un buen rato, hasta que oímos un grito: «¡Chock!». Nos dispersamos a toda prisa. El señor Chock, que era el jefe de estudios de la escuela y se encargaba de la disciplina, llegaba corriendo a la escena del crimen.

¿Cuándo me di cuenta de que había tomado parte en un delito repulsivo? Me llevó mucho tiempo. Durante los días siguientes me sentía eufórico. Habíamos derrotado al gigante malvado, o alguna mierda así. Viendo las cosas en retrospectiva, quizá logré exorcizar los terrores de haber vivido sin la protección de una pandilla, como por ejemplo cuando tenía que soportar los golpes con el listón de madera. Por supuesto, Ford se convirtió automáticamente en un héroe. Y su actuación había sido tan decisiva, tan dramática, que la gente ya empezaba a decir que él era el nuevo toro de Kaimuki. Aquello me dejó confuso. Para hacerse con ese título, ¿no habría tenido que enfrentarse antes al Oso? Por lo visto, no. Esas cosas dependían de los humores de la gente y no de las competiciones organizadas. Pero ¿deseaba Ford ser el nuevo toro? Yo tenía mis dudas, y lo conocía mucho mejor que los chicos de la escuela que ahora no paraban de repetir su nombre. Pero quizá

había un Ford que yo no conocía, alguien con instinto asesino que deseaba hacerse con el poder. Y sin duda había un yo desconocido para mí: el roedor rabioso u otra clase de bicho de esas características.

El resultado de la paliza que le dimos a Lurch fue asimétrico. A Ford no lo castigaron. Lurch casi no se dejaba ver por la escuela. Glenn se convirtió en un forajido. A los demás no se nos castigó, aunque el señor Chock se presentaba más a menudo y nos lanzaba unas miradas asesinas que llamábamos coloquialmente «*miradas de ojo apestoso*». Glenn se escapó de casa. Mike, a quien siempre le sedujeron las escapadas más allá de la legalidad, se convirtió en su cómplice y le ayudó a esconderse. Los dos se presentaban a veces en la escuela a la hora de comer para desafiar a la dirección. El señor Chock llegaba derrapando en su coche y perseguía a los dos chicos por el cementerio y por el bosquecillo de algarrobos pálidos donde vivían los Kaulukukuis. A veces se le unía un coche patrulla de la policía. Tuvimos la impresión de que estas persecuciones duraron varias semanas seguidas, aunque lo más probable es que no se prolongasen más que unos pocos días. Steve, el fan de los *Kinks*, había venido a nuestra casita. Era un surfista competente, y nos estábamos poniendo las bermudas para irnos a *Patterson's*.

A pesar de su fiero desdén por Oahu, era un tipo apacible. Tenía un cuerpo diminuto de piel morena, el tórax en quilla, la cabeza grande y cuadrada, los ojos enormes y hablaba un inglés de clase media. Su padre era un haole rico y malhumorado, y su madre biológica, de piel cobriza, hacía mucho tiempo que había desaparecido de su vida. Igual que Roddy, Steve se llevaba mal con su madrastra, que era asiática. Vivían en Kahala. Gracias a su carácter mundano, todo el mundo lo tomaba por haole, y en realidad eso es lo que era. De todos modos, tenía una gran aptitud para imitar los sonidos y sabía hablar muchas variantes del pidgin.

«*Me gustaría ver*», me dijo con una voz que era como de geisha, pero mezclada con el tono ingenuo de las islas. Y dicho y hecho, me levantó la camiseta y se puso a

estudiar mi cuerpo desnudo. Me quedé tan helado que no fui capaz de reaccionar. «*Bonito*», dijo en voz baja, y me volvió a colocar bien la camiseta.

Yo estaba atravesando una fase de vergüenza desesperada con respecto a mi díscola pubertad y no supe apreciar el cumplido. La melosa sensualidad de Steve pertenecía a un mundo transfronterizo que yo desconocía.

Ni siquiera conocía bien los hechos básicos de la reproducción, y mis padres eran demasiado pudorosos como para explicármelos. En una noche agitada descubrí por mí mismo el milagro de la eyaculación. Aquello me resultó muy útil y pronto se convirtió en un hábito. Sin duda yo era como otros muchos chicos de mi edad, salvo que ninguno de los que yo conocía hablaba del asunto. Mis continuas erecciones provocaban continuas situaciones embarazosas, mucha confusión y un intenso interés por que las puertas se cerrasen con pestillo. Me inventé una nueva ruta de regreso a casa para los días que había poca gente, desde *Cliffs* pasando por *Black Point*, rodeando los arrecifes por la parte exterior en vez de cruzarlos a través de la laguna. Y allá fuera, sobre las profundidades del océano, nadie podía verme desde la playa ni desde las casas que daban a la playa. Me bajaba de la tabla y me metía en el agua azul celeste, y tomándome un descanso en la larga remada, me dedicaba a esa actividad delirante que algunos hablantes de pidgin denominaban, con escasa sutileza poética, «darle al martillo de piel».

Una noche hubo una gran tormenta, de esas que solo parecen caer en los trópicos. Desde la cama, entre el estruendo de la lluvia, empecé a oír un golpeteo seco que me resultó familiar. Me di cuenta de que era el ruido de las tablas chocando entre sí. Me levanté de un salto, salí corriendo al patio y vi cinco o seis tablas que salían flotando de nuestro patio y se metían en el río que se había formado en lo que antes era el sendero que bajaba desde nuestra casa a la playa. Por lo visto, nuestra calle — *Kulamanu*— y nuestro sendero formaban parte del aliviadero natural de la escorrentía que se formaba allí con las tormentas. A oscuras,

fui persiguiendo las tablas colina abajo, cogiéndolas de los setos o de los lugares donde se hubieran quedado momentáneamente trabadas, y luego cargué con ellas y las fui dejando en los patios delanteros de nuestros vecinos. Allí estaban la Wardy color hueso de Roddy, mi Larry Felker azul pizarra y la Town and Country azul bebé de Ford. También estaban la tabla de John y la vieja Tanker de Kevin. Pero ¿dónde estaba la tabla de Glenn? Ah, sí, allí: clavada bajo los escalones de la vivienda de nuestra casera. Ni una tabla llegó al océano, donde estaba desaguando con furia el arroyo que se había formado en el sendero y cuyo estrépito se podía oír muy bien aunque ya había dejado de llover. Yo tenía las pantorrillas llenas de moratones y los dedos de los pies magullados. Las tablas debían de estar bien abolladas, pero no se había roto ninguna quilla. Recuperé el aliento y luego, muy despacio, fui llevando todas las tablas de vuelta a casa y las dejé bien sujetas dentro de la empalizada de bambú, aunque el diluvio ya había terminado. Los cubos de basura estaban esparcidos por toda la calle: había sido una tormenta de récord. ¿Por qué parecía que yo era la única persona de Honolulu que se había despertado?

Al final atraparon a Glenn y lo mandaron a la *Isla Grande*. Roddy me explicó que eso era mejor que el centro de detención de menores al que habían enviado a Mike. Glenn padre había convencido a la policía de que Glenn estaría muy bien controlado por sus estrictas tías de la *Isla Grande*, cosa que Roddy consideraba muy cierta: probablemente ni siquiera le dejasen ir a surfear. Eso me pareció un castigo repugnantemente duro. Sin Glenn, todo empezó a perder su brillo habitual. Roddy y John parecían muy apagados. Lisa daba la impresión de estar muy enferma. Roddy ya no podía surfear en *Cliffs* tanto como antes, ya que su padre lo necesitaba más que nunca en *Fort DeRussy*. En realidad yo sabía que lo que quería era tener controlado a Roddy. Tal vez se acusaba de haber dejado que Glenn se desmandase. En definitiva: ya nada se parecía a un colorido grabado en madera del viejo Hawái.

A veces Roddy me invitaba a ir a *DeRussy*. Era un lugar interesante, sobre todo cuando no teníamos que barrer la arena de los senderos, que era la actividad

preferida de su padre para mantenernos ocupados. *DeRussy* ocupaba la mejor línea de playa de *Waikiki* y estaba rodeada de hoteles tan altos como rascacielos. Por allí aparecían cada semana miles de soldados que estaban de permiso de la guerra del Vietnam. Glenn padre trabajaba de socorrista. Roddy y yo nos metíamos a escondidas en los hoteles cercanos, y mientras uno de nosotros montaba guardia, el otro se zambullía en los surtidores de agua y en los pozos de los deseos en busca de monedas. Luego íbamos a un puesto ambulante a comprar chow fun, malasadas (los donuts portugueses) y rodajas de piña.

Pero lo más interesante de DeRussy, con diferencia, era la rompiente que había delante. Estaba llegando el verano y los arrecifes de *Waikiki* empezaban a cobrar vida. Roddy me llevó a *Number Threes*, *Kaisers Bowl* y *Ala Moana*. Eran picos de los que yo había oído hablar antes de irnos a vivir a Hawái. Estaban abarrotados de surfistas, y en el caso de Ala Moana, rompían sobre muy poca agua, pero tenían olas muy hermosas porque los alisios soplaban de tierra por aquel lado de la isla. Al surfear aquellas olas me sentí, como se dice en pidgin, «*pasándolo big time*», al menos cuando conseguía surfear decentemente.

También empecé a surfear en *Tonggs*, que estaba al final de la abrupta ribera urbana que se extendía por el lado *Diamond Head* y que también comprendía *Waikiki*. Allí era donde Tomi Winkler —el ganador de la prueba de surf de *Diamond Head*— vivía con su madre. Las olas de *Tonggs* no parecían tener nada de particular —era una izquierda corta y abarrotada que no podía aguantar mucho tamaño y que rompía frente a una hilera de rascacielos y una escollera. Pero un montón de buenos surfistas que vivían por allí, entre ellos Tomi y sus colegas, me dijeron que esperase a que los picos se pusieran en movimiento en los días especiales, sobre todo uno temible que rompía hacia la derecha y que tenía el nombre de *Rice Bowl*. Por lo que contaban, *Rice Bowl* era la réplica a escala local de *Sunset Beach*, la gran rompiente de la costa norte. Me pregunté cómo era posible *que Rice Bowl* pudiera compararse con la *Bomba*, pero me aconsejaron que no hiciese preguntas. Todos los tipos que me

encontré en *Tonggs* eran haoles. Y toda la gente que yo conocía de Cliffs y de Kaikoo era lo que los habituales de *Tonggs* llamaban mokes. Era posible que estos haoles no hubiesen oído hablar de la *Bomba* (sí que lo habían hecho, solo que la llamaban Brown's). O tal vez Rice Bowl fuese una rompiente para haoles (no lo era). O tal vez todo fuese más sencillo —creía yo— si la Unidad del Sur me diese unas bermudas con los colores del club y yo me limitase a surfear con Roddy y Ford. Pero nunca llegué a conseguir esas bermudas.

Ford parecía perdido sin Glenn. Seguía yendo a surfear a *Cliffs* a diario, pero ahora era todo distinto. Se llevaba la tabla de nuestro patio sin siquiera pararse a mirar si yo estaba en casa. Y en la escuela no parecía tener ningún interés en ejercer los muchos derechos de pernada que iban aparejados a su nueva condición de toro, una categoría a la que el *Oso* había renunciado, según se decía, con una sonrisa cansada. Ford era demasiado tímido incluso para exigir una novia, cosa que a mí me parecía una locura, y más aún teniendo en cuenta que el año escolar estaba a punto de terminar.

Cuando llegó la siguiente gran marejada desde el sur —era la más grande que habíamos tenido hasta entonces—, yo estaba en *Rice Bowl*. Las olas rompían por el lado de *Tonggs* que daba a *Ewa Beach*, justo enfrente del canal que conducía mar adentro, y las estuve mirando desde la escollera. Aquella rompiente parecía lo que había dicho la gente: *Sunset* a pequeña escala. Aun así, nunca había surfeado nada de ese tamaño, pero vi que había unos cuantos tíos en *Rice Bowl* y pensé que podría conseguirlo. El viento era ligero y el canal parecía seguro. Las olas eran grandes y rompían con mucha fuerza, pero daban la impresión de ser fáciles de surfear, casi como si estuvieran cronometradas. La rompiente parecía mucho menos peligrosa que la Bomba. Fui remando. No recuerdo que fuese con nadie más.

Durante un rato todo fue bien. Los demás tíos me recibieron con curiosidad. Eran mucho mayores que yo.Agarré dos o tres olas limpias, y todas me

sorprendieron por su potencia y velocidad. No quise hacer cosas delicadas. Me limité a trazar una cautelosa línea sobre la ola, hacia la salida. Al remar de nuevo mar adentro, y al ver otras olas —cuando me asomaba a la zona que los surfistas llaman la zona de impacto, o pit—, me di cuenta de que *Rice Bowl* rompía con muchísima fuerza. El ruido que hacía era algo completamente nuevo para mí.

Luego llegó otra serie, pero aquellas olas tenían unas proporciones para las que yo no estaba preparado. Tenía la impresión de que ya estábamos surfeando muy lejos de la orilla, pero empecé a remar mar adentro desde el punto que yo había calculado como el pico principal. Se hizo evidente que me había equivocado sobre mi situación en el arrecife. *Rice Bowl* tenía otra característica peculiar que ahora se estaba revelando ante mí: era una vasta fuerza que hacía desaparecer el horizonte, ya que todo el océano parecía congregarse alrededor de un arrecife que se hallaba en el exterior. ¿Desde dónde podía venir aquella serie? ¿Y dónde estaban los demás tíos? Habían desaparecido todos de allí como si los hubiesen avisado a tiempo. Yo sabía remar muy deprisa —no pesaba mucho y tenía los brazos largos—, pero la inquietud me había impulsado a remar antes de tiempo. Remé con las rodillas sobre la tabla, metiendo las manos con mucha fuerza en el agua, dirigiéndome en diagonal hacia el canal. Intentaba respirar profundamente, a intervalos regulares. Cuando se formó la primera ola de la serie estaba aún muy lejos de mí, y sentí que me flaqueaban las fuerzas. ¿Me había equivocado de dirección? ¿Debería haberme vuelto a la orilla cuando fueron apareciendo a lo lejos las primeras montañas asesinas de color plateado? ¿Me había plantado en el peor lugar de todos, ese arrecife exterior en el que iban a romper todas aquellas olas? Pero ya era demasiado tarde para cambiar de ruta. Seguí remando con la boca amarga por las náuseas, la garganta seca de miedo, casi sin aliento.

Logré superar la serie, formada por cuatro o cinco olas. Pasé tan justo que salí disparado sobre la cresta de una de ellas, y todas me dejaron calado con las salpicaduras del viento de tierra. El estrépito de las olas que rompían unos pocos

metros detrás de mí me dejó aterrorizado. Estaba seguro de que si una de aquellas olas hubiera llegado a atraparme, me habría matado. Fue la primera vez que tuve una certeza así. Y lo que hacía del surf un deporte tan distinto de todos era llegar a aquella línea del terror, pues allí se veía de forma evidente que podía tener consecuencias fatídicas. Me sentí como *Pip*, el vigía de *Moby Dick* que logró ser rescatado tras caerse al agua, pero que perdió la cabeza al no poder soportar las visiones de la infinita maldad e indiferencia del océano. Remé todo lo lejos que pude de *Rice Bowl*, por el lado de *Tonggs*, humillado, mareado, de vuelta a la orilla.

Y ese fue el recuerdo abrumador de haber surfeado en Hawái que me llevé al continente la semana siguiente, cuando se terminó de grabar la primera temporada de *Hawaii Calls* y de repente tuvimos que hacer las maletas y volver a casa. Volveré, les dije a mis amigos. Escribanme. Roddy me dijo que lo haría, pero nunca lo hizo. Steve sí. Lisa también. Pero ya había empezado el instituto. Intenté aceptarlo: nunca iba a ser mía; como mucho, una hermana mayor. Empecé noveno grado en una escuela de Los Ángeles. Y surfeé. Y surfeé. *Ventura*, *Malibú*, incluso *Santa Mónica,* cualquier sitio al que mis amigos y yo consiguiéramos que nos llevaran en coche. De vez en cuando fardaba de haber surfeado en Hawái, pero nunca mencioné *Rice Bowl*. De todas formas, a nadie le interesaban mis historias.

Volvimos exactamente un año más tarde. A mi padre le dieron un trabajo en una película titulada *Kona Coast* y protagonizada por Richard Boone (un desaseado pescador haole que se veía involucrado en las intrigas polinesias). No pudimos alquilar la casa de Kulamanu y terminamos en otra casita de reducidas dimensiones situada al final de Kahala Avenue. Cerca de allí no había ningún buen sitio para surfear.

El día que llegamos tomé el autobús y fui a casa de Roddy. Los Kaulukukuis se habían ido. Los nuevos inquilinos de la vivienda no sabían adónde.

Al día siguiente conseguí que mi madre me llevara con la tabla a la carretera de *Diamond Road*, y desde allí descendí por el sendero que llevaba a *Cliffs*. Me llevé una gran alegría cuando me encontré a Ford surfeando con su tabla de color azul bebé. Dio la impresión de alegrarse muchísimo de verme; se había vuelto mucho más hablador de lo que había sido antes. Me contó que había habido olas muy buenas en *Cliffs* durante toda la primavera. Y sí, era cierto, los Kaulukukuis se habían ido. A Alaska.

— ¿A Alaska?

Sí, el ejército había destinado allí a Glenn padre. Aquello sonaba demasiado cruel y demasiado demencial como para ser verdad. Ford estaba de acuerdo, pero eso era justo lo que había ocurrido. Glenn había vuelto de la *Isla Grande*, pero se había fugado de nuevo al enterarse de que la familia se iba a vivir a Alaska. En cambio, Roddy y John habían seguido de mala gana a su padre y a su madrastra. Ahora vivían en una base militar perdida en la nieve. Para mí era imposible asimilar esa idea. Pero entonces, ¿dónde estaba Glenn? Ford puso una cara rara. «*En Waikiki*», dijo. «*Seguro que lo ves*».

Y lo hice. Pero no enseguida.

Waikiki se convirtió en el destino de mis escapadas. Eso se debió en parte a la buena temporada de surf y en parte a la logística. En verano las olas eran muy buenas desde *Tonggs* hasta *Ala Moana*, y en el club de *Canoes* —el pico central—, en la misma *Kalakaua Avenue*, había unas taquillas en las que podía dejar mi tabla por el módico precio de un simple candado. Así que dejaba allí la tabla y al día siguiente, al amanecer, cogía el autobús desde casa o, si ya no me quedaba dinero de mi paga semanal, iba haciendo autostop y daba un rodeo por *Diamond Head*. Me pasé muchos días aprendiendo a conocer las olas que rompían frente a las playas llenas de bañistas y de altos edificios de hoteles.

Cada pico tenía sus locales, surfistas que habitualmente surfean en un sitio determinado. Hice algunos amigos. *Waikiki* era una vasta red de mercachifles, turistas, diversión y delincuencia. Incluso los surfistas tenían sus chanchullos: algunos eran trabajos legales en la playa, como llevarse a los turistas a agarrar olas en un catamarán o darles «*lecciones*» de surf en gigantescos tablones de remo pintados de color rosa; otros eran mucho más turbios, como engañar a las crédulas turistas jóvenes o a algunos amigos que trabajaban en los hoteles y podían conseguir las llaves de las habitaciones. Los chicos que conocí en el agua vivían casi todos en un gueto llamado *Waikiki Jungle*. Algunos eran haoles y por lo general vivían con sus madres, muchas de las cuales trabajaban de camareras en los hoteles, pero la mayoría eran hawaianos que tenían grandes familias multiétnicas. En todas las rompientes había surfistas buenísimos, tipos que uno debía estudiar e imitar. A todo el mundo le preguntaba por Glenn Kaulukukui; todo el mundo decía que lo conocía. Sí, andaba por ahí. Justo la noche antes lo habían visto. Pero ¿dónde vivía? Ah, eso no estaba nada claro.

Y por fin, una tarde, cuando yo estaba remando frente al club *Canoes*, oí que alguien decía: «*El puto Bill*». Era Glenn, que remaba detrás de mí, riéndose, y que me había agarrado el canto de la tabla. Parecía mayor, un poco demacrado, pero seguía siendo un tipo intrépido, fiel a sí mismo. Miró con atención mi tabla. «*¿Qué es esto?*».

Era una *nose-rider*, un nuevo modelo al que todo el mundo llamaba *Harbour Cheater*, con un «*escalón*» en la superficie que supuestamente la hacía planear mucho mejor cuando uno estaba en la punta. Aquella tabla era mi posesión más preciada: la había conseguido tras pasarme un sinfín de horas arrancando malas hierbas después del colegio. Tenía un tinte —no un pigmento— de color amarillo pálido. Aquel año se llevaban los tintes transparentes. Incluso me gustaba la discreta etiqueta con el triángulo negro de la marca Harbour. Contuve el aliento mientras Glenn examinaba mi tabla. Al fin exclamó «*Bonita*», y hasta pareció sincero al decirlo. Solté el aire, turbado por la infinita magnitud de mi alivio.

No quiso decirme dónde vivía exactamente. Me contó que trabajaba de camarero y que vivía en el barrio de *Waikiki Jungle*. Ya no iba al colegio. Me enseñaría el restaurante donde trabajaba y me invitaría a una ternera estilo teriyaki. A Roddy le iba muy bien en Alaska. Hacía frío. Todos iban a volver «*muy pronto*», aunque Glenn le dio a la expresión pidgin que había usado una inflexión mucho más sombría que el tono de cancioncilla con que normalmente se usaba. En realidad lo había dicho con sorna, sin disimular el odio que sentía hacia el ejército.

Surfeamos juntos y me sorprendió descubrir que Glenn había mejorado de forma portentosa. No solo era un buen surfista, muy fino, sino que se había convertido en un surfista espectacular.

Al final nunca llegué a ver el restaurante donde se suponía que trabajaba. De hecho, me lo encontré pocas veces en tierra firme. Surfeamos juntos en *Canoes*, en *Queens*, en *Populars* y en *Number Threes*, y en ocasiones me costaba mucho entender lo que estaba haciendo en las olas, ya que surfeaba muy deprisa, giraba muy rápido y hacía unas transiciones increíbles, sobre todo en los giros arriba. Bombeaba, se metía en el tubo y resistía bajo el labio, manteniéndose siempre a gran velocidad. Estaba claro que el surf estaba experimentando una gran revolución, y Glenn parecía estar a la vanguardia de los cambios.

Empecé a sospechar que las maniobras del *nose-riding* ya no formaban parte del nuevo estilo. Me había convertido en un fan del hang five y del hang ten, es decir, caminar por la tabla dando pasos cruzados hasta que un pie, o los dos, se quedan en la punta, y luego volver atrás. Tenía una tabla de diseño ultraligero que me permitía hacerlo. David Nuuhiwa, el mejor nose-rider del mundo y uno de mis ídolos, también era alto y delgado. Pero mi tabla *Harbour Cheater* no tenía nada que ver con los nuevos modelos que se usaban aquel verano de 1967. También había otras, como la *Con Ugly*, que habían sacrificado todas las demás prestaciones para garantizar la máxima duración de las maniobras en la punta.

De todos modos, pese a que el *nose-riding* era una maniobra sublime que entrañaba una gran dificultad técnica y que exigía unas olas muy difíciles de encontrar, dejé de interesarme por ella. Cerca de las olas lentas, suaves y fofas de *Waikiki*, llenas de catamaranes y turistas, había arrecifes de aguas poco profundas, en *Kaisers* y *Threes* e incluso en *Canoes*, que producían unas olas huecas, sobre todo con la marea baja, que te permitían hacer unos tubos maravillosos. Aquel verano empecé a buscarme la vida entre los azulísimos vientres tubulares de las olas, y algunas veces hasta conseguí salir de allí de pie. Todo el mundo hablaba de «*entubarse*», y aquellas trazadas dentro de un tubo tenían las propiedades de una revelación. Siempre eran demasiado cortas, pero el misterio que entrañaban era tan intenso que creaba adicción. Te sentías como si hubieras llegado por un instante hasta el otro lado del espejo, de modo que siempre querías volver. Los tubos, y no el *nose-riding*, eran el futuro del surf.

La gente decía que Glenn se había enganchado a las drogas. Eso tenía su lógica. En *Waikiki* había drogas por todas partes —marihuana, LSD—, especialmente en el barrio que llamaban *la Jungla*. Era el verano del amor, cuyo epicentro se hallaba en San Francisco, y desde allí parecían llegarnos de forma continua nuevos cargamentos de música, vocabulario y drogas. Yo conocía a chicos de mi edad que ya fumaban hierba, pero era demasiado tímido para probarla. Y las dos o tres veces que fui con mis amigos a las fiestas que se organizaban en los antros más tirados para surfistas que había en el barrio de la Jungla, en los que giraban las luces estroboscópicas, atronaban los Jefferson Airplane y los mayores seguramente estaban teniendo sexo en los cuartos de atrás, nosotros nos limitamos a robar unas cuantas cervezas y salir huyendo de allí. Eso era lo máximo para lo que estábamos preparados. Y me seguía preguntando dónde diablos vivía Glenn.

Mis padres, al igual que sucedía con mis experiencias en la escuela secundaria de *Kaimuki*, no parecían saber nada de mi escandalosa nueva vida en *Waikiki*, pero estuve a punto de introducirlos en ella cuando Dougie Yamashita me robó la tabla.

Aquello me volvió loco de rabia, frustración y miedo. Yamashita era un gamberro callejero, habitual del club *Canoes* y un poco mayor que yo, y un día me pidió prestada la tabla un rato, pero no me la devolvió. Los más entendidos de *Waikiki*, que tenían mucha más experiencia que yo, me aconsejaron no meter a los adultos en aquel asunto. Así que contraté a un chico de espaldas anchas al que todo el mundo llamaba Cippy Cipriano para que encontrara a Dougie y recuperase mi tabla. Cippy era un matón a sueldo que por cinco dólares daba palizas a otros chicos sin hacer preguntas. Me sorprendió cuando me dijo que aceptaba gratis mi caso, aunque luego la gente me explicó que tenía viejas cuentas que saldar con Dougie. Fuera como fuese, el caso es que mi amada *Cheater* amarilla reapareció con nada más que unos pocos arañazos. Me contaron que Dougie se había tomado un ácido el día que me cogió la tabla, y por lo tanto no se le podía considerar culpable de nada. No me lo creí, porque todavía estaba furioso, pero cuando me encontré a Dougie un día, no tuve el coraje de enfrentarme a él. Ya no estaba en la escuela secundaria y no tenía la protección de la *Gente Guapa*. Y Dougie seguro que tenía una gran familia con un montón de tipos duros que estarían encantados de romperle el culo a un haole pequeñito. Hizo como que me ignoraba, y yo le devolví el favor haciendo exactamente lo mismo.

Ahora ya no veía a los de la *Gente Guapa*. Steve, que seguía enganchado al rock, me contó que la pandilla se había disuelto. Nadie podía ponerse en los zapatos de Mike, me dijo. Por alguna razón, nos desternillamos de risa cuando imaginamos la escena. Mike siempre había tenido algo de payaso. Yo me pasaba la vida llamando por teléfono a Lisa, pero siempre colgaba, avergonzado, cuando oía su voz.

Gloria, la canción de la banda de rock irlandesa *Them*, ocupaba el número uno cuando yo estaba en la escuela secundaria de Kaimuki. Todos los chicos la cantábamos. «G-L-O-R-I-A, Glo-o-o-o-ria». En 1967, la canción que sonaba en las radios de Honolulu era *Brown-Eyed Girl*, el tema del cantante de *Them*, Van

Morrison. No fue un gran éxito, pero la letra tenía la intensidad de la poesía celta que me subyugaba en aquellos días, y la canción, además, tenía una sonoridad caudalosa que parecía casi propia de las islas. Era una elegía, un canto a la juventud perdida, y durante muchos años me hizo pensar en Glenn: la canción tenía la misma belleza fugitiva y risueña. Al escucharla, me imaginaba a Glenn recordando a Lisa. Ella era la chica de ojos castaños. Yo no sabía qué había pasado al final entre ellos dos, pero seguía idolatrándolos y me gustaba pensar que los dos habían sido felices «*riéndonos al sol / escondidos tras el muro de un arcoiris*». Era típico de mí atribuir todas estas sensaciones a otras personas e imbuir de romanticismo las vidas ajenas. Y también era típico de la perversidad de la cultura pop que *Brown-Eyed Girl* acabara reciclada y convertida, muchos años después, en la típica música para ascensores o para supermercados, hasta que llegó un momento en que ya no la pude soportar. Todas las bandas del mundo han hecho su versión. Y George W. Bush la llevaba en su iPod cuando era presidente.

Mis padres tenían que tomar una decisión. Aún no se había terminado el rodaje de *Kona Coast*, pero pronto se iba a iniciar el nuevo curso. Por entonces ya sabían lo suficiente de Hawái como para haberse enterado de que la enseñanza pública no era una buena opción, sobre todo si se trataba de los institutos, que era donde yo tenía que matricularme ahora. La decisión fue volver al continente para empezar a tiempo las clases.

Como hecho aposta, me volvieron a robar la tabla. Encontré el candado de la taquilla cortado por una cizalla y tirado sobre la arena, junto a las taquillas. Estaba claro que el ladrón sabía que nos íbamos. Esta vez involucré a mis padres, pero teníamos muy poco tiempo y nadie sabía nada. Lo sentimos mucho, señor, pero Dougie y Cippy no están. Las familias no sabían por dónde andaban. Así que volamos de vuelta al continente sin una pieza clave del equipaje.

Mis padres me dieron la entrada para una nueva *Harbour Cheater* idéntica a la robada, incluso con el mismo tinte amarillo. Me puse a trabajar de nuevo después de las clases arrancando yerbajos en el jardín de un vecino por un dólar a la hora. Impuestos incluidos, la tabla costaba ciento treinta y cinco dólares. Calculé que para noviembre ya habría reunido el dinero suficiente.

Dos. Huele el mar

California, hacia 1956-1965

Hace pocos años, crucé *Laguna Beach*, California, mientras viajaba hacia el sur en un coche de alquiler, y atravesé la calle principal, *Pacific Coast Highway*. Era un día nublado, húmedo, y no había un alma en la calle a aquella hora de la noche. A mi derecha tenía el océano, despidiendo su olor nocturno, y las luces acuosas de las tiendas ya cerradas flanqueaban el otro lado de la carretera. Estaba cansado, pero conducía con atención. Al pasar frente a un motel decrépito, oí un grito terrible. Sabía muy bien que era un recuerdo, no el ruido provocado por un crimen o una desgraciada historia de amor, pero la intensidad con que lo recordé me puso los pelos de punta. El grito lo había proferido mi padre de joven. En aquel motel se había dislocado el hombro mientras jugaba conmigo en una piscina cubierta. Era la primera piscina cubierta que yo veía en mi vida. Era la primera vez que oía gritar de dolor a mi padre. Jamás se quejaba ni soltaba tacos cuando se cortaba o se hacía un arañazo o un moratón. En estos casos más bien solía reírse. Así que oírle gritar de aquella manera supuso una experiencia muy negativa para mí, o peor aún, fue algo aterrador. Mi padre estaba desesperado y desvalido. Tuvieron que llamar a mi madre. Llegó una ambulancia. ¿Qué estábamos haciendo en un motel en Laguna? Ni idea. Teníamos amigos en Newport Beach, la ciudad más próxima en dirección norte, pero no en Laguna. Yo tenía cuatro años como mucho y todavía vivía en aquel supuesto Edén anterior al nacimiento de mis hermanos.

El hombro de mi padre siguió dislocándose cada pocos años. La última vez que ocurrió estaba en la Bomba. Mi padre no surfeaba. ¿Qué demonios estaba haciendo con una tabla de surf en la Bomba? Por lo visto había remado hasta allí para echar un vistazo y ver las grandes olas de cerca. Pero entonces llegó una serie por el canal, perdió la tabla y el hombro se salió de sitio. Se hundió una, dos veces,

incapaz de mantenerse a flote. Un surfista hawaiano lo salvó. Yo no estaba allí. En esa época vivía en el exilio porque había abandonado los estudios: era un desertor de la universidad. En el hospital le abrieron el hombro, le reconstruyeron la cápsula y le estabilizaron los músculos y los tendones. A partir de aquel momento ya no se le volvería a dislocar, pero tampoco pudo volver a levantar el brazo por encima de la cabeza. Y muchos años después, en ese coche, de camino hacia el sur, me vi deseando que mi hija de cuatro años no me oyera jamás gritar de desesperación.

Cuando yo era pequeño vivíamos lejos de la costa. No era un niño playero. Entonces, ¿cómo fue posible que el surf se convirtiera en el eje central de mis años infantiles? Si quieren saberlo, tendré que guiarles por las callejuelas donde la húmeda música surf me cautivó por primera vez.

Había una familia, los Becket, a la que le encantaba el mar. Eran amigos de mis padres y vivían en *Newport Beach*, el viejo puerto pesquero y recreativo que está a ochenta kilómetros al sur de Los Ángeles. Tenían seis hijos, y el mayor, Bill, tenía exactamente la misma edad que yo. En las fotos del álbum familiar aparecemos los dos, de niños, tumbados boca abajo en la playa, siempre fascinados por la arena. Mi madre decía que los adultos, novatos en las artes de la paternidad, nos daban órdenes: «¡*Jueguen*!». Detrás de nosotros, repantigados con sus bañadores de época, nuestros padres asombrosamente jóvenes echan las cabezas hacia atrás y se ríen. Todavía puedo oír las risotadas en cascada de Coke Becket. Mi madre y ella habían hecho muchas cosas juntas antes de casarse: habían trabajado de camareras en el parque de Yosemite, y por razones que nunca lograban explicar muy bien, habían sido secretarias en Salem, Oregón.

Bill Becket padre era bombero. Tenía cientos de nasas para langostas en el patio trasero de su casa, y en los días de buen tiempo las echaba al agua desde su barca en los arrecifes de rocas que hay frente a la costa de *Orange County*. El pequeño Bill pronto tuvo cuatro hermanas y luego un hermano. Los Becket eran aún

más católicos que nosotros. Se compraron una pequeña casa tradicional de dos pisos, revestida de tejas asfálticas, en la península de Balboa, una lengua de tierra repleta de edificios que quedaba a medio camino entre el océano y *Newport Bay*. Su calle, la Treinta y cuatro, tenía una longitud de tres manzanas e iba desde el mar hasta el canal interior. Cada verano procurábamos alquilar una casa allí durante una semana, por lo general en el lado de la bahía, que era el más barato.

Desde muy niño pasé largas temporadas con los Becket. Bill hijo y yo pescábamos con caña y llenábamos cubos enteros de cangrejos y almejas. A veces le pedíamos prestado a su padre un antiguo tablón de remar y explorábamos el laberinto de canales que había en la bahía. Íbamos remando en tándem hasta Lido Island y luego llegábamos a mar abierto frente a *Newport Bay*. En un diminuto bote de vela desembarcábamos en un arenoso islote desierto cerca de la autopista, nos proclamábamos dueños y señores de aquella tierra y peleábamos con otros chicos que también intentaban desembarcar allí. Al anochecer, atrapados por la brisa nocturna bajo un puente de autopista con menos altura que nuestro mástil, intentábamos virar frenéticamente, perdiendo terreno con cada nuevo viraje, hasta que al final nos veíamos obligados a atracar en el primer muelle privado que encontrábamos.

Pero sobre todo lo que hacíamos era practicar bodysurf en las olas que se formaban frente a la calle Treinta y cuatro. Esa era nuestra base de operaciones, un universo completo para nosotros solos: el frío mar azul, la tórrida arena blanca, el estrépito de las rompientes que llegaban del sur.

Bill hijo tenía un cuarto diminuto en el que apenas había espacio para una sola cama, y los dos dormíamos allí, tumbados en direcciones opuestas y pegándonos patadas en la cara. Nos duchábamos juntos y hasta meábamos juntos, jugando a pelearnos como espadachines muertos de risa con los chorros de pis en nuestras batallas del cuarto de baño. Bill era un chico de playa al cien por cien: llevaba el pelo

cortado al rape y lo tenía blanqueado por el sol; las plantas de sus pies eran tan duras como la madera y la espalda se le ponía más negra que el alquitrán cuando llegaba el verano. En cada momento, estuviéramos donde estuviésemos, sabía cómo estaba la marea, como si pudiera olerla en el aire. Sabía por dónde pasaban los pejerreyes californianos, que eran unos peces misteriosos que llegaban a la rompiente para desovar, pero solo de noche, una hora después de la pleamar, y solo en ciertos meses del año y coincidiendo con determinadas fases lunares. Con una linterna se podía llenar un saco entero de pejerreyes en menos de una hora. Rebozados, se consideraban un manjar. Cuando paseábamos por el malecón de Newport, Bill metía las narices sin permiso en las cestas de los pescadores, y sabía camelárselos a todos con comentarios informales o con elogios de aficionado a la pesca: «Bonita corvina».

Como su padre, Bill se jactaba de ser una persona imperturbable. Era sarcástico y relajado de una forma casi agresiva, ese oxímoron que simboliza la esencia de lo californiano. Desde muy niño sabía poner una expresión socarrona que iba adaptando a cada ocasión. Becket no podía estar simplemente ocupado, sino que tenía que estar haciendo más cosas «que un empapelador manco» o se hallaba «*más atareado que un mapache furioso*». A veces se ponía muy pesado. Intentaba dar órdenes a sus hermanas, con resultados desiguales. Las hermanas se oponían a su autoritarismo recurriendo al sarcasmo, y encima eran cuatro, todas ellas orgullosas poseedoras de un ingenio de lo más ácido. En la casa de los Becket siempre había invitados permanentes, pero además era una especie de centro social. Siempre había vecinos que llegaban o se iban, bandejas de tacos que salían de la cocina, alguien que hacía una barbacoa en el patio trasero con un pescado recién capturado o langostas vivas que iban directamente a la olla. Entre los adultos corrían el vino, la cerveza y los licores.

Coke Becket tocaba el acordeón y la familia se sabía un sinfín de canciones. Incluso las niñas más pequeñas sabían cantar sin parar *Remember Me, She's More to*

Be Pitied, *Sentimental Journey* o *Please Don't Sell My Daddy No More Wine*. El clan de los Becket tenía una vena artística. Ardie, la madre de Coke, que vivía en algún lugar de las colinas, apareció una tarde por la calle Treinta y cuatro, pero no iba en coche, como habría hecho mi abuela, sino que había aparcado cerca de allí el camión y el remolque y se presentó en la calle Treinta y cuatro de pie a lomos de un caballo y vestida con un traje de vaquera con lentejuelas y un penacho de plumas en la cabeza. Luego se puso a desfilar por la calle, saludando con aplomo a la gente que se asomaba a mirar desde las casas. A los hijos de los Becket les hizo mucha ilusión ver a su abuela, pero no les sorprendió el número circense. Ya lo habían presenciado muchas veces.

Bill padre procedía del centro de Los Ángeles. Formaba parte de un variado grupo de jóvenes que después de la guerra se habían establecido en las zonas costeras del sur de la ciudad. Era un hombre adusto y guapo, tenía ojos de perro sabueso y un permanente bronceado y hablaba despacio. Era muy hábil con las manos y podía construir una barca muy marinera con un montón de leña. Sabía surfear. Sabía tocar el ukelele. De hecho, Coke y él se habían casado en Hawái. Bill padre había hecho la mesita auxiliar de la diminuta sala de estar del piso de arriba de su casa con su propia tabla de surf de madera de secuoya. Tenía forma de lágrima y pesaba como el plomo. A Bill hijo y a mí nos gustaba ir a verlo al cuartel de bomberos, donde era capitán. Siempre lo encontrábamos en la parte de atrás, trabajando bajo el sol, arreglando una barca o poniéndole una capa nueva de barniz.

Bill hijo no tenía que realizar tareas domésticas, sino trabajos en toda regla. Al amanecer se dedicaba a cebar los anzuelos de los pescadores del malecón. Era un trabajo horrible, ya que tenía que ensartar una anchoa apestosa en los anzuelos oxidados de las cañas situadas a dos palmos de distancia, cada una con quinientos metros de carrete, y cobraba dos dólares y medio después de haber cebado seiscientos anzuelos; si alguien le ayudaba, lograba terminar antes del mediodía, así que yo iba con él y luego las manos nos olían a rayos durante todo el día. Un verano

encontró trabajo en un tenderete llamado *Henry's*, que también estaba cerca del malecón, y que alquilaba colchonetas neumáticas a los turistas. Eran unas colchonetas maravillosas, y los amigos de los Becket y yo íbamos al almacén y nos servíamos a nuestro gusto, cosa que ponía en peligro el trabajo de Bill. Las colchonetas eran de lona dura con rebordes amarillos de caucho, tan duras que uno casi se podía poner de pie en ellas. Las tablas de surf de poliestireno se habían hecho muy populares, pero las colchonetas de Henry eran más rápidas y mucho más manejables.

La gente tenía tablas de surf, pero en Newport solo se podían usar en determinadas zonas y únicamente muy temprano por las mañanas, al menos en verano. En realidad, las tablas de surf nos daban miedo. Nos parecía que eran para los mayores, no para nosotros. Había surfistas en la ciudad. Tenían el pelo blanqueado por el sol, conducían viejas camionetas, llevaban camisas a cuadros, vaqueros blancos, huaraches —unas sandalias mexicanas con suelas de neumáticos reciclados —, y por lo que se decía, iban de juerga las noches de los fines de semana al Rendezvous Ballroom, una sala de fiestas que estaba al final de la península, en la que Dick Dale y los Del-Tones tocaban sus seductoras y subversivas melodías.

Bill hijo perdió su trabajo en *Henry's*, pero no a causa de nuestro «*sírvase usted mismo*» no autorizado, sino porque una tarde se cansó de esperar a un niño que estaba tomando el sol en la playa tumbado sobre la colchoneta. Era la única colchoneta que faltaba y Bill quería cerrar el tenderete. Todos le estábamos esperando. El niño, pálido y regordete, parecía haberse quedado dormido. Al final, uno de los amigos de Bill hijo sacó un tirachinas. Bill lo cargó con un guijarro y acertó justo en la parte que el somnoliento cliente había puesto a tiro. El niño se puso a gritar mucho más fuerte de lo esperado. Nos fuimos rápido de allí. La madre del niño, para nuestra sorpresa, llamó a la policía. Desde nuestro escondrijo vimos cómo la cabecita de Bill, tan pequeña como una pelota de tenis, desaparecía en el asiento trasero de un coche patrulla. Henry lo despidió y los amigos de Bill

empezaron a llamarle «*presidiario*». Y eso que él, hijo de un capitán de bomberos muy conocido en la ciudad, no llegó a pasar ni un solo minuto en una celda.

Los amigos de Bill eran todos católicos e iban a escuelas católicas. Los mayores se preparaban para ser monaguillos. Los domingos iban en bici a misa y fardaban como si fueran los dueños de todo el terreno que había alrededor de las iglesias. Yo estaba impresionado y avergonzado a la vez, porque me acordaba de las tímidas visitas dominicales a la iglesia de St. Mel, la iglesia de nuestro barrio, a la que siempre iba con mis padres. Los chicos de Newport me enseñaron a colarme en el coro de la parte posterior de la iglesia, que solo se utilizaba en las ocasiones solemnes, y desde allá arriba veíamos la misa. Eso nos obligaba a escondernos entre los bancos, para evitar que el cura nos viese desde el altar cuando se daba la vuelta de cara a los fieles. Era todo muy arriesgado porque mis compañeros querían llamar la atención de sus amigos que hacían de monaguillos, con la malévola intención de hacerles reír. Estas travesuras me ponían de los nervios, y un día me sentí humillado cuando un pelirrojo llamado Mackie me ordenó que me callara con un fuerte siseo, ya que por lo visto, después de que el cura entonase «Dominus vobiscum», yo había respondido murmurando, por puro hábito, «*Et cum spiritu tuo*». Unos chicos, aburridos, empezaron a escupir sobre los feligreses que había debajo de nosotros, para esconderse después a toda prisa tras haber soltado el «*lapo*» (así lo llamábamos). Eso me pareció escandaloso. ¿Es que aquellos chicos no creían en el infierno? Estaba claro que no, tal como me hicieron ver en las charlas burlonas que manteníamos a la orilla del mar, siempre después de misa. Pero yo sí creía, y me horrorizaba todo lo que había visto aquella mañana: más aún, lo que sentía era un verdadero terror religioso. Resultaba evidente que las escuelas católicas convertían a los chavales en intrépidos y empedernidos apóstatas. Yo, sin embargo, era un niño debilucho que iba a un colegio público y las monjas todavía me daban miedo.

Me gustaba Newport, pero aún me gustaba más San Onofre. Estaba a unos sesenta kilómetros más al sur y era una franja de costa sin urbanizar rodeada por un

campo de entrenamiento de marines. Los fines de semana, los Becket llenaban su camioneta Volkswagen de niños y trastos y ponían rumbo hacia allí. San Onofre había sido uno de los primeros reductos del surf californiano, y los enamorados de las olas que acampaban allí para surfear y pescar y buscar orejas de mar habían logrado convencer a los militares para que les dejaran seguir yendo una vez instalado el campo de entrenamiento. El camino sin asfaltar que llevaba al mar estaba cerrado al paso por una garita militar, pero los socios del club de surf de San Onofre tenían acceso libre. Bill padre era uno de los fundadores. La playa no tenía nada especial —estrecha y sin árboles, con el fondo de rocas—, pero las familias que acampaban allí compartían el lugar con palpable y distendido placer. Muchas familias parecían haberse doctorado en el arte de pasárselo bien. Tablas de surf, cañas de pescar, equipos de buceo, viejas canoas, colchonetas hinchables: todo estaba pensado para el agua. Las furgonetas con toldos descoloridos y los chamizos hechos con maderos arrastrados hasta la playa proveían de sombra. Tras la puesta de sol, los torneos de bridge y los partidos de voleibol daban paso a las hogueras y los conciertitos de música folk. Los martinis se consideraban moneda de curso legal.

Pero lo importante eran las olas. A comienzos de los años sesenta, cuando yo empecé a ir allí, las olas de *San Onofre* ya no estaban de moda: eran demasiado lentas y fofas. Pero en los primeros tiempos del surf moderno, cuando las tablas eran enormes y pesadas y no solían tener quillas, la técnica preferida (y en realidad la única factible) consistía en surfear la ola con los mínimos giros posibles hasta llegar a la orilla, y *San Onofre* ofrecía quizá las mejores olas de California para este estilo de surf. Las olas eran largas y fofas y tenían la suficiente variedad de fondos rocosos y de arrecife para hacerlas interesantes. Muchos de los surfistas que modernizaron el diseño de las tablas de surf después de la segunda guerra mundial habían echado los dientes en *San Onofre*. Era el *Waikiki* de la Costa Oeste, solo que sin hoteles ni tanta parafernalia. Y seguía siendo un excelente lugar para aprender a surfear.

Un día de verano, cuando tenía diez años, cogí allí mis primeras olas de pie sobre una tabla verde prestada. No recuerdo que nadie me diera instrucciones. Había más gente surfeando, pero *San Onofre* es un pico muy espacioso. Fui remando solo, agachando la cabeza y agarrándome fuerte mientras atravesaba las dóciles barreras plateadas de espuma. Observé a los demás surfistas. En realidad todo fue un poco a lo «*imitabobos*». Apunté con la tabla hacia la orilla. Las olas no tenían nada que ver con las contundentes orilleras en las que yo había estado haciendo bodysurfing durante mucho tiempo. Pero la marea estaba baja y el viento no era muy fuerte, así que la dirección de las olas era fácil de interpretar. Vi una pared amplia que se desplomaba hacia delante y tenía la cresta uniforme y remé frenéticamente para ponerme en posición. La aceleración a medida que la tabla se elevaba y cogía la ola fue mucho menos dramática y menos violenta que cuando yo, sobre una colchoneta o haciendo bodysurfing, cogía olas en las rompientes con fondo de arena. Pero la sensación de velocidad, sobre todo la de deslizarme sobre la superficie del agua por delante de la ola, fue haciéndose más y más intensa. Esa sensación de impulso poderoso era nueva para mí. Tambaleándome, me puse en pie. Recuerdo que miré hacia un lado y vi que la ola no se iba debilitando, y luego miré hacia delante y vi que tenía vía libre durante un buen trecho; luego miré hacia abajo y me quedé pasmado con el fondo rocoso que iba pasando a toda velocidad bajo mis pies. El agua estaba limpia y tenía un color ligeramente turquesa. No era muy profunda, pero había suficiente espacio para que yo me deslizase sin problemas. Y eso fue lo que hice, una y otra vez, una y otra vez, aquel primer día.

Pero yo era, para mi eterna vergüenza, un tipo de tierra adentro. *Woodland Hills*, donde vivíamos, estaba en el extremo noroccidental del condado de Los Ángeles. Era un mundo de colinas peladas —las estribaciones de la sierra de Santa Mónica— que se extendían por la vertiente occidental del valle de San Fernando, una especie de lago beige de urbanizaciones invadidas por la polución. Mis amigos no sabían nada del mar. Sus familias se habían trasladado al oeste desde regiones de

interior: Pensilvania, Oklahoma, Utah… Sus padres trabajaban en oficinas. El único que no lo hacía era el padre de Ricky Townsend, Chuck. Tenía una plataforma petrolífera en las colinas que daban a Santa Paula. Ricky y yo íbamos a veces con él. Llevaba casco y una sucia camisa de faena y grandes manoplas de mecánico. Su plataforma estaba en funcionamiento día y noche, bombeando y golpeando el suelo, y el hombre siempre tenía algo que arreglar. Me imaginaba que buscaba el súbito chorro de petróleo, la repentina explosión de oro negro. Pero mientras la esperaba, no había muchas cosas que Ricky y yo pudiéramos hacer. La plataforma tenía una torreta con una pequeña cabina de contrachapado en la parte superior de las vigas, y el señor Townsend nos dejaba subir allí. Ricky y yo nos tumbábamos con un transistor y escuchábamos hasta que era noche cerrada las retransmisiones de los partidos de los Dodgers que hacía Vic Scully. Koufax y Drysdale estaban en su mejor momento y eliminaban a todo el mundo con sus lanzamientos, y nosotros nos creíamos que aquello era lo más normal del mundo.

Vivíamos en un pequeño valle rodeado de colinas. Y en nuestro barrio y en nuestra escuela se respiraba un aire de atávica insularidad que se veía acentuado por la topografía. Parecía un pueblo perdido en una hondonada y controlado por un grupo de fanáticos xenófobos. La *John Birch Society* tenía muchos seguidores. Mis padres y sus amigos progresistas y cosmopolitas eran una minoría: admiraban a Adlai Stevenson, pero vivían en una ciudad dominada por Sam Yorty (Yorty era el alcalde de Los Ángeles, un tipo duro, sonriente e inculto, de Nebraska, que odiaba a los rojos). Mis padres se suscribieron a la revista *I. F. Stone's Weekly* y empezaron a dar su apoyo entusiasta al movimiento a favor de los derechos civiles. Se opusieron a una iniciativa local que concedía a los propietarios de casas el derecho a discriminar a los inquilinos según su raza. «*No al artículo 22*», decía el letrero que teníamos en el jardín. Perdieron. La escuela de *Woodland Hills* siguió siendo exclusivamente blanca. Lo mejor de las colinas eran las colinas mismas. Estaban llenas de serpientes de cascabel, vagabundos y coyotes. Cuando éramos niños

hacíamos largas excursiones al otro lado de *Mulholland Drive*, que por entonces era un camino sin asfaltar, y visitábamos viejas galerías de tiro y ranchos de caballos. Dispersos por las colinas y barrancos teníamos tres fuertes de madera y otro de rocas que considerábamos de nuestra exclusiva propiedad, y nos peleábamos con las pandillas de chicos procedentes de otras hondonadas si nos los encontrábamos en terrenos que no tenían dueño. Pero más importante aún eran las rampas de las colinas. Nos lanzábamos rampa abajo en bicicleta, sobre trozos de cartón o en trineos con cuchillas de caucho («*De enredadera en enredadera los niños iban deslizándose con asombrosa rapidez*»), y cuando empezaron a hacerse conocidos, también íbamos en monopatín. Hasta las calles asfaltadas tenían pendientes absurdamente pronunciadas. Ybarra Road era un precipicio tan amenazador que los conductores novatos, al verla, detenían el coche, daban marcha atrás y buscaban una ruta diferente.

A este mundo pequeño y limitado llegó un gallardo muchacho llamado Steve Painter. Lo vi por primera vez observándome mientras yo golpeaba a un compañero de clase. Yo había desarrollado el hábito de invitar a casa a algunos compañeros del colegio, les colocaba unos guantes de boxeo y me ponía a boxear con ellos. Lo que ahora me resulta muy raro es que nos poníamos a pelear en una pequeña extensión de césped junto a la misma acera y a la vista de toda la calle. Aquella extensión de césped era mi ring de boxeo. Hoy en día no creo que aquellos combates resultaran muy aceptables. Pero en aquellos días nadie nos llamaba la atención: el boxeo era una cosa muy natural entre los chicos. Steve Painter, después de presenciar cómo yo le daba una tunda a un compañero de clase, se presentó voluntario para enfundarse los guantes. No era mucho más alto que yo, así que acepté sin reticencias. Me dejó baldado. Resultó que tenía tres años más que yo.

Era de Virginia, y trataba a mi madre de «*señora*» y a todos los hombres adultos, de usted. Tenía una mata de tupido y ondulado pelo negro, la piel verdosa y una cicatriz de color morado oscuro bajo un ojo que él atribuía a un castañazo con

un disco de hockey. Luego resultó que jugaba al hockey sobre hielo, pero eso no evitó que yo imaginase que la herida en el pómulo era en realidad una cicatriz de la guerra civil. Aparte de ir a séptimo grado —¡ya estaba en secundaria!—, Painter tenía un aire de autoridad natural, vello púbico, dos dedos de los pies adheridos por membranas —cosa que por alguna razón me dejó pasmado—, además de un sinfín de ideas y de palabrotas que eran nuevas para nosotros. También mostraba una envidiable indiferencia hacia el dolor que, combinada con su fortaleza física, le permitía dominar todos nuestros juegos, en especial el que más nos gustaba, el fútbol americano. Pronto se convirtió en el gallito de la pandilla de nuestro barrio, tras desplazar a un tipo malhumorado y cetrino de Pittsburgh llamado Greg.

A Painter le gustaba meterse conmigo o incluso maltratarme físicamente —yo era el más joven de la pandilla—, pero también me tomó bajo su protección. Se apuntó a un equipo de hockey que jugaba en la pista de hielo de Tarzana. Tarzana —bautizada así en honor de un actor que vivía allí y había sido uno de los primeros intérpretes de Tarzán— era el barrio que lindaba al este con el nuestro. Después de unirse al equipo, Painter me convenció para que yo también lo hiciera. El hockey no era un deporte muy popular en Los Ángeles por aquella época, y los jugadores de los ignotos equipos de nuestra liga solían ser chicos de Canadá o de Wisconsin, o escandinavos que sabían patinar muy bien, cosa que nosotros no sabíamos hacer. Painter hizo todo lo que pudo para enseñarme a jugar y practicaba conmigo lanzamientos de disco en el garaje. Pero yo sabía que no tenía ningún futuro en el hockey: todavía creía que algún día podría jugar de receptor con los Rams, ya que aún no estaba preparado para ser pitcher de los Dodgers. Solo duré una temporada jugando al hockey sobre hielo.

Pero esa única temporada me permitió ver patinar a mi padre en la pista de hielo. Cada vez que podía, los sábados por la mañana, iba a la pista a ver nuestros entrenamientos, y una o dos veces se quedó para poder participar en las sesiones de patinaje una vez que la pista quedaba libre. Yo había visto sus viejos patines,

abandonados y oxidados, en el garaje. Eran muy anticuados, con cuchillas extraordinariamente largas, de la marca Hans Brinker. En la pista de hielo de Tarzana nadie tenía, por supuesto, unos patines como los suyos. Pero los fue a buscar al garaje y les sacó brillo, y después de mis entrenamientos nos dio por patinar juntos sobre el hielo. Mi padre patinaba doblado sobre sí mismo por la cintura, con las manos firmemente sujetas a la espalda, y se movía sin ningún esfuerzo, siempre sonriendo, absorto en sí mismo. Iba cogiendo velocidad muy despacio, hasta que de repente la pista parecía quedarse pequeña cuando recorría los tramos rectos con unas pocas zancadas vertiginosas. En las sesiones públicas de patinaje se intentaba contentar a todos los patinadores alternando diversos ambientes y normas en función de la canción que sonase en la megafonía, así que *Únicamente Parejas* patinaba con las canciones melosas de doo-woop y *Únicamente Chicas* lo hacía con *Big Girls Don't Cry*. Chicos y Hombres Veloces tenían que patinar, por alguna extraña razón, al son de *Runaround Sue*, de Dion, una canción que me gustaba mucho, y yo le pedía a mi padre que fuese a todo volumen durante esos tres minutos. No parecía estar muy convencido, pero empezaba a hacer estiramientos con los brazos y practicaba giros cruzados en las curvas, y yo estaba seguro de que no había visto nunca a nadie que patinara tan rápido. Al volver a casa, le pedía que me contase cuántas carreras había ganado en Michigan cuando era niño. Más tarde llegué a descubrir que de no haber sido porque la segunda guerra mundial obligó a cancelar los Juegos Olímpicos, mi padre habría ido a las olimpiadas, si no como patinador, sí en carreras de media distancia o en saltos de esquí.

Steve Painter también me ayudó a volver la vista hacia el surf. Su interés no tenía que ver con la fascinación por el mar al viejo estilo de gente como los Becket o, si a eso vamos, de los Kaulukukuis. En su caso se trataba de seguir la nueva moda que se había apoderado de América desde hacía pocos años, a remolque de películas como *Chiquilla* y sus múltiples secuelas, aparte de la música y la moda

surf. Algunas revistas, como *Surfer*, se habían convertido en el mayor canal de divulgación de esta nueva subcultura, y Painter y sus colegas de la escuela secundaria leían con avidez esas revistas y empezaban a utilizar, con creciente autoridad, el nuevo lenguaje que habían descubierto en ellas. Todo era bitchen (acojonante) o boss (virguero), y cualquiera que no les cayera bien era un kook (un insulto que solía reservarse para los malos surfistas: el término deriva del hawaiano kuk, la palabra que designa los excrementos).

En su momento no me llamó la atención —aunque fuese un hecho muy elocuente — que no hubiera ejemplos de *Surfer* en casa de los Becket. Por supuesto que les podría interesar —cómo no, si la había fundado un amigo suyo de *San Onofre*—, pero sin duda alguna tenían otras cosas mucho más interesantes en las que gastarse los setenta y cinco centavos que costaba.

Para muchos chicos de tierra adentro, la afición al surf se iniciaba patinando, y eso fue lo que ocurrió en *Woodland Hills*. Todos nos agenciamos un monopatín y convertimos las calles más empinadas en pistas de patinaje. Poníamos todo nuestro interés en ganar velocidad, trazar curvas, hacer giros rápidos y giros de cola, no en los saltos. Hacer el pino sobre el monopatín se consideraba una maniobra «acojonante», aunque te destrozase los nudillos. El patio de recreo de los cursos superiores de mi escuela tenía una rampa de asfalto, larga y ondulada, que parecía una buena réplica de una ola marina. Desde la cima, que estaba detrás del campo de balonmano, podías hacer una gran derecha, muy rápida y relativamente corta, o bien, si ibas hacia el otro lado, una izquierda de unos cien metros, larga, empinada y que se iba estrechando de forma perfecta. Patinar en el patio de la escuela los fines de semana era tan divertido que hasta parecía ilegal, y de hecho lo era, ya que para entrar teníamos que trepar por la valla. El placer que nos producía deslizarnos por aquella rampa, especialmente hacia la izquierda —la llamábamos *Ala Moana*—, era casi comparable a la emoción de surfear de pie sobre una ola en *San Onofre*.

Llegar a la costa desde *Woodland Hills* no era fácil. Estaba a treinta kilómetros y había que atravesar las montañas. Painter y sus amigos tenían edad suficiente para hacer autostop, pero yo no. En cuanto tuvo su primer coche, mi madre, que era muy aficionada a ir a la playa, había empezado a llevarnos a la playa del parque *Will Rogers*. Por entonces yo debía de tener siete u ocho años. El coche era un viejo Chevy de color azul y con él cruzábamos Topanga Canyon. Justo antes de llegar al final del cañón nos topábamos con un banco de niebla marina. Y cuando girábamos hacia el sur en la Pacific Coast Highway, mi madre decía: «*Ole el mar. ¿A que huele bien*?». Yo farfullaba algo o me quedaba callado. No me gustaba el olor del mar. Se ve que había algo en mí que no funcionaba bien. Sobre toda la costa flotaba un pestazo a pescado que parecía salir de los pilotes sobre los que se levantaban las casas apelotonadas en el lado de la carretera que daba al mar. Mi nariz se rebelaba contra aquel olor.

Pero el mar era una cosa muy distinta. Me metía en las olas de la playa de *Will Rogers*, me zambullía bajo las contundentes franjas de espuma y nadaba con todas mis fuerzas hasta llegar a la barra de arena, donde las crestas parduscas de las grandes olas se levantaban y rompían. Nunca me cansaba de su rítmica violencia. Te arrastraban como gigantes hambrientos. Vaciaban el agua de la barra cuando se elevaban hasta su aterradora altura máxima, un segundo antes de abalanzarse hacia delante y explotar. Desde debajo del agua, el golpe que te llevabas te dejaba profundamente satisfecho. Las olas eran mucho mejores que los libros, que las películas, mejores incluso que un viaje a *Disneylandia*, porque con ellas el terror que sentías no era impostado, sino real. Y podías aprender a maniobrar frente al terror, calculando el tiempo que debías esperar en el fondo, o si era mejor nadar hacia el exterior, más allá de la rompiente, o, llegado el caso, si tenías que hacer bodysurf. Yo había aprendido la técnica del bodysurf en Newport, viendo e imitando a los Becket y sus amigos, pero empecé a acostumbrarme a sortear olas en la playa de *Will Rogers*.

De todos modos, aquella playa no era un lugar adecuado para hacer surf y no había muchas posibilidades de que fuésemos a uno en nuestras salidas con nuestra madre. Pero justo entonces mi padre empezó a aficionarse a ir a *Ventura*, una antigua ciudad petrolera que estaba a sesenta kilómetros al norte de *Woodland Hills*. Un día descubrió que por once mil dólares se podía comprar una vieja casa de dos plantas a unas pocas manzanas de la playa de *Ventura*, y eso fue lo que hizo. Desde entonces me pasé la mayoría de los fines de semana limpiando yerbajos y trabajando en el jardín, bajo la fría brisa que llegaba del mar, en aquel dúplex de *Ayala Street*. A aquella compra le siguieron otras modestas inversiones, y luego mi padre dio el salto a los edificios de obra nueva: casas idénticas de dos pisos, todas con garaje e innovadores revestimientos exteriores en madera basta. Ventura no tenía entonces fama alguna como ciudad de veraneo: era fría y ventosa y estaba demasiado lejos de todas partes. Pero mi padre supo anticipar el futuro —autopistas, puertos deportivos, superpoblación— y convenció a sus amigos para que invirtieran en sus proyectos inmobiliarios, cosa que le permitió seguir construyendo. Mientras tanto, me di cuenta de que Ventura era una bendición para las olas. E hice ese descubrimiento mientras me comía una hamburguesa con chile en el malecón de la ciudad.

Para mi undécimo cumpleaños mi padre me llevó a la tienda de tablas de *Dave Sweet*, en el *Olympic Boulevard* de *Santa Mónica*. Frente al estante de tablas de segunda mano, elegí una de 9'0", maciza y tostada por el sol, con revestimientos azul verdosos en los cantos y una quilla fabricada con al menos ocho clases distintas de madera. Costaba setenta dólares. Yo medía un metro y medio, pesaba cuarenta kilos y no podía sujetar la tabla con el brazo. La llevé hasta la calle colocándomela sobre la cabeza, avergonzado y temiendo que se me cayera, pero más feliz que nunca.

No fue un invierno fácil para intentar aprender a surfear. Aunque *Surfin' USA* de los Beach Boys sonaba todo el tiempo en la radio («*Vámonos a surfear ya / todo el*

mundo está aprendiendo»), yo era el único chico en mi atrasada escuela que tenía una tabla. Pasábamos la mayor parte de los fines de semana en *Ventura*, así que me metía continuamente en el agua, pero la playa de California Street estaba llena de rocas y el agua estaba insoportablemente fría. Me compré un traje de neopren, pero era de pantalón corto y sin mangas, y además la tecnología del neopren de la época estaba muy poco desarrollada: como máximo, el pequeño traje me protegía un poco del agudo frío del viento vespertino. A mi padre le gustaba contar la historia del día que me dejé vencer por el desánimo. Desde el confort del asiento del coche, bien calentito, mi padre me había visto salir tambaleándome del agua. Imagino que él se estaba fumando su pipa y llevaba puesto uno de esos suaves jerseys de lana de pescador. Llegué a la orilla con sangre en las rodillas y en los pies, estuve a punto de caerme al pasar entre las rocas y solté la tabla, humillado y agotado. Mi padre me dijo que me volviera a meter en el agua y cogiera tres olas más. Me negué. Insistió, y me dijo que si hacía falta podía cabalgar de rodillas sobre la tabla. Me puse furioso, pero volví a meterme en el agua y pillé las tres olas. En su versión de la historia, aquel día me hice surfista. Si no me hubiese obligado a meterme de nuevo en el agua, yo habría dejado de surfear. Estaba seguro de eso.

En séptimo grado tuve que pasar de mi pequeña escuela elemental encajonada entre colinas a una escuela secundaria gigantesca e impersonal que estaba situada al fondo del valle. Allí empecé a hacer amigos que compartían el mismo interés por el surf. Rich Wood fue el primero. Tenía un año más que yo y era bajito, altivo, un poco rollizo y sarcástico. Pero tenía un estilo muy grácil y limpio que se adaptaba muy bien a las largas y sedosas olas huecas de *California Street*. Rich se adaptó al caos de una familia adoptiva —la mía— con una facilidad que me sorprendió, sobre todo teniendo en cuenta lo reservado que era y lo poco que hablaba. Pero lo entendí todo cuando conocí a su familia. Sus padres eran una pareja de golfistas, tal para cual, bajitos y correosos, que rara vez estaban en casa. Rich tenía un hermano mucho mayor que él, y daba la impresión de que sus padres habían renunciado a la idea de

criar a sus hijos y se habían retirado a una especie de exilio en algún punto del interior de Florida. Es muy posible que el hermano mayor, Craig, fuera responsable de haberlos impulsado a ello. Craig era un musculoso aficionado a los coches trucados, muy gallito y gritón, que disfrutaba conduciendo a toda pastilla. Alardeaba de saber surfear, pero nunca lo vi meterse en el agua. Craig le había puesto a su pene el nombre de Paco, y siempre contaba historias de las aventuras de Paco con mujeres.

—Paco ha estado haciendo de las suyas, cabrón.

Cuando Rich empezó a salir con chicas, Craig se empeñaba en olerle las manos en cuanto volvía a casa: quería comprobar los avances de su hermano pequeño en materia sexual. No había dos personas más diferentes que Craig y Rich.

Rich y yo estudiamos juntos el pico de *California Street*. Rich era sorprendentemente reacio a revelar dónde había aprendido a surfear. Estaba claro que había tenido que aprender en algún sitio, pero siempre se mostraba muy vago al respecto. «*Secos, County Line, Malibú, ya sabes*». Pues no, no sabía nada de esos lugares, porque todo lo que yo sabía lo había aprendido en las revistas o me lo había enseñado Steve Painter. En cualquier caso, pusimos todo el empeño en conocer bien *California Street*: los picos principales, los surfistas locales, las mareas, las invisibles aristas de roca bajo el agua oscura llena de algas, y todas las características de una ola muy larga y a veces traicionera. Nadie nos dirigía la palabra, así que íbamos buscando zonas de la ola que no se usaran en aquel momento o que pasasen desapercibidas, pero que a nosotros nos venían bien para poder surfear sin interferencias de nadie. También nos dedicábamos a estudiar con una intensidad de fanáticos las maniobras de los mejores surfistas locales, y por la noche las discutíamos en las literas de la casa de dos pisos que mi familia había empezado a usar como casa de veraneo. Llegamos a aprendernos los nombres de algunos de ellos: Mike Arrambide, Bobby Carlson, Terry Jones. ¿Cómo encaraba y pasaba

Arrambide todas las secciones intermedias? ¿Qué clase de truco demencial había hecho Carlson en su primer giro en la bajada? ¿Llegó a cambiar de postura (haciendo un cambio de pies)? Rich y yo todavía teníamos que asimilar las maniobras elementales —el takeoff limpio, los giros fuertes, el ángulo de bajada adecuado, caminar bien por la punta de la tabla—, pero teníamos que aprender de los veteranos porque había muy pocos chicos de nuestra edad en California Street, y ninguno de ellos, por lo que pudimos ver, surfeaba mejor que nosotros.

La verdad es que me entusiasmaba tanto viendo surfear a Rich como a cualquier otro surfista. Tenía un equilibrio perfecto, a veces impecable, sabía mover muy bien las manos y tenía un excelente juego de pies. Surfeaba con una tabla muy grande totalmente pigmentada en blanco. Perdía algo de confianza y de agresividad si las olas superaban el metro y medio, pero tenía las condiciones de un verdadero maestro en el arte de surfear olas pequeñas, así que yo estaba muy orgulloso de poder surfear con él. Seguíamos siendo forasteros en el pequeño reducto de Ventura, pero al cabo de un tiempo algunos habituales empezaron a lanzarnos lacónicas señales de reconocimiento desde el agua.

Mis padres se acostumbraron a llevarnos a la playa al amanecer, cuando solía haber niebla y las olas rompían cristalinas, y nos recogían al caer la tarde. En la calle C —como empezamos a llamar al pico— no había playa propiamente dicha, sino tan solo rocas y un risco inclinado de piedra que se desmenuzaba, además de enormes depósitos de combustible, y más allá del cabo, antiguos parques de atracciones abandonados. Al otro lado del cabo, más lejos aún, en un bosquecillo, había un asentamiento de vagabundos, lo que significaba que uno siempre tenía que vigilar por si algún tipo cochambroso se acercaba a la playa desde allí, ya que mientras surfeábamos dejábamos las toallas y la comida del almuerzo escondidas entre las rocas. A la hora de comer solía levantarse un viento de mar que estropeaba las olas. Muchas tardes teníamos que apretujarnos bajo el risco, frente a una hoguera de maderos arrastrados por la corriente, esperando una buena sesión. Un día en que el

viento era especialmente húmedo y cortante, metimos unos cuantos neumáticos abandonados en una fogata y les prendimos fuego. El calor que desprendían era una maravilla, pero la tupida columna de humo apestoso que el viento fue llevando hacia la ciudad hizo que apareciera un coche de la policía, así que tuvimos que correr con nuestras tablas —cosa nada fácil— y escondernos en un parque de atracciones. Cuando se terminaba el día y por fin volvíamos a casa, Rich y yo, sin quitarnos los trajes de neopreno, nos dábamos una ducha caliente en el patio con turnos de treinta segundos para cada uno. El que tenía que esperar iba contando en voz alta hasta que le llegaba la vez, y entonces apartaba a empujones al otro y se metía bajo el chorro hasta que se terminaba el agua caliente.

El estudio pormenorizado y meticuloso de un diminuto tramo costero en función de todas las combinaciones posibles de mareas y vientos y dirección de la marejada, sin olvidar cada uno de los remolinos y ángulos que se forman, y prestando atención incluso a algunas rocas específicas —un estudio longitudinal que se repite a lo largo de cada estación—, es la tarea esencial de los surfistas en su rompiente habitual. Llegar a conocer bien un pico —conseguir entenderlo bien— puede llevar años. Y en algunas rompientes muy difíciles, es un trabajo incesante que te lleva toda la vida. Eso no es lo que la gente que mira al mar y ve a los surfistas en el agua cree que están haciendo, pero es el problema esencial que estamos intentando resolver allá dentro: qué es lo que esas olas están haciendo exactamente y qué es lo más probable que vayan a hacer después. Antes de surfearlas, tenemos que aprender a leerlas, o al menos tenemos que haber empezado a descifrarlas de forma adecuada y bien informada.

Casi todo lo que ocurre en el agua es inefable, y el lenguaje no sirve de mucha ayuda. Saber interpretar una ola es algo fundamental, pero ¿cómo puede explicarse eso? Estás esperando entre olas, y tan solo puedes ver la siguiente serie que se acerca, nada más, y sabes que esa serie no será buena. Y entonces empiezas a remar mar adentro, alejándote de la orilla. ¿Por qué? Si pudiera congelarse ese instante,

podrías explicar que, según tus cálculos, hay una probabilidad del cincuenta por ciento de que la siguiente ola tenga un buen punto para el takeoff unos diez metros mar adentro, un poco más lejos del lugar en que te hallas. Y este cálculo se basa en lo siguiente: dos o tres atisbos de las series que se aproximan, vistas desde las crestas de la última serie; el centenar largo de olas que has visto romper a lo largo de la última hora y media; la experiencia acumulada a lo largo de trescientas o cuatrocientas sesiones de surf en ese mismo pico, incluyendo quince o veinte días que se parecían mucho al de hoy en términos de intensidad del mar, dirección de las olas, velocidad y dirección del viento, estado de la marea, estación del año y configuración del banco de arena; la forma en que el agua se mueve por el fondo; la textura de la superficie y el color del agua; y más allá de todas estas consideraciones, un sinfín de percepciones que tienen su origen en el substrato subcortical y que son demasiado sutiles y volátiles para poder ser expresadas con palabras. Estos últimos factores son como los que les servían a los antiguos navegantes polinesios para orientarse por el océano, cuando se metían en el agua, agarrándose a los estabilizadores de la canoa, y dejaban que sus testículos les dijeran en qué parte del gran océano se hallaban.

Pero es evidente que el instante no puede congelarse. Y la decisión de remar muy deprisa contracorriente, siguiendo tu propia corazonada, o pararte y dejarte llevar, apostando a que la siguiente ola, contra todo pronóstico, va a llegar directamente hasta ti, es algo que tienes que tomar en un segundo. Y es muy probable que los factores decisivos no tengan que ver con el océano, sino más bien con tu estado de ánimo, la fatiga acumulada en los músculos de tus brazos o la forma en que se han distribuido los demás surfistas. El papel que juegan los demás, de hecho, es primordial, ya que los demás surfistas pueden indicarte la llegada de las olas. Esto ocurre si ves a alguien remando sobre la cresta de una ola e intentas calcular, en el último segundo antes de que se pierda de vista, qué es lo que ha visto. En estos casos sirve de mucho conocer al surfista: si es proclive a reaccionar de

forma exagerada ante una gran ola o si conoce bien el pico. A veces echas un vistazo alrededor, ya sea mar adentro o hacia la orilla, en busca de alguien que tenga una mejor perspectiva de las olas que se aproximan, y entonces intentas calibrar su reacción ante lo que está viendo. En ocasiones hasta es posible que te indique en qué dirección deberías moverte o que te dé un empujón que te ayude a salir de un aprieto. Aun así, la gente que está en el agua suele ser más bien una molestia y una distracción que te impide juzgar con claridad mientras estás intentando encontrar una ola para ti solo.

En *California Street*, Rich Wood y yo no éramos más que dos aprendices. Pero nos tomábamos nuestro trabajo muy en serio, así que los mayores empezaron a fijarse en nosotros y a veces hasta nos cedían las olas. La forma en que Rich y yo compartíamos la información, nos estudiábamos y competíamos en silencio también resultaba fundamental para mí. El surf es un jardín secreto en el que no resulta fácil entrar. Y el recuerdo que guardo de cómo me fui familiarizando con un determinado pico y de cómo aprendí a conocer las olas es inseparable del amigo con quien intenté ascender por sus paredes.

Yo cuidaba de forma obsesiva mi tabla *Dave Sweet*, y arreglaba cada orificio y cada golpe que abollaba o quebraba la superficie antes de que se me empezase a llenar de agua. *California Street* era un pico muy duro para las tablas, sobre todo con la marea alta. Los elementos imprescindibles en un kit de reparación de tablas eran la resina de poliéster, el catalizador, fibra de vidrio y un trozo de foam, pero poco a poco fui acumulando un banco de trabajo compuesto por serruchos, limas, cepillos, una lijadora, papel de lija de doble cara, cinta adhesiva y acetona. Pronto fui capaz de aplicar capas de resina transparente o de gloss, hacía chapuzas de un día para otro y ponía refuerzos con tanto esmero que parecían invisibles. La compleja quilla incrustada de mi querida tabla *Sweet* salía siempre malparada de los choques con las rocas, así que fui construyendo, noche tras noche en un garaje helado, una tapa de tiras de fibra de vidrio de una pulgada de grosor que rodeaba el borde exterior para

protegerla. Imagino que era el recuerdo del trabajazo que llevaba todo esto, unido al deseo de no tener que repetirlo, lo que impulsaba a los surfistas a acrecentar su extendida fama de lunáticos al saltar sobre las puntas afiladas de las rocas, persiguiendo las tablas perdidas, sin preocuparse por las heridas que se hacían en los pies.

Pero al final llegó el momento de cambiar mi maciza y torpona *Sweet* por una tabla con mejores prestaciones. Steve Painter influyó en la decisión. Me dijo que tenía que ser una tabla nueva y de la marca Larry Felker. Painter y yo nunca surfeábamos juntos, aunque todavía prestaba atención a sus historias de cómo se metía en las olas de tres metros de Topanga, que era una rompiente costera al sur de Malibú en la que yo no había surfeado, sobre todo porque aquella parte de la costa estaba cerrada al público. Steve y sus amigos habían conseguido —al menos en sus historias— convertirse en habituales de la élite del surf que iba a Topanga, donde las olas, según decía él, eran casi siempre grandísimas y siempre soberbias. Para mí, nuestra desigual amistad de barrio se terminó una noche de verano en que unos cuantos de nosotros dormíamos al raso en el jardín trasero de la casa de alguien y el tío, ante el horrorizado deleite de mis compañeros, se puso a orinar en mi boca. Aquella tortura había llegado demasiado lejos. Y dejé de juntarme con él.

Pero seguía haciéndole caso en ciertos asuntos relacionados con el surf, así que fui a ver a Felker, que tenía la única tienda de material de surf de todo Woodland Hills. Felker no era un shaper muy conocido, pero sabía fabricar unas tablas preciosas. Mis padres aceptaron pagarme la mitad —ese sería el regalo por mi decimotercer cumpleaños—, así que encargué una 9′3″ de color azul pizarra con una quilla blanca de fibra de vidrio y un refuerzo de madera con incrustaciones en la cola. Tardaría unos meses en tenerla lista. Empecé a trabajar cortando césped y arrancando yerbajos para ir juntando el dinero.

¿Qué fue de Rich Wood? Se abrió una puerta y se cerró otra, y mi despreocupación de entonces solo ahora se me hace extraña. En nuestro barrio se inauguró una nueva escuela y a mí, en función de nuestro domicilio, me tocó cambiarme. A él no, y ya no volvimos a vernos. Mi familia seguía yendo a *Ventura*. Los Becket, en sus raras incursiones en los territorios del norte, iban a visitarnos, y los catorce que éramos en esas ocasiones teníamos que apretujarnos en una casa de dos dormitorios.

Mi nuevo colega de surf se llamaba Domenic Mastrippolito, un tipo tan formidable como su propio nombre. Era el rey sin corona de nuestra clase en la nueva escuela. Tenía un hermano mayor, Pete, que era pelirrojo y pendenciero —Domenic era rubio y tranquilo—, y fueron Pete y sus amigos palurdos de noveno grado quienes hicieron que Domenic se fijase en mí. Como todos los aficionados a las peleas de gallos, Pete y los de su pandilla disfrutaban mandando a pelear a los chicos más jóvenes. Incluso se decía que se dedicaban a apostar en esos combates. Cuando yo tenía doce años, me obligaron a pelear con un cabronazo flacucho y con los dientes hechos polvo que se llamaba Eddie Turner. El combate se celebró en la pista de balonmano del colegio, que estaba rodeada por tres muros. El cuarto muro lo formó una jauría de alumnos sedientos de sangre. No había escapatoria y la pelea duró una eternidad, sin que se saciara la sed de sangre de ninguno de nosotros dos. Se suponía que yo era el más débil, pero por alguna razón logré salir airoso. Desde entonces mi nombre se asoció siempre, en ciertos círculos, con el de Eddie Turner, aunque él estaba destinado a empresas mucho mayores —llegó a ir a la cárcel—, mientras que yo regresé al anonimato. Más tarde, cuando nos hicimos amigos, Domenic siempre se burlaba de mí citando a Eddie Turner, y me contaba la cantidad de dinero que su hermano Pete había perdido en aquella pelea y lo mal parado que quedó el pobre Eddie, que nunca volvió a ser el mismo.

Me resultó raro hacerme amigo de Domenic. Era el mejor atleta de la clase, rápido, fuerte, de amplios pectorales. Las chicas lo encontraban extremadamente

guapo. Cuando nos hicimos mayores, oí que en clase lo comparaban con el David de Miguel Ángel. Y es cierto que tenía la misma clase de belleza masculina, o incluso el mismo aspecto heroico; por lo que respecta a la popularidad, yo jugaba en otra liga. Pero Domenic también surfeaba. A través de Pete había entrado en contacto con tipos que tenían carnet de conducir, lo que significaba que podían llevarte a la playa. Era evidente que los tipos que iban con Pete no eran surfistas de verdad y que solo se llevaban a Domenic para que fuese una especie de mascota del grupo. Así que cuando empezó a ir a nuestra casa de *Ventura* y empezó a buscarse un lugar en el pico de *California Street*, fue como si acabara de empezar su carrera en el surf. Ponía mucho interés. No tenía el talento de bailarín de Rich Wood ni la ligereza de tipo flacucho que yo tenía sobre la tabla. Era más bien como un defensa que lanza muy fuerte, solo que encima de una tabla. Ocupaba su lugar en las hogueras que hacíamos con restos de naufragios y en los turnos de treinta segundos en las duchas. Conseguí equilibrar su carisma cuando me convertí en un humorista especializado en burlarme de mí mismo. Cada vez que me reía de mí mismo, obtenía la recompensa de sus cortantes y estruendosas carcajadas. Durante años fuimos inseparables.

Fue a Domenic a quien le escribía las cartas diarias cuando nos fuimos a vivir a Hawái.

Al recordar todo esto, me sorprende la cantidad de violencia que hubo en mi infancia. No llegó a suceder nada letal ni nada que fuera intolerable, pero la violencia se integró en mi vida diaria de un modo que ahora parecería anacrónico. Los mayores acosaban o incluso torturaban a los pequeños. Y a mí nunca se me ocurrió quejarme. Boxeábamos en la calle y los adultos nos miraban sin siquiera pestañear. No me gustaba pelear —aunque tampoco me gustase perder—, y creo que no he vuelto a meterme en una pelea desde que tenía catorce años. Pero era una costumbre tan típicamente americana —y no digamos ya de Hawái— que nunca la llegué a juzgar negativamente. En aquella época no se veía mucha violencia

sanguinolenta en la televisión, y tampoco existían los videojuegos, pero los dibujos animados de los sábados por la mañana eran episodios de castañazos de la vieja escuela, y nosotros trasladábamos alegremente ese mundo de agresiones incesantes a nuestro propio mundo. Cuando yo era muy pequeño, tenía un amigo llamado Glen a quien retaba a combates de lucha. Se hartó tanto de mí que un día le pidió a su madre una lata de espinacas, que se comió directamente del recipiente, como hacía Popeye cuando necesitaba ponerse fuerte, y nos pusimos a pelear al instante. Gané yo, pero le dije a Glen que se notaba que estaba mucho más fuerte, cosa que no era cierta.

No todo eran travesuras. Presencié una o dos peleas realmente violentas entre chicos mayores que fueron mucho peor que mi combate con Eddie Turner. Esas peleas ejercían una fascinación pornográfica sobre nosotros. Eran teatro de la crueldad sin ninguna clase de piedad entre los espectadores: una versión perfeccionada y teatralizada del despiadado ostracismo al que eran sometidos algunos chicos. Pensamiento de jauría. El pobre Lurch. Mis ideas políticas —que en el fondo son las mismas que las de mi padre: el odio a los matones— tienen su origen en los terrores que viví en aquellos días de mi adolescencia, junto con los virulentos atisbos de mí mismo que pude llegar a percibir.

La exhibición gráfica de la violencia más descarnada tenía un atractivo distinto, mucho menos social. Los padres de Ricky Townsend tenían un libro —un libro de arte, creo— que reproducía el dibujo de un soldado de la segunda guerra mundial justo en el momento en que su cuerpo era alcanzado por un proyectil. El soldado seguía corriendo, con los ojos que se le salían de las órbitas por el intolerable dolor, mientras sus miembros y su torso se convertían en una catarata de sangre. Unos cuantos de la pandilla nos metíamos a escondidas en la sala donde estaba el libro, y dejábamos un centinela vigilando mientras los demás nos poníamos a estudiar aquella imagen prohibida. Era de una intensidad que sacudía por completo, un manjar que te llenaba de vergüenza. O sea que así era el momento

exacto de la muerte. Jugábamos constantemente a los soldaditos con figuritas de plástico, pero la realidad de la guerra, que algunos de nuestros padres conocían de primera mano, era algo que nunca se mencionaba delante de nosotros. Era un secreto que, con muy buenas razones, los adultos se negaban a compartir.

Algunos padres eran muy brutos y descargaban toda su furia contra sus hijos. Por suerte, mis padres no eran así. Pero los castigos corporales estaban a la orden del día, tanto en el colegio como en casa, y también en las clases de catecismo a las que me obligaban a asistir, donde las monjas se dedicaban a descargar sus reglas de madera sobre nuestros temblorosos nudillos extendidos delante de ellas. En el colegio teníamos que soportar los azotes del jefe de estudios encargado de la disciplina: cógete los tobillos con las manos y procura no ensuciarte ni llorar. Mi profesora de cuarto grado, que había estado en el ejército, como solía recordarnos a menudo, me tiraba de las orejas con tanta furia cuando se enfadaba que tenía la impresión de que me había dejado tullido. Pero tampoco en estos casos se me ocurrió quejarme. Y por lo que recuerdo, nadie pensó que estuviera mal lo que hacía aquella profesora.

En casa, dado que mi padre volvía muy tarde del trabajo, casi toda la responsabilidad de los castigos corporales recaía en mi madre. A veces amenazaba con matarnos, normalmente cuando iba conduciendo —con eso conseguía que nos callásemos—, pero las tortas que nos daba no eran especialmente crueles ni brutales. De hecho, sus azotes me dolían cada vez menos a medida que me iba haciendo mayor. Así que ella empezó a usar una correa delgada, luego una más gruesa y finalmente una percha de alambre (esas dolían de veras). Nunca le respondí con violencia, pero se trataba de luchas instintivas por la supremacía y a mí me resultaban muy dolorosas, probablemente lo mismo que a ella. Y aun así, yo seguía pensando que esas tundas eran una cosa muy normal; o cuando menos, normal para los esquemas mentales de una familia de irlandeses católicos. Pero llegó un día, yo tenía unos doce años, en que mi madre ya no consiguió hacerme llorar. Se había

quedado exhausta, pero no logró que yo sollozara ni me quejase. Por lo que recuerdo, fue ella la que lo hizo. Y ahí se acabó todo. Nadie volvió a pegarme nunca más.

Poco después de ese episodio empezó a cambiar la idea de lo que se consideraba normal. Creo que Kevin también recibió de lo lindo, pero Colleen ya no tanto, y Michael nada en absoluto. Durante aquellos años, la consideración social que hacía aceptables los castigos corporales fue desapareciendo de América. El manual de instrucciones de mi madre era un libro novedoso publicado en 1946, El cuidado de los bebés y de los niños, del doctor Benjamin Spock. El mismo doctor Spock era uno de los ídolos de mi madre, y la fama que adquirió su método fue cambiando las ideas de la sociedad americana con respecto a los castigos corporales. Cuando empezó la controversia cultural de los años sesenta, Spock se convirtió en un miembro prominente de la izquierda pacifista, y en algún momento mucha gente llegó a creer —incluidos mis padres— que pegar a los niños era una costumbre medieval. Me gustaba pensar que a la larga me habían beneficiado los anacrónicos azotes que había recibido, ya que me habían hecho una persona más resistente, e incluso en algún momento llegué a creérmelo de verdad. El Señor Responsable siempre sabía ver el lado positivo de las cosas. Desde luego, nunca culpé a mis padres. Pero su conducta, tal como ahora lo veo, contribuyó en gran medida a alimentar el ambiente de violencia de baja intensidad que tuve que soportar como niño nacido en los cincuenta.

El surf tenía —y sigue teniendo— una acerada veta de violencia que lo recorre de arriba abajo. Y no me refiero a esos palurdos que uno se encuentra en el agua —o a veces también en tierra firme— y que ponen en cuestión el derecho que uno tiene a surfear en determinada ola. Las exhibiciones de fuerza física, habilidad, agresividad, conocimiento del área y deferencia hacia los superiores que se usan para establecer la jerarquía habitual en el pico —y esa es una preocupación constante en todas las rompientes famosas— suponen una danza simiesca en busca

de la dominación/sumisión que se lleva a cabo sin violencia física. No. Me refiero a la hermosa violencia de las olas que rompen. Y esa violencia no desaparece jamás. En las olas pequeñas y más débiles es una violencia suave, benigna, que no supone ninguna amenaza y que siempre está bajo control. No se trata más que de la gran hélice del océano que nos propulsa y nos permite jugar. Pero ese estado de ánimo cambia cuando las olas se hacen mucho más potentes. A esa potencia los surfistas la llaman «*fuerza*», y la fuerza es lo que se convierte en el elemento fundamental de las olas de verdad, la esencia de lo que todos intentamos averiguar cuando estamos allá fuera, porque es lo que nos lleva a ponernos a prueba, ya sea para enfrentarnos temerariamente a él o rehuirlo cobardemente. Y mi propia relación con esta sustancia, casi esa acerada veta de violencia, se ha ido haciendo cada vez más vívida a medida que ha ido pasando el tiempo.

Cuando volvimos por segunda vez a *Honolulu*, en el verano de *come-on-baby-light-my-fire* de 1967, Domenic fue a visitarnos y se quedó en mi casa. Surfeamos juntos en *Waikiki*. Intenté enseñarle todo lo que había allí. Incluso lo llevé al Rice Bowl. Él ya conocía mis historias del *Sunset Beach* de la Costa Sur. Una mañana luminosa, estábamos en *Tonggs* sentados sobre nuestras tablas y mirando el canal cuando, de pronto, una serie se elevó y empezó a romper en Rice Bowl. No era especialmente grande, ya que aquel día no había mucha marejada. Domenic me urgió a que fuésemos remando hasta allí, pero le dije que no. Me daba miedo aquel lugar. Así que se fue solo. Luego fueron llegando más series. Domenic se colocó bien en el pico, sobre todo si se tiene en cuenta que estaba solo y nunca había estado en aquel lugar.

Logró coger unas cuantas olas sin caerse. Eran de algo más de metro y medio, más o menos. Yo había surfeado olas más grandes en Cliffs o incluso en California Street. Y Domenic y yo llegaríamos a coger olas mucho más grandes en los años siguientes, incluyendo bastantes en el verdadero Sunset Beach. Pero aquel día me quedé allí, en el canal de Tonggs, paralizado por el miedo. Yo sabía que estaba

suspendiendo una prueba elemental de autocontrol. Las derrotas y las humillaciones —las inhibiciones causadas por la cobardía— queman mucho más en la memoria, o al menos es lo que me sucede a mí, que cualquiera de sus opuestos.

Tres. El shock de lo nuevo

California, 1968

El gran cambio que se produjo en el surf —el cambio que Glenn Kaulukukui me había anticipado en Waikiki con sus innovaciones— resultó ser la revolución de la shortboard, la tabla corta. Por suerte, el invierno siguiente pude contemplar en acción a su principal inventor, justo antes de que aquel movimiento casi clandestino saliera a la luz. Era un australiano llamado Bob McTavish. Lo vi en *Rincón*, una rompiente costera que queda al norte de *Ventura* y en la que Domenic y yo empezamos a surfear los días que conseguíamos que alguien nos llevase tan al norte. *Rincón*, que ahora lleva el nombre kitsch de *Queen of the Coast*, solo se conocía entonces por tener la mejor ola de California, una derecha larga y hueca que se originaba en invierno y poseía una asombrosa calidad. Era un buen día de olas, con la marea baja, ya muy entrada la tarde, y estábamos descansando sobre las rocas de la cala cuando alguien soltó un grito y señaló una potente serie que al elevarse se recortaba contra el cielo de *Second Point*. Con olas de aquel tamaño muy poca gente surfeaba en *Second Point*, un pico también conocido como Indicator. La mejor ola de *Rincón* era *First Point*, y uno solo remaba hacia *Second Point* para escabullirse de la multitud de surfistas en los días de olas pequeñas, cuando había que conformarse con lo que fuese. Circulaban historias sobre días de olas perfectas en los que era posible surfear todo el trayecto desde *Second Point hasta First Point* y desde allí hasta la cala, en total unos ochocientos metros a toda velocidad, pero nunca se lo había visto hacer a nadie.

Pero ahora alguien lo estaba haciendo. Y además lo estaba haciendo sobre una tabla que parecía llevar motores a reacción en los cantos. De hecho, mi vista tuvo serios problemas para seguir los acelerones que se iban produciendo con cada bottom turn. De repente, el surfista se hallaba diez metros más adelante de donde se

suponía que debería estar, al menos según las leyes físicas del surf que yo había aprendido hasta entonces. Pero ahora aquel surfista alcanzaba la mayor aceleración posible en los giros más complicados. Y el resultado de todo aquello era que salvaba las secciones largas y fuertes en las que normalmente ya se habría terminado la ola. Cada vez que pestañeaba, sentía como si una película diera un gran salto en mi mente, y cuando volvía a brir los ojos el surfista aparecía mucho más lejos de donde un recorrido normal debería haberlo llevado. Si uno leía las primeras descripciones literarias del surf —las más citadas eran las de Jack London o Mark Twain, inspiradas las dos por sendas visitas a Hawái—, se encontraba con un sinfín de torpes esfuerzos por narrar una acción que resultaba demasiado rápida, compleja y extraña para el ojo del testigo como para reproducirla con un mínimo de precisión visual. Y eso era lo que uno sentía al ver a McTavish cabalgando esa ola de dos metros y medio en Rincón. Surfeó desde el pico First Point, pasó frente a la aglomeración de surfistas como si fuera un tramo más de la ola que tuviera que controlar y continuó haciendo un giro fulgurante detrás de otro hasta que llegó a la cala.

En el surf no abundan esos ridículos momentos de éxito apoteósico que tanto gustan en las películas —no es un deporte así—, pero recuerdo que la gente cruzó corriendo la playa —y yo el primero— para recibir a McTavish en la orilla. Todos queríamos ver la tabla, que no tenía nada que ver con las tablas que yo había visto hasta entonces. Era inconcebiblemente corta según los esquemas de la época, y la parte inferior tenía forma de V, con un doble cóncavo que se iba haciendo más profundo y más pronunciado a medida que se acercaba a la cola. Yo no tenía palabras para describir lo que estaba viendo —ni siquiera sabía lo que era un V-bottom—, y tampoco tenía ni idea de quién era McTavish. Era bajito, sonriente y tenía una complexión robusta. Lo único que dijo fue «*Hola*» con acento australiano, mientras salía del agua e iniciaba la larga caminata de vuelta a *Second Point*, cargando bajo el brazo con la monstruosidad que se había construido.

Después de aquello, nada volvió a ser igual. A los pocos meses todas las revistas de surf se llenaron de reseñas sobre los *Vbottom* y sobre otras innovaciones revolucionarias en el diseño de las tablas, que se habían vuelto mucho más cortas y más ligeras que las tablas que la gente había estado usando durante décadas. La revolución se había originado en Australia y Hawái, y sus gurús eran McTavish y dos americanos, George Greenough y Dick Brewer. Para probar las tablas tenían a los mejores surfistas del mundo, en especial Nat Young, un campeón del mundo australiano. California, que por entonces seguía siendo la capital imperial del surf, se convirtió en masa a la nueva fe. Con la velocidad y la maniobrabilidad de la nueva tabla, el surf cambió por completo. De la noche a la mañana ya nadie practicaba el *nose-riding* (y lo mismo sucedía con los *drop-knee cutbacks*). Entubarse y hacer giros más cortos, muy sueltos e intensos, darle en vertical al labio y surfear lo más cerca posible de la parte de la ola que iba rompiendo: estas técnicas no eran exactamente nuevas, pero desde ese momento se convirtieron en los objetivos prioritarios del surf progresivo y se fueron practicando a niveles hasta entonces nunca alcanzados.

Estábamos en 1968. En todo Occidente, a remolque del descontento juvenil, muchas cosas se estaban replanteando o poniendo en cuestión —el sexo, la sociedad, la autoridad—, y a su manera, el pequeño mundo del surf también se incorporó a la insurrección general. La revolución de la tabla corta era inseparable del espíritu del momento: la cultura hippie, el acid rock, los alucinógenos, el misticismo oriental, la estética de la psicodelia. Los movimientos pacifistas, que estaban en su máximo apogeo, nunca arraigaron de manera coherente entre los surfistas (otra cosa fueron los ecologistas), pero el mundo del surf, por incoherente que parezca, se posicionó mayoritariamente contra la guerra de Vietnam, sobre todo por influencia de Francis Ford Coppola. Muchos surfistas se hicieron prófugos, y algunos surfistas famosos que no podían dar dos brazadas en el agua sin ser fotografiados estaban ahora en busca y captura y tenían que vivir escondidos.

En primavera yo ya tenía mi nueva tabla corta. La compré en el taller de un fabricante de renombre llamado Dewey Weber, en *Venice Beach*, que ahora se dedicaba, como todos los fabricantes, a abastecer la nueva demanda. El modelo de tabla que me compré se llamaba *Mini-Feather*. Era tosca y primitiva, pero era la mejor que podía conseguirse entonces. Medía 7′0″. Podía llevarla con una sola mano. Dejé la *Harbour Cheater*, que tanto esfuerzo me había costado y que no tenía ni un solo toque, aparcada en los soportes del garaje y nunca volví a usarla. Con quince años y un sólido conocimiento de la técnica básica, estaba en un buen momento para dar el salto a la tabla corta. Todavía era un chico flaco, pero tenía la fuerza suficiente para colocar la Mini-Feather en la pared, llegar al labio de la ola sin perder el control y hacer las bajadas de última hora que requerían las tablas pequeñas por su baja flotabilidad y su escasa velocidad de remada (los longboards, como ahora empezaban a ser conocidos, flotan mejor en el agua porque tienen un mayor volumen, y por lo tanto permiten una remada mucho más rápida). Por entonces ya conocía a bastante gente con carnet de conducir, así que empecé a escaquearme de los fines de semana familiares en Ventura —California Street tenía olas demasiado lentas y fofas para una tabla corta— y empecé a surfear en los picos orientados al sur que están cerca de Los Ángeles. Secos, County Line, First Point Malibú.

First Point Malibú había sido el centro del mundo del surf desde los días en que se rodó Chiquilla a finales de los años cincuenta. Congregaba una gran aglomeración de surfistas incluso en los días malos. En los días buenos era una ola muy hermosa, una larga derecha de perfección mecánica que rompía sobre un banco rocoso que se iba estrechando hasta llegar a la arena. Algunos surfistas de primera clase todavía surfeaban en Malibú a pesar de las aglomeraciones, aunque la mayoría se había ido. El rey indiscutible de aquel pico cuando yo surfeé allí por primera vez era Miki Dora, un misántropo ceñudo y sombríamente hermoso que tenía un estilo muy sutil y perfectamente adecuado a aquellas olas. Atropellaba a la gente que se metía en su camino y despotricaba contra la masa irreflexiva de

surfistas, soltando frases muy bien construidas que aparecían en las revistas de surf junto a los anuncios en los que intentaba vender su propio modelo de tabla, Da Cat, con firma incluida. Pero *Da Cat* era una tabla larga, y con la aparición de la tabla corta muchas leyendas del surf cayeron de repente en desgracia. *First Point Malibú* se convirtió en un manicomio mucho más descontrolado que nunca. Con las tablas largas era posible, al menos en teoría, que un pequeño número de surfistas compartiera la misma ola. Pero el estilo frenético y de giros muy rápidos que imponían las tablas cortas, y que exigía estar siempre muy cerca o incluso dentro de la parte más potente de la ola, supuso que solo hubiera sitio para un único surfista. El resultado fue el caos.

Por raro que parezca, a mí no me importaba. Había alcanzado un nivel que me permitía sentirme más rápido, con más equilibrio y mucho más diestro que la mayoría de la gente que me rodeaba, así que disfrutaba esquivando a los demás surfistas, les gritaba que se salieran de la ola o los asustaba con giros muy bruscos para que se largasen de allí. Me quedaba con las mejores olas para mí solo y manejaba mi Mini-Feather a toda velocidad, a través de las dóciles curvas de Malibú, como si fuera un bólido en un circuito de carreras.

Pero las mayores satisfacciones de una tabla corta se obtenían muy lejos de las aglomeraciones, y consistían principalmente en hacer un buen tubo, o barrel, como también se les llamaba. La tabla corta permitía permanecer en el interior de una ola durante mucho más tiempo y pegarte a la pared una vez dentro. Y de repente, los verdaderos tubos —recorridos exitosos por el interior de la ola— habían empezado a ser mucho más fáciles de conseguir. En Zuma Beach, Oil Piers o Hollywood-by-the-Sea, en Oxnard, o en cualquier sitio donde hubiera olas huecas que rompieran con mucha potencia, un nuevo código basado en el riesgo y la recompensa permitía ahora —alucinando en el mejor sentido posible de esa ominosa expresión— algo felizmente real. Trazar la línea —intentar encontrar el tubo situándose cerca de la pared en el momento en que rompe, en vez de maniobrar en dirección a la orilla,

hacia la zona sin olas— no carecía de peligros, sobre todo si uno no conseguía salir a salvo del tubo, cosa que solía ocurrir a menudo. Las olas huecas suelen romper en aguas poco profundas y sobre un fondo de rocas, arrecifes o bancos de arena. Y si te caes en medio de una ola hueca eso te puede provocar —y a menudo te provoca— un fuerte choque con el fondo. La tabla también se convierte en un proyectil descontrolado que puede volverse muy peligroso.

Sin embargo, el mayor desastre que recuerdo de aquel primer verano con tabla corta fue de un género muy distinto. Ocurrió en México, en una remota rompiente de arrecife en la Baja California conocida como *K-181*. Habíamos acampado con los Becket, que por entonces se habían comprado un viejo autobús escolar que habían reconvertido, con literas y una cocina, en una caravana para toda la familia. La rompiente era grande, cristalina y hueca. Bill y yo estábamos explorando las prestaciones de nuestras nuevas tablas. Conseguí meterme en un tubo verdeazulado liso y profundo, y estaba forzando todos mis sentidos intentando ver la luz del sol delante de mí y la pendiente de salida. Y justo cuando creía que iba a salir limpiamente, se oyó un terrible chasquido, mi tabla se paró en seco y yo salí despedido por encima de la punta de la tabla. Creí que había atropellado a Becket. Desde dentro del tubo no lo había visto remar hacia la ola ni hundirse dentro de ella intentando remontarla. Cuando me vio desaparecer, se imaginó que yo estaría aún dentro, por algún sitio, de modo que decidió abandonar el barco. Así que yo solo había chocado contra su tabla, no contra él. De todos modos, mi aleta se había incrustado en el canto de su tabla, muy cerca de la cola y nuestras dos tablas se habían quedado enredadas por una horrible mezcolanza de fibra de vidrio aplastada y de espuma de poliuretano hecha añicos; tuvimos que hacer un gran esfuerzo para separarlas. Su tabla se llevó la peor parte. A Bill le dolió mucho, pero procuró no darle importancia. Al fin y al cabo, yo estaba viendo a Dios cara a cara cuando él se metió en mi camino.

Los artesanos que fabricaban tablas no conseguían vender su viejo stock de longboards. Los surfistas que salieron peor parados fueron los que se habían comprado un nuevo longboard justo cuando las tablas largas ya estaban dejando de estar de moda. Eso fue lo que les ocurrió a dos amigos míos, a quienes llamaré Curly y Moe. Se habían gastado todos sus ahorros en dos tablas que de repente se habían quedado anticuadas: por muy hermosas que fuesen, ya nadie podía presentarse con una tabla así en un pico respetable. Corría el rumor de que si te robaban una tabla te devolvían el dinero que habías pagado por ella, siempre que tus padres tuvieran un seguro del hogar. Curly y Moe estaban seguros de que sus padres lo tenían. Como nadie iba a robarles las tablas, y como no se las podían dar a nadie, pensamos que lo mejor era deshacerse de ellas y denunciar que se las habían robado, y así podrían recuperar el dinero para comprarse unas tablas cortas. Valía la pena intentarlo. Fuimos en coche a las montañas de *Santa Mónica*, subimos por un camino forestal y llevamos las dos tablas por un sendero de montaña que atravesaba la maleza hasta la cima de un barranco. Puede ser que murmurásemos algunas palabras como ritual de despedida, y seguro que todos estábamos muy emocionados. La tabla de Moe estaba impoluta: era una Steve Bigler firmada, con la parte superior en tinte azul y los cantos de color cobre vivo, y yo sabía que tenerla y cabalgarla había sido su mayor deseo durante años y años. Pero Curly y él se acercaron al borde del barranco y lanzaron al vacío sus tablas pasadas de moda. Se estrellaron contra las rocas, dieron unas cuantas vueltas de campana, se partieron en mil pedazos y se fueron posando trágicamente sobre los arbustos de manzanita.

No recuerdo si funcionó el timo del seguro. Lo que sé es que la Bigler en perfecto estado que dejé aparcada en los soportes del garaje valdría hoy en día varios miles de dólares. Pero lo único que me interesa ahora es lo que yo tenía en la cabeza por aquel entonces. Sé que no veía nada malo en engañar a las compañías de seguros, del mismo modo que no veía nada malo en comprar y vender drogas o cualquier otra actividad que me pareciera un delito inocuo, sin víctimas. También

estaba totalmente a favor de eludir el reclutamiento, algo que estaba todavía muy lejos, pero que ya pendía como una espada sobre las vidas de amigos y hermanos mayores. La guerra de Vietnam estaba mal y todo lo que la rodeaba estaba podrido por completo. Los militares, el gobierno, la policía, los grandes empresarios, todo se fundía en mi opinión en una única masa opresiva: el Sistema, el establishment. Por supuesto, estas ideas políticas eran muy comunes entre los jóvenes de la época, y muy pronto también incluí entre las fuerzas enemigas a las autoridades escolares. Mi actitud despreocupada o incluso desdeñosa con respecto a la ley era un vestigio de la infancia, cuando una gran parte de la gloria que uno ganaba se obtenía desafiando a los mayores e intentando salirte con la tuya.

Sin embargo, una visión de la política mucho más sólida, analítica y más o menos marxista empezó a arraigar durante mi adolescencia (aunque desglosar, emocional e intelectualmente, los mecanismos del poder institucional —analizando cómo funcionaban en realidad las cosas, mucho más allá de cómo te hacían sentir—, resultó una tarea que me llevaría muchos años más). Mientras tanto, el surf se convirtió en un refugio magnífico para escapar del conflicto: una agotadora razón para vivir, muy exigente físicamente, que te empapaba de alegría. Y además, dado su vago parecido con la estéril existencia de un forajido y su desconexión del trabajo productivo, servía para expresar claramente el descontento que uno sentía.

¿De qué manera demostré mi conciencia social? Pues de una no demasiado evidente. Participé en algunas manifestaciones de protesta, pero seguí siendo un buen estudiante, cosa que no demostraba nada, salvo que me gustaba leer y que estaba cubriéndome las espaldas. Durante un tiempo fui profesor particular de matemáticas de dos chicas afroamericanas muy empollonas que vivían en Pacoima, un barrio pobre que estaba en el extremo oriental del valle. Dudo que aprendieran algo con mis clases. Sé que me sentía un impostor, un chico de su edad que fingía ser su profesor. Mi madre, que se las ingeniaba para participar en política al mismo tiempo que criaba a cuatro hijos, me metió en una campaña de propaganda puerta a

puerta, en nuestra zona de *Woodland Hills*, a favor del candidato Tom Bradley, que competía contra Sam Yorty por la alcaldía de la ciudad. Si ganaba, Bradley se convertiría en el primer alcalde negro de Los Ángeles, así que aquellas elecciones tenían un carácter histórico. En las encuestas de nuestra zona, Bradley sacaba muchos votos, así que teníamos muchas esperanzas, pero luego Yorty ganó las elecciones. Cuando se hizo el desglose de votos por zonas, quedó claro que nuestros vecinos nos habían mentido cuando nos decían que iban a votar a Bradley. Por lo visto, ese fenómeno del cambio de voto era muy habitual entre los votantes blancos, ya que decían una cosa y luego votaban otra. De todos modos me indigné, así que el cinismo ante la política organizada y el amplio bloque de cosas que yo ya empezaba a denominar «burguesía» se fue haciendo cada vez mayor.

Como todo el mundo sabe, Robert Kennedy fue asesinado en la noche de las primarias demócratas de 1968 en California. Vi la noticia en un pequeño televisor en blanco y negro, sentado con las piernas cruzadas a los pies de la cama de mi novia. Se llamaba Charlene. Los dos teníamos quince años. Ella se había quedado dormida, creyendo que yo ya me había ido a casa después de nuestro magreo habitual, tan fogoso como improductivo. Pero yo me quedé a ver la televisión cuando me enteré de que habían disparado a Robert Kennedy. Eran más de las doce de la noche, pero los padres de Charlene habían ido a casa de unos amigos a ver los resultados electorales. Eran militantes del Partido Republicano. Oí que el coche subía por el camino de entrada y que ellos entraban en la casa. Yo sabía que el padre de Charlene, que era un hombre mayor, siempre iba al dormitorio de su hija para darle un beso de buenas noches; y yo también sabía, ejem, cómo podía salir por la ventana y deslizarme sin hacer ruido hasta llegar a la calle. Sin embargo me quedé quieto, sin pensar en nada, pero al mismo tiempo cruelmente decidido a no moverme de allí, hasta que se abrió la puerta de la habitación. El padre no sufrió un ataque al corazón al verme allí delante, en calzoncillos y mirando la tele tan tranquilo, aunque no hubiera sido raro que lo sufriera. Cogí la ropa y me largué por la ventana antes

de que aquel hombre pudiera abrir la boca. La madre de Charlene telefoneó a mi madre, quien me dio una charla muy seria sobre las diversas clases de chicas, subrayando la pureza de las «buenas chicas» como Charlene, que pertenecía a un club que organizaba puestas de largo. Me sentí avergonzado, pero no me arrepentí de nada. Charlene y yo nunca habíamos tenido mucho de qué hablar.

En aquellos años me pasaba más tiempo en casa de Domenic que en la mía. Al igual que la casa de los Becket en Newport, que era una ininterrumpida fiesta playera, la de Domenic era un lugar mucho más relajado que la puritana casa de mis padres, en la que todo el mundo estaba obligado a realizar sus tareas. Los Mastrippolito vivían en una laberíntica casa de dos pisos, grande y oscura, que databa de los primeros tiempos del valle de San Fernando, antes de que se construyeran las urbanizaciones en las que vivíamos nosotros. Aún se veían naranjos al otro lado de la calle. La madre de Domenic, Clara, era una ferviente seguidora de las tertulias radiofónicas de derechas, así que ella y yo manteníamos tormentosas discusiones sobre los derechos civiles, la guerra, el senador Goldwater y el comunismo. Le gustaba el programa televisivo de William F. Buckley, Firing Line. Yo solo lo veía cuando salía mi ídolo, el actor Robert Vaughn, que no solo era el hombre de C.I.P.O.L., sino también un experto politólogo con un doctorado por la Universidad de California. Vaughn era un progresista con un discurso muy bien elaborado —años después publicaría su tesis doctoral, un estudio sobre el anticomunismo en Hollywood—, y en mi opinión siempre conseguía derrotar al charlatán verborreico de Buckley.

Al padre de Domenic, Big Dom, nada le importaba un pimiento, salvo los deportes. Oficialmente, era mayorista de licores, creo, pero en realidad se dedicaba a las apuestas. Trabajaba en su casa, y en su guarida siempre tenía encendidas media docena de radios y televisores retransmitiendo las carreras y partidos más interesantes. Casi siempre iba en batín y siempre estaba distraído, hablando por teléfono o garabateando números con los ojos entrecerrados por el humo del

cigarrillo. Pero de vez en cuando salía de su guarida y se unía a nosotros en los juegos familiares o en las partidas de gin rummy que jugábamos en la mesa del comedor. Había días en que la familia se volvía rica de repente y necesitaba gastarse muy deprisa el dinero, así que se compraba un coche nuevo o cualquier otra cosa. Pero había días malos en los que el dinero escaseaba, sobre todo cuando detuvieron a Big Dom y lo mandaron a la sombra durante una temporada. Pero el ambiente general que se respiraba en la casa, ya lo he dicho, era muy relajado. Muchas almas descarriadas se acogían a la hospitalidad de los Mastrippolito: amigos alcohólicos de Clara que no tenían adónde ir, amigos gamberros de Pete que no tenían adónde ir, yo mismo. Siempre me sentí bien recibido, a pesar de ser alguien que se había dejado engañar por los comunistas. La casa de Domenic estaba a años luz de mi casa, donde siempre había una pila bien ordenada con ejemplares de Time o The New Yorker, y donde estaba terminantemente prohibido tomarse una tercera loncha de beicon en el desayuno.

Mi padre se empeñó en que yo escribiese un artículo para una revista. Se había aficionado a la fotografía y llegó a ser un fotógrafo asombrosamente bueno. Pero, ahora que caigo, aquello no era nada sorprendente ya que mi padre trabajaba en el mundo del cine y lo sabía todo sobre lentes y cámaras. Su tema favorito eran sus propios hijos, así que fue llenando álbumes y más álbumes con nuestras fotos. También nos fotografió a mí, a Domenic y a Becket surfeando en Rincón, en Secos y en Zuma, y de ahí surgió la idea de que yo escribiese el artículo. Mi padre sabía que me gustaba escribir: si yo escribía un artículo para una revista de surf, él pondría las fotos. Intenté explicarle que a las revistas de surf no les interesaban los artículos, que solo les interesaban las fotos, y que jamás en su vida lograría hacer una foto que fuesen a publicarle, a menos que se fuera a vivir a la costa norte y siguiera a los grandes del surf durante uno o dos inviernos, y eso si tenía mucha, mucha, mucha suerte. Tonterías, replicó. Lo ideal era escribir un artículo. Y cuando estuviese escrito, él se encargaría de hacer las fotos adecuadas.

Esa respuesta me irritó profundamente. Por un lado, porque ponía de manifiesto la cabezonería de mi padre al negarse a escuchar mi opinión, y eso que yo sabía que el que tenía razón era yo. Y por otro, porque me demostraba la gran distancia que había entre el surf claramente elemental y habilidoso que practicábamos mis amigos y yo, y las heroicas y extraordinarias gestas, dignas de aparecer en las noticias, de los tipos que salían en las revistas. Pero sobre todo me irritó porque era la prolongación de una discusión mucho más amplia que nos enfrentaba a mi padre y a mí. Mi padre había visto que yo me pasaba la vida tomando notas en mis cuadernos, escribiendo cartas, haciendo redacciones para el colegio. Sabía que en noveno grado yo había sido el redactor jefe de la revista literaria de nuestro instituto (en los tiempos gloriosos de la educación pública en California, hasta los institutos de bachillerato elemental tenían su propia revista literaria), en la que se habían publicado poemas y relatos míos. Y él me decía que lo que ahora debía hacer yo era empezar a escribir para las publicaciones serias. Y daba igual lo que yo hiciese —resúmenes deportivos, textos publicitarios, necrológicas—, porque lo importante era la disciplina y acostumbrarse a trabajar con una fecha límite. Llegué a la conclusión de que estaba pensando en un periódico local, aunque yo no estaba seguro de que Woodland Hills tuviese su propio periódico. En realidad, lo que él tenía en mente era el periódico de su ciudad natal, Escanaba, donde había empezado a trabajar como reportero. Su carrera periodística había acabado desviándose hacia la televisión y la producción cinematográfica, pero todavía sabía cómo funcionaba un periódico, o eso creía él. La verdad es que sí lo sabía, pero yo no quería escucharle. En aquellos días mis escritores favoritos eran los novelistas (Steinbeck, Sinclair Lewis, Norman Mailer) y los poetas (William Carlos Williams, Allen Ginsberg), no los periodistas. No me interesaban las redacciones. Y además, me horrorizaba la idea de que alguien me dijese que lo que yo había escrito no valía nada. De modo que no escribí nada para ninguna revista, ni siquiera para el periódico de nuestro instituto.

Mi padre, a pesar de la adicción al trabajo que había heredado como niño de la Depresión que era, tenía una veta soñadora de buscador de tesoros playeros. Le encantaba vagabundear por los muelles, y los primeros recuerdos que guardo de él están llenos de barcos, malecones y gaviotas. Su idea de la felicidad consistía en estar trajinando en un barquito. Antes de casarse había vivido en un velero atracado en Newport Bay. Era un pequeño balandro de madera, muy elegante, y a mí me gustaba observar las fotos en blanco y negro que había encontrado en las que se le veía manejar el timón, a los veintidós o veintitrés años, con el ojo atento a las rachas de viento, el grátil en el foque, la pipa en la comisura de la boca y una expresión alerta pero a la vez entusiasmada. Circulaba el rumor de que la primera condición que puso mi madre para casarse fue que dejase de vivir en el barco. Lo hizo antes de que yo naciera.

Yo no compartía el amor de mi padre por los barcos, pero sí me gustaba el mar, y desde muy pequeño lo vi como una forma de escapar a los trabajos tediosos y a las obligaciones domésticas. Recuerdo un día de verano en Catalina Island. Habíamos navegado hasta allí, tras una travesía de veintiséis millas, en nuestro Cal-20, que era el balandro de fibra de vidrio que en aquella época se podía comprar a precio de saldo en California. Habíamos atracado en el puerto de Avalon, de aguas maravillosamente transparentes. Cuando llegaba desde el continente el barco de pasajeros que la gente llamaba el Gran Vapor Blanco, los chicos que vivían en la isla se lanzaban al agua y les pedían una moneda a los turistas del barco. Yo debía de tener ocho o nueve años. Me uní a esos chicos y me puse a perseguir las monedas de cinco y diez centavos que caían cerca de mí, girando y centelleando mientras desaparecían en las aguas de color turquesa. Para poder seguir gritando y peleándonos en busca de más monedas, nos las guardábamos en la boca cada vez que atrapábamos una. Recuerdo haber vuelto nadando al barco de mis padres y, al llegar a cubierta, escupir en las manos el botín que traía en la boca. Había ganado el dinero suficiente para tomarme en tierra un perrito empanado, y a lo mejor comprar

otro más para Kevin. Era una tontería, claro, pero tuve la vaga idea de que podría llegar a ser absolutamente feliz si me convertía en un vagabundo o incluso en un pordiosero que viviera cerca del mar. Me pregunto si mi padre se dio cuenta de esa inclinación mía, y si le preocupó verla porque se parecía mucho a la que él mismo tenía.

En realidad había logrado alcanzar un buen equilibrio entre su trabajo, que no paraba de exigirle una dedicación exclusiva, y un pasatiempo como la navegación a vela, famoso por los quebrantos y disgustos que ocasionaba; y lo había hecho con un presupuesto muy ajustado y sin sacrificar el tiempo que pasaba con su familia. Es cierto que se convertía en una especie de tirano —como una especie de capitán Bligh de fin de semana— cuando cogía el timón y las cosas se ponían feas, cosa que sucedía a menudo. Una vez, él, Kevin y yo volcamos en un bote de vela Lehman 10 cuando una ola monstruosamente enorme nos chupó por detrás en una zona de botadura por lo general muy tranquila que se llamaba Carpinteria Beach. El mástil chocó contra el fondo, se partió en dos y atravesó el casco. Nosotros tres salimos despedidos por entre el aparejo como si estuviésemos montando un toro en un rodeo. Cuando el bote naufragado fue arrastrado a la orilla, Kevin, que debía de tener cuatro o cinco años, se fue zambullendo hasta el fondo, con las zapatillas puestas, para recuperar algunos objetos brillantes como el mechero de plata de mi padre. Todavía puedo ver su expresión de goce triunfal cada vez que salía a flote con un tesoro rescatado.

Lo que en verdad podría haber preocupado a mi padre en cuanto a mi afición al surf era la clase de obsesión —siempre antisocial y maniática— que venía aparejada con una dedicación tan intensa. El surf seguía siendo una actividad que uno —yo mismo— hacía con sus amigos, pero sin vida social en un club ni nada que tuviera que ver con el deporte organizado. Y yo ya no soñaba con ganar competiciones de surf, igual que antes había soñado con ser lanzador de los Dodgers. El ideal que se estaba imponiendo era la soledad, la pureza, las olas

perfectas que uno pillaba muy lejos de la civilización: Robinson Crusoe, el documental Endless Summer. Y esa era una senda que te alejaba de la vida urbana como ciudadano, en el antiguo sentido de la palabra, y te llevaba a una vida al otro lado de la frontera en la que tendríamos que sobrevivir como si fuésemos bárbaros contemporáneos. Y no se trataba del sueño indolente de ser un vagabundo feliz; era algo mucho más complejo. Pillar olas de forma obsesiva era una cosa a la vez profundamente egoísta y desinteresada, dinámica a la par que ascética, y muy radical por su rechazo de todos los valores asociados al deber y a los éxitos de la vida convencional.

Me fui alejando de mi familia desde muy joven, y el surf fue mi vía de escape, mi excusa para ausentarme. No podía ir a Ventura porque alguien iba a llevarme en coche a Malibú, donde sabía que las olas iban a ser mucho mejores. Me quedaba a dormir en casa de Domenic y no podía ir a navegar con mi padre porque alguien me iba a llevar a Rincón o a Newport o a Secos, donde ya había llegado la marejada. Ahora me resulta extraño que mis padres me dejaran partir sin apenas protestar. Pero en aquel momento no me pareció nada raro. La educación de los hijos había entrado, al menos en los barrios donde nosotros vivíamos, en una época de extrema relajación. Ahora bien, yo podía cuidar de mí mismo, al menos hasta cierto punto, y además mis padres tenían otros tres hijos que cuidar. Al final, mi hermana Colleen acabó siendo la navegante de la familia.

El sueño surfista del regreso a la naturaleza tenía una ramificación inevitable: la nostalgia más apestosa. Una gran parte de los relatos que escribí en mis cuadernos contaban viajes en el tiempo, casi siempre a los primeros tiempos de California. Uno imaginaba lo que significaría volver a los tiempos de los indios chumash, o a las primeras misiones españolas, solo que con una moderna tabla de surf en la mano. A lo largo de los siglos, durante eones, las olas de Malibú habían estado rompiendo exactamente igual, sin que nadie las surfeara. Y si los antiguos habitantes de esos lugares pudieran ver surfear a alguien, lo más probable es que lo

adorasen como a un dios, así que lo alimentarían y le permitirían coger esas olas con la mayor concentración posible, cosa que le permitiría ser, durante el resto de su vida, el dueño indiscutible, el maestro que más había aprendido de todos. En la Guía de surf del sur de California se veían unas fotos que demostraban el escaso margen de tiempo que nos había impedido disfrutar del paraíso. Una había sido tomada en Rincón, en 1947, desde las montañas que se levantan detrás de la rompiente, en un día perfecto de olas de tres metros que parecían de vidrio laminado. El pie de foto, sin necesidad alguna, animaba al lector a fijarse en «la tentadora soledad». La otra foto era de Malibú en 1950. Mostraba a un surfista solitario que se deslizaba bajo una ola de dos metros y medio, mientras que el público, en primer plano, se dedicaba a jugar sobre la arena sin prestarle atención. El surfista era Bob Simmons, el inventor de la moderna tabla de surf con quilla. Se ahogó cuando estaba surfeando, él solo, en 1954.

Sin embargo, la Guía de surf del sur de California no fomentaba la nostalgia: era demasiado optimista y cabezota como para dedicarse a eso. El libro consistía en un meticuloso análisis, desde el punto de vista práctico, de los casi trescientos picos que había entre Point Conception y la frontera mexicana. Estaba profusamente ilustrado con fotografías de surfistas, vistas aéreas de la costa y mapas, además de proporcionar una información específica sobre las direcciones de las marejadas, los efectos de las mareas, los posibles peligros submarinos y las normas para el aparcamiento de coches. Pero lo mejor de todo era su prosa clara y escueta, sus sabios juicios sobre las condiciones de las diferentes rompientes, sus juegos de palabras y sus bromas para iniciados, y sobre todo su discreto pero inconfundible entusiasmo. Ciertos héroes locales que hasta entonces habían vivido en el anonimato, como por ejemplo Dempsey Holder —que durante varias décadas había surfeado, él solo, en un espeluznante pico de aguas muy profundas y olas monstruosas llamado Tijuana Sloughs, muy cerca de la frontera mexicana—, recibían el homenaje que se merecían por parte de los autores de la guía, Bill Cleary

y David Stern. Y Cleary y Stern, además, tenían una visión sardónica del caos que empezaba a producirse en el mundo del surf. He aquí el pie de foto para la imagen de una gran aglomeración de novatos que se peleaban por coger la misma olita que ni siquiera llegaba al palmo de altura: «El surf es un deporte individual en el que un hombre solitario tiene que hacer frente, sin más ayuda que sus conocimientos adquiridos a costa de enormes sacrificios, a las fuerzas salvajes del poderoso océano… Malibú: marejada del oeste».

Los abuelos de Domenic habían fabricado vino con las uvas de un viñedo que ya no existía, y todo ese vino estaba almacenado —y avinagrándose— en unos recipientes azules de plástico que abarrotaban el cobertizo que había junto a la casa de Domenic. En las noches de los fines de semana nos dio por servirnos de aquellos recipientes, y nos íbamos bebiendo el vino a oscuras, sorbo tras sorbo, junto a una boca de desagüe que había detrás del cobertizo. Las cálidas noches del valle empezaron a dar vueltas y a llenarse de risotadas. A mí me encantaban las imitaciones que hacía Domenic de su bondadoso y alelado abuelo, cuya exclamación favorita, por alguna razón, era «*¡Murphy, Murphy, Murphy!*». Una vez intenté contribuir a nuestro alijo de alcohol robando en el minibar de mis padres: fui echando un sorbito de cada botella en un cartón vacío de leche. Tuve que mezclar bourbon con crema de menta y con ginebra, con la esperanza de que mis robos diminutos pasasen desapercibidos. Nadie los descubrió. Pero Domenic y yo nos pusimos literalmente enfermos bebiendo aquel mejunje. Y si conseguimos que nadie se molestara con nuestros vómitos y nuestras resacas, fue porque en su casa reinaba un ambiente de total libertad.

Allí no se le daba mucha importancia al alcohol. El vino, al modo europeo, fluía en las comidas. El contraste con lo que ocurría en mi casa era, como siempre, desolador. Mis padres eran, por las razones ya expuestas, unos bebedores muy tímidos y cautelosos que solo bebían en las reuniones sociales. Tenían muchos amigos a los que les gustaba beber, así que su minibar estaba siempre a tope, pero a

sus hijos nunca les dejaban ni oler una copita de vino. Cuando yo era adolescente me di cuenta de lo poco que bebían, y anoté que aquello era otro síntoma de que eran unos «siesos».

Pero en realidad fue la marihuana la que trazó la línea divisoria entre nuestro mundo y el suyo, esa frontera generacional que separaba lo cool de lo que no lo era en absoluto. La timidez inicial que yo había sentido con respecto a la marihuana, cuando la descubrí por primera vez en Hawái, desapareció durante mi primer año de bachillerato, justo cuando la marihuana llegó a nuestro instituto de *Woodland Hills*. Nos hicimos con nuestros primeros porros gracias a un amigo de Pete. La calidad de la droga era malísima —la gente la llamaba «*yerbajos mexicanos*»—, pero la calidad del colocón era tan maravillosa, tan relajante y tan cerebral, en comparación con los efectos del vino, que creo que ya no volvimos a abrir nunca más uno de aquellos recipientes azules del cobertizo. Las risotadas, además, eran más fuertes y sonaban mucho mejor. Y la música que hasta entonces había sido simplemente buena, la banda sonora del rock'n'roll de nuestras vidas, se convirtió en una mezcla de éxtasis y profecía. Jimi Hendrix, Dylan, los Doors, Cream, la última época de los Beatles, Janis Joplin, los Stones, Paul Butterfield: la música que hacían, sobre todo si la droga ampliaba cien veces su impacto y su belleza, se transformó en un rito sacramental que es imposible explicar a los no iniciados.

Los aspectos ceremoniales del consumo de marihuana —comprársela a uno de los miles de camellos de la red local, desmenuzar los cogollos, liar los canutos, largarse a sitios donde fuese seguro fumar (colinas, playas, descampados), siempre en diminutos grupos de forajidos de dos o tres o cuatro como máximo, que luego se ponían a reír y a alucinar juntos— se fueron impregnando de un fuerte sesgo tribal. Allá fuera, en el vasto mundo, existía la «contracultura» con sus modas y sus inspiraciones, pero mucho más cerca de nosotros estaban las nuevas alianzas que iban fraguándose en nuestras vidas. Ya no nos relacionábamos con los chicos —y también las chicas— que fueran unos «*estrechos*». ¿Qué diablos podía ser una puesta

de largo? Y en cuanto a los adultos, cada vez se fue haciendo más difícil ignorar aquel horroroso eslogan de los yippies que aconsejaba no confiar en nadie que tuviese más de treinta años. ¿Cómo podían los padres, los profesores y los entrenadores llegar a entender el ineluctable alucine de cada momento de la vida que uno llegaba a percibir en su dimensión absoluta? Estaba muy claro: ninguno de ellos había viajado por la autopista 61.

Becket, que vivía en *Orange County* —una zona ultraconservadora—, se enteró de la contracultura un poco más tarde que nosotros, los que vivíamos en los barrios periféricos de Los Ángeles. En un año había crecido un palmo: de pronto medía un metro ochenta y tres y era jugador del equipo escolar de baloncesto. Todos sus compañeros de equipo llevaban el pelo al rape, eran creyentes y no me tomaron en serio cuando les conté, en el transcurso de una visita a Newport, que la maría, esa hierba diabólica que aparecía en todos los noticiarios, había llegado también a su lujosa ciudad costera. Y les dije que, si me daban diez pavos y me llevaban al muelle, podría comprarles una onza en menos de una hora. Me contestaron que era un bocazas, pero les conseguí una onza en media hora. Nos pegamos el colocón en la casa de los padres del base del equipo, en Lido Island, y yo me volví a casa a la mañana siguiente.

Dos meses más tarde, mientras dormía en la pequeña habitación que compartía con Kevin y Michael, oí que alguien daba un golpecito en la ventana. Me asomé y vi a Becket. Era un viernes por la noche, y me susurró que él y sus amigos habían conseguido una casa para ellos solos, sin mayores, durante todo el fin de semana, y que debería irme con él a Newport. Sus amigos estaban esperando al final del camino de entrada, en un coche. Yo nunca había vivido nada igual: una visita a medianoche, una proposición de aquellas características. Pero lo que me dejó patidifuso fue la camisa que llevaba Becket: era muy fina, brillaba a la luz de la luna y era transparente. Aquella camisa era tan impropia de él que me lo reveló todo en un instante. Por lo visto, en aquellos dos meses habían ocurrido muchas cosas en el

equipo de baloncesto del instituto de Newport Harbor. Al principio me pareció muy divertido que los jugadores del equipo se hubieran convertido en masa al rito de los colocones, pero un tiempo después, cuando algunos de ellos se descolgaron del equipo e incluso llegaron a abandonar el instituto, no me sentí nada orgulloso del papel que había jugado, por muy secundario que fuese, en el choque que enfrentó a algunos adolescentes de Newport con sus familias y las grandes oleadas de cambios sociales que trajo el año 1968.

En mi instituto, la William Howard Taft High School, las cosas no eran muy distintas. Nuestro centro ya se estaba viendo afectado por la lucha cultural ocasionada por la guerra de Vietnam. Los estudiantes que se oponían a la guerra boicoteaban los equipos deportivos, ya que los entrenadores eran los miembros más cerrados de un claustro y de una administración muy conservadores y partidarios de la guerra, y que no se cortaban un pelo a la hora de hacerles la vida imposible a los alumnos sospechosos de ser comunistas. Pero yo tuve dos profesores de Inglés, el señor Jay y la señora Ball, que cambiaron mi vida al permitirme acceder a los dificultosos placeres de Melville, Shakespeare, Eliot, Hemingway, Saul Bellow, Dylan Thomas y, sobre todo, el más avasallador de todos, James Joyce. A partir de entonces fui capaz de vislumbrar, en Ventura, el mar verdemoco, el mar tensaescrotos. Los vagabundos de los antiguos parques de atracciones del pico de California Street ahora me parecían salidos de las páginas de Dublineses. Me convertí mentalmente en Stephen Dedalus y juré en mi interior consagrarme al silencio, el exilio y a la astucia (por desgracia, a mi ídolo le daba miedo el mar). Los Ángeles era una pálida imitación de Irlanda, pero tenía sus propias ciénagas culturales y sus propias traiciones.

Por raro que parezca, en décimo grado me aficioné al atletismo y empecé a competir en salto de pértiga. Los saltadores de pértiga formaban su propio equipo dentro del equipo general de atletismo. Los entrenadores no sabían saltar con pértiga y no querían arriesgar el cuello intentando demostrar sus habilidades, así

que teníamos que aprender por nuestra cuenta. Como estábamos exentos de realizar los extenuantes ejercicios físicos que tenían que hacer los demás miembros del equipo, nuestros entrenamientos, según nos decía la gente, tenían un desafortunado parecido con una larga y somnolienta sesión de debates estudiantiles. Supongo que eso se debía a las muchas horas que nos pasábamos tumbados sobre las colchonetas de color turquesa que nos servían de foso de caída. El salto con pértiga era un deporte muy respetado en aquellos días y los saltadores tenían la misma consideración que una prima donna. De hecho, los monitores y los jóvenes atletas que les eran fieles miraban con recelo, a veces con mucha razón, a los atractivos saltadores de ideas antiautoritarias, a los que consideraban unos hippies que leían a Thoreau, fumaban drogas y admiraban al atleta negro John Carlos. A mí me gustaba mucho el salto con pértiga: el delicado chasquido y el giro que te impulsaban hacia arriba cuando conseguías colocar bien la pértiga en el cajetín (cosa que no solía ser mi especialidad), o el instante que nunca duraba lo suficiente en que echabas los brazos atrás y dejabas caer la pértiga justo cuando estabas llegando al punto más alto del salto. Al año siguiente, sin embargo, no me volví a apuntar a atletismo.

Mucho más importante, incluso para mí, fue que Domenic no quisiera apuntarse al equipo de fútbol americano. En décimo grado nos habían cambiado de instituto por nuestras distintas zonas de residencia. Él fue a *Canoga Park*, donde su hermano Pete, que era jugador de fútbol, había estado anunciando a los cuatro vientos la llegada de un hermano menor muy rápido y fuerte, y a Domenic no le quedó más remedio que jugar al fútbol. Era halfback y le gustaba mucho, pero los entrenamientos eran muy largos y el periodo de preparación empezaba en verano. El fútbol le estaba consumiendo un tiempo precioso que podría dedicar al surf. Y además, él y yo nos echábamos de menos. Me encantó saber que lo habían trasladado a mi instituto, pero me puso muy nervioso descubrir que la razón principal por la que había pedido el traslado era yo. Yo hubiera hecho lo mismo, creo, si se me hubiera ocurrido, pero me preocupaba mucho decepcionarle. De todas

formas, me dijo que ya había dejado el fútbol americano. La vida era demasiado corta para perder el tiempo haciendo esprints para el establishment.

Cuatro. Disculpame mientras beso el cielo

Maui, 1971

—¿Sabes cuál es tu problema? A ti no te gustan los tuyos.

Esta contundente afirmación sobre mí mismo la hizo Domenic en 1971. Estaba claro que nuestras ideas políticas divergían cada vez más. Teníamos dieciocho años. Era primavera. Estábamos acampando en un promontorio en el extremo occidental de Maui, y dormíamos en una hondonada cubierta de hierba bajo un afloramiento de rocas de lava. Un bosquecillo de pandanos impedía ver nuestro campamento desde los campos de cultivo de piña que había en los bancales. Era una propiedad privada y no queríamos que los trabajadores de la granja nos vieran allí. Por la noche nos dedicábamos a asaltar los campos de cultivo en busca de las piñas maduras que se habían quedado sin recoger. En aquella época nos pasábamos el día acampando en propiedades privadas. Y en aquella ocasión estábamos esperando una buena ola.

La estación ya estaba muy avanzada, pero no tanto como para que las olas no rompieran en *Honolua Bay*. Esa, al menos, era la esperanza que teníamos. Cada mañana, con las primeras luces, observábamos el canal de Pailolo, en dirección a Molokai, intentando convocar a la marejada del norte que traía las olas, con sus líneas grises que creaban un dibujo de celosía sobre las aguas tibias. Parecía que algo se estaba moviendo allá lejos, pero tal vez no era más que nuestro simple deseo de que eso ocurriera. En cuanto salía el sol, hacíamos autostop e íbamos a la bahía para estudiar las olas de la orilla, justo enfrente de los acantilados rojos. ¿Parecían más fuertes que las de ayer?

Nuestras vidas, la de Domenic y mía, eran como una trenza que se había ido deshilachando en los últimos dos años. La causa inmediata de nuestro desencuentro

era una chica: Caryn, la primera novia con la que había salido en serio. Ella y yo nos habíamos conocido en nuestro último curso del instituto. Mis planes de vagabundear por Europa con Domenic al terminar el bachillerato se convirtieron en los planes de vagabundear por Europa con Caryn. Al final, nos fuimos todos a Europa, pero no nos vimos tanto como habíamos planeado. Luego regresé para ingresar en la Universidad de California en Santa Cruz, y Caryn se vino conmigo. Pero Domenic se quedó en Italia, viviendo con familiares suyos en el pueblo donde había nacido su padre, en la parte oriental de los Apeninos. Se puso a trabajar en un viñedo y a aprender italiano (a Domenic sí que le gustaban los suyos, y yo lo envidiaba por ello).

Por aquel entonces Domenic vivía, por razones que en aquellos tiempos debían de ser evidentes, en una camioneta de reparto de leche, reconvertida en casa rodante, en el aparcamiento de una playa de Oahu, y se las arreglaba para subsistir en el paraíso a base de aceptar el primer trabajo que le ofrecieran. En las vacaciones de primavera de mi primer curso de universidad, como mi familia se había mudado de nuevo a Honolulu, volví a verme con Domenic en Hawái. Los dos soñábamos desde la infancia con surfear en Honolua Bay, igual que todos los que se habían pasado la adolescencia leyendo revistas de surf. Pero era un tanto raro que estuviésemos allí, esperando las olas, puesto que los dos habíamos dejado de surfear hacía varios años.

Eso ocurrió cuando cumplí los dieciséis años. No fue una ruptura brusca, ni siquiera una decisión consciente; simplemente hubo otras cosas que empezaron a ocupar mi tiempo: un coche, dinero para mantenerlo en marcha, trabajos con los que conseguir el dinero que siguiera manteniéndolo en marcha. Y lo mismo le pasó a Domenic. Encontré trabajo en una gasolinera Gulf en Ventura Boulevard, en Woodland Hills, regentada por un iraní con muy malas pulgas llamado Nasir. Fue el primer trabajo que no tuve que dedicar exclusivamente a pagar mis tablas de surf. Domenic también trabajaba para Nasir. Los dos nos compramos unas viejas

furgonetas Ford Econoline, el vehículo ideal para el surf, pero ya no teníamos tiempo para surfear. Luego caímos bajo el influjo de Jack Kerouac y decidimos que teníamos que conocer América de costa a costa. Entonces encontré trabajo en los turnos de noche —más horas, más dinero— de una mugrienta gasolinera, abierta las veinticuatro horas, en un rincón especialmente cutre perdido en la llanura del valle de San Fernando. Era un sitio al que iban los chicanos con coches tuneados a intentar robar gasolina a las cinco de la madrugada: «Venga, vamos a atracar al gringuito». Me busqué otro trabajo complementario aparcando coches en un restaurante, y para mantenerme despierto tuve que empezar a tomar «blancas» (un tipo de anfetaminas: diez pastillas por un dólar). Los clientes del restaurante eran gánsteres de los suburbios que dejaban muy buenas propinas, pero mi jefe era un chino que estaba convencido de que sus empleados debían permanecer en posición de firmes frente a los clientes. Me estuvo dando la lata hasta que al final me despidió por leer y perder el tiempo. Domenic también estaba ahorrando dinero. Cuando terminó el curso hicimos un fondo común con nuestros ahorros, dejamos los trabajos en la gasolinera, nos despedimos (o eso esperaba yo) de nuestros padres y partimos zigzagueando hacia el este en la furgoneta de Domenic. Teníamos dieciséis años y ni siquiera nos llevamos las tablas de surf.

Por el sur llegamos hasta Mazatlán y por el este hasta Cape Cod. En Nueva York tomamos ácido. Sobrevivimos a base de leche y gachas calientes para desayuno, que calentábamos en un hornillo de gas. Era 1969, el año de Woodstock, pero los folletos que empapelaban todo Greenwich Village anunciaban un precio por la entrada. Eso nos pareció cosa de cretinos —una especie de fin de semana intelectualoide para viejos— y lo dejamos pasar (mi intuición periodística, que nunca ha sido muy buena, ni siquiera había nacido en aquel entonces). Yo escribía mis poco interesantes diarios. Domenic, que ya se había convertido en un fotógrafo en ciernes, estaba atravesando su periodo a lo Walker Evans y fotografiaba chicos blancos callejeros de la zona sur de Filadelfia y chicas que se habían escapado de

casa y dormían a la orilla del Misisipi. Años más tarde, la primera mujer de Domenic —una francesa muy mundana— no se creía que hubiéramos dormido castamente, el uno al lado del otro, durante todo el verano que pasamos en aquella furgoneta. Pero lo hicimos, y nuestra amistad se fue robusteciendo bajo el asalto diario de lo desconocido. Yo me sentía menos inclinado a burlarme de mí mismo; Domenic vivía con alivio haber dejado de ser el chico popular al que todo el mundo conocía en el colegio. Confiábamos por entero el uno en el otro: compartíamos los peligros y las carcajadas. En Chicago conocimos a un tipo siniestro que algún tiempo después dedujimos que era Charles Manson. En Nueva Orleans me sirvieron la primera copa en un bar: fue un Tom Collins. Me leí la traducción de Edith Hamilton de La Odisea apoyándola contra el volante mientras atravesábamos Dakota del Norte. En las Rocosas canadienses nos acercamos demasiado a unos osos grizzlies. Aquel verano solo surfeamos dos veces: una vez con tablas prestadas en México, y la otra en la Costa Este, en un sitio horrible de olas diminutas en Jacksonville Beach, Florida.

Eso es lo que yo llamo haber dejado de surfear. Cuando uno surfea, tal como yo lo entendía entonces, tiene que vivir y respirar entre las olas. Si es necesario, dejas de ir a la universidad, pierdes el trabajo, pierdes a tus novias. Domenic y yo seguíamos sabiendo surfear, porque es como montar en bicicleta, al menos cuando eres joven, pero habíamos empezado a diversificar nuestros intereses, y además yo había empezado a estancarme. Es decir, que desde que empecé había ido mejorando continuamente, y a los quince años, sin ser un fuera de serie, era bastante bueno. Pero mis rápidos progresos se detuvieron cuando empecé a interesarme por el resto del mundo. En Europa no surfeamos. Santa Cruz, una ciudad costera del norte de California, tiene buenas olas, así que de vez en cuando entraba al agua, pero siguiendo mis propios horarios, no los del océano. Ya me había olvidado de la vieja obsesión que te decía que ninguna-otracosa-en-el-mundo-importa.

Honolua Bay iba a cambiar todo eso. No oímos la marejada que llegaba por la noche porque los vientos alisios soplaban de tierra y se llevaban mar adentro el estrépito de las olas que chocaban contra los peñascos del promontorio, pero Domenic, con las primeras luces del día, fue a mear y vio las olas. «¡William! ¡Tenemos olas!». Solo me llamaba William en las ocasiones muy solemnes, o bien si quería gastarme una broma; en aquel caso se trataba de una ocasión muy solemne. La noche anterior nos habíamos quedado sin comida, y habíamos planeado ir andando en busca de provisiones hasta Lahaina, la ciudad más cercana, que estaba a veinte kilómetros. Pero postergamos indefinidamente el plan e intentamos rapiñar todos los restos de comida que encontramos. Mordisqueamos viejas cortezas de mango, rebañamos las latas de sopa y engullimos el pan de molde que previamente habíamos declarado demasiado mohoso para comerlo. Cogimos las tablas y fuimos corriendo hacia la rompiente, gritando «¡Joder!» y soltando nerviosos silbidos de admiración cada vez que una serie de olas grises pasaba frente al promontorio, oscureciéndose a medida que iban girando hacia la bahía.

Ni siquiera después de llegar a la rompiente pudimos calcular el tamaño de las olas. La bahía misma se había vuelto irreconocible, al menos para nosotros, que solo la habíamos visto con el mar plano. Había olas rompiendo desde el pico hasta la cala, a lo largo de cientos de metros, y eran unas olas tan hermosas que, al abalanzarse contra los vientos que soplaban en dirección contraria, me dieron un poco de miedo. Pero aquel pico no era una rompiente clásica como la de Rincón. Había grandes tramos de olas, especialmente en la parte exterior, que parecían impracticables, y un farallón rocoso, de unos quince metros de alto, se interponía en la línea del oleaje, formando una angosta playa justo al otro lado, al pie de los acantilados. Estaba claro que no había una entrada clara hacia el pico. Como estábamos demasiado impacientes por llegar corriendo hasta el pequeño palmeral que había al fondo de la bahía, para empezar a remar desde allí, intentamos bajar por un escarpado sendero que llegaba hasta la angosta playa que había entre el pico

y el farallón. Las olas eran buenas pero no enormes. El sol no había salido aún. Esperamos a que se produjera un intervalo de calma, sorteando los espumones y los fragmentos de rocas de coral que se estrellaban contra la orilla. Después fuimos remando a toda velocidad en dirección oblicua al pico, pero sin perder de vista el farallón costero.

Llegamos a aguas limpias. Los golpetazos de las espumas mientras remábamos a toda velocidad nos habían despertado por completo. Empezamos a remar en círculos, intentando detectar el arrecife a la débil luz del amanecer. ¿Dónde estaba el takeoff? Parecía que estábamos muy cerca del farallón, pero era difícil calibrar la profundidad del agua. Veíamos débiles burbujas a nuestro alrededor a medida que iban formándose las series más pequeñas y se estrellaban contra los acantilados. Y entonces llegó la primera serie de verdad. Fue directamente hasta nosotros. Las olas, que eran visibles a medio kilómetro de distancia, primero se levantaban y rompían cerca del pico, girando de forma discontinua, y luego formaban una pared muy larga e impracticable, en cuyo extremo en dirección a la costa se formaba una amplia y temible arruga, es decir, una gran sección de forma cóncava que se iba elevando durante largo rato hasta que rompía. Y allí era justamente donde estábamos esperando nosotros, justo al lado del farallón, en medio de las olas con sección cóncava. Era el mejor lugar para pillar la ola.

Cogimos una ola cada uno en la primera serie y los dos nos metimos con ojos desorbitados en la cresta que se iba elevando. La bajada era todo un reto y la aceleración era muy intensa —había un momento de indeseada ingravidez—, pero las paredes eran suaves, así que nos daba tiempo, cuando dábamos el primer giro —vertiginoso y prolongado— en la base de la ola, de captar un buen ángulo de visión de toda la trayectoria. La ola iba estrechándose claramente a partir de la sección del takeoff, de forma tan perfecta como la concha de una caracola marina. Era exactamente lo que uno deseaba ver después de la bajada. Los dos fuimos surfeando un buen rato hasta la bahía. La ola, a medida que iba chocando contra los arrecifes,

se curvaba de forma abrupta en dirección al acantilado, pero nunca parecía acercarse a la orilla; iba ganando velocidad sobre el bajo y luego la perdía en aguas más profundas, y después volvía a cobrar fuerza a medida que se iba haciendo más cristalina y más pequeña, aunque conservaba aún un ligero penacho de espuma causado por el viento de tierra. Domenic debió de coger la segunda ola, porque recuerdo haber salido de la mía más lejos, ya en el interior, y haberlo visto medio acuclillado en mitad de un labio gris azulado que iba perdiendo potencia, con una mano en la pared.

Honolua era un pico famoso. Por eso estábamos allí. Pero no apareció nadie más, y mientras salía el sol seguimos surfeando solos. Las olas no eran muy grandes —un par de metros en las series— y la marejada probablemente no había llegado aún a esas pobladas zonas costeras de Maui en las que vivían los surfistas. Las predicciones de olas no tenían en aquellos tiempos nada que ver con la ciencia informatizada que son hoy en día; la gente simplemente se despertaba y se ponía a mirar las olas, justo lo que habíamos hecho nosotros. De todos modos, surfear una ola como Honolua Bay en un día impecable sin que hubiera nada más que dos personas en el agua era algo insólito, cosa que nos impidió relajarnos. Durante horas estuvimos remando con nuestras torpes brazadas desde la cala hasta el punto del takeoff, deseosos de no perdernos una sola serie, demasiado cansados para dirigirnos la palabra y sin fuerzas más que para soltar exclamaciones disparatadas: «¡La puta madre del puto Jesucristo!», «¡Murphy, Murphy, Murphy!». En cuanto llegábamos al pico, si nos topábamos con un intervalo tranquilo, nos poníamos a ensayar las maniobras y compartíamos la información que habíamos obtenido sobre los arrecifes, que tenían algunos tramos escalofriantes, sobre todo cuando la marea empezaba a bajar.

Domenic llevaba un pequeño twin-fin azul. A aquella tabla de dos quillas parecían gustarle mucho las olas, pero Domenic no la conocía bien, y luego resultó que una de las quillas empezaba a dar problemas cuando alcanzaba mucha

velocidad, y entonces se ponía a «zumbar». Era una tabla de fabricación casera y al parecer tenía un problema de ajuste que no se había manifestado con olas más pequeñas. El zumbido era una molestia para Domenic, y llegó a ser tan fuerte que yo lo oía cuando pasaba a mi lado. A él, esa mosca cojonera que se aparecía en medio de la perfección no le resultaba tan divertida como a mí, así que me pidió que nos cambiásemos las tablas. Surfeé unas cuantas olas con aquel zumbido horrible y se la devolví. Al final hasta Domenic empezó a reírse, y hasta intentó cantar mientras surfeaba tratando de seguir el ritmo de la cítara que llevaba bajo los pies. Siempre tuvo una arraigada propensión al absurdo, e incluso —me atrevería a decir— una filosofía fundada en la aceptación de la imperfección, en la clásica percepción de lo que es posible y lo que no, ya que al fin y al cabo los dioses se dedican a jugar con nosotros. Nunca he llegado a saber de dónde la sacó.

¿Por qué me dijo que a mí no me gustaban «los míos» cuando estábamos acampando en Honolua? Por entonces decía muchas cosas negativas y despectivas sobre mí. Es cierto que yo me había convertido en un pretencioso y pesado estudiante universitario, y hasta cuando me iba a surfear me llevaba la mochila llena de libros de R. D. Laing, Norman O. Brown y otros autores que estaban muy de moda en aquella época (yo era alumno de las clases de literatura de Brown en Santa Cruz). Cuando me dijo aquello, probablemente le había estado dando la lata con un sermón sobre Frantz Fanon (por lo menos no me llamó «niño blanco que odia a los suyos»). Y la verdad era que me había dejado entusiasmar por la política anticapitalista y por el discurso tercermundista. Para Domenic, todo eso me convertía en un intelectualoide patoso, y por eso nunca dejaba de señalar mi incompetencia —que era real pero no extraordinaria— en asuntos relacionados con la mecánica. Por contraste, a él le encantaba demostrar su habilidad con los motores y con cualquier otro aparato. Supongo que era consciente de que cada uno de nosotros iba tomando su propio camino, y eso acentuaba su competitividad, o incluso su inseguridad. Y eso también aumentaba, me temo, la sensación de estar

dolido conmigo. De todos modos, yo sabía que se había mostrado increíblemente comprensivo y resignado cuando me había hecho novio de Caryn, cosa que echó por la borda los hábitos y planes que teníamos desde hacía tanto tiempo. La separación es una putada. Caryn y él hasta habían llegado a hacerse amigos.

Domenic, que estaba a punto de cumplir diecinueve años y no estudiaba en la universidad, tenía muchos problemas con su llamada a filas. Y para evitar el reclutamiento, había inventado un plan que comprendía un rápido viaje a Canadá. Caryn, que tampoco estudiaba en la universidad, se ofreció a acompañarle haciendo autostop desde California. Yo, en mi inocencia, pensé que era un gesto maravilloso por su parte.

La gente empezó a llegar a Honolua Bay al mediodía. Se vieron algunos coches en la cima de los acantilados y luego algunos tipos empezaron a bajar por el sendero escarpado. Aun así, nunca llegó a formarse una gran aglomeración en el pico, y las olas se volvieron incluso mejores. Yo llevaba una tabla ultraligera de fabricación casera y de aspecto muy raro. Tenía un aspecto raro porque la parte superior estaba llena de marcas. Un fabricante bastante torpe de Santa Cruz, en un intento fallido por reducir el peso de la tabla, había dado una capa final de fibra de vidrio tan liviana que, cuando yo remaba, mi pecho y mis rodillas, o incluso los pies en cuanto me ponía en pie, dejaban una marca permanente. Pero el fondo de la tabla, la superficie que se deslizaba, era lisa y resistente, el rocker, seguro y firme, y la forma muy limpia, con unos cantos suaves y ligeramente curvados hacia abajo y la cola algo redondeada. La tabla giraba muy deprisa y volaba sobre la trayectoria de la ola con la quilla bien firme, y eso era todo lo que importaba. En realidad, era demasiado ligera para Honolua Bay, sobre todo por las tardes, cuando las olas se hacían más grandes porque el viento aumentaba de fuerza. Cuando tenía que hacer una bajada apurada, con el mar revuelto, y luego lograba encarrilar la pared bajo el labio, que hacía un ruido horrible y quedaba iluminado al trasluz, yo era muy consciente de las dificultades de cada maniobra. Y más aún, me daba cuenta de que

nunca antes había surfeado con olas tan potentes y con un equipo tan malo, y aunque hubiera preferido tener una tabla mejor, al mismo tiempo sabía que nunca habría podido encontrar unas olas tan emocionantes como aquellas. Y quería más y más: todas las que pudiese pillar. Al diablo con Platón.

Tres meses después abandoné los estudios y me fui a vivir a Lahaina. La Universidad de Santa Cruz era un sitio interesante, pero te ponía las cosas muy fáciles si querías abandonar la carrera. Era un campus de reciente creación que había implantado las técnicas educativas más experimentales. No había calificaciones ni se organizaban competiciones deportivas. Los profesores no eran figuras autoritarias, sino conspiradores. Se inculcaba la responsabilidad en la toma de decisiones. Todo eso me gustaba, pero la universidad carecía de un centro de gravedad institucional.

Caryn tuvo sus dudas, pero al final me acompañó. No le interesaba el surf, pero tenía espíritu aventurero, y yo estaba convencido de que no podía vivir ni respirar si no la tenía a mi lado. Por suerte para mí, Caryn no tenía otros planes. El vuelo de Honolulu a Maui, si la memoria no me falla, costaba diecinueve dólares, y la triste verdad fue que cuando llegamos no podíamos juntar entre los dos el dinero para pagar siquiera un único billete de vuelta a Honolulu. Aquella noche dormimos en la playa, arropándonos con toallas, mientras los cangrejos se deslizaban a nuestro alrededor. Los cangrejos eran inofensivos, pero tenían un extraño aspecto que imponía mucho. Luego llovió, y nos helamos de frío hasta que se hizo de día. En nuestro viaje desde California a Hawái aprovechamos nuestro paso por Honolulu para ir a ver a mis padres; los dos me habían dejado muy claro —dolorosamente claro— que desaprobaban mi decisión de abandonar los estudios. Y ahora, en aquel amanecer en Lahaina, también Caryn me hizo ver de forma indiscutible que no se sentía a gusto con mis decisiones. En el año y medio que llevábamos juntos, yo la había hecho ir rodando de un lado a otro sobre la base de mis alocadas ideas y de mis caprichos delirantes. ¿Y ahora tendría que convertirse en una de esas chicas que van detrás de los surfistas, sin hogar y sin dinero?

Le dije que conocía a un tipo. Y era cierto, solo que lo conocía muy poco. Me lo había encontrado en la calle, tres meses antes, cuando Domenic y yo habíamos ido a comprar provisiones, y él nos había dicho dónde vivía. Y ese día, siguiendo el método de ensayo y error, atravesamos los barrizales de las afueras de Lahaina y logramos llegar a su casa. Entré. Caryn se quedó esperando en el callejón. Le sorprendió, creo, verme aparecer poco después con las llaves de un coche. A mí, desde luego, también me sorprendió. Pero el dueño del coche —un caballero extraordinariamente amable de veintidós años, surfista y académico, que se llamaba Bryan Di Salvatore— me había recibido como si fuese un viejo amigo, y al oír lo apurados que estábamos, me había prestado al instante su viejo Ford de 1951. Según me contó, en aquella época del año todas las olas buenas se pillaban en el mismo centro de la ciudad, y además él trabajaba en el centro, o sea que no necesitaba el coche. Si queríamos, podíamos vivir en el coche mientras buscábamos un trabajo. El coche se llamaba Rhino Chaser, el cazador de rinocerontes, que era el nombre que les dábamos a las tablas para olas grandes. Era la bestia de color turquesa que estaba aparcada bajo el platanero.

Si Caryn hubiese estado de mejor humor, debería haber dicho, sonriendo y poniendo una mueca de sorpresa, «Dios provee», pero todavía estaba enfadada y no las tenía todas consigo. La llevé en coche a dar una vuelta por aquel antiguo puerto ballenero reconvertido en centro turístico. También pasamos por la oficina federal que repartía los vales de alimentos para las personas sin recursos, donde nos dieron nuestra ración mensual de emergencia para dos personas —treinta y un dólares, creo recordar—, y luego fuimos a ver los hoteles y restaurantes que tenían ofertas de empleo. Caryn consiguió enseguida un trabajo de camarera. Y yo puse el ojo en una librería de Front Street. No teníamos dinero suficiente para pagar la gasolina hasta Honolua Bay, pero le dije que le encantaría.

—¿Por qué? ¿Porque es bonita?

Le contesté que sí, entre otras muchas razones.

Mientras tanto, tuvimos que pasar las noches en las carreteras rurales que había cerca de la ciudad. Caryn intentaba dormir en el asiento delantero, mientras que yo dormía en el trasero, con mi tabla bajo el coche (dormía con la puerta abierta y la mano agarrada a la quilla puesta del revés, para disuadir a los ladrones). Usábamos los baños de los parques públicos y Caryn tenía que lavar su uniforme de camarera en los lavabos. Yo surfeé un par de veces en las rompientes que había delante de la ciudad; ella leía mucho y parecía haberse relajado un poco, pero yo sabía que seguía estando enfadada conmigo porque se negaba a hacer el amor. Por suerte me dieron el trabajo en la librería.

Era un sitio muy raro. Se llamaba Either/or (O Lo Uno O Lo Otro), en honor a Kierkegaard, y era una franquicia de una librería más grande de Los Ángeles que se llamaba igual. Los dueños, una pareja muy nerviosa, huían de la policía, y lo mismo le pasaba a su único empleado, un prófugo del ejército, de barba pelirroja, que usaba varios nombres distintos. Necesitaban otro empleado, pero todos me miraban con mucha cautela. ¿Y si yo era un agente federal? Tenía dieciocho años, el pelo largo y descuidado me llegaba hasta los hombros, estaba muy flaco, llevaba unas chanclas desgastadísimas, unas bermudas descoloridas y una camisa que se caía a pedazos, y además tenía una novia con un humor sarcástico. Decidieron darme una oportunidad. Los libreros tenían la costumbre de realizar una prueba de conocimientos básicos, importada de la librería de Los Ángeles, a todos los aspirantes a un empleo (el negocio de las librerías ha cambiado mucho desde entonces). Era una prueba escrita que no podían hacer en casa. Caryn se pasó una noche preguntándome títulos y autores, y me di cuenta de que ella podría haber aprobado el examen mucho mejor que yo (años después entraría a trabajar en una librería francesa cerca de la universidad de Los Ángeles). De hecho, de todos los adolescentes que yo conocía, ella era la que más había leído. Cuando yo surfeaba bajo el crudo resplandor del sol vespertino, cerca del puerto de Lahaina, ella se

sentaba en la escollera y se ponía a leer a Proust en francés. En cualquier caso, logré aprobar la prueba de Either/Or y me quedé con el trabajo.

En mi primer día detrás del mostrador de la librería, Bryan Di Salvatore entró corriendo en el local. Me contó que se iba de la ciudad. Algo relacionado con una carta que le había enviado un viejo amigo desde un rancho en el corazón de Idaho le había hecho comprender que ya no tenía nada que hacer en Maui. Garabateó una dirección en una funda de billete de avión de Aloha Airlines. Cuando reuniera dinero suficiente, me dijo, le podría pagar el coche enviándoselo a esa dirección de sus padres en Los Ángeles. Podía pagarle lo que quisiera: un año antes, el coche le había costado 125 dólares. Y una vez dicho esto, se largó.

Con nuestro sueldo, Caryn y yo podíamos pagarnos la gasolina, pero aún no teníamos dinero suficiente para pagar un alquiler. Empezamos a acampar en la costa que se extendía al oeste y al norte de Lahaina. Era una zona sinuosa llena de promontorios y playas. En los bordes de las plantaciones de caña de azúcar había hileras de viejas cabañas para trabajadores —unas construcciones precarias con la pintura roja descascarillada—, y los largos bancales ascendían hasta toparse con las abruptas montañas de lluvias perennes. Se decía que Puu Kukui, la montaña más alta de la cordillera del oeste de Maui, era el segundo lugar más lluvioso del mundo. Encontramos calas recónditas donde podíamos encender una hoguera y playas que tenían el agua tan transparente como la ginebra. Le enseñé a Caryn a buscar mangos maduros, guayabas, papayas y aguacates silvestres. Nos agenciamos gafas y aletas de buceo y nos pusimos a explorar los arrecifes. Todavía me acuerdo de los nombres de algunos peces hawaianos. A Caryn le gustaba mucho uno que se llamaba humuhumunukunukuapua'a, pero no el pez en sí mismo (un pez ballesta de morro romo), sino el nombre. Salía a la superficie, se quitaba las gafas y preguntaba: «¿Humuhumu?». El nombre fue derivando en un sinfín de acepciones. A veces yo miraba la posición del sol y contestaba: «Hana hana». Eso significaba «trabajar» en hawaiano. Teníamos que irnos al curro. Aquella bahía estaba demasiado lejos de la

ciudad y no podíamos acampar todas las noches, pero bucear allí era una maravilla por la cantidad de peces extraordinarios que veías. Y el lugar era increíblemente bonito. Las olas no llegaban hasta el otoño, pero no teníamos ningún otro lugar adónde ir.

Caryn estaba en todo su derecho de ser una fanática de la estabilidad: una hormiga en vez de una cigarra (adioseagarra, si lo decimos a la manera de Joyce). Su madre y sus abuelos maternos eran judíos alemanes y supervivientes del Holocausto. Y la vida de Caryn había descarrilado a los trece años, cuando sus padres empezaron a tomar LSD y acabaron separándose. Por aquellos años, ella y yo éramos amigos del colegio, y lo que yo imaginé fue una fiesta de intercambio de parejas en los barrios de clase media, presidida por Thimothy Leary, el gurú del LSD. Caryn desapareció en un lugar llamado la Escuela Libre de Topanga, la primera escuela «alternativa» que se abrió en nuestro rincón del mundo. Cuando volví a encontrármela ya tenía dieciséis años. Daba la impresión de ser una chica mucho más madura y triste de lo que le correspondía por edad. Para ella, toda esa vertiginosa experimentación con el sexo, las drogas y la política revolucionaria que estaba llegando a su cénit en la América contracultural era una historia muy vieja y desgraciada. De hecho, su madre todavía vivía atrapada por todo eso: tenía un novio que era de los Panteras Negras y que estaba en busca y captura; pero Caryn, a los dieciséis años, ya estaba harta de estas cosas. Vivía con su madre y su hermana pequeña en la zona este de Los Ángeles. Casi no tenían dinero y tenía que ir a un instituto público. Coleccionaba huchas de cerditos y adoraba a Laura Nyro, aquella cantautora que te dejaba extasiado. Le interesaba muchísimo la literatura y el arte, pero no tragaba las gilipolleces de los exámenes universitarios. A diferencia de lo que yo hacía, ella no dejaba una puerta abierta para el futuro, así que no había sacado buenas notas en previsión de tener que volver algún día a la universidad. Era la persona más inteligente que yo conocía: mundana, divertida, indeciblemente

hermosa. Pero no parecía tener ningún plan en la vida. Por eso la cogí y me la llevé conmigo, aunque fuese imponiéndole mis testarudas condiciones.

Antes de irnos a Hawái oí por casualidad un comentario de sus antiguos compañeros de la Escuela Libre de Topanga. Aún se consideraban los tipos más enrollados y más en la onda de todo Los Ángeles. Alguien se preguntó qué había sido de aquella camarada tan malhablada y sexy que se llamaba Caryn Davidson. Y alguien más contestó que se había largado con un surfista. Para ellos, aquello era un final tan inapropiado y estúpido que ya no había nada más que hablar.

Caryn tenía un motivo particular para acompañarme a Hawái: era posible que su padre viviera allí. Sam había sido ingeniero aeroespacial antes de que el LSD apareciera en su vida. Luego abandonó su trabajo y a su familia, y sin dar más explicaciones que su nueva búsqueda espiritual, dejó de telefonear y de escribir cartas. En radio macuto se decía que ahora dividía su tiempo entre un monasterio zen en la costa norte de Maui y un psiquiátrico estatal que había por allí cerca. No dejé de mencionar la posibilidad de que Caryn pudiera encontrar a su padre si nos íbamos a vivir a la isla.

Alquilamos una habitación en el centro, en la casa de huéspedes de un viejo loco llamado Harry Kobatake. Cien dólares al mes por una sauna infestada de cucarachas con un baño al final del pasillo. Hacíamos la comida en una placa de cocina portátil que poníamos en el suelo. El alquiler era abusivo, pero había muy pocas viviendas disponibles en Lahaina. Y además, la casa de huéspedes de Kobatake estaba al lado de Front Street, la calle que daba al puerto, donde había dos de las mejores rompientes locales. Bryan tenía razón: las mejores olas veraniegas las tenías delante de tus narices, en pleno centro. Uno de los picos, Breakwall, necesitaba una fuerte marejada para que las olas fuesen buenas. Con olas de un metro y pico, tenía buenas izquierdas y derechas en un arrecife irregular que quedaba muy cerca de un rompeolas rocoso que discurría paralelo a la orilla. La otra

ola, Harbor Mouth, era un pico muy preciso y uniforme que se abría en la parte occidental del canal de entrada al puerto. Era buena incluso con olas de medio metro y una gran aglomeración, porque recogía hasta las ondulaciones más pequeñas de todas las marejadas que llegaban del sur. Los surfistas eran casi todos haole, no indígenas. Harbor Mouth se convirtió en mi pico habitual.

Me levantaba cuando aún era de noche, bajaba las escaleras —de puntillas y descalzo— con mi tabla, atravesaba un pequeño aparcamiento y me iba muy deprisa al muelle, confiando en ser el primero en llegar. A menudo lo era. Aquel año habían llegado a Lahaina muchos surfistas del continente, pero eran gente a la que le iba mucho la marcha, de modo que no solían estar en condiciones de irse a surfear en cuanto amanecía. Caryn y yo, en cambio, solíamos estar bastante sobrios y no conocíamos a casi nadie. A las nueve yo cerraba la librería Either/Or. Caryn me traía de su restaurante envoltorios de papel de aluminio con aku y mahimahi que los clientes no habían tocado. Y así pasábamos las noches, cenando y leyendo y matando las cucarachas que se habían vuelto demasiado atrevidas. Les poníamos nombre a los lagartos que patrullaban por el techo. La vida nocturna me era tan indiferente que un día un turista me preguntó cuál era la edad legal para beber alcohol en Hawái, y no supe qué contestarle.

Harbor Mouth tenía una derecha corta y hueca que se iba haciendo más grande y más complicada a medida que el mar se volvía más potente y el pico se movía al exterior del arrecife. De todos modo nunca llegaba a ser demasiado difícil. Era una ola a la que uno podía pillarle el truco —podía llegar a entenderla perfectamente— dedicándole un solo verano a la tarea. Me gustaba y cuando las olas alcanzaban el metro y medio o más, y cuando las condiciones eran tan buenas que la pared exterior presentaba un aspecto completamente homogéneo, confundiendo a menudo a la gente, que se metía demasiado dentro o demasiado lejos del pico porque no sabía bien dónde debía coger la ola. Había una zona donde siempre se podía surfear una ola de casi dos metros, a condición de que te metieses

a tiempo y la supieras llevar bien, y llegué a conocerla perfectamente, a pesar de que no tenía referencias visuales de ninguna clase. Sin embargo, la característica más importante de Harbor Mouth, lo que le había permitido alcanzar cierta fama —si es que había alcanzado fama alguna—, era el tramo final de una derecha (también había izquierdas más largas y de forma menos consistente que se formaban más lejos del canal). Era una porción de ola muy corta, compacta, hueca y altamente fiable que casi nunca cerraba. Si sincronizabas bien, ese tramo era lo más cercano a un tubo perfecto que yo haya visto en una ola. Y aunque solo tuviera medio metro, podías meterte en el hueco y salir perfectamente. Por primera vez en mi carrera de surfista me acostumbré a la vista que se veía desde dentro de la ola, cuando miraba el sol matutino desde el otro lado del telón plateado.

Hubo días en que, de cada dos olas que cogía, una era un tubo. Y esos días volvía deprisa a la casa de huéspedes de Kobatake, en la que Caryn seguía durmiendo en nuestro jergón sobre el suelo, con la mente en éxtasis por los ocho o diez breves y nítidos atisbos de eternidad que había tenido.

Me aficioné a surfear en Harbor Mouth por la noche, al salir del trabajo. La marea tenía que estar alta, la marejada debía ser potente y si había luna todo era mucho mejor. Y aun así, era una locura surfear de noche, porque uno surfeaba a ciegas. Y eso que yo no era el único que intentaba hacerlo. Pero después de haber surfeado una temporada en aquel pico, yo creía conocer tan bien la rompiente que ya me parecía adivinar —por las sombras, por la fuerza de la corriente— dónde debía ponerme, por dónde debía ir y qué cosas debía hacer. Sin embargo, me equivocaba a menudo, y me tuve que pasar muchas horas buscando la tabla perdida en las aguas poco profundas. Por eso tenía que haber marea alta. La laguna en la zona interior de Harbor Mouth era amplia y poco profunda, con afiladas formaciones de coral cubiertas de fieros erizos de mar. A la luz del día yo me conocía los riachuelos que se formaban en los arrecifes, por los que uno se podía dejar arrastrar, flotando con los ojos abiertos bajo el agua y el pecho lleno de aire

para poder alcanzar así la máxima capacidad de flotación. Y así me deslizaba, casi rozando las espinas purpúreas de los erizos, incluso con la marea baja, cuando tenía que salir en busca de la tabla perdida. Por la noche, en cambio, no se podía ver nada bajo el agua. Y la búsqueda del débil resplandor elíptico de la tabla, balanceándose en la laguna entre las aguas revueltas y llenas de espuma en las que se reflejaban las farolas del paseo marítimo, te exigía una clase de eternidad muy distinta de la que uno había atisbado desde dentro de los tubos. Pero estaba claro que no iba a abandonar. Solo tenía una tabla, y al final siempre acababa encontrándola.

La librería tenía tres pequeñas salas y estaba situada en un muelle desvencijado que quedaba en el extremo occidental del malecón. Al lado había un bar. El océano se colaba por debajo de los tablones del suelo. Los dueños de la librería me dieron un cursillo y luego, al detectar señales de peligro procedentes de las autoridades locales, huyeron de Hawái y se fueron a vivir al Caribe. Yo me quedé al frente del negocio junto con el prófugo, al que conocía por uno de sus nombres, Dan. A pesar de su pequeño tamaño, la librería era magnífica. Tenía muy bien surtidas las secciones de narrativa, poesía, historia, filosofía, política, religión, teatro y ciencia, que además estaban muy al día, aunque solo tenía espacio para un único ejemplar de cada libro. Casi todos los libros de las editoriales New Directions y Grove —mis dos editoriales favoritas— estaban allí. Y en unos pocos días podíamos conseguir los títulos que nos faltaban gracias a los pedidos urgentes. El fondo de la librería y su capacidad de compra eran gentileza de la librería matriz de Los Ángeles.

Pero nadie parecía querer comprar los magníficos libros que teníamos. Lo único que vendíamos eran los volúmenes ilustrados para turistas: esos monstruos carísimos que se vendían por cincuenta dólares, repletos de fotos decorativas de los arrecifes de coral y de los bonitos paisajes de las islas, y que iban destinados a la mesita de café. Y luego, cada dos semanas, vendíamos una pila entera de ejemplares de Rolling Stone, y cada mes, otra pila más de Surfer. Esas eran nuestras ventas

aseguradas. También teníamos buenas ventas en las secciones de esoterismo, astrología, autoayuda (aunque en aquel entonces quizá la llamábamos autorrealización) y misticismo oriental. Hacíamos grandes pedidos de autores de la vieja escuela —como Edgar Cayce— que eran unos simples engañabobos, o de gurús de los nuevos tiempos como Alan Watts. Y también teníamos los bestsellers de la contracultura, que encargábamos por cajas y que vendíamos del tirón. Uno era Aquí ahora, de Baba Ram Dass (anteriormente conocido como el doctor Richard Alpert), publicado por Crown, y que se vendía, creo recordar, al ocultista precio de tres con treinta y tres dólares. Con muchos diagramas, el libro aconsejaba expandir la conciencia. Otro bestseller era Vivir en la Tierra, de Alicia Bay Laurel, que era de gran formato, tenía ilustraciones hechas a mano y ofrecía una guía práctica para la gente que quisiera vivir en el campo, todo gratis y con muy buen rollo, sin electricidad ni cuarto de baño.

En aquella época había mucha gente así en Maui, casi toda recién llegada del continente. Vivían en angostos valles perdidos entre montañas, cerca de caminos sin asfaltar o senderos que atravesaban la jungla, o en las vastas laderas del Haleakala, el enorme volcán que ocupaba la mitad oriental de la isla, o incluso en alguna de las remotas playas de la árida costa meridional. Algunos se dedicaban en serio a vivir en una comuna y a practicar la agricultura ecológica. Otros surfeaban. Y también había recién llegados como nosotros que se buscaban la vida en las ciudades y pueblos, como hacíamos nosotros en Lahaina. O como hacía Sam en su monasterio, que estaba, según se rumoreaba, en la ladera septentrional del Haleakala.

¿Y los lugareños? Pues bien, ninguno llegó a entrar jamás en Either/Or, de eso estoy seguro, y cuando le conté a Harry Kobatake que yo trabajaba en la librería, me dijo que nunca había oído hablar de ese sitio, y eso que llevaba viviendo sesenta años en Lahaina, una ciudad por lo demás muy pequeña. Nuestros clientes eran exclusivamente turistas, hippies, surfistas y surfistas hippies. Sin saber muy bien por qué, esos cuatro grupos empezaron a caerme mal. De repente empecé a hacer

campañas a favor de la literatura desde el pequeño mostrador de la librería, intentando que la gente leyese novelas o ensayos históricos y se interesase por algo más que los souvenirs, los chakras o las letrinas de hoyo seco. No conseguí nada, y mi arrogancia de estudiante universitario empezó a convertirse en malhumor. De repente me vi muy mayor, como si fuera una especie de antihippie prematuro. Caryn, que había vivido ese proceso hacía mucho tiempo, lo encontraba muy divertido.

La gente guapa también empezó a aparecer por la isla, casi siempre en yate.

Primero llegó Peter Fonda en su queche, y luego Neil Young en su goleta, con Cowgirl in the Sand atronando en los altavoces de cubierta mientras zarpaba hacia

Lania, rumbo a la puesta de sol. Caryn se sentía intimidada por las bellísimas groupies de piernas interminables que pululaban por los yates de las celebridades, hasta que tuvo una experiencia reconfortante en los servicios públicos del muelle, justo enfrente de la casa de huéspedes de Kobatake. En uno de los baños, alguien estaba ejecutando una de las piezas más estruendosas y hediondas que se pueden interpretar en unos servicios públicos. Caryn intentó terminar lo antes posible, para no tener que pasar el mal trago de encontrarse con aquella mujer, pero no tuvo tiempo, y cuando salió, se encontró con una avergonzada starlet que formaba parte del séquito de una de las estrellas de rock.

La estrella de rock que me levantó el ánimo, al menos socialmente, fue Jimi Hendrix, que aparecía en una curiosa película llamada Rainbow Bridge, basada en un concierto que había dado el año anterior en Maui. La película no estaba muy bien rodada y el sonido del concierto era malo, ya que Hendrix y su grupo tocaron en un campo de lo más cutre mientras rugían los vientos alisios. En la película se contaba un desvaído romance, muy al estilo cinéma vérité, entre Hendrix y una esbelta chica negra de Nueva York. La chica pasaba muchísimo de la comunidad hippie de la isla, y Hendrix no digamos. Los diálogos de Hendrix, que apenas se entendían porque

arrastraba las palabras, eran más bien tontorrones. El líder de la comuna, un pasivo-agresivo llamado Baron, se ponía tan pesado que Hendrix tenía que tirarlo por un balcón con la ayuda de una escopeta. La película terminaba con una secuencia de bajísimo presupuesto en la que unos «hermanos alienígenas» de Venus aterrizaban en el cráter del Haleakala. Supuse que aquel final era una simple parodia, pero a medida que fui oyendo hablar, en la librería y en otros lugares, de los «venusianos», me fui dando cuenta de que yo era uno de los pocos en sostener aquella interpretación.

De todos modos, Caryn y yo no nos llevábamos del todo mal con nuestra improvisada comunidad. También fuimos a ver otra película, una película de surf para aficionados empedernidos, de esas que no tienen ningún interés para la gente que no coge olas. Había un cine destartalado en Lahaina, el Queen Theatre, donde a veces se exhibían esas películas ante un público de porretas que agotaba siempre las entradas. Recuerdo unas cuantas secuencias, aunque no el título, de esa película en concreto. Una de ellas estaba rodada en Banzai Pipeline, y como la película no tenía banda sonora propia, el director había tenido que meter a todo volumen The Time Has Come Today, el himno in crescendo de los Chambers Brothers. Todos los espectadores del cine se pusieron en pie, gritando de asombro. Para la gente como nosotros, era increíble ver a alguien que se metiera en esas olas apocalípticas, pero recuerdo que lo que me sorprendió mucho fue ver a Caryn también de pie gritando, a mi lado, con los ojos como platos por la emoción.

Y luego había otra secuencia con Nat Young y David Nuuhiwa surfeando una de nuestras olas habituales, Breakwall, con una música de fondo mucho más suave. Pocos años antes, Nuuhiwa había sido el mejor surfista del mundo en tabla larga, y Young había sido el primero en usar la corta, y resultaba tan conmovedor verlos surfear juntos que hasta se te saltaban las lágrimas. En la película los dos usaban tablas cortas y seguían siendo unos maestros indiscutibles: eran el último representante del viejo orden frente al musculoso australiano revolucionario, y los

dos interpretaban una especie de dueto bajo el sol abrasador en unas olas que todos conocíamos muy bien. Dudo mucho que Caryn se enterase de todos los matices que podían verse en el dúo Nuuhiwa-Young, pero sin duda alguna se lo pasó pipa con lo que vino después. Mal aconsejados, los realizadores de la película habían metido unos intervalos cómicos que sucedían en tierra firme (una mala idea para una película destinada a fans absolutos del surf). En uno de ellos salía un delincuente que ocultaba su cara con una media de nailon. El público empezó a refunfuñar y de repente alguien gritó: «¡Que te jodan, Hop Wo!». Hop Wo era un tendero de Lahaina que tenía muy mala fama por su tacañería y sus malas pulgas. El «malo» de la media de nailon se le parecía bastante. Caryn se puso a reír a carcajadas igual que los demás aficionados al surf, y «¡Que te jodan, Hop Wo!» se convirtió en una compleja y simpática muletilla muy usada por nosotros.

En cuanto los tuve, le mandé los ciento veinticinco dólares a Bryan Di Salvatore. No volví a tener noticias directas suyas, pero una mujer muy elegante llamada Max solía venir a la librería y de vez en cuando me informaba de su paradero. Había estado en Idaho, luego en Inglaterra, luego en Marruecos. Era difícil hacerse una idea de Max. Tenía un aire masculino parecido al de algunas modelos, la voz grave y una mirada irónica y directa. No encajaba en el ambiente de Lahaina, sino que parecía más propia de Montecarlo o de cualquier sitio así. Estaba claro que ella y Bryan habían sido pareja, pero ella parecía muy contenta con su ausencia. Me pregunto qué pensó cuando vio el viejo coche de Bryan. Caryn, ante mi insistencia, había pintado una flor gigantesca sobre el capó. Era una flor muy bien pintada, pero bueno, allí estaba. El coche ya no podía llamarse Rhino Chaser. He dicho que me estaba convirtiendo en un antihippie, pero de todos modos seguía conservando algunas de sus manías.

Tenía muy pocas noticias de mis padres. Todavía resonaban en mis oídos sus quejas por haber abandonado la universidad. Mi padre me insistió mucho en el hecho de que el noventa por ciento de los que abandonaban los estudios jamás

llegaban a licenciarse: «¡Lo demuestran las estadísticas!». También le preocupaba — y con razón — que me reclutasen. Lo que mi familia no sabía era que yo no me había inscrito en el censo para el reclutamiento forzoso. Mis sentimientos patrióticos nunca habían sido muy elevados, y en el caso de los temas militares se situaban en el cero absoluto. Y si los federales empezaban a perseguirme, bueno, a lo mejor tenía que acabar en el Caribe con los propietarios de Either/Or. Entretanto, jamás pensaba en ello. Mis padres, además, también se habían empeñado en que Caryn y yo durmiéramos en habitaciones separadas cuando fuimos a verlos a Honolulu, y ese fue el insulto que colmó el vaso.

Nuestros vecinos en la casa de huéspedes eran una peña que armaba mucho follón, fumaba marihuana a todas horas, patinaba por el pasillo, ponía música muy alta y hacía el amor de forma mucho más estruendosa aún. Siempre estaban escuchando discos de Sly & the Family Stone, así que a partir de entonces ya nunca volví a disfrutar con los álbumes de la banda. Caryn se ponía muy tensa cuando yo salía furioso de nuestra habitación, con un libro en la mano, y me iba a protestar ante aquellos estruendosos libertinos. En aquellos días no me daba cuenta de que ella se pusiera tensa. Pero me lo dijo años más tarde, e incluso me enseñó su diario, en el que aparecía «nuestro ferviente académico» asomando «su enloquecida cabeza por el pasillo», cosa que le causaba «un dolor infinito». A mí no me importaba llevarme mal con otra gente, pero a ella sí: otro punto de fricción que no me había molestado en tener en cuenta.

En la casa de huéspedes de Kobatake todo el mundo subsistía gracias a los vales para alimentos. De hecho, todo el mundo que había vivido allí parecía haberlos usado. «En el día señalado del mes llegaba el señor rosa», escribía la mordaz Caryn en su diario. Se refería a las docenas de sobres de color rosa en los que venían los cheques con los vales para los residentes de la casa, algunos de los cuales ya ni siquiera vivían allí. Que todos nosotros tuviéramos que depender de los bonos para alimentos no inspiraba ningún tipo de reflexión sobre el estado del

bienestar entre el vasto grupo de personas que vivían igual que nosotros en Maui. Los vales para comida se consideraban un chanchullo más, asombrosamente legal y fácil de conseguir, pero en cualquier caso muy poco importante. Años después viví con jóvenes perfectamente capacitados para trabajar pero que vivían del paro, tanto en Inglaterra como en Australia (algunos de estos últimos eran surfistas), y que juzgaban el dinero que les llegaba de la Administración como una forma de sustento primordial a la que tenían una especie de derecho natural.

Un día, al salir del trabajo, Caryn y yo fuimos a un pico de olas pequeñitas llamado Olowalu. Era un pequeño arrecife con olas sin forma definida que estaba al sudeste de Lahaina, en una parte llana de la costa en la que la carretera corría paralela a la orilla. Caryn no tenía ningún interés en aprender a surfear, cosa que me parecía muy sensata. La gente que intentaba aprender a una edad avanzada, es decir, a partir de los catorce años, casi no tenía ninguna posibilidad de llegar a ser buen surfista, y por lo general sufría mucho —tanto dolor físico como emocional— antes de tener que abandonar. Sin embargo, era posible pasárselo bien si uno surfeaba bajo supervisión y en las condiciones adecuadas, así que convencí a Caryn para que intentara surfear con mi tabla en aquellas olas lentas y pequeñas. Yo nadaba a su lado, dirigía la tabla, le ayudaba a coger la posición y la metía en las olas. Y ella llegó a pasárselo muy bien. Hizo largos recorridos tendida sobre la tabla, gritando y soltando exclamaciones de alegría. Yo mientras procuraba no cortarme con las rocas, ya que el agua era poco profunda y no tenía buen aspecto ni olía muy bien. No había nadie más allí, solo los coches que pasaban zumbando por la carretera que iba a Kihei. Y justo cuando Caryn terminó una ola y esta entraba en la laguna interior, vi cuatro o cinco aletas dorsales asomando un poco más allá de donde estaba ella: eran tiburones que patrullaban en sentido paralelo a la orilla.

Parecían tiburones punta negra: no eran la especie más agresiva de las islas, pero aun así verlos no era una experiencia agradable. No parecían muy grandes, aunque era difícil calcular el tamaño desde donde yo me encontraba: se movían muy cerca de la orilla, mientras que yo estaba treinta metros mar adentro. Caryn se hallaba a unos pocos metros de la playa y era evidente que no los había visto. Estaba chapoteando en el agua, intentando darle la vuelta a la tabla en dirección al mar. Sumergí la cabeza y fui nadando hacia ella, sin dar brazadas fuertes, haciendo lo que podía. Caryn estaba diciendo algo, pero la sangre que golpeaba en mis oídos me impedía oírla. Cuando llegué a su lado, vi que los tiburones habían dado la vuelta. Seguían patrullando cerca de la costa y ahora se dirigían hacia nosotros. Me puse en pie, con el agua hasta la cintura, e intenté adivinar su recorrido, pero el agua estaba muy turbia. Cuando nos sobrepasaron desvié la vista de Caryn. No quería que viera mi expresión, fuese cual fuese. Supongo que se sorprendió cuando le hice dar la vuelta en dirección a la playa y empecé a remar deprisa hacia la orilla, sin preocuparme de las rocas que antes, al meterme en el agua, había esquivado con mucho cuidado. Aun así no recuerdo que ella pronunciara una sola palabra. Dirigí la tabla de forma que ella no pudiera ver los tiburones e hice todo lo que pude para llegar a la playa y dejarlos atrás, suponiendo que no volvieran a dar la vuelta antes de tiempo. Pero no la dieron, al menos mientras estábamos atravesando la laguna y luego gateábamos sobre la arena. Después ya no volví a mirar atrás.

Caryn y yo nos adentrábamos en un territorio muy extraño. Yo estaba muy enamorado de mi antigua amante, el surf. Esperaba con pasión que en otoño empezaran a romper las olas en Honolua Bay, y todos los días me dedicaba a prepararme surfeando todo lo que podía. Caryn no me había visto nunca en aquel estado, pero no parecía estar celosa. De hecho, incluso estaba haciendo discretas averiguaciones sobre los aspectos técnicos de la tabla que a mí me parecía ideal para surfear en Honolua Bay. Eran unas preguntas tan poco habituales en ella que al final tuvo que confesarme la verdad: quería regalarme una tabla nueva para mi

cumpleaños. Teniendo en cuenta nuestros salarios y lo que cobrábamos con los vales de comida, era un regalo considerable. Total, yo estaba muerto de ganas de que llegara la hora de surfear en Honolua y ella lo aceptaba sin problemas. Pero ¿qué se le había perdido exactamente en Maui? Había dejado su trabajo de camarera y ahora servía helados en un horroroso nuevo centro turístico que habían abierto a las afueras de Lahaina y que se llamaba Kaanapali. También habíamos intentado encontrar a su padre. Fuimos hasta Kahului y Paia y preguntamos en un monasterio y en un ambulatorio, pero no seguimos investigando las escasas pistas que nos habían dado. Empecé a preguntarme si realmente Caryn quería averiguar su paradero, ya que reencontrarse con él iba a ser muy doloroso, y eso siendo muy optimistas. Es cierto que Lahaina tenía sus encantos. No eran tan atractivos como los que se veían en la costa occidental de Maui y en el campo del interior —antiguos templos chinos, unos cuantos excéntricos divertidísimos, ruinas de cárceles construidas con bloques de coral que se freían al sol—, pero a Caryn le gustaban. Incluso llegó a trabar amistad con algunos miembros de la tribu surfera que se había establecido en la isla, eso que ella llamaba «las bandas de rubias criaturas solares». Pero la extrañeza que reinaba entre nosotros tenía su origen en nuestra incapacidad —o más bien en mi exclusiva incapacidad— de establecer una distinción real entre sus deseos y los míos.

Desde que empezamos a salir en el instituto, nos habíamos disuelto el uno en el otro y nuestros corazones se habían fundido por completo, o eso al menos creía yo. Físicamente éramos una pareja un poco rara. Yo medía casi dos palmos más que ella. Inge, la madre de Caryn, nos llamaba Mutt y Jeff, como los personajes de la tira cómica. Pero nos sentíamos como si tuviésemos un solo cuerpo. Cuando nos separábamos, yo notaba un dolor profundo en el pecho. Cuando todavía estábamos en el instituto e Inge, una mujer de mediana edad, convertía todas sus noches en una especie de orgía incesante, Caryn y yo éramos los jóvenes huéspedes puritanos, ya que nos empeñábamos en ser monógamos y en dedicarnos exclusivamente el uno

al otro. Su apartamento era un sitio muy singular incluso en aquellos raros tiempos: un espacio doméstico en el que los chicos podían hacer el amor con quien quisieran, aunque luego se lamentaban por la falta de aventuras que había en sus vidas. Me costó bastante acostumbrarme a esa libertad, tras haber pasado toda mi vida amorosa de adolescente intentando escapar al control —a menudo sin conseguirlo— de unos padres vigilantes e iracundos. Cuando empecé a salir con Caryn mis padres no lo aceptaban, y montaban un número cada vez que yo no iba a dormir a casa, cosa que sucedía a menudo. Su rabia me sorprendía. Durante años me había sentido un «agente libre de Dios», como decía Caryn, pero ahora, a los diecisiete años, ¿de pronto tenía que someterme al toque de queda? He aquí mi sombrío diagnóstico: pánico sexual parental.

Por aquellos días Caryn y yo tuvimos un accidente de tráfico. Íbamos de acampada por la costa cuando un borracho que conducía a toda velocidad chocó por detrás con nuestra furgoneta. La furgoneta quedó destrozada, pero nosotros salimos ilesos. Nos pagaron una pequeña indemnización, así que cogimos el dinero, compramos unos billetes de avión baratísimos en un vuelo chárter y nos largamos a Europa, saltándonos nuestra ceremonia de graduación en el instituto. Esta huida inesperada, me parece, permitió a mis padres librarse de mí, aunque nunca se me ocurrió reflexionar sobre lo cruel que había sido. ¿Les habría hecho ilusión ir a la graduación de su primogénito? Si así fue, nunca me dijeron nada. Inge, por su parte, pareció despertar de un profundo sueño cuando se enteró de que nos íbamos y de pronto tuvo un ataque de pánico: me obligó a prometerle que cuidaría bien de su niñita.

Pero no lo hice. Caryn y yo habíamos empezado a pelearnos, y lo malo era que no sabíamos pelearnos y lo hacíamos muy mal. Durante el viaje, además, me convertí en un tirano que imponía un ritmo implacable mientras nos buscábamos la vida por

Europa occidental, viviendo de galletas saladas y aire fresco y durmiendo al raso. Siempre había un sitio mucho mejor y mucho más nuevo al que debíamos ir. Arrastré a Caryn por una extenuante peregrinación a través de festivales de rock (Bath), ciudades surferas (Biarritz) y las viejas moradas (con sus tumbas) de mis escritores favoritos. Caryn, menos inexperta que yo, no veía ningún motivo para tanta prisa. Guardaba flores secas entre las páginas de su diario, visitaba museos, y como ya hablaba muy bien el francés y el alemán, se propuso aprender todos los idiomas nuevos a los que nos enfrentábamos. Pero al final se plantó en la isla griega de Corfú, cuando le comuniqué que sentía un deseo imperioso de ver más «lugares con influencia turca». Me contestó que podía irme solito en busca de minaretes otomanos, así que me puse en marcha y la dejé en la remota playa encajonada entre montañas en la que acampábamos au naturel. Supongo que ninguno de los dos creía que yo fuese a llegar tan lejos, pero por entonces me había aficionado —a falta de otras cosas— a moverme muy deprisa y con poco dinero por territorios desconocidos, de modo que una semana más tarde ya estaba en Turquía y ya se me había metido en la cabeza la idea de seguir viajando hasta la India. En aquellos días mis drogas eran el movimiento continuo, los nuevos compañeros de viaje y los nuevos países, ya que me parecía que estas cosas obraban milagros en los nervios de un adolescente. Los lugares con influencia turca me fascinaron durante media hora y enseguida empezó a fascinarme la influencia tamil.

Esta locura terminó de forma calamitosa en una playa desierta de la costa meridional del mar Negro. Unas olas muy malas, en un mar revuelto, pardusco y neblinoso, llegaban desde la dirección de Odessa. Yo iba dando tumbos entre las dunas erizadas de matorrales. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Había dejado a la persona que más quería en el quinto infierno, tirada en una cuneta de Grecia. Dios santo, pero si la chica solo tenía diecisiete años. Los dos teníamos diecisiete años. Mi deseo de conocer nuevos lugares y de vivir nuevas aventuras se esfumó de un amargo soplo mientras estaba sentado entre los matojos turcos, sin haberme

preocupado siquiera de levantar un campamento. Los perros ladraban y se hacía de noche, y de pronto me vi no como el intrépido protagonista de mi rutilante road movie, sino como el desdichado cretino que la había cagado por completo: el novio que se escaqueaba de sus obligaciones, el adolescente grandullón que se había escapado de casa, el chico asustado que necesitaba urgentemente una ducha.

A la mañana siguiente emprendí el camino de regreso a Europa. Pero volver a entrar en Europa me resultó mucho más difícil de lo que me había resultado salir. Se había declarado una emergencia sanitaria por una epidemia de cólera y las fronteras con Grecia y Bulgaria estaban cerradas. Di tumbos por Estambul, me pateé el Bósforo y dormí en las azoteas de los hoteles (que eran mucho más baratas que una habitación). Intenté ir a Rumanía, pero los guardias fronterizos de Ceaucescu me consideraron un parásito decadente y me negaron el visado de entrada. Después, la policía hizo una redada en el hotelucho donde me hospedaba. Se llevaron a tres ingleses y al día siguiente los acusaron de posesión ilegal de hachís y los condenaron a varios años de cárcel. Tuve que trasladarme a otra azotea. Escribía postales repletas de frases valerosas y arrogantes: «Eh, ninguna foto podría hacerle justicia a la belleza de la Mezquita Azul».

Pero la verdad era que estaba desesperado por tener noticias de Caryn. Aunque ella me había dicho que intentaría llegar a Alemania, donde los dos teníamos amigos, me imaginaba lo peor. Le compré un bolsito barato en el Gran Bazar. Me hice amigo de otros extranjeros que se habían quedado varados en Turquía. Al final ya no pude más y telefoneé a casa. Conseguirlo me llevó un día entero, que tuve que pasar esperando la llamada en el decrépito edificio de correos. Y luego resultó que la comunicación era pésima. La voz de mi madre sonaba muy débil, como si hubiera envejecido cincuenta años. Yo no paraba de preguntarle qué desgracia había pasado. Le conté que estaba en Estambul, pero aún no había tenido el ánimo de preguntarle si sabía algo de Caryn —ni de mencionar que no la había visto desde hacía varias semanas— cuando la llamada se cortó. No pude intentarlo

de nuevo porque ya era la hora de cierre de la oficina de correos. Escribí muchas cartas y muchas postales, pero esa fue la única llamada a casa que hice aquel verano.

Al final me uní a otros occidentales desesperados, sobornamos a unos guardias de fronteras búlgaros y conseguimos atravesar primero los Balcanes y luego los Alpes, y después, con la ayuda de un mensaje que dejé en el tablón de anuncios de la oficina de American Express en Múnich, conseguí encontrar a Caryn en un camping al sur de la ciudad. Estaba bien. Se mostraba un tanto cautelosa. Me daba miedo hacerle demasiadas preguntas sobre lo que había hecho durante aquel tiempo. Y sí, le conté que ya me había cansado de la influencia turca. Le gustó el bolsito. Y volvimos a echarnos a la carretera: Suiza, la Selva Negra, una extrañísima visita a la ciudad natal de la madre de Caryn en las riberas del Rin. Allí la gente mayor la confundía con su madre, y luego bajaban la voz y le decían entre susurros que aquel vecino de allí era un antiguo SS. En París pasamos la primera noche durmiendo al raso en el Bois de Boulogne. En Ámsterdam nos enteramos de que Jimi Hendrix iba a dar un concierto en Rotterdam. Hicimos planes para ir, pero luego el concierto se canceló y cinco días más tarde Hendrix estaba muerto (la película de Maui se había rodado pocas semanas antes). Por entonces también habían muerto Janis Joplin y Jim Morrison, dos de mis ídolos.

Volamos de regreso a California y Caryn se instaló ilegalmente en mi diminuta habitación de la residencia universitaria de Santa Cruz. Era una solución muy mala, y yo tenía que robar comida en la cantina para dársela a ella, pero no éramos la única pareja hippie de primer curso que hacía una cosa así. Para mí, al menos durante un tiempo, fue una buena idea. Yo estaba totalmente absorbido por los libros y los grandes pensadores, paseaba descalzo por los bosques de secuoyas, discutía sobre Aristóteles y tenía a mi amada muy cerca de mí. Caryn asistía de oyente a algunas clases, se movía de aquí para allá en autostop (hasta Los Ángeles, hasta la pecaminosa y fornicadora Canadá) y se planteaba estudiar una carrera. Pero

entonces tuve la luminosa y numinosa idea de irme a vivir a Maui y la arrastré conmigo.

Como es natural, estuvimos muy unidos durante los primeros meses que vivimos allí. Cuando Kobatake intentó subirnos el alquiler —o multarnos por el hurto imaginario de alguna de sus gallinas, o echarnos para dar nuestra habitación a unos capullos que estuvieran dispuestos a pagar más—, le hicimos frente los dos juntos. Y cuando la gente que conocíamos se ponía a hablar en serio de los venusianos, nos teníamos el uno al otro. Los dos éramos escépticos, es decir, racionalistas y lectores de libros en un mundo invadido por el misticismo más alelado y absurdo. Pero volvíamos a discutir a todas horas. A menudo era difícil saber sobre qué discutíamos exactamente, pero el tono se iba elevando, se nos iba de las manos y al final uno de los dos acababa saliendo furioso a la calle. Hacíamos las paces con sublimes sesiones de sexo, pero esas sesiones de reconciliación empezaron a ser la única clase de sexo que disfrutábamos.

Y todo empeoró cuando Caryn se quedó embarazada. Ni se nos pasó por la cabeza tener el niño. Nosotros mismos éramos aún unos niños. Y, en secreto, yo albergaba la idea de que también era inmortal. Ya tendríamos tiempo para los niños, porque aún teníamos muchas vidas por delante, así que Caryn abortó. En aquellos tiempos eso implicaba pasar una o dos noches en un hospital de Wailuku. Después de la intervención tenía un aspecto horroroso, enroscada sobre sí misma en una cama de hospital, con la cara tensa, los ojos doloridos. Volvimos en coche a Lahaina sin decir nada. Y eso, tal como ahora lo veo —por aquel entonces yo no quería ver nada—, marcó el final de nuestra historia.

Una de las ideas de la época del flower power que yo seguía teniendo incluso en ese periodo de reacción antiutópica era la de vivir en una comuna. Y por eso quería, aunque fuese de una forma un tanto imprecisa, reunir a un grupo de amigos en un mismo lugar lleno de buenas vibraciones y que viviéramos todos juntos en

paz y armonía a partir de aquel momento. Maui, que cada día que pasaba se convertía en un lugar más idiota y más turístico, ya no era el sitio adecuado para el proyecto, pero intenté convencer a unos cuantos amigos, entre ellos Domenic y Becket, para que vinieran a vivir con nosotros en Lahaina. Al final aceptaron, así que tuvieron que apretujarse durante varias semanas seguidas en el suelo de la habitación del señor Kobatake. Más tarde me di cuenta de que, imprudentemente, estaba intentando reconstruir algo parecido a una familia. La verdad era que yo me había ido de casa cuando era muy joven, de modo que, durante muchos años, sentí la necesidad —sin entenderla jamás del todo— de construirme un refugio que me protegiera del mundo, y eso a pesar de no haber querido formar una familia biológica con Caryn y de sentir también el impulso opuesto de vagar sin cesar por el mundo. Pero aun así, en Lahaina, no hice ningún esfuerzo por encontrar unos aposentos más adecuados para un grupo tan grande, tal vez porque pensaba que una casa comunal nunca funcionaría: Caryn y yo éramos demasiado inestables. Y ella, además, era la única chica.

Por supuesto, Domenic sabía que aquello no iba a salir bien. Cuando se vino a vivir con nosotros, se hizo evidente que algo había ocurrido la primavera anterior, durante el viaje que él y Caryn habían hecho a Canadá para escapar de la movilización forzosa. Quiero decir que se hizo evidente para mí, porque ellos ya lo sabían todo. No quise conocer los detalles. Me sentí horrorizado y furioso, pero intenté poner la mejor cara posible. A lo mejor hasta podíamos formar un ménage à trois. Al fin y al cabo, ¿no habíamos visto todos Jules et Jim? ¿No habíamos cantado con los Grateful Dead: «Podemos compartir las mujeres, podemos compartir el vino»? Domenic, con su concepción senequista de la vida, se quitó de en medio y volvió a Oahu, donde tenía un trabajo con mi padre, que ahora era productor ejecutivo de la serie televisiva Hawái 5-0.

Domenic trabajaba de jardinero en los estudios de rodaje en Diamond Head Road —un trabajo duro, con un calor de mil demonios y tareas asquerosas—, pero mi padre y él parecían entenderse muy bien. Yo no tenía ningún interés en el mundo del cine, pero Domenic no compartía mi desdén. Y mi padre, que admiraba la buena disposición de Domenic para el trabajo duro, quería ayudarle a encontrar un puesto de operario manual en Hollywood, un sector que los sindicatos gremiales consideraban inaccesible para la gente que no perteneciera a su grupo. Con el tiempo, Domenic regresó a Los Ángeles, se hizo montador, luego cámara y por fin director. Muchos años después, el día de su boda, en una escena que parecía sacada de El padrino, el padre de Domenic, Big Dom, se acercó a mi padre con lágrimas en los ojos. Quería agradecerle, creo yo, el que su hijo no hubiera tenido que seguir el negocio familiar. ¿Vio el joven Domenic la oportunidad de trabajar en el cine cuando volvió a Oahu? No lo creo. Lo que sí sé es que lo vi partir con sentimientos encontrados, sobre todo porque no entendía muy bien que se fuese de Maui antes de que hubiesen empezado a romper las olas en Honolua Bay.

Y ahora, ya que he tocado el tema, debería decir algo sobre Los Ángeles. Entre nuestro círculo de exhabitantes de la ciudad era un artículo de fe que Los Ángeles significaba la muerte en vida. Si Irlanda era la vieja cerda que devoraba a sus retoños,

Los Ángeles era la ciudad del asesino en serie John Wayne Gacy —Pogo el payaso —, la ciudad que asfixiaba a sus retoños con una tóxica toalla de playa formada por aire contaminado, crecimiento urbanístico descontrolado y pésimos valores morales. Fuera lo que fuese lo que buscábamos —la belleza, la sabiduría, el surf—, eso no estaba allí. O eso, al menos, era lo que creíamos. (Cuando descubrí años más tarde que Thomas Pynchon, uno de los ídolos de mi época de estudiante, había vivido a finales de los años sesenta —o eso se rumoreaba— en Manhattan Beach, en la horrible South Bay, y que el cochambroso vitalismo de vaqueros desteñidos que se respiraba allí le había resultado muy fructífero para la inspiración,

empecé a ver las cosas de otro modo. Me sentí muy limitado por mi ceguera y mi falta de originalidad, pero luego leí la novela que surgió de su experiencia en South Bay y me pareció malísima). La persistente nostalgia que asaltaba a casi todos los surfistas, incluso los más jóvenes —esa idea de que el día de ayer siempre fue mejor que el de hoy, y anteayer mucho mejor que ayer— estaba asociada con esta visión distópica del sur de California, esa megalópolis de grandes urbanizaciones que era, al fin y al cabo, la capital del surf moderno y la sede de la naciente industria del surf. Pero nosotros nos llevábamos esa nostalgia a todas partes. En Lahaina mi imaginación se dejó hechizar por el descubrimiento de que la ciudad había estado atravesada en otros tiempos por un gran río, tan amplio que los barcos balleneros podían remontarlo cuando iban en busca de agua dulce. Aquello tenía sentido. Si Puu Kukui, en la cima de las montañas, era el segundo lugar más lluvioso del mundo, ¿dónde estaba el aliviadero? Pero aquel río, claro está, había sido drenado y desecado por los proyectos de regadío de las grandes corporaciones que habían plantado caña de azúcar en toda la zona occidental de Maui. Y como resultado de todo aquello, la moderna Lahaina era un sitio reseco, polvoriento y mucho más caluroso de lo que debiera.

Cuando Becket se vino a vivir con nosotros, Caryn y yo, agotados por las peleas, ya habíamos tocado fondo. Ella se buscó un apartamento en una destartalada colonia de viviendas obreras que había junto a un antiguo ingenio azucarero en la parte norte de la ciudad. Lahaina tenía un marcado desequilibrio poblacional, al menos entre los recién llegados —había muchos más hombres que mujeres— y detecté que los jóvenes que circulaban por la ciudad se habían dado cuenta de que la atractiva y menuda haole de pelo oscuro que trabajaba en la heladería estaba viviendo sola. Incluso Dan, el prófugo tontorrón de Either/Or, empezó a tirarle los tejos. Yo había escrito un poema épico, rebosante de tormentosas imágenes tropicales, titulado Viviendo en un coche. A continuación me puse a escribir un relato breve sobre un trabajador filipino en las plantaciones de

caña de azúcar que se pasaba los mejores años de su vida en los barracones solo para hombres, hasta que un día se enamoraba de una explosiva muñeca inflable. Mi situación no era tan desesperada, pero desde luego yo no era feliz.

Caryn tenía tan buen corazón que todavía seguía empeñada en regalarme una tabla nueva. Me decidí por un shaper, Leslie Potts. Era el monarca reinante en Honolua Bay, un curtido mago del surf, de voz suave, que también era guitarrista de blues-rock. Intenté explicarle lo que quería —una cosa muy ligera, rápida, velocísima—, pero las palabras no me salían de la boca. De todos modos, al shaper no le interesaban mis explicaciones. Me había visto surfear en Harbor Mouth. Y más aún, se conocía todos los cambios de humor, todas las dificultades y todas las sublimes posibilidades de Honolua. Así que iba a fabricarme una tabla gruesa y nada a la moda de 6'10", que pudiera encarar bien las bajadas, que me permitiera hacer giros cortos y que se deslizara como el viento. No tenía ni la forma ni la longitud que yo hubiera escogido, pero confiaba en Potts. Todo el mundo lo consideraba el mejor surfista de Maui, y la gente decía que cuando se lo tomaba en serio fabricaba las tablas igual de bien que surfeaba. Por asombroso que parezca, me entregó la tabla a su debido tiempo. Y la verdad es que daba la impresión de tener algo mágico. Había algo en la curvatura del rocker que hacía que el núcleo de espuma pareciera vivo.

Quise tener más control sobre el glaseado. El glasser de Potts era un tipo muy silencioso, con gafas, llamado Mike. Yo quería una sola capa de fibra de vidrio de seis onzas para la cola, otra de seis y de cuatro para la parte superior y una doble para los cantos. Este glaseado se consideraba peligrosamente ligero para una tabla destinada a Honolua, sobre todo por el terrible castigo que la pared del acantilado infligía a las tablas perdidas, pero yo quería equilibrar el grosor del foam, la espuma de poliuretano de la que está hecha el interior de la tabla. Mike siguió mis instrucciones. Encargué pigmento sólido de color miel para la cubierta y los cantos,

y dejé el fondo sin pintar. En la tabla no figuraría la etiqueta de fabricante: Potts trabajaba de forma rigurosamente ilegal.

Becket y yo vigilábamos la costa norte todos los días. Ya había empezado el otoño: el Pacífico Norte empezaba a agitarse. Había gente que decía que nunca había oleaje en Honolua antes de que llegasen las ballenas jorobadas, en noviembre. Rezamos para que estuvieran equivocados. Becket apareció por Maui con un aspecto sumamente demacrado: creo que probablemente era la persona más pálida que yo había visto en mi vida. Había pasado unos años muy malos. Una juerga en México salió mal y le dejó de recuerdo una disentería amebiana que puso fin a sus estudios en el instituto y a su carrera en el baloncesto. Más recientemente, había tenido que pasarse varios meses en cama por una operación de riñón. Decía que ahora ya estaba en condiciones de surfear, pero aún estaba muy débil. Surfeamos cerca de Lahaina y pareció recobrar fuerzas. Usaba un pequeño pintail que solo medía unos cinco centímetros más que él. Había desarrollado una técnica, inclinando el cuerpo hacia delante y dejando los brazos caídos, que era muy novedosa pero funcionaba bien. No estaba claro si había ido a Maui de vacaciones o con intención de quedarse a vivir allí. Había ahorrado «algo de pasta», como decía él, y todavía no estaba buscando empleo. Pero estaba claro que la isla le sentaba muy bien a su temperamento, como si estuviera hecha a su medida. Le gustaba pasear por el malecón de Lahaina y se ponía a mirar los cubos de los pescadores, igual que hacía en Newport. La ciudad disponía de yates y de groupies —dos de sus distracciones favoritas— en grandes cantidades. Y en términos más amplios, los lánguidos ritmos del Hawái rural, que se centraban en las barbacoas de cerdo, tocar el ukelele y vivir pendientes del mar, se adaptaban de forma natural a los gustos de un chico de San Onofre que ahora estaba haciendo un doctorado en el arte de pasárselo bien. Como todos nosotros, Becket había emprendido una huida espiritual del sur de California, y en su caso, Orange County, que estaba creciendo mucho más deprisa y de forma mucho más caótica que la propia ciudad de Los Ángeles.

Domenic insistía en que Becket terminaría siendo bombero, igual que su padre. De hecho, había heredado las aptitudes de su padre para trabajar la madera, y al final acabó dedicándose a eso.

Las olas empezaron a llegar a Honolua, aunque solo de forma esporádica. Becket y yo surfeábamos estúpidamente cerca de los acantilados, agarrándonos con fuerza a las tablas. Empecé a acostumbrarme a usar mi nueva Potts, que se adaptaba muy bien a los giros más difíciles que conseguía hacer. En realidad, se agarraba tan fuerte que con olas pequeñas yo no tenía la rapidez suficiente para cambiar de canto a canto — desplazar el peso del cuerpo desde el canto interior, el canto donde tienes los dedos de los pies, hasta los talones— y sin querer salía despedido por encima de la tabla. No era una tabla para olas muy grandes —tenía una forma demasiado redondeada, demasiado ovoide—, sino que estaba hecha para olas potentes, rápidas, con mucho hueco.

Un día vi en una revista de surf una cosa que me conmovió. Era una foto de Glenn Kaulukukui en la Pipeline. Hacía años que no sabía nada de él, pero ahora lo tenía ahí delante, perfectamente reconocible en aquella silueta sobre una ola resplandeciente y realmente muy seria. No se le podía ver la cara, pero estoy seguro de que su expresión carecía ahora de la ironía de antaño, de aquella juguetona ambivalencia de antes. Esa ola era de las de verdad: muy pocos surfistas llegarían en su vida a surfear una ola de aquel tamaño. Nadie se la podía tomar a la ligera. La foto demostraba que Glenn había sabido madurar, había sobrevivido y estaba surfeando al más alto nivel. Su postura en la Pipeline, bajo las fauces del monstruo que se abatía sobre él, demostraba estilo y orgullo, y era casi propia de un Aikau. Años más tarde vi otra foto suya en otra revista. De nuevo se veía su silueta, pero esta vez en Jeffreys Bay, una rompiente de Sudáfrica. Era una foto muy buena, de composición clásica, muy bien iluminada, con fuertes vientos de cara marcando una pared infinita, y tenía una connotación importante porque Glenn, que aparecía recortándose de perfil contra la ola iluminada al trasluz, parecía africano, y la foto se

había tomado en los siniestros tiempos del apartheid. Según el pie de foto, un equipo de surfistas hawaianos, entre los que estaba Eddie Aikau, había ido a Durban a participar en una competición y se les había denegado la entrada en un hotel solo para blancos. Le enseñé la foto de Pipeline a Caryn, quien escuchó mi relato observando la imagen con atención. «Es muy guapo», sentenció. Mil gracias.

En octubre, Honolua comenzó a romper en serio. La configuración que iban adoptando las olas era la misma con la que habíamos surfeado en primavera: primero una pared larga con arrugas y secciones, luego el gran bowl en la zona del takeoff, y por último un ensordecedor tren de carga que se abalanzaba contra el arrecife, hasta llegar al fondo de la bahía. Una vez más era una ola maravillosa, con tonos internos tan vívidos que parecían colores nunca vistos, como si se hubieran inventado únicamente para esa ola en concreto y que quizá nadie volviera a ver jamás. Surfear con inteligencia en aquel lugar requería un largo estudio de las olas y un aprendizaje de años. Pero el sindicato local de Honolua ya no aceptaba aprendices, porque el pico tenía ya demasiados devotos locales. Llegaban de todas partes de la isla de Maui, y cuando aparecía el mejor oleaje, también desde Oahu. Entre la gente que iba a surfear a Honolua había más rostros oscuros que los que se veían en Lahaina. De hecho, muchos locales de los picos cercanos a la ciudad no aparecían por Honolua cuando empezaba la temporada de olas grandes. Y es que el surf de allí era de mucha mayor calidad. A veces, sobre todo cuando la marejada llegaba a su punto óptimo, el frenesí se apoderaba de la gente que estaba en el agua, y unos surfistas excelentes y muy motivados se atrevían, ola tras ola, a poner a prueba sus propios límites, animando también a los demás surfistas a superarse a sí mismos. Eran gente muy dura. Nadie le cedía una ola a un recién llegado. Pero pelearse por conseguir las mejores olas no era tanto cuestión de tomar la actitud propia de una pelea de perros como de dar con el ritmo necesario para irse adaptando a las series e ir conociendo a la gente que hacía cola. La escena te hacía pensar en un santuario religioso asaltado por unos peregrinos demasiado

apasionados. Yo casi me podía imaginar a la gente empezando a hablar en lenguas desconocidas, flagelándose y echando espumarajos por la boca, y a los monos enloquecidos del templo arrojándonos guayabas.

Los mejores surfistas eran increíbles. Algunos eran celebridades que aparecían en las revistas, otros eran únicamente los peces gordos del surf local. Aquel otoño solo llegué a ver una vez a Les Potts meterse en el agua. Llevaba una ancha tabla blanca con el mismo diseño que la mía. Las olas eran de tamaño medio, el viento, ligero; había demasiada gente esperando, y Potts se alejó de la manada que se apiñaba en el pico. Él, en cambio, fue hacia el interior y empleó algo muy parecido a un radar marino de uso personal para esquivar las series y deslizarse por el arrecife en los momentos más inesperados, justo para coger unas olas rápidas y perfectas que nadie más había visto venir. Surfeaba con un estilo muy sutil y muy seguro de sí mismo, realizando maniobras innovadoras solo cuando veía que había llegado el momento — cosa que no ocurría ni de lejos con cada nueva ola—, pero entonces sí que se descolgaba con una maniobra de lo más arriesgada. Parecía tener un conocimiento enciclopédico del arrecife y se concentraba en meterse en los tubos que giraban en espiral sobre las secciones más secas. Me desplacé al fondo de la bahía para verle mejor. Me di cuenta de que los mirones que estaban en la cima de los acantilados observando el espectáculo ni siquiera podían ver a Potts. Estaba en el otro lado, prácticamente surfeando solo.

Mi nueva tabla funcionaba muy bien. Al ver surfear a Potts, pude hacerme una idea de lo que tenía en mente cuando la diseñó. Estaba claro que yo nunca llegaría a surfear con la misma perfección que él, pero descubrí que podía trazar líneas más redondas, giros más cerrados y subir mucho mejor hacia el labio de la ola de lo que hubiera creído posible en una pista de carreras como la de Honolua. Como yo surfeaba con tanta decisión y demostraba que sabía colocar la tabla de lado, la gente que esperaba en el line up empezó a darse cuenta de que no estaba allí solo para mirarles. Había un largo trecho en la línea jerárquica hasta llegar a los primeros

puestos del pico, y nunca llegué a la primera fila, aunque pronto empecé a hacerme un hueco en la segunda. Algunos días lograba coger tantas olas como el que más, y hasta había desconocidos que me animaban a hacer una bajada a toda velocidad. Si mi estilo de surfista se había estancado cuando yo tenía quince años, ahora volvía a mejorar a ojos vistas. Probablemente yo no sabría surfear en las pequeñas olas de Malibú mucho mejor de lo que lo había hecho cuando era novato, pero el tamaño, la velocidad y la satisfacción anímica que te proporcionaban las olas de Honolua Bay eran mucho mayores que las que podías encontrar en cualquier pico californiano, incluso en Rincón. Para empezar, las olas eran mucho más terroríficas, aunque también te deparaban muchas más satisfacciones. Y mi obsesión por pillarlas parecía muy bien sincronizada, cosa difícil de entender si uno reparaba en lo mal que me iban las cosas en tierra firme.

Caryn empezó a salir con Mike, el tipo que hacía los glaseados. No me lo podía creer. Ella me pidió que lo llamara Michael. Según decía, era mucho más simpático e inteligente de lo que uno se imaginaba. Incluso fueron juntos a Honolua en su furgoneta de color marrón caca. Ella se quedó en el acantilado mientras él iba remando mar adentro. Era un día de mucho viento y de olas grandes, uno de esos días de olas estruendosas que parecen retumbar con el efecto de un amplificador. Yo había estado concentrado en coger olas, sin preocuparme de nada más. Y de repente me puse de mal humor, al ver cómo «Michael» iba remando con cautela hacia el interior de la bahía. Pasó una gran serie, pero él siguió remando hacia el horizonte. Me di cuenta de que era un chiflado, y eso me puso de mejor humor. Volví al trabajo y empecé a pelearme con la muchedumbre que esperaba en el pico, dispuesto a encontrar un hueco en el mejor lugar del escenario. Pensé que si Caryn, tal vez, me veía deslizándome como un rayo sobre la tabla que me había regalado —o al menos surfeando de forma decente—, recuperaría el buen sentido y volvería conmigo. Después de hacer una maniobra tan potente que nadie en toda la parte occidental de la isla de Maui podía haberse perdido, busqué con la vista a Caryn en la cima del

acantilado. Pero la furgoneta de color caca ya no estaba allí. Por lo visto, Michael había conseguido llegar sano y salvo a la orilla. Me pareció un hecho muy poco verosímil, y sobre todo, muy injusto.

La ciudad vivía bajo el sopor. Toda la isla parecía invadida por el sopor desde hacía una semana. Yo tenía el día libre y Becket había conseguido ácido. Antes del amanecer nos «pusimos» (esa era la forma chocante, incompleta, angustiosa, con que la gente se refería a la acción de consumir LSD), y luego encendimos una hoguera en el patio de la casa de huéspedes, esperando que se hiciera de día. Pero el viejo Kobatake era de esa clase de personas que nunca parecían dormir. Apagó el fuego con una palanqueta mientras su rostro se convertía en un óvalo dorado recortándose contra la aterciopelada oscuridad de la noche. Cuando Becket hizo una broma sobre los gallos que habían despertado a su mujer, él se echó a reír. Tal vez aquel hombre intrigante y bigotudo no era tan mal tipo, después de todo. Cogimos mi floreado coche, el antiguo Rhino Chaser, y nos fuimos hacia el norte de la isla.

Nuestro plan era seguir metiéndonos tripis en el campo, lejos del mundanal ruido, hasta que se nos pasara la locura. Cuando dejamos atrás Kaanapali vimos los primeros rayos de sol que alcanzaban, con extrema suavidad, los contrafuertes acanalados de las tierras altas de Molokai, al otro lado del canal. Flotaba en el aire una tenue bruma rojiza que seguramente procedía de las hogueras de restos de caña de azúcar, o tal vez de las fumarolas volcánicas que llegaban desde la Isla Grande. La gente de Maui llamaba a esta clase de humo «vog», una palabra que nos parecía tan absurda que nos partimos de risa al evocarla. Justo entonces Becket descubrió, en la superficie del océano más allá de Napili, una extraña urdimbre como de tejido de pana. Era extraña en parte por su propia naturaleza, como todas las demás cosas que veíamos aquella mañana, pero también porque se había aparecido de forma inesperada. En realidad era un gigantesco mar de fondo que llegaba del norte y estaba dejando un gran rastro de espuma frente al extremo occidental de Maui. En Lahaina no había habido ni rastro de aquella marejada. Noté que no podía respirar:

no sabía si estaba emocionado o aterrorizado. Conduje con el piloto automático del surf, y el coche nos fue llevando con extrema gentileza, por caminos sin asfaltar de tierra roja que atravesaban los cultivos de piñas, hasta los acantilados que daban a Honolua Bay.

La marejada habría pasado de largo por la bahía de haber avanzado en una dirección ligeramente más orientada hacia el este, pero giraba extensamente en la punta, lo que originaba unas series que rompían en lugares donde yo nunca había visto romper olas y que llenaban de espuma toda la zona septentrional de la bahía, el escenario donde normalmente surfeábamos. No había nadie. No recuerdo que tuviésemos que discutir nada. Llevábamos las tablas en el techo del coche y estábamos dispuestos a surfear cuando llegaran las olas. Pusimos parafina e intentamos estudiar el line up. Era imposible: todo era un caos ilegible de olas que no formaban tubos, y además íbamos muy pasados de ácido. Ya llevábamos un buen «puestón», como se decía entonces. Al cabo de un rato desistimos y fuimos bajando por el sendero. Me imagino que los dos, muy excitados, nos reíamos sin parar. El continuo estruendo que llegaba de la playa tenía una fúnebre resonancia operística: yo estaba seguro de no haber oído nada igual en toda mi vida. La escasa parte de raciocinio que me quedaba operativa sabía que las malas noticias, en aquel caso, eran las buenas noticias. Jamás íbamos a salir bien parados de allí: los múltiples espumones que se iban a abalanzar sobre nosotros nos derrotarían en un instante y nos volverían a lanzar contra la arena.

Nos metimos en el agua por la parte septentrional de la playa, a sotavento de unos peñascos. No era un buen lugar para entrar, pero queríamos mantenernos lo más lejos posible del farallón que se alzaba en el otro extremo, ya que tenía una cueva en su flanco norte que en los días de oleaje devoraba tablas y cuerpos, y ahora mismo estaba siendo azotada sin cesar por las olas. Empezamos a remar, pero nos pilló un remolino que corría paralelo a las rocas, y luego nos vimos arrastrados en sentido contrario a las manecillas del reloj, como hormigas en el desagüe de un

fregadero, hasta la vasta extensión de espumones enormes. Mientras intentaba sujetar la tabla perdí de vista a Becket. Ya no podía pensar en otra cosa que no fuera salir vivo de allí. Dando vueltas, e intentando alcanzar el siguiente espumón, hacía lo posible por llegar a la playa que había al otro lado del farallón. Ahora los mandamientos que me impulsaban eran muy simples: no te acerques a la pared del farallón, no te ahogues. El problema era que no había espumón. La corriente me estaba arrastrando de lado por la bahía, más allá del farallón, mientras yo iba remando sobre las espaldas de unas enormes olas llenas de espuma. Debía de ser un intermedio entre varias series de olas. Seguí remando hacia mar abierto. Las malas noticias se habían vuelto buenas, solo que estas también eran malas: iba a lograr pasar la rompiente. Becket, pese a sus muchos pecados, también logró salir bien parado. Fuimos remando hacia fuera, donde brillaba el sol, braceando sobre la gigantesca marejada que se iba preparando para las celebraciones apocalípticas que tendrían lugar dentro de la bahía.

El diálogo que mantuvimos, sentados sobre las tablas en medio del mar, le habría parecido incoherente a cualquier observador, si lo hubiera habido. Pero para nosotros tenía sentido, aunque fuese un sentido inconexo y fragmentario. Recuerdo haber levantado dos puñados de agua de mar hacia el cielo y luego haberlos dejado derramarse a través de la luz matutina, mientras decía: «Agua. ¿Agua?». Becket: «Sé lo que quieres decir». Antes de aquel día yo había tomado ácido unas seis u ocho veces, y siempre había tenido una experiencia horrible. En muy poco tiempo la droga solía arrastrarme al estado de la fascinación molecular. Esa clase de visiones estaban bien si se mantenían a una cierta distancia de las percepciones cotidianas, ya que ponían al descubierto su pomposidad y su arbitrariedad —después de todo, esta era la gran revelación de la psicodelia—, pero no resultaban tan divertidas si se fundían con los psicodramas personales o con los sentimientos reales, a menudo ya muy distorsionados. Una vez, Domenic tuvo que llevarme a ver a una enfermera que conocíamos para que me atiborrase de Torazina —un antipsicótico—, después

de que yo hubiera caído en un agujero negro de culpa por haber engañado a mis padres acerca de mi consumo de marihuana en el instituto. A Caryn le gustaba decir, citando a Walpole, que la vida es una comedia para los que piensan y una tragedia para los que sienten. Y esa frase definía muy bien mi relación con el LSD. La parte cerebral era fantástica; la emocional, no tanto.

Con la llegada de esta gigantesca marejada, la comunidad surfera de Maui empezó a ponerse en movimiento mucho más deprisa que la primera vez que cogí olas en Honolua, cuando Domenic y yo acampamos allí y pudimos montar las modestas olas que llegaban a la bahía sin que apareciese nadie en toda la mañana. Pero esta vez los coches empezaron a aparecer en los acantilados poco después de que Becket y yo entráramos al agua. Sin embargo, nadie nos acompañó. Para aquellos surfistas, nosotros dos debíamos de parecerles justo lo que éramos: dos idiotas que habían cometido un error garrafal y se habían dejado arrastrar más allá de las olas, donde ahora se estaban meciendo sobre las tablas, demasiado aterrorizados para volver a entrar en la rompiente. Y es que las olas estaban aún demasiado desorganizadas para empezar a surfear. La situación tal vez mejoraría en un rato, pero el miedo que yo tenía no era ese miedo frenético que surge de un cálculo de probabilidades. Era algo que iba y venía, mientras mis pensamientos oscilaban entre la troposfera y la ionosfera, con desvíos ocasionales al efecto Coriolis que me devolvían a la superficie del mar que se agitaba bajo nosotros. Yo sabía que quería regresar a la orilla, pero no era capaz de albergar ese pensamiento el tiempo suficiente. Empecé a remar hacia la rompiente, con la vaga idea de que allí podría coger una locomotora de color verde que me llevara a tierra firme. Becket me miraba con una expresión de confusa preocupación.

Mi tabla Potts no estaba hecha para las olas grandes, pero en cambio iba muy bien para remar. Pronto me hallé frente a un amplio muro verde que se iba extendiendo por el pico y que al mismo tiempo recibía el impacto en zigzag de la resaca que procedía de los acantilados del norte de Honolua. Ya había alcanzado

una zona en la que se surfeaba en los días buenos, aunque yo nunca hubiese surfeado allí: no era una zona habitual, sino una rompiente exterior, el lugar por donde el mar de fondo entraba en la bahía. Uno de los tramos chungos que la resaca hacía aparecer de forma fantasmagórica a lo largo de la gran pared verde e intacta empezó a hablarme. Era mi puerta de entrada. Era un pequeño tipi indio de agua oscura que avanzaba de lado a través de un inmenso muro de agua que se dirigía hacia la orilla. Podía formar una pequeña arruga desde donde una tabla de dimensiones reducidas podría coger una ola grande. Me di la vuelta y la atrapé. Nos encontramos en el lugar que yo había calculado. Mientras la ola grande me levantaba con suavidad, yo cogía limpiamente la ola pequeña, me ponía en pie de un salto, empezaba a abordarla por el labio y luego descendía sin dificultad por la pared. La paradoja no terminó ahí. Aunque probablemente era la ola más grande que yo hubiera pillado jamás —eso era algo difícil de calcular con un subidón de LSD—, la surfeé como si fuera una ola pequeña, con giros cortos y bruscos y sin mirar jamás por delante de la tabla. Me sentía completamente atrapado por la sensación de ir entrando… «en trance» no sería una expresión demasiado exagerada. Era como si estuviese patinando a gran velocidad, cuando en realidad solo estaba intentando conectar el pico exterior con el pico principal, salvo que esta vez lo hacía a lomos de una ola. Era una maniobra de la que había oído hablar pero que nunca había visto, y ahora había encontrado la ola que me permitía llevarla a cabo. El caso es que llegué al pico central, o al menos a un tramo del pico que estaba muy cerca del lugar habitual del takeoff, todavía de pie encima de la tabla. Sin embargo, fracasé al intentar trazar una línea que me permitiera hacer el bottom-turn y ganar velocidad, cosa que me hubiera servido para seguir avanzando. Cuando encaré la pared y subí hacia el labio de la ola, todavía sin mirar más allá de la tabla, salí escupido, y mi Potts se despegó tristemente de mis pies, mientras los dos íbamos cayendo juntos por el aire.

Seguramente había aspirado una buena bocanada de aire, porque la ola me golpeó con gran violencia y durante largo tiempo, pero mi cuerpo no se dejó llevar por el miedo ni tragó agua. Unas cuantas olas más me golpearon en la cabeza y me sumergieron a gran profundidad pero tuve la sensación de que me estaban arrastrando hacia aguas menos profundas. Al poco rato choqué contra las rocas que había en la otra cara del farallón, la que miraba al sur. Me agarré a un asidero y conseguí salir del agua, pero solo pude ascender medio metro antes de tener que sentarme para echar un vistazo a mis pantorrillas y pies, que estaban muy magullados y llenos de sangre. Una ola me arrancó del punto de apoyo. Increíblemente, lo mismo me volvió a pasar unas cuantas olas más tarde. Yo no me daba cuenta de que debía subir más arriba del farallón, hasta llegar a las rocas que estaban secas. La tercera vez que logré encaramarme, una persona bondadosa que había bajado del acantilado para ayudarme me cogió por el brazo y me ayudó a subir a un terreno más elevado. Yo estaba tan agotado y confuso que no era capaz de hablar. Di las gracias por medio del lenguaje de signos. Moviendo las manos, intenté averiguar dónde estaba mi tabla. «Se ha metido en la cueva», dijo.

Decidí dormir un poco. Subí por el acantilado, hice como que no veía a la gente que me estaba atravesando con la mirada, logré encontrar el coche y me tumbé en el asiento trasero. Pero el sueño no llegaba. Salí del coche, cada vez más desorientado. Busqué a Becket. Aún estaba allá abajo, en el agua, casi a mitad de camino de Molokai, más solo que la una. Pensé que lo mejor era ir a la parte más protegida de la bahía, donde el mar siempre estaba en calma, y esperarlo allí. Caryn y yo solíamos hacer pícnic en aquella zona. Desde la carretera había que atravesar un área de jungla en terreno pantanoso. Pero decidí llegar hasta allí. No sé cómo conseguí atravesar la jungla en mi coche, aunque enseguida me di cuenta de que la playa no parecía un lugar muy seguro. Había cocoteros muy altos, y los cocos que caen del árbol pueden ser muy peligrosos. Me metí en el agua hasta que me llegó a

la cintura, pero allí tampoco me sentía a salvo de los cocos. Decidí ir a ver a Caryn a la heladería de Kaanapali.

Se sorprendió al verme. Yo seguía usando el lenguaje de signos. Pidió hacer una pausa en el trabajo y me llevó a una mesita que había en la terraza. Delante de mí puso una copa de helado llena de agua. El sol de la mañana parecía concentrar todo su fulgor en aquella agua. Al mirarla, podía ver el volcán Puu Kukui flotando boca abajo en el cielo. Le dije a Caryn, aunque solo en el interior de mi mente, que el agua de Honolua Bay ya no estaba transparente, como cuando habíamos ido a bucear aquel verano, sino que ahora estaba toda turbia y revuelta. Me cogió la mano para hacerme ver que me entendía. Le dije, también desde el interior de mi mente, que encontraríamos a su padre. Me apretó la mano con fuerza. Pero entonces recordé que había dejado a Becket en una situación peligrosa y que no tenía mi tabla. Recuperé la voz y le dije que me tenía que ir. Ella también, me contestó, y me señaló su lugar de trabajo. «Hana hana».

—Humuhumu.

Volví a partir hacia Honolua. En el arcén de la carretera, en la entrada a Kaanapali, Leslie Potts estaba haciendo autostop. Me detuve. Llevaba su tabla y su guitarra. No parecía que me estuviese imaginando todo eso. Metió la tabla en el coche, en el asiento del copiloto, y se sentó detrás de mí. Reemprendimos la marcha. Empezó a tocar acordes de blues con la guitarra. En el mar se veían líneas de olas; la marejada de fondo avanzaba hacia el sur. Potts soltó un silbido muy lento. Tocó unos cuantos compases y cantó fragmentos de letras. Tenía una voz afilada y susurrante, muy adecuada para el country blues.

—¿Qué tal la tabla?

—Se me ha metido en la cueva.

—¡Ufff! ¿Y va a salir?

—No lo sé.

No hablamos más del tema.

Al volver a Honolua, vi que había una docena de tíos en el agua y otra docena más dando parafina a las tablas. Las series de olas parecían mucho más ordenadas que antes. Seguían siendo enormes. Aparqué el coche y fui corriendo hasta el sendero que bajaba a la playa. Sentado sobre las rocas, allá abajo, estaba Becket. Al lado tenía su tabla. Conseguí bajar. Sintió un gran alivio cuando me vio, y en contra de lo que yo había imaginado, no estaba enfadado conmigo por haberlo dejado tirado allá dentro. Pero parecía preocupado y también azorado. Seguí su mirada y vi una tabla destrozada sobre las rocas, detrás de él. Evidentemente, era mi tabla. Fui a examinarla. Tenía la cola partida en dos y se le había desprendido la quilla. Había tantas abolladuras y agujeros que eran imposibles de contar. Una tira de fibra de vidrio colgaba de la parte inferior de la punta. Becket murmuró que todo tenía arreglo. Lo asombroso era que no se hubiese partido por la mitad. Yo no estaba sorprendido. Mientras inspeccionaba los daños me sentía aturdido y mareado. La tabla nunca volvería a ser la misma. Becket me hizo mirar el pico, donde ahora ya habían empezado a surfear algunos de los ídolos locales. La marejada estaba disminuyendo su fuerza y las olas eran cada vez mejores. Becket volvió a remar mar adentro con su tabla intacta.

Observé su actuación desde la angosta franja de playa. Era el peor asiento de la platea, pero uno se sentía a gusto al nivel del agua, donde el estruendo de las olas te llenaba el cerebro. Más surfistas fueron remando hacia dentro. Las olas continuaban mejorando. Becket volvió otra vez, jadeando, entusiasmado. Esas olas eran una locura. Le pedí prestada la tabla. Me la dejó a regañadientes. Conseguí ir remontando los espumones, aliviado por tener algo que hacer. A nivel molecular, el agua parecía ahora menos interesante que antes. Lo único que yo quería era poder surfear una buena ola. Fui remando hasta el pico, donde había muy poca gente. En

el aire flotaba una ligera neblina —en realidad agua salada pulverizada por los golpes y los encontronazos—, y como no hacía viento, la superficie del mar estaba impecablemente brillante. Tenía un tenue color blanco-grisáceo hasta que se retiraba la ola; después parecían encenderse unos faros de color turquesa que iluminaban desde dentro las tripas de la ola. Dejé atrás el pico y seguí remando, incapaz de quedarme quieto. Cuando por fin llegó una ola, la pillé. Los faros se encendieron en medio de mi primer giro. Intenté mirar hacia delante, y también intenté ver lo que iba a depararme la ola, confiando en obrar en consecuencia en función de su trayectoria, pero me cegó la luz de color turquesa. Sentí una especie de éxtasis en lo más hondo de mí. Alcé la vista. Había un centelleante techo de plata por encima de mi cabeza. Yo creía estar cabalgando una almohada llena de aire. Y entonces las luces se apagaron.

Becket logró rescatar su tabla antes de que se estrellara contra el acantilado. Cuando conseguí llegar a la orilla me dijo que se había acabado. Nunca más. Me había visto en la ola. Cuando yo había desaparecido en el tubo estaba de pie, muy erguido, con los brazos extendidos en cruz y con la cara levantada hacia el cielo. Era imposible que saliera sano y salvo de allí dentro. Pero volví a emerger, me dijo, aunque solo un segundo, cuando salí despedido a través del telón de agua dando volteretas. «Muñeca de trapo», fue el término que usó. Yo no podía recordar cómo me había derribado la ola. Lo único que recordaba era el éxtasis. Me quedé tumbado sobre las rocas, tiritando. Becket me dijo que en el ácido también había anfetaminas: por eso tenía tanto frío. Volvió a entrar en el agua y se quedó allí dentro durante varias horas. Yo me fui enroscando sobre mí mismo, con las rodillas entre los brazos. Algo parecía estar doblándome la columna y me forzaba a inclinar la cabeza contra el pecho. Pensé que muchas cosas estaban terminando a la vez, y por una vez en la vida, aquel día tenía razón.

Caryn logró encontrar a su padre. Fue al año siguiente, en San Francisco. Por entonces los dos habíamos huido de Maui y habíamos regresado al recinto

civilizado de la universidad. Yo volví a Santa Cruz y ella vivía muy cerca de allí, pero ya no estábamos juntos. El dolor que me causaba la separación parecía no tener fondo. No siempre me comportaba de forma decente, pero aun así, Caryn me llamó cuando encontró a Sam, y fuimos los dos juntos a verlo. Vivía en un hotel en la calle Seis, en la zona más tirada de la ciudad. Charlamos mientras subíamos a la habitación. El pasillo olía a meados, sudor reseco, moho, curri. Caryn llamó a la puerta. No hubo respuesta. Gritó: «Papá, soy yo, Caryn». Tras unos minutos en que no se oyó nada,

Sam abrió la puerta. Parecía desconcertado y como si no estuviera bien de salud. Era un hombre bajito, con el pelo tieso y los ojos tristes. No sonrió ni intentó abrazar a su hija. Sobre la cama tenía un tablero de ajedrez fabricado con una bolsa de papel de supermercado; las piezas eran chapas de botella y colillas de cigarrillos. Daba la impresión de haber estado jugando solo. Los dejé a solas y fui a dar un paseo por las calles flanqueadas de naves industriales. Los borrachos dormitaban en los callejones. Hotel Jones, Oak Tree Hotel, la Rosa. Aquel no podía ser el mundo de Sam si antes había vivido en un monasterio en Maui. Después, los tres fuimos a una cafetería muy cutre. Sam y yo nos pusimos a jugar al ajedrez. Caryn nos miraba con una profunda expresión de tristeza. Yo intentaba planear los movimientos porque Sam jugaba con mucha atención. Los pocos comentarios que hacía eran comedidos y estaban muy bien construidos. Nadie lloró ni dijo nada inconveniente. Supuse que ya llegaría el momento de todo aquello, aunque yo ya no estaría allí. De todos modos, me pregunté qué sería lo que Sam, a pesar de su enfermedad mental, podría revelarnos acerca de la madurez. ¿Por qué, por ejemplo, parecía ser una idea que siempre se iba alejando de uno, incluso cuando uno se iba haciendo viejo?

Sobre este asunto mis profesores no siempre tenían una respuesta. Yo estaba deslumbrado por Norman O. Brown, un amable erudito de formación clásica que se había hecho filósofo social y analizaba figuras como Freud, Marx, Jesús, Nietzsche, Blake y Joyce. Brown conseguía forcejear con la obra de todos ellos hasta que la

derribaba y declaraba la victoria de la «sagrada locura», de la «polimorfa perversidad» y de Eros sobre Tánatos, y todo eso sin dejar de vivir tan tranquilo con su familia en una casa tipo rancho muy cerca del campus. Todo el mundo en la Universidad de California Santa Cruz le llamaba Nobby. Aquel apodo se me había quedado atascado en la garganta. Brown no se alegró al verme de nuevo en la universidad. Muy educadamente, como siempre, me dijo que le había decepcionado verme de nuevo allí. Cuando yo me largué de la universidad y me fui a surfear a Hawái, él lo interpretó como un triunfo mío sobre la represión, como un voto a favor de Dioniso y la erótica y en contra de la civilización, algo que, después de todo, no era sino una construcción neurótica para las masas. Yo hice una broma sobre el resurgimiento de lo reprimido y volvimos al trabajo.

Pero todo era muy distinto sin Caryn: más duro, más escarpado. Por muy buenas razones, ella se sentía abandonada por su padre, y yo, por razones más o menos idénticas, me sentía abandonado por el mundo en general. El psiquiatra existencialista R. D. Laing —un crítico radical, igual que Brown, de toda la sabiduría establecida, e igualmente inclinado a juzgar la enfermedad mental como una respuesta cuerda a un mundo loco, incluso como una forma de experiencia «chamánica»— describió en uno de sus primeros libros una tipología de persona que él denominaba «ontológicamente segura». Yo, estaba claro, no era una de esas personas. Seguía leyendo y escribiendo sin parar. Mis diarios rebosaban angustia, sentimiento de culpa, ambición, frases oídas al vuelo que me habían interesado y largas parrafadas de mis escritores favoritos copiadas a mano. Una de las pocas cosas que me hacía recuperar la confianza en mí mismo era el surf.

Cinco. La búsqueda

Pacífico Sur, 1978

Deberíamos llamarlo el Invierno Interminable. El verano forma parte de la iconografía más conocida del surf, pero como buena parte de esa iconografía, no se corresponde a la verdad. La mayoría de surfistas, tanto al norte como al sur del ecuador, viven esperando el invierno, porque es entonces cuando se producen las grandes tormentas, sobre todo en las latitudes más septentrionales. Y esas tormentas son las que traen las mejores olas. Hay excepciones, por supuesto, y si hablamos de lugares mitificados por la iconografía habría que citar Waikiki y Malibú, pero el verano suele ser un calvario para los surfistas. Una excepción que me había interesado durante mucho tiempo era la estación de los ciclones estivales del nordeste de Australia. Sin embargo, cuando salí de Los Ángeles a comienzos de la primavera de 1978, con una tabla, una tienda de campaña y una pila de cartas náuticas de los atolones polinesios que me había pasado horas y horas estudiando, lo que yo tenía en mente era el invierno.

No me resultó fácil partir. Tenía un trabajo que me gustaba mucho. Tenía novia. El trabajo era de ferroviario. Desde 1974 había sido guardafrenos en la Southern Pacific. Trabajaba con trenes de carga locales en Watsonville y Salinas y con trenes de largo recorrido entre San Francisco y Los Ángeles. Todo lo que tenía que ver con mi trabajo me interesaba extraordinariamente: el paisaje que cruzábamos, la gente con la que trabajaba, el misterioso y arcaico lenguaje que usábamos, el desgaste físico y mental que nos exigían las tareas, las locomotoras mismas, el sueldo. Tenía la sensación de que me había tocado la lotería por haber aterrizado en una estable versión de la edad adulta en la que uno tenía que llevar botas con puntera de acero. Para conseguir el trabajo tuve que callarme que me había licenciado en Filología Inglesa. Como casi todo el tráfico de mercancías que

llevábamos por la ruta de la costa se limitaba a los productos agrícolas —los cultivos del valle de Salinas—, el trabajo era estacional y solían desempeñarlo ferroviarios con poca antigüedad como yo. Aproveché los inviernos que pasé en paro para sacarme otra licenciatura, de la que tampoco informé a la Southern Pacific. La empresa no se fiaba de los licenciados universitarios. Invertía mucho tiempo y mucho dinero en formar a jóvenes ferroviarios, y los trabajadores veteranos solían decir que nadie con menos de diez años de experiencia podía trabajar adecuadamente en un equipo de ferroviarios, así que el empleado ideal debía de tener unos cuarenta años. Pero el trabajo de guardafrenos era sucio y peligroso, cosa que impulsaba a los universitarios a abandonar en busca de una ocupación más segura y más limpia; de ahí procedía la desconfianza contra ellos. A mí me dolió mucho tener que confirmar este prejuicio cuando también dejé mi trabajo, porque estaba seguro de que nunca iba a encontrar otro empleo tan gratificante y tan bien pagado como aquel.

Pero tenía cinco mil dólares en el banco, la máxima cantidad que había conseguido ahorrar en toda mi vida, y nunca había estado en los Mares del Sur. Ya era hora de hacer un viaje surfero de verdad y de una cacería de olas sin fecha final definitiva. Ese viaje me parecía obligatorio. Se me había metido en la cabeza viajar sin fin hacia el oeste, como hicieron Magallanes o sir Francis Drake. Y aun así, a pesar de la dificultad del viaje, hacer las maletas me resultaba mucho más fácil que quedarme y me proporcionaba una excusa perfecta para postergar las decisiones —prosaicas pero aterradoras— que algún día tendría que tomar sobre dónde y cómo tenía que vivir. Además, necesitaba desaparecer de la decepcionante América de la crisis del petróleo y de la fascinación por las discotecas, donde tu vida siempre estaba controlada. Y a lo mejor hasta me transformaba en otra persona —en alguien que me gustase más— si me iba a vivir a las Antípodas.

Le dije a mi familia que me iba por una larga temporada. Nadie puso objeciones. Me compré un billete de ida a Guam con escalas en Hawái y en las islas

Carolinas. Mi madre fue a despedirme al aeropuerto y me dio su bendición con un fervor que no me esperaba: «Hazte un trotamundos», me dijo mientras me cogía la cara y me escrutaba los ojos. ¿Qué vería en ellos? Desde luego no a un empleado del ferrocarril, cosa que imagino que la tranquilizó mucho. Aquel empleo me había proporcionado una base de operaciones, y cada año me hacía regresar a la Costa Oeste, pero yo seguía siendo un romántico sin asiento fijo. Me había convertido en un prolífico escritor de narrativa, poesía y crítica literaria, aunque casi todo permanecía inédito. Iba de un lado a otro y me quedaba a vivir por breve tiempo en los sitios que me atraían (Montana, Noruega, Londres). Así que el trotamundos, o mejor, el canto rodado —que era la expresión que en realidad había usado mi madre—, no había podido coger mucho musgo. Había vivido con dos o tres mujeres, pero desde la separación de Caryn, nunca me había sentido comprometido de verdad con ninguna.

Me di cuenta más tarde —mucho más tarde— de que me excedí bastante en mi papel de trotamundos, incluso en los términos que había usado mi madre (el canto rodado que no coge musgo). Mi padre y ella, en mi tercer año de ausencia, cogieron un avión sin que nadie se lo hubiera pedido y se plantaron en Ciudad del Cabo, donde el océano estaba creando un montón de marejadas invernales y yo tenía un trabajo de profesor en un instituto. Se quedaron una semana conmigo. Nunca me propusieron que hiciera de nuevo las maletas y volviera a Estados Unidos, pero al cuarto año de mis viajes enviaron a mi hermano Kevin para que me llevara de vuelta a casa. O al menos así fue como yo interpreté su visita. Juntos, regresamos al norte atravesando África. Pero me estoy adelantando a mi historia.

Para viajar por los Mares del Sur en busca de buenas olas necesitaba un buen compañero de viaje. Bryan Di Salvatore se ofreció a serlo. Una serie de carambolas nos habían vuelto a poner en contacto después de que yo me fuera de Maui. Durante una de mis mudanzas estudiantiles en Santa Cruz me encontré con la funda del billete de Aloha Airlines en la que él había anotado la dirección de sus

padres. Le escribí a esa dirección, preguntándole si había recibido el pago por su coche. Me contestó con un remite del norte de Idaho. Sí, le había llegado el dinero. Empezamos a escribirnos. Se había hecho camionero —conducía semirremolques en trayectos de larga distancia — y estaba escribiendo una novela. En uno de los viajes a California para visitar a su familia, fue a verme a Santa Cruz. Se presentó con Max. Por lo que parecía, ella vivía cerca de allí, en una colina próxima a San José. Allí tenía un novio que, según Bryan, era un pornógrafo con mucho éxito. Correcto, corroboró Max. Ahora tenía un aire más maliciosamente divertido, si cabe, y más atractivo aún que el que tenía en Maui.

Los llevé a la desembocadura del río San Lorenzo, donde las fuertes lluvias del invierno anterior habían formado un banco de arena muy raro que creaba unas olas maravillosas que yo procuraba frecuentar siempre que podía. Pero en cuanto intenté describirle la rompiente a Bryan, Max empezó a interrumpirme con insolencia, usando una asombrosa imitación de la entusiasta forma de hablar de los surfistas y terminando mis frases con los mismos clichés que yo había pensado utilizar. «¡La pared era tan grande como una puerta de garaje!». «¡Podías meter esa furgoneta en el tubo!». Por lo visto, Max había compartido su tiempo con los surfistas de Maui — «hombres de dos minutos», los llamaba con desdén— y opinaba que nuestro lenguaje dejaba mucho que desear. Bryan y yo decidimos charlar de surf en otro momento.

Y hablamos de surf, de libros, de escribir. Yo también estaba escribiendo una novela. Empezamos a intercambiarnos manuscritos. La novela de Bryan trataba de un pequeño círculo de amigos surfistas en un instituto de Montrose, uno de los barrios de Los Ángeles situados en el interior. Un capítulo de treinta páginas no incluía nada más que las palabras que se pronunciaban en un coche que iba desde Montrose hasta una playa al norte de Ventura. Sin narración de hechos, sin acotaciones para los diálogos, sin descripciones de personajes. Me pareció deslumbrante: el lenguaje inconexo y soez era asombrosamente preciso, tenía un

matiz engañosamente poético y resultaba muy divertido, con un hilo narrativo invisible pero también irresistible. Pensé que aquello era la nueva literatura americana. Bryan era de Montrose. Su padre era maquinista de tren y había conocido a su madre en Europa, donde había estado destinado como soldado raso durante la segunda guerra mundial. Ella era inglesa. Bryan había estudiado en Yale con una beca; se había graduado en Filología Inglesa y había colaborado en las revistas del campus. Jack Kerouac le había dedicado un libro y Bryan había asistido a su funeral en 1969. Aquellas experiencias me tenían fascinado, pero Bryan las contaba sin darles importancia, sin dejarse impresionar por su propia vida. Al terminar la universidad se fue a Maui, donde vivió y surfeó con sus antiguos colegas de Montrose, trabajando de cocinero en el restaurante de un hotel.

Se puede decir, sin temor a equivocarse, que muy poca gente en Lahaina compartía sus gustos. Mientras que todo el mundo decoraba las tablas de surf con imágenes de Vishnu o con delfines mal dibujados, él pegó una foto del hombre de Marlboro sobre la tabla. Le gustaba la música country, el habla coloquial americana y las obras completas de Melville. Como muchos hijos de la clase obrera, despreciaba el estado del bienestar. Ni siquiera se le pasaba por la cabeza buscarse vales para comida cuando estaba sin trabajo. Las mujeres, por su parte, se lo rifaban. Tenía el pelo oscuro y rizado, un bigote muy poblado y un aire de virilidad a la antigua usanza que parecía natural. Max decía que era el prototipo de guaperas de ojos castaños. Y también era —y eso lo hacía aún más irresistible— divertido, generoso y un poco solitario.

Surfeamos juntos por primera vez en Santa Cruz cuando Bryan decidió regresar a la costa. Era un goofy, es decir, que surfeaba con el pie izquierdo por detrás. En el surf es el equivalente a ser zurdo. Al coger una ola que rompe hacia la derecha, el goofy está de espaldas, o sea, tiene la ola detrás. Y al coger una ola de izquierdas, va de frente. En cambio, los regulars, como yo, cogen las derechas de frente y las izquierdas de espaldas a la ola. El surf es mucho más fácil si vas de

frente. Me sorprendí cuando Bryan me dijo que no había surfeado jamás en Honolua Bay. Y la razón no era que las olas fuesen de derecha —hay muchos goofies surfeando en Honolua—, sino que se había echado atrás al ver la multitud de surfistas que estaban haciendo cola. Él y sus amigos se habían hecho habituales de una ola que había a pocos kilómetros al norte de Lahaina y que se llamaba Rainbows, a la que muy poca gente iba a surfear. Yo, por ejemplo, nunca había estado allí. Ahora, al hablar de Maui con Bryan, me sentía como un borrego idiota, ya que mientras vivía allí solo me había preocupado de surfear en el pico más conocido —las olas de Honolua—, donde había tenido que pegarme codazos con la gran cantidad de surfistas que esperaban en la zona principal del takeoff, sin darme cuenta de la degradante mezquindad de estar peleándome por las olas en un escenario tan glorioso. Incluso Les Potts, uno de los peces gordos, había renunciado a pelear porque lo consideraba humillante. En Santa Cruz, que era una ciudad con muchos surfistas, Bryan y yo íbamos a la costa norte, donde en aquella época todavía se podían encontrar olas sin apenas gente.

Cualquier excusa nos servía para hacer un largo viaje en coche. En una fiesta estudiantil en Santa Cruz, Bryan anunció de repente que ya era hora de que yo conociera Rathdrum, la pequeña ciudad al norte de Idaho en la que había vivido, y nos largamos directamente desde la fiesta. Durante el viaje, que duró diez días, nos desviamos a ver a antiguos compañeros suyos de universidad que vivían en Montana y Colorado. Bryan, que era muy leal al zarrapastroso Idaho, se quejó de que «Montana inspira una tirria de cojones». Era cierto, aunque los dos terminamos viviendo un tiempo allí: haciendo un posgrado en Missoula, aprendiendo a esquiar y, en mi caso, aprendiendo a beber. Bryan, después de hacer un máster, encontró trabajo de profesor de Inglés en la Universidad de Guam. Guam era una remota base militar americana situada en el Pacífico occidental y se decía que cada año la arrasaban los tifones. En mi opinión, Guam era un buen destino para Bryan, por ser un sitio atrasado y hostil, y también por lo raro que era, pero sobre todo porque se

decía que tenía muy buenas olas. Al poco tiempo los rumores se confirmaron gracias a las cartas y las fotos que me enviaba Bryan: estaba surfeando como un poseso. Durante su segundo año en Guam, mientras yo estaba terminando mis estudios en Missoula, le propuse hacer el viaje del Invierno Interminable. Resultó que él también estaba ahorrando y estaba dispuesto a hacerlo. Me aconsejó explorar las Islas Carolinas en mi camino hacia Guam. Luego emprenderíamos el viaje hacia el sur.

Me dijo que deberíamos perfeccionar el español.

No lo entendí. No había ningún país de habla española en el Pacífico Sur.

Dijo que nos sería útil. Necesitábamos una lengua que nadie más entendiera para poder hablar en clave si nos metíamos en una situación peligrosa.

Le repliqué que estaba mal de la cabeza.

Pero no lo estaba. Y terminamos usando a menudo el español. Era nuestro código secreto. Y ningún habitante de Tonga podía descifrarlo.

Mi novia se llamaba Sharon. Era siete años mayor que yo. En aquel momento daba clases en la Universidad de Santa Cruz. Llevábamos juntos cuatro años, con intermitencias, y estábamos más unidos de lo que probablemente nos imaginábamos. Era medievalista, entusiasta, aventurera, hija del dueño de una tienda de licores de Los Ángeles. Tenía una risa que iba descendiendo de los tonos más agudos a los más graves, cosa que te impulsaba inmediatamente a confiar en ella, los ojos muy alegres y una ecléctica sofisticación intelectual que seducía a la gente, y por supuesto a mí. Pero bajo ese aire de mofa constante, bajo esa elegante capa de confianza en sí misma, esos fascinantes ojos oscuros, se escondía una persona tierna y herida que estaba invadida, como ella misma decía, por una inquietud de origen molecular. Tenía un pasado escabroso, en el que no faltaba un exmarido muy brillante pero incapaz de encontrar trabajo. Ella y yo habíamos

sobrevivido a largas separaciones y nunca habíamos sido especialmente monógamos (a ella le gustaba citar a Janis Joplin: «Cariño, aprovecha ahora que puedes»); habíamos hecho vagos planes de vivir juntos cuando ella terminase el doctorado, cosa que no iba a suceder de inmediato. Imagino que yo tenía mis dudas sobre mi compromiso con ella, pero ni siquiera le concedí un amago de veto sobre mi decisión de largarme.

Para el viaje tenía una tabla hecha por encargo. Era un singlefin 7′6″. Era más larga, más gruesa y mucho más pesada que las que yo solía usar. Pero esta tabla de viaje debía flotar bien y servir para remar muy deprisa —íbamos a surfear en un mundo de corrientes bordeadas de arrecifes que no conocíamos bien— y al mismo tiempo debía estar muy bien adaptada a las olas grandes y potentes. Lo más importante era que no se partiera por la mitad, ya que, allí donde íbamos, iba a ser imposible arreglar una tabla rota. Le puse un invento, un cabo que ataba la tabla a uno de mis tobillos, cosa que para mí era una concesión casi vergonzosa. Los inventos llevaban usándose unos cuantos años, y en Santa Cruz habían creado una férrea línea divisoria entre los puristas, que pensaban que el invento favorecía a los surfistas más tontos y descuidados, y sus primeros usuarios, que juzgaban que lo más tonto que le podía pasar a un surfista era que se le rompiera innecesariamente la tabla en los acantilados de Steamer Lane. Yo era un purista y nunca había querido usar inventos, pero sabía que no podía permitirme el lujo de perder mi tabla en Cloudbreak, en Fiyi, corriendo el riesgo de no volver a verla nunca más. Antes de partir probé la nueva tabla durante un par de meses y me gustó cómo se comportaba con las olas grandes en Steamer Lane. Un día espantoso de finales de invierno, en Ocean Beach, en San Francisco, el invento se me rompió mientras surfeaba. Me quedé a merced de una enorme resaca y tuve que volver nadando a la orilla, extenuado y muerto de frío, cuando ya se había hecho de noche. Después de ese incidente me compré un invento mucho más seguro y varios más de recambio.

Mi primera escala fue en Honolulu. Para mi sobreexcitada mente, Oahu estaba llena de maravillas y buenos augurios. Domenic estaba trabajando allí, ya que ahora se dedicaba a rodar anuncios y se había especializado en escenas de acción en los mares tropicales. Nuestra amistad había sobrevivido a duras penas, y ya no era más que un parche tras la ruptura entre Caryn y yo y la relación posterior que habían mantenido ellos dos. Esa relación no había durado mucho, pero a mí se me había hecho tan insoportable que llegué a escribir una novela de mil páginas sobre ella, un poema en prosa apocalíptica que logré terminar, a los veinte años, y cuya versión definitiva pasé a máquina en Londres con una máquina de escribir que me habían prestado (Bryan debe de ser la única persona que llegó a leer íntegramente esa precoz obra maestra). Desde entonces Domenic y yo habíamos hecho juntos unos cuantos viajes de surf, entre ellos uno a la zona central de la Baja California en la que se pasó todo el tiempo filmándome y animándome a que hablara de lo primero que se me ocurriera delante de la cámara. Aquel experimento supuso el último suspiro de nuestra idea de que éramos genios, ya que Domenic sentía una conmovedora confianza en mi aptitud para llenar la pantalla haciendo simples improvisaciones. Pero yo no sabía hacerlo. Domenic archivó el proyecto y se centró en los trabajos comerciales.

Cuando nuestros pasos se cruzaron en Oahu llegó una marejada del norte, y como los buenos surfistas obedecen las órdenes del inconsciente colectivo del surf, que suenan como cantos de sirena imposibles de eludir, lo dejamos todo y pusimos rumbo a la costa norte. Por entonces yo ya había surfeado en casi todas las rompientes más renombradas de la famosa big-wave coast (surfeé por primera vez en la Pipeline el día que cumplí diecinueve años, no mucho después de aquel malhadado día en Honolua con Becket). Las mejores sesiones las viví sobre todo en Sunset Beach. De niños nos habían dicho que Sunset venía a ser algo así como el Rice Bowl, solo que en grande. ¿Era realmente cierto? La verdad es que no. Era una enorme zona de olas, flanqueada al oeste por una caudalosa corriente de retorno,

que creaba una asombrosa variedad de rompientes en diferentes ángulos, y cuyo resultado eran unas olas hermosas y densas que se alternaban con puntuales episodios de terror. En realidad, un visitante ocasional no podía llegar jamás a entender las olas de Sunset.

Aquel día de primavera, cuando fui con Domenic, Sunset tenía olas grandes y limpias, y me sentí más confiado que nunca. Supongo que llevar el invento en la tabla contribuyó a ello. Y también, sin duda, tener una tabla larga y gruesa. Pero enseguida me pilló una serie de olas de tres metros procedente del oeste, y entonces el invento y la confianza en mí mismo fueron sometidos a una dura prueba. Me quedé atrapado en la zona de impacto, de modo que cada nueva ola me golpeaba en la cabeza, me arrancaba la tabla y la hundía a gran profundidad, y yo me llevaba una tunda cruel mientras intentaba mantener la calma. El invento me tiraba con tanta fuerza del tobillo que pensé que se iba a romper. Media docena de olas más tarde, me alegró descubrir —aunque la alegría estaba mezclada con tristeza— que mi tabla todavía salía a flote cerca de mí, si bien todavía no había tenido tiempo de atraparla de nuevo. Cuando la corriente me arrastró a las aguas poco profundas, ya con la tabla en la mano, estaba mareado y respiraba con dificultad. Domenic me encontró sentado sobre la arena y tan cansado que no era capaz de hablar. Aquel suplicio me había servido de bautismo. Fue la peor paliza que me había llevado en los quince años que llevaba haciendo surf. Pero al menos no me había entrado un ataque de pánico.

Otro buen augurio fue la aparición por sorpresa en Honolulu de un chico llamado Russell. Domenic y él habían sido compañeros de habitación a principios de los setenta, en los tiempos de Hawái 5-0 para Domenic y para mi familia. Russell era un provinciano ingenuo que había crecido en una pequeña ciudad de la Isla Grande dedicada al cultivo de la caña de azúcar, pero había pasado los últimos años en Europa, sobre todo en Cambridge, donde se le había pegado el acento inglés y se había convertido en un erudito y un hombre de mundo. Pero no había nada

impostado en su reciente transformación: seguía siendo el mismo chico ingenuo y de voz suave, solo que ahora había leído y viajado mucho. Russell y yo nos pasamos un par de noches hablando de Inglaterra, de poesía y de política europea, pero al final de aquellas charlas interminables me di cuenta de que había dejado de lado a Domenic y ni siquiera le había permitido participar en nuestras conversaciones. Cuando, muy nervioso, saqué a relucir el tema, Domenic me dio la razón. Y entonces me dijo: «Quería ponerme al día con Russell y averiguar cómo le había ido con su sexualidad. Tendré que intentarlo en otro momento». Por lo visto, la vida social de Russell también había cambiado. Ahora era abiertamente bisexual. Sin embargo, yo había estado demasiado interesado en charlar con él sobre el declive de Sartre y del situacionismo como para preguntarle por el asunto mucho más perentorio de su vida íntima. Imagino que aquello colmó la paciencia de Domenic y al fin se hartó de mi ostentosa precocidad. Había llegado el momento de que me largara a Samoa y creciera un poco.

Pero aún me quedaba un buen augurio más. Una tibia mañana de cielo muy azul fui remando hasta Cliffs. Y allí estaba, como si nunca jamás se hubiera ido, Glenn Kaulukukui. Habían pasado diez años, pero vino directamente hacia mí y me cogió de la mano mientras gritaba mi nombre y soltaba una palabrota de lo más jovial. Parecía mayor —había ensanchado de hombros, el pelo, que llevaba más corto, se le había oscurecido, y se había dejado crecer el bigote—, pero la luz risueña que había en sus ojos seguía intacta. Me contó que él, Roddy y John vivían en Kauai. «Seguimos surfeando a tope». Ahora Roddy ya no participaba en concursos —trabajaba en el restaurante de un hotel—, pero no había dejado de aprender y aprender, tanto que se había convertido en el mejor surfista de la familia. Yo ya sabía, por las revistas de surf, que Glenn se había hecho profesional: participaba en todas las competiciones del circuito y todos los años, en invierno, se iba a pasar una temporada a la costa norte. «Soy profesional», me dijo sin más. Empezamos a surfear en las pequeñas olas lisas y cristalinas de Cliffs, en las que había muy pocos

surfistas, y me alegró ver que Glenn hacía una pausa y se detenía junto a la salida de una de mis olas para observarme con atención. Luego proclamó: «Eh, tío, no se te ha olvidado surfear». En cuanto a su propia forma de surfear, incluso en las olas suaves y no demasiado grandes de Cliffs —solo llegaban al hombro—, se había vuelto gloriosa. La velocidad, la potencia y la elegancia de sus virajes habían alcanzado un nivel que yo rara vez había visto, excepto en las películas. Y ni siquiera parecía tener que esforzarse demasiado; más bien parecía estar jugando, con atención, con respeto, con alegría. Para mí, ver surfear a Glenn de aquella manera supuso una epifanía. Y tenía que ver con él, el ídolo de mi adolescencia convertido ahora en un hombre, pero también con la esencia del surf, con la profundidad —o la profundidad potencial— que uno podía alcanzar si le dedicaba toda la vida. Le conté que me iba a los Mares del Sur. Me miró fijamente a los ojos, perplejo, y me deseó buena suerte. Volvimos a darnos la mano. Fue la última vez que lo vi.

No encontré buenas olas en Pohnpei, una mota verde en las Islas Carolinas, que entonces estaba bajo tutela americana y ahora forma parte de los Estados Federados de Micronesia. Me pasé un montón de días dando tumbos por la maleza, achicharrado de calor, intentando encontrar pasos a través de los arrecifes que mejor aspecto tenían en mis cartas de navegación, pero todos estaban demasiado lejos de la orilla. A eso había que sumar que el viento venía en la dirección más inadecuada y la marejada era pésima. Empecé a plantearme si me había dejado engañar por la posibilidad de encontrar, al azar, buenas olas en los trópicos. (Más tarde se descubrió una excelente ola de derecha en el extremo noroccidental de Pohnpei, pero yo estuve allí en la estación del año equivocada). Entre mis expediciones infructuosas me dedicaba a leer los Tristes trópicos de Claude Lévi-Strauss, que tiene un arranque muy interesante: «Odio los viajes y odio a los exploradores», a lo que el padre de la antropología estructural añade, hablando de su profesión: «Se pueden consagrar seis meses de viajes, de privaciones y de insoportable hastío para recoger (en unos pocos días o tan solo en unas horas) un mito inédito, una nueva

norma matrimonial o una lista completa de los nombres de un clan». En mi pequeño rincón de Micronesia donde el surf estaba maldito, aquellas palabras sonaban ominosamente familiares. ¿Me llevaría meses de ardua búsqueda encontrar una ola mínimamente decente, el equivalente surfero de una nueva norma matrimonial?

Y ya que hablamos de antropología, en Pohnpei me encontré con un ejemplo claro del choque entre las tradiciones locales y la modernidad —un descubrimiento que se convertiría en una pauta generalizada a lo largo del Pacífico—, aunque en este caso solo se refiriera a las formas de emborracharse. Al caer la tarde, los hombres solían beber, siguiendo un ritual comunitario muy lento y ceremonioso y usando cáscaras de coco en lugar de copas, o bien un suave licor indígena llamado sakau —aunque en otros lugares del Pacífico tiene otros nombres, sobre todo kava—, o bien alcohol importado. El alcohol importado, ya fuese cerveza o licores, era caro y se asociaba con el colonialismo, las peleas, los bares, la depravación generalizada y la violencia doméstica. Por principio, me juntaba con los bebedores de sakau, a pesar de que aquel brebaje —viscoso, de color gris rosado y con olor medicinal— me parecía horroroso. De todos modos, te anestesiaba la boca, y al cabo de ocho o diez copas te ponía el cerebro en una disposición que te permitía comprender —o al menos te hacía creer que lo comprendías— el pasatiempo local, que consistía en una compleja variante del juego de damas. Como fichas se usaban colillas de cigarrillo y guijarros cilíndricos de coral, y se jugaba a una velocidad endiablada, entre abundantes comentarios farfullados entre dientes, a veces en inglés: «¿Qué es eso, Navidad?», «¡Cállate, pedazo de estúpido!». Nunca me gané la suficiente confianza como para que me dejaran jugar, pero al menos me convertí en un espectador apasionado.

Bebíamos bajo una destartalada techumbre de palmas en el patio trasero de una casa, a la luz de una bombilla amarilla colgada de un poste. Absortos en sus copas de sakau, mis compañeros empezaban a refunfuñar para sus adentros, y agachando la cabeza soltaban enormes serpentinas de baba que iban cayendo sobre

el barro. En este escenario tan romántico me topé con una joven de diecinueve años, guapa y recia, llamada Rosita. Procedía del atolón de Mokil, y me contó que la habían expulsado del colegio por haber apuñalado a una chica. Pero en su vida no todo eran bravatas y, entre otras cosas, le preocupaba mucho que nadie la viera colarse en mi habitación de hotel. Uno de los principales objetivos secretos del viaje que acababa de emprender era enrollarme con chicas de países exóticos, y la joven Rosita me pareció un inicio muy prometedor («¿Qué es eso, Navidad?»). Llevaba tatuajes con diseños tradicionales del Pacífico en los muslos, y en el omóplato, un dibujo «amor de madre» más propio de un marine de la segunda guerra mundial. El sexo que practicábamos era cómico y terrible, ya que me esforzaba por imaginarme cosas que pudieran agradarle y, por mucho que lo intentaba, nada parecía gustarle, o al menos nada que yo pudiera asociar con el placer. Pero cuando me fui de Pohnpei, Rosita, que llevaba su uniforme de colegiala con falda verde y blusa blanca, se puso a llorar desconsolada. Por entonces yo ya sabía que mi objetivo secreto con respecto a las mujeres no tenía nada de original. Me llevó algún tiempo más descubrir que tampoco tenía nada de divertido.

Según me dijeron, Guam era, en jerga militar, un acrónimo de Guarros Uniformados, Aguanta y Mastúrbate. Esa etimología, por supuesto, era falsa, pero el lugar era escalofriantemente siniestro. La forma más habitual de entretenimiento solía ser la adicción a la heroína, seguida por las compras en los centros comerciales, las peleas, los robos (la forma tradicional de financiar la adicción a la heroína), la televisión, los incendios provocados y la visita a los tugurios de striptease. La isla estaba rodeada de tibias aguas de color turquesa, pero nadie iba a la playa. Casi no había árboles, cosa que parecía un error monumental a los trece grados de latitud norte. La gente decía que los árboles de la isla habían sido derribados por los tifones o destruidos durante la segunda guerra mundial. Al terminar la guerra, las autoridades militares americanas, para intentar evitar la erosión, dispersaron semillas de ricino desde el aire por casi toda la isla. El ricino es un arbusto tupido,

alto y descolorido. Aunque no es una planta autóctona del Pacífico, se adaptó muy bien al suelo de Guam. Cualquier coche que circulase por las carreteras de la isla tenía que atravesar largas murallas de ricinos grisáceos. La arquitectura local —adaptada a los tifones— se limitaba a unos cuantos edificios chatos construidos con hormigón. La economía se sustentaba en unos pocos turistas japoneses sin recursos y en la enorme presencia militar norteamericana. Cuando le conté a Bryan que mi Guía del mundo citaba la copra (los cocos secos) como el mayor producto de Guam, mi amigo se echó a reír. «Casi toda la gente de Guam cree que la copra es un programa de televisión. ¿A qué hora ponen Copra, a las ocho y media o a las nueve?».

Bryan se lo estaba pasando en grande. Tenía una novia con la que iba en serio: una chica deliciosa, llamada Diane, que era maestra y madre soltera. Tenía una pandilla de amigos con los que surfeaba y con los que bebía cerveza después de surfear, casi todos profesores americanos llegados del continente. Y sus alumnos eran chicos isleños: o bien indígenas chamorros o filipinos o micronesios de otras islas, que tenían que descifrar para qué servía aquel profesor que llevaba bermudas muy holgadas y viejas camisas hawaianas, y que se pasaba todo el año animándoles a buscar la magia del lenguaje y de la literatura, aunque luego, cuando llegaba el día del examen final, tan solo les ponía un examen con preguntas de respuesta múltiple: ¿a qué personaje famoso se parecía su profesor? Todos los años salía esa pregunta en la que todas las respuestas eran idénticas: Clint Eastwood.

Durante mi estancia en Guam las olas estuvieron «fuera de servicio», por usar de nuevo el argot militar, o bien, tal como decía Bryan, «tan lisas como un charco de pis en una tabla». En los picos famosos de los que yo había oído hablar y de los que había visto infinidad de fotos —Boat Basin, Meritzo— no apareció ni la más mínima ondulación durante semanas enteras. Y peor aún, Bryan no parecía muy entusiasmado de verme. ¿Desconfiaba ya de nuestro plan? Casi nunca me separaba de él, esperando que compartiese conmigo su vida en Guam. Muy nervioso, me

pasaba horas y horas solo en su ascético piso, que tenía los muros de hormigón visto, mientras él salía con Diane y su hijo. Empecé a pensar que Diane y yo estábamos condenados a librar una batalla silenciosa por la posesión del alma de Bryan. Ella y su hijo iban a volver a Oregón. ¿Qué planes tenía Bryan? Nunca me hacía confidencias, pero estaba claro que estaba rumiando la decisión. También sufría la terrible presión de su madre, que desde Los Ángeles le hacía saber lo mucho que desaprobaba sus planes de abandonar el trabajo en la universidad. ¿Para eso había estudiado en Yale, para convertirse en una especie de chulito de playa? Yo no la conocía bien, pero la madre de Bryan siempre me había parecido una persona temible y severa que pensaba de una forma muy parecida a la que se estilaba en el noroeste de Inglaterra. El extraordinario sentido del humor de su privilegiado hijo americano no parecía habérsele contagiado en absoluto. Concluí que ella y yo también estábamos condenados a librar otra batalla por la posesión del alma de Bryan.

También llegué a la conclusión de que la genética, de forma sutil pero eficaz, le había transmitido intacto a Bryan el gen del descontento, puesto que ya empezaba a hacerme sentir sus consecuencias. Hasta la circunstancia más ridícula que tuviera que ver conmigo parecía irritarle. Llevaba sin afeitarme desde que me había ido de California, pero él me dejó muy claro que no le gustaba la barba desaseada que llevaba. Y luego me dijo que debería ponerme desodorante. Me sentó muy mal ese consejo amistoso. A instancias de mis novias, y según los dogmas de la Era de Acuario en los que nos habíamos educado, yo había llegado a pensar que olía bien por naturaleza. Un día, hablando por teléfono con Sharon, le conté esa ofensa, con la esperanza de que me diera la razón, pero solo obtuve un largo silencio por respuesta. Bueno, dijo por fin, en eso quizá tiene razón. Llegué a la conclusión de que tenía que enfrentarme a una vasta conjura de enemigos. Mi compañero de surf y mi novia, los dos, habían decidido, quizá de común acuerdo, que ya había llegado la hora de echarme el lazo, de domesticar a la criatura salvaje que yo era y de

aplastar al espíritu libre y aromático al que antes adoraban. Al día siguiente ya me estarían obligando a ponerme traje y corbata y a ir a trabajar a un edificio de oficinas.

Era evidente que me estaba dejando contagiar por la mierditis de Guam, una enfermedad de la que hablaban con frecuencia los amigos profesores de Bryan, aunque al menos tuve el sentido común de no revelar a nadie mis paranoias más siniestras. Lo cierto era que Sharon había sido tremendamente comprensiva con mi viaje sin fecha de vuelta. El hecho de que yo fuera cabezota e inmaduro (y Sharon, que era mayor que yo, se daba perfecta cuenta de mi egoísmo) no significaba que, físicamente siguiera siendo un muchacho. Y sin duda todos llevaban razón: yo debía de apestar como un mozo de cuadras.

Tenía una novela en marcha que me mantenía activo durante los días de perros de Guam. Los protagonistas trabajaban en los ferrocarriles de California, un medio que yo conocía bien, pero el argumento, por así decir, descarrilaba con frecuencia hasta que en algún momento se perdía en las costas de Marruecos (Sharon y yo habíamos viajado a Marruecos tras pasar un largo invierno en Inglaterra). Bryan leyó el manuscrito y me comunicó que le parecía un simple batiburrillo. Tenía razón, y después de mantener varias conversaciones sobre los aspectos en los que había fallado, decidí abandonar el proyecto. Yo quería seguir escribiendo sobre el mundo del ferrocarril, pero necesitaba nuevos personajes. Y, sin duda, de entre todos los lectores de mis manuscritos, Bryan seguía siendo en quien yo más confiaba. En cuanto a mis dudas acerca de su compromiso con el viaje del Invierno Interminable, me di cuenta de que en buena parte eran una proyección de mis propios miedos y vacilaciones.

Al final hicimos el viaje. O intentamos hacerlo. Habíamos comprado unos billetes muy baratos con destino a Samoa Occidental en Air Nauru, una compañía aérea que resultó operar en función de los caprichitos del rey de un diminuto país

de la Micronesia llamado Nauru. El rey requisó nuestro avión justo cuando estábamos a punto de embarcar, y el representante de la compañía nos dijo que volviéramos una semana más tarde. Me quejé, cosa que desagradó a Bryan, pero el representante extendió de inmediato unos vales de alojamiento y comida para todos los viajeros que se habían quedado tirados y que todavía estaban en el aeropuerto. Nos pasamos una semana alojados en el Guam Hilton. Los demás refugiados de Air Nauru que habían conseguido alojamiento gratis en el hotel me estuvieron invitando a copas durante toda la estancia, y Bryan empezó a pensar que aquel incidente ponía de manifiesto una diferencia fundamental entre él y yo, aunque la moraleja de la historia iba cambiando con cada nueva versión que contaba. A veces la conclusión era que él era demasiado pasivo, otras veces que yo era tan antipático que nadie podía conmigo. En nuestra habitación de hotel nos hicimos el uno al otro, para familiares y amigos, unas fotos muy mal iluminadas, vestidos a lo Frankie Avalon y haciendo como que surfeábamos sobre las tablas. Atención todo el mundo: he aquí nuestra primera escala en la vuelta al mundo del surf. Bryan y Diane pudieron pasar una semana más juntos. Y después nos largamos de veras.

Al cabo de unas pocas semanas ya teníamos la sensación de que nos habíamos pasado media vida dando tumbos por el Pacífico Sur. Viajábamos en autobús, en camión y en ferri, en canoa y en buque de mercancías, en lancha, en pequeños aviones, en yates y en taxis, a caballo. Caminábamos. Hacíamos autostop. Remábamos. Nadábamos. Volvíamos a caminar. Inclinábamos la cabeza sobre mapas y cartas marinas, y forzábamos la vista en busca de arrecifes lejanos, canales, promontorios, desembocaduras. Ascendimos por senderos cubiertos de maleza y peñascos puntiagudos y cocoteros, intentando alcanzar un buen puesto de observación. A menudo acabábamos derrotados por las junglas, los mapas malos, las pésimas carreteras, los manglares, las corrientes oceánicas y el kava. Los pescadores nos ayudaban. La gente nos miraba boquiabierta, interrumpiendo el manejo de la guadaña, mientras atravesábamos sus huertos de taro en lo más

profundo del bosque con unas planchas muy raras bajo el brazo. Los niños nos seguían a todas partes, gritando: «¡Palagi, palagi!». (¡Blancos, blancos!). La intimidad se convirtió en un recuerdo borroso, uno de esos lujos americanos a los que habíamos renunciado. Éramos curiosidades, agentes en misión especial, objetos de diversión. Nadie sabía qué diablos estábamos buscando.

Lamentamos no habernos llevado una revista de surf. Los libros empapados por la lluvia que teníamos en la mochila no servían de nada a la hora de señalar lo que buscábamos (Tolstói no hacía surf).

En Samoa Occidental descubrimos una poderosa e inconstante derecha en la costa meridional de Upolu, la isla principal. La ola tenía un gran potencial, pero sufría la influencia de los vientos alisios del sudeste que soplaban casi a diario. Bryan bautizó el pico con el nombre de Mach Dos por la velocidad de la bajada. Un arrecife de aguas poco profundas formaba series impredecibles de olas muy variables que daban miedo de verdad y que rompían a más de medio kilómetro de la orilla. Por suerte me había llevado una tabla que me permitía remar muy deprisa. Decidimos no dedicarle mucho tiempo a aquella ola y nos fuimos a Savai'i, la siguiente isla en dirección oeste, y allí encontramos, en una costa con vientos mucho más benignos, una izquierda justo delante de un poblado llamado Sala'ilua.

Durante el invierno austral, el desafío al que se enfrentan los surfistas es muy sencillo. El oleaje, el swell, procede del sur. Se forma con tormentas que se originan en el paralelo 40 Sur, o incluso más al sur, muy por debajo de Nueva Zelanda, y los vientos alisios soplan por lo general en la misma dirección. Para el surf, eso es malo. Los vientos de mar son muy perjudiciales para las olas: las rompen, las aplastan antes de hora, el agua queda revuelta. Por eso mismo buscábamos lugares en los que las marejadas que llegaban del sur girasen de dirección o bien rodeasen un arrecife o una franja costera, porque si cambiaban de rumbo hacia el este o hacia el oeste — preferentemente hacia el este, ya que los alisios soplaban desde el sudeste—

, después rompían en dirección contraria a los vientos dominantes. Los vientos de tierra, como espero haber dejado claro ya, forman unas olas gloriosas. Las alisan, mantienen las paredes en pie evitando que rompan durante un intervalo crucial, las ahuecan en el momento de romper y no revuelven el agua. Pero el oleaje pierde potencia y altura cuando cambia de dirección. Una costa abrupta con vientos impredecibles suele alterar el patrón general. Lo que nosotros buscábamos eran unos arrecifes que estuvieran situados en el lugar exacto para hacer que el oleaje que llegaba del sur girase en dirección contraria a los vientos dominantes, eso sí, sin hacerle perder fuerza. Si esos arrecifes existían en realidad —y no tan solo en la teoría o en nuestros sueños—, necesitábamos que tuvieran canales de aguas profundas, también orientados hacia la derecha, para que las olas nos proporcionaran un escape que nos permitiera volver remando al mismo sitio después de haberlas surfeado. No era una empresa fácil.

La izquierda de Savai'i era consistente, pero no tenía nada de particular. La llamábamos Uo (uo significa «amigo» en samoano). Los alisios la dejaban en paz incluso por la tarde, pero, por desgracia, el oleaje del sur iba perdiendo fuerza cuando pasaba junto a la bahía en la que surfeábamos, lo que nos permitía tener olas todos los días, aunque ninguna de mucha calidad. En los mejores días teníamos olas de un cuerpo de tamaño. La rompiente de Uo creaba unas olas prometedoras, con un pico cómodo y definido y una pared bastante larga, pero casi todas se echaban a perder porque tenían un tramo final que cambiaba de repente de dirección y empezaba a caer por delante de la cresta (la parte más elevada de la ola) y te impedía terminar de surfear. Con la marea baja ese cambio se producía mucho más deprisa, lo que hacía muy complicado entrar y salir del agua. Casi a ras de agua había un banco de lava cubierto de rocas resbaladizas, curvas y de gran tamaño. Esas rocas causaban escenas hilarantes de resbalones, juramentos, golpes en los tobillos y distintas posturitas de gimnasta para evitar que las tablas se dañasen. Las tablas emitían unos graves sonidos huecos cuando chocaban con las rocas. Y lo peor

de todo era que en la laguna, justo al oeste de la rompiente, había unas letrinas construidas sobre unos frágiles pilotes, y el pestazo que llegaba de allí se hacía insoportable con la marea baja. Bryan decía que aquellas letrinas eran la imagen perfecta para una campaña de prevención del tifus. Las infecciones acechaban en los cortes y magulladuras que nos hacíamos en nuestros blandos pies de hombres blancos.

¿Éramos los primeros surfistas de aquel pico? Muy probablemente. ¿Éramos los primeros de toda aquella isla de buenas dimensiones (unos sesenta kilómetros de largo por cuarenta de ancho)? Probablemente no. Pero no había forma de saberlo. Si Glenn Kaulukukui me había lanzado aquella mirada incrédula al contarle mi plan, era porque sabía bien lo difícil e improbable que era encontrar una buena ola. Pero ahora Bryan y yo estábamos totalmente absortos en la tarea de descifrar las incógnitas y los caprichos de Uo. Surfear en un pico bien conocido y que ha sido muy estudiado, y más aún si lo haces con surfistas locales que te enseñan, aunque solo sea por sus movimientos, dónde hay que hacer el takeoff y qué clase de cosas te puedes esperar, es una tarea muy distinta. Ahora, sin embargo, teníamos que hacerlo todo nosotros mismos, primero intentando localizar las rompientes, y luego analizando sus condiciones según el método de prueba y error. Eso sí, surfear en aquella maravillosa soledad era una experiencia muy estimulante, sobre todo si te olvidabas de los peligros de los arrecifes y te ponías a pensar con frialdad en lo que estabas haciendo.

Sin embargo, a Dios gracias, había sesiones de olas, con la marea alta, en las que la endiablada sección final se portaba decentemente y la rompiente de Uo alcanzaba toda su perfección. Una de esas sesiones se produjo al final de un día lluvioso, cuando el viento, por obra y gracia de la metereología local, dejó de soplar hacia las montañas y empezó a soplar de tierra. Las nubes bajas eran muy tupidas y el agua se había teñido de gris. Bryan dijo que, de no ser por las palmeras que se agitaban en la oscuridad y por la temperatura, bien podríamos estar en el noroeste

de Irlanda. Iba de frente —así es como un goofy va hacia la izquierda— y consiguió empalmar una larga serie de trazadas rápidas y largas, superando las secciones que se iban cerrando muy deprisa, con una trayectoria por la parte superior que le permitía avanzar sin problemas. Las olas tenían la altura del hombro y eran bastante violentas. El viento añadía dramatismo a las series que se iban acercando y teñía con una débil lucecita azul la pared de la ola que iba rompiendo. Surfeamos hasta que se hizo de noche y luego volvimos andando a Sala'ilua bajo la cálida y densa lluvia.

En el pueblo no había hotel (por lo que pudimos averiguar, no había ningún hotel en toda la isla de Savai'i). Nos alojábamos con una familia, los Savaiinaea, que tenían varios fales, es decir, casas tradicionales de planta circular, sin paredes y con la techumbre de palma. Alojarse con una familia era un tema complicado. Una tarde aparecimos por Sala'ilua tras un largo viaje en la caja de un volquete. El volquete se reconvertía en autobús descapotable por medio de un lecho de viejas suelas de caucho reutilizadas como material de relleno. Nuestras tablas iban encajonadas entre las cestas de taro y pescado. El volquete nos dejó frente a una antigua pista de críquet cubierta de granos verdes de cacao que se estaban secando al sol. El poblado, limpio y silencioso, consistía en un conjunto de viviendas con techumbre de palma que se alternaban con árboles del pan. No se veía a nadie por ningún lado y tampoco se podían ver las olas. Llevábamos una carta de presentación para los Savaiinaea de un primo suyo que habíamos conocido en Apia, la capital de Samoa. Empezamos a oír gritos de niños y luego vimos que un buen grupo se juntaba a una distancia prudente de nosotros. Por fin apareció un joven que llevaba un pareo negro. Le contamos lo que queríamos y nos llevó hasta Sina Savaiinaea, que resultó ser una mujer muy guapa de unos treinta años. Sina leyó nuestra carta sin hacer caso de la expectante multitud que se había agrupado a nuestro alrededor. No movió un músculo cuando echó una ojeada a las sucias fundas de lona que llevábamos bajo el brazo y que contenían nuestras tablas. «Bienvenidos», dijo al fin, y de repente dejó al descubierto una sonrisa radiante.

Sina y su marido, Tupuga, así como sus tres hijas, nos avasallaron con todas las muestras posibles de hospitalidad: una comida suculenta detrás de otra, una taza de té detrás de otra. Nuestras camisetas manchadas de sudor desaparecían de pronto y volvían a aparecer a la mañana siguiente, limpias y planchadas. Bryan, que fumaba, decía que alguien vaciaba los ceniceros unas diez veces al día. Procurábamos observar las reglas básicas de educación local que habíamos aprendido: no sentarse jamás con un pie apuntando hacia alguien, no rechazar jamás lo que se te ofrecía y saludar a cualquier invitado con un apretón de manos y la palabra «Talofa». Pero aun así no había forma de evitar nuestro privilegiado papel de invitados muy especiales que nadie sabía qué hacían allí. Incluso dormíamos cubiertos por las mosquiteras que nos habíamos traído, como si fuésemos reyezuelos con mochila. Las conversaciones eran sorprendentemente cosmopolitas. Todos los adultos de Sala'ilua parecían haber trabajado y viajado por todas partes, desde Nueva Zelanda a Europa y Estados Unidos (en comparación con su pequeño tamaño, Samoa tiene una vasta población en la diáspora: hay más samoanos viviendo fuera que dentro de la isla). Un matai, un jefe nativo, había estado de visita en las Naciones Unidas. E incluso había un tipo que llevaba un chaleco vaquero con la bandera americana bordada en la espalda y que había peregrinado a Lourdes.

Pero aun así, Savai'i parecía un mundo encerrado en sí mismo, un universo intemporal y autosuficiente. No había televisión. Nunca vi un teléfono (faltaban aún muchos años para los móviles e Internet). En las pequeñas tiendas improvisadas se vendían productos importados, casi todos procedentes de China: azadas y linternas, cigarrillos Golden Deer, transistores de la marca Long March. Ahora bien, la vida diaria dependía casi exclusivamente del «hágalo usted mismo». La gente subsistía cultivando el campo, pescando y cazando. Cada uno se construía su propia casa, su barca, tejía sus redes de pesca, sus esterillas, sus cestos, sus abanicos. Todo el mundo improvisaba sin cesar. Yo estaba encantado de la vida. Cuando me fui de

Estados Unidos albergaba la secreta esperanza de conocer el mundo antes de que se convirtiera en una réplica de Los Ángeles. No había ningún riesgo de que aquello ocurriera, por supuesto, pero al dar con mis huesos en la Polinesia rural, mi vago descontento con la civilización industrial fue cobrando un nuevo impulso.

Visto desde un cierto ángulo, todo lo que había en Samoa —el mar, los bosques, la gente— parecía envuelto en un noble fulgor. Este fulgor no tenía nada que ver con las playas ideales de las revistas ni con las chozas de paja, esas manidas ideas del paraíso, ni tampoco con los sueños que me habían inspirado los libros de cuentos de mi infancia —los tiempos de Umi y sus hermanos ya me quedaban muy lejos—. Ni siquiera fantaseaba con las doncellas de pechos desnudos, o al menos con ninguna que merezca ser descrita. También tenía mis dudas, tras estudiar a los adolescentes de Samoa que habíamos conocido, de que allí se pudiera disfrutar de una adolescencia libre de neurosis, y desde aquí pido perdón a Margaret Mead. (Gauguin, ya que estamos, se sintió muy decepcionado por lo que encontró en Tahití: según sus propias palabras, llegó con un siglo de retraso). No, Samoa era un lugar completamente cristianizado y alfabetizado. La cultura pop florecía allí con la virulencia acostumbrada. Aquel año, la canción que se oía por todas partes era la versión de Boney M de Rivers of Babylon. Pero lo que a mí me fascinaba era que la gente siguiera viviendo muy pegada a la tierra y al mar, y además mantuviera el antiguo modo de vida comunal. Para mis ojos de occidental, los isleños eran dechados de exquisita energía y de plenitud ideal.

El hermano de Sina, Viti, era un hombre bajito y fornido que rozaba los cuarenta. Tenía el pelo pincho, largas patillas, una sonrisa tímida y una modestia que casi lograba ocultar por completo su inteligencia viva y su sofisticado ingenio. Había vivido en Nueva Zelanda, trabajando, según nos contó, en la fábrica de carne enlatada Hellaby, en la de galletas Bycroft y en la de leche y queso New Zealand. Mandaba dinero a casa, pero se sentía más a gusto en su isla. «Allí tienes que llevar chaqueta y se te forma el aliento delante de la cara cuando esperas el autobús para ir

a trabajar». Cada mañana, Viti zarpaba hacia el horizonte en una canoa con balancín que, según decía Sina, él mismo se había fabricado en menos de una semana, y eso que había tenido que talar el palo maría del que extrajo toda la madera. Por la tarde, Viti volvía al poblado con una enorme carga de bonito, y al caer la noche, se llevaba una linterna al arrecife, con la marea baja, y arponeaba peces. Cuando necesitaba dinero, ascendía a la montaña que había detrás de Sala'ilua, iba a la plantación de copra de su familia y se traía un cargamento que vendía en el mercado (Samoa, a diferencia de Guam, sí que exportaba copra). Y si un cerdo salvaje se metía en sus cultivos de taro, emprendía una partida de caza.

En cierta ocasión le pregunté por la caza del cerdo salvaje. Viti, Bryan y yo estábamos sentados en un diminuto fale cerca de Sala'ilua, ya casi en la jungla. Bebíamos cerveza casera en una vieja botella de ginebra.

—Me llevo una linterna y un rifle y perros, y cuando tengo el rastro, espero con viento a favor —dijo Viti.

Se estaba haciendo de noche. La cerveza era muy dulce, como la sidra, pero tan fuerte como el whisky escocés.

—A veces tengo que perseguirlo por la maleza. Sube y baja por la montaña —se rio Viti, imitando sus movimientos por la jungla.

»Oscurece. Y luego, cuando lo mato, tengo que esperar con él toda la noche. Lo único que tengo es mi pareo. Me lo pongo sobre la cabeza, pero los mosquitos son malos. Muy malos. Llueve. Hace frío. Luego vienen más cerdos, y todos esperan cerca de mí porque he matado a su hermano. Los perros no paran de ladrar. El cerdo pesa cien kilos. Lo corto en dos partes. Por la mañana encuentro un palo largo. Lo llevo en el palo, una parte a cada lado. Pero la carretera está lejos. Muy lejos. ¿Queréis ir a cazar cerdos?

Yo pensaba que a Bryan le iba a encantar la idea. Bebimos otra ronda del brebaje que Viti llamaba cerveza.

Pero Viti quería escuchar música.

—Por favor, una canción de vuestro país.

Bryan correspondió con una versión a capela de una canción de Hank Williams.

I got a hot rod Ford and a two-dollar bill

And I know a spot just over the hill

El público —un grupo de niños que estaban moliendo cacao junto al fale— se volvió loco. Todos se pusieron a gritar y a aplaudir y a reírse a carcajadas. La voz de Bryan se extendía, vibrante y feliz, a través de la jungla. Viti sonreía complacido. A continuación me tocaba a mí.

Pero justo entonces vino en mi auxilio el quejumbroso sonido de la doble concha de caracola.

—Toque de queda —dije—. No se puede surfear. No se puede cantar.

El toque de queda sonaba dos veces al día. Duraba menos de una hora y la gente se lo tomaba muy en serio. Nadie caminaba ni trabajaba hasta que volvía a oírse el sonido de la caracola o el tañido de una campana. Nos habían dado diversas explicaciones del toque de queda —que la actividad cesaba por respeto a los jefes, o bien porque se trataba de un periodo dedicado a la oración—, pero todo el mundo estaba de acuerdo en que demostraba el respeto hacia las antiguas costumbres samoanas, las Fa'a Samoa. Los domingos el toque de queda estaba en vigor durante todo el día. En varias ocasiones, cuando coincidió con días de olas buenas, me costó mucho aceptar la prohibición, y propuse que nos largáramos furtivamente a pillar

unas cuantas olas lejos de la costa, donde nadie pudiera vernos, para no ofender a nadie.

A Bryan le divertía indignarse ante mis impías sugerencias.

—¿Qué te crees, que eres un iconoclasta?

No, no me lo creía, solo quería más olas.

El sonido de la caracola volvió a resonar entre los árboles. Hora de cantar. Cerré los ojos, y sin pensármelo, de carrerilla, canté las cinco estrofas de la canción del bufón del final de Noche de reyes. Era una elección muy rara, y estoy seguro de que canté desafinando, pero me metí en el tema y conseguí evocar las melancólicas repeticiones impregnadas de filosofía («y llover, llovía todos los días») o las humillantes reflexiones sobre el matrimonio («con mis fanfarronadas, riqueza nunca obtuve»). El aplauso que se oyó al final de la representación parecía estridentemente sincero.

Sala'ilua tenía otra rompiente. Se hallaba al este de un salón de billares medio derruido que había en primera línea de playa. Nos pasamos muchas horas estudiándola. La ola era una izquierda que avanzaba tan rápida como una bala. Era larga y hueca, y cosa rara, casi siempre tenía un viento dominante de tierra. Por lo que parecía, allí mismo había una elevada ladera montañosa, justo detrás del poblado, que desviaba los alisios hacia el oeste, y la acción simultánea de un cañón submarino situado mar adentro y de una sección desprendida del arrecife lograba desviar el oleaje en la dirección del viento. El resultado era una ola muy hermosa pero de aspecto mortífero, probablemente demasiado rápida y poco profunda como para surfearla. Empezaba a romper por debajo del nivel del mar, en un plano de agua corto y profundo creado por la propia ola, y luego explotaba a lo largo de una placa de coral que emergía sobre el agua. Sin embargo, la ola mejoraba a medida que el oleaje se iba haciendo más fuerte, aunque era más adecuada para provocarte un subidón mental contemplándola desde la orilla, sin tener que arriesgarte a

acelerones imposibles en las secciones increíblemente rápidas que se formaban. Con la marea baja, yo caminaba sobre la placa para estudiarla mejor. La laguna estaba llena de erizos y de peligros creados por el hombre: nasas para peces y trampas para cangrejos con el hilo del sedal bien visible entre los palos del armazón. Delante de mí pasaba rugiendo una serie tras otra de olas turquesas peinadas por el viento. Las olas más grandes rompían a un metro y medio de las rocas. Ni hablar. Uuy, uuy. A ese pico le pusimos el nombre de Almost.

En comparación, Uo era una rompiente debilucha y fofa, como una de esas nuevas normas matrimoniales.

La última noche en Sala'ilua, Sina organizó una fiesta para nosotros. Habíamos comido muy bien durante toda la semana —pescado fresco, pollo, cangrejos de cocotero, almejas, sopa de papaya, ñame y docenas de variantes de taro (con espinacas, con plátanos, con crema de coco), pero aquella noche nos sirvieron salchichas de cerdo y pan de plátano con una capa de glaseado, todo preparado al horno. Y también había un manjar del fondo marino —no entendí el nombre— que tenía un color negro verdoso y que me provocó unas vergonzosas arcadas. Bryan y yo pronunciamos nuestros sentidos discursos de agradecimiento y entregamos nuestros regalos: una bandeja de cristal para Sina, globos para los niños, jarras de cerveza Schlitz para Viti, cigarrillos para el padre de Sina y un peine de carey para su madre.

A las cuatro de la madrugada pasaba por el poblado un autobús de verdad. Sina nos despertó, nos preparó café con galletas y nos acompañó a la parada, en la carretera, junto a Viti, su esposa y uno de sus hijos. El cielo estaba encapotado pero se veían algunas estrellas. Un zorro volador pasó volando a muy baja altura; todos pudimos oír el sonido coriáceo de sus alas. La Cruz del Sur brillaba en el cielo. Llegó el autobús, y cuando abrió la puerta, nos llegó el sonido de la música enlatada. Un niño silencioso que iba montado en el techo se hizo cargo de nuestras tablas.

En Samoa nos encontramos con un montón de tipos raros. Un joven llamado Tia nos llevó a una playa remota en la que resultó que no había olas. Como premio de consolación, supongo, empezó a contarnos largas historias sobre cada cala y peñasco y arrecife que veíamos. En cada uno de ellos se habían producido fratricidios y parricidios, y habían estado habitados por un elenco completo de demonios cristianizados. Hasta se había producido un suicidio en masa: todos los habitantes de un poblado se inmolaron. Yo estaba impresionado. Cada roca costera parecía ocupar un lugar en la literatura sagrada. Al final, Tia nos dijo: «Si volvéis dentro de tres años, esta playa será de veras un sitio bonito. Tengo dinero en el banco de Nueva Zelanda, así que compraré dinamita y haré que esta playa sea una maravilla».

Conocimos a un ministro presbiteriano, Lee, y su esposa Margaret. Eran de Nueva Zelanda, pero habían vivido los últimos nueve años en Nigeria. Ahora vivían detrás de una iglesia, en Apia, con tres niños pequeños. A Lee le apetecía enseñarnos la isla. Llevaba unos ajustados pantalones cortos y lucía una grisácea dentadura postiza. Tenía un profundo hoyuelo en la barbilla, llevaba gafas con cristales de culo de vaso y tenía una asombrosa cantidad de vello corporal. No sabía casi nada de Samoa y muy pronto perdió todo interés en nosotros, pero Margaret recogió el testigo y siguió empeñándose en invitarnos a ir de excursión o a comer a su casa. Lee tenía un amigo, Valo, que era muy joven y muy machote. En un bíceps llevaba tatuado LOVE ME TENDER. Lee se pasaba la vida contemplando extasiado a Valo, y cuando Valo no estaba, no paraba de hablar de él. En una playa nos contó entristecido: «Valo y yo podríamos encontrar un rinconcito por aquí en el que nadie pudiera encontrarnos». Lo sentí por Margaret, que era regordeta y bondadosa, y que cada vez que Lee le lanzaba un comentario desdeñoso se limitaba a abrir mucho los ojos detrás de las gafas, y luego nos miraba sonriendo con una tímida expresión infantil. Valo le contó a Bryan que los cigarrillos Rothman's eran sus favoritos porque la marca escondía un mensaje cifrado: «Venga, Tom, cógeme el culo y

dispara ya [2]». Cuando nos invitaron a otro pícnic, Bryan y yo nos pusimos a hablar en español para buscarnos una excusa.

En las afueras de Apia nos alojamos en un lugar llamado el Paraíso de la Diversión. En parte era motel, con unos pocos bungalós de bajo presupuesto, pero sobre todo era sala de fiestas —de ahí su nombre—, y su dueño y gerente era un gigantesco parlamentario llamado Sala Suivai. El local tenía un desfondado escenario al aire libre con una gradería curva. Algunas noches proyectaban películas. Los fines de semana tocaban orquestas de baile. En una ocasión montaron un ring de boxeo y el público observó hipnotizado cómo los científicos locales se sacudían de lo lindo. Nadie se fijaba en nosotros, unos palagis con los pies vendados y las cartas de navegación desplegadas sobre las mesas que había cerca del bar. Y que nadie nos prestara atención supuso un cambio muy agradable, una nueva gentileza con que nos trataba la gente.

Encontrar buenas olas siguiendo las cartas de navegación era, incluso en el mejor de los casos, una probabilidad muy remota. Buscábamos costas orientadas al sur que no estuvieran «ensombrecidas» por una barrera de coral o una masa continental situadas mucho más al sur. Buscábamos rompientes y bahías y pasos entre arrecifes en los que las aguas poco profundas, cuando las sondeábamos una o dos veces, nos revelaran una abrupta pendiente orientada hacia el mar, de modo que el oleaje pudiera surgir de repente desde aguas profundas y alcanzar la zona de rompiente con olas lo más poderosas y huecas posible. Era esencial medir bien el ángulo que trazaba la porción de arrecife o la playa que nos parecía buena para surfear. Para calcular qué clase de olas podían romper bien había que marcar una línea oblicua, o incluso curva, desde mar abierto hacia el sur, por donde las olas pudieran virar, ahuecarse y desviarse hacia el viento dominante. Buscábamos cañones submarinos que pudieran crear olas de largo intervalo gracias a las laderas que las reorientaban hacia aguas menos profundas. Por una razón u otra había que desechar muchos tramos costeros —casi todos, en realidad—, pero aun así

quedaban muchos lugares que, hipotéticamente, presentaban buenas condiciones para el surf, de modo que elegir una ola a la que mereciera la pena viajar se convertía en una maravillosa conjetura. No conocíamos la geografía local, nuestras cartas eran imperfectas y tenían una escala demasiado grande como para mostrar los farallones solitarios o las porciones de arrecife que al final determinaban las condiciones de un pico. Intentábamos descifrar la miríada de números que se veían en las cartas, que luego se transformaban en cifras de un solo dígito cuando aparecían en las franjas de color azul pálido de las aguas costeras que rodeaban las feas bandas amarillas de tierra firme. Consultar la carta náutica de un lugar que conocías bien, en especial si sabías qué clase de olas había allí, resultaba una tarea facilísima. Esto hace que esta ola sea muy buena si se dan determinadas condiciones. De repente una carta náutica en dos dimensiones se convertía en un mapa multidimensional de las buenas olas. Y era muy fácil localizar sobre la carta la media docena de factores que creaban esas condiciones. Ahora bien, ¿cómo podías estudiar las cartas de unos lugares que no conocías? Era como volar a ciegas. Google Earth no llegaría a existir hasta muchas décadas después. Lo único que podíamos hacer era confiar en Willard Bascom, el gran oceanógrafo, que había escrito en su libro Olas y playas: «Esa zona en la que las olas liberan toda su energía, y en la que los movimientos sistémicos del agua crean una violenta turbulencia, es la rompiente. Es la parte más apasionante del océano».

En principio, nuestra siguiente parada era Tahití o tal vez la Samoa americana. En ambos lugares había surfistas y buenos picos. Pero en vez de hacer eso fuimos a Tonga, de la que no sabíamos nada.

Fue una decisión improvisada que tomamos por casualidad en un bar del muelle de Apia, cuando nos topamos con el sobrecargo australiano de un buque de carga que zarpaba hacia Nuku'alofa, la capital de Tonga. A medianoche, no muy sobrios, subimos al barco. Zarpaba de Apia al amanecer.

El capitán se enteró de que íbamos a bordo ya bien entrada la mañana. Por lo que parece, descargó toda su ira en el sobrecargo, porque con nosotros se portó con gran amabilidad. Se llamaba Brett Hilder y era miembro de la Orden del Imperio Británico. Llevaba una canosa perilla a lo Van Dyke perfectamente recortada y lucía su uniforme en perfecto estado de revista. Nos enseñó el puente de mando. ¿Y ese dibujo del rey de Tonga que colgaba en la pared de su camarote? Lo había dibujado el propio capitán Hilder, y al monarca le había gustado tanto que se lo había firmado con una dedicatoria. ¿Habíamos leído los Cuentos del Pacífico Sur, de James Michener? Pues bien, la fuente original de todas esas historias era el capitán Hilder, y por eso el autor le había dedicado el libro (y así era, en efecto). ¿Sabíamos cómo y por qué determinada ave del Pacífico había conseguido colarse en los libros de Herodoto y también en los libros proféticos de la Biblia? Si teníamos un segundo de paciencia enseguida lo averiguaríamos. Y por cierto, el capitán Cook llamó a Tonga «la Isla de la Amistad», pero fue así solo porque zarpó dos días antes del día previsto para el banquete en el que él y su tripulación iban a servir de plato principal.

A Bryan y a mí, Tonga nos pareció un lugar muy amistoso, pero las olas no eran fáciles de encontrar. En Eua, un islote macizo y escarpado a unos treinta kilómetros al sudeste de Nuku'alofa, creí que estábamos al borde de un gran descubrimiento. La costa oriental de Eua tenía altos acantilados y vientos de mar, pero la marejada de la costa sudoccidental era muy prometedora. Las olas parecían enormes. En el ferri que venía de Tongatapu, la isla más importante de Tonga, mi corazón empezó a latir con fuerza nada más ver la línea de la costa. Eua es una isla montañosa y apenas tiene carreteras. Alquilamos caballos y, a lomos de nuestras monturas, subimos y bajamos por sendas resbaladizas y atravesamos la maleza tupida, con el fin de explorar las franjas costeras que nos parecían más adecuadas. Pero todos los lugares que llegamos a ver eran un desastre: rocosos, barridos por el viento, con olas perras, insurfeables. Seguimos avanzando hacia el norte. En un

tramo de la costa norte había una carretera sin asfaltar, lo que nos facilitó bastante las cosas, pero la marejada iba perdiendo fuerza. Al final de la carretera por fin pudimos encontrar una ola surfeable, en una cala bordeada de palmeras llamada Ufilei.

Era una ola de locos. Fuimos remando por una canaleta del arrecife de poco más de un metro de ancho. Una izquierda corta y voluminosa explotaba de forma espectacular en el extremo sur de la cala, justo frente a un bloque de lava que sobresalía del agua. Las olas se elevaban tan deprisa desde aguas profundas que las paredes conservaban un intenso color azul marino cuando rompían. Nos fuimos acercando al pico. Las olas eran tan rápidas y consistentes que más bien parecían un súbito descenso del nivel del mar en vez de un oleaje normal. Pude pillar cuatro o cinco. Cada bajada era peligrosísima: parecía aeropropulsada y me obligaba a levantar los brazos hacia arriba para mantener el equilibrio sobre la tabla. No me caí. Tras la bajada y un bottom turn vertiginoso, la ola iba perdiendo fuerza al entrar en aguas profundas. La velocidad del takeoff era brutal —las olas más grandes quedaban muy por encima de ti—, pero la relación riesgo/beneficio era pésima, ya que surfeabas a muy poca distancia del bloque de lava que emergía del agua. Muchos meses más tarde, en una playa australiana, nos encontramos a un tipo que había surfeado en Ufilei. Era un californiano muy conocido, fabricante de tablas y también marino y cineasta, llamado George Greenough (fue uno de los inventores de la tabla corta). Según sus cálculos, una ola de un metro y medio de Ufilei tenía veintiún metros de grosor. Era un cálculo arbitrario —no tengo ni idea de cómo se puede calcular el espesor de una ola que rompe—, pero era una buena descripción de la espeluznante ferocidad de aquel pico. Surfeamos una hora o así y luego dimos por concluida la jornada.

Sin embargo, tuvimos problemas a la hora de atravesar la canaleta del arrecife en sentido contrario. Había tanta agua saliendo a borbotones de la laguna a través de la angosta fractura que aquello era como intentar remontar los rápidos de un río.

Yo tuve que desistir, y me desvié unos metros más al norte, cogí un espumón y crucé como pude —chocando y arañándome— un arrecife de unos tres centímetros de profundidad. Bryan eligió meter la cabeza bajo el agua e intentar abrirse paso por la corriente, sin lograr nada hasta quedarse exhausto. Yo le aconsejaba a gritos desde la calma de la laguna, que parecía una piscina, pero no servía de nada. Él seguía esforzándose, enrabietado. Yo le miraba. El sol se puso. No sé qué ruta cogió al final, pero sí recuerdo el aspecto demacrado que tenía cuando por fin consiguió cruzar el arrecife. No me dirigió ni una sola palabra. Yo imaginaba que iba a arrastrarse a cuatro patas por la playa, como el superviviente de un naufragio, y que luego se tumbaría a descansar un buen rato, pero salió a toda prisa del agua y se puso a caminar, con la tabla bajo el brazo, a un ritmo frenético. Nos alojábamos en una casa de huéspedes que estaba a unos siete kilómetros. Cuando llegué, él ya estaba allí. Y seguía con el ceño fruncido.

Las chicas que trabajaban en la casa de huéspedes se hacían leer el porvenir en las cartas. Tupo, una adolescente de ojos soñolientos y dientes rotos que llevaba una camiseta a rayas, se ocupaba de echarlas. Salieron sotas. Tupo explicó que las sotas representaban las cuatro razas de los posibles esposos: palagi, de Tonga, japonés, samoano. Tupo sacaba otra carta, la combinaba con una sota del mismo palo, le daba unos golpecitos enfáticos y anunciaba: «¡Ya lo sabes!». Las demás chicas, apretujadas alrededor de una lámpara de queroseno, escuchaban con los ojos muy abiertos, conteniendo el aliento. Todas despedían un ligero olor rancio, como de mantequilla.

Tupo me lo explicó:

—Las chicas gordas y gandulas se casarán con un marido de Tonga que solo las dejará cocinar y lavar. Las chicas delgadas y que trabajan mucho se casarán con palagis, que llevarán reloj y las llevarán en coche al cine, así que podrán mirarlo todo, todo, todo. Las chicas que se casen con un japonés irán a vivir a Japón y

vivirán muy bien, fumarán cigarrillos y solo tendrán que fregar el suelo de vez en cuando, pero sus maridos se enfadarán con ellas por ser muy vagas y un día llegarán a casa y las matarán con un cuchillo. Las chicas que se casen con un samoano se irán a Samoa y vivirán como nosotras, las de Tonga, solo que podrán ver la televisión.

Una de las chicas lanzó un suspiro:

—En Pago Pago vi la tele. Qué bonito.

Tupo predijo que en un mes me llegaría una carta con dinero de mi familia. Me casaría con una chica palagi, pero dejaría llorando a alguien en Tonga.

Al relacionarme con las chicas de la casa de huéspedes, y al bromear con ellas durante las veladas a la luz de la lámpara de queroseno, me di cuenta de que había abandonado, al menos temporalmente, mi propósito de acostarme con mujeres de muchos sitios diferentes. La Polinesia rural no era el lugar más adecuado para un ligue ocasional, por mucho que digan los relatos de los marineros sobre las costumbres desenfrenadas de Tahití, y nada tenía que ver aquello con la princesa polinesia que incendiaba la pantalla —en una versión cinematográfica que yo tenía grabada en la memoria— cuando Brando hacía de Fletcher Christian. En realidad los marineros del capitán Cook sí se habían encontrado con una Tonga desenfrenada, según leí más tarde en el libro Blue Latitudes, de Tony Horowitz. Uno de los tripulantes de Cook describió a las mujeres nativas como «atentas hasta extremos inimaginables», lo que significaba que aceptaban acostarse con un forastero a cambio de un clavo de hierro. Y el cirujano holandés de un barco del siglo XVII contaba que en Tonga las mujeres «palpaban desvergonzadamente la bragueta de los marineros, indicando a las claras que querían tener relaciones con ellos». Pero todas estas cosas, ay, quedaban ya muy lejos de las mujeres mayoritariamente cristianas que nos encontramos allí. Muchas llevaban una rígida falda de rafia, llamada ta'ovala, alrededor de la cintura y superpuesta a otras

muchas prendas igualmente incómodas. Eran sociedades pequeñas y conservadoras que íbamos atravesando en nuestra desquiciada búsqueda. Muchas mujeres que conocimos se pusieron a flirtear con nosotros, pero había unos límites muy claros y era esencial respetarlos. Y yo no quería dejar llorando a ninguna chica. Y tampoco quería que sus tíos me dieran una tunda a base de patadas en el culo.

—Te sienta muy bien —dijo Bryan—, pareces un curita progre.

Se refería a mi barba, que se iba volviendo cada vez más descuidada, pero estaba claro que se refería también a más cosas. Por entonces ya habíamos empezado a ponernos de los nervios el uno al otro. Cuando atravesábamos mundos desconocidos, cargábamos entre los dos con un mismo mundo formado por un montón de conocimientos compartidos, en el que ambos podíamos refugiarnos en caso de necesidad. Pero ese lugar se había vuelto muy incómodo porque encerraba dos grandes egos combatiendo entre sí. Dependíamos tanto el uno del otro, y pasábamos tanto tiempo juntos, que cualquier diferencia nos fastidiaba y nos irritaba. Un día me puse a copiar en mi diario un párrafo de Anna Karenina sobre Oblonsky y Levin, cuando su amistad se tensa. ¿Se estaba riendo Bryan irónicamente de mí? Yo creía que sí, y me tomaba muy en serio pullas como la del curita.

Y esto era así porque estaba con la mosca detrás de la oreja. Bryan era una persona a la vez sofisticada y chapada a la antigua, y se mostraba muy escéptico con todas las cosas «modernas». En la universidad, en el apogeo de los movimientos antibelicistas, había provocado la furia de sus compañeros cuando se presentó en una manifestación de protesta con un cartel que decía: «La guerra crea espacio. ¡Vamos, Mets!» (ese era el grito de guerra del equipo de béisbol de los Mets). La frase «la paz mundial» le parecía cómicamente ridícula. Yo no era así. Cuando estaba en el instituto me había manifestado contra la guerra de Vietnam y creía firmemente en que había que pararla. Me había criado con la canción protesta —

Joan Baez, Phil Ochs— y esta seguía ocupando un lugar privilegiado en mi corazón. Pero Bryan odiaba ese movimiento y el presuntuoso sentimentalismo de clase media que representaba. Nunca le oí citar al cantante Tom Lehrer, a quien yo conocía un poco de Santa Cruz, pero estoy seguro de que le hubieran gustado estos agudos versos suyos:

We are the folk song army

Every one of us cares

We all hate poverty, war, and injustice

Unlike the rest of you squares [3]

Yo admiraba la terca oposición de Bryan a la ortodoxia progre. Cuando trabajaba en el ferrocarril, a mí también se me había contagiado un poco de ese desdén de perro viejo que los trabajadores sienten por la charlatanería sentimentaloide.

Pero ir dando tumbos por el Pacífico Sur estaba obrando otro cambio más en mí, y ese cambio era mucho más problemático, desde el punto de vista de Bryan, que el vello facial: me estaba empezando a interesar en la transformación personal. Y hacía todo lo posible por comprender la visión del mundo que tenían los isleños con los que vivíamos, cosa que había empezado a hacer incluso antes de llegar a Guam, cuando me dejaba absorber por el submundo de los vertiginosos jugadores de damas con fichas de coral que bebían sakau en Pohnpei. Yo había ido hasta allí para aprender, pero no solo unas cuantas cositas sobre lugares y pueblos remotos. Yo quería aprender nuevas formas de ser. Quería cambiar, quería sentirme menos alienado existencialmente, quería sentirme —como suele decirse— más a gusto en mi propia piel y también más a gusto en el mundo. Pero ese era un deseo típico del pensamiento New Age y nunca se me habría ocurrido mencionárselo a Bryan. Sin embargo, se puso de manifiesto en la avidez con que yo aprendía, estuviésemos

donde estuviésemos, las expresiones locales y la sabiduría local; y también se reveló en mi rendida admiración hacia los agricultores y pescadores que subsistían con una economía de mínimos; y más aún, en lo fácil que me resultaba sentirme muy unido a la gente que conocíamos. Yo siempre había tenido esa facilidad de trato con los desconocidos, pero ahora esa facilidad estaba adquiriendo una nueva intensidad, y a veces me preguntaba si Bryan no se sentiría abandonado por mí, o tal vez asqueado por lo que yo hacía.

Por otra parte, también teníamos que vérnoslas con la repugnancia hacia nosotros mismos, a la que cada uno de nosotros se enfrentaba de forma diferente. Éramos americanos blancos y ricos viviendo en sitios miserables en los que mucha gente, sobre todo los jóvenes, anhelaba tener la vida, las comodidades y las mismas oportunidades a las que nosotros, como mínimo durante un tiempo, habíamos dado la espalda; y eso nunca nos iba a permitir sentirnos a gusto. En cierta forma la habíamos cagado inexorablemente, y lo sabíamos, cosa que nos exigía reaccionar con humildad. Pero teníamos dos formas distintas de interpretar esta nueva obligación: el instinto conservador de Bryan se sentía atraído por el férreo sistema patriarcal de los jefes samoanos; mi romanticismo, en cambio, veía en las relaciones sociales que existían en los poblados la calidez y la salud psíquica de los tiempos anteriores a la caída del hombre.

En esas circunstancias, surfear era una bendición. Era nuestro proyecto y la razón de que nos levantásemos por la mañana. Cuando nos topamos con un grupo de mochileros occidentales en Apia, refunfuñé —según Bryan— que «no eran más que malditos turistas». No recuerdo haber dicho eso, pero en realidad así era como me sentía. Y aun así, nosotros también nos dedicábamos, como los buenos palagi, a mirarlo todo, todo, todo, y claro que había algo obsceno en eso, pero al menos nosotros teníamos un objetivo, un motivo, por muy volátil, efímero, vago e idiota que pudiera parecer a los demás.

En Tongatapun nos encontramos con un surfista: era un americano llamado Brad.

Pero más bien lo que sucedió fue que él oyó decir que nosotros nos alojábamos en un albergue, en la playa al noroeste de Nuku'alofa, y un día se presentó… montado a caballo. Tenía veintitrés años y llevaba el pelo muy corto. Parecía alguna clase de misionero. Nos contó que vivía en un poblado, muy cerca de allí, donde estaba ayudando a construir una iglesia pentecostal. Pronto se iba a casar con una chica nativa. Era de Santa Bárbara, California, pero había vivido en Kauai —una de las islas de Hawái— y llevaba ocho meses en Tonga. Se comportaba de una forma rara y un tanto forzada que a mí me resultaba familiar. Imaginé que había recorrido el mismo camino que otros muchos surfistas: desde una ciudad costera de California a una de las islas exteriores de Hawái, ingiriendo una gran cantidad de alucinógenos por el camino, hasta llegar, con el cerebro achicharrado, a postrarse ante los pies de Nuestro Salvador. La gente los llamaba Jesus freaks.

Pero Brad no se dedicaba a dar sermones. Solo quería hablar de surf. Éramos los primeros surfistas que había visto en Tonga.

Teníamos una pregunta urgente que hacerle: ¿había olas en algún sitio? —Claro que sí —contestó—, claro que sí. Pero no en aquella época del año.

Conocía un pico con oleaje del norte, Ha'atafu, en el extremo septentrional de la península de Hihifo. Había olas desde noviembre hasta marzo o abril, con series de gran intervalo que venían del Pacífico Norte. Había unas derechas, todas en los canales del arrecife, que Brad comparó con las de los mejores picos de Kauai, cosa que en verdad ponía el listón muy alto. Brad había estado surfeando completamente solo en esos pasos de arrecife. Nos contó que en aquella época del año —estábamos en junio— había unas cuantas izquierdas que se desviaban desde el sur, pero eran pequeñas y tan poco profundas que era una locura surfearlas.

Me empeñé en ir inmediatamente a Ha'atafu. Estaba muy lejos. Brad nos llevó al inicio del sendero, que estaba en mitad de la jungla, y nos dijo qué dirección debíamos tomar para llegar a la ola. Cuando alcanzamos a la costa ya faltaba poco para el anochecer. El arrecife estaba lejos de la orilla, al otro lado de una amplia laguna, y el sol brillaba tras unas olas que parecían muy picadas, pero el resplandor del sol era demasiado intenso como para ver bien. Yo quería ir remando hasta un lugar donde fuera posible tener una buena perspectiva. El viento venía del mar. El sol se estaba poniendo. No había tiempo para discusiones. Dejé las chanclas bajo un arbusto y me puse a remar.

Bryan tenía razón. No valía la pena intentarlo. Las olas eran horrorosas. Y además eran tan poco profundas que era una locura surfearlas. Pero lo peor de todo eran las corrientes. La península de Hihifo tiene unos ocho kilómetros de longitud, y yo estaba cerca de la punta, donde las corrientes me arrastraban de costado hacia el mar, como a restos flotantes entre la resaca. Tuve que hacer un esfuerzo terrible para volver a la laguna, agarrándome a las cabezas de coral para fijar mi posición, aunque las corrientes me arrastraban de nuevo y me llenaban de cortes. No tenía tiempo de pensar en ello, pero estaba asustado. En cuanto pude salir de la zona de olas —y sin haber pillado ni una—, me quedé sin opciones de volver a tierra firme por donde me había metido. Bordeando una buena parte de la costa había cortos y peligrosísimos acantilados de roca de coral. Al final conseguí llegar, al anochecer, a una pequeña cala que quedaba hacia el este. Luego tuve que atravesar descalzo la jungla, a oscuras, en un trayecto largo e incómodo. Bryan, como era de esperar, estaba furioso. Estas cosas siempre eran fuente de conflictos. Yo pensaba que él se preocupaba demasiado. Él pensaba que yo asumía riesgos estúpidos. Y ninguno de los dos se equivocaba.

Alguien había convencido al rey de Tonga de que estaba sentado sobre un trono de petróleo y gas submarinos. Una empresa americana, Parker Oil and Drilling, se había prestado generosamente a hacer las prospecciones, y unos cuantos

empleados y sus familias se hospedaban en el mismo albergue a medio construir que nosotros. El albergue se llamaba El Buen Samaritano. El dueño, André, era francés. Había terminado de construir media docena de pequeños fales para turistas y estaba construyendo otros tantos más. También tenía un restaurante bastante chulo con un menú limitado pero muy bueno (por lo general pescado fresco) en el que él era el chef. Había pocas mesas en el restaurante de André. Un día me vi compartiendo mesa con Teka, una chica que formaba parte del séquito de la compañía Parker Oil. Era delgada, de rostro anguloso, tenía diecinueve años y era de Texas. Su padre hacía algo importante para el rey. Teka había dejado la universidad sin sacarse el título — estudiaba en la Sam Houston State University, en Huntsville—, y ahora iba de camino a Singapur, donde vivía su familia y donde ella trabajaba de modelo.

Teka desarrolló una especie de interés antropológico por Bryan y por mí. Por aquel entonces íbamos a surfear todos los días a Ha'atafu. Salíamos muy temprano, cuando los vientos eran flojos, y volvíamos al Buen Samaritano por la tarde, muertos de hambre y achicharrados por el sol. Las olas solían ser demasiado pequeñas, pero al menos tenían buena forma y gran potencia. Mis manos y pies eran una ensaladilla rusa de cortes de coral, y Bryan se había hecho un arañazo en la espalda que estaba en carne viva, y que yo tenía que hacerle una cura dos veces al día. En los pasos de los arrecifes que usábamos para surfear el agua era tan poco profunda que un día choqué con el fondo y le rompí la punta a mi preciosa tabla. Teka me observó mientras arreglaba el agujero en un improvisado banco de carpintero que me construí a la sombra de un árbol del pan.

Teka nos comunicó que Bryan y yo éramos exactamente iguales a todos los chulitos de playa que había en California, Florida y Hawái. No teníamos planes ni preocupaciones para el día de mañana. Nuestro tipo, nos dijo, se correspondía «en especial con el de Waikiki Beach. Si hubiera un terremoto, no os preocuparíais ni de vuestra casa ni de vuestro coche, y tan solo diríais: "Uau, otra experiencia nueva"».

«Lo único que os preocupa es encontrar una ola perfecta o algo así. Vamos a ver, ¿qué vais a hacer si la encontráis? ¿Surfearla cinco o seis veces? Y luego, ¿qué?».

Era una buena pregunta. Y lo único que podíamos hacer era confiar en que en algún momento estuviéramos obligados a contestarla. Pero mientras tanto, sin discutir si éramos o no eso que Teka había definido como «chulitos de playa», quería saber a quién conocía ella que tuviera unos objetivos más nobles que los nuestros. Su madre, dijo, ya que su madre se había propuesto «escribir un libro, o mejor, tres» durante aquel mismo verano. La madre de Teka, Cherie, se alojaba en el albergue. Se levantaba muy tarde y al mediodía ya estaba borracha. Su única ocupación conocida era tomar el sol, ponerse maquillaje, fumar marihuana con sus hijas y cambiarse de ropa muchas veces al día. Pero una noche me dijo: «Hoy te he metido en mi libro. Dice: "Te quiero"». O sea, que sí estaba escribiendo un libro; era mucho más de lo que podíamos presumir Bryan y yo. Teka también tenía otro ejemplo: su novio, que era gerente de una discoteca en Huntsville, pero que se había marcado el objetivo de llegar a ser algún día «el dueño y gerente de una tienda de moda masculina».

Uno de los jefes de equipo de Parker Oil era un tejano grandote y de gruesas gafas que se llamaba Gene. Tenía una cara como un moco de pavo, una voz ronca de fumador que daba miedo y una novia aborigen de diecisiete años. Gene rozaba los sesenta. Su novia era un bombón, pero no era feliz. Un día la oí hablando con la esposa de un ejecutivo de la Parker. Según le estaba contando, era huérfana, medio fiyiana, y por lo tanto, una especie de apestada en Tonga, donde apenas había mezcla de razas. Había tenido que hacerse prostituta, pero ahora quería escaparse de Gene. «Ayúdeme, ayúdeme», suplicaba.

La esposa del ejecutivo puso cara de preocupación. No pude oír lo que le contestó a la chica, pero estaba presente cuando se acercó a Gene. La mujer intentó

entablar tímidamente una conversación, y en cuanto pudo, mencionó que su joven amiga era medio fiyiana.

Gene soltó una risotada.

—No me importa lo que te haya dicho, cariño, no es más que una negra.

Aquella noche Brad se presentó montado a caballo. Le pregunté si se podía confiar en la policía para que obligaran a cumplir la ley a los empleados de Parker Oil. Me dirigió una mirada larga y meditabunda, y luego sacudió la cabeza. «La poli está con el rey», dijo. Si se presentaba una denuncia, quien iría a la cárcel sería la desesperada novia de Gene.

Le pedí a Brad que me contase cómo era su vida en Tonga. Me dijo que apenas salía de la zona donde vivía. Nuku'alofa, una ciudad pequeña y anodina, le parecía ya el colmo del bullicio. Era el único palagi de su poblado, que estaba más al norte, en la misma península, y en medio de la jungla. A sus vecinos y futuros parientes políticos les desconcertaba el surf. «Ven que me voy por la jungla, hacia el mar, con una cosa rara bajo el brazo. Y luego regreso, más tarde, con las manos vacías. Creen que soy un pésimo pescador. Lo único que sé hacer, según ellos, es flotar en el agua».

Era asombroso pensar que ese chico tan discreto y tranquilo hubiera estado surfeando él solo en Ha'atafu durante meses seguidos. Según me contó, cuando llegaban las olas de los ciclones del noroeste había surfeado olas dobles, es decir, olas que tenían el doble de su estatura. Eso me emocionó, pero al mismo tiempo, en Ha'atafu, donde las aguas eran muy poco profundas, aquello significaba un peligro terrible. Le pregunté si alguna vez había chocado contra el fondo. Me miró por el rabillo del ojo, como queriendo decir: «En cada sesión, tío; tú ya conoces el lugar». Pensé que si sufría un percance grave sería muy difícil socorrerlo, porque el arrecife estaba muy lejos de los lugares donde podrían atenderlo. Había que contar con las olas, las cabezas de coral, el rugido de las aguas revueltas, la vasta laguna, los

acantilados, y luego un kilómetro y medio de camino por la jungla hasta la aldea más próxima, y después al menos una hora en un autobús —si lo había— que lo llevara a la ciudad, donde los servicios médicos no debían de ser muy buenos. Todo eso se daba por supuesto, claro.

El conocimiento que Brad tenía de la Tonga rural sobrepasaba con mucho todo lo que yo pudiera aprender en el Pacífico Sur, a menos que me hiciera del Peace Corps o me casase con una nativa (o las dos cosas a la vez). Tuve que reírme de mí mismo. ¿Se sentía menos alienado gracias a su nueva existencia? No conocía lo suficiente a Brad como para atreverme a hacerle esta pregunta.

Yo sentía curiosidad por el rey de Tonga, Tupou IV. Era un monarca absoluto que pesaba, según se decía, doscientos kilos. Pero Brad palideció cuando empecé a hacerle preguntas sobre el rey. Estaba claro que no me conocía lo suficiente como para confesarme lo que sabía. Le pregunté si era cierto que todos los zorros voladores de Tonga eran propiedad del rey, y él era el único autorizado a cazarlos, cosa que explicaba por qué había tantos zorros voladores en los árboles por la noche. La historia me la había contado un pescador de Eua, pero Brad no quiso ni confirmarme ni desmentir la leyenda, y me informó de que tenía que irse a una sesión de estudio de la Biblia. Cogió el caballo y se fue galopando por la playa a la luz de la luna.

En Nuku'alofa vi una pintada que decía: «Todo progreso externo produce criminales». En la oficina de correos intenté enviar un telegrama a mi padre: cumplía cincuenta años, aunque no sé si el telegrama llegó a ser enviado. El tipo del mostrador se parecía a Stokely Carmichael y se había puesto pegatinas postales de colores por toda la cara. Tenía pinta de ser buen tipo, pero se puso a toquetear su vieja máquina de escribir de una forma tan torpe que no inspiraba mucha confianza. Desde que habíamos dejado Guam —y ya había pasado más de un mes— no había tenido noticias de mi familia ni de nadie más. Era imposible ponerse en contacto.

¿Cómo podía saber mi familia en qué país estábamos? Yo escribía montones de cartas —a mi familia, a Sharon—, pero tardaban varias semanas en llegar. Nunca se me ocurrió llamar por teléfono: entre otras cosas, porque era demasiado caro.

Volví caminando por una carretera que atravesaba casas sin terminar construidas con bloques de hormigón (probablemente la edificación se había detenido a la espera de que llegase la siguiente remesa de dinero de los parientes que vivían en Australia). Pasé frente a un cementerio. En las franjas de arena que rodeaban algunas tumbas se veían unas delgadas botellas de cerveza de color marrón —Steinlager, de Nueva Zelanda— metidas boca abajo. En Samoa y Tonga había botellas de cerveza Steinlager por todas partes. Los refrescos de frutas de la industria local se distribuían en botellas de esa marca, solo que con una nueva etiqueta. Las botellas se usaban como línea divisoria en los jardines y en los patios de colegio. En los cementerios de Tonga, al atardecer, siempre había mujeres mayores que cuidaban las tumbas de sus padres: alisaban los montículos de arena de coral hasta que adquirían la forma adecuada para un ataúd, barrían las hojas secas, lavaban a mano las descoloridas coronas de flores de plástico o colocaban bien los extraños diseños de granos de pimienta de color naranja y verde que resaltaban sobre la desvaída arena blanca.

Un escalofrío de mustia tristeza se apoderó de mí, y un dolor que provenía de algo que no era exactamente la añoranza. Tenía la sensación de haberme salido de los límites del mundo conocido. Eso no me importaba: había muchas maneras distintas de cartografiar el mundo. Para los americanos cosmopolitas, el mundo entero estaba cubierto por equipos de corresponsales que trabajaban para los mejores periódicos — el New York Times, el Washington Post, el Wall Street Journal— o para las mejores revistas, sobre todo en aquella época. Todos los lugares del mundo podían ser analizados por un reportero especializado. Bryan, que había ido a Yale, había entendido el funcionamiento de esa forma de cartografiar mucho antes que yo. Pero cuando me encontré un viejo ejemplar de Newsweek en el puente

de mando del capitán Brett Hilder e intenté leerme la columna de George Will, de pronto empecé a reírme a carcajadas. Los aires que se daba ese hombre de conocer a fondo los intríngulis de Washington combinados con el provincianismo que exhibía hacían que su texto fuera indescifrable. Porque ahora estábamos vagabundeando por un mundo que jamás formaría parte del reporterismo especializado (y al que George Will, por supuesto, nunca tendría acceso). Y eso que ese mundo estaba lleno de noticias novedosas, solo que llegaban de refilón, eran misteriosas y solo podían considerarse importantes si uno las escuchaba y las observaba y sabía evaluarlas.

En el ferri que volvía de Eua compartí el techo con tres chicos que me dijeron que iban a gastarse todo el dinero que tenían en ver todas las películas de kung fu y de vaqueros y de policías que ponían en los tres cines de Nuku'alofa. Uno de los chicos, delgado y sonriente —tenía catorce años— me contó que había dejado el colegio porque era «muy vago». Tenía un cómic japonés que iba pasando de mano en mano entre los ocupantes del techo. El cómic era un batiburrillo de lo más extraño: cursis dibujos animados para niños, monstruosas historias bélicas, culebrones de médicos y enfermeras, pornografía explícita. Uno de los tripulantes del ferri frunció el ceño cuando llegó a la parte pornográfica, arrancó las páginas, las estrujó y las arrojó al mar. Los chicos se rieron. Luego, con un rugido de asco, el marino arrojó el cómic entero al agua. Los chicos se rieron más fuerte aún. Miré las páginas arrancadas que flotaban en las aguas cristalinas de una laguna. Cerré los ojos. Sentí el peso de los mundos sin cartografiar, de los lenguajes por nacer. Y eso era justamente lo que yo iba buscando: no lo exótico, sino el vasto conocimiento que te permite descubrir lo que cada cosa es.

La tristeza de aquel cementerio anónimo, en el que unos ancianos aún no olvidados yacían bajo la arena, me contrajo el corazón. Parecía burlarse de la imprecisa y vaga empresa que estaba viviendo. Pero aún había cosas que me estaban reclamando. Quizá estaban en Fiyi.

Nuestra primera expedición a Fiyi fue una chapuza en toda regla. Primero nos dirigimos hacia el este desde Suva, la capital, que se halla en el lado occidental de la isla principal, Viti Levu, lo que significó adentrarnos aún más en el barro. Nuestras cartas indicaban una gran desembocadura de río con una bonita bahía curva y una canaleta con un buen ángulo en la barrera de arrecifes que en otros lugares detenían el paso de las olas que llegaban a la parte sudoriental de Viti Levu. La bahía existía, y las olas llegaban hasta allí, pero en realidad no eran más que una ola cenagosa que no se podía surfear. Sin embargo, tuvieron que pasar varios días antes de que nos diésemos cuenta, sobre todo porque nos bebimos el alcohol equivocado.

Bryan y yo sabíamos por experiencia que no debíamos presentarnos en los poblados remotos con las manos vacías. No era obligatorio llevar bolígrafos y globos para los niños, pero sí lo era llevarle un regalo al jefe o a los dueños de los terrenos litorales. El mejor regalo posible, la ofrenda tradicional, era una brazada de la raíz de la que se extrae el kava. En Fiyi se llama waka. Al salir de Suva habíamos planeado comprar un lote en un mercadillo agrícola que había cerca de la estación de autobuses, pero de repente nos dimos cuenta de que íbamos a perder el autobús —salía muy temprano por la mañana—, así que nos metimos a toda prisa en una tienda y compramos una botella de ron Frigate Overproof. Imaginamos que el ron sería bienvenido, y no nos equivocábamos. El problema fue que cuando llegamos a Nukui, un poblado cercano a la bahía que queríamos explorar —eso ocurrió tras un largo viaje en una canoa con motor fueraborda a través de unos manglares impresionantes —, el jefe, Timoci, que nos había recibido con gran afecto, se empeñó en abrir la botella de ron y compartirla con todos los hombres que estaban por allí. En un cuarto de hora nos habíamos ventilado la botella. Solo era media tarde y ya íbamos a cuatro patas. Aquel día nunca llegamos a la playa.

El kava es una bebida mucho más civilizada. Para obtenerla hay que machacar las raíces y prepararlas, y se suele consumir únicamente de noche. Un grupo, por lo general solo de hombres, se sienta sobre esterillas con las piernas cruzadas, formando un corro alrededor de un gran cuenco de madera que en Fiyi se llama tanoa. Se distribuyen tazones de cáscara de coco. En Fiyi el grupo da tres palmadas de sonido grave, y entonces el bebedor da una sola palmada y dice «Bula» («hola», o «vida») antes de coger el tazón, que se llama bilo. Al vaciar el tazón, el bebedor vuelve a dar una palmada y dice «Maka» (que se pronuncia «maza» y significa «seco» o «vacío»), y todo el mundo vuelve a dar tres palmadas a la vez. La ceremonia puede durar seis o siete horas en las que se consumen innumerables bilos. Se toca la guitarra, se cuentan historias y se cantan himnos, a menudo con unos coros asombrosos de voces de soprano.

Las malas olas de Nukui al menos sirvieron para que montásemos a los niños en nuestras tablas y los llevásemos hasta las franjas de espuma. Algunos niños aprendían muy deprisa. Unos cuantos se impacientaron, arrastraron dos troncos de cocotero al agua y empezaron a coger olas sobre los troncos. Los más pequeños corrían por la arena llevando en los pies collares de cáscaras de coco que hacían un ruido como el clopclop de las herraduras. Los niños de Nukui tenían un montón de juguetes fabricados a mano: nueces redondeadas que usaban en un juego que nunca terminaba y que se parecía a las canicas; collares con tapas de latas de conserva que giraban y emitían una especie de silbido; una hoja de cocotero enrollada en un palo que formaba un bonito molinete… En medio de ese mundo de dulce ingenuidad, una noche, tras haber consumido una gran cantidad de kava, me puse a mirar el techo de una choza y de pronto vi en un travesaño unas botas infantiles de caucho. Estaban llenas de polvo y tenían la vaga forma de unas botas de cowboy. Al verlas sentí una inesperada punzada de nostalgia. Eran un talismán que llegaba no solo del mundo de los productos fabricados en serie, sino también de mi infancia con el Llanero Solitario.

En la canoa que iba serpenteando a través de los manglares hasta el embarcadero donde estaba la parada del autobús, me tocó sentarme frente a una adolescente regordeta. En la camiseta llevaba el dibujo de un gato despatarrado y borracho sentado frente a un televisor, con la leyenda «La felicidad es una gatita borracha[4]». Tuve que concluir que nadie, empezando por la madre, había captado la broma. Los cielos plomizos del delta del río —no habíamos visto el sol desde nuestra llegada a Nukui— se abrieron de repente y descargaron un chaparrón helado que nos empapó de arriba abajo. Protegimos las mochilas con ponchos. Estaba claro que nos habíamos equivocado al elegir nuestro destino en Fiyi, un archipiélago que tiene trescientas islas.

Suva, una ciudad bulliciosa invadida por el verde más exuberante, es la ciudad más grande del Pacífico Sur. Se extiende por una península montañosa que da a un vasto puerto de aguas azules. Nos alojamos en un antro muy simpático —medio burdel y medio albergue— que se llamaba Harbourview. Los dueños eran una familia india. La mitad de la población de Fiyi (y casi toda la clase empresarial) es de origen hindú. Por la noche invadían el bar del Harbourview marinos de todas las nacionalidades, que se peleaban según unas pautas que ya estaban pasadas de moda y que luego se llevaban a las chicas del bar al piso de arriba. Dormíamos y guardábamos nuestros trastos en una habitación asfixiante en la que había varias literas y que costaba unos pocos dólares por noche. El centro de Suva estaba lleno de turistas, expatriados occidentales que vivían lejos de casa y pasajeros de cruceros turísticos. Nos enrollamos con unas chicas australianas que estaban de paso.

Nuestro plan era dirigirnos al oeste o tal vez al sur, hacia una de las islas que tenían muy buena pinta en nuestra previsión de olas. Suva es una escala habitual para los yates de recreo, así que empezamos a rastrear las ofertas de empleo que aparecían en el tablón del Real Club de Yates de Suva. Mientras esperábamos a encontrar algo que nos conviniera, empecé a pasar el día en la biblioteca de Suva. Estaba en un bonito y aireado edificio colonial del paseo marítimo. En una de sus

enormes mesas de lectura de caoba reemprendí, a mano, la escritura de mi novela ferroviaria, añadiendo nuevos personajes.

En el muelle de Suva había un par de yates de surfistas. Uno pertenecía a un americano que tenía una novia tahitiana. Iba hacia el oeste, pero su barco, el Capella, era muy pequeño. El otro era un queche australiano de diecisiete metros de eslora, de nombre Alias. Tenía el casco lleno de manchas de óxido y un aspecto muy marinero pero muy baqueteado por las tormentas, con vetustos y desgastados aparejos y bicicletas y tablas de surf apiñadas contra el guardamancebos de proa. Me imaginé que aquel barco tendría ochenta años de antigüedad; resultó que solo tenía dos. Lo había construido una comuna de surfistas, partiendo de cero, cerca de Perth, en Australia occidental, con madera robada y con piezas encontradas en la basura. Las mujeres de la comuna habían tenido que trabajar de camareras para mantener a los hombres que construían el barco. El casco era de ferrocemento. Un personaje alto, de pelo rizado y piel achicharrada por el sol, llamado Mick nos contó la historia del barco. El Alias casi no había sobrevivido a su viaje inaugural, porque sus novatos marineros, impacientes por encontrar buenos vientos, lo habían llevado hasta una latitud demasiado meridional, los terribles 40º Sur, y una galerna estuvo a punto de destrozarlo. «Las olas tenían la altura del mástil —dijo Mick—. Todos estábamos abajo, bajo cubierta, rezando porque creíamos que íbamos a morir». Cuando lograron llegar al sur de Australia, la mitad del grupo saltó a tierra jurando que jamás volvería a poner los pies en un barco. Cuatro personas —dos parejas— se quedaron a bordo. Pero ahora Jane, la novia de Mick, estaba a punto de tener un niño, así que el Alias no iría a ninguna parte hasta que ella diera a luz.

Una mañana, mientras yo estaba charlando con la gente del barco, la radio del Alias empezó a chisporrotear una noticia muy excitante. Yo me lo perdí, pero Mick, no. Empezó a gritar como si le hubieran pegado un tiro: «¡Graham! ¡Graham!». Graham era el otro surfista del barco. Apareció por la escalerilla, dos ojillos brillantes rodeados por una mata de pelo rubio. «Una izquierda perfecta de

trescientos metros —dijo Mick—. Lo acabo de oír. Creo que era Gary llamando a un colega suyo que está por aquí». Más tarde, Mick me explicó que había otro yate de surfistas en Fiyi, uno pilotado por un americano llamado Gary. Gary viajaba con el Capella, pero pocas semanas antes había decidido empezar a viajar por su cuenta. El mensaje de la radio se refería a un descubrimiento en algún punto del oeste. Mick fue a interrogar al colega de Graham al que iba destinada la llamada. Era un tipo receloso y regordete llamado Jim, al que no le hizo ninguna gracia que un australiano muy alto y muy terco le aplicase el tercer grado. Por fin reveló que Gary estaba navegando por el archipiélago de Yasawa, al noroeste de Fiyi, donde por lo visto había encontrado una ola. Pero aquello no tenía mucho sentido. Las islas Yasawa no podían recibir el mar de fondo del sur, porque entre medias se interponían el archipiélago de las Mamanucas y una vasta zona de atolones que se extendía al oeste de Viti Levu, llamada Nadi Waters.

Por fin empezó a circular la noticia de que un yate buscaba tripulantes. Mientras yo anotaba las señas, un inglés muy joven que también estaba consultando el tablón de anuncios me contó que acababa de ir a ver el yate en cuestión. «No lo cojas, amigo», me dijo. Según me contó, el patrón era un demente. Era americano, y toda la tripulación lo había abandonado ahí, en Suva, tras una corta travesía, y lo mismo le había ocurrido en otras muchas ocasiones anteriores. «Cuando te haces a la mar, empieza a insultarte y a humillarte y no para», me dijo el inglés. Acompañó la frase con el persuasivo gesto de un estremecimiento que le sacudía todo el cuerpo. «Es otro neoyorquino de esos que se empeñan en encontrar el camino al paraíso».

Al final nos fuimos de Suva en un autobús con destino al oeste. En la costa meridional de Viti Levu había muchos pueblos y aldeas de pescadores. En cuanto abandonamos la zona húmeda, los bosques tropicales fueron sustituidos por plantaciones de caña. Los letreros anunciaban hotelitos para turistas en las coquetas bahías bañadas por el sol. Cuando estirábamos el cuello en busca de olas, no

encontrábamos nada que fuese prometedor. Había mar de fondo, pero los arrecifes solían estar demasiado lejos y los alisios seguían soplando desde el mar.

El lugar más indicado para el surf era el extremo sudoccidental de Viti Levu. Por desgracia, esa zona no aparecía en las cartas náuticas que teníamos. En la tienda de accesorios náuticos de California donde las había comprado, el encargado me explicó que la carta de esa zona de las islas Fiyi, por absurdo que pareciese, llevaba clasificada como información reservada desde los tiempos de la segunda guerra mundial, cuando los aliados, preocupados por una posible invasión japonesa —Fiyi hubiera sido una buena cabeza de puente para atacar Nueva Zelanda y Australia—, prohibieron las cartas que mostrasen los pasos por los atolones de las Nadi Waters. De modo que estábamos obligados a fiarnos de nuestra propia intuición, aún más de lo que era habitual. De todas formas, era evidente por lo que se veía en cualquier mapa terrestre que debíamos explorar la desembocadura del río Sigatoka, que irrigaba casi toda la parte occidental de Viti Levu, y desde allí seguir explorando la costa occidental.

La desembocadura del Sigatoka resultó ser una horrible franja costera. Para empezar, estaba cubierta de enormes dunas de arena. Nunca habíamos visto nada igual en los trópicos, y todos los lugareños de los alrededores coincidían en decirnos que aquellas dunas no eran normales; más aún, estaban embrujadas. En mi modesta opinión, las olas que rompían al otro lado de las dunas no eran más que olas tropicales para principiantes. La rompiente era grande, estaba llena de niebla y tenía el agua muy fría. Parecía propia de Oregón o Carolina del Norte, no de las islas Fiyi.

El agua estaba fría porque la corriente del Sigatoka desembocaba al este de la playa, y el gran río no solo arrastraba el agua semidulce, muy fría y de color marrón, que bajaba de las montañas, sino un flujo constante de cadáveres de animales, embarradas esterillas de junco, bolsas de plástico y otras clases de basura. Todos estos elementos giraban y cabeceaban en el pico. Sin embargo, las olas eran buenas,

sobre todo por la mañana. Eran olas con forma de «A», cambiantes y potentes. Si uno se olvidaba de los cerdos muertos, eran las mejores olas que habíamos encontrado en el Pacífico Sur. No había ningún poblado cerca del pico —véase más arriba: dunas embrujadas—, así que fuimos caminando hacia el oeste hasta que encontramos un bosquecillo en una hondonada que había detrás de una duna enorme. Era un lugar bien protegido, tanto de los alisios como de los posibles intrusos, que únicamente podían aproximarse desde una sola dirección. Decidimos acampar allí.

La tienda que llevábamos era demasiado pequeña para que los dos pudiéramos compartirla con comodidad. De todas formas, yo prefería dormir fuera. El primer día descubrimos que la hondonada de nuestro campamento tenía una extraordinaria actividad nocturna: ratas, cangrejos, serpientes, ciempiés y mejor no saber cuántas cosas más. Colgué una hamaca y pude dormir mucho mejor. Si necesitábamos provisiones, íbamos andando a un poblado del interior llamado Yadua. Preparábamos el té con un hornillo alimentado por cartuchos azules de propano. Si queríamos cocinar algo mejor, como gachas o carne enlatada, encendíamos una hoguera. Una noche, la lluvia me obligó a refugiarme en la tienda. No me gustaba tener que apretujarme contra Bryan, e imaginaba que a él le pasaba lo mismo. Salí de la tienda con las primeras luces. Había mucha más basura flotando en el agua —la había arrastrado el gran chaparrón—, pero las olas que se habían formado de la noche a la mañana eran buenísimas.

Cerca de la desembocadura del río había un canal que iba mar adentro y que nos parecía fiable. Lo usamos para ir remando. Pero cuando las olas empezaron a ser grandes —cosa de metro y medio— comenzaron a formarse otras series en los bancos de arena de afuera. Además, las hilachas de niebla helada que llegaban desde los bancos y cubrían el agua de color marrón —gélidas consecuencias del extraño microclima del río Sigatoka— te hacían pensar que podía haber cosas mucho más feas acechando por allí, como una serie enorme que pudiera hacernos

papilla. De hecho, yo ya me había llevado una buena tunda con alguna izquierda cuando surfeaba alejándome del canal. Me decía que debía ceñirme a las derechas, pero entonces aparecía una cresta maravillosa por la izquierda y yo descubría que me faltaba fuerza de voluntad para negarme a seguirla. ¿He mencionado ya que en aquel pico había tiburones? Cuando les contamos a los pescadores de Yadua que cogíamos olas por allí, nos dijeron, con algo muy parecido a una mezcla de asco y miedo, que estábamos locos: aquella playa era un nido de tiburones. Teniendo en cuenta la cantidad de cadáveres que flotaba en el agua, ya nos lo habíamos imaginado. Pero el ataque de un tiburón era tan solo el tercer motivo de preocupación en mi lista de peligros de Sigatoka: el primero era ahogarme bajo una serie asesina; y el segundo, pillar una enfermedad grave a causa de la carroña que flotaba en el agua.

Bryan cumplió treinta años en nuestro campamento de la playa, pero no me lo dijo hasta un tiempo después. Me quedé de piedra. Me pareció que era muy raro callarse un secreto como aquel. Pero quizá «secreto» no fuese la palabra adecuada. En realidad era más bien silencio, un deseo de intimidad, el rechazo a un sentimiento convencional y palmario; todo muy típico de Bryan. A pesar de nuestra profunda amistad, y a pesar de que nos pasábamos el día juntos, yo siempre sentía que Bryan, en los asuntos importantes, se cerraba y me dejaba fuera; cuando levantaba la guardia para protegerse, ¿lo hacía contra mí en particular, o más bien contra todo el mundo en general? La trasnochada virilidad de Bryan, que tanta gente —y yo también— consideraba irresistible, acarreaba asimismo un poderoso sentimiento de soledad. Pero Bryan también me sorprendió cuando me dijo, llegado el momento, que no conocía una forma mejor de celebrar su trigésimo cumpleaños que surfear en los Mares del Sur, muy lejos del mundo conocido.

¿Bryan era feliz? Yo, la verdad, no mucho. Estaba empeñado en continuar nuestra búsqueda y en seguir adelante, y una buena sesión de surf me procuraba una íntima satisfacción; también me interesaba Fiyi, que ofrecía no solo una rica

muestra de la vida preindustrial que tanto me fascinaba, sino una mayor complejidad social, una vida política mucho más animada y muchas más mujeres interesantes que Tonga o que Samoa Occidental (aquí también incluyo a las australianas). Pero a pesar de todo esto, yo seguía cayendo en frecuentes episodios de ansiedad y de dudas hirientes. Y era evidente que no veía a Bryan de la misma forma que él se veía a sí mismo, cosa que me desconcertaba.

A mí me parecía que iba un poco pasado de rosca. Bryan decía que estaba encantado de estar en Fiyi, pero su actitud lo desmentía. Le irritaban —a mi parecer, de forma injustificada— los pequeños conflictos y las docenas de personas inocuas que nos encontrábamos por el camino. Le había dado por caminar con los hombros encorvados, el ceño fruncido y las manos a la espalda, y también por suspirar a menudo y por hacer declaraciones demasiado categóricas sobre la imbecilidad de determinadas personas y cosas que veíamos. ¿Qué opinaba del conductor de autobús que nos dijo que podíamos ir andando desde Sigatoka hasta la costa? Pues que tenía tanta idea de dónde estaba el mar como de adivinar por qué parte de la carretera iba conduciendo. ¿Y de esa señora estrábica que llevaba el Harbourview? Que era una estafadora y un peligro público. Empecé a pensar que Bryan actuaba de una forma que daba miedo. Y desde luego, comenzaba a ponerme nervioso.

En Yadua bebimos kava con unos cuantos tipos. Tenían una choza al final del pueblo que daba a una carretera asfaltada que llevaba el nombre de Queens Road, lo que proporcionaba a su poblado el aspecto de una población de carretera en vez de una remota aldea rural. Pero aun así, la ceremonia del kava se llevaba a cabo como en cualquier otro lugar. Empezaba al atardecer. Cuando se acababan las olas nos íbamos al poblado, y a veces volvíamos a nuestro campamento haciendo eses, ya pasada la medianoche. Los habituales de la ceremonia del kava eran pescadores que tenían las barcas fondeadas en una cala cerca de la zona de dunas, pero también asistían otros hombres de Yadua. La única mujer que había allí era la mujer de un tipo llamado Waqa. La mujer ayudaba a preparar y a servir el brebaje. La gente,

como es natural, sentía una gran curiosidad por los palagis que acampaban por allí cerca —los blancos, en Fiyi, eran kaivalagis—, pero también se comportaba con una extraordinaria delicadeza y nos dejaba explicarnos a nuestro propio ritmo, y siempre que a nosotros nos apeteciera.

Me gustaba observar a la gente que charlaba, aunque no comprendiera ni una sola palabra de lo que decían, cosa que sucedía a menudo porque casi siempre hablaban en fiyiano. Los fiyianos parecían estar en posesión de un sinfín de complejas y corteses expresiones para usar durante las relaciones sociales. Utilizaban la boca, las manos, los ojos —los medios expresivos habituales—, pero también la barbilla, las cejas, los hombros, cualquier cosa. Y mejor aún era observar a la gente que escuchaba. Había una simpática expresión que usaba mucha gente y que yo no recordaba haber visto nunca: un ligero y brusco movimiento lateral de cabeza combinado con una inclinación constante del cuello, pero pasito a pasito, a la manera de los pájaros. Lo interpreté como un gesto de extrema tolerancia. El oyente iba reajustando su mente en diferentes ángulos, a fin de poder prestar atención a los diversos hablantes y a las diversas opiniones con la máxima ecuanimidad. Nosotros, los kaivalagis, provocábamos una visible aceleración de esta reubicación a la vez mental y vertebral, o al menos yo saqué esa impresión, aunque quizá todo fuera paranoia.

Mientras tanto, el malhumor de Bryan estaba poniendo a prueba mi ecuanimidad de un modo que ni siquiera los brebajes que hacen que todo te dé vueltas me permitían tolerar. Una noche, inflamado por el valor infundido por el kava, le comuniqué que estaba harto de tener que andar con pies de barro por su culpa. Me respondió, atónito, que él estaba harto de tener que andar con pies de barro por mi culpa. Volvimos caminando al campamento, bajo una luna gibosa, con un humor maravilloso. Le dije que ojalá su tienda estuviera llena de escorpiones. Me dijo que ojalá me cayera de la hamaca. La expresión, todo hay que decirlo, es andar con pies de plomo, no andar con pies de barro.

Cuantas más veces mirábamos en el mapa el archipiélago de las Yasawas —las islas donde se suponía que el surfista americano del yate había encontrado olas—, más estúpida nos parecía la idea. Dada la situación geográfica en que se hallaban, el mar de fondo del sur tenía bloqueado el paso, y punto. Pero aun así fuimos a Lautoka, un puerto en el noroeste de Viti Levu. Desde allí zarpaban algunos barcos hacia las Yasawas. En el muelle nos asaltó la duda: evaluamos el precio de los ferris y empezamos a hacer preguntas. Lo que averiguamos no nos hizo cambiar de idea: ir hasta allí con las tablas de surf era una tontería. Derrotados, abandonamos la idea de seguir surfeando por el oeste de Fiyi y compramos billetes para el autobús que partía a primera hora de la mañana de vuelta a Suva. Pero no llegamos más allá de la estación de autobuses. Bryan tenía un dolor de estómago cada vez más fuerte. Era imposible que hiciera un largo viaje en autobús que iba a durar un día entero. Volvimos al hotel. Bryan se metió en la cama. Yo me fui a dar una vuelta por Lautoka.

Por la tarde vi una cosa muy rara por la calle: pelo rubio. Y más raro aún, una chica occidental. La seguí hasta un café y me presenté. Era de Nueva Zelanda, se llamaba Lynn y tenía una conversación muy agradable. Mientras nos tomábamos un café, me dijo que iba en un yate con una pareja de chicos americanos —uno de ellos era su novio— y una mujer tahitiana.

Le pregunté por dónde habían navegado. Me contestó que habían estado fondeados en un islote deshabitado «para que los chicos pudieran surfear».

¡Vaya!

Sabía que estaba revelando un secreto, pero parecía disfrutar con la travesura. Me dijo que su novio era profesor en la Samoa americana. Se llamaba John Ritter.

Le dije que lo conocía. En realidad, otro profesor de Guam nos había aconsejado buscar a Ritter en Pago Pago, pero nunca llegamos a poner los pies en la isla. «Es fantástico», dije, «¿por qué no me llevas a verle?».

Y lo hizo.

Ritter se sobresaltó cuando me vio aparecer con Lynn, y luego se mosqueó aún más cuando empecé a soltar nombres de surfistas conocidos suyos que vivían en Guam y encima le insistí para que viniera a nuestro hotel a conocer a Bryan. Ritter era un tipo de voz suave y mirada alerta que se acercaba a los treinta años. Tenía el pelo tupido y blanqueado por el sol y llevaba unas viejas gafas de abuelita unidas por tiras de esparadrapo. Ni siquiera se molestaba en ocultar su enfado con Lynn. Pero enseguida se dio cuenta de que el jueguecito se había terminado y aceptó ir a tomar una cerveza con nosotros.

Entonces nos contó que la ola no estaba en las Yasawas. Eso era una treta. La ola estaba en las Mamanucas, cosa que era mucho más lógica. De hecho estaba en la barrera de coral de Malolo que protegía las Mamanucas, en el extremo meridional de las Nadi Waters. La isla se llamaba Tavarua y estaba a unos ocho kilómetros al oeste de Viti Levu. El mar de fondo rolaba a lo largo de la parte occidental de la isla y luego se ponía de cara a los vientos alisios. Ritter dibujó un plano en una servilleta. Pero nos dijo que podía ser una ola muy caprichosa. Necesitaba el mar de fondo adecuado. Y no quiso contarnos nada más.

Al día siguiente, mientras nos preparábamos para ir a investigar, descubrí la carta de navegación que nos faltaba. Por raro que parezca, estaba en un expositor de folletos para turistas. La carta prohibida se había usado como fondo para un anuncio, tamaño salvamantel, de un «mágico crucero de tres días por las lagunas» en un yate que operaba en un hotel de la costa. El anuncio estaba impreso en un grueso papel marrón con los bordes arrugados como si fuera un antiguo mapa pirata de la isla del tesoro. La carta de navegación debía de haber sido sustraída de una biblioteca particular en los tiempos anteriores a la guerra, y era justo lo que nos hacía falta, la pieza clave de nuestra colección. En la carta aparecía Tavarua, y también la larga barrera de coral que se extendía al noroeste de la isla. Las leyendas

«fuertes rompientes», «bañada por las olas» la rodeaban. El pueblo más cercano a Tavarua en Viti Levu se llamaba Nabila.

Cogimos el autobús. El poblado quedaba a varios kilómetros de la carretera asfaltada. Un pequeño ferrocarril para el transporte de caña de azúcar pasaba bajo resecas colinas marrones. En la costa sin olas crecían gran cantidad de manglares. El autobús se detuvo junto a un árbol del pan. «Nabila», dijo el conductor. En el poblado, silencioso y soñoliento, hacía mucho calor. No parecía haber nadie en ningún sitio. Subimos por un camino que serpenteaba entre chozas de barro con techumbre de caña hasta una colina que se alzaba tras el poblado. De las chozas salieron corriendo un montón de niños sorprendidos. Por allí no debía de haber muchos turistas. El camino estaba lleno de polvo y hacía mucho calor. Unos cien metros más arriba encontramos un buen observatorio. Nos dimos la vuelta y apuntamos con los gemelos hacia el islote que se veía en el canal. Dimos enseguida con la ola: venía del noroeste tras haber virado unos ciento ochenta grados. Era una izquierda muy larga que se iba estrechando de forma muy precisa. Las paredes, de color gris, se elevaban en el agua gris pálido. Ya la teníamos. El pico era de una simetría que parecía sobrenatural. Las olas rompían con tanta perfección que parecían fotogramas. Ni siquiera se veían secciones en las olas. Mirando por los prismáticos, me olvidé de respirar durante seis largas series. Dios santo, ya la teníamos.

Los pescadores que nos llevaron desde Nabila no habían visto nunca una tabla de surf. Ni siquiera las habían visto en foto o en dibujo. Se negaron a creer que las usásemos para surfear. Creían que eran pequeñas alas de avión. ¿Las usábamos para pescar? Cuando llegamos a Tavarua quitamos el fueraborda y cruzamos un canal erizado de corales que había en la costa nordeste; luego empezamos a costear la isla. Enseguida nos dimos cuenta de que las olas habían disminuido mucho de

tamaño en comparación con las del día anterior. Incluso parecían demasiado pequeñas para surfear. Pero temí que nuestros compañeros de embarcación viesen confirmados sus prejuicios si no veían surfear a nadie, así que me metí en el agua y me puse a remar muy deprisa. El agua del arrecife era muy poco profunda —tenía menos de treinta centímetros— y las olas tan solo llegaban a la rodilla; además, eran demasiado débiles y rápidas para surfear. Pero conseguí pillar una, y cuando me puse de pie, oí gritos y silbidos procedentes de la playa. Surfeé unos cuantos metros de pie y luego me tendí sobre la tabla. Las olas que habíamos visto desde la colina ya se habían esfumado.

Por quedarse a ver aquella mínima exhibición, nuestros amigos se vieron atrapados por la marea baja. Tuvieron que atar la barca a un árbol. Muy pronto se quedó varada en la arena. Eran cuatro pescadores, todos hindúes. El jefe se llamaba Bob. Rechoncho, voluble, de mediana edad, le gustaba dar órdenes a gritos a Peter, su sobrino, que tenía veintinueve años. Luego había un niño de ocho años, Atiljan, y un anciano silencioso y delgado con bigote blanco. Bob y Peter nos dieron las instrucciones. En primer lugar, las serpientes. Centenares de serpientes marinas rayadas, una especie muy venenosa, llegaban por la noche a la playa en busca de agua dulce. «Juega con la serpiente y vas a sufrir», dijo Peter. Caminó por la playa y al instante encontró una serpiente, la agarró por detrás de la cabeza y la levantó. Medía como un metro veinte, tenía anillas negras y blancas y una cola en forma de remo. Peter la devolvió con mucho cuidado al agua. Habíamos oído decir que esta serpiente (Laticauda colubrina) —el nombre en fiyiano era dadakulachi— tenía el apodo de «la serpiente de los tres pasos», porque lo más probable era que no pudieras caminar más de tres pasos si te picaba. Se decía que era la sexta serpiente más venenosa del mundo por el cóctel fatídico de neurotoxinas y miotoxinas que liberaba por sus colmillos. La buena noticia era que tenía la boca muy pequeña. Peter nos enseñó cómo teníamos que cerrar el puño si cogíamos una o remábamos a su lado, para que no nos pudiera morder entre los dedos.

¿Y entre los dedos de los pies?

Peter se encogió de hombros. Normalmente no eran muy agresivas.

Bob nos enseñó tres pilas de madera seca en el linde de la jungla de la costa este. La madera era para encender una hoguera de señales. Los pescadores las usaban para comunicarse con sus familiares de Viti Levu. Una hoguera significaba que todo iba bien, pero que te quedabas en la isla para evitar el mal tiempo. Dos hogueras significaban que te había pasado algo y necesitabas ayuda. «Tal vez el motor que no funciona». Las tres hogueras indicaban una urgencia. Si uno de nosotros se hacía una herida importante, teníamos que encender las tres hogueras cuando se hiciera de noche. Y llegaría una barca de rescate «incluso con mal tiempo».

Nos enseñaron dónde había papayas silvestres cerca del linde de la espesura, y también dónde se podía coger buen pescado, cerca de la orilla, con la marea alta. La marea estaba volviendo a subir, y en poco tiempo estaría lo suficientemente alta como para permitirles volver a cruzar los arrecifes, pero Bob dijo que el viento era demasiado fuerte. Se quedarían a pasar la noche con nosotros. Más tarde encendería una de las hogueras para anunciar a sus familias de Nabila que estaban allí. Peter se fue con una caña de pescar a la zona de pesca y al instante volvió con una docena de lisas. Las asamos sobre un lecho de ramas, nos las comimos con los dedos y las hicimos bajar bebiendo leche verde de coco. Bob se puso a inspeccionar nuestras provisiones. No le gustó mucho nuestro equipo de pesca, todavía sin usar. Le ordenó a Peter que nos dejara más sedal y mejores anzuelos. Muy por encima de nosotros, el viento se estrellaba contra los cocoteros. El sol se puso por las islas Mamanucas más occidentales.

Nuestro campamento, que situado al borde de la jungla, daba al pico, estaba bien protegido de los vientos alisios y contaba con la única estructura construida por el hombre —según nos dijeron los pescadores— que había en toda Tavarua: un

secadero de pescado. El secadero constaba de seis estacas cortas metidas en la arena y una malla de cañas extendida sobre la superficie, a medio metro del suelo. Tenía el tamaño y la forma de una cama individual. Comprobé la resistencia de la malla. Parecía resistente. Bob asintió con la cabeza, dando su aprobación. Dijo que era un buen sitio para dormir. Las serpientes, que eran muy rápidas en el agua, pero muy torpes en tierra firme, no sabían trepar por las estacas. Bryan nos comunicó que iba a dormir en la tienda. La montó y la cerró muy bien con la cremallera, y me dijo, por lenguaje de signos, que si se encontraba el cierre de la cremallera abierto, yo podía estar seguro de que me iba a torturar con estacas afiladas y el machete de Bob y nuestro abrelatas. Y a lo mejor hasta usaba un tenedor para comer sesos, ese souvenir típico de Fiyi que supuestamente se había utilizado en los tiempos del canibalismo. Salió la luna. Peter, mirando el fuego, nos contó que llevaba el pelo muy corto y

mal cortado porque hacía poco había perdido a su padre. Peter tenía un aire inocente y jovial que inspiraba confianza. Era alto, de dientes grandes e iba muy mal afeitado. Su vida sonaba muy complicada. Habló de una novia sobre la que aún no se había decidido. «Si la dejo, tiene que casarse —nos dijo—. No puede quedarse en casa. Ya sabéis cómo es la gente, no puede pasarse sin sexo». Bob le ordenó que fuera a ver cómo estaba la barca, a la que había que echarle el ancla. Peter se puso en pie de un salto y se quitó la ropa. Bob gritó: «Venga ya, hijo de puta, nadie quiere verte esa cochina polla». Peter se perdió en la oscuridad.

Bob se metió en la funda de mi tabla. Peter usó la de Bryan como si fuera un saco de dormir, y se colocó la parte superior de la funda en la cabeza, a modo de capucha. El viejo siguió alimentando el fuego. Cada vez que echaba una nueva hoja de palma, Peter se despertaba, sacaba una novela barata y se ponía a leer unas cuantas páginas a la luz de la hoguera. El libro era una novela de detectives escrita en hindi; tenía una chillona cubierta ya muy desgastada. El pequeño Atiljan se había echado a dormir sobre un lecho de palmas verdes que él mismo se había preparado.

El anciano no quería dormir. Rezaba y cantaba en voz muy baja, y sus canciones y rezos se fueron colando en mis sueños. Tenía un rostro muy afilado y los pómulos altos y marcados. Cada vez que la hoguera crepitaba y soltaba un destello, yo lo veía mirando hacia el este, como intentando atravesar la noche, en dirección a Nabila, que estaba al otro lado del canal.

El quinto día, o quizá fuera el sexto, por fin surfeamos. Las olas eran aún muy pequeñas, pero estábamos tan impacientes que nos pusimos en movimiento en cuanto vimos el primer atisbo de marejada. Olas por el muslo iban cruzando el arrecife, pero casi todas eran demasiado rápidas para surfearlas. Aun así, las pocas que cogíamos eran maravillosas. Tenían forma de tirachinas. Si podías hacer una rápida bajada cruzada, alcanzar la suficiente velocidad para que la curva no pasara de largo y luego conseguías trazar la trayectoria correcta, la ola parecía levantar la cola de la tabla y arrojarla sobre la línea, una y otra y otra vez, mientras el labio iba rompiendo continuamente por encima de tu espalda (un momento peligroso que normalmente solo dura un instante, aunque allí parecía durar, por imposible que fuese, medio minuto o más). El agua se iba haciendo menos y menos profunda y hasta las mejores olas terminaban mal, pero la velocidad era de ensueño. Nunca había visto una ola que fuese cerrando con tanta perfección.

Con la pleamar sucedió algo muy extraño. Cesó el viento y el agua se volvió mucho más transparente de lo que ya era. Era mediodía y el sol que caía a plomo volvía invisible el agua. Parecía que estuviéramos suspendidos sobre el arrecife, flotando sobre un etéreo colchón de nada, sin poder calcular la profundidad a menos que rozásemos por casualidad una cabeza de coral. Las olas que se acercaban eran ilusiones ópticas. Las atravesabas con la mirada y veías en su lugar el cielo y el mar y el fondo marino que había detrás de ellas. Cuando cogí una y me puse de pie, la ola desapareció. Yo iba volando sobre la pared, pero lo único que podía ver era el arrecife multicolor que se deslizaba bajo mis pies. Era como surfear en el aire. La ola era tan pequeña y traslúcida que yo no sabía si estaba viendo la pared o bien la

parte delantera o la parte trasera de la ola. A mi alrededor no había nada más que agua transparente. Tenía que surfear por puro instinto y todo ocurría como en un sueño. Cuando sentía que la ola aceleraba, me agachaba para ganar velocidad, y de pronto podía volver a verla, pues la cresta —de una cintura de alto—, vista desde abajo, quedaba más alta que el horizonte.

Pero volvieron a soplar los alisios, la superficie del agua se agitó y la transparencia absoluta desapareció.

Cuando bajó la marea, volvimos a la playa.

Nuestras manos, pies, rodillas, antebrazos y en el caso de Bryan, también la espalda: todo chorreaba sangre a causa de las heridas que nos habíamos hecho en el arrecife. Incluso con marea intermedia parecía imposible de surfear.

Yo había copiado a mano, en un pequeño cuaderno multiusos, ocho páginas de instrucciones para primeros auxilios. Infecciones, fracturas, conmoción cerebral, quemaduras, envenenamiento, heridas en la cabeza, insolación, incluso heridas de bala: los procedimientos básicos de los primeros auxilios se exponían en unas meticulosas listas con abundantes subrayados. Yo no tenía formación médica, y Bryan tampoco, al menos por lo que yo sabía. Pero le enseñé dónde guardaba las instrucciones, metidas entre dibujos de Nuku'alofa y notas para mi novela ferroviaria. A veces yo mismo las releía, procurando aprendérmelas de memoria. No tenía mucho éxito. Ahogamientos, esguinces, torniquetes, quedarse inconsciente: a mi mente primitiva le parecía que imaginar de forma demasiado válida aquellas calamidades podía traer mala suerte. Era inútil aprendérselo de memoria. Bryan me comentó que algo mucho más habitual, como una apendicitis, podría acabar con nosotros en un periquete. Para encender las hogueras, por ejemplo, tendríamos que esperar a que se hiciera de noche. Era muy cierto. Pero, de nuevo, anticipar todo aquello me parecía de mal agüero.

En veinticinco minutos se podía recorrer la isla entera, y eso sin darse prisa. Bryan contó los rastros frescos de serpiente que habían quedado sobre la arena de la playa en una sola mañana: Ciento diecisiete. Pero las serpientes, como nos había dicho Bob, no eran muy activas en tierra firme. Tardaban varios minutos en cruzar los diez metros de arena que había entre la marca de la pleamar y el borde de la jungla. Además, eran fáciles de ver y no se mostraban nada agresivas. Si uno se alejaba por la noche del campamento, bastaba una linterna para evitar pisarlas. Pero casi todos mis encuentros con dadakulachis ocurrían en el agua, donde había muchísimas, tanto en la superficie como en el fondo, y tanto en el arrecife como en la laguna.

En realidad, todo lo que había en el arrecife se presentaba en abundante cantidad: erizos, anguilas, pulpos y, según mis cálculos más bien conservadores, unos ocho millones de especies distintas de peces. Todos los días, con la pleamar, provisto de gafas y tubo de buceo —pero sin aletas ni arpón—, nadaba hasta el arrecife y me dejaba llevar por las corrientes, persiguiendo por los canales poco profundos los bancos de criaturas absurdamente hermosas que pululaban entre las formaciones de coral, entre la gorgonia roja con forma de árbol, las imperturbables formas verdosas del coral cerebro y las astas amenazadoras del coral cuerno de alce. Pude reconocer algunos —pocos— rostros familiares: el pez loro, el pez cabra de aletas amarillas, el pez ballesta de morro romo (¡humuhumu!), el mero. Parecía haber centenares de tipos diferentes de loritos. También había gobios, peces ángel emperador, peces globo. Creí ver emperadores, blanquillos, cirujanos, pargos, blenios, lutjanus, ídolos moros. Vi barracudas y un pequeño tiburón de puntas blancas. Y aun así, la mayoría de esa innumerable cantidad de peces que se buscaban la vida en la banda costera eran para mí criaturas misteriosas que carecían de nombre. Algunas eran tan caprichosamente hermosas que a veces yo soltaba un gruñido de admiración por el tubo de buceo.

Cuando íbamos a pescar, los resultados eran calamitosos. Aunque usábamos los anzuelos y el sedal que nos habían dejado los pescadores, y aunque conocíamos las mejores zonas de pesca y los horarios de las mareas, no lográbamos pescar nada. Conseguí atrapar un pulpo en el arrecife, lo estuve golpeando con todas mis fuerzas y lo herví al máximo —usando demasiada agua potable—, pero aun así resultó demasiado correoso para comérselo (más tarde descubrí que debería haber usado sal, si la hubiéramos tenido, claro). En general, nuestra tarea de subsistir con lo que encontrábamos en el mar y en tierra firme resultó un desastre. Enseguida tuvimos que ponernos a comer todas las papayas maduras que encontrábamos. Logré coger cocos verdes subiéndome a los cocoteros más bajos y con el tronco más doblado por el peso de las hojas, pero los más altos y rectos desafiaban todas mis posibilidades. Había un montón de carnosos murciélagos con la cara cubierta de franjas amarillas —de día colgaban como grises vainas de semillas de las ramas más altas de los árboles, y por la noche volaban en vuelo rasante por encima de nuestras cabezas—, y con ellos tal vez se pudiera haber hecho una apetitosa sopa de murciélago; el problema era que no teníamos ni idea de cómo capturarlos. Y también había cangrejos de todas clases, pero los que parecían más apetecibles perdieron todo su encanto cuando vimos lo rápido que excavaban y devoraban los excrementos humanos.

Por suerte nos habíamos llevado comida al islote. Latas de carne de cerdo con alubias, estofado de ternera, corned beef, sopas de sobre, sopa de fideos chinos, galletas saladas, mermelada. También teníamos el mínimo imprescindible de agua. En la isla no había agua potable. Por lo visto, las dadakulachi bebían gotas de rocío y el agua de las charcas cenagosas que se formaban entre la maleza. Lamentamos no haber llevado nada dulce. Soñábamos con nuestras comidas favoritas del viejo mundo: pollo frito, enormes hamburguesas americanas. Incluso el chow mein de cabra que comíamos en Suva nos parecía ahora delicioso. Hicimos una lista de todos los bares de Missoula, Montana, en los que alguno de los dos se había tomado una

copa, y resultó que eran cincuenta y tres. Nos dimos cuenta de que nos estábamos convirtiendo en personajes de una tira cómica sobre náufragos en una isla desierta. «Hazme un favor, ¿quieres? Deja ya de decir entre nous». Por la noche veíamos aviones de pasajeros que sobrevolaban la isla y barcos que cruzaban las Nadi Waters rumbo a Lautoka, todos resplandecientes de lucecitas. Parecíamos miembros de una secta que idolatrara los vehículos de transporte y se entusiasmara con las luces eléctricas. Yo, en especial, echaba de menos las sillas.

Tal como habíamos quedado, Bob y su grupo volvieron una semana más tarde. Dejamos las tablas y casi todo el equipo en la isla y fuimos a Nadi, una ciudad al sur de Lautoka, a comprar las provisiones que nos hacían falta. A la tarde siguiente ya estábamos de vuelta en Tavarua.

El primer mar sólido llegó a la semana siguiente, en torno al 1 de agosto. Hubo días de olas de un cuerpo. Y días con olas por encima de la cabeza. Oníricas, cargadas de energía eléctrica, el recuerdo de aquellas sesiones se mezclan en mi memoria. El 24 de agosto, según mi diario, las olas llegaban dos veces por encima de la cabeza, es decir, tenían el doble de la altura de un hombre.

El pico tenía mil caprichitos, pero en general se volvía mucho mejor a medida que las olas se hacían más grandes. Cuando alcanzaban los dos metros, eran de lejos las mejores que habíamos visto en la vida. Al aumentar de tamaño, la regularidad mecánica de la cresta iba ganando consistencia. Sus rugientes profundidades y el techo abovedado parecían un milagro recurrente, y la textura de la superficie y las potentes nervaduras de la pared repleta de sutiles detalles —ahora bien visibles— hacían que cada ola estuviera impregnada de la excepcionalidad de una ocasión única en la vida. A veces el viento rolaba al este, de modo que se estrellaba contra la cresta y te soltaba una fuerte salpicadura en la cara, sobre todo en los últimos cien metros del canal. Si el viento soplaba del sur o del sudoeste, llegaba por el lado occidental de la isla, desordenando las olas que se aproximaban al abrigo natural del

extremo meridional del arrecife, de medio kilómetro de extensión. Pero de repente se aclaraban al virar hacia el pico, y el cóncavo de las olas se combinaba con un viento rezagado que se colaba bajo la tabla y te susurraba: «Adelante».

Buscamos con calma el takeoff del pico. Había unos árboles muy altos que, si los imaginabas formando un triángulo, podían servir como referencia, y también había remolinos alrededor de las grandes cabezas de coral, cerca de lo que parecía ser el punto más alejado del pico. La corriente variaba de liviana a muy fuerte y discurría hacia arriba o hacia abajo del arrecife, dependiendo de los flujos de la marea. Cuando las olas se formaban en aguas más profundas, y por tanto eran más grandes, disminuían las probabilidades de sufrir un accidente estrellándote contra el arrecife. Pero seguía siendo muy importante meterse en la ola en el momento adecuado, y eso que cogerla, incluso en el mejor lugar del pico, era como saltar a un tren en marcha que jamás disminuyese de velocidad. Lo mejor era remar fuerte, dando enérgicas brazadas y remontando a contracorriente las aguas que se escurrían por el arrecife, y luego virar hacia la izquierda mientras la ola empezaba a levantar la tabla. Entonces tenías que meterte con toda la fuerza posible en el fondo de la pared, te ponías de pie enseguida y aprovechabas la velocidad acumulada en el seno de la ola dando un saltito sobre la tabla antes de ponerte en línea, es decir, antes de trazar la trayectoria inicial que debe ajustarse al máximo a las características de cada ola en particular. Cuando las olas se hacían más grandes y consistentes, decidir cuál debíamos coger se convertía en un desafío. En aquellos momentos yo tenía que combatir el exceso de adrenalina. Al remontar la primera ola de una serie, si veía las formas que iban elevándose por detrás, mientras la siguiente ola ya empezaba a rugir y a romper en la parte superior del arrecife, yo me ponía a jadear con el corazón acelerado y un estremecimiento sacudía mi mente. ¿Qué tenía que hacer? Nunca me había enfrentado a tal abundancia de olas.

Para mí, como regular, resultaba una triste ironía que la ola fuese una izquierda, ya que solo podía surfearla la mitad de bien que si hubiera sido una

derecha. Pero a pesar de ello, mi técnica de surfear de espaldas mejoró mucho. Cuestiones esotéricas sobre por qué había que aliviar el peso de los cantos de la tabla de pronto cobraron sentido cuando me deslizaba bajo esos labios que se iban cerrando sin cesar. Comencé a cambiar de canto nada más hacer el bottom turn, concentrando el peso en el canto exterior incluso cuando atacaba la pared de la ola, lo que me permitía estar listo para aguantar cualquier bache, y así evitaba que la brisa de tierra se metiera bajo la tabla y me hiciera subir más de lo que yo deseaba. Mi tabla iba mucho más rápido de lo que yo pensaba que pudiera ir una tabla. Y aprendí, hasta cierto punto, a relajarme en los momentos críticos en los que mi instinto me decía que lo mejor era prepararme para salir despedido. Con esas olas el instante decisivo podía durar y durar mucho tiempo.

Bryan surfeaba de frente. Así, podía ponerse en pie mientras hacía la bajada viendo cómo la ola se iba elevando sobre él, sin necesidad de girarse y mirar por encima del hombro. También podía dejar la mano izquierda suelta frente a la pared de la ola. Pero se negaba a acelerar incluso cuando yo creía que debía hacerlo. A veces se caía en el primer tramo de la ola, cuando uno está obligado a ganar velocidad muy deprisa, aunque le hubieran bastado un par de saltitos justo después de la bajada para cobrar impulso y salir a escape por la pared. Pero no le gustaba que yo le diera consejos, porque el estilo de su bajada era impecable: la entrada con toda naturalidad, la calma digna de un torero mientras la ola se desplomaba a su alrededor, y luego los ascensos y descensos trazando grandes arcos a toda velocidad. Para mí, Bryan seguía surfeando en Rainbows, como si todavía estuviera en Maui, buscando sus propias líneas lejos del mundanal ruido, mientras que yo seguía surfeando en Honolua, acelerando todo lo posible porque creía que la ola así me lo exigía.

Remontar de nuevo tras una larga serie era algo que ponía los nervios a prueba. A la vez eufórico y exhausto, no podía soportar ver que se iba formando otra serie que no iba a poder surfear: estaba obsesionado con coger una ola de cada, aunque sólo fuera en el tramo final. La idea de que enseguida vendrían más, y en diez minutos estaríamos presenciando la llegada de una serie igual de buena, y desde un pico mucho mejor situado mucho más arriba del arrecife, era algo que no podía arraigar en mi mente acostumbrada a la falta de olas. Bryan se reía, desdeñoso, mientras yo vacilaba y me quejaba presa de la ansiedad.

Nuestras conversaciones cambiaron por completo. Hasta entonces habíamos abordado los asuntos a fondo, explayándonos con todo lo que supiéramos del tema, incluso en los días interminables y aburridos en que habíamos estado esperando las olas en Tavarua. Pero una vez en el pico, cuando el mar de fondo empezaba a cobrar fuerza, una oleada de terror se iba apoderando de nosotros y nos impulsaba a callarnos o bien a usar tan solo un código secreto o unos pocos murmullos, como si estuviéramos en misa. Teníamos tantas cosas que decir, y estábamos tan emocionados por lo que vivíamos, que en el fondo nos faltaban las palabras. «Mira esa ola» sonaba grandilocuente. Era como si fuera una taquigrafía incorrecta de «Dios santo, mira esa ola». Pero esa frase también era incorrecta. Y la razón no era que las olas empobrecieran el lenguaje; era más bien que lo encriptaban. Una tarde nublada, en la que el viento del sudoeste removía el oleaje diseminando unos diminutos arabescos manieristas sobre la pared de las olas, me dio la impresión de estar viendo largas palabras alemanas escritas en letras góticas —Arbeiterpartei, Oberkommando, Weltanschauung y Götterdämmerung— que desfilaban a lo loco por las paredes grises que se elevaban hacia el cielo. Había estado leyendo en mi hamaca la biografía de Hitler escrita por John Toland. Bryan la había leído antes que yo. Le conté lo que estaba viendo.

—Blitzkrieg —musitó—. Molotov-Ribbentrop.

Una noche cogí una ola mucho después de la puesta de sol, cuando ya habían salido las primeras estrellas. La ola se apareció de repente y giró en dirección opuesta al arrecife, hacia mar adentro, cosa que era imposible. En la base de la ola se veía un oscuro resplandor verde botella, y en la parte superior un plumaje absolutamente blanco. Todo lo demás —la pared removida por el viento, el canal que quedaba delante de la ola, el cielo— estaba invadido por parches negro azulados. Mientras empezaba a romper y continuaba rompiendo, creí estar surfeando hacia el norte de Viti Levu, hacia las montañas por donde salía el sol. Eso no es posible —me repetía mi mente—. Sigue adelante. La ola parecía una revelación religiosa, o un examen para poner a prueba la cordura, o un gigantesco regalo inmerecido. Las leyes de la física ya no parecían regir. Un tubo rugía hacia mar adentro. Imposible. Parecía un tren fuera de control, una erupción de realismo mágico suspendida entre un resplandor surgido del lecho marino y un dosel blanco de encajes. Me dejé llevar. En un momento dado, como es natural, la ola dio la vuelta, encaró el canal y se deshizo en el arrecife. No se lo conté a Bryan: no me habría creído. Esa ola pertenecía al mundo de lo sobrenatural.

Los surfistas persiguen el fetiche de la perfección. La ola perfecta, etc., etc. Pero esa ola no existe. Las olas no son objetos estáticos fijos en la naturaleza, como las rosas o los diamantes. Son hechos fugaces y violentos que se producen al final de una larga cadena de acciones provocadas por tormentas y reacciones marinas. Incluso las rompientes más simétricas tienen sus manías y un carácter completamente autóctono que cambia con cada alteración de las mareas, el viento o el mar de fondo. Y los mejores días en los mejores picos tienen un cierto aire platónico, ya que encarnan el modelo de lo que los surfistas anhelan que sean las olas. Pero ese comienzo también significa el final de todo. En mi opinión, Bryan no tenía ningún interés en la perfección, y esa indiferencia llegó a representar, entre todos los surfistas que he conocido, un caso singular de realismo, de madurez y de

conocimiento filosófico de la naturaleza de las olas. Yo tampoco tenía mucho interés en la quimera de la perfección. Pero un poco más que él, desde luego que sí.

Hubo otra de esas olas de última hora: fue al final de la sesión más larga que pudimos disfrutar en Tavarua. Las olas eran enormes —eso debió de ser el 24 de agosto, el día que mi diario describe con olas dos veces por encima de la cabeza— y ese día ya habíamos abandonado nuestra política de surfear solo con la pleamar. Aquella ola únicamente era buena cuando bajaba la marea, o incluso en plena bajamar, siempre que fuera lo suficientemente grande. Yo había estado surfeando casi todo el día, desde las exiguas olas que llegaban con la marea media, cuando solo las musculosas olas de color turquesa pasaban rozando el arrecife, hasta la pleamar más alta y el mejor momento de las olas, cuando llegaban las series más grandes, que rompían en aguas tan profundas que a veces pasaban de largo por el arrecife sin romper durante cinco o diez segundos —solo grandes muros de espuma sin curva que se fuese cerrando—, hasta que volvían a rozar el arrecife y entonces se elevaban y las paredes recuperaban su forma. Dos o tres series me habían asustado, pero no porque me hubieran golpeado de mala manera o me hubieran mantenido sumergido demasiado tiempo, sino porque se estaban elevando hasta una altura preocupante, y yo tenía unas premoniciones muy desagradables sobre las criaturas de otro reino que podría encontrarme detrás de la gran ola que ya estaba empezando a remontar. ¿Sería posible que no tuviésemos ni idea de lo que aquel lugar era capaz de hacer con las olas, ni del precio que iba a cobrarnos a cambio de la alegría y de la buena suerte que nos había deparado? Fue la primera vez que me asusté con las olas de Tavarua, pero mis temores resultaron innecesarios. No llegó nada monstruoso. Y en cambio pude coger tantas olas, a lo largo de cinco o seis fases diferentes del día, que me sentí completamente colmado de buena fortuna. Y más aún, me sentí mucho más íntimamente conectado con los ritmos secretos de las olas de lo que hasta entonces había estado.

Y entonces fue cuando llegó la última ola. La marea estaba bajando. Bryan ya había salido del agua. Las olas también estaban perdiendo fuerza. El viento había cambiado de dirección y se había vuelto un flojo nordeste —viento de mar—, lo que destruía las buenas condiciones y teñía la superficie del agua de una textura rígida y de color caqui que parecía más propia de Ventura que de los trópicos. De pronto apareció una serie muy grande, iluminada al trasluz y rugiendo por la parte exterior del arrecife. Pasé remando por encima de dos olas —ya había aprendido la lección de la paciencia— y cogí la tercera. Tenía baches, pero una forma muy hermosa, y tuve que darme mucha prisa porque el viento de mar iba a desmoronarla enseguida. Y eso ocurrió. Pero también viró con más fuerza que la mayoría de olas, como si el gran muro que yo tenía delante hubiera chocado con el arrecife al unísono, creando un tubo mucho más rápido de lo que era habitual. Pensé que había hecho mal al elegir aquella ola, pero ya era demasiado tarde para echarme atrás. Ni siquiera podía lanzarme al agua, porque la marea parecía haber retrocedido medio metro desde la ola anterior y ahora ya se veían cabezas de coral por todas partes. Peor aún, la ola se iba haciendo más grande a medida que rozaba el arrecife y ahora ya estaba un palmo por encima de mí. La pared no era lisa: tenía secciones raras y un labio irregular. Aun así, era extraordinariamente rápida y yo me encontraba en la parte baja de la pared justo cuando la ola estaba chupando toda el agua del arrecife. No tenía alternativa salvo avanzar, si no quería estrellarme contra el fondo. Tras unas ripadas vertiginosas con secciones muy peligrosas, en las que tuve que surfear a ciegas porque las cosas sucedían tan deprisa que solo podía reaccionar por instinto, salí disparado hacia el canal. Me tendí sobre la tabla. Estaba temblando. Luego empecé a remar contracorriente, haciendo un esfuerzo gigantesco. Una vez en la playa, no conseguí llegar a nuestro campamento. Me dejé caer de rodillas sobre la arena, a la luz del crepúsculo, totalmente agotado. Me sorprendió descubrir que estaba sollozando.

No siempre surfeábamos solos. John Ritter y sus amigos volvieron a la isla y atracaron en la parte exterior del canal. Cuando llegaron no había olas y tuvieron que irse sin haber surfeado. También aparecieron el Alias y el Capella, pero esta vez sí que había olas. Bryan y yo hasta llegamos a hacer de capitanes del Alias. Finalmente, cogimos el autobús que iba de Lautoka a Suva, y en la oficina de correos, por primera vez en meses, recogimos las cartas que nos habían enviado de casa: nuestros seres queridos estaban bien, aunque vivieran en universos paralelos. Más tarde, cuando averiguamos que Mick ya tenía las coordenadas correctas del pico, zarpamos de nuevo hacia el oeste en el queche con el casco de cemento. El Alias fondeó frente a Tavarua y nosotros volvimos a acampar en la isla. Al día siguiente llegaron buenas olas, y Mick y Graham, que eran goofies, se quedaron de piedra al verlas. Luego se pusieron a surfear como locos. Graham, en especial, era un surfista extraordinario. Cuando las olas perdieron fuerza, zarparon hacia Nadi Waters. El Capella también zarpó. Pero llegaron más olas cuando los yates ya no estaban, y empezó a soplar un ligero viento del suroeste, ese viento rezagado que se colaba por debajo de la tabla y te susurraba: «Adelante».

Y adelante que fuimos.

Cuando abandonamos definitivamente Tavarua, calculamos que solo nueve surfistas conocían aquel pico. Esa cifra incluía a dos miembros australianos de la tripulación y daba por hecho que Ritter y Gary habían sido los primeros en surfear en la isla. En el mundillo del surf, el pico se convirtió en un gran descubrimiento. Pero dada la poca abundancia de olas, era esencial mantenerlo en secreto: todos juramos hacer voto de silencio. Bryan y yo adquirimos la costumbre de decir «da kine» —el equivalente en pidgin hawaiano de «eso»— cada vez que queríamos referirnos a Tavarua, incluso cuando estábamos solos. Mick y Graham, con quienes nos fuimos de Fiyi a bordo del Alias, la llamaban Isla Mágica, un nombre poco imaginativo, en mi opinión, aunque después llegarían otros mucho peores.

Antes de partir de la isla, cogí unas semillas de una enredadera. Eran muy pequeñas y de color rojo y negro. La primera noche tras nuestra partida, nos emborrachamos en el Alias mientras estábamos fondeados frente a un hotel en las Nadi Waters. Me desperté con un lóbulo de la oreja perforado y vi que una de las brillantes semillas colgaba del cuello de un anzuelo. A los pocos días mi oreja estaba seriamente infectada. Envié las demás semillas a Sharon y le propuse que se hiciera un collar con ellas. Se lo hizo, pero algún tiempo después me dijo que no pudo ponerse nunca el collar porque las semillas le producían urticaria.

Seis. El país de la suerte

Australia, 1978-1979

Alguien nos envió un ejemplar de la revista Outside en el que venía un artículo de un antiguo profesor mío. Trataba de un fin de semana salvaje dedicado al esquí y a la juerga en Montana. Yo recordaba ese fin de semana, pero de un modo muy distinto. Me sorprendió que alguien se interesara por nuestras juergas universitarias. Tal vez la distancia me estuviese alejando de la idea que los americanos tenían de la diversión. El artículo afirmaba que yo ahora «estaba viviendo una vida libre de exámenes en Australia». Salvo por la referencia a Australia, todo lo demás me resultaba novedoso.

Bryan y yo habíamos aterrizado en una localidad llamada Kirra, en Queensland, cerca de la frontera con Nueva Gales del Sur. Éramos felices propietarios de un Ford Falcon ranchera de 1964, comprado cerca de Brisbane por trescientos dólares. Acampando en las playas, habíamos surfeado por toda la costa oriental, desde Sydney hasta Noosa. Era maravilloso haber vuelto a Occidente, con sus lujos y comodidades, y poder surfear en unos picos bien conocidos que incluso contaban con indicadores de carretera: PLAYA SURFEABLE. Era una gozada disponer de un coche, y la comida y la gasolina eran baratas. De todos modos, estábamos casi arruinados. Por eso alquilamos, con el último dinero que nos quedaba, un bungaló lleno de moho en la parte trasera de un edificio decrépito que llevaba el engañoso nombre de Bonnie View Flats («Apartamentos Buenavista»). Casi todos nuestros vecinos eran isleños de Thursday Island —melanesios del estrecho de Torres, cerca de Nueva Guinea— y algunos de ellos a lo mejor tenían una buena vista desde su apartamento. Nosotros no. Pero la playa estaba al otro lado de la calle y no habíamos elegido Kirra por casualidad. Allí había un pico

legendario. Estaba empezando el verano austral y confiábamos en que llegara pronto el mar de fondo que venía del nordeste con los ciclones.

Bryan encontró trabajo de cocinero en un restaurante mexicano de Coolangatta, la localidad más próxima en dirección sur. Les dijo a los dueños que era medio mexicano, pero metió la pata cuando le preguntaron el nombre. Dijo McKnight cuando debería haber dicho Rodríguez. No tenía permiso de trabajo con ninguno de esos nombres, pero aun así lo contrataron. Yo encadené una serie de empleos muy duros, como el de operario de zanjas, que tiene la merecida y pésima reputación de ser el peor trabajo manual que se puede hacer en este mundo, pero al menos me pagaban a diario, y en efectivo. Luego me contrataron como friegaplatos en el restaurante del Twin Town Services Club, un gran casino que quedaba al otro lado de la frontera de Nueva Gales del Sur y estaba a quince minutos a pie de nuestra residencia. Dije que me llamaba Fitzpatrick. El director me dijo que si quería el empleo tenía que afeitarme la barba, y lo hice. Cuando Bryan llegó aquella noche a casa, me miró y se quedó de piedra. Parecía muy angustiado. Me dijo que daba la impresión de que me había quemado media cara: tenía toda la parte de la barba muy blanca, el resto de la cara muy morena.

—Vale, vale —dije—, me la dejaré crecer otra vez.

Me gasté mis primeras pagas en tablas de surf. Kirra está en la Gold Coast, uno de los centros mundiales del surf, así que por todas partes había tablas usadas a muy buen precio. Me compré dos. Una de ellas era una Hot Buttered squashtail (con la cola más corta y más redonda) de 6′3″, buena para los giros más cerrados y que también, si era necesario, podía ser muy rápida. Era una especie de coche de carreras con forma de tabla de surf, y para mí fue un cambio muy agradable después de haberme pasado tantos meses montado en mi maciza tabla de viaje. Bryan también se compró unas tablas nuevas y mucho más pequeñas. El pico que

funcionaba todo el año en nuestra zona se llamaba Duranbah. Era una rompiente con fondo de arena que quedaba justo al norte de la desembocadura del río Tweed, muy cerca del casino donde yo trabajaba. En Duranbah siempre había olas. Muchas eran fofas, pero había algunas gemas ocultas entre el estiércol. El día que cumplí veintiséis años, me hice un tubo precioso en una derecha deslumbrante y salí perfectamente seco de la ola.

La gente decía que las olas —Kirra, Greenmount, Snapper Rocks y Burleigh Heads, los picos que habían puesto a la Gold Coast en el mapa del surf mundial— se animarían después de Navidad. Un vecino que no surfeaba nos aseguró que las olas llegarían el día de San Esteban, el 26 de diciembre. Nos hizo gracia tanta precisión en un tema tan impredecible, pero de todos modos aguardamos la fecha con ansia.

Mientras tanto, yo empezaba a enamorarme de Australia, un país que antes no me interesaba nada. Visto desde lejos, siempre me había parecido portentosamente anodino. Visto de cerca, en cambio, era una nación de graciosillos y de sabelotodos que no sentían ningún respeto por la autoridad. Por ejemplo, los demás friegaplatos del casino —a todos nos llamaban cantineros— formaban un grupo asombrosamente orgulloso de su trabajo. Estábamos en la cocina de un gran restaurante, y por lo tanto ocupábamos el último lugar de la escala social, incluso por debajo de las encargadas de lavar la vajilla, que eran todas mujeres. Pelábamos patatas, sacábamos la basura, hacíamos la limpieza de los sitios más desagradables y a última hora de la noche fregábamos el suelo a base de manguerazos de agua caliente. Sin embargo, nos pagaban muy bien (yo podía ahorrar más de la mitad de lo que ganaba), y como empleados que éramos, teníamos libre acceso al bar para socios, que estaba en el piso más alto del casino. Después del trabajo, agotados y malolientes, tomábamos al asalto el bar y empezábamos a engullir pintas de cerveza entre los supuestos ricachones de Gold Coast. Una o dos veces mis compañeros vieron pasar al dueño del casino. Le llamaron hijoputa podrido de pasta, y el

hombre, justamente contrito por el hecho de ser tan rico, nos invitó a la siguiente ronda.

Nunca había visto a nadie defender con tanto fervor la dignidad de los trabajadores, ni siquiera cuando trabajaba en el ferrocarril. Australia era el país más democrático en el que había estado. La gente lo llamaba el País con Suerte. El apodo se lo había puesto un analista social, Donald Horne, que en un libro titulado así, publicado en 1964, se lamentaba de la cultura política y empresarial de Australia con el argumento de que «Australia es un país con suerte dirigido por personas mediocres que comparten esa buena suerte». Con el tiempo, la frase había perdido su sentido original y se había convertido en una especie de lema optimista para el país. A mí me parecía muy acertado.

Los rasgos identificadores de la clase social que funcionan en los demás países allí no existían. Billy McCarthy, uno de los friegaplatos que trabajaba conmigo, era un tipo saludable de cuarenta años, culto, casado y padre de dos hijos. Una noche le estuve consultando sobre marcas de cerveza y me contó que había sido saxofonista profesional en Sydney al mismo tiempo que trabajaba de encargado en una fábrica de perfumes. Se había instalado en Gold Coast porque sus padres se habían ido a vivir allí, y había montado un negocio con un amigo que consistía en cortar césped y limpiar ventanas, cultivar bonsáis para venderlos en los mercadillos y preparar tiestos con palmeras que vendían en consignación en distintas tiendas. Seguía trabajando de jardinero, pero necesitaba el sueldo fijo de su paga de friegaplatos. Jugaba al golf, a veces con otros músicos de Sydney que pasaban por la ciudad para tocar en la sala de fiestas del casino o en algún otro local. Si Billy se avergonzaba por tener que trabajar de friegaplatos, nunca lo demostró. Era un tipo muy trabajador, alegre y de ideas conservadoras, que solía silbar melodías cursis y que siempre tenía una réplica ingeniosa en la punta de la lengua. No le costó nada hacerme sentir a gusto en la cocina. Una vez, cuando yo llegaba al trabajo, le oí decir: «Ahí viene el hombre al que no han podido apuntar ni encular ni electrocutar».

El jefe de cocina, en cambio, se dirigía a mí llamándome «Fitzie», a lo que yo, receloso, siempre rehusaba contestar. El jefe era el dueño de la cocina. Cuando protesté por el plato de pescado horriblemente decorado que mandaba a las mesas, me miró enfurruñado y me dijo: «No te pases ni un pelo conmigo, amiguito». Yo no sabía si me había excedido, pero McCarthy y los demás cantineros se divirtieron mucho con aquel diálogo. Empezaron a llamarme Ni un Pelo.

Los surfistas locales eran mucho menos amistosos. Los había a miles. Tenían un nivel muy alto y la competencia por coger una ola era terrible. Como en cualquier otro sitio, cada pico tenía su clase de tropa, sus estrellas y sus viejas glorias. Pero también había clubs funcionando en toda regla, así como camarillas y dinastías familiares, en cada localidad costera de Gold Coast (Coolangatta, Kirra, Burleigh). Y también había miles de turistas y domingueros, y a Bryan y a mí nos tocó pertenecer a ese último escalafón de la vida surfera hasta que pudiésemos establecernos en algún otro lugar. Los tipos con los que empezamos a surfear eran extranjeros como nosotros: un inglés al que llamábamos Peter el Inglesito y un chico balinés llamado Adi. Peter, que trabajaba de cocinero en el casino, era un surfista muy bueno y estaba casado con una chica local. Vivían en un piso de Rainbow Bay con vistas al pico de Snapper Rocks. Adi también se había casado con una chica de la localidad. Era un surfista con mucho talento que trabajaba de camarero y mandaba el salario a casa. Una noche me llevé a Adi y a su primo, Chook, a un autocine a ver Car Wash. Chook llevaba el pelo tan largo que le llegaba a la cintura y era el adulto más flaco que he visto nunca (en el argot australiano, chook significa «pollo»). Adi y él se emborracharon con vino espumoso y se desternillaron de risa con la película, que llamaban Wash Car. En su opinión, los afroamericanos —a los que ellos denominaban «negratas»— eran las personas más divertidas del mundo.

Poco antes de Navidad, el casino dio una fiesta de gala para los empleados, lo que me permitió vivir una parte muy penosa de la vida de instituto que me había saltado al convertirme en un surfista hippie que preferiría haber ido a la cárcel antes que a su fiesta de graduación. Todas las mujeres jóvenes que trabajaban en la cocina — camareras, lavaplatos, pasteleras— se morían de ganas de ir a la fiesta. Las oía comentar entre risitas la ropa que se iban a poner, quién iba a ser su acompañante, qué peinado se harían, qué banda iba a tocar y los planes que tenían para después de la fiesta. Yo también quería ir a la fiesta, quizá incluso del brazo de una bonita camarera. Pero no tenía una camisa de manga larga, y mucho menos el esmoquin que se suponía obligatorio. Y por si fuera poco, estaba claro que yo no existía para aquellas chicas. Sus acompañantes iban a ser novietes locales con los que probablemente habían ido al instituto. Me pasé la noche de la fiesta en mi diminuta habitación del bungaló, que parecía una cueva, intentando trabajar en mi novela. Odiaba ser un extranjero que siempre tenía que quedarse al margen de todo. La intensidad con la que me avergonzaba y me despreciaba estaba alcanzando un nivel perturbador.

Sharon y yo nos escribíamos cartas, muchas, y las suyas solían ser un alivio para mí, pero apenas me atrevía a contarle nada. Y ella, sin duda, también se callaba muchas cosas. Ahora me tocaba a mí enfrentarme con las verdaderas coordenadas de mi soledad.

Bryan y yo queríamos escribir un artículo para Tracks, una revista de surf que se publicaba en Sydney. Tracks no tenía nada que ver con sus primas americanas, todas muy elegantes y bien presentadas. Tenía formato tabloide y se imprimía en papel de periódico. Sus opiniones eran gamberras, ingeniosas, agresivas. En realidad venía a ser la revista más importante de la juventud australiana, como lo era Rolling Stone en su apogeo en Estados Unidos. Cada dos semanas aparecían en los quioscos enormes fardos con montañas de ejemplares. Nuestra idea era burlarnos del surf domesticado de Australia. Tracks y sus lectores odiaban a los

americanos. Cuando se ponían finos nos llamaban «foseps», abreviatura de «fosas sépticas», pero por lo general les bastaba llamarnos gilipollas. Se nos ocurrió que podríamos burlarnos de todo eso, y el editor jefe nos dejó hacer la prueba.

Nuestro objetivo era casi demasiado fácil. El surf era una actividad totalmente normal en Australia, donde había clubs y competiciones organizadas y equipos escolares y playas para surfear muy bien señalizadas, con sus correspondientes aparcamientos y duchas con agua caliente. A mí no me disgustaba que el surf estuviera tan bien visto —el atractivo masivo que ejercía hacía posible que una revista especializada como Tracks se hubiera convertido en una especie de periódico generacional para la juventud—, pero en términos culturales era un desastre sin paliativos. Bryan y yo habíamos crecido en el sur de California, donde casi todas las ciudades costeras y todos los policías de esas ciudades odiaban a los surfistas y procuraban hacerles la vida imposible. Mi instituto me hubiera expulsado antes que prestarme su apoyo: los surfistas eran gamberros, forajidos, rebeldes. Y por eso mismo éramos gente enrollada. El surf no era un «deporte» domesticado y aprobado por las autoridades. Esas eran las ideas que Bryan y yo queríamos desarrollar en el artículo de Tracks.

Lo difícil fue escribirlo. Ninguno de los dos había escrito nada en colaboración, y nuestra idea de que compartíamos la misma sensibilidad resultó por completo equivocada. Estábamos de acuerdo en escribir el artículo, pero Bryan desdeñó el borrador que le presenté, y yo hice lo mismo con el suyo. ¿Cómo podía ser yo tan vulgar y predecible? ¿Y por qué era él tan retórico, tan exagerado? ¿Cuándo iba a hacerse adulto de una vez? ¿Es que acaso yo aspiraba a la mediocridad? Yo me negaba a que mi nombre apareciera en aquella pieza de Bryan repleta de fatuos recuerdos juveniles, etcétera. Me puse tan furioso que hice una bola con las páginas que habíamos escrito y se la arrojé a la cara. Poco después, Bryan me dijo que, de no haber salido escopeteado a la calle, me hubiera dado un puñetazo.

Por aquel entonces hacía ya ocho años que nos conocíamos, y nuestro feroz y categórico desacuerdo sobre prácticamente cada frase de la crónica para Tracks me llevó a preguntarme en qué momento habían empezado a ser tan acusadas nuestras desavenencias literarias. Cuando nos conocimos, en Lahaina, lo que nos acercó fue saber que nos gustaban los mismos libros. De hecho, la primera frase que le dirigí a Bryan fue: «¿Qué haces con ese libro?». Él estaba cruzando al aparcamiento de la oficina de correos con el Ulises en la mano, y lo que me llamó la atención fueron las puntas tan familiares de la U del título, tal como se veían en la cubierta de la edición de bolsillo de Random House. Y allí mismo, bajo el sol, nos pusimos a hablar de Joyce, y luego de los beats, durante una o dos horas —Domenic esperaba impaciente bajo la sombra—, y tras aquel encuentro nos pareció inevitable volver a vernos. Como es natural, nuestros gustos nunca coincidían del todo. Yo era un fan incondicional de Joyce —me había tirado un año entero estudiando el Finnegans Wake con Norman O. Brown, un ejercicio de hermetismo masturbatorio al que Bryan no hubiera dedicado ni un minuto de su vida—, mientras que él prefería la narrativa convencional de género, incluso los westerns, afición que yo no compartía en absoluto. A mí me gustaba Pynchon; Bryan consideraba que su prosa era horrible. Y así todo. Pero continuamente nos estábamos animando a leer nuevos escritores y a menudo descubríamos que nos gustaban las mismas cosas. Bryan iba muy por delante de los gustos del público —alababa a Cormac McCarthy mucho antes de que los críticos hubieran oído hablar de él—, y a mí me gustaba seguir sus indicaciones. En Australia nos dedicábamos a leer a Patrick White y a Thomas Kenneally y mirábamos con malos ojos a Colleen McCullough. Pero entonces, ¿cómo era posible que me molestasen todas las frases que Bryan había escrito sobre el surf australiano, y al revés?

Estaba claro que nos movíamos en direcciones distintas. De adolescente, yo me había iniciado como poeta surrealista, imbuido de un estilo prolijo a lo Dylan Thomas, y hasta hacía muy poco no había empezado a controlarme. Ahora, de todas

formas, me interesaban más la transparencia y la exactitud, y ya no me seducía tanto la vistosa originalidad. Bryan seguía fascinado por la música verbal, eso que en cierta ocasión denominó «el zapateado inconcebiblemente alegre de una frase bien construida». Le gustaba capturar el lenguaje vulgar, el enloquecido humor de las jergas y cualquier metáfora que fuese contundente, y lo que más desdeñaba eran los manidos lugares comunes.

Propuse que no escribiéramos el artículo, o que lo escribiéramos adoptando tan solo su punto de vista, pero Bryan se empeñó en que apareciera firmado por los dos. Tuvimos que revisar el contenido para que yo pudiera darle el visto bueno. Usamos nuestros nombres de verdad, e hicimos bien, porque el artículo causó un gran revuelo que nadie se esperaba. Peter el Inglesito, que solo nos conocía por nuestros nombres falsos del trabajo, me preguntó si lo había leído. También me dijo que algunos lugareños se habían indignado por los insultos que les dedicaban esos dos capullos americanos. Bryan y yo decidimos que, si alguien se metía con nosotros, íbamos a negar ser los autores. Nos habíamos propuesto molestar a los lectores, no provocar que nos expulsaran de Gold Coast. Tracks publicaba las cartas al director aunque fuesen insultantes. Llegaron las que hablaban de nosotros. A mí me gustó mucho una que decía: «No escupiría sobre vosotros, bastardos, ni aunque estuvieseis envueltos en llamas». A Bryan le sedujo otra: «Ojalá que vuestros lóbulos de la oreja se conviertan en agujeros del culo y descarguen toda la mierda sobre vuestros hombros».

Conocí a una mujer, Sue. Me dijo que yo «estaba como un cencerro». Era un elogio. Me gustaba muchísimo. Era pechugona, alegre, bocazas y tenía tres hijos. Su marido era un músico de rock de la escena local, adicto a la heroína, que estaba en la cárcel. Vivíamos con el continuo temor de que saliera en cualquier momento de la trena. Sue y sus hijos vivían en una zona con muchos rascacielos que se llamaba, ya que hablamos del éxito del surf, Surfers Paradise. Era una bon vivante. Disfrutaba con la música de vanguardia, el arte, las comedias y la historia de Australia, y por

encima de todo, con cualquier cosa que tuviera que ver con los aborígenes. Se sabía todos los cotilleos de Gold Coast (qué ídolo cocainómano del surf local había denunciado a sus amigos a la poli, o qué ídolo cocainómano del surf local se estaba follando a la mujer de su patrocinador). También conocía muy bien las hermosas montañas cubiertas de eucaliptos que había cerca de la costa, donde pastaba el ganado y los canguros daban saltos y los hirsutos partidarios del movimiento de «vuelta a las raíces» vivían en una especie de réplica del Sueño Original de los aborígenes inspirada por el hachís. Cuando las olas eran malas nos pasamos muchos días allá arriba. Los hijos de Sue, cuyas edades oscilaban entre los ocho y los catorce años, me regalaron un gran collage humorístico en el que unos bonitos koalas observaban escépticos los paseos de los flâneurs de la Golden Coast (tal como saldrían en unos dibujos animados). Pero un día, a medianoche, me despertó el teléfono. El marido había quedado en libertad. A Sue ya le habían dado el aviso, así que había metido a los niños en la cafetera que tenía por coche y ya se hallaba a trescientos o cuatrocientos kilómetros de Surfers Paradise. «Me he quitado de en medio como el camisón de una novia», me dijo. «Desaparezco como un cubo de gambas en un día de mucho calor». Teniendo en cuenta lo que estaba pasando, sonaba bastante animada. Me lo dijo de camino a la casa de su madre, que vivía en Melbourne, a más de mil quinientos kilómetros. Ya nos veríamos. Y debía andarme con cuidado con su marido.

Sue no era exactamente así, pero muchas australianas parecían estar hartas de los australianos. Allí los llamaban ockers, en referencia a un famoso programa de televisión. Los ockers bebían demasiada cerveza, preferían estar con sus amigos viendo partidos de rugby y trataban fatal a las mujeres. Si esto era verdad o no, yo no estaba en condiciones de saberlo; pero Bryan y yo, una vez que hubimos pasado el suficiente tiempo en Kirra como para dejar muy claro a los lugareños que no estábamos de paso, empezamos a sentirnos como los inocentes beneficiarios de una frustración sexual de proporciones masivas. Comparados con el típico ocker,

nosotros éramos sensibles y avanzados. Las mujeres de Gold Coast empezaron a interesarse por nosotros. Y aunque a menudo nos comportábamos como dos perfectos sinvergüenzas, parecíamos ser mejores que la modalidad masculina local. Yo echaba de menos a Sue y me alegraba de no encontrarme con su marido, pero gracias a Dios, mi fase de solitario destrozado por el amor pasó muy pronto.

Encontré un nuevo trabajo de barman en el Queensland Hotel de Coolangatta, que durante la semana era un pub a la antigua usanza, pero que las noches del fin de semana se transformaba en un club de rock'n'roll llamado The Patch (Sue y yo vimos allí a Bo Didley). Aprendí a tirar bien la cerveza bajo la atenta supervisión de un barman profesional llamado Peter. Peter me dijo que, si lo hacía mal, el cliente tenía derecho a tirarme la cerveza a la cara (pero no la jarra) y ser reembolsado. La lista de posibles errores era enorme: demasiada espuma, muy poca espuma, sin suficiente gas, demasiado caliente, poca cantidad, restos de jabón en la jarra. La información de Peter surtió el efecto deseado y me puse a tirar cerveza con mucha atención, temiendo lo que pudiera pasar. Las noches de los viernes y sábados eran una locura en The Patch, que estaba en una construcción oscura con forma de granero pegada a la parte trasera del viejo pub. Los ruidosísimos clientes se amontonaban de seis en fondo frente a la barra, mientras atronaba el punk rock y se consumían diez mil cubatas. Estaba empezando la temporada turística. Después del trabajo, yo volvía a Kirra andando por la carretera de la playa, disfrutando del silencio. Me detenía en el promontorio frente al que se suponía que rompía el pico e intentaba perforar la húmeda oscuridad que se apelotonaba a los pies de la escollera. Todas las olas de Gold Coast que habíamos surfeado hasta entonces habían sido pequeñas, tibias, suaves y un poco perezosas. La gente decía que las olas de Kirra, cuando empezaban a romper, parecían cohetes propulsados por una potencia descomunal. Resultaba difícil creerlo.

Las primeras olas de mar de fondo de la temporada de los ciclones llegaron, cómo no, el día de San Esteban. Kirra se despertó. Lo que parecía difícil de creer se

convirtió en lo que nadie podía dejar de mirar. Pero las olas formaban un monstruo raro y desgarbado, nada que ver con las olas orilleras de California. Grandes cantidades de agua cargada de arena se estrellaban contra la punta de la escollera y formaban un torrente que llegaba hasta la orilla. Esa primera mañana el cielo estaba nublado y había una luz muy molesta. La superficie del mar era gris y pardusca y también tenía una blancura cegadora. Las series parecían más pequeñas de lo que eran en realidad: daban la impresión de vagar sin rumbo hasta que se topaban con el banco de arena que había frente a la escollera, y entonces se elevaban con una altura y un espesor mucho mayor del que hubieran debido tener, soltaban unos cuantos bufidos y luego se desmoronaban formando unos tramos feroces de secciones conectables. Algunas olas rompían con muchísima fuerza (los tubos eran más anchos que altos). Se hacía difícil creer que aquella ola rompiera sobre un lecho de arena. Jamás había visto nada igual. De madrugada ya había muchísimos surfistas, y la cosa se iba poniendo cada vez peor. Aun así, como dicen los australianos, «tiramos palante».

Creo que aquel día cogí tres olas. Nadie me cedía espacio. La corriente que iba hacia la orilla convirtió el pico en una especie de regata de remo. Nadie hablaba. Las brazadas se hacían agotadoras y el menor descuido o la menor pausa te hacían perder mucho terreno. Yo estaba en buena forma, pero los locales estaban en buenísima forma porque solo vivían para surfear. Cerca del pico la corriente se hacía más fuerte. Cuando se acercaba una serie, tenías que acelerar a contracorriente en una dirección que nunca era la más evidente, y si conseguías distanciarte lo suficiente de la gente que se agitaba y gruñía detrás de ti y ser la única persona que había en el pico en el momento en que el agua salía despedida del banco de arena, entonces tenías que girarte muy rápido y dar unas cuantas brazadas muy potentes para coger la ola antes de que empezara a romper. Y luego, suponiendo que hubieras hecho bien el takeoff, tenías que surfear la ola, lo que implicaba ir dando saltitos sobre la tabla porque era una de las olas más rápidas del mundo. Era un

trabajo duro. Pero si cogías una, valía la pena. Todo había valido la pena. Aquella ola era para tomársela muy en serio.

No tenía el tamaño de las olas de mar abierto ni la belleza un poco vulgar de las de Honolua Bay. Era una ola mucho más compacta, mucho más seca. Durante los primeros cien metros uno tenía la impresión de estar en un teatro al aire libre, porque había gente mirando desde la escollera y desde el quitamiedos de la carretera de la costa, e incluso desde un escarpado promontorio verdoso que se alzaba detrás de la carretera. En ocasiones, había gente hasta en el aparcamiento del Kirra Hotel, un pub de grandes dimensiones encajonado bajo el promontorio. Más allá todo era mar abierto, y cuando las olas eran grandes y venían en la dirección adecuada, uno podía seguir surfeando durante unos doscientos metros más sin que nadie lo mirara, en una desierta pista de carreras donde se podía alcanzar el éxtasis. No era una ola trazada con tiralíneas. Tenía partes malas, cambios de forma, secciones más lentas y otras que cerraban de golpe. Las olitas que se formaban en los choques contra la escollera o contra la barra interior salían despedidas de nuevo hacia mar adentro, lo que estropeaba la tercera o la cuarta ola de una serie. Pero las olas más limpias tenían una capacidad de compresión que resultaba asombrosa. Daba la impresión de que las olas más pesadas se volvían más cortas, ya que cobraban una gran potencia cuando empezaban a explotar en la barra, un tramo de aguas poco profundas que llamábamos Butter Box. A pesar de que eran olas de arena y que parecían surfeables, el pico daba mucho miedo. Tenías que cogerlas muy rápido y meterte enseguida en la pared, siempre dispuesto a agacharte si el labio se lanzaba en horizontal contra ti, y después debías mantenerte en pie mientras la tabla iba cobrando una velocidad sobrenatural. El tramo de la Butter Box daba un nuevo significado a esa vieja expresión del surf: «Echa el freno». Y eso era lo único que podías hacer: ir frenando a medida que te deslizabas por el tubo.

Yo había adquirido bastante experiencia cogiendo tubos de cara, desde aquel tramo interior en el Harbor Mouth de Lahaina hasta un pico mutante y fragmentado

de Santa Cruz que llamábamos Stockton Avenue, en el que las olas de un metro me partieron varias tablas por la mitad y donde me libré de milagro de chocar contra el arrecife. Pero Stockton era una ola corta y enrevesada, flor de un día. Kirra era igual de hueca, pero estaba era una orillera. Era tan larga como Rincón o Honolua, solo que mucho más hueca que cualquiera de las dos. Y el fondo marino era de arena, no de coral ni roca, algo que no era muy habitual —según mi experiencia— en una rompiente orillera. De todos modos, la arena no era nada blanda, tal y como yo mismo llegué a comprobar. Una vez, en Butter Box, me di un golpe tan fuerte que me produjo una conmoción; al salir no sabía ni en qué país estaba. Otra vez, también en Butter Box —y con una ola no demasiado grande—, el invento se me enredó en la cintura y me quedé sin respiración. Y en otra ocasión más, y en el mismo lugar, el invento atravesó el canto de la tabla y arrancó la mitad de la cola de mi tabla favorita. O sea, que la arena del fondo era una bendición, sin duda, pero la violencia de la ola seguía intacta, inseparable, como siempre, de su salvaje atractivo. Ese hilo de acero.

Los turnos de espera en Kirra eran larguísimos, y los mejores surfistas solían ser australianos y campeones del mundo. Cuando empezamos a surfear allí, quien mandaba en el escalafón era Michael Peterson, un australiano dos veces campeón de Australia. Era un tipo moreno, robusto, huraño, que llevaba un poblado bigote y tenía la mirada de loco. Cogía todas las olas que le apetecían y las surfeaba como un demonio, con mucha potencia y unos recortes salvajes. Una mañana me di cuenta de que me estaba observando. Estábamos cerca del takeoff y yo estaba remando muy fuerte, como siempre, intentando alejarme de la manada para llegar el primero a la siguiente serie, pero Peterson dejó de remar. «¡Bobby!», gritó. Le dije que no con la cabeza y seguí remando. Me miró como si acabara de ver un fantasma. «¿No eres Bobby? Pues eres igualito que mi colega que está en la cárcel. ¡Creía que ya lo habían soltado!». Tras ese incidente, sorprendí a Peterson mirándome con frecuencia en el agua. Pese a que yo le daba miedo, empezamos a saludarnos con un

movimiento de cabeza, y noté que el férreo turno de espera se relajaba cuando los demás surfistas veían que el legendario Peterson y yo nos dábamos los buenos días. Aproveché el hueco. Igual que todo el mundo, yo solo quería coger más y más olas.

Bryan y yo teníamos la ventaja de vivir todo lo cerca de Kirra que era posible (bueno, a no ser que te alojaras en el Kirra Hotel, que no era un hotel sino un pub). Cada noche, cuando volvía a casa después del trabajo, examinaba la escollera por si había algún rastro de olas y, en ese caso, poder llegar los primeros antes de que saliera el sol. Aquel año fue muy bueno para el surf, uno de los mejores que recordaban los locales, pues hubo olas buenas al menos una vez a la semana durante los meses de enero y febrero. El ciclón Kerry atravesó las islas Salomón y luego fue rolando a lo largo de varias semanas por el mar del Coral, bombeando un potente mar de fondo del nordeste. Cuando íbamos al amanecer casi siempre teníamos suerte: encontrábamos buenas olas, con relativamente poca gente, durante las primeras una o dos horas. Había un grupo de habituales al amanecer, ninguno especialmente bueno. Había un tipo —desgarbado, amable, barbudo— que tenía un pincho para olas grandes que apenas giraba. Cada vez que ese tipo se ponía de pie en la tabla y se disponía a trazar la línea, gritaba: «¡Tengo una mujercita médico!». Yo me conocía el siguiente verso de la canción: «Que cura el dolor gratis». Y tanto que sí.

La famosa y abarrotada derecha de Kirra no era una ola para Bryan. La surfeaba con fervor, sabía encontrar los huecos en los turnos de espera o en las sesiones al amanecer en las que había poca gente, y aprovechaba como era debido los momentos de inflexión de las series en las barras de arena pero sin embargo, no le gustaba la pelea constante con los demás surfistas —cosa que yo sí disfrutaba— ni la búsqueda del grial que en los días de buenas olas se encarnaba en el vértice de Butter Box (que nosotros empezamos a llamar simplemente el tramo central). Le gustaba de Australia lo mismo que a mí: la incorregible desvergüenza de los australianos, los salarios altos, la jerga riquísima, el sol, las mujeres. Pero no escribía

nada, y eso le preocupaba. En Guam había terminado una novela ambientada en un pueblo del interior de Idaho. En mi opinión era una gran novela, incluso mejor que su Bildungsroman sobre sus amigos surfistas del instituto. Se la había mandado a un agente de Nueva York, un paso lógico y adulto que yo nunca me había atrevido a dar (ahora tenía ya dos manuscritos, metidos en un cajón, que solo habían leído mis amigos). El manuscrito de Bryan todavía no había encontrado editor y él decía que no le preocupaba esperar, aunque ahora había entrado en una fase improductiva.

Bryan leía sin parar —ficción, biografías— sentado en un viejo sillón de enea que colocaba frente a la puerta delantera del bungaló. En una tienda de segunda mano de Coolangatta descubrí una pila de ejemplares atrasados del New Yorker que se vendían a penique el número. Compré varios centenares de revistas y se las regalé por Navidad. Bryan colocó la pila de ejemplares junto a su sillón y empezó a leérselos de un tirón, uno detrás de otro. Aquellas revistas se convirtieron en el reloj de arena que marcaba el paso del tiempo en Kirra: cien ejemplares leídos y doscientos todavía por leer. Mientras tanto, yo mecanografiaba un capítulo tras otro de mi novela sobre el ferrocarril, ahora que por fin había encontrado una trama. Bryan y yo compartíamos una vieja máquina de escribir que nos había regalado Sue. Bryan escribía a máquina largas cartas a sus amigos, todas impregnadas de un delirante sentido del humor, en las que contaba nuestras aventuras en Oz, algunas de las cuales no eran del todo inventadas. A veces me leía algunas páginas que creía que podrían divertirme. Una me llamó la atención —aunque no me divirtió en absoluto— porque describía a una pareja de surfistas itinerantes que no tenían el físico adecuado para surfear. En su texto, Bryan estaba demasiado gordo y yo demasiado delgado. Era cierto que yo estaba muy flaco y que él estaba un poco rellenito, pero mi ego se rebeló contra esa muestra de desprecio hacia uno mismo. Fue una reacción un poco rara, sobre todo porque yo siempre había procurado evitar los enfrentamientos con Bryan —como ya había hecho antes con Domenic—

convirtiéndome compulsivamente en el único objeto de las bromas y los chistes. Pero mi cuerpo, por lo visto, era tema tabú cuando se trataba de burlas, sobre todo si esas burlas podían insinuar debilidad o —Dios no lo quisiera— falta de virilidad. Bryan tenía una actitud mucho más sensata consigo mismo. No les daba a sus alumnos otra opción que compararlo con Clint Eastwood, a quien no se parecía ni por asomo. Ese toque personal, como es natural, aumentaba su atractivo para las mujeres.

Y hablando de cuerpos, Gold Coast era una lección al aire libre de cómo la práctica del surf estaba destruyendo el mío. Viendo a los australianos que pasaban mucho tiempo bajo un sol tropical para el que no estaban genéticamente preparados —la mayoría tenían antepasados procedentes del norte de Europa—, podía averiguar el lamentable futuro médico que me esperaba. Casi todos los surfistas, incluso los adolescentes, parecían sufrir pterigión, una inflamación de la conjuntiva causada por el sol que provocaba cataratas y que oscurecía sus ojos azules. Las orejas despellejadas, las narices coloradas y los brazos llenos de escamas moteadas de los surfistas de mediana edad eran un anuncio de lo que me esperaba: carcinoma de células basales (o, si no, de células escamosas o melanoma). Yo ya tenía pterigión en los dos ojos, pero no tomaba ninguna precaución, y surfear en aguas más frías tampoco evitaba los problemas. Los años que había pasado surfeando en las aguas heladas de Santa Cruz me habían provocado exostosis, tumores benignos en el canal del oído, una dolencia también llamada «oído de surfista». Estos tumores provocaban que el agua de mar se me acumulase en los oídos, taponándolos, y me producían infecciones muy dolorosas que con el paso de los años me obligarían a someterme a tres operaciones. Y luego había que contar con las incesantes heridas causadas por las olas: arañazos, cortes, rasguños causados por los arrecifes, la nariz rota, un desgarro en el cartílago del tobillo. Pero ninguna de estas cosas me preocupaba. Lo único que le pedía a mi cuerpo era que remara mucho más deprisa y surfease mucho mejor.

En Kirra me convertí en una máquina de remar. Un día mis brazos dejaron de cansarse. Me ayudó mucho conocer bien la corriente que bajaba por la costa. Era una corriente continua, pero tenía sus caprichos y sus reflujos y tramos donde se debilitaba, y a veces, con las diferentes mareas, aparecían zonas intermedias que quedaban al margen; además, la pauta cambiaba dependiendo del tamaño y dirección de las olas y de los movimientos del banco de arena. Muy pocos surfistas se dedicaban a investigar los caprichos de la corriente y al final todos los que lo hacíamos nos conocíamos bien. Competíamos duro, procurando que cada brazada fuera más potente que la anterior, así que apenas teníamos tiempo de hablar, pero así y todo surgió entre nosotros una especie de acuerdo tácito sobre cómo debíamos compartir las olas; y ese acuerdo se derivaba, por raro que fuese, de una combinación de dos elementos: la necesidad y el respeto mutuo. Yo empecé a coger muchas más olas. Y empecé a saber qué hacer con ellas.

En muchos aspectos, surfear en Kirra era justo lo contrario a surfear en Tavarua. Esta última era una inmaculada izquierda de arrecifes de coral que rompía con una abundancia digna del Jardín del Edén. La de Kirra, una especie de Miami Beach australiana, era una derecha con fondo de arena en la que había muchísimos surfistas.

Y aun así, las dos olas eran largas, exigentes y superlativas; las dos demandaban una técnica novedosa y las dos compensaban las largas horas de estudio previo. La clave del surf en Kirra era entrar en el tramo más salvaje de la ola a toda velocidad, surfear muy cerca de la pared —frenando— y luego, una vez dentro, mantener la calma bajo el tubo confiando en que iba a escupirte sano y salvo. Por lo general no era así, pero cogí olas que me engañaron en dos o tres ocasiones, haciéndome creer que el agujero de salida, bien visible por la luz del sol, se deslizaba por delante de mí a toda velocidad, adelantándome por completo, hasta que de pronto se detenía y volvía a retroceder milagrosamente hacia mi posición, mientras el labio, que iba girando, rotaba como si fuera la apertura del obturador

del objetivo de una cámara. Entonces yo tenía la sensación de que me quedaba fuera del tubo, pero enseguida la salida de la ola volvía a detenerse y repetía el mismo movimiento, retrocediendo —lo que creaba en mí un hermoso sentimiento de desesperación— hasta que después volvía a adelantarme a toda velocidad, lo que suscitaba una esperanza mucho más hermosa aún. Esos tubos fueron los más largos que he cogido en toda mi vida.

En esos casos se planteaba la cuestión de qué hacer si uno quería celebrar su victoria. Sin duda, lo mejor que uno podía hacer si lograba salir sano y salvo de un buen tubo era no hacer nada. Continuar surfeando. Comportarse como si esas cosas le sucedieran a diario. Pero eso era difícil, por no decir imposible: uno sentía una necesidad casi física de dar rienda suelta a una pequeña celebración. Desde luego no ese estúpido gesto eufórico de sacudir el puño para celebrar un gol o de levantar los brazos al aire después de un ensayo de fútbol americano, pero sí el reconocimiento de que acababa de suceder un hecho singular que te colmaba de emoción. En uno de los mejores días que tuvimos en Kirra, cuando las series se sucedían con regularidad y rompían en aguas más profundas y azules de lo que era habitual, me metí en un tubo que era oblongo en vez de circular, y vi que el techo de la ola empezaba a resquebrajarse y se desplomaba sobre mí. Agaché la cabeza y me acurruqué, esperando el tajo del hacha sobre mí, pero me ceñí a la línea y conseguí salir entero de la ola. Cuando salía del agua, atónito, me puse en pie intentando mantener la calma. Vi que Bryan estaba remando con otros surfistas cerca de la salida de la ola. Oí unos cuantos gritos y abucheos, pero él no dijo nada. Después le pregunté si había visto la ola. Me dijo que sí. Y también me dijo que me había pasado con la celebración: había salido con las manos juntas como si estuviera rezando, cosa que le parecía ridícula. Le contesté que no estaba rezando, sino simplemente dando las gracias, y por eso tenía las manos juntas en vez de levantadas. Ese comentario de Bryan me ofendió muchísimo y me hizo rabiar. Desde luego que preocuparse de esas cosas era una reacción pueril, pero el desdén de Bryan por mi forma de celebrar

una ola me pareció muy mezquino. De todos modos, me juré que no volvería a celebrar jamás una buena ola, por grande que fuese.

Evidentemente, la grandeza del éxito es algo muy relativo. Uno de esos días de grandes olas, tal vez en la misma semana, yo volvía andando a Kirra después de que una ola larguísima me hubiera llevado casi a mitad de camino de Bilinga, la siguiente localidad en dirección norte. Volver remando hubiera sido una locura, así que decidí regresar a pie y luego meterme de nuevo en el agua cuando estuviera cerca del pico. Estaba solo en la playa. El mar de fondo iba cobrando fuerza, el viento era de tierra y las olas se sucedían una detrás de otra. Muy lejos, vi a un surfista con bermudas rojas metiéndose en un tubo gigantesco; reapareció, desapareció de nuevo y volvió a hacerse visible. Era un tipo que no conocía de nada y surfeaba a una velocidad que yo raras veces había visto en mi vida, si es que la había visto alguna vez. Repetía la misma pauta todo el rato: desaparecía, volvía a aparecer. Parecía colocarse en la tabla en una posición errónea —tenía los pies demasiado adelantados—, pero de algún modo conseguía mantener el equilibrio con pequeños reajustes que le permitían continuar bajo el tubo durante un periodo asombrosamente largo y seguir adelante con una actitud —por lo que yo podía ver cuando se acercaba— de despreocupación que rayaba en el desafío. Nunca celebró los tubos que consiguió hacer. Estaba surfeando con una calidad que yo no había visto casi nunca en mi vida, pero se comportaba como si se mereciera estar haciendo lo que hacía. Yo ni siquiera podía entender algunas cuestiones técnicas de lo que estaba haciendo. ¿Eran nose turns dentro del tubo? Me recordó la primera vez que vi una tabla corta en acción: Bob McTavish en Rincón. Lo que yo no sabía era que aquel chico de las bermudas rojas era el recién coronado campeón del mundo: Wayne «Rabbit». Bartholomew. Era un chaval de la zona que acababa de volver a casa después de competir en el circuito internacional. Tenía un físico muy poco poderoso, pero actuaba con temeridad frente a las grandes olas y tenía un talento asombroso: era el Mick Jagger del surf, a quien las revistas elogiaban por adoptar

poses de estrella de rock en las situaciones más comprometidas. Había aprendido a surfear en Kirra, y el tubo que vi era una clase magistral de cómo se debían surfear aquellas olas, siempre que fueras, claro está, el mejor surfista del mundo.

La temporada turística empezaba a declinar en The Patch. Bryan y yo habíamos ahorrado el dinero suficiente para continuar el viaje. Nos apetecía hacer un largo recorrido por Australia. Nuestro coche, sin embargo, no estaba en condiciones. La bomba de agua estaba a punto de dejar de funcionar, lo que hacía que el motor se calentase mucho. Bryan encontró otra bomba en un desguace de coches. La instalamos, avisamos de que dejábamos nuestros trabajos, nos despedimos de nuestros amigos y en media hora vaciamos nuestro bungaló de los Apartamentos Buena Vista. Cuando cerró la puerta, Bryan hizo una pausa teatral y proclamó: «Demos por finalizada esta era». Quince kilómetros más allá, en la carretera, el indicador de temperatura del Falcon volvió a situarse en la zona caliente. Puse una tira de esparadrapo sobre el indicador para que no pudiéramos ver las malas noticias. Luego escribí sobre el esparadrapo: «Va a ir bien». La frase se convirtió en el lema no oficial de Australia.

En Sydney volvimos a encontrarnos con los tripulantes del Alias. Mick, Jane y el bebé que habían tenido en Fiyi habían atracado en un extremo muy tranquilo del puerto, cerca de Castlecrag. Graham y su novia se habían ido a trabajar. Mientras tomábamos gambas y bebíamos cerveza, Mick nos contó el plan que habían ideado para ganar dinero. En Sydney había un montón de surfistas con pasta. El plan consistía en convencer a unos cuantos de esos surfistas para que pagaran varios miles de dólares por un surfari a la Isla Mágica a bordo del Alias. No se les diría adónde iban, salvo que se trataba de «la mejor ola del mundo». Si el primer viaje era un éxito, los pasajeros se lo dirían a sus amigos ricos, así que se podría seguir organizando el crucero por medio del boca a boca. Por descontado que el secreto no se podía revelar. La cosa era convencer al primer grupo de participantes para que soltaran la pasta y se subieran a un avión con rumbo a Nadi. Las fotos les ayudarían

a vender el proyecto. Lo malo era que él y Graham habían estado demasiado absortos en las olas de Tavarua como para hacer fotos. ¿Nosotros teníamos alguna, por casualidad?

Bryan y yo farfullamos que habíamos estado demasiado concentrados en las olas, igual que ellos. Teníamos pocas fotos y ninguna era muy buena (todo eso era cierto). Pero también era muy cierto que no teníamos ningunas ganas de que aquel plan funcionase.

Pusimos rumbo al sur, en dirección a Melbourne, durmiendo en la tienda de campaña y surfeando por el sudeste de Australia. En Melbourne nos encontramos con Sue y sus críos (el marido parecía haber desaparecido del mapa), que vivían con la madre de Sue. Tenían la casa llena, así que nos instalamos con la hermana menor de Sue, una universitaria que vivía con un grupo de punks en una ruinosa casa ocupada en la parte más cutre de la ciudad. Por las noches bebíamos y bailábamos con los punks, y también veíamos películas viejas (El sargento York) en un armatoste en blanco y negro que habían pillado no sé dónde. Un día fuimos a ver un partido internacional de críquet —Australia contra Paquistán— con la madre de Sue, y comimos sándwiches de pepino mientras bebíamos Pimms' Cup (el cóctel británico de ginebra y zumo de fruta). Bryan, en un arrebato de inconsciencia nocturna, dejó que los punks le afeitasen la cabeza. Los punks se pusieron los rizos de Bryan como adorno en las orejas llenas de pendientes, y él, en cuanto se le pasó la mona, proclamó muy triste que su nuevo nombre artístico era Sid «el Abstemio».

Viramos hacia el oeste, rumbo a la Gran Bahía Australiana, donde se encuentra la línea de acantilados más larga del mundo y la llanura de Nullarbor, que es la mayor extensión mundial de piedra caliza. Hacía calor, el sol brillaba y no había árboles ni gente por ninguna parte. Por carreteras sin asfaltar cruzamos un paisaje de salinas y dunas de arena, y acampamos en un remoto y destartalado pueblo surfero llamado Cactus. El agua estaba muy fría y tenía el color azul intenso

del Pacífico Sur. Había dos largas izquierdas —una que se llamaba Cactus y la otra Castles— que rompían muy cerca de un promontorio rocoso, y unos pocos metros hacia el oeste había una sólida derecha llamada Caves. Las olas eran buenas un día sí y otro también. Algunos días incluso eran mejor que buenas. El viento era cálido y arrastraba mucho polvo. Venía de tierra, desde el mismo desierto del centro de Australia. Bryan se dedicaba a las izquierdas. Yo tenía una tabla nueva, una rounded pintail 6′9″ de color azul pálido, que había comprado en Torquay, una ciudad costera de Victoria. En la tienda donde la compré dejé en consigna mi tabla del Pacífico Sur para que la vendieran. Yo confiaba en que la nueva tabla, fabricada en Nueva Zelanda, pudiera servirme para toda clase de olas. Era rápida y ligera, y en los mejores días de Caves parecía capaz de hacer una buena bajada sin derrapar.

Los demás surfistas de Cactus eran una aguerrida mezcla de viajeros y emigrantes. Los emigrantes procedían de otras zonas mucho más pobladas de Australia: eran tipos que reconocían una buena ola nada más verla y a los que no les molestaba vivir en el culo del mundo. Surfeaban y se buscaban la vida cobrando el paro, o pescando, o buscando trabajo en Penong, una localidad situada en un cruce de caminos a unos veinte kilómetros más al norte, siguiendo por la carretera. Algunos vivían en chamizos construidos en mitad del desierto. Estos personajes, como es natural, eran los dueños del pico, en el que no había mucha gente, aunque eran excepcionalmente generosos con las olas. Algunos hasta eran parlanchines. Uno me contó la historia —una advertencia, supongo— de su amigo Moose, al que un día un recién llegado le saltó una ola obligándole a un wipeout, es decir, a tirarse al agua desde la tabla. Moose reapareció sonriendo, pero de inmediato remó hasta la orilla, se subió a su camión y arrolló varias veces la tienda de campaña del recién llegado. Después volvió al pico, sin perder en ningún momento la sonrisa. Procuré no toparme con Moose.

Había otro lugareño apodado «el Loco». Llevaba el pelo al cero y poseía una cantidad extraordinaria de energía, así que se pasaba el tiempo buscando los

mejores puntos para el takeoff en la vasta extensión de hirvientes olas de dos metros y medio de Caves. Alguien me contó que un día el Loco rompió el invento mientras surfeaba allí, pero que se puso tan furioso que se negó a salir del agua para repararlo, así que continuó surfeando mordiendo el trozo de cordel que había quedado y agarrándose de aquel modo a la tabla, hasta que una mala caída le arrancó el cordel de la boca junto con las dos paletas. Algún tiempo después, el Loco me sonrió sin ningún motivo en concreto, y pude comprobar que, en efecto, le faltaban esos dos dientes.

Cactus, al igual que toda la costa de Nullarbor, es famoso por los grandes tiburones blancos. En el agua me topé con un tipo que me contó que un tiburón blanco le había atacado, cinco años antes, en el mismo lugar del pico donde ahora nos encontrábamos. Era un tipo tranquilo —nada que ver con el Loco o Moose—, así que me sentí inclinado a creerle. Me dijo que el tiburón en realidad solo había mordido la tabla, pero él había salido mal parado porque las astillas desprendidas y las cuñas puntiagudas del poliéster le habían producido heridas y desgarros. Por suerte el ataque ocurrió en invierno y el traje de neopreno le salvó la vida. Aun así, tuvieron que ponerle ciento cincuenta puntos y tuvo que estar dieciocho meses sin poder meterse en el agua. Como un rayo nunca caía dos veces en el mismo sitio, él surfeaba allí sin sentir ningún temor. Tras oír aquel relato, a mí me costó seguir creyendo que yo también me encontraba en una zona segura del karma.

Cactus no me seducía como lugar para vivir, aunque me recordaba a otros lugares donde vivían exiliados del surf que había visto en Hawái, Oregón, Big Sur y el sudoeste rural del estado de Victoria. La gente llegaba a esos sitios en busca de olas y se quedaba a vivir allí. Aprendía a conocer el lugar y se buscaba la vida. Algunos, pasado el tiempo, se convertían en miembros respetables de la comunidad local, mientras que otros seguían viviendo al margen. Yo había surfeado en algunos picos, sobre todo en Honolua Bay, donde las olas congregaban tal devoción que uno deseaba renunciar a todo lo demás y dedicarse únicamente a surfear allí por

siempre jamás. Había otros picos con buenas olas y no demasiada gente donde la vida era barata y donde, nada más echar una ojeada, parecía fácil ganársela. Yo imaginaba que terminaría estableciéndome en un sitio así. Pero también existía Tavarua. Bryan y yo seguíamos sin pronunciar el nombre. Nunca se me ocurría pensar que podría volver a vivir en Fiyi.

Aun así, me preguntaba qué estaba haciendo con mi vida. Llevábamos tanto tiempo viajando que ya me había desvinculado de cualquier posible explicación de aquel viaje. Estaba claro que no eran unas vacaciones. ¿De qué trabajo podría haberme tomado unas vacaciones? Había conseguido una licencia laboral de un año, pero el permiso había expirado cuando estábamos en Kirra. Renunciar a mi trabajo de ferroviario, con mi maravillosa fecha de antigüedad —8 de junio de 1974—, había sido un hecho muy doloroso para mí. Todavía creía que jamás encontraría un trabajo tan satisfactorio y tan bien pagado. Pero ahora ya no había remedio. A veces me entraba un ataque de pánico cuando pensaba que estaba echando a perder mi juventud vagando sin rumbo por la cara oculta de la luna, al mismo tiempo que mis viejos amigos, mis compañeros de clase y mis iguales estaban construyendo sus vidas y sus carreras y se hacían adultos en América. De algún modo yo siempre había querido ser una persona útil: trabajar, escribir, dar clases, hacer grandes cosas. ¿Y qué había sido de aquellos sueños? Vale, me había sentido obligado, casi impelido, a emprender un largo viaje surfero. Pero ¿era necesario que durase tanto tiempo?

La idea era ir a Bali. Grandes olas y asquerosamente barato. Sharon me había escrito diciendo que probablemente podría reunirse con nosotros en Asia al cabo de unos pocos meses. Tal vez ella sabía qué era lo que yo estaba haciendo mientras daba vueltas por ahí. Pero ella no surfeaba; peor aún, el mar le daba miedo. Ahora bien, ¿lo que yo estaba haciendo era surfear? Yo buscaba olas por instinto, me sentía entusiasmado cuando las cogía y me tomaba muy en serio la tarea de desentrañar el rompecabezas de cada nuevo pico. Sin embargo, los momentos extáticos eran

escasos y tardaban mucho en repetirse. Muchas sesiones ni siquiera te dejaban un mínimo recuerdo. Lo que persistía era cierta sensación de serenidad tras una sesión muy difícil. Ese estado de ánimo posterior al surf era de naturaleza física, pero también tenía un aspecto eminentemente emocional. A veces era un ligero júbilo. Otras veces era una agradable melancolía. Después de un tubo muy intenso o tras una caída fuerte, yo sentía una eléctrica y salvaje necesidad de llorar que podía durar varias horas. Era como la escala de poderosos sentimientos que suelen llegar tras un majestuoso encuentro sexual.

En los días buenos todavía pensaba que estaba haciendo lo correcto. Me atrapaban por completo las características de los lugares desconocidos, la fascinación de las nuevas costas, las hermosas y frías madrugadas. El mundo era inconcebiblemente grande y todavía había mucho que ver. Es cierto que a menudo me hartaba de ser un extranjero siempre ignorante, siempre al margen de la esencia de las cosas, pero aún no me sentía preparado para la vida doméstica y para ver todos los días a la misma gente y pensar cada día las mismas cosas. Me gustaba dejarme llevar por las nuevas embestidas, por la incertidumbre, por el azar de la carretera. Y me gustaba sentirme un extraño, un observador casi siempre perplejo. El día que cruzamos la frontera de Victoria y nos adentramos en la Australia meridional, atravesando las altas hileras de araucarias de un verde muy intenso bajo las nubes bajas, vimos un hipódromo rural, aparcamos, nos colamos en la tribuna y contemplamos desde la barandilla de la primera fila una magnífica carrera de caballos. Luego vimos a los jockeys con sus camisolas de seda pesando las sillas en la báscula. Detrás del pub del hipódromo encontramos un balón de rugby y empezamos a lanzárnoslo con viejos pases de fútbol americano, trazando complicadas elipses y atrapándolo a toda velocidad frente a un grupo de chicos descalzos que nos aplaudía y gritaba. Faltaba poco para que expirasen nuestros visados, y yo, al menos, lamentaba tener que irme de Australia.

Bryan y yo teníamos que convivir y a menudo lo pasábamos mal. Ser amigos que se escriben cartas es una cosa muy distinta de ser dos amigos que conviven juntos. Discutíamos mucho, y cada dos o tres meses teníamos una pelea gorda. A mí me molestaba que a él le pareciera peligroso hacer algo que se saliera de lo normal o que no se adaptase a la rutina. Una mañana, en Cactus, cuando el viento soplaba de lado y las olas eran malas, me levanté temprano y me fui a dar un paseo por la costa, en dirección oeste. Las charcas que se habían formado en la roca caliza brillaban bajo la luz incipiente. Las moscas del interior que estaban por todas partes no volaban a aquella hora, quizá porque era muy temprano, quizá por el viento. Al final caminé durante un largo trayecto sin ver a nadie. Volví al campamento a media mañana y Bryan estaba furioso. ¿Dónde había estado? Había preparado el desayuno y se lo había tomado sin mí. Mis gachas se habían puesto duras y rugosas. Pero eso no me preocupaba: me estaba comiendo una manzana. Él siguió protestando y yo exploté. ¿Cómo se atrevía a decirme dónde podía ir y en qué momento debía hacerlo? Por desgracia se me salió de la boca —más o menos de forma deliberada— un trozo de manzana a medio masticar, que fue a estrellarse contra la tienda. Bryan se marchó ofendido y asqueado. A Dios gracias nunca volvió a mencionar la Manzana Escupida (o el Escupitajo de la Manzana). En Samoa Occidental tuvimos otra discusión igual de gorda cuando le grité que no volviera a decirme lo que tenía que hacer, y en aquel momento —según me contó después—, Bryan estuvo a punto de cortar por lo sano con nuestro viaje por el Pacífico Sur, que apenas tenía dos semanas de vida.

Salimos hacia el Territorio del Norte, al que la gente llamaba el Nunca Nunca. Cuando estábamos en Gold Coast y comentábamos que queríamos cruzar el centro del país, los australianos nos recomendaban que no lo hiciéramos, y más aún si teníamos un coche malo. Había bandas de asaltantes que atracaban a los viajeros confiados. Y las gasolineras y lugares de aprovisionamiento estaban a varios días de distancia. Por lo que se podía ver en los mapas, eso era una exageración, pero

compramos un bidón para llevar gasolina de reserva, y también un depósito de agua y unos cuantos manguitos de recambio. Aun así, nuestro coche seguía siendo muy poco fiable. Todos los días se calentaba más de la cuenta y a veces no arrancaba. Lo aparcábamos en una cuesta, aunque fuese poco inclinada, para poder ponerlo en marcha con un empujón. Cuando llegábamos a una gasolinera con el radiador siseando y echando humo, los empleados se empeñaban en mirar el indicador de la temperatura. El lema «Va a ir bien» siempre les arrancaba una carcajada.

Desde Cactus fuimos hacia el nordeste por una carretera sin asfaltar tan alejada de todas partes que solo nos cruzamos con otro vehículo —un camión de ganado— a lo largo de trescientos kilómetros. Las irregularidades de la carretera hicieron que la ventanilla de atrás se pusiera a temblar hasta que de repente se cayó por el hueco del panel de la puerta. Intentamos colocarla en su sitio, pero el arreglo no duraba más de diez minutos. Seguimos adelante mientras se nos iba colando por la ventanilla abierta el polvo blanco de sal, primero, y luego el polvo rojo del desierto. Nos tapamos la boca y la nariz con un pañuelo y nos alegramos de haber llenado la «esky» —la neverita portátil— en Penong con cervezas Crown Lager. Hay gente que mide las distancias entre las ciudades del interior australiano por «latas», es decir, por la cantidad de latas de cerveza que da tiempo a beberse hasta llegar a destino. Como mínimo nos llevó doce «latas» llegar a la carretera principal que iba al norte. Tampoco estaba asfaltada y nos la encontramos en un pueblo llamado Kingoonya, donde un ruinoso restaurante de carretera ofrecía las mejores hamburguesas del mundo, servidas por la camarera más guapa de toda Australia.

Incluso la carretera principal era mala. Tuvimos que recorrer mil kilómetros por una vía sin asfaltar. Nos encontramos con innumerables vehículos calcinados y caídos de lado entre los arbustos de tiple, y entonces decidimos hacer caso a quienes nos habían dicho que era una locura conducir de noche sin un guardabarros especial para colisiones con canguros. De día habíamos visto muchísimos canguros, tanto

cerca de la carretera como dando saltos en el interior del desierto. Por las noches acampábamos. Una mañana, una bandada entera de cacatúas galah, unas aves rosadas y grises parecidas a los loros, empezó a dar vueltas sobre nosotros mientras intentábamos arrancar el Falcon empujando cuesta abajo.

Por el camino recogimos a un peón itinerante, Joe, que iba andando por el arcén con una mochila; estábamos a setenta y cinco kilómetros del primer lugar habitado. Joe era diminuto, como si hubiera encogido por efecto de la exposición al sol, tenía unas profundas arrugas en la piel, no era joven y nunca hubiera dicho que era una persona alegre, aunque se pasaba todo el tiempo hablando muy a gusto de los pozos de extracción, los depósitos de agua y las granjas de ovejas en las que había trabajado. Mientras tanto se iba bebiendo todas nuestras cervezas. Le pregunté por la tortura de las moscas y me dijo que uno nunca llegaba a acostumbrarse; ni siquiera los negratas se acostumbraban a ellas. Luego nos pidió que lo dejáramos frente a un sendero que iba hacia el este. Le llenamos la cantimplora y le dimos cinco dólares.

Entramos en el Territorio del Norte. En una aldea polvorienta llamada Ghan paramos y eché un vistazo a la asquerosa funda de plástico que llevábamos amarrada al techo del coche. Mi tabla nueva iba allí dentro. Brillante, de color azul pálido —tan elegante, tan vistosa— era toda una visión. Me hizo pensar en otro mundo muy distinto, un mundo de inconcebible frescor que allí parecía imposible. Nuestro plan era llegar a Darwin —una ciudad de la costa norte—, vender el coche y buscar la forma de llegar a Indonesia.

Cuando nos fuimos de Kirra, Bryan aún no había terminado de leerse su montón de New Yorker, así que metimos bajo el asiento delantero los cincuenta números o así que le faltaban. A veces cogíamos uno y nos poníamos a leerlo en voz alta: relatos, poemas, reseñas, piezas humorísticas, ensayos, largas crónicas de corresponsales en el extranjero. Algunos de esos textos ya los habíamos leído, pero

oírlos mientras atravesábamos el desierto australiano era algo muy distinto: aquello era una prueba de resistencia. ¿Aguantarán expuestos a la luz cruda del desierto, esa luz que no admitía tonterías ni fraudes? Algunos textos resistían muy bien: la prosa seguía siendo contundente, el humor seguía siendo divertido. Pero todo lo que era vacuo y pretencioso se teñía de un violento tono fosforescente cuando pasaba por ese detector infalible. Algunos escritores de pronto nos parecían unos simples impostores criados en un invernadero. De repente se habían vuelto involuntariamente cómicos.

Nos sentíamos seres superiores. Lo que hacíamos se parecía mucho a los largos viajes en coche que habíamos emprendido por el Oeste, cuando vivíamos en casa, solo que ahora íbamos por carreteras mal asfaltadas y llevábamos mucha más cerveza. El libro de Mailer Un fuego en la luna no logró pasar el test del desierto australiano, cosa que me preocupó, porque Mailer era uno de mis ídolos. Le perjudicó la comparación con Tierra ignota, de Patrick White, una novela extraordinaria sobre un naturalista prusiano del siglo XIX que emprende una exploración por el interior de Australia. Cotorreábamos y leíamos y disparábamos al tuntún contra los tejones australianos con pistolas de agua de plástico verde. Me gustaba la forma de conducir de Bryan. Lo hacía muy erguido, con una postura de camionero de largas distancias.

En las rectas muy largas dejaba descansar una mano sobre la pierna. Cuando leía, también lo hacía con la misma atención relajada de un largo viaje en camión. Casi nunca nos quedábamos sin temas que discutir. Cuando viajábamos juntos saliendo de Sydney, Mick y Jane se habían reído de nosotros por nuestra cháchara constante. En busca de olas, viajamos en convoy con ellos hasta Wollongong. Cuando llegamos, nos contaron que nos habían estado observando durante una hora entera y que no parábamos de gesticular, en especial yo. Durante aquel trayecto yo había intentado desarrollar una teoría sobre Patrick White, pues acababa de leerme El centro de la tormenta. Nos dijeron que en el Alias había pasado

exactamente lo mismo: los dos habíamos estado parloteando sin parar, y sin darnos cuenta, habíamos servido de entretenimiento a los australianos.

Al salir de Alice Springs rumbo al norte recogimos a dos chicas autostopistas, Tess y Manja (se pronunciaba Mon-yo). Eran estudiantes universitarias de Adelaida e iban a un congreso feminista en Darwin. Nos dijeron que no les molestaban las bolas de pelusa que llenaban por completo el Falcon. Se cubrieron la cara con un pañuelo y viajamos con ellas durante cinco días. Tess era pequeñita y peleona y llevaba una camisa a cuadros de hombre. Era una marimacho menuda, muy pálida y mordaz, con el pelo muy corto y un bilioso sentido del humor. Lo ejercía a costa de los afables y confiados incautos que nos encontrábamos en las gasolineras y en los pubs dejados de la mano de Dios en los que teníamos que refugiarnos del calor del mediodía porque era excesivo para el pobre Falcon. En cambio, con Bryan y conmigo y nuestras pistolas de agua Tess se relajaba un poco, a pesar de que le habíamos dicho que éramos veteranos de Vietnam, nada arrepentidos, aunque sufríamos un trastorno mental a causa de la guerra. «Pobrecitos», exclamó. Luego le dijimos que nuestras heridas del surf eran heridas de guerra. «Caray, eso tiene que doler. Venga, invitadnos a una cerveza».

Manja era alta, delgada, tenía una voz muy suave y ojos sensuales. Se reía, o al menos sonreía con indulgencia, en todos los momentos en que había que hacerlo. Tenía firmes ideas políticas, aunque no las exhibía a menudo, según la reticente forma de ser de los australianos. Por las noches ella y yo nos alejábamos del campamento y buscábamos un lugar tranquilo donde extender nuestros sacos de dormir. En una de esas noches me habló de su infancia. Había crecido en una granja cerca del río Murray. Los cazadores de la zona solían matar canguros y ualabíes, y si encontraban una cría todavía viva en la bolsa marsupial se la regalaban a los niños de las granjas. Esas crías eran magníficos animales de compañía: amables, leales, inteligentes. Ella solía disfrazar a su cría de ualabí con un sombrero y un abrigo, y las dos se iban caminando —y dando saltos— hasta el pueblo.

Nuestro idilio se fue al garete en Darwin. Tess y Manja se alojaron en una especie de comuna feminista en la que no estaba permitida la entrada de hombres. A Tess le alegró que yo desapareciera de escena. Me dio la impresión de que había interrumpido un idilio a medio consumar (cosa que Manja no me había comentado en ningún momento). Bryan y yo nos instalamos en un camping cerca de la ciudad. No había mucho que ver en Darwin. Pocos años antes había sido asolada por un ciclón y la rehabilitación de la ciudad avanzaba muy despacio. Se suponía que era una ciudad costera, pero lo único que había era barro, matorrales y aguas poco profundas de aspecto mortífero. Hacía mucho calor y todo era llano y horriblemente feo. Por suerte había un aeropuerto con vuelos semanales baratos a Denpasar. Vendimos el coche por doscientos dólares a un grupo de mineros yugoslavos que trabajaban en las minas de bauxita. Un milagro hizo que el coche se pusiera inmediatamente en marcha cuando vinieron a inspeccionarlo. De todos modos nos cambiamos de camping, por miedo a que los mineros no hubieran captado del todo el significado legal del término «en el estado en que se encuentra el vehículo».

Yo echaba mucho de menos a Manja. Logramos vernos en un viejo hotel que había sobrevivido al ciclón. De repente yo no quería irme de Australia. Pero ella me dijo que era mucho mejor que me fuera.

Tenía razón. Aquella noche me presenté, sin que nadie me invitara, en la comuna feminista. Cuando llamé a la puerta nadie me abrió. Me colé en la casa. Se oían ruidos alegres que procedían del patio trasero. Llegué hasta la puerta de atrás. En una terraza de cemento, bajo la brillante luz del porche, estaban cortándole el pelo a Manja. Casi todos los rizos rubios de su larga melena estaban ya desparramados por el suelo. Tess estaba cortando con alegría todos los que le quedaban. Manja tenía el pelo de un castaño claro, y con el nuevo corte al cero, su cabeza parecía más redonda, dándole un aspecto vulnerable, como el de un bebé. Cuatro o cinco mujeres aplaudían a rabiar la transformación. Ella se reía con una sonrisa bobalicona mientras se bebía una cerveza (un botellín de Toohey, según

pude ver). La desesperación se apoderó de mí. Supongo que hice ruido. Manja se puso a gritar. Otras chicas soltaron alaridos. Hubo más gritos y empujones y peleas. Yo casi me había convencido de que iba a salir de allí con Manja. Lo que ocurrió fue que salí de allí escoltado por la policía.

Semanas más tarde, en Bali, recibí una carta de Manja. Me pedía perdón por haber llamado a la policía. Como eran unos fascistas, confiaba en que no me hubieran torturado. La verdad es que no lo hicieron. Al contrario, como buenos ockers que eran, me habían dejado muy pronto en libertad, mientras me mostraban su absoluta solidaridad masculina por medio de unos comentarios muy subidos de tono. Según me contaba Manja, el desastre de su relación conmigo la había reafirmado en su decisión de no volver a relacionarse jamás con hombres. Yo, igual que todos, no había respetado su autonomía. No le pude discutir eso, pero ella seguía gustándome mucho. Si me hubiera dicho que iba a venir a Indonesia, habría ido a esperarla al aeropuerto.

Siete. Elegir Etiopía

Asia, África, 1979-1981

Bryan odiaba Bali. Escribió un artículo para Tracks —fieles a nuestra costumbre, lo firmamos los dos, aunque yo solo le había hecho una ligera revisión— en el que se burlaba de la idea, por entonces muy extendida entre los surfistas australianos, de que Bali era un inmaculado paraíso de olas solitarias y afables nativos hindúes. Muy al contrario, Bryan decía que estaba hasta los topes de surfistas y de otros turistas. Bali era un lugar en el que uno podía «ver europeos de ambos sexos no solo haciendo topless, sino también nudismo integral», «oír las mentiras de surfistas llegados de todas partes del mundo», «contratar a un tipo para que te lleve la tabla y experimentar así la emoción visceral del colonialismo» y «decirle a la gente que eres de Cronulla cuando en realidad eres de Parramatta». (Parramatta era un barrio de Sydney mucho menos elegante que Cronulla).

Yo estaba de acuerdo en que había muchos turistas en Bali —el contraste abismal entre el turismo de masas y la pobreza de Indonesia era bochornoso—, pero el lugar me gustó. Nos alojábamos en un losmen (un albergue) limpio y barato en Kuta Beach, comíamos muy bien por un precio de risa y surfeábamos todos los días. En una biblioteca universitaria de Denpasar —la capital provincial— encontré un buen sitio para escribir, y todos los días, por la mañana, cogía un autobús para ir allí. Era un refugio fresco y silencioso en una isla cálida y ruidosa. Mi novela avanzaba. A mediodía aparecía frente a la biblioteca un vendedor callejero con un carrito de color turquesa, y yo sabía que había llegado la hora de cerrar. A través de los ventanales de las dependencias del campus, el vendedor iba sirviendo arroz, sopa, dulces y satay. Me gustaba mucho su nasi goreng (arroz frito). Por las tardes, si había olas, Bryan y yo nos íbamos a la península de Bukit, donde unas buenísimas izquierdas rompían frente a los acantilados de piedra caliza. En Kuta también había

buenas olas, incluso en los días de marejada débil, y si el viento soplaba del suroeste, también las había en la costa este, en la zona de los hoteles de lujo de Sanur.

El pico que más me enganchó fue una izquierda de gran envergadura —y ya muy conocida en el mundillo del surf— llamada Uluwatu. Estaba en el extremo sudoccidental de la península de Bukit. Había un templo hindú del siglo XI, construido con duro coral gris, que se asomaba al borde del precipicio que se veía justo a la izquierda de la ola. Con la pleamar, entrabas en el agua chapoteando por una cueva marina. El pico de Uluwatu era enorme, y en los mejores días, cuando el viento flojo soplaba de tierra, las altas paredes azules de las olas hacían algo que no he visto en ningún otro sitio. En lugares separados y bien visibles de las líneas de olas, muy muy lejos de donde estabas surfeando, las olas se iban cubriendo de la primera capa de espuma, aunque estaban a cientos de metros de distancia del pico y también a cientos de metros de la orilla. Por lo visto, había una serie de bajos rocosos que se internaban en el mar desde el arrecife interior, y esas formaciones estaban tan a ras de agua que ocasionaban que las olas se cubriesen de espuma, al menos en el pico donde surfeábamos, mucho antes de que empezaran a romper. Al principio resultaba inquietante, pero luego, tras unos cuantos tubos maravillosos con olas enormes que no cerraban, ver esas rompientes lejanas que ya echaban espuma solo acentuaba la alegría de correr como un cohete bajo la parte que rompía de la ola, con la certeza de que esas extrañas hilachas de espuma que se veían en el extremo de la bahía se convertirían muy pronto en olas contundentes, nada más alcanzasen el bajo interior.

La zona interior de Uluwatu tenía el apodo de la Pista de Carreras. Era muy poco profunda y muy rápida, con corales afilados que fueron dejando su marca en mis pies, mis brazos y mi espalda. Una tarde me asusté muchísimo. El número de surfistas, que en Uluwatu solía ser enorme incluso en 1979, había disminuido, cosa que me sorprendió porque las olas eran excelentes. Quedábamos unos cinco

surfistas en el pico. La marea estaba baja. Las olas eran grandes y rápidas. Había veinte o treinta personas en el acantilado, todas mirando el sol poniente, detalle que debería haberme impulsado a preguntar: ¿Por qué están mirando la puesta de sol en vez de surfear? Hice un par de tubos perfectos, y entonces llegó la ola que respondía a la pregunta que yo, imprudentemente, no me había preocupado de hacer. Era muy alta, oscura, compacta, pero yo estaba hasta arriba de testosterona y cometí el error de meterme en la Pista de Carreras. De repente toda el agua se escurrió hacia fuera. La marea estaba demasiado baja para surfear una ola así, y eso explicaba que todo el mundo se hubiese ido. Pero yo no podía escabullirme: ya era demasiado tarde. Tampoco podía irme nadando porque no había agua suficiente. El tubo fue el más grande que cogí de espaldas en toda mi vida. Era muy oscuro y hacía un ruido tremendo. No me divertí nada. De hecho, a medida que iba quedando claro que conseguiría hacerlo, deseé — siendo al mismo tiempo amargamente consciente de la ironía que suponía todo aquello— estar en cualquier otro sitio del mundo en vez de allí. Para mí, debería haber significado un instante de satori, un relámpago de iluminación tras una práctica tan larga y paciente. Pero en vez de eso me sentí muy desgraciado, porque el temor —que estaba totalmente justificado— invadía por completo mi corazón y mi cerebro. Conseguí hacer el tubo, pero si me salvé de sufrir unas heridas terribles —o cosas aún peores— fue solo por pura chiripa. Meterme en el tubo había sido una decisión que tenía muy pocas probabilidades de salir bien. En realidad, lo que me metió en el tubo fue la simple estupidez. Si se me presentara otra oportunidad semejante, jamás lo haría de nuevo.

En Kuta había tantos surfistas que era como acudir a un congreso de fanáticos de las olas. Puede que contasen mentiras, pero había un montón de gente hablando de surf en la playa y en las esquinas, en los bares, en los cafés y en los patios de los losmen, las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana. Max, que una vez había parodiado la forma en que Bryan y yo hablábamos de surf, se lo habría pasado en grande con los surfistas de Bali. Sin embargo, a mí me emocionaba la

intensidad con que un grupo de personas hablaba del diseño de la tabla que tenían apoyada contra la pared —sus cantos, su rocker—, o cómo muchos surfistas se ponían en cuclillas y dibujaban en el polvo un plano de los picos locales en los que surfeaban, para que así pudieran conocerlos tipos llegados de otros lugares y de otros países. Esos surfistas estaban convencidos de que ningún oyente podría entender sus historias si no se hacía una idea exacta de la forma en que un arrecife de Perth desviaba la marejada del oeste. Por eso hacían unos planos demasiado detallados que no interesaban a nadie. Este ardor singular podría explicarse en parte por la nostalgia que sentían, o porque se habían pasado un sinfín de horas estudiando aquel arrecife en concreto, pero en gran parte estaba ocasionado —todo hay que decirlo— por el consumo excesivo de drogas. Los surfistas de Bali, igual que los miles de mochileros occidentales que no surfeaban, fumaban cantidades industriales de hachís y marihuana. Bryan y yo éramos de los pocos que no consumíamos. En la época de la universidad, el cannabis me había causado problemas de ansiedad, así que por entonces llevaba unos cinco años sin probarlo. Bryan denominaba «drogas falsas» a todo lo que no fuese alcohol.

Yo había empezado a intentar vender crónicas de viaje para revistas. Mi primer encargo vino de una publicación del ejército estadounidense, con sede en Hong Kong, que se llamaba Off Duty («Fuera de servicio»). Nunca había visto la revista (a día de hoy sigo sin haberla visto), pero los ciento cincuenta dólares que ofrecían por mi crónica me parecieron sublimes. Querían el relato de un masaje en Bali. En Kuta había mujeres dando masajes por todas partes con sus cestas de plástico rosa llenas de aceites aromáticos. Yo era demasiado tímido para buscar una en la playa, donde los cuerpos pálidos de los occidentales recibían masajes a todas horas. Pero en cuanto mencioné mi interés, la familia que llevaba nuestro losmen trajo a una anciana musculosa. Los niños se rieron al ver cómo me echaba una sádica mirada mientras me ordenaba tenderme boca abajo sobre un jergón, en el patio. Me entró un sudor frío cuando empezó a masajearme los músculos de la

espalda con sus poderosas manos. Cuando trabajaba en el ferrocarril, en Redwood City, me había hecho una contractura dorsal tirando de una palanca de cambiador demasiado oxidada, y la contractura nunca se me había curado del todo. Me imaginaba que esa masajista tan viril me desgarraría la contractura y me haría mucho más daño, aunque también me preguntaba —no sin inquietud— si ese episodio serviría al menos para escribir una buena crónica. Esa lesión ya tenía su historia, que era más bien agridulce. Cuando me lesioné, mis compañeros de trabajo me dijeron que no debía cobrar la indemnización de la compañía ni firmar documento alguno. Esa contractura podría servirme para una jubilación dorada: la pieza defectuosa de la maquinaria me permitiría demandar a la empresa, hacerme rico y retirarme cuando aún era joven. Pero yo me negué a hacer aquello, que me parecía una práctica despreciable, así que pocos días más tarde, cuando tenía un poco mejor la espalda, cobré la indemnización, firmé un papel donde renunciaba a demandar a la compañía y volví al trabajo. Como es natural, la espalda empezó a dolerme a la semana siguiente y nunca ha dejado de dolerme desde entonces. La masajista, sin embargo, no me hizo ningún daño. Sus dedos descubrieron el músculo lesionado, lo exploraron y lo estuvieron trabajando, muy suavemente, durante mucho tiempo. Aquel mismo día dejó de dolerme y la hinchazón tardó varias semanas en volver a aparecer.

En cierto momento me puse enfermo. Fiebre, náuseas, vértigo, escalofríos, tos seca. Estaba demasiado débil para surfear y me sentía tan mal que no podía trabajar en mi novela. Uno o dos días después, tendido en la parte trasera de un minibús, conseguí llegar a Sanur. Encontré un médico alemán en uno de los hoteles. Me dijo que tenía fiebre paratifoidea, que no era tan grave como el tifus, y que seguramente la habría pillado comiendo comida callejera. Me dio antibióticos y me dijo que no me iba a morir. Yo casi nunca había estado enfermo, así que no podía compararlo con ninguna enfermedad previa. Me sumí en un inquieto delirio, sudoroso, apático, lleno de desprecio hacia mí mismo. Empecé a pensar, más desesperado todavía, que

había echado a perder mi vida. Debía haber hecho caso a mis padres (Patrick White: «Los padres, esos amateurs de la vida»). Mi madre quería que fuese uno de esos abogados idealistas que trabajaban para el candidato Ralph Nader denunciando los abusos de las grandes corporaciones. ¿Por qué no lo había hecho? Mi padre hubiese preferido que me hiciera periodista. Su ídolo era Edward R. Murrow. Cuando era joven, había sido el machaca de Murrow y sus compinches en Nueva York. ¿Por qué no le había hecho caso? Bryan entraba y salía de la habitación y me miraba con cierto desdén —o eso me parecía a mí—, como si yo me estuviera regodeando en la autocompasión. No, me dijo, las olas no eran buenas y Bali seguía siendo una mierda. Le pregunté dónde dormía. Había conocido a una mujer. Una italiana, creí entender.

Recibíamos cartas (poste restante, Kuta Beach), pero desde hacía semanas yo no había tenido noticias de Sharon. Furioso, empecé a pensar que se había olvidado de mí. Una mañana, cuando me sentía un poco mejor, fui caminando hasta la oficina de correos. Me entregaron postales y cartas de mi familia y de mis amigos, pero nada de Sharon. Se me ocurrió enviarle un telegrama, pero de pronto vi a un grupo de turistas apelotonados frente a unos cuantos teléfonos de pared muy antiguos, bajo el letrero «INTERNASIONAL». El teléfono, qué invento. La llamé. En un año solo habíamos hablado una o dos veces, así que la voz de Sharon sonó en mis oídos como si fuera música llegada de otra vida. Caí en trance. Ella y yo nos escribíamos muchas cartas, pero la vasta y armoniosa distancia que nos separaba —y que tanto esfuerzo nos había costado construir— se vino abajo cuando ella, en tiempo real, empezó a murmurar en mi oído. Se preocupó cuando le dije que estaba enfermo. Seguro que me pondría bien, me dijo. Iría a verme a Singapur a finales de junio. Era una noticia bomba. Estábamos a mitad de mayo.

Me puse bien.

Indonesia es un país muy grande que tiene más de mil quinientos kilómetros de costa expuesta a las marejadas del océano Índico, pero el único lugar explorado por los surfistas era Bali. Bryan y yo queríamos buscar olas en otros sitios. En el extremo sudoriental de Java había una mítica izquierda salvaje que tenía el nombre de Grajagan. Mike Boyum, un americano, había construido un campamento allí a mediados de los años setenta, pero no se había vuelto a saber nada de él. Nos pareció el lugar más adecuado para iniciar la exploración. Vendimos nuestras tablas australianas de repuesto. Y entre las hordas de surfistas que había en Bali encontramos dos cómplices: un fotógrafo indonesioamericano de California, de nombre Mike, y un ecuatoriano rubio —y goofy— llamado José.

Fue un viaje muy complicado. Compramos provisiones en una ciudad de Java oriental llamada Banyuwangi, que estaba muy lejos de la costa. Regatear con el máximo de pasión parecía ser la norma de cualquier compraventa, al menos si se trataba de orang putih (hombres blancos). Creíamos que Mike hablaba bastante bien el bahasa Indonesia, pero el dominio que tenía de la lengua desaparecía si se ponía nervioso. Yo me convertí en el regateador principal (el bahasa Indonesia es un idioma fácil de aprender si uno se atreve a hablarlo mal. Carece de tiempos verbales, y en la mayoría del país no es —o al menos no lo era entonces— la lengua nativa de casi nadie, lo que facilitaba mucho las cosas a un extranjero). En la costa, en el poblado de Grajagan, necesitábamos encontrar un barquito que nos llevase, cruzando la bahía, hasta el pico, que estaba a unos quince kilómetros. Más regateos salvajes, más sudor, más horas perdidas. Los lugareños nos contaron que habían visto surfistas, pero ninguno en el último año. Redacté un contrato en mi diario con un pescador llamado Kosua y lo firmé. Nos llevaría al pico por veinte mil rupias (treinta y dos dólares) y a la semana volvería a recogernos. Tendría que suministrarnos ocho bidones de agua dulce. Y teníamos que salir a la mañana siguiente, a las cinco de la madrugada.

La barca que nos llevó no tenía nada que ver con los bonitos catamaranes multicolores —jukung— que pescaban frente a Uluwatu. Era un armatoste de mucha manga y casco muy pesado que no se impulsaba a vela, sino por medio de un decrépito y ruidoso motor fueraborda que tenía el eje de la hélice increíblemente largo. La tripulación estaba formada por diez personas. Cuando solo llevábamos cinco minutos de travesía, la barca volcó al entrar en contacto con las olas que había frente a la bahía. Nadie resultó herido, pero todo el mundo se puso de muy mal humor y se nos mojó una buena parte del equipo. Kosua quería renegociar el contrato; intentaba explicarnos que el viaje era mucho más peligroso de lo que le habíamos advertido. Me pareció un argumento muy poco sólido, teniendo en cuenta que había chocado contra un banco de arena que tenía que cruzar todos los días. Así que volvimos a regatear, durante un día o dos, hasta que las olas se calmaron un poco.

Y entonces partimos.

El pico de Grajagan, que los locales llamaban Plengkung, estaba en una remota lengua de tierra donde no llegaban las carreteras. Según se decía, la tupida jungla que la rodeaba por todas partes era uno de los últimos refugios del tigre de Java. Kosua nos dejó en una cala a unos setecientos metros de la playa donde se alzaban las ruinas del antiguo campamento de Boyum. La marea estaba baja y se veían unas olas perfectas que rompían en un vasto arrecife que se extendía frente al antiguo campamento. Bajo el terrible calor empezamos a descargar nuestro equipo mientras Kosua hacía las maniobras de regreso. Los bidones de agua pesaban muchísimo, tanto que yo tan solo logré arrastrar uno por la arena. Mike ni siquiera consiguió hacer eso, aunque Bryan llevó dos a la vez. Yo ya sabía que era fuerte, aunque aquello me pareció tremendo. Pero más tremendo fue lo que vino después: cuando llegamos al campamento y nos derrumbamos sobre la arena, buscando la sombra, Bryan abrió un bidón de agua y la probó. Enseguida la escupió y dijo con toda calma: «Bencina». Lo que más me asombró fue su calma. Luego fue probando

todos los bidones. De ocho que había, seis no tenían agua potable. Los habían usado para transportar combustible y luego no los habían lavado bien. Bryan cogió los dos bidones de agua potable y los llevó hasta un árbol. «Me parece que tendremos que racionarla —dijo—. ¿Te parece bien que me haga cargo?».

Mike y José no se lo podían creer. Ni siquiera podían hablar. Yo dije: «Claro».

Todo lo que nos sucedió en Grajagan fue un desastre: meteduras de pata, desgracias, sed continua y Mike y José medio catatónicos todo el tiempo. En comparación, Bryan y yo parecíamos personas bregadas y llenas de recursos. La mala suerte se inició en Banyuwangi. Después, cuando ellos dos fueron perdiendo el ánimo, Bryan y yo nos dividimos las tareas y nos ocupamos de todo. Llevábamos viajando casi un año entero y ahora nos reconfortaba saber —e incluso nos llenaba de orgullo— que podíamos confiar ciegamente el uno en el otro. Yo sabía, por ejemplo, que el reparto de agua sería equitativo y que nadie bebería una gota más que otro.

Boyum había construido varias cabañas de bambú elevadas sobre pilotes. Todas menos una estaban en ruinas, y los cuatro nos acomodamos con mucho cuidado en la que aún quedaba en pie. No vimos ningún tigre, pero por la noche se oían ruidos de bestias peligrosas, como unos toros salvajes llamados banteng y unos jabalíes coléricos que escarbaban muy cerca de los pilotes de nuestra casa. Era evidente que no se podía dormir en el suelo.

La mala suerte se extendió a la primera sesión: Bryan salió del agua, tras una caída, agarrándose un lado de la cara y con el rostro blanco de dolor. Sospechamos que se había perforado un oído. Tuvo que quedarse sin surfear durante toda la semana.

Intenté explicarle que las olas no eran tan buenas como parecían, y la verdad es que no lo eran. Tenían un aspecto buenísimo —eran izquierdas largas, larguísimas, y muy rápidas y espaciosas— de casi dos metros en los peores días o de

dos metros y medio cuando el oleaje cobraba fuerza. Pero ahora sé que José y yo surfeábamos en un mal sitio. Para mí, lo más lógico era seguir la línea hasta la cresta de la ola, es decir, hasta el primer lugar donde podía cogerse. En Grajagan, las olas eran grandes, tenían varios tramos y eran mucho más fofas en la parte superior, pero yo me empeñaba en cogerlas desde el pico, y José siempre me seguía hasta allí. Me engañaba pensando que podría coger las partes más consistentes de la ola un poco más abajo, pero en realidad nunca era así, porque siempre había zonas llanas y tramos imposibles de surfear que me lo impedían. Estaba claro que yo estaba leyendo muy mal el arrecife. Por lo visto nunca se me ocurrió desplazarme un poco más hacia dentro y buscar un ángulo donde pudiera hacer un takeoff que me llevase a una ola mucho más limpia y con un tubo mucho mejor. El día que llegaron las olas más grandes, José no quiso surfear, y Mike, que raras veces salía de su mosquitera, me convenció para que fuese remando hasta la zona donde las olas eran enormes. Incluso logró que me pusiera un traje de neopreno blanco que llevaba consigo, con el argumento de que haría un buen contraste con el agua turquesa y mis brazos tostados por el sol. Aquel día, sabiendo que lo estaba haciendo mal, cogí una ola monstruosa, y si no me caí en la bajada fue por mi maravilloso pintail neozelandés. Mike me contó que había hecho una foto, pero yo nunca he llegado a verla.

Lo cierto es que solo pude estar seguro de que tenía rollo de película en la cámara un año o dos después, cuando alguien me envió una foto a página completa, hecha por Mike, que había salido en una revista de surf. Se veía Grajagan con la bajamar, y yo estaba en primer plano con mi pintail bajo el brazo. Las olas, como siempre, tenían un aspecto magnífico.

La frustración es una parte esencial del surf. Es la parte que todos tendemos a olvidar —las sesiones tontas, las olas perdidas, las olas desperdiciadas, las calmas chichas que parecen no terminar nunca—, pero el hecho de que la frustración fuera el componente esencial de la semana que pasé surfeando entre las olas grandes,

hermosas y despobladas de Grajagan es tan improbable para los demás surfistas que yo no la he olvidado. Bryan tampoco.

Mis padres nos habían enviado dos gorras de béisbol de una serie de televisión en la que habían trabajado, Vacaciones en el infierno. La gente nos preguntaba qué significaba aquella frase. Mi bahasa Indonesia no me permitía hacer una buena traducción. Bryan se aficionó a contestar: «Tú mismo lo estás viendo, amigo».

Cuando nos fuimos de Grajagan, Mike y José volvieron directamente a Bali. Al partir, Mike nos advirtió solemnemente: «Indonesia es una trampa mortal». La frase era un tanto melodramática, a pesar de que no era fácil viajar por Java y Sumatra con poquísimo dinero y cargando con tablas de surf. Todos los autobuses y todas las furgonetas que cogimos iban cargadas hasta los topes, de modo que los trabajadores de las líneas intentaban ganar un dinero extra a costa de los pasajeros. Y aun así, a mí me resultó admirable el trabajo heroico que hacían los cobradores, que eran casi niños y realizaban unas proezas increíbles —en cuestión de equilibrios, agilidad y fortaleza— cuando se agarraban a los vanos de las puertas a una velocidad escalofriante o cuando regateaban el precio de los pasajes en medio de una conversación tan rápida como un fuego racheado; y no hay que olvidar su habilidosa gestión de la situación, que en algunos casos conseguía tener medio satisfechos a los demás pasajeros. Si comparaba a esos inteligentes chicos, descalzos y vestidos con harapos, con los ferroviarios americanos, estos me parecían unos zánganos, ya que podían bajarse de las locomotoras y los vagones de carga siguiendo un detallado manual de instrucciones y siempre llevaban puestas sus botas con puntera de acero.

Tomamos un tren que atravesaba una parte de Java. Cuando me asomaba por la ventanilla para respirar aire fresco, me sorprendía ver que la actividad más importante de Indonesia, desde la perspectiva de un pasajero de tren, era la de

defecar. Cada arroyo, río, dique y canal de riego de un arrozal por donde pasaban las vías del tren estaba bordeado de lugareños y campesinos con las piernas plácidamente flexionadas. Aquello parecía una gira por el retrete más grande y pintoresco del mundo, y me hizo recordar que yo, después de las fiebres paratifoideas de Bali, me había propuesto ser mucho más cuidadoso con las cosas que comía y bebía. Pero aun así, seguía frecuentando los tenderetes callejeros y los dos seguíamos alojándonos en el primer antro que encontrábamos. De todos modos, había contraído la malaria en Plengkung, aunque todavía no lo sabía. Y mientras tanto, el oído de Bryan estaba efectivamente perforado, según le dijo un médico en Yakarta; le recetó unas gotas y le dijo que se pondría bien.

Las zonas rurales del sudeste asiático, por su intenso color tropical, tienen un parecido superficial con las zonas rurales de Polinesia. Pero las diferencias entre ambas regiones son muy profundas. Gracias a los excedentes de la agricultura basada en el cultivo de arroz, en el sudeste asiático habían surgido grandes civilizaciones. Aquí vivían y se esforzaban por salir adelante cientos de millones de personas, agrupadas en unas sociedades inconcebiblemente complejas que se fundamentaban en el sistema de castas. Me dio por hacer entrevistas improvisadas a la gente, algo un poco raro, ya que no tenía ningún proyecto en marcha; pero yo sentía una gran curiosidad, y además la gente parecía disfrutar si le hacían preguntas sobre sus historias familiares o sobre sus ganancias, perspectivas y esperanzas. El dueño de una plantación de arroz de las cercanías de Yogyakarta, que era capitán retirado del ejército, me hizo un relato muy detallado de su carrera, los gastos de explotación de sus cultivos y la trayectoria de su hijo en la universidad. Pero en casi todas las historias que fui recopilando se corría un tupido velo sobre el periodo de 1965-1966, cuando más de medio millón de indonesios fueron asesinados en las matanzas organizadas por los militares y los clérigos musulmanes. Los principales objetivos habían sido comunistas o supuestos comunistas, pero los chinos y los cristianos también se contaron entre las víctimas, y murieron o

perdieron todo lo que tenían. La dictadura de Suharto, que se hizo con el poder tras las masacres, seguía controlando el país, así que las masacres habían sido eliminadas de los libros de historia y no se podían enseñar en los colegios ni discutir en público. El conductor de un ciclotaxi de Padang, una ciudad del oeste de Sumatra, me contó en voz baja que había pasado muchos años en la cárcel por ser sospechoso de izquierdista. Antes de la gran purga era profesor. Le gustaban los americanos, pero el gobierno americano, según me contó, había ayudado y favorecido las matanzas.

Sumatra supuso un cambio a mejor con respecto a Java. Más montañoso, menos gente, más prosperidad, menos agobios, al menos en las partes que vimos. Teníamos un mapa del tesoro que nos había dado en el Pacífico Sur una intrépida australiana que surfeaba de rodillas, y que nos dijo que había encontrado una ola magnífica en Pulau Nias, una isla al oeste de Sumatra. Por lo visto ya no era un pico secreto, pero aún no había superado la fase crítica porque no se habían publicado fotos en ninguna revista. En Padang cogimos un pequeño ferri de aire espartano y motor diésel. Nias estaba a unos trescientos kilómetros, y durante la primera noche de la travesía nos sorprendió una tormenta. La embarcación se bamboleaba en medio de una oscuridad absoluta. A veces parecía que se había quedado al pairo. Estábamos muy asustados. Las olas barrían la cubierta. La única cabina que había en el barco era el cochambroso cobertizo de contrachapado del timonel. Casi todos los pasajeros estaban vomitando, pero la gente parecía sorprendentemente calmada. Nadie gritaba y todo el mundo rezaba. Tuvimos suerte de que nadie se cayera por la borda. Tuvimos suerte de que aquella vieja cafetera no se hundiese. Y así, una mañana bochornosa y gris entramos haciendo pop-pop-pop en Teluk Dalam, un puerto diminuto en la costa meridional de Nias. Nada de lo que había en Teluk Dalam habría desentonado en una novela de Joseph Conrad. Nias tenía una población de quinientos mil habitantes y no había electricidad.

El pico estaba a unos quince kilómetros en dirección oeste, cerca de un pueblo llamado Lagundri. La surfista australiana tenía razón: era una derecha impecable. La rompiente tenía fondo de roca, y en realidad era un arrecife, ya que la ola no llegaba hasta la orilla. Cuando la línea alcanzaba el arrecife se elevaba con toda nitidez, como un muro trazado con regla, pero luego se convertía en un tubo que se alejaba de la costa a lo largo de unos ochenta metros, sin secciones y girando con gran belleza al chocar contra el viento, antes de perderse en aguas profundas. Un bosquecillo de altos cocoteros se inclinaba en la orilla en dirección a la ola como si quisiera tener una vista mejor. Y la verdad, aquella ola era magnífica. La bahía de Lagundri tenía forma de herradura y las aguas eran profundas. El poblado, que estaba a eso de un kilómetro del pico, separado de la playa por un palmeral, era un modesto conjunto de chamizos de pescadores, salvo una casa de madera de tres plantas, muy ornamentada y de aspecto señorial, con techumbre en punta. Era el losmen. Allí se hospedaban cuatro o cinco surfistas, todos australianos. Si se horrorizaron al vernos llegar, lo disimularon muy bien. Colgamos nuestras mosquiteras en la galería del segundo piso.

Fue en esa galería donde Bryan me comunicó que se iba. Recuerdo muy bien que cuando me lo dijo, yo estaba leyendo la biografía de Mark Twain de Justin Kaplan que él y yo nos habíamos intercambiado. Era una tarde muy calurosa. Estábamos esperando que pasara el calor más difícil de soportar para hacer una salida de última hora. La noticia no me sorprendió del todo. Bryan llevaba algún tiempo hablando de encontrarse con Diane en Europa durante las vacaciones de verano.

Pero aun así, me dolió. No levanté la vista del libro.

«No es por tu culpa», me dijo cuando le pregunté. Solo era que estaba cansado. Y harto de viajar. Diane le había dado un ultimátum, pero aunque no se lo

hubiera dado, él se habría ido igual. Buscaría un vuelo barato en Singapur o Bangkok y se iría a finales de julio. Faltaban seis o siete semanas.

Surfeamos. Durante la primera semana las olas llegaban con una regularidad inaudita, y además las cualidades de la ola iban aumentando continuamente. Se podía surfear con la marea alta o baja. El viento nunca rompía las olas. En la bahía había una pequeña corriente marina que discurría mar adentro, de modo que la superficie del agua se mantenía siempre en perfecto estado. La remada era escandalosamente fácil. Ibas caminando más allá de la ola, te colabas por una canaleta en el arrecife y llegabas al pico con el pelo seco. Si no fuera porque las dos eran derechas de primer nivel mundial, no habría una ola más distinta de Kirra. No había que luchar contra una corriente demoníaca. Era tan grande que habría quedado espacio libre aunque todos los surfistas en setecientos kilómetros a la redonda se hubieran metido en el agua al mismo tiempo. Y mientras que la cualidad primordial de Kirra era una sobrecogedora sensación de compresión, la ola de Nias te hacía sentir una especie de pura expansión. Te invitaba a adentrarte cada vez más en el agua, a hacer el takeoff con mucha más antelación, a seguir una línea mucho más elevada y a meterte mucho más hondo en la ola. El ángulo de bajada era pronunciado pero fiable: tan solo tenías que estar en el brazo de la ola y meterte cuando empezaba a acelerar. No había tiempo para giros en la pared. Era una ola del tipo «corre y dispara» que formaba un tubo maravilloso si seguías una línea por la parte de arriba y la sincronizabas bien con el momento en que la ola empezaba a romper. No era un tubo perfecto que se cerrara perfectamente —era más bien eso que se llama un tubo con forma de almendra—, aunque rompía con la fuerza suficiente como para partir en dos una tabla. La ola no era extraordinariamente larga, como la de Tavarua, pero tampoco era tan peligrosamente poco profunda. Y por último, la ola de Nias tenía un detalle particular. Los últimos diez metros de la pared principal, justo antes de que llegara a aguas profundas, se elevaban hasta una altura sorprendente. En esa zona, sin que hubiera una razón específica, la pared

medía medio metro o más que el resto de la ola. Y esa montaña verde, especialmente el tercio superior, te reclamaba una floritura a máxima velocidad, una maniobra que pudieras recordar toda tu vida, una demostración tanto de gratitud como de maestría.

Como surfista, llegué a la cima en Nias, aunque eso no lo supiera en su momento. Tenía veintiséis años y era más fuerte y más rápido de lo que nunca volvería a ser durante el resto de mi vida. Tenía una tabla adecuada para la ola adecuada. Y llevaba haciendo surf sin parar durante un año o más. Me sentía casi como si pudiera hacer lo que me diera la gana con una ola. Al final de la semana, cuando subió el mar, redoblé mis apuestas y empecé a surfear con mucha más confianza en mí mismo. El tramo final de la ola con una altura superior me permitió girar con mucha más velocidad en el labio y lanzarme desde una altura que nunca antes había intentado, y casi siempre logré sostenerme sobre la tabla. Me daba cuenta de que nunca antes había llegado a surfear tan bien con olas de aquel tamaño. Me sentía inmortal.

A pesar de que estábamos en la estación seca, una tormenta que duró dos días inundó el poblado y llenó la bahía de un agua cenagosa que dio la impresión de matar las olas.

Me acosté con una sensación rara y me desperté con fiebre. Imaginé que era una recaída en la fiebre paratifoidea, pero era malaria. Después de todo, a lo mejor resultaba que Indonesia sí era una trampa mortal. En 1975 tres surfistas australianos habían descubierto la ola de Lagundri, y uno de ellos, John Giesel, había muerto nueve meses más tarde, supuestamente a causa de una neumonía. La causa, en realidad, habían sido varios brotes de malaria. Solo tenía veintitrés años. Uno de los dos surfistas que surfearon por primera vez en Grajagan, un americano llamado Bob Laverty —el otro era el hermano de Mike Boyum—, murió a los pocos días de regresar a Bali. Se ahogó en Uluwatu. Mike Boyum sobrevivió a Indonesia, pero se

metió en el tráfico de cocaína, fue encarcelado en Vanuatu y murió unos años después, cuando vivía con identidad falsa, cerca de una ola gigante que había descubierto en Filipinas.

Yo también estaba cansado y harto de viajar. No quería irme de Asia con Bryan, pero me costaba mucho recordar qué estaba haciendo allí. Es cierto que podía seguir surfeando, pero era muy difícil que mejorase lo que había conseguido en Lagundri. Y aun así, no me imaginaba volviendo a Estados Unidos. Copié un párrafo de Lord Jim: «Por millares nos contamos los que, ilustres o de oscuro nombre, andamos errantes sobre la faz de la tierra ganando del otro lado de los mares nuestra fama, nuestro dinero o solo una corteza de pan; pero me parece a mí que, para cada uno de nosotros, el volver a nuestra tierra ha de ser algo así como ir a rendir cuentas». Y yo no estaba dispuesto a rendir cuentas. Sobre todo porque no podía regresar a casa sin haber terminado mi novela. Me pasaba la vida pensando en ella —llenaba mis diarios con ideas para la trama, volvía a planificarla una y otra vez y caía en frecuentes episodios de autoflagelación que compensaba con continuas exhortaciones a trabajar mucho más—, pero no había escrito nada desde Bali. ¿En qué agujero podría esconderme para volver al trabajo? Escribir la novela parecía justificar —aunque solo fuese un poco— toda mi existencia, y con ella, esa oscuridad extrema en la que perversamente había elegido vivir. Pero también me empezaba a preocupar el dinero. En Indonesia podíamos subsistir con unos pocos dólares al día, pero Singapur y Bangkok no iban a ser tan baratas. Bryan tenía apenas lo suficiente para volver a casa. Y quedarse sin dinero en el sudeste asiático era un asunto muy comprometido. Sharon, por su parte, no debía de tener mucho dinero ahorrado. Tendríamos que ser muy frugales.

Yo sabía que era ridículo y hasta vergonzoso estar preocupándose por el dinero en Lagundri, donde uno se encontraba por todas partes con las tremendas ironías de la Gran Ruta Asiática. La Gran Ruta Asiática era la ruta terrestre que serpenteaba desde Europa hasta Bali y que seguían miles de mochileros europeos

desde los años sesenta. En 1979, la revolución iraní la estaba haciendo pedazos, y la invasión soviética de Afganistán estaba a punto de eliminar otro Shangri-La miserable y lleno de droga del itinerario. Pero la ruta, que tenía una escala importante en el lago Toba, al norte de Sumatra, contaba con un pequeño afluente que llegaba hasta Nias. De momento, la ruta no congregaba a surfistas, sino a gente atraída por la cultura local, que se había desarrollado en relativo aislamiento y había dejado en herencia megalitos, una hermosa arquitectura de hierro y madera llamada omo sebua, danzas guerreras y casas construidas en la cima de las montañas con un estilo copiado a los antiguos galeones holandeses que se dedicaban al comercio de esclavos. Así pues, un grupo abigarrado de hippies y turistas europeos recorría las carreteras costeras que llevaban a Lagundri. Los lugareños los miraban con desconfianza, sobre todo si se trataba de mochileros zarrapastrosos. Era muy fácil adivinar por qué. Ahí estaban los miembros más torpes de la clase dirigente mundial, que se habían gastado en un billete de avión mucho más de lo que cualquier habitante de Nias podría ganar en un año de trabajo duro, y todo por el gustazo de abandonar un lugar inconcebiblemente rico y limpio para sustituirlo por otro desesperadamente pobre e insalubre. Y allí estaban todos, caminando a marchas forzadas por la carretera bajo el peso de una gigantesca mochila, desorientados e ignorantes y sudando como cerdos. Esa gente quería ver Asia a ras de suelo y no desde la habitación con aire acondicionado de un hotel Hilton, como habría querido cualquier persona en su sano juicio. Era imposible desentrañar las complejas expectativas y aversiones que habían llevado a esos pobres mochileros a recorrer siete mil kilómetros solo para sudar y sufrir, en plena selva ecuatorial, disenterías, insolaciones o cosas quizá peores, y todo con tal de ser «viajeros» y no «turistas»; pero todo el mundo sabía que esos tipos en cuestión traían tan poco dinero que no valía la pena trapichear con ellos.

Bryan y yo pertenecíamos a la misma categoría económica. Ser un rico orang putih en un mundo de criaturas de color marrón que vivían en la miseria significaba

haberla cagado sin paliativos. Y nosotros, claro está, éramos los que la habíamos cagado.

La familia dueña del losmen de Lagundri era musulmana, cosa rara en Nias, donde la población era mayoritariamente cristiana. En los poblados de los alrededores las iglesias vibraban con cánticos fervorosos. En los senderos de la jungla, hombres diminutos con cara de pocos amigos y un machete metido en la faja cargaban con enormes sacos de yute llenos de cocos. Nuestros anfitriones eran amables y relativamente cosmopolitas —procedían de Sumatra—, y nos advirtieron de que no debíamos alejarnos del poblado por las noches. Según ellos, la fe de los cristianos de la isla era meramente superficial. Durante la segunda guerra mundial, cuando la isla quedó aislada por completo del resto del mundo, los parroquianos de las iglesias recuperaron las tradiciones anteriores a los tiempos coloniales y se comieron a los misioneros holandeses y alemanes que había en la isla. No pude comprobar si aquellas sanguinolentas habladurías eran reales o no.

La fiebre que tenía se alternaba con escalofríos. El dolor de cabeza no desaparecía nunca. Tomaba cloroquina, un profiláctico muy usado contra la malaria, aunque no sabía que no tenía ningún efecto contra algunas cepas locales de la enfermedad. Los habitantes de las zonas rurales de Indonesia se pasaban la vida pidiendo pastillas sin explicar de qué tipo las querían. Por lo visto tenían una fe indestructible en cualquier clase de pastillas, vitaminas, aspirinas, antibióticos… Al principio creía que las peticiones eran para familiares o amigos enfermos, o para almacenarlas en espera de que llegara una enfermedad, hasta que un día vi a gente de aspecto completamente saludable tomándose todas las pastillas que les daban sin preguntar para qué servían. De no ser tan peligroso, aquello hasta podría haber sido divertido. En vista de que estaba enfermo, me dejaron solo. Los niños lloraban. Con desgana leí un volumen de relatos de Donald Barthelme. Algunas frases se me quedaron grabadas. «¿Que me ligue a Bomba, el Chico de la Jungla? ¿Quieres que

sea mi novio?». Rivers of Babylon, la horrorosa y ubicua canción de Boney M, retumbaba en el radiocasete de uno de los adolescentes del poblado.

Oí a Bryan charlando con los australianos. Estaba soltándoles un rollo tan divertido que el café de Sumatra que se estaban tomando les salía disparado por la nariz. Le oí decir: «Ah, sí, en Estados Unidos, si un pico está demasiado lejos de la ciudad, lo que hacemos es llamar al Cuerpo de Ingenieros del ejército y ellos lo trasladan de sitio. Lo hacen en dos o tres días, y tienen que usar un montón de camiones y a veces hasta cierran al tráfico una autopista entera. A veces se traen toda la bahía, otras veces solo el arrecife y la ola. Tendríais que verlos cuando van por la carretera: a veces hasta van con los tíos que están surfeando y todo. Y por supuesto, tienen que ir muy muy despacio. Es una operación muy delicada».

Lo iba a echar muchísimo de menos. Me dijo que no se iba por mi culpa, pero en parte sí lo era. Ahora nos llevábamos bastante bien de forma natural y no habíamos tenido ni una pelea en meses, pero la dinámica subterránea de nuestra relación no había variado. Yo perseguía algo, fuese lo que fuese. Y la química entre el ímpetu que yo tenía y lo que Bryan llamaba su pasividad —algo que se le había hecho evidente desde los días de Air Nauru y el Hilton de Guam— no le estaba haciendo ningún bien. Ya no se sentía dispuesto a hacer algo en lo que solo representaba un papel secundario. Por eso tenía que irse. Ahora bien, ¿cómo iba a ser aquel largo y extraño viaje sin él? Él y yo hablábamos un lenguaje que nadie más entendía. «Oh, vaya, una nueva experiencia»: eso era lo que se supone que diríamos, según Teka, de Tonga, si nos sorprendiera un terremoto o nos robaran el coche. Pero era justo lo que decíamos cuando vivíamos una situación complicada: en las noches de pesadilla en ferris llenos de goteras o en los días de sed insaciable causados por bidones sucios de bencina. En aquellos días sonaba mucho Radio Ethiopia, una canción mala de Patti Smith que era un torpe tributo a Rimbaud. Esa canción era el símbolo de todas las falsas poses de los hipsters de Nueva York que jugaban al exotismo citando nombres de lugares en los que nunca habían estado ni mucho

menos vivido. Nosotros nos sentíamos muy superiores a esa pose artificial, aunque también nos sentíamos amenazados por ella. Esa era la gente que había seguido haciendo carrera en el mundillo intelectual y que había alcanzado eso que Bryan denominaba el «Héxito» (algo así como «triunfar cagándola»). Pero ahora él se volvía a Estados Unidos y yo me quedaba en Etiopía. No me atrevía a decirlo, pero le tenía envidia.

Empecé a sentirme mejor y a poder dar paseos cortos. En un sendero de la jungla me encontré con un anciano que extendió los brazos y me acarició el vientre. Era su forma de darme los buenos días.

—¿Jam berapa? ¿Qué hora es? —Era la pregunta que les encantaba hacer a los niños señalándose la muñeca sin reloj.

—Jam karet. Tiempo de goma. —Era la broma habitual, ya que el tiempo era un concepto muy elástico en Indonesia.

La gente que me encontraba a veces preguntaba:

—¿Dimana? ¿Adónde vas?

—Jalan, jalan, saja. Caminar, solo caminar.

En Indonesia todo el mundo quería saber si estaba casado. No se consideraba educado contestar tidak, «no». Era una respuesta demasiado tajante. Lo mejor era decir: belum, «todavía no».

Me preguntaba qué le parecería Nias a Sharon. En Marruecos se había mostrado muy intrépida y siempre había estado dispuesta a meterse en cualquier callejón de la casba. Empecé a decirle a la gente de Lagundri que me iba a ir a Singapur y que volvería al cabo de unos meses. Muchos me hicieron encargos: un reloj automático Seiko de plata para hombre; un balón de voleibol Mikasa; un libro de registro para los clientes del losmen. Hice una lista de las cosas que debíamos traernos: miel, whisky, esparadrapo, frutos secos, nueces, leche en polvo, gachas de

avena. Necesitábamos más proteínas. La carne, y aunque parezca mentira, también el pescado, eran rarezas en Lagundri. Nuestras comidas consistían casi exclusivamente en arroz con repollo y pimientos picantes para combatir las bacterias. Como todo el mundo, comíamos con las manos. Un pescador de Java me había enseñado la mejor manera de comer arroz con los dedos. Se usaban los tres primeros para hacer el hueco y la parte trasera del pulgar como palanca. Funcionaba bien. Pero yo necesitaba comer más e ingerir más vitaminas. Las bermudas se me caían.

Volvió a salir el sol. Desapareció el barro que había en la bahía.

Fui a Teluk Dalam de paquete en una moto. Había oído decir que en esa ciudad había una tienda que tenía un generador y una nevera. Encontré la tienda y metí en la nevera dos botellas de Bintang, la versión indonesia de Heineken. Di una vuelta por la ciudad y le mandé a Sharon un telegrama confirmando nuestro encuentro. Cuando las cervezas estuvieron bien frías, las metí en una bolsa con serrín y me las llevé a Lagundri. Se las entregué a Bryan, todavía heladas, en nuestra galería del segundo piso. Pensé que iba a llorar de alegría. Yo estuve a punto. Muy pocas cosas en mi vida me han sabido mejor que aquellas dos cervezas. Incluso nosotros nos mantuvimos en silencio.

Todo estaba envuelto en un aire de despedida. Bryan me pidió que le hiciera una foto para los «nietecitos». Se la hice en la playa, con la tabla, mirando la puesta de sol con una actitud que parodiaba de forma irónica una pose heroica. Llevaba puesto un sarong, la prenda que llevaban casi todos los hombres —lugareños y extranjeros—, aunque casi nunca Bryan.

Las olas volvieron a ser buenas, pero sobre todo a última hora de la tarde, la hora dorada. Nuestra última tarde, sin necesidad de decirnos nada, Bryan y yo nos metimos juntos en una ola, algo que nunca habíamos hecho antes. Surfeamos un rato, luego nos salimos y fuimos deslizándonos por el espumón, boca abajo sobre las

tablas, uno al lado del otro, hasta que cruzamos el arrecife y finalmente, al llegar a las aguas de la orilla, los dos chocamos los puños.

Tras pasar tres meses en Indonesia, Singapur fue un shock para nosotros. Todo era tan ordenado, tan limpio, tan próspero. Cuando fuimos a recoger a Sharon al aeropuerto, se sorprendió por la forma en que regateábamos con los taxistas y los porteadores. Intenté explicarle que sufríamos el síndrome de estrés postraumático de Indonesia y no sabíamos tratar a la gente que no se empeñaba en regatear con nosotros hasta la muerte. Era verdad, pero no pareció muy convencida al oírlo.

Nuestra habitación de hotel tenía aire acondicionado. Sharon se había traído un camisón anticuado, muy recargado, blanco, con una victoriana cantidad de botones en la parte delantera. El camisón podía quitarse fácilmente por la cabeza, pero me pareció que aquellos botones eran obra de un genio.

Bryan fue a ver a unos amigos a Hong Kong y nosotros nos fuimos a Ko Samui, una isla del golfo de Tailandia, donde nos instalamos en un bungaló de la playa. Todo era bonito, silencioso, budista, barato. (Más tarde oí decir que se habían construido cientos de hoteles en la isla, pero por aquel entonces solo había pescadores y agricultores que cultivaban cocos). No había olas ni electricidad, pero el buceo era una maravilla. A Sharon, recién llegada del norte de California, las zonas rurales del sudeste asiático la descolocaron un poco (el calor agobiante, los insectos implacables, la falta de comodidades), pero aun así estaba de muy buen humor: se sentía contenta por haber terminado su tesis doctoral y por haber logrado escapar de la jaula de la vida académica. Cuando nos conocimos, era especialista en Chaucer, pero al final había hecho su tesis sobre la figura del samurái en la narrativa americana reciente. «Las latitudes de la tolerancia son inmensas», le gustaba decir, citando a Philip K. Dick, y con ello a veces se refería a los flexibles directores de su tesis, o a una misteriosa práctica sexual o, más generalmente, al esfuerzo filosófico que se proponía entender lo desconocido. Ella misma era una persona muy

adaptable y sentía un interés romántico por la vida de la época preindustrial, un interés que yo conocía muy bien, aunque en mi caso ese interés hubiera desaparecido ya. Me alegraba de que hubiera venido y le estaba muy agradecido. Me dijo que estaba dispuesta a viajar a las colinas del norte de Tailandia, y luego a Birmania —Rangún, Mandalay—, y también a Sumatra y Nias. Su piel empezó a perder la palidez de los largos días de niebla. Sus risas volvieron a entrar en escena, esas risas llenas de oscilaciones acústicas, con sus altos y sus bajos, y ese ronco final dramático que resultaba irresistible.

La verdad sea dicha, yo estaba un poco perdido. Después del tiempo pasado en Indonesia, la ausencia de conflictos y la intimidad sin agobios de Ko Samui me resultaban enervantes. Teníamos demasiado tiempo y demasiado espacio para concentrarnos el uno en el otro. Pero yo estaba acostumbrado —por aquel entonces, profundamente acostumbrado— a una clase distinta de compañía. También vivía pendiente de buscar olas, o al menos de esperarlas. Y ahora tenía una nueva vida. Los dos nos comportábamos con mucho tacto, quizá demasiado. Pero nos habíamos traído una botella de whisky de Singapur, y cuando la abrimos empecé a comportarme de forma imprudente. Yo había cambiado mucho. Había adelgazado y mi piel se había oscurecido, pero aquel oscurecimiento no era solo físico. Era más cauto, incluso más reservado, cosa que a Sharon la desconcertaba. Y ella, por su parte, decía cosas que me molestaban. «Esta gente siente un amor especial por los niños», dijo un día al ver una familia que caminaba por un sendero de tierra. Era una frase bonita, o cuando menos inocua, pero a mí me produjo ardor de estómago. Ella se refería a todo el pueblo Thai —cuarenta y seis millones de personas—, aunque solo conociera a tres o cuatro. Me dije que todo era un problema de estilo. Durante mucho tiempo yo había hablado un idioma distinto —mucho más hiriente, masculino e irónico, y siempre en guardia contra todo lo que pudiera parecer estúpido—, y ahora sabía hablar muy bien ese dialecto, que contenía un montón de obscenas vulgaridades. De modo que necesitaba aprender, o recuperar, un lenguaje

en común para nosotros dos. Sharon quería saber por qué me ponía tan exigente —«hipercrítico» podría haber sido la palabra que tenía en la punta de la lengua— cuando ella se tomaba unas copas. ¿Era yo tan intolerante con Bryan cuando él estaba trompa? La respuesta era no, así que tuve que aprender a morderme la lengua cuando me venían ganas de ponerme agresivo. Quizá influyese en todo eso que aquellos días volvía a sentirme mal. En Singapur había tenido un rebrote de fiebre y un médico me diagnosticó malaria. Supuse que era un caso benigno porque la fiebre se me pasó. Sharon me animaba a comer más arroz y más fideos. Me había quedado en los huesos, o más bien en los músculos, que parecían huesos. Necesitaba reservas de grasa. Y además, era maravilloso que alguien me cuidara, y no solo eso, sino que me mirara de aquella manera.

Nos fuimos a Bangkok, donde habíamos quedado con Bryan, y nos alojamos en un hotel muy cutre llamado The Station Hotel. La ciudad era muy calurosa, caótica, interesante, agotadora, con coloridos taxis acuáticos que pasaban a toda velocidad por los canales, hermosos templos budistas, grandes puestos callejeros de satay y un palacio de estilo más bien europeo. En nuestro hotel se consumían grandes cantidades de drogas y se llevaban a cabo toda clase de transacciones ilícitas, tanto entre occidentales como entre asiáticos. En algunos barrios de Bangkok era muy visible la presencia de un montón de bandas criminales. Yo tenía unos cuantos encargos de Tracks —crónicas sobre Indonesia que no hablaran de Bali— y me puse a escribirlas. Las crónicas llevarían también la firma de Bryan —la juventud australiana esperaba ansiosamente que así fuera—, así que me hizo una ligera revisión. No obstante, las tarifas eran muy bajas —dondequiera que pudiéramos cobrarlas— y yo estaba cada vez más preocupado por el dinero. Contando con la portentosa devolución fiscal que me había llegado desde Australia —ese paraíso de los trabajadores—, solo tenía poco más de mil dólares. Sharon tenía mucho menos. En Sibolga, Sumatra, un hampón alemán de aspecto angelical me había ofrecido sesenta céntimos de dólar por cada dólar de mis cheques de viaje; lo único que tenía

que hacer era denunciar que me los habían robado y me devolverían todo el dinero. Ahora me arrepentía de no haber aceptado la oferta. En el Station Hotel había más hampones procedentes de la Ruta Asiática por metro cuadrado que en ningún otro sitio en el que hubiéramos estado. A lo mejor podría vender allí mis cheques de viaje. Bryan y Sharon se opusieron: era arriesgado, y además estaba mal y no era digno de mí. Todo eso era muy cierto, claro que sí. Pero nuestros trabajos como inmigrantes ilegales en Australia nos habían salido bien, ¿o no?

Todo el mundo hablaba de una crisis humanitaria en la frontera entre Camboya y Tailandia. A comienzos de año, el ejército vietnamita había invadido Camboya y había derrocado el régimen de los jemeres rojos; un gran número de refugiados habían cruzado la frontera. Los jemeres rojos habían huido a la selva y desde allí luchaban contra los vietnamitas, lo que había empeorado la crisis humanitaria. Empecé a consultar mapas y a leerme todas las crónicas, mientras calculaba lo que me costaría llegar hasta la frontera para trabajar como voluntario en las tareas de ayuda. La frontera estaba a tan solo un día de viaje. Dos mujeres francesas que conocí en un café iban a ir: una era fotoperiodista; la otra, enfermera. En todo caso, yo no iba a ganar ningún dinero, y además no le había dicho nada a Sharon, pero ella había leído Dog Soldiers, de Robert Stone (cómo no, si salía en su tesis). Estaba claro que la mejor temática para la literatura era Vietnam, o al menos sus múltiples temblores secundarios. Mientras hacía planes y soñaba con ir a la guerra, un día me decidí y me planté en la oficina local de American Express, donde denuncié que había perdido mis cheques de viaje. El oficinista que consignó mi declaración falsa parecía muy escéptico —la boca se me secó de miedo—, pero al final el hampón alemán tenía razón: un día o dos después me reembolsaron todo el dinero. El problema era que no sabía qué hacer con los talones originales, que ahora eran la prueba de un hecho delictivo. Defraudar a American Express me parecía una cosa buena, digna de Robin Hood: al fin y al cabo, lo único que había hecho era estafar a una empresa que normalmente estafaba a todo el mundo. Desde luego,

parecía muy poca cosa si lo comparaba con las proezas de mis ídolos literarios. Dean Moriarty robaba coches solo por la emoción de hacerlo. ¡Y qué decir de William Burroughs! Bryan y Sharon no manifestaron sorpresa alguna cuando les conté mi hazaña, y me aconsejaron tirar los viejos cheques al váter si no quería terminar en una cárcel de Bangkok.

De todos modos, la historia concluyó la noche siguiente, aunque yo no terminé en la cárcel, sino en un hospital de Bangkok. Era una clínica excelente con un pequeño jardín, una de las mejores que mis amigos pudieron encontrar. El recuerdo que tengo de esa noche y de las siguientes es borroso y sombrío. Sé que me entró una fiebre muy alta, empecé a delirar y no tenía fuerzas suficientes para caminar, ni mucho menos para oponerme a la idea de que me hospitalizaran. Sé que me horrorizó ver lo elegante que era la clínica a la que me habían llevado —por lo visto era una clínica para diplomáticos extranjeros—, pero me ordenaron callarme y tuve que obedecer. La doctora era alemana. Me dijo que tenía la sangre «negra de malaria» y que debían llevarme inmediatamente en avión a Estados Unidos. Al oír aquello, mis amigos empezaron a dudar. Conseguí hacerles ver que me oponía por completo a la repatriación y ellos no quisieron contradecirme. Discutieron con la doctora las probabilidades de supervivencia de acuerdo con todos los casos de malaria que ella había visto en cuarenta años de práctica profesional. Al final no me subieron a un avión.

Los días que siguieron fueron malos. Las fiebres dolorosas me producían delirios, y se iban alternando con escalofríos glaciales que me sacudían todo el cuerpo. Perdí una cantidad asombrosa de peso, llegando a pesar sesenta y un kilos (mido un metro ochenta y ocho). La anciana doctora —se llamaba Ettinger— era muy estricta pero amable. Me dijo que era un chico con suerte y que saldría adelante. Unas enfermeras diminutas me ponían enormes inyecciones en la cadera. Estaba tan débil que no pude moverme de la cama durante una semana. La paranoia y la depresión se apoderaron de mi cerebro. No dejaba de pensar en la factura

astronómica que me iba a costar la hospitalización. Bryan y Sharon iban a verme todos los días y me entretenían contándome historias divertidas sobre la vida de Bangkok que sucedía más alla de los tranquilos setos que se veían desde mi habitación. Me costaba mucho reírme o siquiera sonreír. Me sentía espiritualmente perdido, y la creciente sospecha de que estaba echando a perder mi vida regresó con una venganza añadida. Empecé a desear que apareciera mi padre y me diera toda clase de consejos, cuanto más concretos y específicos, mucho mejor. Yo estaba dispuesto a seguirlos al pie de la letra. Pero no quería que mis padres supieran que estaba enfermo. De hecho, no les había dicho nada.

Y de pronto Bryan dejó de ir a verme. Las razones que Sharon me daba para explicar su ausencia no me sonaban convincentes. Según ella, tenía que ver a no sé qué gente. Empecé a pensar que los dos se acostaban juntos. Mi mente comenzó a reproducir, una y otra vez, un incidente que había tenido lugar en el Station Hotel. Bryan estaba en nuestra habitación. Sharon se estaba dando una ducha. Salió desnuda del baño, y Bryan soltó un gritito y se tapó los ojos. Ella se echó a reír y lo llamó mojigato, mientras Bryan le suplicaba, con los ojos todavía cerrados, que se tapara el cuerpo con algo. En su momento pensé que era una escena divertida. Sharon sabía que era una mujer muy guapa —y mucho más si estaba desnuda— y disfrutaba escandalizando a Bryan. Eran buenos amigos y ella sabía que bajo la máscara de Bryan —la del machista que se pasaba la vida soltando obscenidades— se ocultaba una persona muy formal que poseía un sentido innato de los límites que se podían o no se podían traspasar. Por eso le gustaba provocarlo. Eso era todo. No había ninguna tensión sexual entre ellos.

Pero a lo mejor me equivocaba. O tal vez ella se estaba vengando de mí por ser un gilipollas egoísta que la había dejado abandonada para irse a buscar olas. En cierta ocasión, muy irritada por mis viajes con Bryan, me había dado un chasco terrible al decirme: «¿Por qué no folláis y acabáis de una vez con todo esto?». Era una frase completamente fuera de lugar, y en su fatua literalidad, del todo impropia

de ella. Pero me impulsó a preguntarme si yo la conocía bien. Y ya puestos, me impulsó a preguntarme si yo conocía bien a Bryan. Nunca le dije que Sharon había dicho aquello, pero me imagino lo que habría replicado si se lo hubiera dicho: «Venga, Tom». Era la broma que siempre tenía a mano, y yo era el único que la entendía, cuando salía a relucir el tema de la homosexualidad masculina. Pero yo no había sabido juzgar adecuadamente a mis amigos, y ahora era objeto de su traición sexual.

Las noches eran lo peor de todo. Me sentía como si me hubiera metido en las pinturas negras de Goya. Tenía la impresión de que unos vampiros rodeaban mi cama y de que sus sombras se reflejaban en la pared. El dolor de cabeza me parecía tan intenso que parecía capaz de llenar el mundo. No podía dormir. Yo sabía que Bryan y Sharon habían hecho lo correcto al traerme al hospital. Seguramente me habían salvado la vida: el tratamiento que me daban era muy bueno. Pero la factura quedaba tan fuera de mis posibilidades que yo tendría mucha suerte si alguien —¿y quién sería? ¿El hospital? ¿La embajada americana?— me dejaba comprar un billete de vuelta a casa. Y lo que estaba claro es que volvería a Estados Unidos convertido en una ruina: sin dinero, con la salud destrozada y habiendo fracasado por completo.

Una noche, muy tarde, cuando ya se había terminado la hora de las visitas, Bryan apareció en mi habitación. Llevaba una bolsa de la compra. Sin decir palabra, puso la bolsa boca abajo y vació su contenido sobre mi regazo. Eran grandes fajos manoseados de baht tailandeses, la moneda local. Era mucho dinero. Me dijo que con eso podría pagar casi toda la factura del hospital, aunque no toda. Parecía agotado, triunfal, furioso, un poco loco.

Nunca me contaron todos los detalles, pero Sharon me informó de lo principal. Al ver que mi situación era desesperada, Bryan se puso a buscar entre mis trastos y encontró los cheques que yo había denunciado como robados (en mi

delirio, hacía mucho que me había olvidado de su existencia). Luego se los había vendido a unos mafiosos chinos por sesenta centavos el dólar. Las negociaciones fueron difíciles. Bryan se negó a entregar los cheques hasta que no le dieran el dinero en mano. Todo el procedimiento llevó varios días y fue algo así como el regateo que iba a terminar con todos los regateos. De principio a fin, todo lo que hizo Bryan era totalmente impropio de su carácter, pero al final se salió con la suya. Para nosotros dos supuso un cambio absoluto de papeles. Él corrió un gran riesgo, me libró del problema con el hospital y de paso también se libró de mí.

Al final, Sharon y yo volvimos a Nias. Por entonces había empezado la estación de los monzones y la lluvia desorganizaba las olas. También había quince surfistas en Lagundri, y nada más llegar entendí la razón de su presencia: una foto maravillosa de aquella ola maravillosa había salido en una revista americana de surf. Se había acabado la era de su existencia casi secreta: los quince surfistas serían dentro de nada cincuenta. Por lo demás, mucha gente del poblado —entre ellos muchos niños— estaba enferma. Los dueños del losmen nos dijeron que era malaria endémica. La imagen de los lugareños pidiendo medicinas al azar resultaba ahora mucho más siniestra que antes. Yo seguía un nuevo tratamiento contra la malaria —dos, en realidad— y aún cojeaba por culpa de las inyecciones que las diminutas enfermeras me habían puesto unos meses antes en Bangkok. Tuvimos unos pocos días de olas buenas. Yo había recuperado las fuerzas suficientes para surfear. Entregué con gran ceremonial la pelota de voleibol, el libro de registro y el reloj a sus nuevos propietarios. Pero estas pequeñas muestras de gratitud me parecían ahora absurdamente fuera de lugar.

Continuamos el viaje, siempre en dirección oeste. Cogimos un barco que iba desde Malasia a la India y dormimos en cubierta. En el sudoeste de Sri Lanka alquilamos una casita en la jungla que nos costaba veintinueve dólares al mes. Sharon escribía ensayos a partir de algunos capítulos de su tesis. Yo retomé la escritura de la novela. Conseguimos unas bicicletas chinas, y cada mañana yo me

iba en la mía, con mi tabla bajo el brazo, por un sendero que bajaba hasta la playa, donde había una ola bastante buena. No teníamos electricidad y teníamos que sacar el agua de un pozo. Los monos nos robaban la fruta. Nuestra patrona, Chandima, le enseñó a Sharon a hacer un curry muy bueno. Al otro lado del camino vivía una loca. Día y noche rugía y aullaba. Los insectos —mosquitos, hormigas, ciempiés, moscas— no paraban de dar la lata. En un monasterio budista, colina abajo, los novicios celebraban fiestas ruidosas poniendo música a toda pastilla en un radiocasete y aporreando cencerros hasta el amanecer. Oí a mucha gente hablando mal de los tamiles —vivíamos en una zona cingalesa—, pero eso fue mucho antes de que empezase la guerra civil.

Me pregunto ahora si Sharon tenía algún interés en mis planes de realizar el gran viaje o si tan siquiera sabía que existían. Esos planes me parecían una cosa muy cursi, así que nunca le conté mi deseo de dar la vuelta al mundo sin coger atajos. Recuerdo que la mañana que me fui de Missoula le conté mis planes a una amiga. Estábamos en la acera, frente al café en el que ella trabajaba, rodeados de montañas nevadas. Le expliqué que aquel día me iba a la costa, hacia el oeste. Y cuando volviera —pausa dramática—, volvería por el este. La chica ladeó la cabeza, se rio y me animó a hacerlo.

Sharon tenía interés en conocer África, así que nuestros caminos todavía coincidían. Seguimos viajando hacia el oeste. Buscamos un barco que fuera a Kenia o Tanzania, pero esos países nos exigían unos visados imposibles de conseguir en Sri Lanka. Al final cogimos un avión a Sudáfrica. En Johannesburgo compramos una vieja ranchera y nos fuimos a la costa de Durban. Durmiendo en el coche, recorrimos Natal y el Transkei hasta llegar a Ciudad del Cabo. Surfeé. Estábamos en 1980, en el apogeo del apartheid. Yo seguía haciendo mis entrevistas informales a la gente que me encontraba por casualidad. Las entrevistas revelaron cosas muy raras: los educados trabajadores y campesinos negros se sumían en inescrutables silencios, mientras que los blancos que acampaban con nosotros manifestaban de la forma

más relajada posible su indestructible racismo. Sharon y yo empezamos a informarnos a fondo: leíamos a Gordimer, Coetzee, Fugard, Breytenbach, Brinks, o al menos sus obras no censuradas que podíamos encontrar. Todos los surfistas eran blancos, cosa que no me sorprendió en absoluto. Para la siguiente fase de nuestro viaje habíamos planeado una gran expedición terrestre hacia el norte, «del Cabo al Cairo». Pero nos estábamos quedando sin dinero.

En Ciudad del Cabo nos enteramos de que en las escuelas para niños negros faltaban profesores y que el curso estaba a punto de comenzar. Alguien me dio una lista de las escuelas de las zonas segregadas para negros. En la segunda que visité, la escuela secundaria de Grassy Park, el director, un individuo tempestuoso llamado George Van den Heever, me contrató nada más verme. Yo tendría que enseñar inglés, geografía y una asignatura llamada «instrucción religiosa», y además empezaría de inmediato. Mis alumnos llevaban uniforme y tenían unas edades comprendidas entre los doce y los veintitrés años. Todos se quedaron de piedra al ver en el aula a un americano blanco que no tenía ni idea de nada, y que además llevaba mocasines de plástico marrón de Sri Lanka y una corbata a rayas de tres dólares que había comprado aquella misma mañana en los almacenes Woolworth, pero se tragaron las dudas y me llamaron «señor». En su mayor parte fueron amables conmigo y me ayudaron en todo lo que pudieron.

Sharon y yo alquilamos una habitación en un húmedo y antiguo caserón pintado de color turquesa que daba a False Bay, en la vertiente índica del Cabo de Buena Esperanza. La península del Cabo es una afilada lengua de tierra con forma de dedo que señala hacia el sur, hacia la Antártida. En la base de la península, en su extremo norte, se yergue un espectacular macizo montañoso, y Ciudad del Cabo se despliega alrededor de la montaña. La cara norte del macizo es Table Mountain, que domina el centro de la ciudad. La población negra tenía prohibida la residencia en la ciudad, y se había visto obligada a instalarse en una zona de descampados llamada City Flats, que se extendía hacia el este (esa deportación masiva fue una de las señas

distintivas de la furiosa e implacable ingeniería social emprendida por el apartheid). Grassy Park era una zona segregada para «gente de color» en los Flats: un vecindario pobre y asolado por la delincuencia, pero aun así mucho menos desgraciado que las poblaciones de chabolas que se extendían a su alrededor. Por ley, nosotros teníamos que vivir en una «zona blanca». Dado que Grassy Park estaba a unos cinco kilómetros de la costa de False Bay, el viaje hasta mi puesto de trabajo no era muy malo. Justo enfrente de nuestro húmedo caserón había una gran rompiente sobre fondo arenoso en la que yo surfeaba cuando no tenía que corregir exámenes o preparar mis clases.

Mi trabajo me consumía todo el tiempo. Sharon se planteó enseñar, pero le surgieron problemas de papeleo con la burocracia local. De repente llegó la noticia de que su madre estaba muy enferma. Sharon metió todas sus cosas en una bolsa de viaje y cogió un avión a Los Ángeles. Farfullé unas frases manifestando mi propósito de acompañarla, pero en realidad no tenía ninguna intención de hacerlo. Había pasado un año desde nuestro reencuentro en Singapur. Habíamos conseguido adaptar muy bien nuestros respectivos ritmos —nuestros intereses coincidían y casi nunca discutíamos—, pero yo tenía mis propios proyectos: una novela, la vuelta al mundo, los lugares en los que me apetecía surfear, y ahora, mis clases en Grassy Park. Los planes de Sharon no eran tan inmediatos ni tan evidentes. A causa de mi habitual miopía egoísta, ni siquiera le había preguntado qué le apetecía hacer. Nunca hablábamos del futuro. Ella estaba a punto de cumplir treinta y cinco años y la verdad era que no formábamos una buena pareja. Yo había conseguido interesarla durante unos años, pero no era la persona que ella necesitaba. En cambio, yo me había acostumbrado a considerarla una presencia inamovible en mi vida. No hicimos planes ni promesas cuando ella se fue de Ciudad del Cabo.

Una de las razones por las que dar clases me exigía tanto tiempo era que resultaba imposible usar los libros de texto oficiales. Todos estaban inspirados por

los más rancios prejuicios a favor del apartheid y todos contenían muchísimas informaciones falsas. El temario de geografía, por ejemplo, aseguraba que algunos de los países fronterizos de Sudáfrica seguían siendo pacíficas colonias portuguesas. Pero hasta yo sabía que Angola y Mozambique habían ganado las largas y sangrientas guerras de liberación nacional, así que unos cuantos años atrás habían expulsado a los portugueses y ahora estaban inmersos en salvajes guerras civiles en las que Sudáfrica participaba armando y entrenando a los rebeldes. Y el temario dedicado a la geografía urbana de Sudáfrica era aún peor. Consideraba la segregación racial en zonas de residencia como una ley natural que había ido evolucionando pacíficamente. Yo no estaba dispuesto a presentar como un hecho indiscutible esa ficción inventada por el régimen, sobre todo porque mis alumnos pertenecían a una comunidad que había sido expulsada a la fuerza de su lugar de residencia en el centro de una ciudad que ahora estaba reservada únicamente a los «blancos». Así que me puse a investigar como loco, procurando aprenderme este y otros muchos temas más, aunque resultaron ser mucho más difíciles de documentar de lo que me había imaginado. Muchos de los libros más importantes estaban censurados. Conseguí acceso a la sección especial de la biblioteca del Cabo, en la que se podían consultar, sin sacarlos de allí, algunos libros censurados; pero aun así tuve que seguir moviéndome a ciegas en ciertos asuntos de historia y de política local y regional.

Y eso que mis alumnos no parecían muy preocupados por mis conocimientos o por mi falta de ellos. Casi todos se negaban a dejarse informar sobre cuestiones políticas, y nunca pude averiguar si eso se debía a su indiferencia o a la cautela con que se comportaban conmigo. Las únicas excepciones las encontré entre los alumnos mayores que asistían a mis clases de instrucción religiosa. Ante su insistencia, jamás abrimos las Biblias que constituían nuestro único libro de texto, y en cambio dedicábamos la clase entera a la discusión sin tapujos de toda clase de temas. Los que más les interesaban eran las carreras universitarias, los ordenadores y las

ventajas e inconvenientes del sexo prematrimonial. Uno de esos alumnos mayores a los que les gustaba hablar de política era un chico taciturno y mundano llamado Cecil Prinsloo. Se había enterado de mis esfuerzos por dar clases que no se ajustaran al programa académico obligatorio y empezó a quedarse después de clase para charlar conmigo. Me interrogaba a fondo sobre mis ideas y mi formación, poniendo a prueba mis frágiles conocimientos sobre la situación de Sudáfrica. La única resistencia real a mis esfuerzos por sustituir el temario oficial no vino de mis alumnos, sino de mis colegas más conservadores. Ellos también se habían enterado de que yo no preparaba a mis alumnos para los exámenes oficiales, así que me comunicaron que mi actitud era inaceptable. Yo no sabía qué hacer. Por suerte, ninguno de mis alumnos iba a tener que examinarse aquel año en las pruebas oficiales, ya que para sus pruebas faltaban aún un año o dos. Así pues, abandonar aquel temario tóxico no ponía en peligro su rendimiento académico. Pero aun así, yo ya me estaba preparando para recibir la noticia de mi expulsión. Al fin y al cabo no tenía ninguna garantía laboral: mi contratación dependía de la buena voluntad del director, que era una persona muy conservadora. Pero yo no quería dejar de dar clases por nada del mundo.

Todo cambió una mañana de abril en que nuestros alumnos iniciaron un súbito boicot en protesta por el apartheid educativo. He dicho que fue súbito porque me pilló por sorpresa, aunque en realidad aquel boicot llevaba mucho tiempo preparándose. Por toda la escuela aparecieron pintadas: «ABAJO ESTA MIERDA DE ENSEÑANZA. LIBERTAD PARA LOS PRESOS POLÍTICOS». Los estudiantes se manifestaban, cantaban, levantaban el puño y gritaban el lema zulú de la lucha por la liberación:

—¡Amandla! (¡Poder!).

—¡NGAWETHU! (¡Para el pueblo!).

En el patio de la escuela, Cecil Prinsloo se dirigió a la muchedumbre reunida en asamblea: «Esto no son unas vacaciones del colegio». Procuró poner el énfasis en todas las palabras. «Nos estamos tomando vacaciones del lavado de cerebros».

El boicot se extendió a otras escuelas de Cape Flats y al poco tiempo la protesta se había extendido a todo el país. A las pocas semanas, doscientos mil estudiantes se negaban a entrar en clase y exigían el fin del apartheid. En nuestra escuela de Grassy Park, los alumnos seguían viniendo al colegio y organizaban, con la ayuda de algunos profesores amigos, unos temarios distintos. Yo era uno de los profesores amigos. Ahora que los estudiantes revolucionarios se habían puesto al frente de la escuela, mis desviaciones del programa oficial ya no me parecían una negligencia académica. Las clases que di sobre la Declaración de Derechos americana estaban de bote en bote. Fue un periodo caótico y muy estimulante.

Pero aquel periodo estimulante duró muy poco, apenas unas semanas. Las autoridades habían reaccionado con mucha torpeza. El primer ministro, P. W. Botha, gritó y amenazó, pero la enorme maquinaria represiva del estado sudafricano tardó mucho en reaccionar. Sin embargo, una vez que se puso en marcha, el ambiente se enrareció de inmediato. Los líderes estudiantiles —algunos eran de nuestra propia escuela—, y los profesores con ideas revolucionarias, como mi colega Matthew Cloete, que enseñaba en la clase de al lado, empezaron a desaparecer (algunos se ocultaron y la mayoría fue a parar a la cárcel). La figura legal se denominaba «detención sin cargos», y en muy poco tiempo hubo cientos de detenidos.

El enfrentamiento se intensificó. A mediados de junio hubo una huelga general en Ciudad del Cabo. Durante dos días, cientos de miles de trabajadores negros se quedaron en su casa. Las fábricas y los comercios tuvieron que cerrar. La policía, movilizada al máximo y con el apoyo de tanquetas y vehículos blindados, irrumpió en todas las reuniones ilegales, y ahora todas las reuniones de negros eran

ilegales, porque había entrado en vigor una disposición legal llamada Ley de Reuniones Tumultuarias. Hubo incendios y saqueos y la policía anunció que iba a «disparar a matar». Cape Flats se convirtió en un campo de batalla. Los hospitales informaron de cientos de heridos y mutilados. La prensa hablaba de cuarenta y dos muertos. Muchos de los muertos y heridos eran niños. Todas las escuelas permanecían cerradas, igual que todas las carreteras que llevaban a Grassy Park. Era muy difícil obtener información fiable. Cuando volvieron a abrirse las carreteras, fui en coche hasta Grassy Park. Grandes áreas de los Flats habían quedado devastadas, pero nuestra escuela estaba intacta. Encontré a tres estudiantes de mi clase. Me contaron que no habían salido de sus casas mientras duraron los disturbios. Al parecer ninguno de nuestros estudiantes había resultado herido, cosa que parecía un milagro.

Las clases se reanudaron tres semanas más tarde. Estábamos a mitad del curso académico y el director se pasaba la vida recordándonos que teníamos mucho trabajo extra por delante.

¿Tuve tiempo de surfear mientras mi mundo se quedaba reducido a una escuela secundaria en una zona segregada para negros y a unos cuantos adolescentes que estudiaban allí? Pues sí, un poco. Había buenas olas en el lado del cabo que daba al Atlántico, aunque el agua estaba extraordinariamente fría (mis padres tuvieron que enviarme mi traje de neopreno). Cuando empezó el invierno llegaron olas potentes desde el sur. La mayoría de los mejores picos estaba en calas rocosas, algunas situadas a la derecha de la ciudad, frente a elegantes edificios de apartamentos. Otros estaban más lejos, en la zona del cabo más montañosa y azotada por el viento. Mi ola favorita era una derecha en un rincón muy tranquilo del sur llamado Noordhoek. Rompía en el extremo septentrional de una playa maravillosa en la que no había nadie: era un pico con forma de A y una bonita pared interior, muy buena cuando soplaban los vientos del sur. El agua solía ser de un luminoso verde azulado. A veces yo surfeaba totalmente solo. Una tarde subí por la

colina, de regreso al coche, y me lo encontré lleno de babuinos. Me había dejado una ventanilla abierta y los monos se habían instalado en el interior del vehículo, donde parecían estar muy a gusto. No fue fácil ahuyentarlos. Tuve que usar mi tabla como espada, maza y escudo cuando escenificaron unos terroríficos ataques ficticios, enseñando los dientes, antes de irse de allí.

Pero el lugar en el que yo quería surfear estaba en el lado oriental del Cabo, a unos seiscientos kilómetros siguiendo la costa del océano Índico desde Ciudad del Cabo. Se llamaba Jeffreys Bay, y no había vuelta al mundo con tabla de surf que pudiera llamarse completa si no había hecho escala allí. The Endless Summer, la película de 1964 que alteró los planes profesionales de muchos jóvenes surfistas —entre otros, los míos—, alcanzaba el clímax cerca de Jeffreys cuando dos americanos descubrían la «ola perfecta» en el cabo St. Francis. El pico que salía en la película resultó ser una criatura muy caprichosa, a veces ni siquiera surfeable, pero Jeffreys Bay era una ola buenísima. Se trataba de una larga punta con derechas de la mejor calidad que creaba montones de olas en invierno y que disfrutaba de frecuente viento de tierra. Procuré estudiarme las condiciones y luego hice dos visitas de prueba, viajando desde el Cabo, sin coger olas demasiado buenas. Pero luego, en agosto, volví y me pasé una semana allí cuando vi que los mapas anunciaban buenas condiciones atmosféricas: se habían formado dos espirales de bajas presiones en el área de los 40º de latitud sur. Esas tormentas parecían perfectas para generar olas que fuesen directamente a Jeffreys.

Y así fue. Hubo marejada durante toda la semana, y un día las olas fueron tan grandes que solo un tipo logró salir airoso —todos los demás fracasamos—, aunque solo consiguiera surfear una única ola. Jeffreys Bay era un minúsculo y humilde pueblo de pescadores con unas pocas casas de estuco para veraneantes diseminadas entre las plantas de aloe. Me alojé en una destartalada casa de huéspedes que se levantaba entre las dunas, al este del pueblo. Allí también se alojaban cuatro o cinco australianos, y me resultó muy agradable volver a disfrutar de la compañía de los

surfistas de Australia. La ola estaba al final de la playa en dirección este. Había muy pocos surfistas —en el agua nunca había más de diez al mismo tiempo—, y dado que las olas eran muy grandes y uno tardaba mucho en surfearlas, todos estábamos diseminados a lo largo del pico. Una o dos mañanas fui el primero en llegar al agua y me colé por un canal que había cerca de la punta y que había visto usar a los locales. Solía soplar un gélido viento de tierra y cuando salía el sol las olas se nos venían encima como si surgieran de un mar que cegaba la vista. Pero en cuanto cogías una, la ola arrojaba un resplandor verde plateado que se esparcía por su interior, y mientras uno se ponía en pie sobre la tabla, todo a su alrededor se volvía radiante y nítido.

La ola permitía surfearla durante un tiempo asombroso, incluso mucho más que en Tavarua. Y era una derecha, así que yo podía surfear de cara a la ola. Sin embargo, estos dos picos no se parecen en nada. Jeffreys tiene fondo de roca, pero no es de aguas poco profundas. Es una ola con mucha pared, como un vasto lienzo que permite hacer giros amplios y hasta cutbacks cerca de la zona de rompiente. Es rápida y potente pero no especialmente hueca, es decir, no tiene tramos que te aplastan los huesos como en Kirra. Algunas olas tienen zonas lisas, baches muy raros o se ponen fofas; otras se cierran de golpe y no permiten los tubos. Pero por lo general esta ola va cerrándose progresivamente a lo largo de cientos de metros. Mi pintail neozelandés de color celeste amaba esa ola. Incluso con olas de cinco metros peinadas por el viento mi tabla nunca me falló. Aquella semana llegaron series que ninguno de nosotros se atrevió a surfear, al menos en la zona principal del pico, donde las paredes de las olas eran macizas y aterradoras. ¿Te animas? No, gracias. Y así, la gran bestia pasaba sin que la hubiéramos surfeado. Pero un poco más abajo, en una zona que no resultaba tan amenazadora, sí que nos atrevíamos. Fueron las mejores olas que surfeé desde nuestro primer viaje a Nias, casi un año antes. Surfear con traje de neopreno era muy diferente, y además el famoso pico de Jeffreys no tenía nada que ver con el anonimato ecuatorial de Lagundri, pero aun así, desde el

punto de vista técnico, era como si a mi tabla y a mí nos hubieran cogido en un pico y nos hubieran soltado en otro. Llega la derecha con su gran pared, coges impulso, bajas, trazas la línea, coges velocidad y luego sigues a tu bola. Y sobre todo, procuras no gritar de alegría cuando terminas.

Por las noches jugábamos a los dardos y al billar, bebíamos cerveza y hablábamos de surf. El dueño de la pensión era un hombre mayor, un tipo fanfarrón y nostálgico de la vida colonial que había sido expulsado del África oriental por la descolonización y se había tenido que refugiar en Sudáfrica. Le gustaba beber ginebra y le encantaba alardear de los muchos africanos a los que había enseñado a «bajarse de los árboles» y a aprender un oficio útil: lustrar zapatos, por ejemplo, o barrer con una escoba. Yo no soportaba sus historias, aunque los australianos le escuchaban con agrado, lo que me recordaba una de las cosas que menos me gustaban de Australia. En la cocina del casino, cuando yo trabajaba con los demás «cantineros», todos mis compañeros hablaban despectivamente de los «negratas», una vasta categoría humana que también incluía a los mediterráneos. En aquellos años llegaban a Australia montones de refugiados procedentes del sudeste asiático —los «balseros» vietnamitas y camboyanos—, y me sobrecogió comprobar con qué cáustico racismo se hablaba de ellos cada vez que surgía el tema en una conversación entre australianos.

Volví a Jeffreys el siguiente invierno —en 1981— y también encontré muy buenas olas. Por entonces ya llevaba dieciocho meses viviendo en Sudáfrica, mucho más de lo que nunca me habría imaginado. Y aun así, jamás di con nadie que quisiera surfear conmigo. Llegué a conocer a algunos surfistas de Ciudad del Cabo, pero su obsesión por pillar olas, que yo conocía tan bien, me resultaba muy incómoda, o incluso llegaba a parecerme deshonrosa en el contexto del apartheid. Yo no tenía derecho a juzgar cómo reaccionaban individualmente los sudafricanos, blancos o negros, ante la extraordinaria situación que estaban viviendo, pero trabajaba en Cape Flats, y veía cada día, y muy de cerca, cómo funcionaban la

injusticia institucionalizada y el terrorismo de Estado, y todo eso, que me afectaba profundamente, me generaba un estado de ansiedad que estaba cambiando por completo mi relación no solo con otras muchas cosas, sino también conmigo mismo. El caso es que ya no podía mantenerme al margen de la política, y en vista de que no encontré ningún punto en común con los surfistas que conocí, me dediqué a buscar olas yo solito.

Mis padres se presentaron en Ciudad del Cabo sin avisar y sin que nadie los hubiera invitado. Yo tenía muchísimo trabajo en la escuela, pero el problema no era ese. El problema era que yo sentía un violento deseo de volver a casa, y ese deseo se había vuelto crónico desde que Sharon se había marchado. Y lo que me preocupaba era que volver a ver a mi padre y a mi madre —verles la cara y oír su voz, sobre todo las carcajadas de mi madre— truncase mi decisión de quedarme en ese solitario exilio y dedicarme a mis proyectos: dar clases, terminar la novela.

Y también influía la disonancia cognitiva que había surgido entre el mundo en el que yo vivía y el mundo en el que yo imaginaba que ellos vivían. Y eso que yo no tenía una idea muy nítida de cómo eran sus vidas. Ellos me escribían cartas sin parar, y yo también, así que conocía los hechos, o incluso los detalles, de sus proyectos, desgracias y ambiciones. Mis hermanos iban a la universidad y también me escribían cartas. Pero cuando mis padres me hablaban de las películas que habían hecho, de los sitios adonde habían ido de vacaciones o de los barcos de vela que se habían comprado, todo eso parecía llegarme desde un planeta muy lejano. Profesionalmente, mi padre había estado con el agua al cuello hacía poco. Mi madre y él habían montado su propia productora, pero algunos proyectos se cancelaron, otras negociaciones fracasaron y al final el dinero se evaporó. Solo me di cuenta de lo apurada que era su situación cuando me enteré de que acudían a unos seminarios neobudistas, impartidos por un charlatán autoritario llamado Werner Erhard, que se habían puesto muy de moda entre la gente de Hollywood. Enterarme de eso me aterrorizó y, me avergüenza decirlo, también me asqueó. Acudir a esos seminarios

significaba que estaban desesperados, pero de una forma que solo parecía posible en Los Ángeles (de hecho, los seminarios, también conocidos como «est». —Erhard Seminars Training—, se habían hecho famosos en Nueva York, Israel, San Francisco y muchos otros lugares, incluso en Ciudad del Cabo). En cualquier caso, el punto más bajo de la experiencia New Age de mis padres había tenido lugar mucho antes de su llegada a Sudáfrica. En los años siguientes, su empresa había ganado dinero, y eso les había permitido ampliar sus horizontes. Ahora hacían películas de las que estaban orgullosos y trabajaban con gente que les gustaba. Todo eso, por supuesto, me sonaba muy bien. El problema, para mí, era que yo había estado tan alejado de sus vidas que todo lo que me contaban me parecía ahora muy sofisticado y remoto, mientras que mi vida en Ciudad del Cabo seguía siendo muy cutre y modesta. Y yo no tenía ninguna gana de que una versión de mis padres modelada según los gustos de la jet set irrumpiera en mi humilde vida diaria de profesor. Estoy seguro de que ellos se daban perfecta cuenta de todo esto, pero ya había pasado mucho tiempo desde la última vez que nos habíamos visto —yo llevaba viajando dos años y medio—, así que no tuve arrestos de decirles que no vinieran.

Al final resultó una buena idea: convivir con mis padres fue una experiencia maravillosa. Y ellos también estuvieron encantados de verme. Mi madre no paraba de cogerme la mano y acariciarla entre las suyas. Los dos parecían más jóvenes, más ávidos de experiencias y más llenos de vida de como yo los recordaba. Y además no tenían nada de estirados. Les enseñé Ciudad del Cabo. Los gabletes curvos de las mansiones holandesas y los letreros de «SOLO PARA BLANCOS» les fascinaron, igual que los barrios de chabolas y los viñedos. Por aquel entonces yo tenía una habitación alquilada cerca de la universidad, en la ladera oriental de Table Mountain. Con mis padres y dos de mis compañeros de piso subimos a la montaña —era una distancia considerable— e hicimos un pícnic en la cima. Desde allí arriba se podía ver, en medio de Table Bay, Robben Island, el islote donde Nelson Mandela y sus camaradas estaban encarcelados aunque no olvidados (sus textos y sus fotos

estaban estrictamente prohibidos). Luego descendimos por la ladera occidental rumbo a la costa.

Mis padres se empeñaron en visitar la escuela de Grassy Park, y mis estudiantes también se empeñaron en que fuera a verlos con mis padres. Así que allá fuimos en uno de los días libres que me había cogido. El director estaba entusiasmado porque adoraba a los americanos. Él mismo llevó a mis padres a ver la escuela, y yo me preocupé de que pudieran pasar por las aulas de mis alumnos, que tenían clase en distintas aulas según los profesores y los horarios. Cada vez que entrábamos en una, todos mis alumnos se ponían de pie de un salto, abrían mucho los ojos y gritaban: «Buenas tardes, señor y señora Finnegan». Yo no sabía qué hacer, así que los iba presentando uno por uno mientras deambulaba por los pasillos del aula: Amy, Jasmine, Marius, Philip, Desirée, Myron, Natalie, Oscar, Mareldia, Shaun… Tras haber repetido el proceso en seis o siete clases, el director dijo que nunca había presenciado una gesta memorística como aquella, pero a mí no me costaba ningún esfuerzo recordar los nombres, y además me servía para demostrarles a mis padres, sin tener que explicárselo de forma elaborada, hasta qué punto estaba implicado en la educación de aquellos alumnos. Mi aula, el Aula Nueva 16, había sido tomada por un grupo de chicas mayores que habían preparado un banquete. Había una gran olla de curry y un gran surtido de especialidades de la cocina de la comunidad malaya del Cabo: bredie, samoosas, sosaties, frikkadels, arroz amarillo con pasas y canela, pollo asado, bobotie, buriyani… Las clases ya habían terminado y vinieron otros profesores. June Charles, la más joven de mis colegas —solo tenía dieciocho años y ya daba clase en un instituto—, le explicó a mi padre en qué consistían aquellos platos tan raros y sabrosos. Mi madre, por su parte, se llevó de maravilla con un profesor de matemáticas, Brian Dublin, y le hizo un cumplido que a él le agradó mucho más de lo que mi madre se podía imaginar al decirle que con la boina y la barba le

recordaba al Che Guevara. Brian era un activista al que yo admiraba por su seriedad y dedicación.

Me di cuenta de que mis padres estaban orgullosos de mí. Vale, no me había hecho voluntario del Peace Corps, tal como mi madre había soñado en su momento, y tampoco trabajaba para Ralph Nader. Pero me había convertido en el-hijo-que-ayuda-a-los-chicos-negros-oprimidos-de-Sudáfrica, cosa que para ellos no estaba nada mal. Sobre todo les encantó el proyecto de orientación profesional que yo había puesto en marcha y que les explicó con todo detalle mi mayor admirador, que no era otro que el director. El proyecto había surgido de mis primeras conversaciones con los alumnos del último curso, que soñaban con estudiar una carrera importante pero no tenían información sobre becas ni universidades. Yo había escrito a las facultades y escuelas técnicas de toda Sudáfrica pidiendo información, y recibimos toneladas de folletos, prospectos y formularios de inscripción, junto con buenas noticias acerca de las posibilidades de financiación y de los «permisos» que autorizarían a los estudiantes negros a estudiar en universidades que hasta entonces habían sido solo para blancos. El material que reunimos ocupaba un estante entero de la biblioteca y se convirtió en una lectura muy solicitada, y no solo por parte de los alumnos mayores. Yo había mandado solicitudes y había preparado planes de financiación que me parecían muy prometedores. Pero lo que yo no sabía es que los «permisos» habían creado una gran polémica entre la comunidad negra, hasta el punto de que habían sido boicoteados por los movimientos de liberación (ninguno de mis alumnos se había atrevido a revelarme aquello). Y peor aún, yo ignoraba muchas más cosas. Al final, muy pocos alumnos de último curso llegaron a matricularse en una carrera después de haber aprobado los exámenes de acceso para las universidades que les interesaban, entre ellas la Universidad de Ciudad del Cabo. Por lo visto había otros circuitos, invisibles para mí, que guiaban a los alumnos hacia sus carreras universitarias o hacia el mundo laboral. Al final, mi proyecto de orientación

profesional se me reveló como la típica locura americana que incluso en algunos casos podía llegar a ser sumamente perjudicial, ya que hacía concebir falsas esperanzas o animaba a los alumnos a desafiar un boicot del que yo mismo no sabía nada.

Pero mis padres, que estaban más en babia que yo, se mostraron muy orgullosos de mi gran obra. Y eso me hizo sentir bien, aunque solo fuese de una forma más bien melancólica.

Quienes pusieron remedio a mi falta de información —o quienes me educaron en la política sudafricana de izquierdas— fueron algunos activistas como Brian Dublin, Cecil Prinsloo y otros que decidieron confiar en mí. Mi mejor interlocutora resultó ser una estudiante de último curso de otro instituto. Se llamaba Mandy Sanger. Era amiga de Cecil y también había sido una de las líderes estudiantiles de la campaña del boicot. A Mandy le encantaba desmontarme lo que ella consideraba mis interesadas ilusiones de liberal progresista. El curso académico estaba terminando, y tras el triste y violento final del gran boicot estudiantil, no se percibía nada más que desilusión y cautela en lo que todo el mundo llamaba «la Lucha». Pero Mandy me puso al día sobre las lecciones que todos habían aprendido. El compromiso había aumentado entre los jóvenes y las organizaciones nacionales se habían fortalecido. «Este año ha significado un gran salto adelante, y no solo para los estudiantes», me dijo. Tenía dieciocho años, pero ya sabía ver las cosas con mucha perspectiva.

No hubo ceremonia de graduación ni ritual de fin de curso. Al terminar los exámenes, tras desearme felices vacaciones y comunicarme su deseo de verme al año siguiente, mis alumnos se dispersaron. Pero yo no iba a seguir en el instituto. Había ahorrado lo suficiente para continuar viajando (aunque con un presupuesto mínimo), si bien primero tenía que terminar mi novela sobre el ferrocarril. Antes de ponerme manos a la obra, decidí pasar la Navidad en Johannesburgo con unos

amigos. Mi viejo coche no podía soportar un viaje tan largo, así que decidí hacer autostop. Para mi sorpresa, Mandy quiso acompañarme. Por lo visto tenía asuntos —no aclarados— que tratar en Johannesburgo. No supe decirle que no. El viaje nos llevó varios días. Nos escabullimos de la policía, dormimos al raso, nos peleamos, nos reímos, el sol nos quemó, el viento nos agrietó la piel y nos topamos con un surtido muy variado de sudafricanos. Pasada la Navidad, fuimos en autostop a Durban, donde Mandy tenía que tratar más asuntos —no aclarados— relacionados con el activismo estudiantil. Según me contó, aquellas consultas no se podían hacer por teléfono ni por correo porque la Brigada Especial —así se llamaba— pinchaba los teléfonos y leía las cartas. Los miembros de la resistencia, por lo tanto, tenían que verse cara a cara. Después de Durban hicimos autostop hacia la costa. En el Transkei dormimos en la playa. Pedí prestada una tabla de surf y metí a Mandy en unas olas muy suaves. Ella no paraba de soltar palabrotas, pero era una persona muy atlética y al poco tiempo ya sabía ponerse de pie, sola, sobre la tabla.

Mandy quería saber cuáles eran mis planes y si iba a continuar viajando durante el resto de mi vida. Le dije que no, en absoluto; muy pronto iba a volver a Estados Unidos. Pero le pedí consejo: ¿había algo que yo pudiera escribir sobre la situación de Sudáfrica y que pudiera ser útil para los lectores americanos? Yo sabía que ella tenía una visión obstinadamente utilitaria de lo que los extranjeros podían hacer para contribuir a la Lucha, y yo mismo me había dejado contagiar por esa visión así que era perfectamente consciente de que la idea de entretener a mis compatriotas con historias escalofriantes sobre el apartheid resultaba ahora contraproducente, o incluso mucho peor que eso. Como es natural, mis lectores no iban a hacer nada y la causa no iba a progresar de ningún modo. Tal vez lo mejor sería que escribiera sobre… qué diablos, sobre algo que conociera mucho mejor: el surf, por ejemplo. Discutimos a menudo esa cuestión a lo largo de nuestro largo y serpenteante viaje en autostop de regreso al Cabo. Mandy se quejaba de que yo, con mis historias sobre la vida de los ferroviarios de California, había modificado su

visión de América, que para ella no era nada más que un ogro capitalista empeñado en destruir todos los movimientos progresistas del mundo. Y un día, en una punta del Transkei achicharrada por el sol, mientras observábamos cómo los pescadores xhosa pescaban galjoen con cañas de bambú, Mandy me animó a volver a Estados Unidos y decidir allí qué cosas útiles podría escribir. Probablemente, cosas que no tuviesen que ver con el surf. «¡Y te lo dice una surfista!».

Volví a trabajar en mi novela y me llevó ocho meses terminarla. Me di cuenta de que se estaba desvaneciendo mi interés por las historias de ficción como las que contaba en la novela. Sudáfrica me había cambiado por completo: ahora me interesaban la política, el periodismo, las luchas por el poder. El único episodio desagradable de la estancia de mis padres en Ciudad del Cabo se produjo cuando mi padre me preguntó qué estaba escribiendo, ya que pareció molestarle que le contestara que yo seguía siendo un amateur. En cuanto terminó el curso, decidí que nunca más volvería a coger un trabajo a jornada completa. Para ganarme la vida me dedicaría a escribir, y punto. Empecé a escribir artículos y crónicas para revistas americanas. Pero no escribí nada sobre Sudáfrica, y eso que tenía un montón de cuadernos rebosantes de notas. Me moría de ganas de volver a casa, estuviera donde estuviera esa supuesta casa. Me aferré a una frase que leí en una carta de Bryan. Se había ido a vivir a Missoula y desde allí me escribió que había un sitio para mí en el equipo de softball. Pero lo escribió con la palabra surfera, pico, que significa lo mismo que sitio. Un pico en el equipo de softball.

Sharon y yo rompimos definitivamente. Su madre había muerto y Sharon aceptó un trabajo en Zimbabue como directora de una escuela para antiguos combatientes de la guerrilla que se habían quedado inválidos. La larga guerra de liberación nacional de Zimbabue acababa de terminar y había empezado el periodo de «construcción del socialismo». Sharon fue quien tomó la iniciativa de poner punto final a nuestra relación. Yo no tenía ningún derecho a opinar sobre ello, pero

la decisión de Sharon me molestó. De todos modos, nuestra relación hacía mucho tiempo que ya estaba rota.

Mi hermano Kevin apareció en Ciudad del Cabo. Yo le había animado a venir, y eso que todavía tenía la paranoica idea de que mis padres lo iban a enviar para que me llevara de vuelta a casa. Si era así, el momento era bueno, porque yo ya tenía ganas de volver. Me planteé hacer con Kevin el viaje del Cabo al Cairo. Mi odisea surfera había terminado. Intenté enviar mi pintail azul a Estados Unidos —estaba enamorado de aquella tabla—, pero los costes de envío eran muy elevados y yo necesitaba hasta el último céntimo, así que la vendí. Mi vieja ranchera ya no podía más. La cambiamos por un Rover igual de viejo pero un poco más resistente.

Me despedí de mis amigos de Ciudad del Cabo y llamé por teléfono a Mandy para decirle adiós. Contestó su madre, y cuando le hablé de Mandy, se echó a llorar. La Brigada Especial la había detenido. La madre no sabía dónde estaba su hija. Cuando nos fuimos de Sudáfrica, Mandy seguía en la cárcel.

Kevin y yo condujimos hacia el norte, acampando en Namibia, Botswana, Zimbabue. Vimos una gran cantidad de animales salvajes. Kevin estaba entusiasmado y se metió por completo en el viaje. Estaba claro que no había venido a cumplir un pesado encargo, cosa que me alivió mucho. Demostró saber un montón de cosas sobre historia y política africana. ¿Cuándo había ocurrido todo eso? Había estudiado Historia en la universidad y se había licenciado en Arte. Ahora trabajaba en la producción de películas. Bebía tanto que era capaz de tumbarme. En Zimbabue le dejamos el coche a Sharon, lo que dio lugar a una escena muy triste porque ella ya vivía con otro hombre: un antiguo guerrillero de la etnia ndebele que ahora era un joven oficial del ejército.

Seguimos con nuestro arduo viaje hacia el norte. Cruzamos el lago Malawi en un viejo barco atestado de gente, el MV Mtendere. Atracábamos en poblados perdidos y dormíamos en cubierta. Zambia, Tanzania, Zanzíbar. En un autocar de

las líneas locales llegamos a territorio masái y acampamos al borde del cráter del Ngorongoro. Luego, a los pies del Kilimanjaro, un carterista me robó el pasaporte en una estación de autobús y ya no pudimos llegar a Kenia. Tuvimos que volver a Dar Es Salaam. Yo estaba hecho polvo. Le comuniqué a Kevin que quería volver a Occidente, cosa que le alegró, porque él también tenía que reincorporarse a su antigua vida en California. Abandonamos el proyecto del Cabo al Cairo y compramos el vuelo más barato hacia el norte que encontramos: era un vuelo de Aeroflot con destino a Copenhague vía Moscú.

Yo hice por mi cuenta la travesía de Europa Occidental. Dormía en sofás de amigos y agradecía cualquier clase de comodidad. En Londres cogí un avión de vuelta a Nueva York. La alegría de volver a ver todas y cada una de las viejas cosas americanas. Estábamos a finales de otoño. Mi hermano Michael estudiaba en la New York University. Dormí en el suelo de su habitación de la residencia universitaria. Michael estudiaba literatura francesa y tocaba el piano al estilo lounge con notable maestría. ¿Cuándo había ocurrido todo eso? Fui en autostop hasta Missoula, un viaje largo, gélido, magnífico. Un camión me dejó en la autopista interestatal y llegué tambaleándome al centro de la ciudad. Por si sirve de algo decirlo, yo había vuelto, tal como había prometido, por el este.

Ocho. Contra el abandono

San Francisco, 1983-1986

El océano tiene el temperamento falto de escrúpulos de un autócrata salvaje malcriado por la mucha adulación.

JOSEPH CONRAD, El espejo del mar

Cuando me mudé a San Francisco llevaba dos años o más confinando el surf a un ámbito marginal de mi vida. Me mudé en el año 1983, a comienzos de otoño. Me había pasado el verano anterior en un sótano infestado de cucarachas del East Village, escribiendo un guion de cine y durmiendo en el suelo. Mi novela ferroviaria seguía dando tumbos de editor en editor. Los pocos que se interesaron en ella me recomendaron podar el lenguaje técnico —el argot ferroviario— para que llegara a un público más amplio, pero yo estaba convencido de que la poesía de la novela residía justamente allí, y que aquel era el elusivo genio local y laboral que yo había intentado atrapar. Pasé de hacerlo. Pero lo cierto es que no me apetecía de ningún modo volver a sumergirme en el manuscrito. Temía encontrarme demasiados errores, demasiada sensiblería, demasiada prosa juvenil.

Me pasé aquellos años yendo de un lugar a otro. Como no podía pagar un alquiler, me alojé con Bryan en Montana, con mis padres en Los Ángeles y con Domenic en Malibú. Las cuentas que tuve que rendir al volver a América —en el sentido que les daba Conrad— no me permitían considerarme ganador, pero tampoco me inhabilitaban por completo. Viví momentos a lo Rip Van Winkle: no sabía qué era un contestador automático, y ahora todo el mundo tenía uno. Pero en general me alegró mucho volver y tenía muchas ganas de ponerme a trabajar.

Missoula estuvo muy bien, todo estaba tal como yo lo recordaba. Bryan se había refugiado allí: escribía mucho y había recuperado el ritmo de vida americano. Nada de surf. Parecía bruñido, confiado, mayor: estaba claro que la latitud norte le sentaba bien. Nadie más se explicaba dónde había estado yo en esos últimos años. Él y yo seguíamos siendo capaces de charlar durante toda la noche. El día que cumplí veintinueve años fui a cazar ciervos en las montañas que dominan el río Blackfoot. Pero no me quedé a vivir en Montana. Algo me decía que mi sitio estaba en la gran ciudad: debía de ser el duendecillo cabezota de la ambición. Me planteé ir a vivir a Los Ángeles, pero mis viejos prejuicios se impusieron. Empecé a escribir como freelance. Fueron llegándome algunos encargos, como aquel guion de cine, que me permitieron pagar el alquiler, incluso en Nueva York. Seguía pensando que el tiempo que había pasado en Sudáfrica me había hecho trizas. Pero mis reservas acerca de los lectores americanos y mis reticencias a escribir sobre política —o incluso a escribir sobre Sudáfrica— se evaporaron.

Tenía una nueva novia, la maravillosa Caroline. Era de Zimbabue. Nos habíamos conocido en Ciudad del Cabo, donde ella estudiaba arte. Ahora hacía el posgrado en el San Francisco Art Institute. Se había reunido conmigo en Nueva York y vivimos juntos en aquel sótano (fue el primer piso que compartimos). Caroline trabajaba de recepcionista en un restaurante en la parte baja de la Quinta Avenida. Aquel verano no nos movimos ni una sola vez de Manhattan. En nuestro edificio había yonquis, camellos y putas. Hacía mucho calor y todo estaba muy sucio y nos peleábamos con frecuencia. Los dos éramos muy cabezotas y teníamos muy mal genio. Pero cuando Caroline volvió a la universidad, yo me fui tras ella.

Durante muchos años fue un secreto que San Francisco tiene alguna de las mejores olas de California. Santa Cruz, que está unos cien kilómetros al sur, era un centro surfero muy concurrido cuando yo iba a la universidad, pero entre los miles de surfistas que surfeaban allí, solo unos pocos se aventuraban a surfear en San Francisco. Yo ya había surfeado unas cuantas veces en Ocean Beach, el pico

principal de la ciudad, cuando el trabajo en el ferrocarril me obligaba a ir a Bayshore Yard, que está cerca de Candlestick Park. Conocía el sitio, pero así y todo no sabía por qué me había ido a vivir allí. Tenía un contrato para escribir un libro sobre mi experiencia de profesor en Ciudad del Cabo. Alquilamos un apartamento en un barrio neblinoso y anticuado llamado Outer Richmond, donde casi todos los habitantes eran asiáticos. La habitación que usaba como estudio tenía las paredes empapeladas en color lima con cenefas. Desde mi escritorio se podía ver el extremo norte de Ocean Beach.

Vista desde allí, Ocean Beach tenía casi siempre un aspecto muy razonable. Tenía una extensión de unos seis kilómetros, era perfectamente recta, tenía mucho mar de fondo y muy prometedores bancos de arena. Los vientos dominantes eran del noroeste, del mar, muy fríos, es decir, lo normal en California con la brisa marina del atardecer. Pero había montones de venturosas excepciones —por las mañanas, en otoño, en invierno— en que el agua estaba transparente o bien el viento soplaba de tierra. Los seis kilómetros del pico eran una rompiente sobre fondo de arena, de modo que no había ningún accidente del terreno ni construcción alguna —ni un arrecife ni la desembocadura de un río, ni tampoco un muelle o una escollera— que pudieran definir la ola. La forma y la dirección dependían de la configuración de los bancos de arena, y esa configuración cambiaba continuamente. Cualquier ola es demasiado compleja para definirla con todo detalle, pero las rompientes de fondo de arena son las más impredecibles de todas. Ocean Beach recibe una insólita cantidad de mar de fondo, sobre todo desde el Pacífico Norte, pero también sufre el impacto del flujo de las mareas, ya que la bahía de San Francisco, con sus seiscientos kilómetros cuadrados, se llena y se vacía dos veces al día a través del Golden Gate, que está justo al lado en dirección norte, así que es uno de los picos más complicados que he conocido. Si hubiera sido un libro, habría sido de una materia abrumadoramente compleja: filosofía europea, física teórica, algo así. Pero además de ser muy compleja, Ocean Beach tenía olas grandes. No grandes

en términos californianos, sino en términos hawaianos. Y además el agua estaba muy fría y no era un pico conocido y estudiado. Y una vez que uno tiraba para delante, siempre se revelaba como un lugar muy poco razonable.

Empecé a surfear por el lado norte, en una rompiente protegida del viento y relativamente suave llamada Kelly's Cove. En Kelly's había zonas profundas y olas muy poco consistentes en la parte de afuera, pero por lo general producía compactas paredes de color verde que rompían muy deprisa al pasar sobre el banco de arena de la zona interior. Las olas no eran bellas en el sentido que les habría dado Keats, pero tenían agallas, y si uno sabía descodificar sus rarezas, a veces permitían paredones a contramano. Kelly's era el lugar más concurrido de todo Ocean Beach, pero aun así nunca había mucha gente. En dirección sur, el siguiente tramo —llamado VFW— era mucho más extenso, tenía olas más grandes y muchas clases de bancos de arena. VFW estaba frente al extremo oeste del Golden Gate Park. Un malecón lleno de grafitis se levantaba junto a la playa.

Los siguientes cinco kilómetros de Ocean Beach iban a dar a Sunset District, que era una versión mucho más cutre de Richmond: soñolientas casas de una sola planta situadas en una retícula de calles que bajaba en pendiente y que habían sido construidas a toda prisa sobre las dunas como viviendas para los trabajadores de la industria bélica. En primera línea de playa había un terraplén mal construido y atravesado por túneles para peatones que apestaban a humedad, y sobre el cual pasaba una desvencijada carretera costera llamada Great Highway. Salvo en los días cálidos, que eran muy pocos, en la playa no solía haber nadie. Los borrachos se desperdigaban por las pocas zonas calentadas por el sol; y los sin techo a veces acampaban allí, antes de que el viento y el frío los ahuyentaran a otra parte. Con la marea alta, pescadores coreanos con botas de caucho forcejeaban con los aparejos de pesca que arrojaban contra las olas. A medida que uno se dirigía al sur, las olas se hacían más grandes y más amenazadoras, ya que los bancos de arena se hallaban más lejos de la orilla. Vistas desde el agua, sobre todo cuando el oleaje era fuerte, las

calles que discurrían hacia el interior te indicaban dónde estabas y te servían como referencias para el pico. En el distrito de Sunset les habían puesto nombres que iban por orden alfabético, de norte a sur: Irving, Judah, Kirkham, Lawton, Moraga, Noriega, Ortega, Pacheco, Quintara, Rivera, Santiago, Taraval, Ulloa, Vicente, Wawona, y después aparecía el bicho raro: Sloat. Nunca decías que surfeabas en Ocean Beach, sino en Taraval o en Sloat. Al sur del Sloat Boulevard estaba el zoo de la ciudad, y más allá empezaban a sobresalir los promontorios de arenisca y se terminaba el paisaje costero de Ocean Beach.

El primer otoño que viví allí me metía en el agua casi todos los días. Usaba una tabla de segunda mano, un single-fin 7′0″. Era una tabla muy sencilla, de color vainilla, rígida pero versátil, que cogía bien las olas y era estable y rápida. Yo tenía un viejo traje de neopreno hecho por encargo, una reliquia de mis prósperos tiempos de trabajador ferroviario, que ahora se caía a pedazos y dejaba filtrar el agua. Descubrí unos bancos de arena que creaban buenas olas, al menos en determinados días si se daban las condiciones adecuadas con respecto a las mareas y al ángulo de llegada de las marejadas, antes de que la arena cambiase de emplazamiento. Estaba aprendiendo a manejar la tabla, que se adaptaba bien a las grandes paredes limpias, se deslizaba muy deprisa con el viento de tierra y reaccionaba bien a la velocidad. Pero no era fácil hacer la tortuga, porque era muy gruesa y costaba mucho hundirla bajo el agua para escapar del espumón. Y además, remar en Ocean Beach era una tortura — supongo que eso explicaba que hubiera tan pocos surfistas—, cosa que aún era más difícil por el gran tamaño de mi tabla. Procuraba que mis sesiones fueran cortas, aunque trabajaba mucho mejor después de haber surfeado. El agua helada y el esfuerzo físico, y luego el deshielo bajo una ducha caliente, me proporcionaban una especie de sosiego físico que me permitía sentarme con tranquilidad frente al escritorio. También me ayudaban a dormir bien. Pero eso fue antes de que llegaran las grandes olas del invierno.

Había una pequeña comunidad de surfistas locales que eran prácticamente invisibles para el resto de la ciudad. Los nativos de San Francisco te decían que nadie hacía surf en la ciudad. No era así, aunque el océano —según me informaron más tarde— era demasiado frío y tempestuoso como para practicar el surf. En realidad, el mar estaba demasiado agitado para aprender a surfear, pues las rompientes más adecuadas para los principiantes estaban lejos de la ciudad. Pero había un grupo de surfistas que había aprendido a surfear en otros lugares —Hawái, Australia, el sur de California— y que había llegado a la ciudad cuando ya eran adultos. Estos recién llegados solían ser profesionales de clase media —yo mismo era uno de ellos— y eran bastante distintos de los surfistas locales que habían aprendido a surfear en Sunset.

Pero los dos grupos compraban la parafina y los trajes de neopreno en Wise Surfboards, una tienda luminosa y con los techos altos que estaba en Wawona, a muy pocas manzanas de la playa. Flanqueada por un restaurante mexicano y por un centro de asistencia de una iglesia cristiana, era la única tienda de surf de toda la ciudad. Había un estante repleto de rutilantes tablas nuevas y en la parte trasera había un exhibidor lleno de trajes de neopreno. Si buscabas a alguien con quien salir a surfear, tenías que empezar por Wise.

Bob Wise, el dueño, era un tipo corpulento de unos cuarenta y pocos años y muy fan de James Brown. Desde su mostrador dirigía una charla permanente sobre las peculiaridades de Ocean Beach y sobre la gente que surfeaba allí. Parecía una máquina de discos con una colección completa de historias surferas: el día en que Edwin Salem, metido en el agua hasta la cintura, se encontró frente a frente con una ola que arrastraba el tronco entero de una secuoya, o el día en que ardió la lata de poliéster y le quemó las cejas a Peewee. El negocio no iba demasiado bien, salvo en las ocasiones en que los ricos camellos del norte llegaban cargados de pasta de la ciudad y les preguntaban a sus amigos: «¿Quieres una tabla? Venga, te regalo una. ¿Crees que a Bobby le apetecería tener una? Pues también se la voy a regalar».

Una tarde, al entrar, me encontré a Wise contando una historia a dos clientes. «Y en estas va Doc, que ve las olas desde la ventana de su casa, y me llama: "Venga, vámonos a surfear". Y yo le pregunto: "Pero ¿qué tamaño tienen?". Y él me contesta: "Interesante". Así que me voy con él y, cuando llegamos, vemos que las olas son imposibles. Y Doc dice: "¿Qué esperabas?". Y es que cuando Doc dice interesante, eso significa que es mucho peor que terrible».

Wise estaba hablando de Mark Renneker. En el mundillo surfero de San Francisco, Renneker era un tema habitual, casi una obsesión local. Era un médico de familia que vivía a unas pocas manzanas de la tienda de Wise, en la calle Taraval, en primera línea de playa. Yo había conocido a Mark en la universidad, en Santa Cruz, pero luego se había ido a terminar la carrera de medicina en San Francisco, y desde allí me mandaba cartas animándome a mudarme a la ciudad porque las olas eran buenísimas. Me solía enviar fotos surfeando en olas espectaculares que él se limitaba a describir como «normalitas». Nunca supe si lo decía en serio o en broma.

Desde que yo vivía en San Francisco, Mark y yo solíamos ir juntos a surfear. Mark era un incondicional de Ocean Beach y había hecho un estudio inusualmente concienzudo del pico; de hecho, hacía estudios concienzudos de todo lo relacionado con el surf. Según supe, desde 1969 llevaba un diario detallado de cada sesión de surf, en el que consignaba el lugar exacto, el tamaño de las olas, la dirección, las condiciones, la tabla que había usado y el nombre de la persona que le acompañaba (si es que iba acompañado), aparte de cualquier hecho u observación interesante que hubiera tenido lugar y todos los datos que resultaran importantes para las comparativas que iba estableciendo año tras año. Su cuaderno de bitácora demostraba que el periodo más largo que había pasado sin surfear desde 1969 solo había durado tres semanas. Eso ocurrió en 1971 y se debió a que tuvo que realizar una residencia universitaria en Arizona. Salvo por eso, casi nunca había estado dos

o tres días sin surfear, y a menudo había surfeado todos los días durante varias semanas seguidas. El surf es un pasatiempo para gente que le consagra una dedicación absurda, pero él era un fanático entre los fanáticos.

Vivía con su novia, Jessica, que era pintora, en la Great Highway, en la planta superior de una casa de tres pisos pintada de color caqui. Frente a su casa, junto al túnel que llevaba a la playa, había un letrero: CADA AÑO SE PRODUCEN AHOGAMIENTOS DEBIDOS AL SURF Y A LAS VIOLENTAS CORRIENTES. POR FAVOR, PERMANEZCAN EN LA ORILLA. POLICÍA DE PARQUES DE ESTADOS UNIDOS. El garaje de Mark y Jessica estaba hasta los topes de tablas de surf: al menos había diez, todas en uso, aunque pude ver, mientras realizaba mi visita de inspección, una pieza de coleccionista: un single-fin 7'0", con los cantos rosados y la parte de arriba amarilla, que había sido diseñado y utilizado por Mark Richards, el australiano que había sido cuatro veces campeón del mundo. Mark me dijo que tener aquella tabla era como tener los viejos palos de golf de Jack Nicklaus. La tabla de Richards era muy fácil de reconocer para cualquier aficionado a las revistas de surf, aunque Mark Renneker llevaba muchos años sin usarla. En la escalera había otras cinco tablas de surf colocadas en vertical. ¿Para qué necesitaba tantas tablas? Para surfear según las distintas condiciones, claro, y sobre todo para las olas más grandes, en las que el equipamiento era una cuestión de vida o muerte. Como buen estudioso del diseño de las tablas, guardaba las dos mitades de una 7'4", diseñada en la costa norte de Oahu y que se había roto en un día de olas buenas en Sloat, «solo por tener la referencia». Las olas grandes eran la pasión fundamental de Mark.

En la tienda de Wise había colgada una foto de Doc en una gigantesca pared casi vertical, de color fango, en Ocean Beach. La ola tenía como mínimo cinco veces la altura de Doc. En California yo nunca había visto a nadie surfeando una ola de ese tamaño. Y tampoco recordaba una foto de alguien que lo hubiera hecho. La ola tenía unas proporciones dignas de la costa norte de Oahu —Waimea, Sunset—, salvo que la temperatura del agua debía de ser de unos diez grados, lo que hacía

que la superficie de la ola fuera muy difícil de traspasar y el labio tuviera la consistencia del hormigón. Y el pico no estaba en un arrecife famoso y bien estudiado, sino en una rompiente sobre fondo de arena muy cambiante, violenta y desconocida. Pensé que no me gustaría ver jamás una ola así de grande en Ocean Beach. Esa foto explicaba muy bien la obsesión de los surfistas locales por Mark.

Era un tipo que se hacía notar. Medía un metro noventa y cinco, era flaco, tenía las espaldas muy anchas y llevaba una descuidada barba de color castaño y una melena que le llegaba hasta la espalda. Era ruidoso y tenía una presencia imponente, y sus carcajadas sonaban medio a bocinazo y medio a rugido. A pesar de ser tan alto, era sorprendentemente humilde. Se movía con la delicadeza de un bailarín. Antes de meterse remando en el agua, hacía sus estiramientos rituales de yoga en la orilla. Si estaba con gente que le caía bien, no paraba de hablar. Siempre tenía a punto un comentario detallado y vivaz sobre las olas, el viento, los bancos de arena o las referencias del pico a la altura de la calle Santiago. Todo el mundo sabía si Mark estaba en el agua. «¿No conoces la regla de la película de surf?», me gritó una mañana de olas más bien malas.

Yo no la conocía.

—Nunca habrá buenas olas a la mañana siguiente de la noche en que se ha proyectado una película de surf o se han estado viendo diapositivas de surf.

La noche anterior habíamos estado viendo las diapositivas del viaje surfero a Portugal que Doc había hecho con Jessica.

Aquella misma mañana, al salir del agua, nos sentamos en su estudio a calentarnos un poco con un café. El estudio de Mark tenía vistas al océano. Los estantes estaban llenos de libros de medicina (Cáncer. Epidemiología y prevención), guías de la naturaleza (Aves de México), libros de oceanografía y meteorología, y centenares de novelas policíacas. En las paredes había fotos de Mark surfeando con sus amigos, y también viejos pósters de películas antiguas de surf (The Performers,

The Glass Wall). Asimismo, tenía una colección de miles de revistas de surf que abarcaba varias décadas y que estaba cuidadosamente apilada y catalogada. Una emisora meteorológica emitía los últimos partes sobre las condiciones en alta mar. Me puse a hojear las viejas revistas de surf mientras Mark charlaba por teléfono con Bob Wise.

Mark colgó el teléfono y me comunicó que Wise tenía en su tienda la tabla nueva que yo necesitaba.

Yo no sabía que necesitase una nueva tabla.

Mark no podía creerse lo que había oído. ¿Cómo era posible que me conformase con una sola tabla? Y más aún si era una tabla de una sola quilla, y ya muy vieja y gastada.

Yo no sabía explicarlo, pero me conformaba con aquella.

Esas discusiones se habían vuelto una rutina entre nosotros dos. Mark se escandalizaba por lo que a él le parecía mi falta de seriedad y mi actitud despreocupada con respecto al surf. ¿No era yo el tío que había hecho el gran surfari y había dado la vuelta al mundo en busca de olas desconocidas? Pues sí, lo era. Y en cambio, él era el tío que se había quedado en su sitio y había ido a la facultad de medicina. Pero eso no significaba que el surf fuera algo tan primordial para mí como lo era para él. Y mi ambivalencia con respecto al deporte que los dos practicábamos le horrorizaba. Para empezar, el surf no era un «deporte»; era una «vía». Y cuanto más te sumergías en ella, más te alejabas: él mismo era la prueba incuestionable de ello.

En parte yo estaba de acuerdo. Si llamabas deporte al surf estabas equivocándote por completo, a todos los niveles. Y Mark me parecía un niño grande que seguía cegado por los pósters de las revistas cuando se refería a las ventajas de la obsesión por el surf. Porque yo me había vuelto muy cauteloso con sus cantos de

sirena y sus continuas exigencias. Y me negaba a considerarlo de otra forma que no fuera la de que era algo necesario para mí. Por eso no quería otra tabla. Y además, estaba arruinado.

Mark soltó un suspiro de impaciencia. Luego golpeó el teclado de su ordenador.

—Qué raro eres —dijo para zanjar la discusión.

Yo sabía que le había dedicado al surf una cantidad escandalosa de tiempo y de pasión. En 1981, una revista de surf publicó una lista con los diez mejores picos del mundo en opinión de sus responsables. Me sorprendió descubrir que yo había surfeado en nueve de esos diez picos. La excepción era una larga izquierda en Perú.

En la lista venían varias rompientes a las que yo me sentía particularmente unido: Kirra, Honolua Bay, Jeffreys. No me hizo mucha gracia ver esos nombres en la revista. Eran picos famosos, sí, pero para mí significaban cosas muy íntimas. Lo que sí me gustó fue que la mejor ola que yo había surfeado no apareciera en la lista porque prácticamente nadie sabía de su existencia. Bryan y yo, supersticiosamente, nunca mencionábamos la palabra Tavarua. Tan solo decíamos «da kine» con la esperanza de que algún día pudiéramos volver allí.

Una de las cosas más maravillosas de Caroline era su escepticismo con respecto al surf. La primera vez que nos pusimos a mirar olas juntos, en algún lugar al sur de Ciudad del Cabo —eso fue pocos meses después de que nos conociéramos—, se horrorizó al ver que yo empezaba a parlotear en un lenguaje que ella no sabía que yo dominara. «Y no era solo por el vocabulario y por las palabras que yo nunca te había oído usar —palabras como gnarly (peligroso), suck out (olas que rompen muy deprisa formando un tubo) y funkdog—, sino en especial por los sonidos: los gruñidos y aullidos y esos horribles rugidos tuyos», me comentó en cuanto se hubo recuperado del susto. Desde entonces se había acostumbrado al código críptico y a la jerga para iniciados que usábamos los surfistas, y hasta

aceptaba los gruñidos y aullidos y rugidos, pero aún no podía entender que, tras pasarnos horas enteras estudiando las olas desde la orilla, anunciásemos nuestro propósito de meternos remando en el agua con la frase: «Venga, acabemos de una vez». Ella se daba cuenta de lo que podía echarnos para atrás: el pegajoso traje de neopreno, el agua helada, las olas revueltas, el mar picado. Pero lo que no podía entender era el amargo remordimiento que sentiríamos si no intentásemos surfear.

Una vez, en Santa Cruz, tuvo la oportunidad de hacerse una idea de cómo funcionaba todo eso. Estábamos en el acantilado que da a una rompiente muy famosa llamada Steamer Lane. Mientras los surfistas pasaban surfeando frente al promontorio donde estábamos nosotros dos, podíamos ver las olas prácticamente desde arriba y luego desde atrás. Durante unos segundos captábamos una versión elevada de lo que veían los mismos surfistas. Y en ese momento, la idea que Caroline tenía sobre el surf cambió por completo. Antes de ese día, las olas habían sido para ella objetos de dos dimensiones que se recortaban contra el cielo cuando irrumpían en vertical. Pero de pronto se había dado cuenta de que las olas eran pirámides dinámicas con caras muy escarpadas; eran compactas, anchas y tenían un lomo que también se curvaba; y su compleja estructura en tres dimensiones también cambiaba, se disgregaba y volvía a elevarse muy deprisa. El espumón era caótico y contundente; el agua de color verde resultaba prometedora y bella; y el labio que rompía se comportaba como un motor elusivo que caía como una cascada y que a veces podía convertirse en un escondrijo. Caroline me confesó que bastaba con ver esas olas para que contemplar el surf se convirtiera en una actividad muy interesante.

Caroline no corría ningún peligro de convertirse en una enamorada del mar. Había nacido y se había criado en Zimbabue, un país sin salida al mar. A veces me imaginaba que su visión fría y escéptica de los grandes entusiasmos americanos (la mejora individual, la autoestima, las formas más rancias de patriotismo) venía del hecho de haberse criado en un país sumido en la guerra civil como era entonces

Rodesia. Caroline era la persona que yo conocía que se hacía menos ilusiones sobre la naturaleza humana. Pero más tarde me di cuenta de que me había equivocado al calibrar el impacto de la guerra en su forma de pensar. En realidad, Caroline solo poseía un insólito sentido común y una profunda modestia que a menudo la hacía sentirse cohibida. Y lo que de verdad le importaba era hacer dibujos, en especial grabados. El procedimiento que usaba, con planchas de cobre, era muy complicado y exigía una cantidad inaudita de trabajo que alcanzaba proporciones casi medievales. Sus compañeros de Bellas Artes se asombraban de su capacidad de trabajo, de sus conocimientos técnicos, de su obsesiva meticulosidad y del ojo clínico que tenía. Yo, por supuesto, también. Caroline era muy capaz de quedarse a trabajar toda la noche. Era alta, tenía el torso alargado y la piel muy pálida. Parecía envuelta en una especie de inmovilidad prerrafaelita, como si hubiera salido de un cuadro de Burne-Jones para aparecer en el San Francisco cutre de la época post-punk. Con la gente que le gustaba era muy divertida y a veces hasta se permitía soltar obscenidades, usando un malévolo impasto que mezclaba el argot callejero británico con el africano. Conocía, y sabía usarla en un sinfín de ocasiones, la frase en gujarati que nombraba la masturbación: Muthiya maar.

Al atardecer nos gustaba dar un paseo por las colinas que había al norte de nuestra casa. Allí había un parque llamado Lands End; las colinas daban al oeste y al norte, en dirección al Golden Gate. Los cipreses, los eucaliptos y los altos y nudosos pinos de Monterrey apaciguaban la fresca brisa que llegaba del mar. Allí también había un viejo campo de golf de uso público en el que casi nunca había nadie. Alguien me regaló tres o cuatro palos oxidados de golf que podía llevar sin problemas en la mano, y durante los paseos empecé a jugar al golf, por puro cachondeo, en los hoyos que quedaban más cerca de nuestra casa. Yo no sabía nada de golf y además nunca llegamos a ver la sede del club, pero me gustaba golpear la bola en los tees sombreados y seguirla por las calles llenas de vegetación, mientras el sol poniente iluminaba las colinas antes de hundirse en el Pacífico. Caroline

llevaba jerséis holgados y faldas con cintas bordadas que se había hecho ella misma. Tenía unos ojos enormes y una risa electrizante que tintineaba a la luz del crepúsculo.

Yo me estaba domesticando. Y no por insistencia de Caroline —ella era una expatriada de veinticuatro años, estudiante de Bellas Artes, sin ningún interés inmediato en sentar la cabeza—, sino por mi propia y cautelosa elección, así que iba haciendo pequeñas o minúsculas concesiones al mundo de la estabilidad y del confort. A los treinta y un años abrí una cuenta corriente, la primera en mi vida. Volví a pagar impuestos en América, y me sentí feliz por ello (hacerlo significaba que había vuelto de veras a casa). Pedí una tarjeta de crédito American Express, y el remordimiento me impulsó a comportarme como un cliente modélico, con la esperanza de poder reparar de algún modo el fraude lamentable que había cometido en Bangkok. Un día me di cuenta de que el periodo más largo en que había mantenido una misma dirección postal, en los trece años que habían pasado desde que dejé el instituto, tan solo fue de quince meses, y eso había sucedido en Ciudad del Cabo. Basta ya. Al diablo el nomadismo. Estaba escribiendo mi libro a mano, pero si algún día tenía el dinero, me compraría un ordenador como estaba haciendo todo el mundo, al menos en la zona de la bahía de San Francisco. Se había despertado en mí un interés compulsivo por la política americana, y sobre todo por la política internacional. Logré que una revista de Boston me enviara a Nicaragua a entrevistar a un poeta sandinista. Cuando volví, me sentía asqueado por la guerra que estábamos financiando allá abajo. Escribí una breve crónica sobre Nicaragua para el New Yorker y no me lo pude creer cuando la revista la publicó a la semana siguiente.

Pero mi cabeza seguía en Sudáfrica. Combatía la nostalgia releyendo mis diarios y repasando mis recuerdos, y me zampaba montones de libros y de publicaciones que no pude leer allí —muchos estaban censurados—, al mismo tiempo que seguía escribiéndome con los amigos de Ciudad del Cabo. A Mandy la

habían soltado poco después de mi partida, pero no pudo presentarse a los exámenes y se perdió el primer año de universidad. En sus cartas parecía animada. Me transmitía su afecto, que hacía extensible a todos los que vivíamos en la América de Reagan. En la zona de la bahía de San Francisco había bastantes sudafricanos: algunos de ellos eran profesores universitarios; otros eran fogosos activistas antiapartheid. Me llenó de gratitud poder relacionarme con muchos de ellos. Empecé a dar charlas y conferencias en universidades e institutos. Me ponía muy nervioso y no estaba seguro de cómo separar el papel de periodista del papel de activista en un asunto tan execrable como el apartheid. Y seguía escribiendo. En mi primer bosquejo, el libro iba a tener nueve capítulos; al final tuvo noventa y uno. Tapé las paredes de color lima de mi estudio con papel de estraza que iba llenando de notas, listas, gráficos, esforzándome por imaginar qué clase de libro podría surgir de todo aquello.

Cuando llegaban las primeras olas del invierno, meterse remando en el agua de Ocean Beach se hacía cada vez más difícil. Casi todos los picos tienen entradas recomendadas que van desde la orilla hasta el pico, y muchos tienen canales donde no suelen romper las olas. Ocean Beach tenía canales, pero nunca permanecían en el mismo sitio. Te podías pasar todas las horas que quisieras en la orilla, tomando nota de todos los lugares donde rompían las olas para buscar una entrada segura —toda el agua que irrumpía con las olas tenía que volver atrás, y lo más lógico era que formase un canal de desagüe por donde no rompiesen muchas olas—, pero cuando corrías a remar para entrar por aquel lugar, descubrías que las condiciones habían cambiado tan deprisa que jamás lograbas pasar de la rompiente más cercana a la orilla.

En los días de olas más pequeñas la perseverancia solía ser recompensada. No obstante, los días de olas grandes eran una cosa muy distinta. Desde el terraplén, observando la escalinata que formaban las seis o siete paredes consecutivas de frío, rugiente y avasallador espumón, la idea de ponerte a remar en el agua parecía

propia de un lunático. Aquello sonaba imposible, como remontar a nado una cascada. Para dar el primer paso hacía falta una fe inquebrantable: te arrojabas a la corriente helada y empezabas a remar mar adentro. Las olas que se aproximaban sonaban primero como bolas rodando por la pista de una bolera, y justo cuando se estrellaban contra tu cabeza agachada y tus hombros encogidos, retumbaban con el estruendo del choque contra los bolos, cosa que te provocaba al instante una terrible migraña. Los largos y tensos momentos iban pasando. Casi no podías avanzar. Las olas, retozonas y al mismo tiempo demoledoras, seguían llegando. Intentabas oponer la menor resistencia a los espumones que se abalanzaban sobre ti, deseando que pasaran de largo a pesar de que se apoderaban de tu cuerpo y te chupaban hacia su interior. Tu respiración se convertía en un jadeo y después en algo así como un estertor, y tu mente empezaba a trazar bucles cada vez más breves que giraban alrededor de ciertas preguntas absurdas: ¿tiene recompensa la perseverancia? ¿Queda siquiera constancia de ella en algún sitio? Y mientras tanto, bajo esta actividad casi histérica y sin propósito alguno, tu cerebro procuraba detectar las pautas ocultas del oleaje. En alguna parte —en dirección contraria a la costa, o en dirección a la costa, o justo detrás de esta zona de aguas poco profundas— las olas tendrían que debilitarse. Por algún sitio la corriente tendría que circular en una dirección más apropiada. Desde cualquier otro punto de observación —desde el terraplén, por ejemplo, o desde la perspectiva aérea de un pelícano—, la mejor ruta debía de resultar evidente, pero vista desde el mismo torbellino, en el que uno podía pasarse mucho más tiempo bajo el agua que sobre ella, y en el que apenas podías respirar en un breve intervalo entre dos olas—, la conjetura no era más que una danza cruel que tenía lugar en tu imaginación: una solución teórica a un problema terriblemente complejo.

Pero aun así había una estructura básica en la rompiente de Ocean Beach. En los días con olas de casi dos metros, sobre todo en la zona que quedaba al sur de VFW, se solía surfear en la barra exterior, justo donde las olas empezaban a romper.

Para llegar a la barra exterior había que cruzar la barra interior, que era la zona en donde las olas rompían con más virulencia y sin interrupción. Los tipos que veíamos llegar extenuados a la orilla, al no haber podido soportar el esfuerzo de remontar, no habían logrado superar el obstáculo de la barra interior. Por lo general, entre las dos barras había una zona intermedia de aguas más profundas en la que a veces uno podía darse un respiro que servía para aclarar las ideas, desaguar la cavidad nasal, devolver la vida a los brazos y buscar un paso a través de la barra exterior.

Pero a mí no me hacía feliz el hecho de llegar a la zona intermedia. Cruzar la barra interior a veces me exigía agotar todas mis fuerzas. Si uno abandonaba a tiempo, la corriente lo arrastraba hasta la orilla, pero si uno llegaba remando hasta determinado punto, a partir de ahí ya no era posible volver atrás. Cuando me cansaba mucho, abandonaba por completo la tabla y tan solo me fiaba del invento. En estos casos avanzaba clavando las manos al fondo del mar, levantando un puñado tras otro de arena, y solo salía a la superficie en los intervalos entre olas para respirar hondo. A menudo llegaba un momento en que pensaba: «No, ya está bien, esto es demasiado. Quiero volverme a la orilla». Pero eso me solía ocurrir cuando ya era demasiado tarde. La violencia de la zona de impacto, en la barra interior de Ocean Beach en un típico día de invierno, era tan grande que los deseos de cada uno y la voluntad individual significaban muy poco. No era posible volver atrás. Las olas te chupaban con una fuerza monstruosa. Por fortuna, las olas más potentes y más temibles —las que tenían un aspecto realmente asesino— siempre parecían escupirte por la parte de atrás, y una vez que habían terminado contigo, te dejaban en la zona intermedia de aguas más profundas. Eso explicaba que la zona intermedia me infundiese tanto miedo. De repente había perdido todas las ganas de surfear, pero ya me era imposible volver a la orilla. Y encima, ahora me tocaba enfrentarme a otra dura prueba, en forma de olas mucho más grandes que ocupaban un área mucho más extensa.

Lo único que me ayudaba era recordar que las olas de la barra exterior, a pesar de su tamaño, solían ser más débiles que las bombas de aguas poco profundas que se formaban en la barra interior. De todos modos, todavía tenía que encontrar un canal que me permitiera llegar a la parte de fuera, lo que significaba estirar el cuello para leer el horizonte desde las crestas de cada serie que atravesaba la zona intermedia. ¿Qué significaban las nítidas figuras que se formaban en los débiles y lejanos movimientos del agua azul grisácea que había a más de medio kilómetro de distancia? ¿Y en los baches que se veían aún más lejos? ¿En qué parte de la vasta y ondulante barra exterior parecía concentrarse la energía? ¿Por qué lado debía ir yo? ¿Cuándo debía acelerar a tope? ¿Justo ahora? ¿O dentro de dos minutos? ¿Y cómo podía evitar un choque terrible en aguas muy profundas? El miedo que sentía en los largos periodos que pasaba en la zona intermedia no era nada comparable con el pánico reconcentrado que sentí una vez, cuando era niño, en las olas de Rice Bowl. Ahora era una sensación más difusa, inquietante y aleatoria. Ahogarse no era más que una posibilidad incierta y remota, la última e indeseada consecuencia que flotaba en el confín de las cosas: un espectro frío y verdoso, nada más. Y si yo lograba llegar intacto a la barra exterior, habría llegado el momento de surfear y de buscar olas. Y eso, al fin y al cabo, era a lo que habíamos ido.

Y ahora unas palabras acerca de la crueldad de las olas. Para la mayoría de surfistas —y desde luego para mí—, las olas presentan una escalofriante dualidad. Cuando uno vive para coger olas, parecen estar vivas. Cada una tiene su propia personalidad, nítida y compleja, y sus propios humores que cambian con facilidad, ante los cuales uno debe reaccionar de la forma más intuitiva e íntima posible (mucha gente ha comparado coger olas con hacer el amor). Pero resulta evidente que las olas no están vivas ni tienen sentimientos, así que la amante a la que te dispones a abrazar puede convertirse, de buenas a primeras, en una asesina. Y no hay nada personal en este cambio de actitud. Esa ola mortal de la barra exterior que se está levantando no es cruel. Pensar que lo es no es más que un reflejo del

antropomorfismo. Amar las olas significa transitar por un camino de una sola dirección.

¿Surfear en Ocean Beach recompensaba el esfuerzo extenuante de remar? Algunos días, sí, pero solo para ciertas personas. Dependía de tu resistencia a los contratiempos, del estado de tus nervios, de tu habilidad a la hora de leer las barras, de tu aptitud para surfear olas grandes, de tu fortaleza en la remada y de la suerte que tuvieras cada día. Había algunas olas hermosas —grandes bowls de derechas, izquierdas de larga pared—, pero no había picos bien definidos y consistentes, lo que hacía muy difícil buscar un sitio para esperarlas. Si había más gente surfeando, podías intercambiar opiniones y referencias para la zona del takeoff. Como novato que era en Ocean Beach, recibía encantado toda clase de información. Todavía me quedaba muchísimo por aprender. La camaradería de los demás surfistas era un alivio, pero yo sabía que cuando llegaban las olas peligrosas, por muchos que fuésemos, la amistad con los demás no servía de nada. O al menos mi propia experiencia me había demostrado que, cuando las cosas se ponían feas, no solía haber nadie cerca de ti, ni mucho menos alguien que te pudiera echar una mano. Y en una rompiente tan grande y tan mal definida como era Ocean Beach, no podías contar con nadie si te metías en un lío. Y eso que yo no había visto aún las olas grandes de verdad. En los primeros meses que surfeé allí, el mejor día que tuve fue uno en que las olas solo alcanzaban lo que los locales consideraban muy poca cosa, «apenas tres metros».

El tamaño de las olas es un tema de continua disputa entre surfistas. No hay un método aceptado por todo el mundo para medir la altura —un método aceptado por todos los surfistas, se entiende—, lo que hace que las disputas sean inevitablemente cómicas —en general, ópera bufa con un excesivo protagonismo del ego masculino sobre cuál de las olas es la más grande—, y por eso mismo siempre he procurado no meterme en esas discusiones. Para describir la altura intento confiar en mi vista y uso un medidor que me permita calcular el aumento del

tamaño: a la altura de la cintura, a la altura de la cabeza, por encima de la cabeza. Una ola doble tiene una pared dos veces más alta que el surfista. Y así todo. Pero con las olas en las que no hay surfista, o las olas que engañan a la vista —y eso implica la mayoría de las olas—, lo más sensato es calcular la altura en metros. Uno debe medir la altura de la pared con un simple vistazo, ya que calcular la distancia vertical desde arriba hasta abajo —y fingiendo, mientras se hace eso, que una ola que rompe en mitad del océano es un objeto bidimensional— proporciona un resultado lo suficientemente certero. Lo que pasa es que ese cálculo les parece a casi todos los surfistas una exageración, y a mí también. ¿Por qué? Porque parece mucho más macho[5] calcular por lo bajo en vez de por lo alto.

En realidad, el tema del tamaño de la ola no surge más que en algunos contextos. Yo, por ejemplo, no recuerdo haber discutido nunca el tamaño de una ola con Bryan, y no digamos ya haberme acalorado por ello. Una ola era pequeña o grande, débil o potente, mediocre o sublime, terrorífica o lo que fuese, en la medida en que estas definiciones pudieran ser exactas. Hacer cálculos numéricos no aclaraba nada. Si teníamos que informar del tamaño de las olas a alguien que no conocía el lugar, lo más útil era una clave más o menos aceptada («de metro a metro y medio»), teniendo siempre en cuenta que se trataba de una altura relativa. Lo lógico era suponer que era una altura aproximada. Pero eso era lo que ocurría entre Bryan y yo. En Ocean Beach, por el contrario, el tamaño de las olas era un asunto muy serio. Los picos con olas grandes suelen afectar así a la gente. Todo el mundo suele tomarse mucho más en serio, y de este modo, a la larga, se crean muchas más inseguridades.

En la costa norte de Oahu se hacen cálculos a la baja con la mayor naturalidad del mundo. Allí, para que los locales atribuyan dos metros y medio a una ola, esta debe tener la altura de una catedral. El cálculo arbitrario y poco científico se explica por el hecho evidente de que los surfistas, vivan donde vivan, no han visto nunca olas de dos metros setenta o bien de tres metros noventa. (Si alguien dijera que ha

visto alguna vez una ola así tendría que enfrentarse con un montón de carcajadas en cualquier playa). Ricky Grigg, oceanógrafo y surfista de olas grandes, llamaba por teléfono desde Honolulu a un amigo que vivía en Waimea Bay para pedirle información sobre las olas. La esposa de su amigo, que podía ver las olas desde la cocina, nunca logró dominar el método absurdo de medición de los surfistas, pero en cambio era capaz de calcular con la máxima exactitud cuántas neveras, amontonadas una encima de otra, cabían en la altura de una ola, así que Grigg le preguntaba: «¿De cuántas neveras está?».

Al final, la altura de la ola acaba siendo un tema de mutuo acuerdo entre los locales. Una determinada ola sería considerada de casi dos metros en Hawái, pero en el sur de California esa misma ola tendría tres metros. En Florida tendría tres metros y medio o incluso cuatro y medio. En San Francisco, cuando yo vivía allí, una ola doble tenía una altura —sin ninguna razón específica— de dos metros y medio. Una triple era de tres metros. Cuando superaba cuatro veces la altura de la cabeza tenía unos tres metros y medio. Y cuando lo hacía cinco veces era más o menos de cuatro metros y medio. A partir de esa altura, el sistema —si es que se puede denominar sistema— dejaba de funcionar. Se dice que Buzzy Trent, una vieja gloria de las olas grandes, dijo una vez: «Las olas grandes no se miden en metros, sino en incrementos de terror». Si es cierto que lo dijo, acertó por completo. La potencia de una ola que rompe no aumenta de forma fraccional, sino que debe calcularse según el cuadrado de su altura. Por lo tanto, una ola de tres metros no es un poco más potente que una ola de dos metros y medio, porque la diferencia no es de 0,5 sino de 2,25, de modo que es cuatro veces más potente. Se trata de un hecho evidente que todos los sufistas conocen muy bien de forma visceral, aunque nunca hayan oído hablar de esa fórmula. Por lo demás, dos olas de la misma altura pueden variar mucho en cuanto al volumen y a la virulencia. Y luego hay que contar con el factor humano. Una variación de la vieja máxima asegura que las olas grandes «no se miden en metros, sino en incrementos de gilipolleces».

Cuando yo era niño, las olas grandes eran una cosa muy seria. Había un grupo famoso de surfistas —entre ellos Grigg y Trent— que surfeaban en Waimea, en Makaha y en Sunset Beach. Usaban unas tablas largas, pesadas y muy especializadas que se denominaban elephant guns y luego pasaron a llamarse simplemente guns. Las revistas y las películas de surf celebraban sus hazañas. Circulaban historias aterradoras que todos los surfistas conocían, como la de los dos pioneros de la costa norte, Woody Brown y Dickie Cross, que remontaron en Sunset un día de mar de fondo en 1943. Cuando las series empezaron a hacerse muy grandes, los dos tuvieron que ir remando mar adentro, pero se dieron cuenta de que sería imposible volver a la orilla —Sunset se había llenado de tubos—, así que decidieron remar cinco kilómetros hacia el oeste, en dirección a Waimea Bay, confiando en que allí el canal de aguas profundas todavía fuera practicable. No lo era, y encima se estaba poniendo el sol. Cross, desesperado, intentó llegar a la orilla. Tenía diecisiete años. Nunca encontraron su cuerpo. Woody Brown fue arrojado algún tiempo después a la orilla, desnudo y medio ahogado. Para los aficionados al surf —y para gremlims como yo —, en los años cincuenta y sesenta las gestas de Grigg, Trent y compañía eran sagas mitológicas. Aunque no eran los mejores surfistas del mundo, eran los más atrevidos. Cuando era niño me gustaban mucho los astronautas, pero la pequeña camarilla de los surfistas de olas grandes me parecía mucho más fascinante.

Su declive llegó cuando se produjo la revolución de la tabla corta. La gente seguía cogiendo olas grandes, pero parecía haberse llegado a un límite en cuanto al rendimiento de los surfistas y la altura de las olas. Cualquier ola que superase lo que denominábamos siete metros y medio avanzaba demasiado rápido; la física hacía imposible cogerla, y además muy pocos surfistas estaban interesados en hacerlo. Matt Warshaw, el mejor estudioso del surf —es el autor de La enciclopedia del surf y de La historia del surf, dos volúmenes tan enormes como contundentes—, calcula el número de surfistas capaces de coger olas de más de siete metros y medio en uno

por cada veinte mil. Otros consideran que la cifra es incluso menor. Nat Young, el gran campeón australiano —y el hombre al que Warshaw considera «tal vez el surfista más influyente del siglo XX», que en su juventud era un osado surfista a quien apodaban «el Animal»—, no tenía ningún interés en coger olas de más de siete metros. En una película de 1967, Young dijo: «Solo lo he hecho una vez con una única ola, y no tengo ningunas ganas de volver a hacerlo. Si hay tíos que disfrutan mientras la tripa y el corazón se les caen por el pozo de una mina, los respeto y respeto su valor. Pero yo no podría expresarme si estuviera tan asustado que hubiera perdido el juicio».

Estoy de acuerdo con Young y con el 99,99 por ciento restante. En la costa norte pude surfear con especialistas en olas grandes, pero a mí me parecían mutantes, místicos o peregrinos que viajaban por otra senda distinta de la nuestra, o que incluso estaban hechos de otra materia prima. Parecían biónicos y sospechosamente inmunes a las reacciones más normales (el pánico, la dicotomía lucha-huida) cuando se enfrentaban a algo que ponía en peligro la vida. En realidad había un terreno intermedio de olas grandes que no eran ni apocalípticas ni gigantescas, pero que nos permitían decidir hasta qué oscuro límite del peligro estábamos dispuestos a llegar cuando nos enfrentábamos a una marejada de grandes proporciones. He cogido olas bastante grandes en Sunset, Uluwatu, el exterior de Grajagan e incluso Santa Cruz (Middle Peak, en Steamer Lane, era un lugar donde abundaban las bombas). He surfeado con total arrojo, desinhibido por la adrenalina y sin sentir ningún miedo, en Honolua y en Nias (con olas de tres metros). Incluso he llegado a surfear unas pocas veces en Pipeline, una ola verdaderamente peligrosa y aterradora, aunque solo en días de olas no demasiado grandes. Pero nunca me compré un gun y nunca quise tener uno.

Mark se comportaba con la fanfarrona seguridad de quien poseía una naturaleza biónica, como si fuese una extraña y absurda versión de un médico hippie. Las olas grandes nunca le habían dado miedo. De hecho, decía que no había

ninguna razón para sentir miedo ante ellas. En su opinión, del mismo modo que la gente le tenía más miedo al cáncer que a las enfermedades coronarias, pese a que las enfermedades coronarias fuesen mucho más mortíferas, los surfistas les tenían más miedo a las olas grandes que a las pequeñas, pese a que las olas pequeñas y atestadas de surfistas mataban a mucha más gente que las grandes. En mi opinión, esta teoría era una tomadura de pelo. Las olas grandes son violentas y aterradoras, y punto; y cuanto más grandes son, más terroríficas y violentas tienden a ser. O dicho en términos antropomórficos: las olas grandes sienten el violento deseo de ahogarte. Muy poca gente se atreve a surfearlas, y esa es la única razón de que maten a menos surfistas que las olas pequeñas.

Así como todo surfista tiene un límite más allá del cual se niega a meterse en una ola, así también los surfistas que viven en una zona de olas grandes llegan a conocer, andando el tiempo, las limitaciones de los demás surfistas. Cuando yo vivía en San Francisco, el único surfista que alcanzaba los límites de Mark era Bill Bergerson, un carpintero al que todo el mundo llamaba «Peewee» (un apodo muy poco apropiado que se le había quedado de los tiempos en que era el hermano pequeño). Peewee era un surfista tranquilo, riguroso y excepcionalmente delicado, probablemente el mejor soul surfer que ha habido en San Francisco. Sin embargo, el interés que sentía por las olas grandes estaba sometido a un criterio muy estricto. No siempre se empeñaba en surfear en los días de grandes en Ocean Beach, y tan solo remaba mar adentro cuando era razonable hacerlo. En cambio, Mark se metía en el agua en situaciones que bordeaban la locura, cuando a nadie más se le pasaría por la cabeza hacerlo, y volvía a la orilla riéndose a carcajadas. Había gente que se molestaba mucho al verle hacer esto.

Pero Mark se preparaba para las olas grandes con una especie de alegre masoquismo. Una mañana me hallaba en el terraplén de Quintara viendo cómo intentaba remar mar adentro. Las olas eran de casi tres metros: irregulares e incesantes, con viento de mar y sin canales visibles. Ni siquiera se podía ver bien la

zona intermedia. Meterse en el agua parecía imposible, y además las olas no merecían la pena, pero Mark ya estaba dentro, una silueta diminuta cubierta de neopreno debatiéndose en medio de un mundo de furiosos espumones y arrojándose contra los muros verticales que se abalanzaban contra él. Cada vez que parecía abrirse paso, por el horizonte aparecía una nueva serie, más grande que la anterior y rompiendo mucho más lejos —las olas más grandes rompían a unos doscientos metros de la costa—, que lo arrastraba de nuevo hasta la zona de impacto. Conmigo, observando, estaba Tim Bodkin, hidrogeólogo, surfista y vecino de Mark. Bodkin se lo pasaba en grande con el calvario de Mark. «¡Olvídate, Doc!», gritaba sin parar contra el viento, y luego se echaba a reír. «No quiere reconocer que jamás lo va a conseguir». A veces lo perdíamos por completo de vista. Las olas casi nunca le permitían subirse a la tabla para remar; casi siempre estaba bajo el agua, zambulléndose bajo las olas y nadando mar adentro por el fondo mientras arrastraba la tabla con el invento. Al cabo de media hora empecé a preocuparme: el agua estaba fría y las olas eran muy potentes. Pero Bodkin, que se alegraba con la desgracia ajena, no compartía mis temores. Al final, tres cuartos de hora más tarde, se produjo un breve intermedio de calma. Mark logró subirse a la tabla y empezó a remar con furia, y al cabo de tres minutos ya había llegado a la zona exterior y se balanceaba en la cresta de la siguiente serie con cinco metros de espacio de seguridad. En cuanto llegó a lugar seguro, más allá de las olas, se sentó en la tabla para descansar: era una mota negra balanceándose en el mar azul sacudido por el viento. Bodkin, enfadado, me dejó solo en el terraplén.

Mark empezó a llamarme al amanecer. A mí me aterrorizaban sus llamadas. Sueños de olas gigantescas de color gris se mezclaban con un terrible miedo a morir ahogado, que culminaba con el aullido del teléfono sonando en medio de la oscuridad. Su voz al otro lado de la línea, al amanecer, siempre sonaba nítida, estentórea, como recién llegada del mundo de la luz.

—Y bien, ¿qué aspecto tienen?

Desde su casa, él podía ver el extremo sur de Ocean Beach y yo el extremo norte. Quería un informe. Tiritando, yo iba dando tumbos hasta la ventana y miraba con unos gemelos borrosos el mar gélido y salvaje.

—Bueno, parecen… peludas.

—A por ellas.

Otros surfistas también recibían las llamadas de Mark. Edwin Salem, un simpático estudiante universitario originario de Argentina y protegido de Mark, me contó que solía pasarse media noche despierto, preocupado por que sonara el teléfono, y luego se asustaba mucho cuando sonaba. «Doc solo me llamaba cuando las olas eran muy grandes y sabía que nadie más iba a acompañarle. Casi siempre iba con él».

Yo también solía hacerlo, al menos hasta cierto punto que nunca supe muy bien cuál era.

Un día gélido y soleado, a comienzos de noviembre, Mark y yo nos metimos remando en Sloat. Era el primer día de una pequeña marejada del norte y las olas tenían un aspecto confuso: grumosas, ásperas, inconsistentes. Mark me había convencido de que antes de que las olas tuvieran tiempo de calmarse y volverse más presentables, los vientos del noroeste —que, según el parte meteorológico de la radio ya soplaban a veinticinco nudos en las islas Farallon, a unos treinta kilómetros mar adentro— llegarían a la zona. Y cuando llegasen esos vientos, desordenarían por completo las olas, así que aquella era la única oportunidad de surfear con el mar de fondo. Cosa lógica, éramos los únicos surfistas que había en el agua, ya que los demás confiaban en que las olas mejorasen con el paso de las horas, cuando bajase la marea. Por lo visto no se habían enterado de los vientos del noroeste.

—O quizá tienen que trabajar —dije jadeando.

—¿Trabajar? —se rio Mark—. Ese fue el primer error.

Era al final de la mañana y el viento era muy débil. Mis manos ardían de frío. Aun cuando llegáramos a la zona exterior, no había ninguna posibilidad de calentármelas metiéndolas bajo los sobacos, porque una corriente muy fuerte nos arrastraba hacia el norte, lo que significaba que no podíamos dejar de remar si queríamos quedarnos en el mismo lugar cerca de la playa. La corriente también significaba que solo podíamos esperar derechas que te llevaban hacia el sur. Yo no tenía fuerzas para discutir sobre los trabajos de los demás. Mark tenía un horario planificado en función del surf, con varios empleos y la máxima flexibilidad posible. Y siempre estaba cambiando los horarios con arreglo a las marejadas, las mareas o el viento. De modo que tenía un montón de trabajo, que él mismo consideraba completamente satisfactorio, y no tenía ningún problema a la hora de pagar el alquiler. Yo era un buen compañero para surfear porque tenía un horario flexible. Y su desdén por los que tenían trabajos convencionales era en realidad una broma destinada a mosquearme, cosa que él disfrutaba mucho haciendo.

El rechazo de Mark hacia el matrimonio y los hijos era incluso más violento. Le gustaba decir: «Hay una regla invariable con respecto a los tíos que se casan: su predisposición a coger olas disminuye inmediatamente. Y sigue disminuyendo con cada hijo que tienen. La mayoría de tíos que tienen tres hijos no se meterán en una ola que tenga más de un metro».

Al final, las olas eran mucho mejores de lo que habíamos visto desde la orilla y los dos cogimos una serie de olas cortas y rápidas de buen tamaño. Mark salió volando de un tubo musculoso farfullando que necesitaba una tabla más larga. Llevaba una 6′3″. En los intervalos en que disminuía el estrépito de las olas, podíamos oír los aullidos de los monos del zoo de la ciudad, que estaba al otro lado del terraplén de la playa. Pero la verdad es que San Francisco parecía una ciudad de

otro hemisferio. En invierno, Ocean Beach es un desierto tan desolado e indómito como un paraje de las Montañas Rocosas. Se veían coches en la autovía de la costa, pero era muy improbable que la gente que iba en esos coches se diera cuenta de nuestra existencia. Sin duda alguna, muchos de ellos contestarían —si alguien les hiciera la pregunta— que nadie hacía surf en San Francisco.

Mark no pudo resistirse a coger una gran izquierda. Se metió en la ola y pocos segundos después llegó a mitad de camino de Ulloa. Yo cogí la siguiente, también una izquierda, que me llevó mucho más al norte. Cuando remábamos de vuelta, una serie que iba rompiendo más al sur de donde estábamos nos arrastró de nuevo hacia el norte. Ahora estábamos tan lejos, corriente abajo, que decidimos dejar Sloat e irnos a Taraval. Pero la ola de la barra de arena de Taraval era inconstante y floja, así que dejamos de coger olas. Parecía que había una ola mejor en Santiago. Mark tuvo una idea: debíamos dejar de luchar contra la corriente. Cuando era así de mala con la marea ascendente, se convertía en el tren exprés de Sloat a Kelly. Era mejor cogerla más al norte y surfear lo primero que encontrásemos. Yo estaba agotado, así que asentí sin discutir. Dejamos de remar hacia el sur y enseguida la playa empezó a pasar a toda velocidad frente a nosotros. Ver que las barras de arena se acercaban hacia nuestra posición, en vez de esforzarnos por encontrar un punto para el takeoff, nos provocaba una sensación triste y hasta boba. El agua se derrama desde la barra de arena, así que suele ser difícil mantener la posición en el borde exterior, donde las olas se preparan para romper, pero el flujo sinuoso de la corriente, nos gustase o no, nos estaba arrastrando a través de toda clase de lugares y en dirección a toda clase de ángulos.

A Mark le encantaban los experimentos que no se podían controlar del todo, y fue haciéndome comentarios sobre las barras que íbamos atravesando. «Aquí, en la zona exterior de Quintara, era donde rompía una gran ola el año pasado. Y aquí estaba el pico de los mejores días de Pacheco. ¿Ves esa cruz en la montaña? Tenías que mantenerte por encima de la iglesia». Y se podía ver que en Noriega estaba

empezando a ocurrir algo muy interesante: «Estas olas tan potentes no rompen en el exterior y tampoco rompen en el interior. La barra interior se desplaza por aquí, así que en realidad rompen a mitad de camino y forman tubos en ambas direcciones».

Mark tenía razón sobre las barras de arena de Noriega. Las olas ya no rompían en las barras exteriores por las que habíamos estado deslizándonos; ahora girábamos muy despacio en una vasta área sin olas. Una nutria salió a la superficie justo delante de nosotros y se puso a nadar de espaldas. Tenía una cabeza diminuta y lustrosa de color castaño rojizo, con enormes ojos oscuros. No era muy habitual ver nutrias en Ocean Beach, y nos dio la impresión de que nuestra conducta singularmente pasiva la había atraído hasta allí.

La corriente nos llevaba ahora mar adentro. Sugerí que debíamos remar hacia la orilla, y Mark, a regañadientes, estuvo de acuerdo en que teníamos que dar por terminado nuestro experimento de dejarnos ir a la deriva.

En la barra interior, mientras seguíamos avanzando hacia Judah, nos encontramos con unas olas cortas y muy compactas que rompían con sorprendente potencia. Me gustaban mucho las bajadas rápidas y pronunciadas, así que cogí tres derechas cargado de adrenalina antes de cometer un error colosal. Mi tabla se quedó encajonada un segundo en el labio de la ola y luego salí despedido hacia el espacio. Intenté desprenderme de la tabla, pero no me atreví a zambullirme porque la barra interior era muy poco profunda. Choqué con el agua en una posición peligrosa, giré sobre mí mismo y mi hombro se estrelló suavemente contra el fondo. Sentí que la tabla pasaba a toda velocidad a mi lado y que incluso llegaba a rozarme los brazos, que yo tenía sobre la cara porque quería tapármela justo antes de que la ola se abalanzase sobre mí. Como es natural, me llevé una buena tunda y por fin conseguí salir a flote, sin resuello, con algo así como varios kilos de arena metidos en mi traje de neopreno. Tuve suerte, porque me podría haber hecho una herida grave. Conseguí llegar a la orilla con la cabeza zumbando y la nariz chorreando.

Mark se había puesto a surfear con más cuidado. «Cuando el agua se retira de una barra de arena poco profunda, es cuando te rompes el cuello», me dijo. Era paradójico que alguien que se había hecho famoso por afrontar tantos riesgos peligrosísimos fuese al mismo tiempo una persona muy prudente; pero lo cierto era que Mark conseguía pillar un porcentaje mucho más alto de olas (es decir, que lograba salir de ellas sosteniéndose sobre sus propios pies) que cualquier otro surfista que yo conociera. Y es que simplemente se negaba a coger una ola si no pensaba que tenía una excelente oportunidad de acabarla; y una vez que se entregaba a una, apenas cometía errores ni hacía maniobras imprudentes.

Volvimos a juntarnos cuando Mark hubo cogido una derecha y yo una larga izquierda. Mientras remábamos de nuevo hacia fuera, proclamó: «Noviembre tiene olas grandes y estúpidas». Lo que quería decir era que el oleaje de Ocean Beach en noviembre solía ser grande pero muy desorganizado. Antes de que pudiera seguir hablando tuvimos que separarnos para esquivar una serie que se acercaba. Continuó pocos minutos más tarde: «Todavía no se han establecido las correspondencias entre lo que se ve en el mapa del tiempo y lo que de hecho te encuentras en la playa».

Pero en otoño había días muy buenos en Ocean Beach, cuando los primeros mares de fondo de la estación, viniendo del norte y del oeste, coincidían con vientos de tierra. Esos vientos empezaban a soplar cuando caían las primeras nieves en las cumbres de la sierra. Como es natural, el surf otoñal se beneficiaba de la inevitable comparación con los meses veraniegos de Ocean Beach, estropeados por la niebla y los vientos de mar. La primera marejada importante de la estación llegaba justo en noviembre, cuando las barras de arena todavía no estaban listas para convertirla en buenas olas surfeables. En invierno era cuando las olas eran mejores. En diciembre y enero, la conjunción de grandes tormentas marinas con las condiciones adecuadas de viento y de fondo solían crear unas olas maravillosas.

Lo malo era el frío. La temperatura del agua descendía por debajo de los diez grados, y la del aire en las mañanas de invierno solía quedar por debajo del punto de congelación. Pensé en comprarme unos escarpines de neopreno, unos guantes y una capucha, cosas que ya se ponían algunos surfistas. Si se rompía el invento y uno tenía que nadar un buen rato, se podía caer en la hipotermia. Yo ya había empezado a tener problemas con la falta de sensibilidad en las manos y en los pies. A veces tenía que pedirle a un desconocido que me ayudara a abrir la puerta del coche y a meter la llave en el arranque, ya que las olas habían anulado toda mi habilidad manual. Y hasta la percepción del paso del tiempo parecía sufrir una distorsión a causa del frío: dos largas sesiones en el agua helada, con vientos fuertes y olas grandes, te hacían creer que dos días habían durado dos semanas.

Ahora estábamos llegando a VFW, donde las barras de arena eran un desastre. Habíamos ido a la deriva unos cinco kilómetros. Pero ahora la pleamar estaba cerca y la corriente perdía fuerza. Llevábamos dos horas en el mar; yo tenía las manos entumecidas y no había manera de devolverles la vida masajeándolas con caucho helado. Quería volver.

Decidimos volver a Sloat haciendo autostop en vez de ir caminando. Mientras subíamos por el terraplén que llevaba a la autovía, Mark se dio la vuelta de improviso y exclamó triunfal: «¿Los oyes? Ya han llegado los vientos de mar». Tenía razón. Las primeras ráfagas de viento —afiladas y oscuras— estaban alcanzando las olas de las barras exteriores y empezaban a descomponer las crestas. «Los demás surfistas la han cagado», alardeó Mark.

Becket y Domenic, mis viejos amigos, parecían haberse olvidado del surf. Becket había vuelto a Newport y trabajaba en la construcción: hacía carpintería naval y construía yates. Podría haber patentado su verdadera especialidad, ese hedonismo de rata de muelle que parecía gritar: «Cuidado, esconded a vuestras hijas». Mientras que sus vecinos llevaban letreros en el coche que decían

«PREFIERO NAVEGAR EN YATE», él conducía su coche por Orange County con una pegatina en el guardabarros que decía: «PREFIERO EL CUNNILINGUS». En la pared de la oficina, una vez que fui a visitarlo, me sorprendió encontrar una foto mía enmarcada. Era una foto de Grajagan, recortada de una revista de surf, en la que se me veía de pie, con la tabla bajo el brazo, al borde del arrecife mientras una fabulosa izquierda —sin gente e iluminada al trasluz— pasaba rugiendo frente a mí. Becket había añadido una leyenda: «Las gallinas también surfean». Se refería a mis tobillos, que eran muy delgados. «Ya sé por qué te gustaba recorrer el mundo de un extremo a otro —me dijo mientras yo miraba la foto—. Era porque no podías encontrar suficientes motivos para sentirte desgraciado en tu propio país».

Era una teoría que no carecía de interés; y no era muy distinta de la idea de Domenic de atribuir mis convicciones políticas al renegar de uno mismo. Domenic, por su parte, había conseguido ocupar su lugar en el mundo. Ahora dirigía anuncios de lo más sofisticados para televisión. Se había casado con una directora publicitaria francesa igualmente exitosa. Tenían un piso en París, una casa en Beverly Hills, un apartamento en Malibú. Su mujer tenía hijos mayores. Tanto Domenic como Becket seguían surfeando, o al menos seguían teniendo tablas, pero ninguno de los dos era un habitual entregado en cuerpo y alma al surf. Yo sabía que el sur de California, con sus asquerosas muchedumbres, echaba para atrás a mucha gente. Cuando desembarqué en San Francisco e hice mi aprendizaje en Ocean Beach, nunca se me ocurrió comunicar a mis viejos compañeros de surf que yo había tenido la suerte de encontrar unas olas solitarias. Y no fue por mantener el secreto, sino porque sabía que no les interesaría en absoluto. Coger una buena ola de vez en cuando te exigía un sufrimiento excesivo. Demasiado frío, demasiados riesgos, demasiado chungo.

Mi madre no tenía una buena opinión de San Francisco. Eso la distinguía de sus paisanos de Los Ángeles, que solían idealizar su contrapartida del norte de California: el Bagdad junto a la bahía, el corazón perdido de Tony Bennet, etcétera. Mi madre creía que era un buen sitio para ir de visita, pero la ciudad estaba

demasiado pagada de sí misma y se había vuelto un poco rancia, sobre todo desde que había pasado el apogeo de la época hippie. Una vez la oí decir que era «una residencia de ancianos para gente joven», una pulla que podía hacer daño porque tanto Kevin como yo vivíamos allí. Kevin había abandonado la industria del cine y ahora estudiaba Derecho. Vivía en la parte baja, en un barrio llamado Tenderloin. Ninguno de nosotros dos se dedicaba a perder el tiempo, pero aun así me daba cuenta, cuando todos volvíamos a casa de vacaciones, que Los Ángeles vibraba con una especie de ímpetu acre, un endémico frenesí propulsado por la ambición relacionada con la industria del entretenimiento, que yo no había querido ver cuando vivía allí, pero que ahora sí sabía apreciar. En la bahía de San Francisco no existía nada ni remotamente parecido, al menos fuera de Silicon Valley, un lugar que no tenía ningún interés para mí, pero que bullía de creatividad.

Yo sabía que mi madre había vuelto a trabajar, pero nunca fui del todo consciente de ello hasta que un día vi, en la sala de baile de un hotel de Washington, a la sonriente y culta cineasta Patricia Finnegan recibir un premio por una película que había producido. Esa mujer ¿era realmente mi madre? Había empezado a trabajar como meritoria en una productora sin ánimo de lucro, y fue haciéndose un hueco hasta que ella y mi padre acabaron fundando su propia productora. Al lanzar su negocio tuvieron problemas, pero al cabo de pocos años mi madre pudo contratar a mi padre como gerente de producción de películas hechas especialmente para la televisión. Tenía un ojo infalible para las buenas historias y era famosa por llevarse bien —fácil, productivamente— con guionistas, directores, actores y ejecutivos de las grandes corporaciones, asunto que parece muy sencillo, pero que en realidad es dificilísimo. Ella y mi padre no paraban de trabajar. Colleen y Michael se dedicaron durante un tiempo al negocio familiar, pero luego se interesaron por otras cosas — Colleen por la medicina y Michael por el periodismo—, y los dos se fueron a vivir al este. Kevin, que tenía inclinaciones políticas muy izquierdistas, no volvió a Hollywood al terminar la carrera, de modo que todos acabamos

abandonando el negocio familiar. Yo no sabía si publicar de vez en cuando un artículo aquí y otro allá agradaba a mi padre, el viejo periodista. Imaginaba que el libro que estaba escribiendo les sorprendería: todavía creían que dar clases en Ciudad del Cabo era un buen trabajo. Pero una buena parte del libro trataba de mi fracaso a la hora de ayudar a mis alumnos y de las inesperadas consecuencias que habían tenido mis buenas e infundadas intenciones.

El caos emocional con que había dejado Sudáfrica no me había abandonado. Todavía soñaba con Sharon, y esos sueños eran aviesos y dolorosos. No tenía ningún contacto con ella y procuraba ocultar mis penurias a Caroline. Pero a veces me preguntaba qué efecto podría tener todo eso en mi relato de la lucha por la liberación en Sudáfrica.

Kevin, que había ido a la universidad en San Francisco, se estaba enfrentando a una pesadilla mucho más seria. Las primeras fases de la epidemia del sida se estaban extendiendo y aún se conocía muy mal la enfermedad. En San Francisco los jóvenes caían enfermos —mortalmente enfermos— primero a cientos y enseguida a miles. Caroline y yo éramos recién llegados y no conocíamos a nadie que hubiera dado positivo en los tests, pero los amigos de Kevin y sus vecinos de la parte baja de la ciudad vivían aterrorizados y estaban siendo cruelmente diezmados. El primer pabellón hospitalario dedicado al sida se abrió en el San Francisco General Hospital en 1983. A los pocos días estaba lleno a rebosar. Una de las mejores amigas de Kevin, una adorable abogada llamada Sue, que había sido su compañera de cuarto en la universidad y pasaba las Navidades con nosotros, murió de sida. Tenía treinta y un años. Evidentemente, la mayoría de víctimas eran varones homosexuales. Kevin, que es gay, participó en el movimiento que reclamaba más medios públicos para la investigación y el tratamiento del sida, aunque no hablaba mucho conmigo de todo eso. Nuestros viajes africanos parecían haber tenido lugar en otro siglo menos ominoso. Como mínimo actuaba como si tuviera la cabeza en otro sitio. Yo

no me atrevía a contarle mis historias sobre si había estado a punto de ahogarme en la barra interior de Ocean Beach.

Un día radiante y de aspecto amenazador en Pacheco, fui remando con Mark hasta el pico. Era difícil calcular el tamaño de las olas porque no había nadie más en el agua. Salimos sin problemas —las condiciones eran óptimas y los canales eran bien visibles—, pero no juzgamos bien las condiciones y nos situamos en una zona demasiado próxima a la orilla. Antes de que pudiéramos coger ola alguna, nos atrapó una serie gigantesca. La primera ola rompió mi invento como si fuera un pedazo de cuerda. Nadé por debajo de la ola y luego seguí nadando hacia mar abierto. La segunda ola parecía un edificio de tres plantas. Al igual que la primera, se disponía a romper a unos pocos metros de donde yo estaba. Me zambullí lo más hondo que pude y nadé con todas mis fuerzas. Cuando el labio de la ola se estrelló contra la superficie del agua que tenía por encima de mí, sonó como el impacto de un relámpago explotando a mi lado, y luego llenó el agua de ondas sísmicas. Conseguí mantenerme por debajo de la turbulencia, pero cuando salí a flote vi que la tercera ola de la serie pertenecía a otro orden de cosas. Era más grande y más compacta que las anteriores, y además iba dragando el fondo con mucha más potencia. Yo tenía los brazos tan entumecidos que parecían de caucho y empecé a sufrir un ataque de pánico. Me zambullí todo lo profundo que pude. Cuanto más hondo me zambullía, más fría y oscura estaba el agua. El ruido que hizo la ola al romper tenía un timbre tan grave que parecía sobrenatural: era un basso profundo de violencia desatada, y la fuerza que fue tirando de mí hacia atrás y hacia arriba parecía una inversión de pesadilla de las leyes de la gravedad. Por suerte también conseguí salvarme, y cuando salí a flote estaba en mar abierto. No hubo más olas, cosa de agradecer, porque estaba seguro de que una ola más habría acabado conmigo. Curiosamente, Mark estaba cerca de mí, a menos de diez metros a mi derecha. Había buceado para escapar de lo inconcebible y se había salvado por los pelos, igual que yo. Pero su invento no se había roto y ahora no paraba de girar

sobre la tabla. Mientras la tabla daba vueltas, se volvió hacia mí con una expresión de maníaco en la mirada y me gritó: «¡Qué divertido!». Podría haber sido peor. Podría haberme gritado: «¡Qué interesante!».

Más tarde descubrí que, en su libro de registro, Mark había calificado aquella tarde como «interesante». Estuvo en el agua cuatro horas (mientras yo volvía nadando a la orilla, recogía la tabla varada en la arena y me iba a la cama) y se puso a medir el intervalo entre olas —el tiempo que transcurre mientras dos olas de una misma serie pasan por el mismo punto—. Aquella tarde era de veinticinco segundos. Era el intervalo más largo que había visto en Ocean Beach. No fue una sorpresa para mí. Las olas de largo intervalo avanzan por el océano mucho más deprisa que sus primas de intervalo corto, alcanzan mayor profundidad bajo la superficie y cuando rompen liberan mucha más agua porque han ido captando mucha más energía. La entrada del diario de Mark referente a aquella sesión también demostraba, entre otras cosas, que mi invento se había roto el vigésimo primer día que Mark había surfeado olas de dos metros y medio esa temporada, y que era el noveno día en que había surfeado olas de tres metros.

Lo más temible de todo, en mi opinión, era el revolcón de dos olas. La tunda duraba tanto tiempo que en cuanto llegabas a la superficie la siguiente ola se abalanzaba sobre ti. A mí nunca me había ocurrido. La gente sobrevivía a estos revolcones, pero las consecuencias eran muy negativas. Conocí gente que dejó de surfear después de un revolcón de dos olas. Cuando alguien se ahogaba en un día de mar gruesa, nunca era fácil saber las causas exactas, pero estoy convencido de que casi siempre intervenía una cazada de ese tipo. La causa fundamental del terror que me inspiró la tercera ola de la serie que me rompió el invento fue que tenía todas las trazas de ser un espécimen de ola rocosa muy raro en Ocean Beach, como las peores olas que drenan el fondo en las barras interiores, salvo que esa era dos o tres veces más grande. Yo no conseguí entender en qué parte de la barra estaba rompiendo ni por qué —ni siquiera ahora lo entiendo—, pero dada su

extraordinaria dureza, yo sabía, mientras me sumergía bajo la ola, que no iba a dejar mucha agua delante de mí, lo que significaba que era muy probable que me succionara, en cuyo caso me provocaría un choque catastrófico contra el fondo, así como un larguísimo revolcón que tenía todas las probabilidades de resultar también catastrófico para mí. Yo no sabía cuál era el intervalo entre las olas, pero por las primeras que habíamos visto allí sabía que era excepcionalmente largo. Y era evidente que un revolcón de dos olas, en una ola de intervalo muy largo, iba a ser también larguísimo.

Pasar sumergido cuarenta o cincuenta segundos puede parecer poco tiempo. La mayoría de surfistas de olas grandes pueden contener la respiración durante varios minutos. Pero eso es en tierra firme o en una piscina. Cuando una ola enorme te está arrastrando como si fueras un muñeco, diez segundos son una eternidad. A los treinta segundos, casi todo el mundo se aproxima a su fin. En las peores caídas que he sufrido, nunca tuve la oportunidad de averiguar con exactitud —o sin exactitud siquiera— cuánto tiempo me pasé sumergido. Todo mi esfuerzo se concentraba en relajarme, en someterme al revolcón en vez de luchar contra él, en no malgastar el oxígeno y en conservar la suficiente energía para nadar hasta la superficie una vez hubiera pasado la ola. A veces tenía que subir a la superficie agarrándome al invento, ya que mi tabla flotaba mucho mejor que yo. Los peores revolcones que sufrí fueron siempre los que me hicieron creer que ya había pasado lo peor —bastaba un último impulso para llegar a la superficie—, cuando en realidad no era así. El tirón inesperado, o los dos, o incluso tres, que te impedían llegar a la superficie te provocaban un espasmo en la garganta, dada la desesperación que sentías por respirar, que se convertía en una especie de sollozo o incluso en un grito ahogado. Combatir el reflejo condicionado que te impulsaba a aspirar agua para llenarte los pulmones era una lucha frenética y repugnante.

En la serie de Pacheco no me pasó nada físicamente desagradable cuando me llegó la tercera ola. No hubo una nueva ola detrás de la tercera, así que el nefasto

revolcón que yo me temía nunca llegó a producirse. Pero aun así, el riesgo que viví con aquella ola me aterrorizó. Supe que no estaba preparado para sufrir las consecuencias de una cazada en aquellas olas. E incluso llegué a plantearme si alguna vez en la vida llegaría a estar preparado para una cosa así.

Fue una sorpresa para mí que alguien pudiera haber aprendido a surfear en San Francisco. Me dio por entrevistar de forma informal a la gente que había aprendido allí. Edwin Salem me contó que de niño se fabricó un portatablas adosado a su bicicleta, usando madera de contrachapado, listones de metro y medio y las ruedas de un carrito de supermercado. Salía de Sunset District dos horas antes de que la marea alcanzara las mejores condiciones en Fort Point porque tardaba dos horas en llegar pedaleando hasta allí. Fort Point es una izquierda bastante fofa que se halla en el lado meridional del Golden Gate. Está llena de gente, pero es una ola relativamente suave. A los doce o trece años, Edwin empezó a surfear en las espumas de Ocean Beach. Peewee, que ya era uno de los grandes surfistas de la zona, le dijo que antes de empezar a surfear tenía que coger un montón de leña, madera seca que hiciera un buen fuego para cuando volviera a tierra. «Recogía un montón de leña —me dijo Edwin—, pero también un montón de mierda». Poco a poco se convirtió en un habitual de Ocean Beach.

A sus veintipocos años, Edwin era un surfista elegante y poderoso de rizado pelo negro y alegres ojos verdes. Estábamos en Sloat, recuperando el resuello tras una remada agotadora. Era un día muy frío, a media mañana. Las olas eran fuertes pero no muy buenas y no había nadie más en el agua. El aroma de los donuts recién horneados flotaba sobre el agua procedente de la panadería que había al lado de la tienda de Wise. Por el horizonte, un barco de carga se dirigía al Golden Gate. Llegamos a la conclusión de que nos habíamos metido demasiado adentro. Mientras volvíamos remando a la zona del takeoff, deslizándonos con cuidado sobre las olas, le pregunté a Edwin por el surf en Argentina. Yo sabía que de vez en cuando volvía a casa para visitar a su familia. Se echó a reír. «Después de haber surfeado aquí, no

me podía creer lo fácil que era surfear allí —me dijo—. El agua está tan caliente. Y las olas son tan suaves. ¡Y encima hay chicas en la playa!».

En un día de mar gruesa, la ciudad misma parecía distinta. Las calles y los edificios parecían velados y remotos, como los rasgos de un globo terráqueo exhausto: la tierra firme. Toda la acción se concentraba en el mar. Una mañana de enero de 1984, mientras iba conduciendo por las calles que me separaban del mar, las olas de Ocean Beach eran tan grandes que San Francisco tenía el aspecto de una ciudad fantasma. Era un día feo y oscuro y caía una gélida llovizna. El océano tenía un color gris pardusco extremadamente siniestro. No había coches ni en Kelly ni en VFW. Me dirigí hacia el sur, conduciendo despacio para poder ver las olas. Imposible determinar el tamaño. No había nadie allí que permitiera calcular la escala. Eran olas de seis metros, o incluso más.

Sloat parecía un lugar fuera de control cuando llegué al aparcamiento. Las olas que rompían mar adentro apenas se veían desde la orilla. Impensable meterse remando. No había viento, pero aun así las olas más grandes parecían esculpirse por la brisa a medida que se levantaban antes de romper. Las explosiones subsiguientes eran de una blancura sobrenatural. Parecían pequeñas explosiones nucleares, y el estómago se me revolvió solo de verlas. Cuando Mark me había telefoneado esa misma mañana, lo único que me había dicho había sido: «Sloat. Si no te veo allí, eres un estrecho». Pero Sloat era impensable para mí. Poco después de que yo llegase,

Mark entró en el aparcamiento. Se giró y abrió los ojos de par en par: era su forma de anunciarme que las olas eran más grandes de lo que había imaginado. Soltó una risita siniestra. Decidimos mirar las olas desde el lado meridional de un muelle en construcción que el ayuntamiento había empezado a levantar a unos setecientos cincuenta metros de Sloat. Mientras salíamos, Edwin llegó al aparcamiento. Mark también lo había despertado al amanecer. Los tres nos metimos en su coche y avanzamos por las dunas que había al sur de Sloat.

Las olas llegaban del noroeste —las causaba una gran tormenta en las islas Aleutianas—, así que el muelle, que tenía entre cuatrocientos y quinientos metros de largo, debilitaba la potencia de las olas que llegaban al lado meridional. Allí las olas parecían tener la mitad de altura que las olas pantagruélicas del lado norte, así que parecían manejables. De todos modos, había que solventar el problema de la remada. A veces la gente remaba bajo el muelle: una corriente de resaca que recogía el agua que las olas habían apilado cerca de la orilla y la devolvía mar adentro había abierto un profundo canal en esa zona, de modo que las olas no rompían allí. Pero las condiciones bajo el muelle eran horribles. Había cables colgando por todas partes y enormes planchas de acero que sobresalían en los ángulos más inesperados, por no hablar de los pilones, que estaban a muy corta distancia unos de otros y que no se apartaban cuando las olas te arrastraban contra ellos. Yo había remado unas cuantas veces bajo el muelle, en los días en que me hubiera costado la misma vida meterme directamente por Sloat, pero me había jurado que no volvería a hacerlo. Y aun así, aquella mañana era imposible remar bajo el muelle. Algunas olas aisladas se metían entre los pilones como pequeñas avalanchas en un bosque de hierro. La única forma no mortífera de meterse en el agua era colarse frente a la caseta del guarda que vigilaba la obra, meterse en el muelle mismo y saltar desde la punta, que quedaba en la zona segura, a salvo de las olas.

—Vamos allá —dijo Mark.

Los tres estábamos en su furgoneta —una Dodge de 1975, sólida aunque maltrecha, adaptada a las expediciones de larga distancia—, aparcada en un camino de tierra que daba al sur del muelle. Durante diez minutos, lo único que nos habíamos atrevido a decir eran frases como «¡Dios mío!» o «¡Mira eso!». Yo no tenía ningunas ganas de surfear. Por suerte, mi tabla no permitía surfear en aquellas condiciones, y ni siquiera el gun 8′4″ de Edwin parecía lo suficientemente grande. Mark tenía dos tablas para olas grandes, las dos de más de nueve pies. Nos dijo que uno de nosotros podía usar la otra tabla.

Edwin soltó una risita nerviosa.

—Por eso no tengo una tabla de más de nueve pies —dijo.

De hecho, esa era la razón por la que casi ningún surfista tenía una tabla de más de ocho pies: tenerla significaba que algún día tendría que salir a surfear en condiciones tan terribles como las de aquel día. Una vez, en la tienda de Wise, yo le había oído decir a un surfista que examinaba con un amigo un gun de 10′0″: «Este viene con una caja de pino incorporada». El mercado de tablas grandes era minúsculo.

Mark salió de la furgoneta, se colocó al lado de la puerta lateral y empezó a ponerse el traje de neopreno. Por primera vez desde que vivía en San Francisco me negaba a surfear, y Mark parecía darse cuenta de mi negativa. «Vamos, Edwin —dijo —. Hemos surfeado olas más grandes».

Y quizá era cierto. Mark y Edwin tenían un pacto con respecto a las olas grandes: un pacto tácito pero indestructible. Habían surfeado juntos desde que se conocieron en 1978. Mark se había tomado muy en serio el bienestar de Edwin: le aconsejaba sobre la mejor manera de adaptarse a la vida de Estados Unidos y le animaba a ir a la universidad. Edwin, que vivía con su madre —sus padres estaban divorciados—, admiraba los consejos de padre adoptivo de Mark, que incluían charlas periódicas sobre el surf de olas grandes. Edwin tenía la complexión física para afrontarlas: tenía una constitución robusta, era un buen nadador y un gran surfista. También tenía nervios de acero y buenas dosis de despreocupación juvenil. Y por último, confiaba ciegamente en Mark, a quien idolatraba. Eso hacía de él un aprendiz ideal para un programa de enseñanza que, a lo largo de varios inviernos, le había permitido surfear con olas cada vez más grandes, hasta llegar a las olas grandes de verdad. El pacto entre Mark y Edwin consistía fundamentalmente en el reconocimiento tácito de que Mark nunca se llevaría a surfear a Edwin en un día en que pudiera ahogarse.

Edwin negaba lúgubremente con la cabeza mientras se abría la cremallera del plumífero. En cualquier otra compañía nadie podría pensar en él como un nuevo Sancho Panza —medía más de un metro ochenta, tenía la mandíbula bien marcada y aspecto de líder—, pero me llamó la atención, al ver cómo los dos se ponían sus trajes de neopreno, que Mark conseguía que cualquier compañero de fatigas tuviera el aspecto de ser su ayudante.

Mientras Edwin cambiaba el invento de su tabla a la tabla que Mark le había dejado —un macizo gun 9′6″ de una sola quilla y color amarillo pálido—, Mark me explicó cómo debía usar su cámara. Luego sacó la tabla que iba a montar —una maravillosa y estrecha 9′8″ de tres quillas—, la dejó sobre las dunas y se puso a dar parafina; después hizo sus ejercicios de yoga sin dejar de mirar las olas.

—¿Por qué tenemos que hacer esto? —me preguntó Edwin. Su risita nerviosa se alzó y luego se diluyó en el aire.

Cuando Edwin estuvo listo, los dos salieron, pasaron trotando frente al trailer del vigilante, desaparecieron tras varias tuberías gigantescas de desagües y volvieron a aparecer un minuto más tarde sobre el muelle. Seguían corriendo, dos siluetas evanescentes con las tablas recortándose melodramáticamente contra el cielo blancuzco. Al otro lado del muelle se veían olas que rompían en Sloat, en un punto donde nunca antes había visto romper olas. Más al norte aún, las líneas de olas gris beige y las paredes blanquecinas parecían salir directamente de una de mis peores pesadillas surferas. A pesar de que yo estaba sentado en la furgoneta, bien seco y calentito, aquellas olas me daban mucho miedo.

En la punta del muelle, Mark y Edwin bajaron por una escalerilla, se tumbaron sobre las tablas y empezaron a remar en dirección a la orilla. Al verlos en el agua pude medir las olas, que resultaron mucho menos monstruosas de lo que me había imaginado. Cuando Edwin se metió en una compacta izquierda, la ola tenía tres veces su tamaño. La ola era de color pardusco, como de barro, y tenía un

aspecto brutal. Empecé a tomar fotos. Edwin trazó bien la línea, pero la ola de repente se dirigió hacia el muelle formando un tubo y Edwin tuvo que salirse. La espuma estalló y lo succionó por completo. Un segundo después, la tabla apareció girando en medio del espumón: se le había partido el invento. Las olas rompían muy cerca de la orilla —no había una barra exterior en el lado meridional del muelle— y Edwin salió enseguida a flote. Llegó resoplando a las dunas y sonrió cuando le conté que le había sacado varias fotos mientras surfeaba. «No es demasiado peligroso, creo —me dijo—. Pero esas olas son casi impracticables». Me pidió el invento de mi tabla y se lo di encantado. Las olas eran mucho más que impracticables, y encima el tiempo seguía siendo frío: la temperatura del aire era de unos diez grados.

Mientras Edwin volvía al muelle, vi que una serie gigantesca se estaba formando en una barra exterior a unos doscientos metros al norte del muelle. Ahora que había gente en el agua, se podía calcular que las olas de Sloat tenían algo más de seis metros. Pero la serie que empezaba a romper en la barra exterior era mucho más que gigantesca, porque también tenía una violencia extraordinaria. Parecía que las olas, al romper, giraban de dentro afuera, y en las pausas arrojaban nubes de niebla —el aire que se había quedado atrapado en el interior de las olas, del tamaño de un autobús—. Jamás había visto nada igual, ni siquiera en la costa norte de Oahu: tubos acelerados de seis metros. El estruendo de las olas que rompían bajo el muelle ahogaba el estrépito de las olas grandes que se estaban formando a lo lejos. Edwin no miraba hacia el norte; de haberlo hecho, la perspectiva lo habría dejado helado de miedo.

Mark cogió dos derechas de tres metros y logró surfearlas bien, pero yo no tenía un buen ángulo para fotografiar las derechas. En términos fotográficos, la situación al sur del muelle había empezado a deteriorarse después de que Edwin volviera a meterse en el agua. Empezó a llover muy fuerte, y Mark y Edwin, a los

que yo apenas podía ver a través de la neblina, no pudieron coger olas durante una media hora. Guardé la cámara de Mark, cerré la furgoneta y me fui a casa.

Poco después de irme, según me contó Edwin, volvió a coger otra izquierda. Esta vez consiguió surfearla, pero la siguiente, de casi cinco metros, se lo tragó justo cuando se abalanzaba contra el muelle. Mi invento se rompió, aunque en esta ocasión Edwin no salió arrastrado a la orilla, sino que lo atrapó una corriente que lo llevó hacia el muelle. Aterrorizado, logró esquivar los pilones y llegó ileso al lado norte. Pero allí la corriente se dirigía mar adentro y empezó a arrastrarlo hacia la barra exterior, esa misma barra en la que yo había visto los tubos de seis metros que giraban de dentro afuera escupiendo furiosa espuma. Fue nadando hacia la orilla, pero la corriente era demasiado fuerte. Ya estaba a unos cien metros de la costa, debilitado por el pánico —pero aún se hallaba al sur de la barra asesina—, cuando una monstruosa serie formada en aguas profundas empezó a romper delante de él. Eran olas más débiles que las olas que rompían en el lugar adonde le arrastraba la corriente, así que Edwin permaneció en la superficie y se dejó golpear por ellas. La serie lo arrastró hacia el lado interior de la corriente. Allí logró nadar hasta la vía libre que dejaba el espumón que se abalanzaba desde la barra asesina, lo que lo arrastró aún más hacia la costa. Cuando llegó a la playa, en algún punto cercano a Sloat, estaba tan débil que no podía ni caminar.

Mark fue a buscarlo. Edwin estaba demasiado conmocionado y no podía conducir, así que Mark lo llevó a su casa. No sé si Mark le contó a Edwin lo que había hecho mientras Edwin luchaba por salvar su vida y luego llegaba jadeando a la orilla. Según me contó Mark más tarde, se había cansado de esperar en los largos periodos en calma que se formaban al sur del muelle, así que había ido remando hasta el lado norte. Se había mantenido alejado de la barra asesina, pero había cogido un par de olas gigantescas en Sloat antes de volver al sur en busca de Edwin. Se preocupó mucho al encontrar en la playa la tabla que le había dejado a Edwin, así que sintió un gran alivio cuando descubrió a Edwin sano y salvo. Su pacto había

sobrevivido a una dura prueba. Edwin, en cuanto Mark lo devolvió al apartamento que compartía con su madre, se pasó varios días sin surfear. Aquel invierno surfeó muy pocas veces, y no volví a verlo nunca más cuando había olas grandes.

Otro día helado en Sloat. Hay media docena de personas surfeando con olas de dos metros y medio, en condiciones cristalinas por la pleamar. Yo estoy en la orilla, seco y calentito y fuera de combate desde que me he roto el tobillo, dos semanas antes, al caerme de bruces en Dead Man, una izquierda que se forma cerca de los acantilados en el lado sur del Golden Gate. Estoy de nuevo en la furgoneta de Mark y esta vez también tengo la cámara. Casi nunca hago fotos de surf —no me puedo estar quieto cuando hay buenas olas—, pero Mark se ha aprovechado de mi situación y ha vuelto a encomendarme su cámara. Casi todos los surfistas quieren tener una foto de sus mejores momentos en el agua. La pasión unánime por los retratos no se puede explicar exclusivamente por la naturaleza efímera de las olas y de los tubos, que a su vez ocasiona en los surfistas la necesidad natural de conservar sus recuerdos. El caso es que tengo que fotografiar a dos o tres tipos —Mark y sus amigos—, aunque por el momento no están cogiendo muchas olas. El pico se desplaza hacia el sur y se lleva a los surfistas detrás, así que mis objetivos se disuelven en un deslumbrante campo luminoso.

Yo debería desplazarme hacia el sur detrás de ellos. Me meto en el asiento del conductor, pongo en marcha el motor y de pronto me siento como un niño que lleva puesto el abrigo de su padre: las mangas me llegan hasta las rodillas y los bajos rozan el suelo. Mark no es mucho más alto que yo —tan solo dos o tres centímetros—, pero el asiento parece enorme, y lo mismo le pasa al volante, y hasta la furgoneta se me antoja como un barco mercante de altas cubiertas y timón fijo mientras voy sorteando los charcos y los baches del aparcamiento de Sloat. Desde el asiento del conductor, la furgoneta —que tiene la parte trasera repleta de tablas de surf— parece contagiarse de la sensación de poder, como si fuera un puma que se prepara para el ataque, y como si toda ella estuviera imbuida del bienestar y de la

buena salud del nómada. Desde esta posición, con esta visión del mundo filtrada por el surf —y por la sensación de ser el rey de la selva—, yo también me sentiría inclinado a evangelizar a los demás.

Mark comprendía muy bien la obsesión por las fotos. No solo se dedicaba a pasar sesiones de diapositivas y tenía fotos de sí mismo colgadas por todas partes en su apartamento, también se complacía regalando fotos a sus amigos en las que se nos veía surfear. He visto esas fotos colgadas en las casas de los protagonistas, enmarcadas como si fueran iconos religiosos. Una vez me regaló una de mí mismo medio en cuclillas bajo un tubo de color gris pizarra en Noriega. Caroline la hizo enmarcar para mi cumpleaños. Era una gran foto, pero me molestaba verla porque el fotógrafo, un amigo de Mark, había hecho la foto antes de tiempo. Justo después del instante atrapado, yo desaparecí bajo la ola. Y esa era la foto que me hacía ilusión tener: la de la ola sola, sabiendo que yo estaba allá dentro trazando la línea tras la espesa cortina plateada que se iba desparramando. Ese trayecto invisible, y no el instante previo, constituía la esencia de un tubo. Pero las fotos no atrapan lo que uno siente en un tubo, sino el aspecto que un tubo tiene para los demás. Esa foto en Noriega —ahora mismo la estoy mirando— muestra un mar muy oscuro, pero la memoria que conservo de esa ola está inundada de luz plateada. Y eso es así porque yo miraba al sur mientras navegaba las profundidades del tubo y también cuando salí de su ojo almendrado y regresé al mundo.

Para mí, y no solo para mí, el surf encarna esta paradoja: el deseo de estar a solas con las olas se funde con un deseo equiparable de ser observado, de actuar.

Los aspectos sociales del surf se deben al ansia de competir o bien a la simple necesidad de tener compañía, o casi siempre a las dos cosas a la vez. En San Francisco descubrí que los dos aspectos eran extraordinariamente importantes. La comunidad de surfistas era muy pequeña, así que la soledad que uno sentía al surfear en Ocean Beach era inmensa. Una hermosa mañana de primavera, la mujer

de Tim Bodkin, Kim, me hizo saber qué lugar ocupaba yo con respecto a nuestra comunidad. Yo estaba dando parafina a la tabla frente a su casa en la autovía. Otros surfistas se estaban metiendo en el túnel de Taraval. Kim llevaba a su bebé colgando de la cintura y lo estaba meciendo bajo el sol. (Mark ya había predicho que Tim dejaría de surfear las grandes olas de Sloat al invierno siguiente).

—Conque toda la escuadrilla de Doc sale de patrulla —dijo.

—¿El qué?

—La escuadrilla de Doc —dijo—. Y no me digas que no has oído hablar de ella.

Tú eres un miembro fundador.

El último número de Surfer estaba en el mostrador de la tienda de Wise. Por lo general yo lo cogía y lo hojeaba un rato. Pero esta vez la foto de portada presentaba una izquierda que me resultaba familiar y que iba formando un tubo al fondo de la escena, mientras, en primer plano, un surfista saltaba con su tabla de un barco. «¡¡¡FANTÁSTICO FIYI!!!», decía el titular. El bocadillo en el ángulo superior derecho proclamaba: «¡DESCUBRIMIENTO!». Como es natural, se trataba de Tavarua.

Me entraron ganas de vomitar. Y eso que ni siquiera me sabía la mitad de la historia.

El artículo de Surfer no hablaba del descubrimiento de una nueva ola, sino de la apertura de un hotel. Por lo visto, dos surfistas californianos habían comprado (o al menos arrendado) la isla, habían construido un hotel y ahora lo estaban poniendo en funcionamiento. Ofrecían acceso exclusivo a la que quizá era la mejor ola del mundo a un máximo de seis clientes. Aquello suponía un concepto nuevo: el de pagar para surfear una ola donde hubiera muy pocos surfistas. En todas las revistas de surf aparecían artículos narrando el descubrimiento de una nueva ola, pero había una norma no escrita que obligaba a ocultar su emplazamiento. Se decía en qué

continente estaba, pero no se revelaba el país y a veces ni siquiera el océano. La gente tenía que descubrir por sí misma la situación; pero los que llegarían a hacerlo serían muy pocos y les costaría un gran esfuerzo, así que se cuidarían muy mucho de revelar dónde estaba. Pero esa nueva noticia daba al traste con todas esas normas. Para evitar las muchedumbres en Tavarua se abría un hotel gracias a un contrato con las autoridades locales. Ahora sería una ola privada. Reserve ahora mismo. Se aceptan todas las tarjetas de crédito. Incluso había un anuncio del hotel en el mismo número de la revista.

Resultó que aquella misma semana Bryan llegaba en avión a San Francisco desde Tokio. Ahora trabajaba como freelance para revistas de viajes y le habían enviado a escribir una crónica sobre Hokkaido. Fui a esperarlo al aeropuerto. En el trayecto desde el aeropuerto a nuestra casa, arrojé el último número de Surfer sobre su regazo. Empezó a maldecir en voz baja, pero enseguida fue aumentando de tono. Era inútil hacer cábalas sobre quién había revelado el secreto. La fantasía que los dos habíamos albergado no se había cumplido. Tavarua había logrado permanecer casta, con sus olas trascendentales intactas a lo largo del arrecife, solo seis años.

Bryan lo llevó peor que yo, o al menos reaccionó de forma menos pasiva, porque escribió una agria carta al director de Surfer. Me dijo que al sentirnos agraviados por el hotel nos comportábamos como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. Pero aun así, estaba convencido de que toda la historia era terrible, y yo pensaba lo mismo. Todo lo que permanecía virgen en este mundo acababa explotado y ensuciado y destruido. La carta que envió a Surfer planteaba las preguntas apropiadas sobre los acuerdos económicos entre el hotel y la revista, con lo que insinuaba que los responsables eran unos alcahuetes, o en el mejor de los casos, unos simples idiotas.

Se me hizo raro ver a Bryan en carne y hueso. Seguíamos siendo corresponsales fieles y nos escribíamos muchísimas cartas, así que a veces me sentía

como si viviera una segunda vida —mucho más accidentada— en Montana, esquiando a tope, bebiendo a tope y relacionándome con los escritores gamberros y llenos de talento que siempre parecían reunirse allí. Bryan publicaba un montón —crónicas y reseñas — y estaba trabajando en otra novela. Vivía con una mujer «mezquina y delgada», según sus palabras, una escritora llamada Deirdre McNamer, que no era mezquina en absoluto y que acabaría haciéndole el gran favor de casarse con él. Sus crónicas de viajes lo habían llevado por todo el mundo: Tasmania, Singapur, Bangkok. Deirdre lo acompañó a Bangkok, donde él le enseñó el Station Hotel, nuestro antiguo antro. Incluso él se sorprendió al ver lo sórdido que era. «Qué diferente resulta una ciudad si tienes dinero —me escribió en la página quince de la carta que me envió desde Asia sudoriental—. Todo es aire acondicionado, manejable, fluido». Las cartas de Bryan eran whitmanianas, volcánicas, divertidas, incluso las que revelaban desprecio hacia sí mismo, cosa que ocurría inquietantemente a menudo. Una vez me escribió que acababa de darse cuenta de que la hospitalidad que nos había brindado en 1978 Sina Savaiinaea y su familia en Samoa les había costado un montón de dinero si se tenía en cuenta su nivel adquisitivo, y le habíamos pagado con cachivaches en vez de entregarle el dinero que necesitaban desesperadamente, pero que no se atrevían a mencionar por pura cortesía. Estaba tan horrorizado por aquello que no podía dormir. Y yo no estaba del todo seguro de que estuviese equivocado.

Bryan llevaba un tiempo sin surfear. En octubre llegaron olas. Mark le dejó una tabla y un traje de neopreno. El traje era demasiado pequeño y Bryan tuvo que hacer un gran esfuerzo forcejeando en el oscuro garaje de Mark. Mark y sus amigos lo observaban, regodeándose. Yo ayudé a Bryan a subirse la cremallera. En el agua volvió a forcejear. Los espumones de Ocean Beach, como siempre, no cesaban nunca y él no estaba en forma. Yo hacía el pato a su lado mientras le lanzaba comentarios que no le gustaban nada. Surfeamos dos veces durante su estancia en San Francisco y él nos dijo que se sentía emocionado por haber vuelto a surfear. Yo estaba

esperando cualquier comentario hiriente por parte de los miembros de la escuadrilla de Doc para acallarlo al instante, pero nadie dijo nada. Bryan enseguida le cogió la medida a Mark, y sin duda también ocurrió a la inversa. Bryan no soportaba a la gente arrogante.

Bryan y Caroline, por su parte, hablaban el mismo lenguaje. Noté que él apuntaba algunos comentarios que ella me hacía —como cuando me llamó «hiena» por merodear por la cocina o se preguntó indignada por qué un musculitos local estaba convencido de que la gente iba a interesarse por su «asqueroso cuerpo». Bryan nos había traído de Japón calcomanías para turistas —«HA SIDO UNA GRAN VISITA GUIADA» y «NO HEMOS HECHO MÁS QUE UNA FOTO»— que pegamos en la nevera.

Un año después de su visita, Bryan me envió un texto sobre su equipo de softball —el equipo se llamaba Montana Review of Books— y me envió el manuscrito. ¿Podría interesarle al New Yorker? Le contesté que era muy bueno, pero no era la clase de crónica para la sección The Talk of the Town: demasiado novelístico, demasiado confesional. Se suponía que yo era un experto porque ya le había vendido un texto a la revista. Pero Bryan no esperó mi respuesta y envió su crónica. William Shawn, el director de la revista, la leyó y le llamó llenándole de elogios. Le pagó un viaje a Nueva York y lo alojó en el Algonquin Hotel, y luego le preguntó qué otras cosas le apetecía escribir. Shawn publicó inmediatamente el texto sobre el equipo de softball y le hizo un contrato para una crónica en dos partes sobre —era una idea de Bryan— la historia de la dinamita. Cuando Deirdre me contó que Bryan estaba en Nueva York y a qué había ido, le pedí que no le enseñara la carta que yo le había enviado y que le estaba esperando en Missoula.

Un día de olas muy grandes, al final del invierno, en VFW. Tim Bodkin y Peewee son los únicos surfistas. Desde la playa, el mar es una lámina cegadora e incolora de resplandor vespertino, intermitentemente alterada por los muros negros

de las olas. Mark ha salido antes que los demás. Al meterse en el agua, ha dicho que las olas medían entre tres y tres metros y medio y la corriente del norte es «asesina». Desde entonces ha empezado a soplar un ligero viento del noroeste, que desorganiza la superficie y hace que las olas sean un poco más peligrosas y difíciles de surfear. Bodkin y Peewee están cogiendo muy pocas olas. Casi siempre se hacen invisibles en medio del resplandor. Las olas que consiguen coger son potentes izquierdas que rompen en una barra exterior en la que casi nunca he visto romper olas y que nunca antes había tenido olas surfeables. Por lo general, VFW no me parece un pico de olas grandes. En los días de olas pequeñas y limpias es en el tramo de la playa donde suele haber más surfistas. Pero hoy es la clase de día en que Bob Wise dice que recibe un montón de llamadas de gente que le pregunta esperanzada: «¿Son pequeñas?». Y cuando él contesta: «No, son enormes», todos recuerdan de pronto que tienen un montón de cosas que hacer en remotos lugares de toda la bahía de San Francisco.

Entre ocho y diez surfistas, nerviosos y gruñones, contemplan la escena desde el rompeolas. Todos coinciden en que el viento ha destrozado las olas y que no hay ninguna razón para salir. Una gran cantidad de obscenidades —insólitas incluso entre surfistas— sirven para definir las olas, el tiempo, el mundo. La gente va de un lado a otro con los puños metidos en los bolsillos, riendo demasiado fuerte y con la boca seca. Y en ese momento Edwin, que ha estado observando el océano en silencio con unas gafas de sol de espejo, ya no puede más. Proclama:

—Tengo una idea. Formemos un grupo de apoyo. No voy a salir porque me da miedo salir. ¿Por qué no nos atrevemos todos a decirlo? «No voy a salir porque me da miedo salir». Vamos, Domond, dilo, venga ya.

Domond, un tipo duro que trabaja en la tienda de Wise y también conduciendo un taxi, se aparta asqueado. Así que Edwin se dirige a otro chico del barrio al que todos llaman Beeper Dave, pero este también se aparta gruñendo y

negando con la cabeza. Todo el mundo ignora a Edwin, que se echa a reír y se encoge de hombros.

—Una serie —grita alguien. Todos los ojos se fijan en el horizonte, donde la lámina resplandeciente del mar empieza a elevarse en líneas grises aterradoramente grandes—. Esos tíos están muertos.

Decidí intentar escribir una semblanza de Mark. Él estuvo de acuerdo. Envié la propuesta al New Yorker: un perfil de ese extraordinario surfista urbano de olas grandes y también médico. A Shawn le gustó la idea. Me enviaron un contrato.

A partir de aquel momento las cosas cambiaron entre Mark y yo. Dejé de sentirme acomplejado porque la gente me tomara por uno de sus discípulos. Ahora yo era su Boswell, muchachos. Le hice preguntas sobre su infancia: su padre era psiquiatra en Beverly Hills. Catalogué los contenidos de su furgoneta. Le acompañé al trabajo y me senté a su lado mientras examinaba a sus pacientes. En la universidad había sido una especie de niño prodigio. A su padre le detectaron un tumor, y Mark, que entonces estaba en el último curso de medicina, empezó a estudiar el cáncer con una intensidad que hizo pensar a todos sus amigos que su objetivo era encontrar una cura que salvara a su padre. Luego resultó que su padre no tenía cáncer, pero Mark siguió estudiando. Su interés no se centraba en la oncología —en encontrar una cura—, sino en la educación y prevención del cáncer. Cuando empezó a hacer la especialidad, había creado, con la ayuda de otro estudiante, una serie de cursos sobre la enfermedad y había escrito en colaboración La biología del cáncer. Libro de consulta, el texto de un curso que al final se ofreció a miles de alumnos. Volvió a escribir en colaboración otro libro, Entendiendo el cáncer, que se convirtió en un texto universitario con un gran éxito de ventas. Luego siguió dando conferencias por Estados Unidos sobre investigación, educación y prevención del cáncer.

—Lo curioso es que a mí no me interesa el cáncer —me dijo Mark—. Lo que me interesa es la reacción de la gente. Muchos pacientes y muchos supervivientes te cuentan que no empezaron a vivir de verdad hasta que enfermaron de cáncer, ya que eso les obligó a enfrentarse a las cosas y a experimentar la vida con mayor intensidad. Lo que ves cuando tienes una consulta de médico de familia es que nadie puede seguir siendo superficial con los demás cuando uno de los miembros de la familia tiene cáncer. Aunque suene cursi, lo que me interesa es el espíritu humano, la reacción de la gente ante las tribulaciones y la adversidad. Me fascina la forma en que la gente lucha contra la enfermedad y se empeña en seguir luchando hasta salir a flote.

Mark fue clavando las garras en el aire. Lo que estaba representando era la lucha por salir a la superficie entre las turbulencias de una gran ola.

Le pedí a Geoff Booth, un periodista, surfista y médico australiano, su opinión personal sobre Mark. «Está claro que Mark siente el deseo de morir», me contestó Booth. «Es una fuerza tan terrible que creo que solo hay un puñado de personas en el mundo que puedan llegar a entenderla. Solo he conocido a otra persona que lo tuviera: José Ángel». José Ángel era un surfista hawaiano de grandes olas que desapareció cuando surfeaba en Maui en 1976.

La teoría de Edwin era que Mark se veía impulsado a surfear unas olas tan grandes por la rabia y la impotencia que sentía cuando se le morían sus pacientes. Mark le contestó que aquello era ridículo. La otra teoría de Edwin era freudiana (no debemos olvidar que era argentino y en su país el psicoanálisis es una religión para las clases medias). «Evidentemente tiene una carga erótica —declaró—. Esa tabla tan grande es su polla». Ni siquiera me tomé la molestia de contárselo a Mark.

Terminé mi libro sobre Sudáfrica. Mientras esperaba noticias de mi editor, fui a Washington a escribir una crónica sobre la política exterior de Estados Unidos en el sur de África. Los tumultos en Sudáfrica llenaban los titulares y el movimiento

antiapartheid estaba ganando fuerza en todo el mundo. Un grupo de jóvenes congresistas conservadores, liderado por Newt Gingrich, juzgaba correctamente que el apartheid tenía los días contados, así que había iniciado una revuelta contra la política de la administración Reagan, que era fundamentalmente proapartheid. Se desencadenó una lucha interna dentro del partido republicano y algunos líderes de las diversas facciones requirieron información. Yo tenía una postura firmemente contraria al apartheid, pero había aprendido a poner cara de póquer (aunque seguía mezclando las metáforas) y había mejorado mucho en mi comprensión de los mecanismos del poder. Me puse un traje negro (no muy caro), cogí un maletín que me había regalado Caroline y procuré comportarme como si supiera lo que tenía que hacer en los despachos de congresistas y senadores, en el Departamento de Estado y en el think tank conservador de la Heritage Foundation. Conseguí introducirme en el sector militar en el que operaba el teniente coronel Oliver North, que aún no se había hecho famoso. Yo era un novato que se comportaba con gran torpeza, pero me encantaba mi trabajo: perseguir titulares, atar cabos, hacer preguntas comprometedoras. Era el tercer o cuarto reportaje que escribía para Mother Jones, una revista mensual de izquierdas que se publicaba en San Francisco y que estaba intentando llegar al gran público. La revuelta de los jóvenes congresistas conservadores triunfó. Reagan, sin dejar de sonreír, empezó a cambiar de política con respecto a Pretoria e introdujo sanciones económicas. Sin embargo, su gobierno siguió derramando muerte sobre Nicaragua.

Mi nueva condición de reportero fue revelándose poco a poco a la pequeña comunidad de surfistas de San Francisco. Por entonces ya conocía a casi todos los personajes importantes —y en aquella época solo había tíos en el agua, ni una sola mujer—, aunque muchos de ellos no sabían casi nada de mí. Cuando se difundió el rumor de que estaba escribiendo una crónica sobre Mark, empecé a pensar que la gente me miraba de forma distinta. «Es el mejor niñito de toda la playa», me dijo Beeper Dave. Lo decía como un cumplido. «Te diré una cosa sobre Doc —me dijo

Bob Wise—: siempre está abierto a la idea de que cualquier cosa es posible». Empezó a desvelarse un perfil de Mark que hasta entonces había sido invisible para mí. La más nítida expresión de todo aquello me llegó a través de un desconocido que se puso a remar hacia mí en VFW. Era un tipo de aspecto muy duro, con una sucia melena de pelo rubio y la mirada de alguien que se ha criado en la calle. Se acercó mucho más de lo que permitía la etiqueta del surf. Me miró fijo a la cara y me gruñó: «Doc es un puto novato». No dije nada y al cabo de un rato el tipo se largó. Encantado de conocerte. A primera vista, el comentario era absurdo. Pero lo importante era el insulto, que era de los más graves que se podían proferir en el mundo del surf, y la hostilidad que ese insulto revelaba. Tomé nota.

Para mí, Mark era un discípulo entregado de Ocean Beach. Pero me di cuenta de que muchos locales lo tomaban por un niño rico de Los Ángeles al que se le estaba dando una importancia demasiado grande. La línea divisoria entre los nativos de clase obrera y los recién llegados de clase media no era tan nítida ni tan sencilla de ver. Muchos amigos de Mark eran compinches del Sunset District. Y había un montón de habituales de Ocean Beach cuyas historias no encajaban en ninguna categoría. Sloat Bill, por ejemplo, era un vendedor de artículos de lujo de Texas que había pasado por Harvard. Se ganó el apodo cuando, tras uno de sus divorcios, tuvo que irse a vivir al coche y acampó durante un mes en el aparcamiento de Sloat, proclamando que no dejaría el aparcamiento hasta que no dominase el arte de surfear en Sloat. Si llegó a dominar o no ese arte no lo sabemos, pero lo que sí sabemos es que consiguió ganar mucho más dinero —dando órdenes de compraventa a un ordenador conectado al encendedor de su coche— que cualquiera de nosotros en todo el tiempo que nos pasamos en el aparcamiento de Sloat. Sloat Bill acababa de volver a San Francisco después de pasar una temporada en San Diego y comentó: «Surfear allá abajo era como conducir por la autopista: algo totalmente anónimo».

El contrato social que rige las relaciones entre los surfistas es un documento muy complejo. Los términos se reescriben cada vez que te metes remando en el agua. En los picos llenos de gente, cuando tienes que competir por las olas con una muchedumbre de extraños, el talento, la agresividad, el conocimiento de las condiciones locales y la reputación local (si la tienes) contribuyen a definir una especie de jerarquía. A lo largo de mi vida he competido sin problemas en Kirra, Malibú, Rincón, Honolua. Pero otras muchas olas, menos famosas, poseen unas normas más sutiles, y sus reglas tácitas se establecen en función de las personalidades locales o las condiciones locales. Los días con muchos sufistas no eran habituales en Ocean Beach, pero se daban de vez en cuando, y en estos casos la misma sensibilidad y las mismas normas de respeto hacia los méritos ajenos intervenían como en cualquier otro pico.

Una tarde de febrero entré remando en Sloat y me encontré con al menos sesenta personas en el pico. No pude reconocer a nadie. Era el tercer día de una fuerte marejada del oeste. Las condiciones eran óptimas: olas de casi dos metros o más y ni una ráfaga de viento. Por lo general las barras invernales empezaban a desintegrarse a comienzos de febrero, pero aquello no había ocurrido aquel año. Supuse que surfistas de otras partes de la costa que normalmente no querían saber nada de Ocean Beach habían decidido en masa que, una vez pasadas las grandes marejadas invernales y en vista de que las condiciones seguían siendo improbablemente buenas, la temible ola de Ocean Beach podía ser surfeada sin problemas. Yo comprendía bien esa forma jactanciosa de juzgar la ola, porque yo también la sentía, junto con el inmenso alivio de haber sobrevivido a otro invierno más (era ya mi tercer invierno allí). A pesar de todo, no me gustó encontrarme con aquella multitud. Me llevé una tunda en la barra interior, luego me salí y empecé a buscar otra ola que surfear. La muchedumbre parecía amorfa y sin un objetivo claro (nadie conversaba). Todo el mundo parecía absorto en las olas y en sí mismo. Respiré hondo, busqué una referencia para el pico —un autobús escolar aparcado en

el aparcamiento de Sloat— y me coloqué en una posición arriesgada en medio de un grupo de cuatro o cinco tíos.

En aquella posición yo era muy vulnerable a una serie, pero cuando uno surfeaba con mucha gente era importante demostrar a los demás lo que uno podía hacer con las primeras olas que llegaban, y tras un largo invierno de surf yo conocía las barras de aquel pico mucho mejor que todos aquellos turistas. Resultó que la siguiente ola en llegar se comportó muy bien: ignoró los esfuerzos de dos tíos que habían intentado cogerla y me facilitó una pared y un tubo muy buenos que tracé con seguridad. Mientras volvía remando mar adentro, yo ardía en deseos de contarle a alguien cómo había surfeado la ola (el estallido del labio en el momento de hendir la superficie por detrás de mí, el ámbar moteado en las profundidades de la pared interior), pero no tenía a nadie a quién contárselo. Dos cormoranes negros aparecieron de repente en la espuma que había a mi lado, con sus cuellos afilados como dos periscopios recubiertos de plumas, y empezaron a observarme con sus grandes ojos asombrados. Murmuré: «¿Habéis visto mi ola?».

En aquel pico todo el mundo protagonizaba su propia película, y si querías darle la paliza a alguien contándole tus hazañas, necesitabas que antes te dieran permiso. Las exclamaciones ruidosas y las entusiásticas retransmisiones en directo de la jugada se dan a veces en el surf, pero están sometidas a un estricto código de control del propio ego. Los surfistas jóvenes suelen desconocer esa parte del código social del surf, de modo que se jactan y se jalean el uno al otro en el agua, pero suelen calmarse cuando aparece alguien de más edad que ellos. La gente que surfeaba en Ocean Beach solía ser mayor que en otros picos —de hecho yo no recordaba haber visto ni a un solo adolescente en los días de olas buenas—, así que se solían respetar las limitaciones tácitas que frenaban la exhibición de los sentimientos frente a los extraños. Si alguien se saltaba las normas, todo el mundo le hacía el vacío. Y los que nunca las respetaban se ganaban el odio generalizado de los demás, ya que no habían sabido acatar las poderosas normas de ensimismamiento

esencial que guiaban todo lo que los demás surfistas, especialmente los más lacónicos, estaban haciendo allá fuera.

Fui en busca de un pico vacío que quedaba un poco más al norte del autobús escolar. Cogí dos olas muy rápidas, y media docena de surfistas se vinieron donde yo estaba. El fastidio de pelearse por las olas, cosa que no era habitual en Ocean Beach, llegó a su punto culminante. Nadie hablaba. Cada soñador permanecía absorto en su propio sueño: los chanchullos, las fintas, las saltadas, los giros a toda velocidad para atrapar cada nueva ola. Luego llegó una serie limpia que empezó a romper a unos cincuenta metros de la barra en la que estábamos surfeando. Enormes muros de espuma nos arrojaron de las tablas y expulsaron a algunos desgraciados hasta la barra interior. El grupo que volvió a juntarse unos minutos más tarde era más pequeño y ahora sí que tenía cosas que decirse. «La pierna en la que llevaba el invento se ha vuelto dos metros más larga», «Esas olas parecían de diciembre». Decidimos ir rotando para coger olas. Cedíamos las olas y los demás las cogían, y a veces hasta se les daba las gracias a los que las habían cedido. Tras algunos buenos tubos, se elogiaba al que los había hecho. Se discutieron en sesión plenaria las posibilidades de que estas olas durasen otro día más. Un fornido asiático de Marin County se mostraba pesimista («Es viento del oeste que dura tres días. Cada año es igual»). Repitió su pronóstico, y luego volvió a anunciarlo por si alguien no se había enterado. El pequeño grupo del pico del autobús escolar, aunque jamás llegaría a ser conocido por este nombre, había alcanzado un mínimo de coherencia. Una liviana estructura surgida del esfuerzo común se había apoderado de todos nosotros; me di cuenta de que ya no sentía ningún resentimiento hacia los surfistas que no eran locales. La marea, que estaba subiendo, recibió todas las críticas por haber provocado una calma chicha que duró mucho tiempo. El sol, que se aproximaba al horizonte, encendió una incandescente Z de ventanas que daban al mar en la carretera que ascendía en zigzag por una lejana ladera de San Francisco.

Después se oyó un aullido familiar y una ronca carcajada que llegaban de la barra interior. «Doc», dijo alguien, sin que hiciera falta. Mark era el surfista de San Francisco que casi todos los no locales solían conocer. Iba remando junto a alguien más mientras le regalaba los oídos con el argumento de una película de terror: «Así que la cabeza empieza a moverse ella solita matando a la gente a mordiscos». Mark llevaba una ridícula capucha de neopreno con una pequeña visera. La barba le sobresalía por la zona de la barbilla y la cola de caballo se le salía por la parte de atrás. Iba remando en nuestra dirección. Cuando aún estaba a unos diez metros de distancia, hizo una mueca y gritó: «¡Esto es un zoo!». Me pregunto cómo se tomó el comentario la gente que estaba a nuestro alrededor. «¡Vámonos a surfear a Santiago!».

Mark no respetaba los límites tácitos que se imponían en el agua a las ganas de hablar. Hacía añicos el contrato social del surf y se limpiaba la bronceada narizota con los fragmentos que quedaban. Y era demasiado bueno, demasiado ingenioso y demasiado intrépido como para que la gente protestase. Sintiéndome muy violento, abandoné de mala gana mi turno rotatorio en el pico del autobús escolar y me dirigí con Mark hacia los picos que rompían en Santiago, unos setecientos cincuenta metros más al norte. «¿Un viento del oeste que dura tres días?», se burló Mark. «¿De dónde ha salido esa gente? Mañana va a haber olas mucho más grandes. Todos los indicadores lo dicen».

Mark solía acertar casi siempre. Pero aquel día se equivocó con las olas de Santiago. Las barras creaban olas mucho más débiles que las que habíamos dejado atrás en Sloat. No había nadie surfeando por allí. Pero esa era justamente la razón por la que Mark se había empeñado en ir hasta allá. Era un viejo motivo de desacuerdo entre nosotros dos: él creía que toda muchedumbre era estúpida. «La gente es como las ovejas», solía decir. Y a menudo creía saber mucho más que todos los demás surfistas sobre el momento y el lugar en el que había que surfear. Por eso bajaba por la playa hasta llegar a un pico en el que nadie más se había fijado y se

empeñaba en quedarse allí, surfeando olas pequeñas e inconsistentes, antes que tener que pelear olas en una aglomeración. Yo mismo también me había pasado la vida remando hacia picos desiertos, con la esperanza de que funcionasen mucho mejor que los que estaban llenos de gente, y a veces —raras veces, muy pocas veces— resultó que así era. Pero tenía una melancólica fe en el sentido común de la manada. La gente se juntaba en los picos que tenían las mejores olas. Esta actitud sacaba de quicio a Mark. Y Ocean Beach, con sus solitarias olas invernales, constituía una excepción a la ley malthusiana más universal del surf. El agua helada, el miedo terrible y los infames contratiempos tenían su recompensa en ese sentido.

Me metí en una ola mediana, una decisión que lamenté enseguida: la serie siguiente me dio un revolcón tremendo y casi me hizo estrellarme contra la barra interior. Cuando pude regresar a la barra exterior, el sol ya se estaba poniendo. Estaba muerto de frío y Mark estaba a unos cien metros más al norte. Decidí no ir hasta él y buscar una última ola por allí. Pero las olas eran poco fiables y encima yo calculaba mal la velocidad y la envergadura. Estuve a punto de ser engullido por detrás, en un saliente rocoso, por una ola violenta, y luego tuve que esquivar a toda velocidad una serie monstruosa.

El crepúsculo seguía su curso. El agua pulverizada que salía despedida de las crestas todavía estaba teñida por el color bermellón del ocaso, pero las olas ya no eran más que enormes muros negro azulados que carecían de forma definida. Cada vez era más difícil determinar su tamaño. No había surfistas por ninguna parte. Tiritando de frío, estaba dispuesto a volver remando a la orilla, por ignominioso que fuese aquello. Cuando llegó un periodo de calma, eso fue lo que hice: fui metiendo las manos en el agua con todas mis fuerzas, procurando que mi tabla se mantuviese orientada hacia la costa a través de las corrientes contrarias de la barra exterior. Usaba como referencia visual una hoguera que alguien había encendido en la playa, y de vez en cuando, cada seis o siete brazadas, miraba por encima del hombro para asegurar el rumbo. Cuando estaba a mitad de camino de la playa, cerca de la barra

interior, apareció una serie por la parte de fuera. Yo ya estaba a salvo en aguas profundas, y no tenía ningún sentido intentar atravesar de nuevo la barra interior mientras llegaba una serie, así que me di la vuelta y me senté en la tabla para ver lo que ocurría.

Recortándose contra el cielo todavía iluminado, en la cima de una ola gigantesca que estaba muy muy lejos de la zona exterior, pero en dirección sur, una ágil silueta se puso de pie de un salto y luego se zambulló en la oscuridad. Forcé la vista intentando ver lo que sucedía, pero la ola desapareció tras las crestas que quedaban por delante de mí. Sentí un vuelco en el estómago al ver a alguien metiéndose en una ola así a la puesta de sol, y mientras me balanceaba sobre las olas que se preparaban para lanzarse al asalto de la barra interior, seguí mirando en la dirección por donde había desaparecido la silueta, esperando que en cualquier momento apareciera una tabla solitaria sin surfista: la ola tenía todo el aspecto de ser una rompeinventos. Por fin, a menos de cuarenta metros, apareció una figura oscura cruzando a toda velocidad frente a una irregular pared interior. Quienquiera que fuese, no solo había conseguido hacer la bajada, sino que había logrado mantenerse en pie y seguía volando a toda mecha. Cuando la ola llegó a aguas más profundas, se agachó y trazó un grandioso cutback. Aquel cutback me reveló quién era aquel surfista. Peewee era el único surfista local que podía hacer un giro así. Hizo otro cutback, llegó a unos pocos metros de donde yo estaba y se salió de la ola. Por lo que pude ver, su expresión era de lo más adusta. Sin decir nada, me dirigió un movimiento de cabeza. Yo estaba tan atónito que no era capaz de hablar. Pero me reconfortaba saber que alguien iba a hacerme compañía durante el trayecto de regreso a través de la barra interior, que ahora retumbaba de forma constante. Pero Peewee tenía otros planes. Se dio la vuelta, y sin decir nada, volvió a remar mar adentro.

Aquella misma noche, algunas horas después, se oían gruñidos, aullidos y rugidos en el apartamento de Mark. Doc estaba proyectando diapositivas de los

últimos inviernos en Ocean Beach y la mayoría de los surfistas que aparecían en ellas se hallaban presentes. «Ese no puedes ser tú, Edwin. Te escondes bajo la cama cuando llega una ola así de grande». Mark solía convocar estas reuniones una vez al año. «Ese fue el mejor día del invierno pasado», dijo, mientras proyectaba una filmina de una gigantesca ola inmaculada de Sloat que provocó un gruñido unánime entre el público. «Pero no tengo más fotos de ese día. Después de hacer esa foto, me metí remando en el agua y estuve todo el día surfeando». La voz de Mark tenía el timbre nasal bien empapado de agua de quien ha estado haciendo una larga sesión. De hecho, justo una hora antes, había llegado directamente de la playa (el continuo retumbar procedente del otro lado de la autovía nos proporcionaba el acompañamiento rítmico de bajo más adecuado para la reunión). «La luna ha salido nada más hacerse de noche», me dijo. «He vuelto a Sloat. Todos los novatos se habían largado. Solo quedábamos Peewee y yo. Ha sido magnífico». Me costó creer aquella escena. Y no porque no me fiase de Mark, que aún tenía el pelo mojado. Lo que me costaba creer era que alguien pudiera surfear a la luz de la luna con unas olas tan grandes como las que rompían en Sloat tras la puesta de sol. «Claro que sí», me aclaró Mark. «Peewee y yo lo hacemos todos los inviernos, al menos una vez».

Peewee estaba en casa de Mark aquella noche, al igual que la mayoría de surfistas de San Francisco que yo conocía. Las edades oscilaban entre los veinte y los cuarenta y tantos. Con una antigüedad de apenas tres años, yo debía de ser el último incorporado al grupo de San Francisco. Una filmina en la que se me veía surfear en Ocean Beach durante el invierno pasado provocó algunos abucheos pero no insultos (aún no llevaba surfeando el tiempo suficiente para merecerlos). Luego vino una secuencia de Mark explorando un escalofriante arrecife exterior en Mendocino County. Los surfistas locales habían estado observando la rompiente durante años, pero nadie se había atrevido a surfear allí hasta que, a comienzos de aquel invierno, Mark había convencido a dos surfistas de olas grandes de la misma zona para que se metieran con él en el agua. La ola rompía a casi un kilómetro de la

orilla, en un arrecife rocoso en aguas poco profundas, y presentaba una bajada escalofriante, que se hacía aún más difícil a causa de las algas que dificultaban las maniobras. En las diapositivas de Mark —tomadas por un cómplice con un teleobjetivo desde la ladera de una montaña— se le veía surfear con cautela bajo unas paredes verde oscuras que tenían dos o tres veces su altura. Según nos contó, la parte más complicada de la sesión no había tenido lugar en el agua, sino aquella misma noche en la ciudad más próxima. Los parroquianos del tugurio local se habían sorprendido al oír que Mark había estado surfeando en el arrecife exterior, de modo que se habían mostrado muy antipáticos, hasta que Mark les explicó que había ido a surfear acompañado por dos surfistas locales.

Era raro que Mark mencionase las suspicacias de los locales. Pero esas suspicacias existían y eran muy reales —yo había visto un recorte de un periódico de Mendocino en el que un periodista local describía a Mark como «un surfista legendario de la bahía de San Francisco», solo que el periodista añadía con sarcasmo; «aunque no me quedé el tiempo suficiente para pedirle un autógrafo»—, pese a que yo creía que Mark era insensible a esos temas. Como es natural, era arriesgado proyectar esas diapositivas frente a aquel público; había que tener mano izquierda e incluso mostrar un cierto grado de desprecio hacia uno mismo. Mark podía desdeñar los puntos más importantes del contrato social del surf cuando se encontraba con desconocidos en el agua, pero Ocean Beach era su casa, y aquí el fuerte brebaje de su personalidad necesitaba alguna clase de edulcorante. A primera hora de la noche, cuando Mark se quejó del asma que sufría y que le dificultaba la respiración, Beeper Dave murmuró: «Ahora ya sabes cómo nos sentimos los demás mortales».

A continuación aparecieron otros fotógrafos con sus carros llenos de diapositivas. Eran fotos acuáticas, algunas buenas, aunque la mayoría eran vistas borrosas de las olas gigantescas de Ocean Beach. Los más veteranos proyectaron diapositivas de los años setenta en las que se veían surfistas de los que yo nunca

había oído hablar. «Ese se fue a Kauai», comentó alguien. «Y lo último que supe de ese otro es que se había ido a Australia occidental». Peewee proyectó unas cuantas diapositivas de un viaje reciente que había hecho a Hawái. Las fotos de Peewee se habían tomado en Sunset, el famoso pico de olas grandes, pero eran de mala calidad y solo mostraban a algunos amigos haciendo windsurf en un día de olas pequeñas y el mar picado por el viento. «Asombroso —masculló alguien—: windsurfing». Peewee, que era uno de los pocos locales de San Francisco que sabía surfear olas grandes de verdad, no dijo casi nada.

Pero pareció divertirse al ver la decepción del público.

Cuando me fui a vivir a San Francisco había otra foto colgada en la pared de la tienda de Wise. Estaba arrugada y cubierta de cagadas de mosca y no tenía pie de foto, pero era increíblemente hermosa. En la foto se veía a un surfista —según Wise, se trataba de Peewee— trazando desde muy alto una gran bajada por una izquierda de tres metros, iluminada al trasluz, que parecía infinita. La ola tenía un color verde lima y estaba perfectamente esculpida por el viento. Parecía una ola de Bali, pero Wise me dijo que era una ola de la zona exterior de VFW. La ola tenía las proporciones tan perfectas que el gun 9′6″ de Peewee parecía una tabla muy corta. La trayectoria que seguía bajo la ola parecía salida de un sueño: iba a tal altura, de un modo tan bello y tan prodigioso, que no parecía un hecho real.

A lo largo de mi segundo o, tal vez, tercer invierno en San Francisco empezaron a aparecer más fotos en las paredes de la tienda de Wise. Eran grandes fotos enmarcadas en madera y vidrio de Mark surfeando en Ocean Beach. Todas tenían una leyenda escrita a máquina que especificaba la fecha y el lugar donde habían sido tomadas, aparte de identificar al surfista.

Mark y Peewee eran el fuego y el hielo de la escena surfera de San Francisco, la tesis que todo el mundo conocía y la modesta antítesis. Eran como dos teorías antagónicas sobre la formación del carácter. En el caso de Peewee, su experiencia

vital parecía consistir en el hecho de eliminar todo lo que fuera superfluo; en el caso de Mark, consistía en ir acumulando más y más: más tablas, más hazañas, más picos conquistados. En su caso, desde la infancia hasta la vejez, todo parecía girar alrededor del surf. Cuando evocaba su juventud en Los Ángeles, me contó: «Casi todos mis amigos creían firmemente en la senda del surf; pero casi todos se fueron apartando tarde o temprano». Como modelos para envejecer bien, se fijaba en algunos surfistas mayores que él, a quienes llamaba «los ancianos». Doc Ball, un dentista jubilado del norte de California que había surfeado durante toda su vida era su favorito. «Todavía se emociona con el surf —decía Mark—. ¡Sigue haciendo skateboard!».

Peewee reconocía que Mark era una persona asombrosamente joven. «Parece que solo tenga veinte o veintidós años, con la misma energía y el mismo entusiasmo por el surf», me dijo Peewee en una de sus raras conversaciones conmigo. Pero Peewee discrepaba sobre los beneficios a largo plazo de la vida dedicada al surf. Tal como me dijo: «Los mejores locales acaban siendo los que terminan más abandonados». Estábamos en un restaurante chino cerca de su casa, mientras Peewee miraba con aprensión cómo yo iba tomando notas. «Es un deporte tan bueno que acaba corrompiendo a la gente —me dijo—. Es como una droga: solo quieres dedicarte a ella. No quieres ir a trabajar. Y si vas al trabajo, siempre te pasa lo mismo: al terminar tu turno, piensas: "La he cagado"». Peewee me contó que tenía bastante flexibilidad en su trabajo de carpintero, y siempre procuraba tomarse un mes de vacaciones para irse a surfear a algún sitio como Hawái o Indonesia. Pero ahora ya le resultaba imposible surfear igual que lo había hecho cuando era joven, a menos que quisiera arriesgarse a acabar siendo uno de los más abandonados.

Peewee había aprendido a surfear en Pedro Point, una rompiente para principiantes que estaba a unos cinco kilómetros al sur de San Francisco. Tardó cinco años en aprender lo suficiente para trasladarse a Ocean Beach. Era un chico del distrito de Sunset que temía a los peces gordos del surf de su época. Al final

terminó siendo un pez gordo más: superaba el metro ochenta, tenía los hombros muy amplios y la belleza rubia, con cara de póquer, de un pistolero de western de serie B. Pero jamás consiguió que la gente olvidara su apodo. Y jamás se desprendió de la humildad del aprendiz. Para mí, conseguir que hablara frente a una taza de té frío en un restaurante que se estaba quedando vacío fue el equivalente periodístico de entrar remando en Sloat en un día de pésimas condiciones. Cuando le pedí una entrevista estoy seguro de que se sobresaltó. Para Peewee, yo solo era uno de los rostros que veía en el agua, un recién incorporado a Ocean Beach, uno más del grupo de Mark. Pero ahora, de repente, yo era periodista. Pero eso no significaba que yo hubiera perdido la pasión. Como alguien que llevaba varios inviernos luchando contra la idea de Mark de que perderse una buena ola era un pecado mucho más grave que no llegar a tiempo a una entrega, me reconfortaba oír a Peewee —sin que él lo supiera— describiendo el conflicto inevitable entre el trabajo y el surf. Por supuesto que era una discusión tan antigua como Hiram Bingham, aquel misionero que consideraba el surf una costumbre bárbara y que estuvo a punto de estrangularlo cuando apenas era un bebé en su cuna de Hawái.

La modestia de Peewee era tan acusada que era fácil confundirla con altivez. Pero incluso yo me daba cuenta, a medida que iba pasando el tiempo, de que su exterior lacónico ocultaba una aguda timidez, que a su vez ocultaba una sensibilidad que parecía de otra época. En el colegio había sido un alumno modélico —eso no me lo contó él—, y luego se licenció en Inglés en la San Francisco State University. En la universidad también asistió a clases de ciencias, entre ellas un curso de oceanografía en el que el profesor proclamó que las grandes olas invernales que llegaban a la costa norte de California procedían del sur. Esta idea es falsa por completo. El profesor se negó a rectificar y Peewee lo dejó correr.

Pero cuando le resultaba imposible dejar correr la estupidez ajena, Peewee era duro de roer. Una vez, un día con una gran aglomeración de gente en VFW —eso fue durante el primer invierno que pasé en San Francisco—, un surfista local se

estaba portando pésimamente: saltaba olas, no respetaba los turnos y amenazaba de mala manera a quienes le llamaban la atención. Peewee, con muy buenas formas, le dio un aviso. Pero el tío siguió a lo suyo y estuvo a punto de decapitar a otro surfista con una salida muy torpe. Peewee le invitó a salir del agua. El bribón se burló de él. De un empujón, Peewee lo echó de la tabla, le dio la vuelta a la tabla y, a base de golpecitos secos con el canto de la mano, le destrozó las tres quillas. El tío se tuvo que ir remando a la orilla. Años más tarde, los habituales de Ocean Beach que no habían presenciado el incidente seguían pidiéndoles a los que sí lo habían visto que se lo volvieran a relatar.

Peewee era el ejemplo máximo del surfista local. Era de esa clase de tíos que, si surfeabas con ellos en Fort Point, bajo el Golden Gate, levantaban la vista y te contaban cuántos obreros habían muerto construyendo los pilones, o lo largas que eran las hileras de obreros que buscaban trabajo cuando se estaba construyendo el puente, en los tiempos de la Depresión, y a cuánto les pagaban el jornal; y también te contaba cuánto ganaban ahora los obreros que trabajaban en el mantenimiento del puente, muchos de ellos familiares o amigos suyos. Peewee estaba afiliado a un sindicato de carpinteros y a menudo actuaba como representante sindical en algunas obras. Cuando le pregunté por su actividad sindical, simplemente me contestó: «Yo creo en los sindicatos de obreros de la construcción». Era igual de sigiloso cuando hablaba de olas grandes. Según me contó, prefería las olas grandes a las pequeñas porque atraían mucha menos gente. «Las aglomeraciones se hacen muy pesadas — me dijo—. Y con olas grandes, no hay nadie más que tú y el océano». Peewee era conocido en toda Ocean Beach por sus nervios de acero cuando tenía que enfrentarse a la mar gruesa, pero me contó que le llevó varios años acostumbrarse a lidiar con las olas de gran tamaño. «Cada vez que te caes te das cuenta de que estás mucho más seguro de lo que te creías. Solo es agua, y lo único que tienes que hacer es contener la respiración. La ola ya pasará». ¿Y nunca tenía pánico? «Claro que sí. Pero lo único que tienes que hacer es relajarte. Siempre acabas

saliendo a flote». Si hacía memoria, las veces que creyó que iba a ahogarse no fueron tan letales como él había pensado.

«Doc se está labrando una reputación aquí», reconoció Peewee diez años después de que Mark empezase a surfear en Ocean Beach. ¿Y qué pasaba con el propio Peewee? Según reconoció él mismo, «yo solo procuro mantener mi reputación aquí». De todos modos, solo surfeaba olas grandes si eran olas limpias. ¿Y cuál había sido la ola más grande que había cogido en Ocean Beach? «La ola más grande que he cogido aquí no la pude surfear —me dijo—. Era una ola perfecta, pero yo llevaba una tabla demasiado pequeña. Era una 8′4″. Solo pude bajar tres cuartos de la pared. Luego me caí y la ola me engulló y empezó a revolcarme. Es el momento más terrorífico que he vivido. Creí que nunca iba a parar de dar vueltas. Pero al final no pasó nada». ¿Qué altura tenía esa ola? «Tres metros y medio —dijo Peewee— o quizá cuatro». Enseguida se encogió de hombros. «Ahora ya no mido las olas en metros». Me alegró oír aquello, ya que muchos surfistas de la ciudad estaban convencidos de que habían visto surfear a Peewee con olas de más de cinco metros.

Mientras competíamos, nos humillábamos y disfrutábamos en un mundo invisible para los demás habitantes de San Francisco, seguíamos viviendo en la ciudad, y a veces la ciudad llegaba hasta nosotros. Un día radiante de bajamar, Ocean Beach estaba despejada y llena de gente. Las olas eran buenas y yo iba muy deprisa por la arena con mi tabla bajo el brazo. A mi izquierda, dos jóvenes negros con chaquetas de calentamiento de los San Francisco 49ers estaban manejando en silencio, por control remoto, dos buggies en miniatura que iban recorriendo las dunas; los buggies zigzagueaban y giraban y derrapaban sobre la arena. A mi derecha, un grupo de blancos estaba aporreando almohadas con porras de plástico amarillo. Mientras pasaba a su lado, pude oír sus gritos y sus juramentos: «¡Puta! ¡Puta!», «¡Lárgate de esta casa!». Algunos de ellos lloraban. Un hombre regordete de unos cuarenta años estaba aporreando una lámina de papel que había colocado

sobre una almohada. Cuando la lámina salió despedida, la persiguió aullando: «¡Vuelve aquí, puta!». Cerca de la orilla vi a otro hombre de mediana edad que estaba observando el mar; tenía la porra amarilla junto a los pies y una expresión beatífica en el rostro. Se fijó en mi tabla mientras yo me arrodillaba para atarme el invento. Le pregunté por los tipos que estaban aporreando las almohadas, y me dijo que se dedicaban a una actividad denominada el Proceso Pacífico. Duraba trece semanas y costaba tres mil dólares. Ese ejercicio, me contó, se llamaba «Putear a tu mamá». Noté que el tipo llevaba guantes de faena. Claro, no había que hacerse pupa cuando uno le estaba dando una somanta a la hijaputa de su mamá.

Después, en el agua, vi a un surfista que no conocía haciendo una bajada muy apurada por una gran ola cristalina. Llevaba una tabla azul celeste de punta afilada y tenía que hacer equilibrios, porque la ola, que llegaba dos veces por encima de su cabeza, aceleraba y empezaba a elevarse. No se cayó, pero fue perdiendo velocidad mientras forcejeaba por mantenerse sobre la tabla, y el primer giro que hizo, una vez que se metió en el hueco de la ola, no le salió bien. Si la ola no llega a alcanzar un tramo de aguas profundas, cosa que le hizo perder velocidad, el tipo habría sido engullido por la primera sección. Pero logró sortearla y consiguió meterse en la siguiente sección, trazando una potente maniobra por la larga pared verdosa. Cuando pasó a mi lado, controlaba por completo la tabla y tal vez solo le faltara un giro más para haber completado una ola perfecta. Pero justo en el momento en que pasaba a toda velocidad frente a mí, noté que su rostro estaba contraído por la angustia y parecía ser presa de algo muy parecido a la rabia. Surfear una gran ola exige una gran concentración incluso a los mejores surfistas, pero también ocasiona otras emociones mucho menos nobles. Y aunque no estén surfeando olas importantes, los rostros de los surfistas se convierten en máscaras terribles de miedo, frustración o rabia. El momento más revelador es la salida de la ola, al final de todo, que suele provocar una mezcla de alivio, inquietud, júbilo y descontento. El

rostro del desconocido de la tabla azul celeste me recordó las caras angustiadas y llorosas de los tipos que aporreaban almohadas en la playa.

Este Sturm und Drang interior no forma parte de la idea más extendida entre los no surfistas, según la cual el surf no es más que una actividad ligera y despreocupada —diversión bajo el sol—; y ahora que yo estaba empezando a escribir sobre el surf me preguntaba si sería capaz de transmitir a los extraños la verdadera realidad del surf. Claro que había tipos que no ponían muecas cuando surfeaban, que mantenían una inmutable expresión de serenidad y que a veces incluso mostraban una especie de débil sonrisa interior. Pero mi experiencia me demostraba que esos individuos eran muy pocos.

Y luego estaban los grandes surfistas, los que poseían un talento fabuloso. Eran poquísimos, pese a que la popularidad del surf iba en aumento y se iba ampliando el circuito internacional de competiciones, cosa que hacía que poco a poco fueran apareciendo más profesionales. Para ellos, el surf era un deporte que requería entrenamiento, campeonatos, patrocinadores y demás. En Australia gozaban del mismo trato que cualquier otro atleta profesional, y los campeones incluso recibían la adulación del público. Pero en Estados Unidos no ocurría lo mismo, ya que el aficionado medio no solía saber nada de surf y hasta los mismos surfistas prestaban poca atención a los campeonatos y a las clasificaciones. Se admiraba o incluso se idolatraba a los grandes surfistas por su estilo y por su pericia, pero lo esencial que uno compartía con ellos pertenecía a una dimensión esotérica y obsesiva que no formaba parte de las tendencias de moda, sino de una subcultura que no tenía nada que ver con las motivaciones comerciales. (Algunas de estas cosas, aunque no muchas, han cambiado en estos últimos años).

Independientemente de nuestro talento, lo que todos compartíamos era la profunda obsesión por las olas. A Mark le gustaba decir que el surf «es en esencia una práctica religiosa». Pero había demasiados elementos de actuación y demasiada

competencia entre nosotros (por poco elaborada que estuviese), junto con un ansia excesiva y un exceso de ego, para que esa descripción me resultara convincente. El estilo lo es todo en el surf: la gracia con que te mueves, la rapidez de tus reacciones, el ingenio con que solventas los problemas que se te van presentando, lo bien trabados y limpios que son tus giros, o incluso lo que haces con las manos. Los grandes surfistas te dejaban boquiabierto solo por la belleza de sus acciones. Lograban que las maniobras más complejas parecieran muy sencillas. La potencia que se antoja natural, la gracia proverbial en los momentos de máxima presión: esos eran los ideales que más admirábamos. Meterse en un tubo gigantesco, salir limpiamente de él. Actuar como si ya lo hubieses hecho muchas veces. Hacer que parezca fácil. Esa era la fascinación real, y también el terror, que provocaba ver una foto de uno mismo. ¿Lo estoy haciendo bien? Si el surf era una religión, tal vez no permitía pensar demasiado en el objeto de culto. «Muthiya maar», musitaba a veces Caroline mientras trabajaba con sus planchas de grabado mientras yo me tomaba una cerveza con otros surfistas y nos poníamos a contar historias.

Todos los surfistas son oceanógrafos y todos son estudiosos especializados en la forma de romper que tienen las olas. A los surfistas nadie tiene que explicarles que, cuando una ola rompe, lo que empieza a avanzar no es simplemente una forma ondulatoria, sino partículas reales de agua. Todos los surfistas se pasan la vida haciendo cálculos abstractos, como la relación que se establece entre las mareas y la consistencia de las olas, o la dirección del oleaje y el fondo cerca de la costa. Como es natural, la ciencia de los surfistas no es una ciencia pura, sino sólidamente fundada en la experiencia. Su objetivo es entender —con el fin de poder surfearlas— lo que están haciendo las olas, y sobre todo, lo que es más probable que hagan a continuación. Pero las olas bailan al son de una música muy compleja. Y cuando un surfista sentado sobre su tabla en un pico está intentando descifrar la estructura de una ola, el problema se le puede presentar en términos musicales. Estas olas, ¿se están acercando con un compás de 13/8, con siete series por hora, y con la tercera

ola de cada serie desplazándose durante más tiempo en una especie de crescendo disonante? ¿O se trata de uno de esos solos jazzísticos de Dios que tienen una estructura que sobrepasa cualquier clase de entendimiento humano?

Cuando las olas son muy grandes, o si por cualquier otra razón te hacen ver que eres una criatura muy pequeña, hasta estas cuestiones dejan de tener sentido. La sensación prolongada de estar presenciando un designio vasto e ignoto acalla todo esfuerzo por comprender. Y entonces te sientes privilegiado por el mero hecho de estar ahí fuera. Algunos días maravillosos —y eso me ha ocurrido en Honolua Bay, en Jeffreys Bay, en Tavarua, incluso una o dos veces en Ocean Beach— me he limitado a ver pasar las olas, mientras observaba asombrado la transformación de algo que en un principio no era nada más que agua de mar normal en una ola hermosamente musculada con una urgente premura por elevarse, luego en pura energía —incomprensiblemente esculpida, extáticamente nivelada—, y al final en nada más que una violenta erupción de espuma.

Tuve que reconocer que Mark había tenido éxito conmigo, al menos en parte: yo estaba surfeando mucho más de lo que tenía pensado. Me compré dos tablas nuevas —con un diseño de tres quillas, un thruster— y un traje de neopreno mejor que me permitió solucionar en parte el problema de la hipotermia. Hacíamos viajes de surf al norte y al sur. Cuando el mar estaba demasiado revuelto en Ocean Beach, nos íbamos a Mendocino County, donde Mark conocía unos picos muy bien resguardados. En verano, cuando era imposible surfear en Ocean Beach, me llevaba a su arrecife favorito con olas del sur, en Big Sur. Su generosidad no parecía costarle ningún trabajo, como si fuera un elemento natural de su personalidad. Había decidido ser mi instructor de surf y mi consejero en todos los temas. Ahora que él posaba feliz para que yo le hiciera un retrato, yo pensaba mucho más en el surf, aunque solo fuera porque me había ofrecido a escribir una crónica surfera. Ahora bien, ¿me estaba tomando el surf más en serio que antes? La verdad es que no. Tomaba más notas, sí, pero ir a surfear era algo que yo hacía simplemente porque

siempre lo había hecho. Se podría decir que el surf y yo habíamos estado casados durante casi toda la vida, pero era uno de esos matrimonios en los que se habla muy poco. Mark quería que el surf y yo solventásemos los problemas de nuestro silencioso y obstinado matrimonio. Pero yo no quería solventar los problemas. De algún modo, me iba bien tener una considerable porción de inconsciencia muy cerca del centro de mi vida. Yo casi nunca hablaba de surf si no era con otros surfistas, y el surf apenas contribuía a iluminar la forma en que me veía a mí mismo. Y además era reacio a considerarlo una parte importante de la vida de adulto que ahora estaba intentando poner en pie. El periodismo me estaba llevando a unos mundos que me interesaban mucho más que perseguir olas.

Pero estaba sucediendo algo extraño. Al margen de mi ambivalencia, yo me estaba dejando arrastrar por la exuberancia de Mark, y había permitido que se convirtiera en el motor que propulsaba mi vida surfera. En cierto modo me daba cuenta de que había dejado que Mark se interpusiera entre el surf y yo, llenando el primer plano con sus bufonadas, acechando mis sueños con sus fantasías, destrozando mis noches de invierno con los alaridos del teléfono al amanecer. Incluso le dejaba gobernar mis momentos más importantes, cuando su risita mefistofélica se convertía en una cuerda salvavidas que llegaba desde el vasto espacio de mi temor a las grandes olas y sujetaba firmemente mis crampones mentales a la pared de una roca. Ceder ante un alter ego formaba parte de la pasividad del reportero, pero en esta crónica estaba deformando los hechos. Yo no podía reconocerme cuando me miraba en el espejo de la escuadrilla de Doc.

Sí, era cierto: el surf me había hechizado cuando era un crío y soñaba despierto, al amanecer, mientras caminaba deprisa por el sendero y me dejaba arrebatar por la visión de las olas impulsadas por los alisios, entusiasmado incluso por la larga remada que me iba a llevar hasta Cliffs. A veces el viejo hechizo se desvanecía, o al menos parecía que estaba a punto de desvanecerse; pero permanecía siempre ahí, durmiente pero invencible, mientras yo iba dando tumbos

por el mundo y vivía en sitios donde no había olas (Montana, Londres, Nueva York). Recuerdo la primera vez que acompañé a Mark a la costa de Mendocino, poco después de irme a vivir a San Francisco. Las olas eran fuertes y amenazadoras, y soplaba un viento del noroeste que entumecía los miembros y hacía inviables todos los picos salvo el de Point Arena Cove, que estaba protegido por un extenso lecho de algas. Muy nervioso, seguí a Mark a través del canal, asustado por el viento, el agua helada y, sobre todo, por las olas de gran calibre que se elevaban y retumbaban en el arrecife rocoso. Mark se arrojó enseguida a la refriega y empezó a surfear con toda su energía, mientras que yo me iba desplazando al otro lado del arrecife y empezaba a meterme en olas cada vez más grandes. Al final me metí en una ola muy grande, pero estuve a punto de caerme cuando, al hacer el takeoff, la punta de la tabla chocó con un bache. Conseguí mantener el equilibrio y pude surfear la ola. Mark, que había visto el takeoff desde el canal, me dijo luego que había sentido miedo por mí. «Lo hubieras pasado muy mal si no llegas a mantener el equilibrio», me dijo. «Era una ola tremenda de tres metros, y lo único que te ha permitido bajarla son los veinte años de experiencia que tienes». Es cierto que en aquel momento yo estaba surfeando por puro instinto, demasiado concentrado en la ola como para dejarme asustar, pese a que los revolcones en aquella parte del arrecife eran brutales. No me resulta agradable reconocerlo, pero el comentario de Mark me complació mucho. Yo estaba intentando aprender a convivir con el paralizante hechizo del surf —y con los esfuerzos de Mark por hacer que el hechizo fuera más efectivo—, pero a pesar de todo me dijo muchas cosas que me llenaron de satisfacción.

También me dijo muchas cosas que me molestaron. En otra expedición a Mendocino, cuando estábamos surfeando en una cala maravillosamente oculta, yo acababa de surfear bastante bien una ola y Mark me había visto. «Con esa ola has demostrado tener un buen ritmo», me dijo cuando remábamos de regreso a la orilla. «Necesitas practicarlo mucho más». Dar consejos no solicitados en el agua me

parecía una infracción grave del contrato social del surf, y el aire condescendiente con que hizo el comentario solo empeoró las cosas. Pero me mordí la lengua, algo que no solía ser habitual en mí. Era ridículo —yo lo sabía bien— ser una persona tan sensible a las críticas. Pero no fue por eso que me callé y no le dije que se metiera la lengua en el culo. Fue porque estaba escribiendo una crónica sobre él. Y desde que había recibido el encargo, yo había cambiado mucho. Me había vuelto menos franco, menos espontáneo. Para mí ya no se trataba de una compleja amistad entre surfistas; ahora era un proyecto periodístico, un reportaje, trabajo, es decir, una gran oportunidad. Expresarse sin pelos en la lengua podía enturbiarlo todo, así que procuré mantenerme como un observador imparcial. Mark tenía una indiferencia de maníaco que lo hacía insensible a los sentimientos de los demás. Y además poseía una inamovible sensación de superioridad y de invulnerabilidad con respecto a los otros.

El mundo sin fisuras de Mark me fascinaba, con su voluntad constante, sus objetivos inamovibles y sus evidentes satisfacciones. Por comparación, mi propia vida parecía llena de intermitencias. El surf, por ejemplo, era como un maltrecho vestigio de mi infancia que había llegado inexplicablemente a ocupar el primer plano de mi vida de adulto. Y surfear olas grandes, en especial, me parecía una práctica regresiva, como una vuelta compulsiva a un escenario primordial con el fin de hacer una demostración primordial de virilidad. Peewee también había empezado a fascinarme. Su mundo también parecía sin fisuras, pero era muy distinto del de Mark. La poderosa continuidad que existía entre su pasado y su presente, entre su infancia y su edad adulta, se debía a que los mismos vínculos seguían uniéndolo a un lugar, a una comunidad y a un determinado carácter. Y esos vínculos se manifestaban de una forma tan serena que no necesitaban exhibirse ante nadie.

Un domingo por la tarde, en enero, aparqué mi coche en Sloat. Las olas debían de medir como mínimo cinco neveras. Pero aun así, las que rompían en la barra

exterior eran difíciles de ver. El sol brillaba con fuerza, pero las olas producían una neblina salina que llenaba el aire a ambos lados de la autovía; era una calima que olía muy fuerte, como si fuera una esencia surgida de las mismas profundidades del océano. No había viento, aunque grises penachos de espuma salían despedidos de las crestas de las olas más grandes, impulsados por la masa y la velocidad de las olas que iban rompiendo. La barra interior era una vorágine de olas asesinas de tamaño mediano que iban dragando el fondo con sus paredes de color chocolate veteadas por hilachas de espuma. La barra exterior parecía mal definida y el oleaje confuso, aunque las olas más alejadas de la orilla eran lisas y resplandecientes, con crestas bien visibles y secciones bien definidas que se iban elevando al azar a través de la niebla. Algunas parecían surfeables: hermosas aunque también letales.

Me sorprendió ver que Sloat estaba lleno de gente. Era el día de la Super Bowl, jugaban los San Francisco 49ers y faltaba una hora para que empezase el partido. Pero la mayoría de coches, furgonetas y camiones me resultaban familiares: toda la tropa surfera de Ocean Beach estaba en la playa. Algunos estaban acurrucados detrás del volante, otros se habían sentado sobre el capó del coche, y también había gente en el terraplén que daba a la playa. Nadie llevaba puesto el traje de neopreno y nadie había sacado la tabla de la funda. Eso sí, todo el mundo estaba mirando el mar. Estuve contemplándolo un minuto entero y no vi nada. Bajé la ventanilla del coche y llamé a Sloat Bill, que estaba en el terraplén con los grandes hombros encogidos y las manos en los bolsillos de su plumífero. Se giró, me miró un segundo con sus gafas de sol de espejo y luego señaló las olas con la cabeza. «Doc y Peewee», exclamó.

Salí del coche y me subí al terraplén. Hice una visera con la mano para protegerme del resplandor del sol y al fin pude ver un par de siluetas diminutas que flotaban en una potentísima marejada de color plateado. «Ninguno ha cogido una ola en la última media hora —me dijo Sloat Bill—. Es muy difícil». Alguien había colocado una cámara sobre un trípode, pero no se tomaba la molestia de mirar por

el objetivo: la niebla no permitía hacer buenas fotos. «Los dos llevan un gun amarillo», dijo Sloat Bill. En ningún momento dejaba de mirar el horizonte. Me dio la impresión de que se sentía abatido y mucho más malhumorado de lo que era habitual en él. Probablemente sufría porque se estaba planteando que tenía que meterse en el agua. Sloat Bill se consideraba un buen surfista de olas grandes y algunos días de mar gruesa se metía en el agua. El problema era que remaba muy despacio y no solía pasar de la barra interior. Tenía una complexión poderosa y el cuello de toro —jugaba en la liga de rugby aunque tenía más de cuarenta años—, así que podía levantar el doble de peso que yo en banco, pero la remada no es una simple cuestión de fortaleza física. Conseguir que una tabla se deslice por el agua también depende de la pericia a la hora de hacer palanca; y abrirse paso a través de las olas se consigue sobre todo cuando uno logra presentar la mínima resistencia posible. Las grandes olas requieren una combinación paradójica de ferocidad y pasividad que Sloat Bill nunca llegó a reunir; tan solo poseía la ferocidad. Se deslizaba por las olas como si fuera un tronco de secuoya o un contenedor cargado de testosterona. Al verlo, los demás surfistas — que no solían jugar al rugby— se divertían mucho. Sloat Bill me interesaba, aunque sospecho que yo le desagradaba. Una vez, mientras jugábamos una partida de póquer en su apartamento, me llamó comunista. Y peor aún, yo me había metido en el agua en días en que él no se había atrevido a hacerlo.

Aquel día no me tentaba meterme. Esas olas superaban mis limitaciones. No conseguía entender por qué Mark y Peewee se habían metido, ni quién había logrado convencer a Peewee para que se metiera: aquellas olas tan poco limpias no le gustaban nada. Estuve un rato con Sloat Bill intentando no perder de vista a Mark y Peewee. Durante varios minutos seguidos desaparecieron detrás de las olas. Remaban constantemente hacia el norte, pero les costaba mucho mantener la posición por la corriente que iba hacia el sur. Un cuarto de hora más tarde, uno de ellos apareció de repente en la cima de una inmensa pared, remando furiosamente

en dirección a la orilla sobre una ola que parecía tan grande como un bloque de apartamentos. En el terraplén de Sloat se produjo una explosión de gritos y de maldiciones. Pero la ola dejó atrás a la silueta que remaba, luego se fue elevando —maciza y negra— sobre el horizonte durante un periodo de tiempo muy largo y por fin empezó a romper en silencio, desde la cima hasta la base. Los gritos fueron de alivio, aunque también hubo algunas maldiciones violentas. La muchedumbre de no surfistas que se había juntado en el aparcamiento, en el terraplén, en la playa, miraba confusa el mar. Nadie parecía consciente de que hubiera alguien en el agua.

Yo tenía que estar en otro sitio, en el otro extremo de la ciudad, en casa de un amigo donde un grupo de gente se reunía para ver la Super Bowl. Le pregunté a Sloat Bill cuánto tiempo llevaban Mark y Peewee en el agua. «Un par de horas —me dijo

—. Han tardado media hora en llegar remando». Ni siquiera movió la cabeza para mirarme.

Veinte minutos más tarde, yo seguía allí, esperando que sucediera algo. La niebla se había vuelto más densa y el sol estaba muy bajo en el cielo de poniente. A estas alturas ya iba a perderme el comienzo del partido. Entretanto habían llegado dos o tres series, pero ni Mark ni Peewee se habían acercado a las olas. Aunque no soplaba viento, las condiciones seguían empeorando. Unas corrientes fortísimas estaban cruzando las barras exteriores, lo que aumentaba la confusión reinante. A ese paso, la única cuestión posible sería saber cómo iban a lograr salir del agua Mark y Peewee.

Al final, alguien cogió una ola. Era una derecha gigante, cuatro o cinco veces por encima de la cabeza, pero había otra ola delante que impedía ver al surfista que hacía la bajada. Pasaron varios segundos. El surfista reapareció, cincuenta metros más abajo y ascendiendo por la pared por un ángulo dificilísimo. Todos los espectadores lanzaron exclamaciones de admiración. Era imposible saber quién era.

El surfista llegó hasta la cresta de la ola, giró recortándose contra el cielo y volvió a perderse de vista. Volvieron a oírse gritos y gruñidos de júbilo. «La madre que te parió», exclamó alguien. El surfista estaba surfeando como si la ola fuese tres veces más pequeña de lo que en realidad era. Y seguía a lo suyo, fluyendo y marcándose unos tremendos cutbacks, trazando la pared desde el hueco hasta la cresta. Ahora la ola que iba delante iba perdiendo potencia y dejaba ver bien los bruscos giros del surfista. Seguía siendo imposible saber quién era, a pesar de que ya se podía distinguir entre la neblina el color amarillo de la tabla. Yo nunca había visto a Mark ni a Peewee surfeando una ola tan grande con aquella facilidad. La ola perdió la mitad de altura y toda su potencia cuando llegó a las aguas profundas que había a medio camino entre las dos barras; pero el surfista logró empalmar su recorrido con la barra interior.

Cuando la ola cobró tamaño al rozar de nuevo con el fondo, el surfista logró deslizarse de nuevo por la pared con la suficiente rapidez como para hacer un nuevo giro, y enseguida trazó una línea asombrosa que lo llevó durante cuarenta metros bajo el labio, con los brazos extendidos y recortándose contra la pared iluminada al trasluz, hasta que finalmente se salió de la ola justo antes de que el labio explotase. Todavía seguía en pie cuando la potencia de la ola se extinguió por completo y lo atrapó el espumón, y tuvo que ir remando en zigzag hasta llegar a la arena.

Cuando llegó a la orilla con la tabla bajo el brazo, seguía siendo difícil saber quién era. Por fin pudimos ver que era Peewee. En ese momento, Sloat Bill dio un paso adelante, se pegó al borde del terraplén y se puso a aplaudir. Más gente lo imitó. Yo también. Peewee levantó la vista, sobresaltado. Tenía una expresión de pánico que enseguida se convirtió en vergüenza. Se dio la vuelta y fue caminando por la playa en dirección sur, sacudiendo la cabeza, y luego subió el terraplén por un sitio donde nadie pudiera verlo.

Caroline terminó su licenciatura. Trabajaba de noche en sus grabados y los vendía en galerías locales: el tema era la cautividad, alas enjauladas en cajas, con todos los detalles hermosamente definidos. Encontró trabajo de secretaria de un detective privado y luego ella misma se convirtió en detective. Tenía que seguir a propietarios de viviendas en los barrios bajos, entrevistar a presos, fingir ser una empleada de banco, una arrendataria de piso, una comercial de la ONG United Way. Una o dos veces la acompañé en seguimientos peligrosos. Caroline sabía engañar a la gente para que le revelaran el nombre y luego les entregaba una citación judicial. La gente tiraba las citaciones por la escalera y las pisoteaba, con la vaga esperanza de que si el documento no tocaba sus manos la citación no sería válida (se equivocaban). Fui con ella una o dos veces para impedir que la gente también la echara a patadas por la escalera (y algunos lo intentaron: un tipo malo que había sido estafado por el timador de la United Way la persiguió por las colinas de Oakland; por suerte, Caroline había sido una buena velocista en la universidad). También empezó a trabajar para algunos abogados. Y poco a poco se fue interesando por todos los temas relacionados con el derecho.

Caroline había venido a Estados Unidos a estudiar arte. Estaba de acuerdo con mi madre en su opinión negativa con respecto a la vida mediocre de San Francisco. Para vivir en una ciudad agradable y fácil, se podría haber quedado en Harare con sus padres y sus amigos de infancia. A Caroline le apetecía vivir en Nueva York y cada vez miraba con más recelo el mundo del arte. Una galería neoyorquina le había aceptado algunos grabados, pero para ganarse la vida como artista tendría que venderlos a un precio muy superior. Aquel mundo se le antojaba hermético y rancio, ya que para su gusto permanecía demasiado alejado de las verdaderas turbulencias de la vida. Y tampoco le gustaba la idea de haber terminado para siempre su formación universitaria.

El padre de Caroline, Mark, vino a San Francisco en viaje de negocios. Se dedicaba a la venta de minerales y ahora dirigía el recién nacionalizado consorcio

exportador de minerales de Zimbabue. Caroline y él se quedaron despiertos hasta muy tarde. Mientras discutían sobre la guerra, se pimplaron un galón de vino barato. La familia de Caroline había sido una de las pocas familias blancas que se oponían al gobierno solo para blancos de Rodesia. Pero Mark se había saltado las sanciones impuestas al malvado régimen de los blancos y su hija quería saber por qué lo había hecho. Fue una noche muy difícil, y también lo fue la resaca del día siguiente, pero que al menos zanjó una discusión pendiente. En un momento dado, Caroline anunció que tenía la intención de estudiar Derecho en América. Mark se ofreció a pagarle una parte de la carrera, temiendo que su hija artista nunca lograra hacerlo sola. (Se equivocó: doctora en Derecho, Yale, 1989).

Mi libro sobre mis años de profesor en Ciudad del Cabo iba a publicarse en muy poco tiempo. Yo quería volver a Sudáfrica antes de que el libro se pusiera a la venta. El gobierno sudafricano expulsaba a muchos periodistas extranjeros y denegaba visados a todos los que habían publicado reportajes críticos con su política del apartheid. Yo todavía no estaba fichado por el gobierno y conseguí un visado de turista. El New Yorker me encargó una crónica sobre los periodistas negros que trabajaban en un periódico de izquierdas de Johannesburgo. Shawn, el director, no parecía preocupado por el hecho de que yo aún no le hubiera entregado mi reportaje sobre el médico surfista, aunque ya había transcurrido un año desde el encargo. Por lo visto, Nueva York también me hacía señas insistentes. Pero no fue solo el azar lo que nos llevó a Caroline y a mí al este. Habíamos sobrevivido a unos comienzos muy difíciles como pareja y yo seguía siendo un tirano, pero nuestros corazones se habían fundido en uno solo. A los dos nos parecían divertidas las mismas cosas.

Hacia el final de nuestro tercer invierno en San Francisco, tras una serie de tormentas, la barra de arena en la zona exterior de VFW empezó a tener olas regulares por primera vez desde nuestra llegada. Descubrí por qué aquella ola se había convertido en una leyenda local. La barra era insólitamente larga y recta para

Ocean Beach y tenía un canal profundo por el lado norte. Las marejadas del noroeste producían olas muy limpias que rompían por allí, pero que solo permitían surfear por breve tiempo. Las olas chocaban de frente con la barra; si uno quería cogerlas, tenía que hacer el takeoff muy cerca del canal. Pero había otra marejada que llegaba desde un poco más al oeste y que chocaba con la barra en un ángulo ligeramente distinto. Esta marejada creaba unas izquierdas largas y rápidas de calidad excepcional. Como las olas solo rompían en aquella barra cuando medían más de tres metros, en la zona exterior de VFW solía haber muy poca gente. Algunos días yo había estado observando la rompiente, y vi varias sesiones terroríficas en las que solo Mark, Peewee, Tim Bodkin y otros pocos surfistas de olas grandes se habían atrevido a meterse en el agua; y yo incluso había llegado a surfear allí unas pocas veces con olas de poca importancia. Pero a comienzos de 1986 llegó un día de olas magníficas. Yo no tenía una tabla para esa clase de olas, pero Mark sí. «Puedes usar mi 8′8″», me decía una y otra vez, señalándome el gun amarillo que tenía en la furgoneta mientras forcejeaba con su traje de neopreno. «Yo cogeré la 6′8″».

Se me ocurrió que Mark podía estar ofreciéndole mi vida, por última vez, a los dioses sanguinarios de Ocean Beach. Tal vez ya sabía lo que yo aún no me había atrevido a revelarle: que había decidido volverme a vivir a Nueva York. Volver me provocaba sentimientos contrapuestos, pero uno de los sentimientos más poderosos que experimentaba era el alivio. En cada uno de los inviernos que había surfeado en Ocean Beach yo había tenido al menos un percance serio, y esos episodios peligrosos habían atormentado mis sueños durante muchas noches. Bob Wise entendía mis razones: «Los surfistas nunca se ahogan aquí —me dijo una vez—. Los que se ahogan son los turistas y los ciclistas borrachos y los marineros. Pero incluso los surfistas más veteranos creen al menos una vez cada invierno que van a morir ahogados. Esto es lo que hace que Ocean Beach sea una playa tan rara». Mark, a quien le gustaban mucho las cosas raras, no entendía mis razones, pero aun así yo

me alegraba de poder irme sin haberme ahogado. También me alegraba poder liberarme del anhelo evangelizador de Mark: ya estaba harto de ser un mero secundario. En cierta ocasión, en Asia sudoriental, Bryan se sintió obligado a alejarse de mí. Pero eran situaciones distintas: los dos éramos socios. En cambio, yo no sabía cómo decirle a Mark que me iba de San Francisco. No me hacía mucha gracia recibir un nuevo sermón sobre el siervo descarriado que se apartaba de la senda verdadera del surf.

Había unos diez o quince tipos en el espigón. VFW —o mejor dicho, la zona exterior de VFW— era el pico más famoso de Ocean Beach, y los tipos que aquel día pululaban por allí, aunque no tuvieran ninguna intención de meterse en el agua, eran gente que solía surfear en aquella zona. Uno de ellos era Rich, un fornido pintor industrial que era uno de los mejores surfistas de aquella parte de la playa. Rich me dirigió una mirada ceñuda cuando pasé a su lado con mi tabla amarilla 8′8″ bajo el brazo. Caí en la cuenta de que no lo había visto jamás en el agua cuando había olas de más de dos metros. Aquel día, al menos eran de tres o de tres metros y medio. El oleaje era muy fuerte y casi siempre venía del oeste. No era una ola perfecta. Soplaba un ligero viento lateral y había una fuerte corriente, pero alcanzamos a ver varias izquierdas majestuosas que pasaron sin que nadie las surfease mientras nosotros nos preparábamos para entrar en el agua. Bodkin y Peewee ya llevaban algún tiempo dentro y cada uno había cogido un par de olas buenas, pero surfeaban con un talante muy conservador y dejaban pasar los tubos más rápidos.

Remar con la tabla de Mark era como remar con un petrolero en miniatura. En los días buenos, yo solía usar una 7′6″ de una sola quilla, pero durante la mayor parte de aquel invierno había usado un thruster 6′9″. El gun 8′8″ tenía los cantos gruesos y la punta afilada y me hacía flotar muy por encima del agua, así que yo no tenía ningún problema para ver a Mark cuando estábamos cruzando el canal. El agua era de color pardo verdoso y estaba muy fría; el canal, que atravesaba

limpiamente la rompiente en dirección al mar, no tenía barra interior, estaba muy picado y en algunos momentos daba miedo, ya que las potentes marejadas se abalanzaban desde los dos lados, formando olas chatas y muy cóncavas que rompían a medias antes de desaparecer. Hacia el norte había una barra exterior muy poco profunda, en la que unas olas gigantes se elevaban y luego reventaban con un estruendo horrible. Hacia el sur, la última sección de una larga y sinuosa izquierda, en la zona exterior de VFW, tampoco era muy prometedora: parecía muy poco profunda y excesivamente compacta. Mark y yo nos detuvimos a observar una ola de pared lisa que se elevaba sobre la última sección de la barra a apenas veinte metros de donde estábamos. Cuando formó un gigantesco tubo oscuro, Mark exclamó: «¡La muerte!». La idea parecía divertirle.

Yo tomé una dirección que seguía un ángulo oblicuo, en tanto que Mark giró a la izquierda, acortando por el extremo de la barra. Peewee y Bodkin estaban a doscientos o trescientos metros en dirección sur y Mark se dirigió directamente hacia ellos. Yo seguía avanzando en círculos: prefería parecer un cobarde antes que correr el riesgo de ser atrapado por una serie de olas grandes. Pasó una pequeña serie. Lo hizo por una zona interior demasiado alejada de nosotros, así que ninguno pudo cogerla, pero aun así retumbó de forma ominosa cuando por fin rompió. La escala que habían tomado las cosas aquel día me resultaba sobrecogedora. No me apetecía nada enfrentarme con una serie grande. Mientras iba avanzando lentamente hacia el sur, fui comprobando mi posición buscando referencias en la orilla. Unas pintadas enormes en el espigón —MARIA y KIMO y PTAH— marcaban mi avance. La orilla parecía, como solía ocurrir en casi todos los días de olas grandes, extrañamente tranquila y normal. Una oscura hilera de cipreses se erguía por detrás del espigón — formaban un cortavientos para el extremo del Golden Gate Park que daba al océano —, y dos molinos de viento se elevaban por encima de los cipreses. Hacia el norte, los acantilados estaban cubiertos de flores rosadas y flanqueados por un mirador de piedra, una reliquia de la antigua mansión de los

Sutro. Todo tenía un aire demasiado calmado. Yo iba mirando hacia un lado y hacia el otro, estirando el cuello para intentar averiguar dónde estaba, y luego volvía a estirar el cuello para ver si alguna amenaza de pesadilla se había aparecido en el mar.

Dejarse mecer entre las olas en un día de mar gruesa es una experiencia de ensueño. El éxtasis y el terror se van alternando frente al contorno de las cosas y los dos amenazan con apabullar al soñador. Una belleza sobrenatural se apodera de una enorme extensión de agua removida, violencia latente, explosiones reales y cielo. Las escenas parecen míticas incluso cuando están desplegándose ante tus propios ojos. Yo siempre siento una feroz ambivalencia: no quiero estar en ningún otro sitio y al mismo tiempo me gustaría estar en cualquier otro sitio. Me gusta ir a la deriva y observar las cosas, absorberlas, pese a que la vigilancia permanente —una atención especial a lo que el océano está haciendo— nunca puede relajarse. Las olas grandes (el término es relativo, por supuesto, pues la que a mí me parece que puede poner en peligro mi vida a otro le parecerá una olita manejable) es un campo magnético que te arrastra y te convierte en un enano, y solo puedes sobrevivir si calculas muy bien y con sumo cuidado las fuerzas que están en juego. Pero el éxtasis que produce surfear con olas grandes exige dejar de lado el terror de ser enterrado por una de ellas: el filo que separa los dos estados de ánimo se vuelve diáfano. La suerte idiota interviene mucho, y eso resulta doloroso. Y cuando las cosas se ponen feas, como inevitablemente ocurre —cuando te atrapa una ola gigante o no consigues surfearla del todo—, toda tu pericia, tu fuerza y tu buen criterio no significan nada. Nadie conserva la dignidad cuando una ola gigante le está dando un revolcón. Llegado este punto, lo único que puedes aspirar a controlar es el pánico.

Fui desplazándome despacio hacia el sur, hacia donde estaban Mark y los demás, procurando respirar hondo y a intervalos regulares para sosegar mi corazón, que había estado latiendo de una forma muy desagradable desde el momento en

que me había planteado seriamente meterme en el agua. Mark cogió una ola cuando yo me estaba acercando al pico. Lanzó un grito en el momento de hacer la bajada por una pared que tenía el tamaño de un mamut y luego desapareció tras un muro efervescente de color pardo. El punto exacto del takeoff coincidía con una gran pintada roja: PTAH VIVE. Bodkin, que todavía estaba sentado sobre su tabla con Peewee, gritó mi nombre y exhibió una amplia sonrisa. Aquella sonrisa me pareció al mismo tiempo una sonrisa semimalévola por la ruta segura que yo había tomado hasta llegar al pico, y también una sonrisa que me felicitaba por haberme agregado al grupo. Peewee simplemente movió la cabeza y me dijo hola. Su falta de expresividad en el agua era casi siempre una bendición. Su facilidad a la hora de poner cara de póquer dejaba un gran espacio psicológico a los demás surfistas, cosa que los demás —creo yo— apreciaban mucho. Pero a veces —aquel día en concreto— me daba la impresión de que Peewee estaba llevando demasiado lejos su frialdad de surfista. De todos modos, es muy probable que la zona exterior de VFW, con las olas del tamaño que tenían, no le pareciera un lugar particularmente peligroso, y a lo mejor ni siquiera se había dado cuenta de que para mí era una condena.

Al final resultó que la buena suerte —y una buena tabla— me acompañaron aquella tarde. En las siguientes horas cogí varias olas muy buenas. No las surfeé especialmente bien —lo máximo que podía hacer era mantener la 8′8″ en la dirección correcta—, pero conseguí hacer trayectos rápidos y largos y salir ileso de la ola. La tabla de Mark era maravillosamente estable y me permitía coger muy pronto las olas. Incluso llegué a coger la ola que Mark denominó después «la ola del día». En otra tarde y con otra tabla, lo más probable es que la hubiera dejado pasar; pero yo estaba a solas en el extremo del pico, muy adentro, cuando llegó la ola gigante. El muro de la ola, que iba hacia el norte, ocupaba varias manzanas y parecía imposible de surfear, pero a aquellas alturas yo ya tenía una gran fe en la barra y en el canal. Me metí muy pronto, usando en la pared una pequeña arruga —eso que los

surfistas de olas muy grandes llaman un trampolín— para lanzarme por el labio. Mientras me ponía en pie sobre la tabla, tuve que reprimir un pequeño acceso de acrofobia, ya que la base de la ola parecía a muchos kilómetros de distancia. A medio camino de la pared, me vi obligado a echar el cuerpo atrás, haciendo un esfuerzo por mantenerme en pie mientras la tabla ganaba velocidad sobre el agua que subía por la pared. Mis nervios flaquearon por segunda vez cuando miré de refilón la pared que tenía por encima de mí. Era mucho mayor de lo que había imaginado: mucho más alta y más empinada y cien veces más amenazadora. Me di la vuelta y me concentré, como si llevara orejeras, en los pocos metros de agua que tenía delante, trazando giros amplios a gran velocidad. La ola se comportó de forma espléndida y la pude surfear con facilidad, aunque la sección final que daba al canal —y que parecía tan grande como una casa— me lanzó despedido de tal manera que tuve que abandonar toda pretensión de control o de estilo y limitarme a permanecer de pie, con las rodillas dobladas, como el pasajero agradecido que era.

Peewee estaba en el canal, remando mientras yo salía de la ola. Movió la cabeza. Fuimos remando juntos mar adentro. Todo mi cuerpo temblaba. Un minuto después no pude contenerme. Le pregunté: «¿Qué tamaño tenía esa ola?». Peewee se echó a reír. «Medio metro», dijo.

Aquel verano nos fuimos a vivir a Nueva York. Me llevó siete años escribir mi crónica sobre Mark y Ocean Beach. Otros asuntos más urgentes —el apartheid, la guerra, todo tipo de calamidades— fueron reclamando mi atención. Eran temas muy importantes: trabajos que te consumían todo el tiempo disponible y proyectos que se justificaban por sí mismos. El surf era justo lo contrario. Antes de terminar mi semblanza de Mark, yo ya había publicado tres libros —dos sobre Sudáfrica y otro más sobre la guerra civil en Mozambique—, aparte de la primera entrega de un ambicioso libro sobre la disminución de la movilidad social en Estados Unidos. Empecé a trabajar a tiempo completo para el New Yorker, donde escribía, entre otras muchas cosas, docenas de columnas de opinión. Todo eso también era motivo

de inquietud. Escribía, a menudo de forma muy polémica, sobre la pobreza, la política, los temas raciales, la política exterior americana, el sistema de justicia penal y el desarrollo económico, con la confianza de que la gente se tomara en serio mis argumentos. Y no estaba seguro de que salir del armario como surfista me ayudase en mi carrera. Los analistas políticos especializados podrían decirme: «Pero hombre, si solo eres un surfista idiota, ¿cómo te atreves a opinar de estas cosas?».

Sin embargo, la razón más importante que explicaba mis reticencias a la hora de terminar el texto era la persistente intuición de que a Mark no iba a gustarle. Yo le admiraba y me parecía una persona sobre la que resultaba fácil escribir, pero Mark tenía una personalidad muy complicada, con una desmesurada obsesión por sí mismo que molestaba —y eso quizá sea decir poco— a muchos miembros de la pequeña comunidad surfera que yo también estaba intentando retratar. Cuando me fui de San Francisco, Mark empezó a publicar una columna de consejos médicos en la revista Surfer. Sus hazañas y sus epigramas se convirtieron en un tema habitual de los columnistas regionales de la revista. Las revistas de surf fueron descubriendo Ocean Beach, muchas veces gracias a los esfuerzos de Mark. En 1990, Surfer publicó una asombrosa secuencia de catorce fotos de un joven surfista goofy, Aaron Plank, haciendo un tubo en una izquierda de tres metros en Ocean Beach. En siete fotos de la serie —durante unos cuatro segundos—, Aaron estaba completamente oculto, pero lograba salir limpiamente de la ola. Aquello me pareció el final de una época: ahora todo el mundo conocía la existencia de Ocean Beach. Incluso oí decir que en VFW se celebraba una prueba del circuito profesional.

Pero la noticia más rara que me llegó de San Francisco, a través de Surfer, fue un sentido homenaje a Peewee. Lo firmó Mark. «Silencioso, aparentemente desprovisto de ego, suscita muy poca atención hacia sí mismo, hasta que se pone a remar y se mete en el pico —escribió Mark—. En la mejor ola de la playa, allí está Peewee. En la mejor ola de la serie, allí está Peewee. La mejor ola del día, esa es la que Peewee ya ha cogido». Mark comparaba a Peewee con Clint Eastwood y

mencionaba el famoso día en que destrozó las quillas. Era un homenaje cortés y sin ninguna clase de ambigüedad. ¿Me había equivocado al juzgar su rivalidad? ¿O era tan solo un efecto buscado?

Por cierto, me equivoqué al temer que Mark se enfadase conmigo cuando se enterase de que nos íbamos de San Francisco. No le importó ni un comino. Hicimos juntos una última expedición a Big Sur y me deseó buena suerte. Pero una vez que nos mudamos a Nueva York, nunca dejó pasar una oportunidad de recordarme las olas fenomenales que me estaba perdiendo en Ocean Beach o en otros viajes de surf que inexplicablemente me negué a emprender con él: a Indonesia, Costa Rica, Escocia. En Alaska fletó una avioneta y exploró cientos de kilómetros de costa; cerca de la boca de un glaciar, descubrió una ola magnífica que pudo surfear él solo, frente a una playa en la que solo había huellas recientes de osos grizzly.

También me equivoqué al creer que yo iba a perder credibilidad como columnista político al revelar que era surfista. A nadie pareció importarle ni lo uno ni lo otro.

Pero no me equivoqué en cuanto a la reacción de Mark ante mi perfil. Cuando al final salió publicado, le pareció una mierda.

Nueve. Basso profundo

Madeira, 1994-2003

Mi vida había adquirido un ritmo mesurado propio de la mediana edad. Caroline y yo nos habíamos casado. Llevábamos ocho años viviendo en Nueva York. Yo estaba trabajando a destajo: columnas, artículos, libros. Periodismo. Cumplí los cuarenta. Habíamos construido un mundo propio. Nos compramos un piso. Teníamos amigos escritores, jefes de redacción, artistas, profesores, editores. Caroline había dejado el mundo del arte y se había convertido —ante su propia sorpresa— en abogada defensora. Le gustaba medirse con «el gobierno». Más que nunca, me fiaba de su ojo cálido y riguroso. Ella y yo bailábamos el mismo baile: nadie más sabía las cosas que nosotros sabíamos ni compartía el lenguaje secreto que nos habíamos inventado. Antes de casarnos, nos separamos durante una temporada y cada uno vivió por su cuenta. Fue una experiencia muy parecida a estar al borde de la muerte.

Mis reportajes me llevaron por todas partes, a guerras civiles y a mundos desconocidos. Algunos proyectos me absorbieron por completo durante meses o incluso años seguidos. La mayoría de historias que investigaba estaban repletas de sufrimiento e injusticia, pero también hubo algunas, como las primeras elecciones democráticas en Sudáfrica, que me resultaron extraordinariamente gratificantes. En la vieja dicotomía que había determinado mi vida —entre el trabajo de adulto y el surf —, el trabajo logró echar el candado sobre las olas. Pero el surf, siempre astuto, supo liberarse. Y quien indujo, o incluso inspiró esta inversión de papeles, fue un regular que había aprendido a surfear en Rincón y se llamaba Peter Spacek.

Nos habíamos conocido en Montauk, el viejo puerto pesquero en el extremo oriental de Long Island. El director de una revista de surf me había dado la dirección de Peter, que se alojaba en una urbanización costera llamada Ditch Plains. La casa resultó ser un bungaló de veraneo con fachada de tablillas, y que tenía una nota escrita a mano sujeta con esparadrapo en la puerta de entrada. La nota decía que había un longboard Herbie Fletcher en el cobertizo delantero. Si yo quería, podía usarlo. Bajo la nota había un bosquejo muy bien hecho que explicaba unas olas pequeñas y llenas de surfistas. En términos surferos, Ditch Plains es un pico interesante. Es el asentamiento humano que se halla más al este en la costa oceánica de Long Island. Hacia el oeste se extienden los ciento cincuenta kilómetros de rompientes que llegan hasta Coney Island, en Nueva York. Es una costa notable porque es muy llana y siempre es de arena. Pero la arena se convierte en rocas en Montauk, y los seis últimos kilómetros hasta llegar a Montauk Point son arrecifes y rompientes diseminados a lo largo de un costa de acantilados de pizarra en la que no hay carreteras. En verano, Ditch es una playa familiar muy concurrida en la que hay camiones de venta de comida aparcados entre las dunas y una larga y suave izquierda que rompe en el punto donde el fondo de arena se convierte en rocas. Es una buena rompiente para principiantes. Nunca se me hubiera ocurrido surfear allí.

Las olas llegaban a la altura del pecho; eran suaves y se desmenuzaban. Era una tarde soleada de finales del verano. Había unas cuarenta personas en el agua, con mucho la mayor aglomeración de surfistas que había visto en la Costa Este. Era la primera vez que usaba un longboard desde hacía muchísimos años. En los años ochenta se había producido una resurrección de los longboards en el mundo del surf, impulsada en general por tíos ya mayores que no eran capaces de manejar una tabla corta. El longboard exige menos agilidad y menos fortaleza. Y además coge olas con mayor facilidad. Pero la gente que usa longboards coge las olas tan pronto que en muchos picos había ahuyentado a los usuarios de tablas más capacitadas para las maniobras difíciles. En mi caso, seguir montando una tabla corta cuando ya

había cumplido los cuarenta años era un asunto de orgullo. Y volver al longboard sería como usar un andador (muchacho, se acabaron tus días de bailarín). De ahí que hubiera decidido posponer esa decisión el mayor tiempo posible. Arrodillado sobre la tabla, fui remando hasta esquivar la aglomeración de Ditch y cogí una ola en la zona de fuera. Manejar una tabla de diez pies se me hizo muy raro, pero las antiguas maniobras fueron volviendo a mí una tras otra, y cuando terminé de surfear la ola ya iba caminando alegremente por la tabla, dando pasos cruzados hacia la punta. Cuando terminé, vi a un tipo sentado sobre su tabla, cerca de la ola, observándome. Era un tipo de mi edad, con nariz de halcón, pelo rubio oscuro que le llegaba hasta los hombros y perilla. «No me habían dicho que fueras de los que usan tablón», refunfuñó.

Peter era ilustrador, y el director de la revista que nos había puesto en contacto quería que los dos colaborásemos en un reportaje sobre la persecución de marejadas provocadas por huracanes en la Costa Este. Yo había surfeado alguna vez con olas de huracán en Fire Island, pero ahora surfeaba casi unicamente cuando iba de viaje: California, México, Costa Rica, el Caribe, Francia. Y la mayoría de esos viajes, para ser francos, no podían describirse sino como vacaciones. O sea, que yo seguía surfeando, pero no de verdad. Ni siquiera conocía las emisoras que informaban sobre las olas del área de Nueva York.

Cuando le hube aclarado la cuestión del longboard, Peter y yo nos pusimos a charlar. Los dos llegamos a la conclusión de que era un disparate escribir una crónica sobre las olas de huracán. Implicaba conducir durante demasiado tiempo a lo largo de una franja costera que no nos parecía nada coherente. Luego empezó a hablarme de Montauk. «Es mi pequeño paraíso», me dijo, pero no se refería a Ditch Plains, sino a las rompientes de arrecife y de playa que se extendían en ambas direcciones. Peter vivía en Manhattan y durante muchos años había alquilado casas de veraneo en Ditch, pero aún estaba descubriendo los picos más ocultos y caprichosos de la zona de Montauk. Peter era de Santa Barbara y había vivido en

Hawái. La primera vez que cogimos olas juntos, con una buena marejada de otoño en un arrecife rocoso al este de Ditch, me asombró ver la suavidad y el poderío con que surfeaba. No era un estilo que se viera a menudo en la Costa Este, donde las olas pequeñas y cortas tienden a producir una forma de surfear convulsa y muy poco elegante.

Aquella noche, mientras cenábamos, me enseñó una crónica de viaje publicada en una revista de surf que lo tenía cautivado. Las olas que se veían en las fotos eran de ensueño: grandes, de colores vivos y tan limpias que se te doblaban las rodillas al verlas. Siguiendo la costumbre de las revistas de surf, no se decía dónde estaban aquellas olas, pero los responsables de la publicación no se habían complicado la vida para camuflar su situación, y Peter me dijo que sabía dónde estaban. «Madeira —me dijo—, como el vino». Abrió un mapa. La isla estaba situada a unos mil kilómetros al sur de Lisboa, justo en el área que recibía la marejada de invierno del Atlántico como si fuera la diana de un blanco. Peter quería conocerla. De repente, yo también.

Hicimos el primer viaje en noviembre de 1994. Madeira me dejó impactado: costas de un verde exuberante, pequeñas carreteras bordeando precipicios, los campesinos portugueses que miraban nuestras tablas con recelo, olas que surgían con fuerza desde lo más profundo del océano. Fuimos en coche atravesando gargantas y bosques por altas sierras vertiginosas. Comíamos prego no pão (un sándwich de filete y ajo) en los bares de carretera y luego nos tomábamos todos los cafés que podíamos. Subimos espigones y bajamos terraplenes. No había surfistas en ningún sitio. En la costa norte, cerca de un pueblo llamado Ponta Delgada, encontramos una gran izquierda. Estaba un poco revuelta, y al igual que todos los picos buenos que vimos, rompía muy cerca de unos acantilados de aspecto temible. Pero la ola mejoraba cuando se iba desplegando a sotavento del pico, y la pared interior era larga, rápida y muy potente. Cogí un par de olas buenísimas. Peter, cuando remaba a mi lado, me gruñó: «¿Me harás el favor de dejar de surfear tan

condenadamente bien?». Me gustaba que no ocultase la competitividad que sentía cuando surfeaba. De todos modos, surfeaba mucho mejor que yo, y en Ponta Delgada se aventuró él solo por una zona de aguas muy azules y sacudida por el viento, más allá del pico, para perseguir monstruos que yo no tenía ninguna intención de perseguir. Pero, a diferencia de lo que me pasó a mí, tuvo mala suerte a la hora de elegir las olas. Y también, a diferencia de mí, él tenía una novia que lo estaba observando desde la orilla.

Alison se incorporó por sorpresa a nuestro viaje. Ella y Peter se conocían desde hacía muy poco tiempo. Era delgada, fuerte, de pelo oscuro, sarcástica y siempre estaba dispuesta a pasárselo bien. Trabajaba como ilustradora comercial. Tanto Peter como ella no paraban de dibujar: en cafés o en salas de espera de aeropuertos se pasaban la vida sombreando dibujos, y a veces ella extendía el brazo para añadir tinta a lo que estaba dibujando Peter. «¡No le tengas miedo al negro!». Desde hoteles y agencias de alquiler de coches mandaban su trabajo por fax a sus clientes de Estados Unidos. Los dos tenían mucho estilo, eran frugales y viajaban sin que nada les diera miedo. Pero también eran criaturas volátiles. Al día siguiente de nuestra llegada a Madeira, antes de que hubiéramos encontrado olas, me anunciaron que querían volver a tierra firme en Portugal, donde seguramente las cosas serían mucho más divertidas. Para mí, aquello no tenía sentido, y me quedé horrorizado, sin decir nada. ¿Qué les pasaba a aquellos dos? En Madeira, Peter empezó a lucir una boina: otra mala señal. Pero luego encontramos olas. Primero en Ponta Delgada, y después a unos cuantos kilómetros hacia el este, donde había un sólido arrecife que Peter bautizó como Tierras de Penumbra. El acantilado que había allí era tan alto —casi mil metros— que el sol invernal nunca llegaba a la orilla. Llevábamos unos trajes muy finos de neopreno —de manga larga y pata corta— y poco a poco fuimos descubriendo cómo surfear en los tubos que se formaban por sorpresa en el tramo central, cuando la marea estaba baja.

Pero la mejor región para las olas era el sudoeste, donde las marejadas del noroeste barrían el extremo occidental de la isla, lo que debilitaba la potencia del mar y creaba unas olas largas y muy bien organizadas. Había un pueblo llamado Jardim do Mar. Se hallaba encaramado en un pequeño promontorio que parecía de cuento de hadas. Si se podía dar crédito a las fotos, frente a ese promontorio rompía una ola muy grande. La primera vez que estuvimos, el viento soplaba en la dirección equivocada y las olas eran pequeñas. Sin esperanza de encontrar olas, fui con mi tabla a explorar la costa al oeste de Jardim —vertical, desierta, asombrosa—, mientras Peter y Alison hacían senderismo entre las rocas. Peter llevaba una tabla, por si acaso. En un farallón escarpado y cubierto de peñascos llamado Ponta Pequena, descubrimos un espectáculo deslumbrante: limpias, cortas y potentes derechas que iban a morir frente a una cala de aguas poco profundas. Peter y yo nos metimos de cabeza. Para ser olas a la altura del pecho, los riesgos de caerse al agua eran muy altos; Peter se dejó una buena cantidad de sangre entre las rocas. Yo volví a tener suerte. Tiempo después, en sus dibujos de nuestra sesión en Ponta Pequena, vi que Peter seguía empeñándose en llevar cuenta del tanteo: él hizo un tubo y medio, en tanto que yo hice cinco, según la tabla de resultados que venía junto al dibujo. Y además, él se hizo varias heridas mientras que yo salí ileso. Y todo esto ocurría mientras su novia observaba desde el acantilado.

Más adelante, me di cuenta de que me gustaban los torneos que organizaba Peter porque yo siempre salía ganando. De otro modo, Peter nunca los habría mencionado. Bajo su aspecto de skater grunge (a los cuarenta y tantos, todavía hacía skateboard por su barrio de TriBeCa) había una persona de modales exquisitos. Sus padres eran inmigrantes checos que habían huido de Europa Oriental cuando él era pequeño, y una gran parte de su insólita buena educación procedía del hecho de haberse criado según los cánones del Viejo Mundo en medio de las tierras salvajes de California. Pero el resto de sus buenos modales se debían tan solo a él. A mí me gustaba que supiera transformar la bravuconería y la extrema competitividad del

surf en unas bromas que siempre hacía poniendo cara de póquer. Yo había surfeado con demasiada gente que daba por sentada la latente competitividad del surf, de modo que nunca la mencionaba. El ídolo de Peter, cuando estaba en la academia de Bellas Artes, había sido Robert Crumb, y tanto él como su maestro compartían la misma afición por burlarse de las verdades molestas.

Para ir a Madeira me había comprado una tabla de olas grandes —un gun—, la primera que tenía en mi vida. Era una 8′0″ squashtail thruster, compacta y puntiaguda, fabricada íntegramente para la velocidad. La había diseñado un tipo de la costa norte de Hawái llamado Dick Brewer. Brewer era el shaper más famoso de tablas para olas grandes, pero al principio yo creía que tan solo se había limitado a diseñar y firmar mi tabla. De hecho, la había comprado en el estante de una tienda de Long Island. Era un misterio que una tabla de Brewer estuviera expuesta allí —en Long Island jamás habría olas, ni siquiera con el paso de un huracán, que exigiesen una tabla de aquellas características—, pero su aspecto me pareció un signo del cielo. Peter me animó a comprarla y enseguida lo hice. Él también se llevó un gun a Madeira.

A los pocos días de estar en Madeira nos dimos cuenta de que habíamos encontrado algo extraordinario. Pero antes de comprender las verdaderas dimensiones de todo aquello tuvimos que pasar algunas pruebas.

La primera vez que surfeamos en Jardim do Mar, o mejor dicho, la primera vez que surfeamos de verdad allí, debió de ser al año siguiente. Aquel pico era muy peligroso incluso con olas de dos metros. Líneas compactas de olas de largo intervalo surgían por el oeste, giraban en un promontorio y trazaban una curva asombrosa. Se elevaban y desparramaban, y rompían en el borde externo de la herradura para luego retroceder por un lecho rocoso. Entramos remando desde una antigua rampa de botadura —una rampa de cemento cubierta de líquenes que había en un espigón— que quedaba bastante lejos del pico. A medida que íbamos

acercándonos, la fuerza y la belleza de las olas se hacían evidentes. Una serie —radiante y estruendosa— pasó por delante de nosotros, a la luz del sol poniente de invierno, y mi garganta se atoró por la emoción: esa mezcla indescriptible de alegría, miedo, amor, deseo y gratitud.

Muchos lugareños se habían reunido en la terraza que había bajo el campanario de la iglesia. No éramos los primeros surfistas que habían visto en su vida, pero aun así sentían una incurable curiosidad por ver cómo nos las arreglábamos mientras calculábamos las características del pico. Todos lanzaron un grito de júbilo cuando uno de nosotros cogió una ola. Los takeoffs eran difíciles y debían de tener un aspecto muy dramático: un muro plateado se elevaba muy deprisa y enseguida se convertía en una amplia pared de color verde dorado e iluminada al trasluz. Los dos surfeábamos de forma muy conservadora, eligiendo las olas con cuidado y luego maniobrando con suma atención, usando las vastas paredes para ir sorteando las diversas secciones y mostrando siempre mucho respeto, sin vanagloriarnos. La rapidez, la profundidad y el tamaño de las olas fueron una gloriosa revelación para nosotros. Y los lugareños parecían reconocer las buenas olas cuando veían una. También conocían muy bien aquel tramo costero, y desde las alturas desde donde nos miraban podían ver muchas más cosas que nosotros. Empezaron a silbar para marcarnos la posición. Un silbido agudo significaba que se estaba acercando una ola grande y teníamos que ir remando hacia fuera. Otro silbido más agudo aún significaba que teníamos que remar más deprisa. Un silbido más suave significaba que estábamos en el lugar correcto. Surfeábamos hasta que se hacía de noche.

Aquella noche comimos espada preta —un pescado de las profundidades, de carne blanda pero aspecto monstruoso— en un restaurante del pueblo. Queríamos darles las gracias a los que nos habían silbado e invitarles a una copa, pero la gente era muy tímida porque no estaba acostumbrada a los desconocidos. Peter proclamó que aquella ola era «suprema». Yo empecé a buscar un sitio donde alojarme.

Madeira se convirtió en mi retiro invernal. No se trataba de unas vacaciones, sino más bien de «inmersiones» que a veces duraban muchas semanas. Siempre surfeábamos en rompientes con fondo de roca muy peligrosas y complicadas, que nos exigían un estudio prolongado y que penalizaban de forma terrible incluso los errores más insignificantes. Para mí, a una edad en que la potencia física empezaba a declinar y cuando mi trabajo de periodista estaba en pleno apogeo, resultaba bastante improcedente asumir aquel proyecto tan arriesgado, marginal y cruel.

Pero la isla se convirtió en una guarida fascinante para mí. Por lo visto, muchos de los inmigrantes portugueses que se establecieron en Hawái procedían de Madeira. Las malasadas (los donuts portugueses) que comíamos de niños eran originarias de la isla, igual que las salchichas portuguesas que una vez me comí crudas. Incluso el ukelele procedía de Madeira, donde tenía el nombre de braguinha. Yo reconocía —o creía reconocer— en los rostros de los habitantes de Madeira a los Pereiras y Carvalhos que había conocido en Oahu y en Maui. Los madeirenses habían emigrado en masa a Hawái para trabajar en los campos de caña (el azúcar había sido el cultivo principal de Madeira). La isla era famosa por sus vinos, pero su mayor industria de exportación no era el vino, sino las personas. Madeira no había podido alimentar a su población desde mediados del siglo XIX, y la gente, sobre todo la gente joven, seguía emigrando en grandes cantidades. Sudáfrica, Estados Unidos, Inglaterra, Venezuela, Brasil: cada madeirense que conocí tenía familiares que vivían en el otro extremo del mundo.

La conexión africana era la más importante. Cuando Antonio de Oliveira Salazar, el dictador portugués de mediados del siglo XX, intentó exportar el exceso de población campesina a sus colonias de Angola y Mozambique, un gran número de madeirenses se unió al éxodo. Muchos se hicieron granjeros (algodón, anacardos). Y muchos, inevitablemente, tuvieron que alistarse en el ejército. Incluso en un pueblo tan diminuto como Jardim do Mar, entre sus pocos cientos de habitantes, había varios veteranos de las guerras coloniales africanas. Yo conocía

Mozambique, ya que había cubierto como reportero la guerra civil que estalló poco después de la independencia. Pero cuando hablaba con los antiguos colonos que habían vuelto a Madeira, nunca les hablaba de mi estancia en Mozambique. Casi todos habían tenido que huir después de la independencia.

Y ahora estaban huyendo de la nueva Sudáfrica democrática. En la plaza del pueblo —la praça— aparecían contenedores de carga, y todo el pueblo participaba en la descarga del botín: muebles de hierro forjado, electrodomésticos, incluso coches, todo recién llegado de Pretoria. Me hice amigo de un oriundo de Jardim llamado José Nunes. Había vivido en Sudáfrica. Ahora vivía con su familia en el mismo edificio donde tenía un bar y una pequeña tienda de ultramarinos que había heredado de su padre. «La gente regresa porque no se siente segura en Sudáfrica —me dijo—. Aquí están a salvo, pero no tienen nada que hacer».

Los lugareños se dedicaban a la pesca y al cultivo de la tierra, pero la agricultura era manual —un trabajo agotador— y solo podía llevarse a cabo en los bancales protegidos por muros de piedra. Viejos con gorras de tweed y gruesas chaquetas de punto, con el cuerpo fornido, la cara rojiza y las piernas estevadas, trabajaban en los bancales. Cultivaban uva, plátanos, caña de azúcar y papayas, en huertos diminutos que se extendían por todas partes, salvo por las laderas más empinadas. En Jardim, todos los porches y todos los muros de piedra estaban repletos de flores. En todo momento se oía la música leve y rumorosa del agua de manantial que descendía por las montañas. El agua atravesaba el pueblo, se dispersaba por el complejo sistema de acequias y regaba los pródigos huertos de verduras que todo el mundo tenía en su casa. En los aleros de los tejados de tejas rojizas se veían palomas de cerámica, gatos, pequeños perros boxer y bustos de jóvenes académicos tocados con sombreros pasados de moda.

A veces me alojaba en un nuevo hotel que se había abierto en el pueblo, y luego empecé a alquilar una habitación. Me traía trabajo pendiente para los días en

que no había olas o los vientos soplaban en la dirección equivocada. Pero el surf guiaba mi vida. Cuando había buenas olas, la neblina y los truenos llenaban el aire. Por la noche, si había marejada, se oía un retumbar en todo Jardim; era un latido de resonancias muy graves que no surgía del mar, sino de las rocas que había bajo el pico y que de vez en cuando se ponían a gruñir. Madeira no tiene placa continental, y en este sentido se parece mucho a Hawái. Las gigantescas marejadas del norte y del oeste impulsadas por las tormentas atraviesan aguas muy profundas sin ninguna clase de obstáculo y se estrellan contra la isla con la máxima potencia. Pero Hawái tiene en muchos lugares unos arrecifes costeros o unas playas de arena que amortiguan el impacto. Se dice que Madeira tiene una playa en algún punto de la costa este, pero en los diez años que estuve persiguiendo olas por allí, nunca pude verla. La costa solo era de rocas y acantilados, cosa que multiplicaba en gran medida el peligro, que ya de por sí era muy alto. Estábamos explotando un rico filón de gozo, pero siempre estuvimos rozando la catástrofe.

Nuestro primer percance serio ocurrió durante el segundo invierno que estuvimos allí. Lo sufrió Peter en Ponta Pequena. Nos habíamos metido en el agua, en Jardim, muy temprano por la mañana. Era un día de olas cristalinas y muy grandes, del doble de tamaño de las que habíamos tenido en aquella primera sesión vespertina. Los dos llevábamos nuestros guns. La escala que tenían las cosas había aumentado por completo. Había olas excelentes en la zona donde habíamos surfeado aquella tarde, pero el pico no era seguro. Las series aparecían mar adentro: franjas oscuras que se elevaban, amplias y compactas, desde la superficie azul celeste y avanzaban hacia nosotros, desde el sudoeste, arrojando nubes de vapor. Mientras se aproximaban, vi que nos costaba mucho mantener la posición. Yo remaba a toda velocidad hacia el sudeste, buscando aguas más profundas, inquieto por el tamaño del oleaje. Las olas eran tan grandes como las de mayor tamaño que yo había surfeado en Ocean Beach, pero eso había sucedido en otra vida en la que mi preparación física era mucho mejor. Había poca gente observándonos desde la

terraza del campanario, pero esta vez no silbaban, o a lo mejor era que el retumbar de las olas contra el fondo ahogaba por completo el sonido de los silbidos. Peter demostró tener mucho más valor, porque no remó a toda velocidad rumbo al horizonte cuando apareció una serie. Se dirigió hacia la pared exterior, que no estaba muy lejos de él.

El punto del takeoff era una cresta vasta y limpia, que no rompía con una fuerza excepcional, y la pared parecía lo suficientemente consistente, sin secciones peligrosas, a lo largo de todo el recorrido. Al final, Peter cogió una ola. Dando un grito, se puso en pie, cruzó el labio y desapareció durante un periodo de tiempo que se me hizo larguísimo. Por un momento, creí ver su rastro por la línea de la ola, pero no estaba muy seguro. Luego Peter salió a toda mecha por el escape más alejado, con los brazos levantados al cielo. Estaba exultante. Dijo que era acojonante. Fue una locura. Me acerqué al pico con el corazón desbocado y cogí dos olas. Los takeoffs fueron vertiginosos —hasta el punto de que casi provocaban náuseas—, pero el descenso no era demasiado vertical. Las paredes debían de tener unos seis metros (aunque nosotros, según nuestra forma de medir, habríamos dicho que tenían tres o cuatro). Surfeé con mucho cuidado, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Los trayectos eran largos y potentes; las paredes azules de las olas se desplegaban como vastos lienzos delante de nosotros. Cada vez que terminaba de surfear una ola, lograba deslizarme sin peligro sobre la tabla hasta llegar cerca de la rampa de botadura. Me alegré de estar usando un gun: poco a poco volvía a ganar la confianza de antaño. Pero en un momento dado Peter me dijo algo que me sorprendió: «Vámonos de aquí. La presión es excesiva».

Me alegró que nos fuésemos. Todavía tenía el pelo seco. Fuimos remando en paralelo a la costa, a lo largo de casi un kilómetro de aguas muy tranquilas, hasta que llegamos a Ponta Pequena. Las olas eran grandes —más de dos veces la altura de una persona—, pero no daban miedo. La zona del takeoff exterior de Pequena era manejable (con aquel tamaño no había nada sencillo, pero aun así el takeoff no

era difícil). Pequena tenía una ola muy rara. Cuando medía casi dos metros, no se estrechaba a medida que uno la iba surfeando, sino que en la zona interior, cerca de la cala de aguas muy poco profundas donde la habíamos surfeado por vez primera, se volvía de repente mucho más potente y rápida, mucho más impetuosa. Uno tenía que estar preparado para aquella súbita aceleración. Era como surfear desde Malibú hasta la costa norte de Hawái en una sola ola. Pero se producía una pausa antes de la transformación, y esa pausa te daba el tiempo justo para acomodarte al cambio a la máxima velocidad y para decidir qué trayecto ibas a seguir y por dónde ibas a salirte de la ola. A mí me estaba empezando a gustar mucho Pequena, justo por ese cambio de marchas mutante, y aquella mañana soleada, después de haber salido indemne de Jardim, estaba surfeando confiado, feliz y sin ningún miedo. Tal vez por eso me llevó un tiempo darme cuenta de que Peter había desaparecido. Habíamos surfeado por turnos, rotando; pero de repente yo estaba surfeando solo. Observé el canal y luego la zona de impacto. No estaba preocupado: Peter era un surfista fuerte y listo. La sensación de agudo peligro que había sentido un poco antes se había evaporado. Por fin logré verlo. Estaba en la orilla, más allá de los peñascos que marcaban el extremo inferior de Pequena, sentado junto a su tabla con la cabeza entre las rodillas. Fui remando hasta allí y llegué a la orilla.

Peter me hizo una señal con la cabeza y luego se puso a mirar el mar. No era la mirada de los mil metros, pero no le faltaba mucho. Por lo visto, había estado demasiado tiempo surfeando una ola y lo había atrapado la siguiente. Acabó engullido por la rompiente de la orilla, donde el invento que llevaba en el tobillo se quedó atrapado en una roca. Con la marea alta, y con el tamaño que tenían las olas, la rompiente de la orilla en Pequena era zona prohibida. Rompía sobre una pendiente de rocas sueltas de lava y luego se estrellaba contra un acantilado cortado en pico. Incapaz de liberar el invento o de llegar al tobillo para soltarlo él mismo con las manos, Peter se quedó atrapado en una posición peligrosísima. Fue arrastrado hacia el fondo y luego zarandeado una y otra vez. La mayor parte del tiempo estuvo

bajo el agua. No sabía cuántas olas le habían pasado por encima. Al final, cuando ya estaba seguro de que iba a ahogarse, el invento se rompió. «Ha sido un milagro —murmuró —. No tengo ni idea de por qué se ha roto».

Su tabla parecía mucho más magullada que él. Más tarde hizo algunos dibujos de su percance en la rompiente orillera de Pequena. Con títulos como Situación indeseable número 2, eran casi cómicos, pero los peñascos, las rocas y los acantilados de aquella costa agreste y desierta sobresalían amenazadores sobre el surfista narigudo amarrado a la roca.

Ya no éramos los únicos surfistas de Madeira. Poco después de nuestro primer viaje, un grupo de profesionales hawaianos visitó la isla. Pudieron surfear olas grandes, y en el magnífico reportaje que publicó una revista sobre su viaje, comentaron que Jardim era incluso mejor que Honolua Bay. De modo que el secreto estaba expuesto a la vista de todos. Hasta llegó a mis oídos que Mark Renneker había visitado Madeira y se había puesto un casco de moto para surfear en Jardim. En el mundillo del surf, Jardim tenía ahora no solo la categoría de una ola de primera, sino también la de ser una ola extremadamente rara: una rompiente con fondo de roca con olas gigantes, tal vez la mejor del mundo. Nadie sabía qué clase de marejada podía llegar hasta allí porque nadie había visto los tubos que allí se formaban. Los hawaianos se habían quedado pasmados por otra ola, un tubo rugiente que rompía muy cerca de la orilla en Paúl do Mar, el siguiente pueblo en dirección oeste. Desde Jardim se podía ver la ola —estaba al otro lado de Ponta Pequena—, pero había que cruzar la montaña para llegar hasta allí, y el camino era muy tortuoso.

Durante nuestra ausencia, un gran mural de la ola de Jardim, pintado por un surfista californiano —el mural desafiaba todas las reglas de la perspectiva—, había aparecido en plena praça. Y una multitud abigarrada de ingleses, australianos, americanos y portugueses de tierra firme había empezado a instalarse en el pueblo,

alojándose aquí y allá. Nos hicimos amigos de una pareja joven que había venido a pasar el invierno, Moona y Monica. Él era escocés, ella rumana. Se habían conocido en Bosnia, donde los dos trabajaban en organizaciones de ayuda a las víctimas de la guerra, y tenían un bebé, Nikita. Monica estaba traduciendo El paciente inglés al rumano. Moona, que había sido profesional del skateboard, era tan intrépido que estaba intentando convertir sus conocimientos de patinaje en habilidad surfera, surfeando por aquellas aguas traicioneras con resultados para todos los gustos. Eran una pareja encantadora que vivía por casi nada en una habitación alquilada frente al mar. Yo había hecho un reportaje sobre Bosnia, y Moona y Monica me dijeron que debía visitar Tuzla, la ciudad de las antiguas minas de sal en la que se habían conocido. Según me contaron, era un islote de antinacionalismo perdido en un océano de virulento nacionalismo. Fueron tan convincentes que, aquel mismo invierno, cuando volví al trabajo, seguí su consejo y me planté en Tuzla. Tenían razón. Era un lugar arrasado pero conmovedor desde donde observar la guerra que acababa de terminar y que había dejado en todos sus habitantes una terrible secuela de odio étnico.

Una mañana, media docena de nosotros nos fuimos a Paúl do Mar. Las olas eran de dos metros y medio, y su tamaño iba en aumento. En menos de media hora, Peter ya había roto el invento y se había hecho un corte en el pie, y un americano llamado James había recibido de frente el impacto del labio de una ola y se había roto un tobillo. Tuvieron que ir juntos al hospital de Funchal, la capital de Madeira, que estaba a tres horas de distancia. Dos días más tarde, también en Paúl, el pie se me quedó encajonado entre dos rocas de la orilla. Terminé en el mismo hospital, donde me hicieron una radiografía (resultado: negativo), y durante toda la semana siguiente tuve que surfear con el pie y el tobillo bien sujetos por esparadrapo para garantizar la estabilidad. Peter declaró que Paúl do Mar no era un spot para el surf, sino simplemente un lugar muy bonito donde había tubos para kamikazes. Yo no estaba de acuerdo; para mí, aquella ola era fascinante.

Pero extremadamente peligrosa. Además de la potencia desatada, había que contar con el peligro de la orilla. La mayoría de rocas tenían forma curva, pero la zona limítrofe con la orillera que había que cruzar para entrar en el agua era demasiado extensa, sobre todo cuando las olas eran muy grandes. Incluso cuando cronometrabas el tiempo cuidadosamente y esperabas a que se produjera un momento de calma, y luego dejabas que la ola fuera perdiendo fuerza hasta llegar a la orilla para, entonces, ponerte a correr como un loco con la tabla, atravesando los peñascos resbaladizos, aun haciendo todo esto, a veces no te daba tiempo a llegar a las aguas profundas donde podías ponerte a remar antes de que te atrapara la siguiente ola, que te arrojaba hacia atrás y te estrellaba contra las rocas, de modo que tu tabla, tu cuerpo, tu dignidad, todo, quedaba maltrecho, a veces incluso de forma muy comprometida. Lo que ocurría en aquella rompiente no era un problema normal de oceanografía. Parecía el resultado de unas leyes aritméticas equivocadas, como si el tiempo y la distancia no se ajustaran a los cálculos habituales por razones que solo tenían vigencia en Madeira. Yo nunca había visto una ola con una entrada tan peligrosa. Y eso que la salida, cuando había que volver a tierra firme, solía ser peor. La ola que surfeábamos estaba a apenas treinta metros de la orilla, así que yo a veces hacía una larga remada y atravesaba un espigón que había en el extremo oriental del pueblo, a fin de evitar aquella rompiente orillera.

Lo portentoso de aquella ola era la velocidad que se alcanzaba en su interior. En Paúl, el agua solía estar transparente, lo que causaba un efecto perturbador cuando uno hacía el takeoff. A veces, cuando cogías la ola y te ponías en pie sobre la tabla, e imaginando que todo iba a ajustarse al plan previsto, hacías un brusco giro a la derecha, el fondo no se movía en absoluto. Los grandes peñascos blancos del fondo no se habían movido de sitio, o incluso parecían haberse alejado un poco hacia atrás. Este efecto se producía porque se metía tanta agua en el hueco de la ola que, pese a la velocidad a la que avanzaba la tabla, uno estaba, en términos de tierra adentro, inmóvil por completo. Y este efecto, una vez más, no era una conducta

normal del océano. Pero unos instantes después de esta animación suspendida que te revolvía el estómago, de pronto empezabas a avanzar a toda velocidad a lo largo de la costa, y los peñascos del fondo se convertían en una blanca franja borrosa bajo el agua azul. Ibas tan deprisa que, en una ola que tuviera un buen ángulo con respecto al oeste, podías surfear durante cien metros sin que pareciera que te estuvieras acercando a la costa. Peter tenía razón: la ola parecía hecha para kamikazes. Era muy hueca, muy poco profunda y a veces rompía por todas partes a la vez. Pero la derecha de Paúl do Mar por sí misma, en mi opinión, valía el trayecto de ida y vuelta desde Nueva York. Una mañana gris cogí tres olas de aquellas, una detrás de otra. Al amanecer, Peter se había ido a la costa norte de la isla, tras haber hecho un pronóstico equivocado de las condiciones del viento y de las olas. El invierno anterior habíamos encontrado una ola en la costa norte que, por razones que ahora se han vuelto oscuras, llamábamos Madonna. Allí no habíamos visto surfear a nadie. Era una izquierda aterciopelada y protegida por el viento, que se formaba a los pies de un acantilado surcado por cascadas; una ola de mercurio, dulce y rápida. Cada día yo sentía su llamada y me preguntaba qué tal se estaría portando. Aquella mañana, por pura intuición, Peter se fue a Madonna. Estaba bastante lejos y aquel día había olas buenas en Paúl do Mar, y la primera regla del surf es que nunca debes alejarte de las olas que tienes delante, así que no me fui con él. Peter se fue con otro tío.

La orillera de Paúl tenía un aspecto demasiado aterrador para mí. Cogí el desvío agotador desde el este. El pueblo de Paúl era alargado, estrecho, polvoriento y semiindustrial; no tenía nada que ver con la aldea de casas con techos de tejas de Jardim, que se erguía sobre un radiante promontorio. Para empezar, Paúl apestaba. En el extremo oriental del pueblo, junto al muelle, olía muy fuerte a pescado. Y hacia el oeste, donde estaban las olas, el pestazo tenía un origen humano: la gente usaba las rocas de la orilla como letrina al aire libre. En la carretera de la costa se levantaban unas primitivas viviendas para trabajadores. Niños sucios y

semidesnudos abucheaban a los coches de los desconocidos. Algunas tardes, casi la mitad de la población adulta de Paúl parecía estar tan borracha que no se tenía en pie. Al cabo del tiempo me enteré de que la gente de Paúl consideraba a los habitantes de Jardim unos esnobs insufribles. Y a su vez, los jardimeiros creían que los paulinhos eran chusma. Los dos pueblos compartían, uno al lado del otro, kilómetro y medio de mar y estaban separados por una montaña. No había ningún otro asentamiento humano a la vista. Su rivalidad tenía siglos de antigüedad. Llegué a sentirme muy a gusto en los dos pueblos.

Aquella mañana gris, fui remando hasta muy adentro de la zona exterior y luego seguí remando en sentido paralelo a la costa. Quería ver lo que estaba haciendo la ola que tenía delante. Era grande, suave, puntiaguda, feroz. Había unos cuantos surfistas, jóvenes celebridades portuguesas del continente que usaban tablas diminutas. Me detuve y estuve surfeando un rato con ellos. Eran surfistas muy buenos, pero solo iban a lo seguro, surfeando los brazos de las olas que ya habían empezado a romper mucho antes de que pudiéramos verlas. A decir verdad, se conformaban con las migajas. Eran hermosas migajas, pero yo tenía mi gun. Estaba nervioso, si bien no amedrentado por el temor, ni siquiera cuando las secciones más compactas de las olas se abalanzaban hacia delante y explotaban en dirección a la costa. Empecé a moverme mar adentro, remando hacia el oeste. Las referencias de aquel pico eran dos chimeneas de ladrillo, pero las chimeneas no iban a servirme aquel día. El pico principal se había desplazado mucho más al oeste.

El pico en el que acabé surfeando no estaba muy lejos de la orilla. Estaba al oeste de un canal que yo no había visto: un tramo de mar picada donde había una fuerte corriente —una gigantesca cantidad de agua— internándose a toda velocidad en el mar. Tuve que desviarme un poco y remar muy fuerte para cruzar el canal, que no parecía seguir un contorno submarino. Como es natural, aquel río que corría por el fondo del océano había sido creado por la dinámica, por el ángulo y por el volumen del oleaje de aquella misma mañana. Más allá, descubrí una ola aterradora

pero fácil de entender, inusualmente fácil: un pico grande, limpio, rápido y en forma de herradura. Yo sabía adónde tenía que ir —al lugar donde las olas alcanzaban mayor altura—, y hacia allí me dirigí.

Con muy pocos minutos de diferencia, cogí tres olas, cada una en el corazón del pico. Eran olas de manual de surf: bajadas gigantes, tubos que te dejaban boquiabierto, brazos fáciles de surfear, trayectos no demasiado largos. El agua estaba turbia y revuelta; tenía un tono medio turquesa y medio gris, así que no pude ver, al hacer el takeoff, si los peñascos del fondo se habían alejado hacia atrás o no. Pero de todos modos, en lo profundo de mi corazón, yo sabía que algo iba mal con esas olas. El agua se metía demasiado rápido en el hueco y el labio se proyectaba con demasiada fuerza hacia el exterior. Para alguien que tuviera un mínimo de experiencia, las leyes físicas de aquella ola estaban mal calculadas. Estaba claro que era una ola demasiado poco profunda. Esas olas eran demasiado grandes para el volumen de agua en el que rompían. Por eso rompían con tanta violencia, y por eso me expulsaban hacia el escape como si fuera un juguete muy liviano. Intenté corregir aquellas leyes físicas de mal agüero surfeando con mayor agresividad, ignorando lo que me decía el instinto a la hora de hacer el takeoff, y sobre todo, usando bien la tabla adecuada. Eso fue lo más importante, la tabla adecuada. La tercera ola tenía una pared más larga que las otras dos. Fui marcando la línea más abajo, fuera de la cámara curva que creaba el tubo en el momento del takeoff, y fui desplazándome hacia una parte de la pared relativamente lisa, pero allí me golpearon las garras del espumón y salí despedido. Perdí el equilibrio y luego aparecí en una zona tranquila, muy cerca de la orilla, justo en medio de la gran corriente submarina. Vi mi oportunidad: remé todo lo que pude hacia la orilla y luego tuve tiempo de poner los pies por delante al chocar con las rocas, justo cuando me arrastraba una ola orillera que decidió —tras haber sopesado el asunto con suma arrogancia— salvarme la vida. La ola no se retiró con fuerza de la orilla, así que pude agarrarme a una roca, y unos segundos más tarde estaba en tierra firme, bajo

el sol ya débil, saludando a un grupo de niños que me habían estado observando desde un muro de cemento, gritando y silbando cada vez que surfeaba. Ahora los niños no decían nada. Me devolvieron el saludo sin mucho entusiasmo.

Fui caminando muy despacio por la carretera de la costa que cruzaba el pueblo. Iba descalzo y chorreando. Yo sabía que para los paulinhos era uno de esos nuevos estrangeiros —esos salvajes forasteros— que salían del mar con un artilugio muy endeble, pálido y con aletas. Nadie me dijo «Bom dia». Un muro alto y corroído por el salitre me impedía ver el mar. Vaya tres olas. Muy pocas veces en mi vida —o quizá nunca— había surfeado unas olas tan traicioneras. No valía la pena pensar en lo que me podría haber pasado de haber errado al hacer el takeoff, o haber resbalado o vacilado durante un segundo. En realidad, lo único que había hecho había sido surfearlas correctamente, tras haber logrado elevar mi nivel de agresividad al nivel de un surfista mucho mejor y más valeroso que yo. La buena suerte jugó su papel, sí, pero también lo jugó la larga experiencia acumulada. Yo sabía que aquellas olas eran letales, pero al mismo tiempo eran casi inmejorables; con el equipamiento adecuado y la técnica suficiente, uno podía surfearlas.

Estaba seguro de que iba a empezar a temblar y experimentar un bajón súbito de adrenalina que iba a dejarme con los nervios deshechos, ahora que ya estaba sano y salvo en tierra firme. Pero no ocurrió nada de eso. Me sentía tranquilo, fantásticamente bien, muy ligero sobre mis pies. Llegué a un pequeño café. Ya había estado antes allí, así que el dueño me dio a crédito un café y un bollo. Desde las empinadas escaleras del café podía ver el océano. Se veían unas grandes series que formaban tubos a lo largo de la costa; ahora eran mucho más grandes que antes. El canal de la corriente submarina había desaparecido. Así que yo había pillado un breve intervalo de olas grandes, bien organizadas y muy concentradas en un pico que ya no existía. Había tenido una suerte extraordinaria. Sentí la necesidad de ir a una iglesia, encender un cirio y arrodillarme frente al altar.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué estaba aquí? Era un adulto, un marido, un ciudadano lleno de responsabilidades solidarias en mi vida real, en la vida que tenía en América. Por Dios santo, tenía cuarenta y cuatro años y nunca iba a misa. Todo me parecía irreal, incluida la convicción de no creer en nada. Y aun así, la taza de café que tenía en la mano no temblaba. Muy al contrario, el café soluble que me pusieron tenía un sabor sublime.

En los primeros días de nuestra amistad, a menudo juzgué mal a Peter. Le invité a una inauguración en una galería del SoHo. Las obras expuestas eran de presos. «Sí, sí, arte marginal», comentó mientras observaba los cuadros. Ladeó la cabeza, se acercó un poco, se echó atrás, frunció el ceño. Intenté echarle un cable. «Da la impresión de que este tío ha visto demasiados Magritte», le dije.

Esta vez, Peter me frunció el ceño a mí. «No te pongas intelectualoide».

Me di cuenta de que, viéndolo desde su perspectiva, yo estaba juzgando las cosas a base de clichés. Pero él nunca se mostró descortés conmigo: esa clase de comentarios fue lo máximo que llegó a decirme.

Fuimos al loft que tenía en Murray Street, donde preparó margaritas («En Nueva York no saben prepararlos») y nos pusimos a ver vídeos de surf con su perro, un caniche de mirada despierta llamado Alex. En la planta baja había un bar de topless, el New York Dolls. La mayoría de clientes eran ejecutivos de Wall Street. Peter, el tío tranquilo, divertido y maduro que todavía patinaba por la calle y vivía en el piso de arriba y a veces iba con su álbum y se ponía a dibujar allá dentro, recibía un trato especial (cerveza barata, nada de barullo), y su trato preferente también se extendía a sus invitados. Cuando terminaban las sesiones de lap-dance, las chicas se dejaban caer para charlar un rato. Todas eran, según mandan los cánones, universitarias con unos pechos de infarto. Nadie lo diría, pero aquel local era sorprendentemente tranquilo y acogedor (Peter usó una palabra alemana para definirlo: gemütlich). El Nueva York de Peter estaba lleno de sorpresas. Al terminar

Bellas Artes, había empezado a trabajar en una gran agencia de publicidad —algo difícil de imaginar— antes de iniciar una exitosa carrera como freelance. Se había casado y se había divorciado. En su juventud se dedicó a la vida nocturna, y sus amigos de aquella época todavía hablaban del día en que vio a Cher en un club, la sacó a bailar y luego los dos juntos quemaron la pista de baile.

—Era Cher —insistió, cuando yo le planteé mis dudas—. ¡Fue la oportunidad de mi vida! —Su ironía tenía tantas capas superpuestas que a veces me costaba captarla.

Pero los días de vino y rosas se terminaron bruscamente cuando Alison y él encontraron una casita en un terreno que les gustaba en Ditch Plains. Los dos vendieron sus lofts y se mudaron a la casita con Alex. Construyeron un estudio al lado de la casa, dividieron el espacio en dos y, trabajando a pocos metros de distancia el uno del otro, siguieron haciendo ilustraciones sin parar. Tenían el océano al otro lado de la calle. Se compraron un kayak y empezaron a pescar lubinas rayadas, sargos, anjovas, platijas. Salían a buscar almejas por Napeague Bay y pescaban cangrejos por las salinas. Peter instaló un ahumadero en el cobertizo. Un año o dos después, parecía que los dos podían subsistir con lo que pescaban y cultivaban en el huerto. Se compraron una vieja barca de pesca que Peter arregló en el patio de su casa. Cuando llegó el frío y le impidió trabajar a la intemperie, levantó sobre la barca una cabaña prefabricada de planchas de metal. Yo solía visitarles con frecuencia. Cuando llegaban las olas de un temporal, me quedaba con ellos y Peter y yo nos íbamos a surfear por los ignotos y a menudo maravillosos arrecifes de rocas que había al este de Ditch. Peter y Alison se casaron durante una fuerte marejada del sur. La ceremonia se celebró en Montauk Point, en una ladera cubierta de hierba, bajo el faro. Fue al caer la tarde, en plena hora dorada, justo cuando una rompiente llamada Turtles, al sur de donde nos encontrábamos, estaba incendiándose de olas. Entre los invitados del novio había un montón de surfistas, la mayoría de Santa Barbara. Los californianos no podían creerse lo que estaban viendo en Turtles: era

como un día de olas grandes en Rincón. Todo el mundo procuraba prestar atención a la ceremonia, pero cada vez que alguien murmuraba la palabra «serie», todas las cabezas se giraban. Hubo algunas miradas ceñudas y algunos golpecitos discretos propinados con tacones afilados, pero cuando la ceremonia terminó, hasta Alison se rio.

Peter Spacek y Alex, Montauk, 1998, con una lubina rayada pescada en un kayak. En el convite, en el patio de la casa de Peter y Alison, la orquesta tocó Up, Up, and Away. A la gente (a mí el primero) le empezaron a chirriar los dientes creyendo que se había producido un error. «¡Es nuestra canción favorita!», graznó Peter mientras bailaba con su mujer. Tal vez lo cursi se estaba convirtiendo ahora en lo más moderno. Peter llevaba un traje singular: pantalones ajustados de cuero con encajes delanteros, botas puntiagudas, una camisa de pirata con una especie de gorguera. «No veo por qué la novia tiene que ser la única que se pone sexy», me dijo. Caroline me confirmó que el aspecto de Peter era colosal. Tenía la complexión típica del surfista: cintura estrecha bajo un enorme triángulo de músculos dorsales. Caroline lo estuvo observando mientras bailaba, y a partir de aquel día empezó a llamarlo «Caderas de Serpiente». Nos regalaron unas tazas conmemorativas en las que se veía una pareja, los dos con monos impermeables, los dos con cañas de pescar en la mano, los dos echándose hacia atrás de un salto, los dos mordiendo el anzuelo. El dibujo era bueno pero inquietante, y estaba hecho con un estilo artístico que combinaba el de Alison y el de Peter.

A finales de aquel año, después de Acción de Gracias, los cuatro nos fuimos a pescar en su renovada barca de pesca. Hacía un frío tremendo. Fuimos hasta una zona pesquera que Peter conocía bien, de aguas grises y muy oscuras, a unos cuantos kilómetros al noroeste de Montauk Point. Me explicó cuánto carrete debía soltar: los peces que buscábamos estaban en el fondo. El viento soplaba con fuerza, y cada salpicadura que se metía por la borda se convertía al instante en hielo sobre cubierta. Caroline y Alison se acurrucaron en la garita del timonel e intentaron

calentarse con un termo de té bien regado de alcohol. Al fin, poco antes de que anocheciera, Peter y yo pescamos dos cabrillas negras de buen tamaño. Yo tenía la cara entumecida por el frío. Nuestras manos eran dos mazas inútiles. Subimos los peces a la barca y luego volvimos, victoriosos, al puerto de Montauk. Aquella noche, en casa, limpié mi pescado, que todavía se agitaba y revolvía. Demasiado cansado para cocinar, lo metí en la nevera. Horas después, oímos a la cabrilla dando golpes dentro del refrigerador. Peter y yo seguíamos peregrinando a Madeira. Pero la fidelidad de Peter empezó a flaquear: se pasaba la vida diciéndome que deberíamos intentar ir a otro sitio. ¿Por qué tenía que repetirme aquello? Me recordaba lo que había pasado en nuestro primer viaje a Madeira, cuando Peter y Alison estuvieron a punto de volverse de improviso al continente. Cada vez que tenían tiempo y dinero, los dos emprendían grandes expediciones de pesca (a Christmas Island, en el Pacífico central; a las Bahamas a pescar macabí). Peter decía: «Es bueno probar cosas distintas». Pero yo no quería. Yo quería repetir lo mismo: Madeira. ¿Cuándo me había convertido en aquel quejica que no soportaba los cambios?

Bien es cierto que yo tenía buenas razones para volver una y otra vez. Una era la portentosa calidad de las olas, aparte de su siniestro potencial, cosa que las hacía completamente distintas de todo lo que conocíamos. Y eso que surfear allí seguía siendo muy complicado: todavía no sabíamos, ni de lejos, superar los desafíos a los que nos enfrentábamos. Además, Madeira se estaba convirtiendo en un destino muy popular en el mundo del surf. Cada año había más surfistas. Muy pronto sería imposible surfear allí porque se echaría a perder, igual que Bali y otros muchos destinos habituales dispersos por el mundo. Ya se hablaba de una competición de olas grandes que podría celebrarse en Jardim, con grandes empresas como patrocinadores y un buen premio en metálico. Esos rumores y esas señales de cambio me llenaban de aprensión. Por eso teníamos que volver a surfear allí, antes de que todo se fuera a hacer puñetas.

Los mayores defensores del surf en Madeira eran los portugueses del continente. La isla se había convertido en su Hawái particular, en su propia costa norte. Cada vez que había olas, los profesionales portugueses se plantaban en la isla. Un tío muy joven, Tiago Pires, poseía un talento especial. Tenía huevos de acero y acabaría haciendo una admirable carrera en el mundo del surf profesional; fue el primer (y único) surfista portugués que llegó a participar en el circuito profesional de surf. Las revistas portuguesas de surf no paraban de hablar de Madeira. Destacaban el nombre en las portadas y publicaban artículos elogiosos sin ninguna clase de discreción. Madeira se estaba poniendo de moda. El primer póster de la isla que vi, en el desplegable de una revista, mostraba a un profesional del continente surfeando una ola gigante de color verde en Jardim. El pie de foto decía: «La ola más grande jamás surfeada en territorio nacional portugués». El póster llevaba el título Heróis do Mar.

Peter comprendía la urgencia de surfear en Madeira antes de que, como decíamos nosotros, «la cosa petara». Pero también comprendía —cosa que yo no hacía— que muy pocos surfistas estaban dispuestos a meterse en las olas de Jardim o de Paúl. A unos cuantos conocidos suyos de Montauk, que él creía que podrían interesarse por la isla, les había enseñado el primer artículo sobre Madeira que salió en Surfer. A ninguno le llamó la atención: las olas eran demasiado amenazadoras. Yo era el único que había picado el anzuelo. Al principio, pensaba que las fotos eran fantásticas, ahora me parecían engañosas. Sin las rocas y los acantilados, sin el terror que inspiraban, nadie podía entender nada de los picos de Madeira. Yo ahora me sentía ligado a esos lugares, pese al miedo que inspiraban. Peter tenía una relación menos obsesiva con esos picos. Podía mantenerla a distancia porque él tenía menos miedo.

Peter era eso que los surfistas solían llamar (algunos aún lo hacen) «un tío con un par». Siempre había habido tíos así, por lo general surfistas de olas grandes, que de modo informal, sin llamar la atención, hacían cosas que resultaban muy difíciles

de creer. Recuerdo haber oído decir en Hawái que Mike Doyle y Joey Cabell, dos estrellas del surf de mi juventud, habían recorrido a nado toda la costa de Na Pali en Kauai. La costa de Na Pali es una zona salvaje de veinticinco kilómetros orientada al noroeste, en el área donde se forman las mayores tormentas del Pacífico. Recorrer la costa a nado les llevó tres días y no llevaban nada más que bermudas y gafas de buceo. Solo se llevaron un cuchillo para arrancar lapas y moluscos de las rocas. Lo hicieron por pura diversión, solo por ver qué había por ahí. Esos dos tíos «tenían un par», cosa que explica por qué lo hicieron y también por qué lograron sobrevivir.

Peter estaba hecho de la misma pasta. Zarpaba en su kayak hacia Amagansett, que estaba a veinte kilómetros de Ditch Plains en dirección oeste, y se ponía una caña en el hombro para ver si podía pescar algo; o se subía a un bacaladero en invierno para ir a pescar en los pecios de Block Island. Una vez se clavó un triple anzuelo en la mano y fue conduciendo él solito hasta el hospital de Southampton, a cuarenta kilómetros de distancia. Casi siempre a solas, surfeaba en los días de olas más grandes que nadie había visto en Montauk, y las historias que contaba de esas sesiones, si uno le pedía detalles, eran cómicas, vívidas y repletas de burlas hacia sí mismo. Sabía convertir un episodio de pesadilla en una historia tremendamene divertida. Una tarde de olas grandes en Jardim, se cayó en un takeoff que emprendió demasiado tarde y estuvo a punto de sufrir un doble revolcón. Según me contó, pasó tanto tiempo sumergido antes de lograr salir a flote que ya se había despedido de todos sus seres queridos. En un dibujo que vi algún tiempo después, allí estaba la conocida figura del atribulado, narigudo y melenudo antihéroe sumergido bajo la ola monstruosa; de su cuerpo salían unos perplejos bocadillos de pensamiento en los que podía verse a Alison y a un caniche muy preocupado.

Cuando yo vivía en San Francisco, Mark Renneker y Peewee Bergerson eran los tíos «con un par». Eso hacía que mucha gente estuviera fascinada por ellos. Por supuesto que todo aquello era como una historia de aventuras para niños: estúpida desde casi todos los puntos de vista, pero surfear olas que te exigen un verdadero

coraje y una gran habilidad sin vanagloriarte es algo que requiere carácter. En el surf profesional hay cada vez más tíos «con un par» que tienen publicistas que van elogiando sus hazañas por todas partes. El surf genuino no tiene nada que ver con eso.

Peter se trajo a dos viejos amigos a Madeira. Me cayeron bien, pero seguía desconcertándome la actitud desenvuelta de Peter, algo así como «Venga, tíos, vamos todos a pasárnoslo bien». Procurando que nuestros viajes coincidieran con periodos de buenas olas, yo intentaba predecir las condiciones de Madeira, y para ello reunía toda la información posible sobre los partes meteorológicos de las áreas marinas y llevaba un control obsesivo de todas las tormentas del Atlántico. Seguía su trayectoria desde Islandia e Irlanda hasta el golfo de Vizcaya, e iba anotando la máxima velocidad diaria del viento y las mínimas de presión atmosférica, de modo que pudiera tener una previsión fiable de las condiciones en el sudoeste de Madeira. También llamaba a José Nunes para pedirle informes sobre el estado de las olas en Jardim. José era un hombre muy ocupado que tenía muchas otras cosas que hacer aparte de irse a la orilla a mirar olas; y además no conocía el vocabulario especializado que pudiera explicármelas bien. Pero hacía todo lo posible para hacerme ver que me estaba equivocando por completo. Todo esto ocurría antes de la época de las previsiones globales de olas por internet, que convirtieron en innecesarios mis precarios esfuerzos.

Así que Peter y yo no sabíamos nada de las olas gigantes que se iban aproximando a Madeira en aquella tarde de invierno de 1997 en Jardim do Mar. Yo llevaba surfeando desde el amanecer, en Paúl y en Pequena, y estaba temblando de agotamiento cuando vi que una serie magnífica se acercaba a Jardim. Ya era tarde, pero ni se me pasó por la cabeza no coger aquellas olas. No sabía dónde estaba Peter. No había nadie en el agua, así que era difícil calcular el tamaño. Llevaba mi gun, una decisión que resultó la más acertada. Las olas eran rápidas, potentes, de color verde botella y de unos cuatro metros. Las ráfagas de viento de tierra

esculpían las paredes. Cogí dos o tres olas. El agotamiento desapareció con el primer subidón de adrenalina. Cuando iba a toda velocidad por una ola muy larga, vi que otro surfista remaba cerca del lomo de la ola y estiraba el cuello para averiguar lo que había en el interior del hueco, donde yo estaba intentando mantener la trayectoria por la parte superior de la pared. Era Peter.

—Sabía que tenías que ser tú —graznó—. Desde la rampa no podíamos ver quién era esa silueta diminuta.

Si uno miraba hacia el oeste, en dirección a las olas, el fuerte resplandor del sol no te permitía ver nada. Me alegró muchísimo ver a Peter en el pico. Su compañía hacía que las olas parecieran menos terroríficas. Sus dos amigos se habían quedado en la orilla.

—Parece que hoy tenemos unas buenas hijas de puta por aquí —dijo.

Fuimos remando muy deprisa para esquivar una serie de olas mucho más grandes que las demás. La marejada parecía ir en aumento. Volvimos al pico y los dos cogimos unas olas muy buenas. No eran olas típicas de Jardim —aquel día hacía demasiado viento—, pero sí eran olas grandes y rápidas que te ponían los pelos de punta. Tal vez Peter tuviera razón y al final nadie quisiera surfear en Madeira. Las olas daban demasiado miedo.

Pasó otra serie de olas más grandes y tuvimos que hacer otra larga remada en dirección sur. Luego Peter cogió la ola más grande, y recuerdo haberlo visto desaparecer por la cresta iluminada al trasluz, cinco o seis metros verticales por encima de mí, mientras yo me zambullía en el siguiente flanco de la ola. Fue un trayecto peligrosísimo, pero conseguimos hacerlo. En la zona exterior, un pequeño barco de pesca pasaba cerca de nosotros. Se había acercado peligrosamente a las olas, pero había media docena de pescadores en cubierta observándonos con atención.

—Creen que estamos locos.

—Tienen razón.

No se nos ocurrió que aquellos pescadores, que conocían bien las condiciones de las olas, se estaban ofreciendo para recogernos y llevarnos a buen puerto, dejándonos en cualquier sitio que estuviera al este de allí. Les saludamos, respiramos hondo y volvimos remando a la zona del takeoff, intentando encontrar la referencia del campanario para alinearla con un tramo concreto de acantilado. Esas eran las referencias del pico. El barco de pesca se alejó de nosotros.

Fueron llegando series cada vez más grandes que nos desplazaron hacia el sur. Ahora empezaban a romper en una zona nueva, más arriba del pico, y se elevaban con una consistencia que yo no había visto nunca en Jardim. Mientras remábamos junto al flanco de una ola gigantesca, Peter gritó: «¿Qué dice Brock Little? ¿Tenemos que mirar o no?».

No entendí lo que decía. Brock Little era un surfista hawaiano de olas grandes. Ahora estábamos muy lejos de la zona normal del takeoff en Jardim. El sol se estaba poniendo. «Dice que tienes que mirar el hueco de la ola y ver lo que está haciendo, así tú también sabrás lo que tienes que hacer», dijo Peter. «O bien no miras nada, sigues pensando en positivo, no piensas en lo que la ola podría hacer contigo y solo piensas en que te vas a follar a todas las putas olas que te encuentres».

Preferí no mirar. Las dos últimas olas habían sido verdaderamente aterradoras. Cuando empezaron a romper, el estruendo que hicieron fue como el choque de dos trenes de mercancías.

—Tenemos que acercarnos si queremos coger alguna —dije—. Mira dónde estamos.

Peter me dio la razón. Estábamos lejísimos de la orilla. Empezamos a remar hacia el pico, mirando hacia atrás cada vez que dábamos una brazada. Apareció una

serie de olas de mediano tamaño. Peter agachó la cabeza y se puso a remar con todas sus fuerzas. Se alejó muy deprisa de allí. Yo, sin embargo, volvía a notar el agotamiento, que ahora se mezclaba con la congoja del miedo. Miré de nuevo hacia atrás. Se estaba acercando una ola muy grande. Yo estaba más o menos bien situado. Supuse que Peter había cogido la ola anterior y no me hacía gracia quedarme solo tan lejos de la orilla. Empecé a remar con todas mis fuerzas. Cuando la ola empezaba a elevarme, una olita que venía en sentido lateral chocó con el canto de la tabla y me desequilibró.

Logré seguir remando. Oí gritar a Peter. No podía verlo, pero creo que me gritaba: «¡Sigue, sigue!». La ola parecía querer librarse de mí y yo no conseguía meter bien la tabla en la ola. Entonces me di cuenta de que Peter me estaba gritando: «¡No, no!». Giré a la derecha, agarré el canto izquierdo de la tabla y me metí de lado por la pared de la ola. Conseguí llegar hasta la cresta, pero enseguida me derribó una montaña de espuma que venía desde la costa, justo cuando la ola se elevaba y empezaba a romper a unos pocos metros de mí, en dirección a la orilla.

Cuando se aclaró la neblina, vi a Peter a lo lejos, en dirección sudeste, remando hacia el sur, pero en sentido mar adentro, por suerte para mí. El horizonte, por el sudoeste, se había oscurecido por completo a causa de una serie monumental que se aproximaba. Todavía estaba bastante lejos. Empecé a remar hacia el sudeste, combatiendo el pánico y procurando no sufrir un ataque de ansiedad.

Logramos pasar sin problemas las olas de la serie. Pero eran las olas más grandes que yo había visto jamás desde una tabla de surf. Peter, cuando por fin dejamos de remar, dijo una cosa muy rara: «Como mínimo, sabemos que el océano no puede crear olas más grandes que esas». Yo sabía lo que quería decir, porque así era exactamente como uno se sentía. Pero también sabía que Peter no tenía razón: el océano podía crear olas muchísimo más grandes, y a este paso probablemente lo haría en muy poco tiempo. Sin embargo, la idea era demasiado horrible como para

tenerla en cuenta. Lo mejor era pensar que las olas habían alcanzado un límite científico insuperable.

—¿Te acuerdas de la ola en la que estabas remando?

Claro que me acordaba.

—Parecías una hormiga. Y la ola te estaba chupando hacia atrás, como si no estuvieras remando. Tu tabla parecía un palillo. Ni siquiera estabas mirando hacia atrás.

Era verdad. Yo había decidido, renunciando a todo criterio lógico, dejar de mirar hacia atrás. Ahora sabía por qué Peter me había gritado «¡no!».

Nuestras tablas eran guns 8′0″, pero con olas de ese tamaño eran tan inútiles como un patinete. Eran demasiado pequeñas.

El sol se había puesto.

—Vamos remando hacia la rampa —propuse—. Jamás vamos a poder coger una de esas olas.

Empezamos a remar hacia el sudeste, alejándonos de las olas, y luego fuimos hacia el este en sentido paralelo a la costa. En el pico se veían olas muy grandes, pero de momento ninguna serie tenía las proporciones apocalípticas —capaces de oscurecer el horizonte— de las que habían llegado poco tiempo antes. Había gente observando desde la terraza del campanario de Jardim do Mar y también en el muro que había junto a la rampa. Era como en los viejos tiempos, salvo que ahora debía de haber bastantes surfistas extranjeros entre los mirones, y si alguien nos ayudaba gritando, nos resultaba imposible oír los gritos, porque las olas hacían demasiado ruido, y nosotros estábamos muy lejos de la orilla. Y por otra parte, aunque no puedo hablar por Peter, yo tenía un miedo mortal.

Empezamos a remar en sentido oblicuo hacia la rampa. Las turbulencias se estrellaban contra las rocas que había debajo del pueblo. Orientamos las tablas en dirección a las rocas, sabiendo que las corrientes nos arrastrarían costa abajo antes de que pudiéramos alcanzarlas. Aun así, no supimos calcular bien el nivel de violencia continua que reinaba en la zona de impacto ni la potencia de la corriente que nos llevaba hacia el interior. Intentamos sincronizar nuestros periodos de aceleración, moviéndonos entre series de mediano tamaño, pero no conseguíamos avanzar a través de las corrientes y los remolinos. De repente, el pueblo empezó a quedar atrás. Aún estábamos a unos cincuenta metros de la orilla. Oíamos gritos de la gente. Pero sin que pudiéramos hacer nada, ya habíamos dejado atrás la rampa y ya no teníamos ninguna esperanza de llegar a la orilla. Oí a Peter que gritaba: «¡Hacia fuera!». Los dos giramos y empezamos a remar a toda velocidad mar adentro.

Ahora estábamos en otro mundo, en algún lugar al este de Jardim. Las olas que se aproximaban hacia nosotros no formaban parte del gran pico que rompía sobre las rocas. Eran olas gigantes, sin forma, orilleras, que levantaban una nube de vapor mientras avanzaban a toda velocidad hacia los acantilados y las rocas. Aquella costa era un misterio para nosotros. El viento ni siquiera soplaba de tierra. La superficie del mar estaba picada y tenía un color gris. Parecía que la serie se nos iba a desplomar sobre la cabeza. Sin decir nada, nos separamos: no queríamos recibir juntos un revolcón o quedarnos enredados debajo del agua. Tres olas rompieron encima de nosotros. Los dos soltamos las tablas y nos zambullimos lo más hondo que pudimos. Los inventos resistieron y conseguimos esquivar las rocas. Cuando pasó la serie, fuimos remando poco a poco hacia la costa. —Estábamos tan machacados que no podíamos articular palabra. Yo parecía tener dos tubos rellenos de plomo colgando de los brazos.

Dejé de remar.

—Volvamos por aquí —dije.

Peter se sentó sobre la tabla y se puso a observar la costa.

—Imposible —dijo.

—Lo voy a intentar.

—No puedes.

—Me arriesgaré.

—Te vas a matar.

Yo tenía la idea de que terminaría herido, sí, pero al menos no me mataría. Ahora ya solo quería regresar a la orilla antes de que se hiciera de noche. Ya no tenía brazos. Ni siquiera era capaz de observar la costa. Sabía que la costa al este de Jardim era singularmente escarpada y desierta. Estrellarme contra las rocas y luego intentar ascender por un acantilado sería, como mínimo, un asunto peliagudo. Pero yo prefería eso a ahogarme.

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Volver remando a Jardim.

—No puedo. Ya no me quedan brazos.

—Estaré a tu lado.

Aquel plan de salvamento no había sido estudiado al detalle. Era una idea más bien improvisada. Pero en aquellas condiciones yo confiaba en el buen juicio de Peter mucho más que en el mío.

—De acuerdo.

Empezamos a remar hacia el oeste por aguas revueltas, agitadas y casi oscuras. Poco a poco, mis brazos volvieron a la vida. Peter, que era mucho más

fuerte, fue manteniendo pacientemente el mismo ritmo que yo. Era imposible saber si estábamos avanzando o no. La costa que teníamos a la derecha era una mancha negra. Se veían las luces de Jardim, pero estaban aún muy lejos. Orientamos las tablas unos cuarenta y cinco grados por encima de las luces. Confiábamos en no haber quedado atrapados por la corriente que fluía hacia la costa. Estábamos, sin lugar a dudas, muy lejos de la orilla. Grandes olas pasaban por debajo de nosotros y luego explotaban, veinte o treinta segundos más tarde, en la zona interior. También era muy difícil calibrar si las luces del pueblo se estaban acercando. Pero luego vimos unas luces más pequeñas que parpadeaban más abajo. Eran linternas. Así que estábamos acercándonos, y además la gente sabía que estábamos todavía en el mar. En aquella parte no había guardacostas, pero me alivió bastante ver las linternas.

Nuestro plan era prácticamente una locura, pero habíamos decidido llevarlo a cabo sin discusión. Iríamos remando hasta llegar más arriba del pico, luego nos separaríamos para evitar un choque, y esta vez nos meteríamos de nuevo un poco más abajo del pico. Ya no podíamos ver las olas, pero cuando llegaban —cuando oíamos que llegaban— no hacíamos nada para esquivarlas. Al contrario, nos quedábamos en la superficie, confiando en que la corriente nos arrastrase hacia la orilla. El objetivo era chocar con las rocas que había un poco más arriba de la rampa.

Funcionó. Tras una larga remada, durante la cual oímos como las series, una detrás de otra, estallaban en la zona interior, y mientras las linternas del espigón seguían moviéndose valerosamente, trazando líneas verticales que pudieran guiarnos a la orilla, giramos, nos deseamos buena suerte y empezamos a remar hacia el campanario. Yo no vi la ruta que cogía Peter. Ya solo podía remar hacia la orilla mientras procuraba respirar hondo, a intervalos regulares. Cuando entré en la zona de impacto me di cuenta de que el olor del agua cambiaba: era el olor espumoso del fondo del mar. Había llegado más lejos de lo que me imaginaba cuando oí el estruendo de la primera ola de una serie. Apenas quedaba una brizna

de luz en el cielo de poniente que me permitió ver un oscuro muro de agua que se elevaba por detrás y estaba a punto de abalanzarse sobre mí.

Desprenderme de la tabla y quedarme en la superficie era algo muy extraño y que iba en contra de todos los instintos de un surfista, ya que la violencia del impacto de la ola, cuando uno adoptaba esa posición tan vulnerable, era simplemente brutal. La ola me hizo girar muy deprisa, y luego me arrastró con tanta fuerza que me hizo chocar de cara contra el fondo. En circunstancias normales habría colocado un brazo por delante para protegerme, pero ahora procuraba convertirme en un proyectil y dejaba que la ola me impulsase hacia donde le diera la gana. Recibir un golpe en la cara, en plena oscuridad, me dejó un tanto en shock, pero el impacto fue en la frente y no excesivamente violento; además, una parte importante de mi desconcierto se debió a que acababa de descubrir que no me hallaba en aguas profundas. Quizá estaba bastante cerca de la costa. Cuando al final logré salir a la superficie, vi las luces del pueblo justo por encima de mí. El estampido de las turbulencias que se estrellaban contra las rocas sonaba horriblemente cercano, algo que al mismo tiempo era tranquilizador. Dejé que la siguiente ola me golpeara de la misma manera tan poco natural. Me arrojó contra las rocas y luego me arrastró hacia atrás. Me atrapó la corriente que fluía hacia la costa. Me llevó rápidamente hasta muy cerca de la orilla, haciéndome rebotar entre las rocas. Llegó otra ola y me estrelló contra las algas que había sobre la rampa. Atrapado por la violencia del oleaje, me resbalé sobre la superficie musgosa de la rampa y volví a caerme en la oscuridad del agua. Oía gritos de gente que me había visto pasar. También oía los golpes sordos de mi tabla, que todavía estaba sujeta a mi tobillo. Después, la corriente, bloqueada por el muro de la rampa, perdió fuerza a medida que la resaca de la rompiente orillera se retiraba. Logré agarrar una roca con el brazo, me aferré bien y sentí que el agua, ahora debilitada, me dejaba libre. Me di la vuelta, logré sentarme sobre la roca y conseguí arrastrar la tabla. La así bajo

el brazo, y ascendí al socaire de la rampa. Y allí estaba Peter, tambaleándose sobre la misma rampa musgosa con su tabla bajo el brazo.

«Vosotros, los surfistas, no respetáis a vuestros padres, no respetáis a vuestra familia ni a vuestros amigos. Os metéis en el agua y arriesgáis la vida en medio del mar embravecido, ¿y para qué? No respetáis a este pueblo, en el que muchas generaciones de pescadores han arriesgado su vida en el mar para alimentar a sus familias. La gente, aquí, ha perdido la vida y ha perdido a sus seres queridos en el mar. ¡No les tenéis ningún respeto!».

Así eran los insultos que una vieja de Jardim (en mi traducción) dirigía a un grupo de cuatro surfistas portugueses en el espigón que había junto a la rampa, justo cuando acababan de intentar meterse en el agua en un día de olas muy grandes. No lo habían conseguido, y después de que se les rompieran las tablas y los inventos, habían sido arrastrados a la orilla, tundidos y vapuleados. Yo estaba allí cerca y pude oír a la vieja. Eso ocurrió dos años después de nuestro propio Götterdämmerung a la puesta de sol. Aquella noche nadie nos había dicho nada, pero luego me enteré de que todo el pueblo compartía los sentimientos de la anciana. Había excepciones: José Nunes elogiaba la valentía de algunos surfistas, sobre todo la de un goofy de Nueva Zelanda llamado Terence. Pero casi todos los habitantes del pueblo se habían hartado (si no se habían horrorizado ya) del surf, dejando aparte los escasos beneficios económicos que dejaban los surfistas.

Peter no volvió a Madeira. Tenía «un par», pero no había dejado pasar los avisos que nos habían enviado nuestros percances casi mortales. Cuando le pregunté, algún tiempo después, por qué había dejado de ir a Madeira, me contestó: «Al final las cosas sucedieron tal como yo había querido, pero aquella noche lo habría echado todo a perder, y encima habría entristecido a mucha gente». Yo podría haber dicho lo mismo. De hecho, lo debería haber dicho. Pero yo no tenía las cosas tan claras. Y por eso no me había despedido aún de Madeira.

Me alojaba en una habitación en el extremo de Jardim. Mi casera, Rosa, vivía en el piso de abajo. Tenía veintitantos años y había nacido en el pueblo. Su marido vivía en Inglaterra y trabajaba en un restaurante de comida rápida en el aeropuerto de Gatwick. Rosa tenía dos habitaciones que alquilaba a surfistas. Las dos eran pequeñas y espartanas, pero daban directamente a la gran ola. Los ocho dólares la noche que yo pagaba no parecían aliviar mucho la situación familiar. La madre de Rosa vivía con ella y las dos caminaban por la montaña, hasta llegar a la carretera que iba a Prazeres —una caminata agotadora que duraba una hora—, para ahorrarse los pocos escudos que costaba el billete de autobús. Como todos los madeirenses de las zonas rurales, tenían unas piernas formidables.

Jardim, a pesar de su belleza, era un lugar melancólico y malhumorado. Había viejas disputas familiares. Había una mujer barbuda que estaba mal de la cabeza y que iba siempre descalza. Según me contaron, en su juventud había sufrido abusos sexuales por parte de hombres y adolescentes. Una noche se cayó por el acantilado, cerca de la ola, y se estrelló de culo contra las rocas. Murió en el acto. Mucha gente creía que se había lanzado al vacío. Había una mujer joven, inteligente y frustrada por la vida del pueblo, que se metió furiosa conmigo por ir andando por la costa, bajo los acantilados, hacia Ponta Pequena. A su hermano, según me dijo, lo había matado un desprendimiento de rocas en aquella parte de la costa. Un orujo de caña casero fabricado en el pueblo, llamado aguardente, iba pasando factura a los habitantes, especialmente a los hombres sin trabajo.

La única familia realmente próspera eran los Vasconcellos. Eran los antiguos caciques de Jardim. Los miembros de la familia vivían ahora en Funchal o en Lisboa, pero habían sido los dueños del pueblo durante siglos. Todas las tierras de Madeira habían sido divididas y entregadas, junto con los siervos y esclavos que vivían en ellas, a las facciones y a los individuos que formaban parte de la mitad inferior de la larga lista de cortesanos de la corona portuguesa. Los viejos habitantes de Jardim recordaban los tiempos en que los lugareños tenían que transportar por las

montañas, en unas parihuelas, a los curas y a la gente rica. Eso era antes de que se construyera la carretera que iba desde Prazeres, en 1968. Había un cura muy gordo que provocaba el espanto de todos cada vez que anunciaba una visita. Y la historia de la isla se hacía más y más oscura a medida que uno se iba remontando en el tiempo.

La quinta —la mansión— de Jardim pertenecía a los Vasconcellos. Era una casona laberíntica que se caía a pedazos y que tenía su propia capilla. La quinta era con diferencia la casa más grande del pueblo. Un año, el concejo municipal reunió el valor suficiente para solicitar a los dueños el permiso para construir un campo de fútbol en unos terrenos pertenecientes a las plantaciones de bananos de la familia. No había ningún otro terreno en Jardim que fuera lo suficientemente grande o que tuviera la pendiente adecuada para ser un campo de fútbol, y todos los demás pueblos — incluso el cochambroso Paúl do Mar— tenían su propio terreno de juego. Los dueños de la quinta, o quizá sus abogados, contestaron que no. «Não». Así que una noche, no mucho después, alguien se coló a escondidas en los campos de bananos de la quinta y fue talando todos los árboles. El invierno siguiente, cuando volví a Jardim, no se habían vuelto a plantar. Rosa sonrió con aires de suficiencia cuando le pregunté por los bananos. En su opinión, plantarlos de nuevo solo iba a servir para inspirar más casos de vandalismo. No me quedó claro si consideraba el ataque a los bananos una revuelta campesina justificada, o si por el contrario le parecía un acto vergonzoso y destructivo. En realidad, nunca pude llegar a averiguar lo que la gente de Jardim pensaba en materia de política. Por principio, yo despreciaba a la familia de la quinta. Quizá ayudara a ello que no hubiera conocido a ninguno de sus miembros.

Aquel otoño me habían enviado de corresponsal a la guerra civil de Sudán. En los días sin olas, me sentaba frente a una mesita plegable, en mi habitación, y me ponía a escribir sobre la geopolítica del río Nilo, las hambrunas, la esclavitud, las versiones políticas del Islam, los nómadas que se dedicaban al pastoreo y mis viajes

con guerrilleros sudaneses por las zonas liberadas y terroríficas de Sudán del Sur. También me pasaba muchas horas mirando por la ventana el océano revuelto. Aquel año nos habían asaltado los vientos del sudeste («el pedo del diablo», los llamaba un surfista de Cornualles). Con la bajamar, los lugareños cogían lapas en las rocas. Había un enano, Kiko, que también iba a coger lapas, pero tenía las piernas demasiado cortas para subirse a las grandes rocas resbaladizas y era doloroso contemplar los esfuerzos que hacía. Pero cuando subía la marea, Kiko hacía pesca submarina frente a la ola y entonces se hallaba en su elemento. Las aletas de buceo y las gafas parecían enormes en comparación con su cuerpo musculoso y recortado. Kiko desaparecía bajo el agua durante minutos enteros —o eso parecían—, y la gente decía que se metía en las grietas donde se ocultaban los pulpos. Nacido y criado en Jardim, Kiko se conocía todas las rocas que había en el agua. Vendía sus capturas a un café del pueblo, el Tar Mar, donde sus pulpos eran la especialidad de la casa. Yo los comía con frecuencia.

Me gustaba observar los movimientos de los pequeños barcos de pesca que faenaban en la empinada plataforma marina que había frente a Jardim. En las noches tranquilas los barcos se quedaban en alta mar, con las luces amarillas taladrando la oscuridad bajo un manto de estrellas. El himno nacional portugués es Hérois do Mar. Y Os Lusíadas, el poema épico del siglo XVI que ocupa un lugar de honor en la literatura del país, es una epopeya oceánica tanto por su ritmo como por su temática, ya que celebra el viaje de Vasco de Gama a la India en más de mil estrofas en octavas reales. El poema es demasiado recargado y barroco para el gusto moderno, pero es una maravilla cuando evoca el mar y los barcos. Los pequeños detalles aparecen con una portentosa nitidez, lo mismo que ocurre en la arquitectura de la edad de oro del imperio portugués: el estilo manuelino, así llamado por el rey Manuel I. Los detalles más hermosos son siempre marinos, aunque se trate de las tallas en piedra que rodean los pórticos de las iglesias de la época (fragmentos de coral exquisitamente esculpidos, unas algas portentosamente reales). El

Renacimiento portugués fue breve, pero muy rico y siempre centrado en el mar: Enrique el Navegante, el rey Juan II. Cuando Luís de Camões, un desventurado patriota y marino, autor de Os Lusíadas, escribió su obra maestra, la Inquisición ya había empezado a hacer de las suyas y el imperio portugués había iniciado su declive inexorable; de hecho, ya estaba hipotecado en manos de banqueros alemanes.

Me preguntaba si la aguda tristeza del fado, la música nacional del país, que trataba a menudo temas relacionados con el mar, procedía del sentimiento ineluctable de grandeza perdida. No obstante, lo más probable es que ese sentimiento surgiera de las raíces árabes del fado. Portugal, al igual que España, ha sido siempre el interlocutor y la tierra fronteriza de Europa Occidental con Marruecos y el mundo musulmán del norte de África.

Madeira, que está más cerca de Marruecos que de Europa, estuvo deshabitada hasta 1420, cuando navegantes portugueses la encontraron por casualidad. La isla estaba cubierta de bosques, y de ahí viene su nombre. Para abrir zonas de cultivo, los primeros colonos fueron quemando el bosque primigenio. Un incendio, según la leyenda, ardió sin control durante siete años seguidos. Madeira se convirtió en el centro del cultivo de caña de azúcar y luego de la trata de esclavos. Todo llegaba y partía en barco, y en este sentido Madeira era más portuguesa —al ser más marina— que el mismo Portugal. En la actualidad, el principal sostén económico de la isla es el turismo. Los grandes cruceros atracan en Funchal, una ciudad rebosante de hoteles, casinos y tiendas para turistas. Los alemanes, ingleses y escandinavos recorren la isla en enormes autocares y en diminutos coches de alquiler. Los más aventureros se dedican a hacer excursionismo por las montañas y gargantas.

En algún momento de aquel invierno pillé un fuerte resfriado. La madre de Rosa, Cecilia, también se resfrió. Ella echaba la culpa de su enfermedad a un vendedor de fruta que no había lavado bien los pesticidas de un canasto de

chirimoyas. Fuimos juntos en mi coche a una clínica de Calheta. Cecilia no paraba de toser y tenía los ojos muy hinchados. En la carretera vimos a docenas de hombres con grandes bombas amarillas sujetas a la espalda y largas toberas de pulverización en la mano. Eran rociadores de pesticida. Cecilia, refunfuñando, les dirigió una mirada furiosa.

Pero los dos nos pusimos bien a tiempo para el carnaval, la festa local que dura cuatro días y culmina en la gran celebración del martes de carnaval. En Jardim, la gente se reunía en Tar Mar. Rosa y Cecilia, junto a la pequeña sobrina y el sobrino de Rosa, se habían disfrazado para la fiesta. A mí me pusieron una horrible peluca de color verde lima y enormes gafas de sol discotequeras y nos fuimos todos juntos al café.

Casi la mitad del pueblo había ido a la fiesta. La máquina de discos atronaba con sambas, pop europeo, fados. Casi todo el mundo iba disfrazado: los niños llevaban capas de superhéroes o disfraces de conejitas, y muchos adultos —cosa que me sorprendió— se habían disfrazado de feas mujeres supersexuadas, con tetas enormes y culos rellenos de almohadones, además de grandes pelucas y caretas de goma con profundas arrugas y demasiado maquillaje. Estas extravagantes arpías provocaban una gran histeria, dado que era difícil saber si la persona disfrazada era hombre o mujer. Las mujeres pintarrajeadas bailaban y se divertían y flirteaban ostentosamente, aunque se cuidaban muy mucho de hablar con nadie. Era evidente que yo no tenía la misma información que los demás sobre quién era quién, pero todo el mundo se dejaba llevar por el caos vertiginoso y las payasadas sexuales. El delirio colectivo fue en aumento a medida que fluía el vino, la música sonaba más fuerte y las carcajadas estallaban en potentes oleadas que llegaban al techo. Fue una gran fiesta. Rodeado de aquellos ingeniosos disfraces, nunca me sentí más unido a la secreta vida comunal de Jardim do Mar.

Peter me invitó a un pase de diapositivas de surf en el distrito del Flatiron, en Manhattan. El local pertenecía a una sofisticada agencia de publicidad de un amigo suyo. Los asistentes eran todos varones, algunos de ellos surfistas que yo conocía un poco de Montauk. Era por la noche, ya tarde, y había mucha cerveza y probablemente también coca para los que estaban en el ajo. Vimos fotos de Montauk y hubo abucheos (pero ningún insulto, no éramos un grupo de surfistas de verdad) y también hubo risas. Además, vimos fotos de un viaje a Costa Rica que tenían la calidad de un fotógrafo profesional. Pero lo mejor de la noche fueron las fotos de Madeira que proyectó Peter. Yo no había visto muchas de ellas. Como era habitual, yo casi no había hecho fotos de nuestros viajes juntos. Peter se había preocupado un poco más de hacer fotos y había conseguido algunas vistas extraordinarias de Jardim rodeado de montañas, de Pequena y de Paúl do Mar. En la sala retumbaron las blasfemias habituales que expresaban la sincera admiración de los presentes. Por lo demás, Peter era igual que yo: no quería quedarse en tierra firme si había buenas olas.

Algunos conocidos nos habían hecho fotos en Madeira a lo largo de nuestros viajes y nos las habían enviado. Como mucho, podía decirse que su calidad era discutible, pero al verlas mi corazón se puso a cien. En dos o tres fotos salía yo en un día inolvidable en Pequena. Las había hecho uno de los viejos amigos de Peter que fue con nosotros en 1997. Nada más ver aquellas fotos lejanas y borrosas de dos o tres olas, el júbilo temerario de aquella sesión —había estado surfeando durante seis horas— volvió a mí como un relámpago. Las olas eran grandes y yo lo estaba pasando mal. También había una foto de Peter en un día de olas grandes en Jardim; la había hecho James, el americano que se rompió el tobillo en Paúl y pocos días después llegó trastabillando al pico, con la pierna escayolada, para hacer fotos desde el acantilado.

—¿Os remolcaba una moto de agua? —preguntó alguien.

Nos echamos a reír.

—Claro que no.

Ir a remolque de una moto de agua era una novedad que se había introducido en el surf de olas grandes tras haberse puesto de moda en Hawái. Usar motos de agua para remolcar a los surfistas —que utilizaban tablas cortas y pesadas hasta la zona de las olas gigantes, había doblado o triplicado de la noche a la mañana el tamaño de las olas surfeables. Los remolques eran únicamente para especialistas, o más bien para una secta diminuta de locos que surfeaban las olas más grandes del mundo. Nosotros no pertenecíamos a esa secta, pero al ver la foto de Peter en Jardim, pensé que no era una pregunta idiota. Estaba saliendo de la base de una oscura ola gigante —de seis metros de pared— y había dejado una estela asombrosamente larga. Tenía el cuerpo inclinado hacia delante, las piernas dobladas y calculaba la máxima velocidad a su tabla mientras estaba calculando un giro muy muy lejano en la línea de la ola. Daba la impresión de haber sido introducido en la ola por medio de una potentísima fuerza externa a la ola misma. Yo conocía bien la sección que lo había propulsado hasta el momento capturado en la foto, y por eso sabía por qué se estaba deslizando a tal velocidad. Peter acababa de llegar a la pared interior y estaba experimentando la potencia de catapulta de las olas de Jardim. Por algo se decía que era la mejor ola con fondo de roca del mundo.

Peter también tenía fotos, hechas por sus amigos, de la noche en que estuvimos a punto de ahogarnos. En una se le veía, poco antes de que se pusiera el sol, en una gran ola de aspecto salvaje: probablemente fue la última ola que surfeamos aquel día. También había unas cuantas fotos, tomadas a la luz de las linternas, de cuando por fin habíamos conseguido llegar a tierra, medio locos, en la rampa de botadura. Curiosamente, me trajeron a la memoria lo que los amigos de Peter nos dijeron esa misma noche, mientras cenábamos. Uno de los amigos, un tipo de Santa Barbara que hacía kneeboard, nos confesó que ya había empezado a

pensar, tras nuestra desaparición, en lo que tendría que decirle a la madre de Peter. El otro amigo, un viejo compañero de la academia de Bellas Artes, se quedó petrificado al oír aquello: él también había estado pensando lo mismo. Los dos se sentían terriblemente culpables por haber pensado en lo peor, y esa sensación no había desaparecido del todo. Peter y yo, aunque probablemente seguíamos en estado de shock, estábamos tan contentos que no parábamos de beber vino y de brindar por la vida. En la primera foto que nos hicieron en la rampa, los dos parecíamos completamente aturdidos. Peter le estaba haciendo a la cámara la señal de shaka de los surfistas. Yo tenía un resto de sangre en la cara.

—¡Auch! —exclamó uno de los espectadores.

Decidimos que no íbamos a contar la historia. La siguiente foto, la última de la serie, tenía que ser aún más enigmática para los espectadores: Peter y yo, tratando de encontrar un poco de sosiego que nos permitiera recuperar el control de nuestros actos, dábamos la espalda al grupo que nos había estado buscando, y se nos veía en la parte superior de la rampa de botadura. Después nos retiramos hasta el borde del espigón y nos sentamos unos minutos, mirando la oscuridad que no paraba de retumbar. En la foto solo se veía nuestra espalda y el brillo de los trajes de neopreno. Era una foto bastante mala. En aquel momento se encendieron las luces del local y se oyeron gritos pidiendo más rondas de cerveza. Oí a Peter que decía, desde el otro extremo de la sala: «Me hubiera gustado cogerte por el hombro, pero bueno, ya sabes…». Claro que sabía.

Caroline empezó a pasar conmigo la primera semana de mis estancias en Madeira. Nos alojábamos en el nuevo hotel de Jardim: un lugar gélido y casi siempre vacío que, según se decía, se había construido con dinero sudafricano. A Caroline la sedujeron enseguida las bellezas naturales de Madeira y disfrutaba mucho de estar totalmente desconectada de su despacho de abogados. Mientras yo surfeaba, ella se pasaba el día haciendo excursiones por los bancales de las

montañas y leyendo lo que llamaba «libros de crímenes», es decir, novelas de detectives. Recuerdo una mañana de niebla: yo estaba surfeando a solas en Jardim. Ella estaba leyendo en un balcón que daba directamente a la rompiente. Las olas llegaban a la altura de la cabeza y las series prácticamente se prolongaban hasta las mismas rocas. Cada vez que yo terminaba de surfear una ola, levantaba la vista. Caroline seguía absorta en su libro. Le gritaba y ella me hacía una seña. No le interesaba verme surfear. Cuando volví y me quejé de su desinterés, intentó explicarme, cosa que no ocurría por primera vez, lo singularmente aburrido que era contemplar el surf. Las calmas entre series parecían durar horas seguidas. Y era cierto que aquel día había habido unos intervalos muy largos.

De todos modos, mis quejas eran más bien teatrales. Caroline se adaptó a mi fiebre surfera, incluso en mis momentos de entusiasmo más juvenil, con mucha más comprensión de la que yo tenía derecho a exigirle, y yo procuré no olvidarme jamás de aquello. Por muy indiferente que se mostrara al océano y a todo lo relacionado con el surf, nuestra vida en común estaba muy bien trabada por las olas. Formaban nuestro decorado, eran nuestra fuerza de gravedad y nunca se hallaban muy lejos de nosotros. El día de nuestra boda, sí, pronunciamos los votos bajo un manzano desde el que no se podía ver el mar, pero aquella misma mañana Bryan y yo habíamos salido en busca de olas. No las había, pero aun así yo fui remando por una playa horrible al sur de Martha's Vineyard, donde cogí una olita en la orilla solo para que Bryan me pudiera fotografiar «surfeando» el día de mi boda, con la espalda hacia atrás y el pecho hacia fuera, como si fuera un gran maestro, justo en el momento de llegar a la orilla. Después, en el convite, Bryan dio un discurso, a la hora del brindis, maravillosamente complejo y bien desarrollado. Uno de los temas principales fue una advertencia a Caroline, en el sentido de que debía hacerse a la idea de que cada excursión y cada viaje que emprendiéramos acabarían convirtiéndose — implacablemente, cruelmente— en un viaje de surf. Los viajes que habíamos hecho juntos —a Francia, Irlanda, la isla de Tórtola, y luego a España y

Portugal— le daban por completo la razón. Pero Caroline, que era cualquier cosa menos una persona pusilánime, fue una chica absolutamente legal que se adaptó a todo.

Ella sabía sacarles partido a los lugares a los que yo la arrastraba, casi siempre remotos y de una escabrosa belleza: allí tenía libertad para leer y podía disfrutar del marisco. Aunque era de tierra adentro, le gustaba muchísimo el marisco. En Madeira descubrió la espada y el vinho verde.

¿Cómo pudo soportar mis ausencias, no solo cuando me iba a surfear sin ella, sino cuando iba a hacer mis reportajes, cosa que sucedía con mucha más frecuencia y duraba mucho más tiempo? La respuesta fue cambiando a medida que nosotros también íbamos cambiando. A veces ella también se iba varias semanas, sola, a visitar a su familia y amigos en Zimbabue, y esas separaciones nos sentaban bien, al menos en los primeros años de nuestra vida en común. Necesitábamos tomarnos un descanso. Pero más adelante se nos hizo más difícil estar separados. De todos modos, ella tenía un carácter independiente muy sólidamente asentado. Se las sabía arreglar muy bien sola. En mi opinión, era algo que había heredado de su madre, June, que estaba muy unida a su marido, pero que al mismo tiempo era una persona autónoma y autosuficiente que se pasaba toda la noche escuchando el servicio africano de la BBC y que casi nunca dormía. El padre de Caroline, Mark, no era muy aficionado a viajar, aunque tenía que hacer viajes de negocios por todo el mundo porque se dedicaba a la venta de minerales. Caroline trabajaba muchísimo (era tan perfeccionista en su trabajo de abogada como antes lo había sido cuando se dedicaba a hacer grabados), pero justificaba mis frecuentes viajes surferos a Madeira porque también me servían como retiros para escribir. Yo hacía lo mismo que ella, pero a menudo me sentía muy solo. En Jardim no había aún nada parecido a internet o al teléfono móvil, así que yo tenía que llamarla por teléfono, de noche, desde una cabina que había en la praça. Al lado de la cabina había una jaula de pájaros, instalada por el ayuntamiento, en la que había periquitos de muchos

colores. De día, las aves cantaban y picoteaban un repollo enorme que alguien les había echado a la jaula. Por la noche se acurrucaban en pequeñas bolitas silenciosas de color gris para entrar en calor. En las noches húmedas y ventosas, me metía en la cabina y hacía todo lo posible por oír la voz reconfortante de Caroline y sus alegres informes sobre la fastuosa vida de nuestra rutina diaria.

Tengo la impresión de que estoy hablando de las olas de Madeira como si siempre fueran gigantes, pero me pasé muchos días en la isla usando una tabla corta, en sesiones, por ejemplo, como la de aquella mañana de niebla en que Caroline estaba leyendo en el balcón. Los días de olas asesinas, en los que tenía que usar mi 8′0″, no eran habituales. Pero aun así, yo me tomaba mucho más en serio todo lo relacionado con el surf. Tras muchos años de coger la primera tabla que se me pusiera por delante, ahora me preocupaba mucho por las tablas que utilizaba. Había conocido a un shaper de Hawái, un excéntrico de la costa norte llamado Owl Chapman, que hacía unas tablas que me gustaban mucho. Eran thrusters con la punta afilada y cola de golondrina, rápidas y compactas, con muy poco rocker y los cantos muy curvados hacia abajo, cosa que ya estaba muy pasada de moda: en realidad se trataba de las tablas típicas de los años setenta, solo que de contorno más suave, materiales más ligeros y con tres quillas. En algunas olas duras de verdad rompí unas cuantas Owls (los servicios de transporte de equipaje de las compañías aéreas también me rompieron una o dos tablas), y no todos los elementos funcionaban como es debido, ya que Owl tenía sus propias ideas sobre estas cuestiones. Pero a pesar de todo, casi todas mis Owls fueron tablas mágicas: eran fiables, te permitían remar muy deprisa y se mantenían muy bien dentro de un tubo. Usé la primera a mediados de los noventa, cuando escribí una crónica sobre la costa norte de Hawái, y durante los diez años siguientes casi siempre me mantuve fiel a mis Owls.

¿Por qué me había vuelto tan tiquismiquis con las tablas? La respuesta es: Madeira. Allí había descubierto las olas grandes y potentes de una forma que hasta entonces desconocía. La ambivalencia que sentía en Ocean Beach había desaparecido. Pero, por desgracia, mi pericia como surfista iba en declive. Me estaba haciendo viejo. Me di cuenta un día en el que había una gran aglomeración de surfistas en Pequena. En Madeira, el término «aglomeración» era muy relativo: aquel día tal vez había doce personas en el agua. Casi todos eran portugueses muy conocidos, probablemente los mejores profesionales del país. Fueron remando conmigo y luego fueron turnándose para surfear. Me dije que tenían la mitad de años que yo, o quizá aún menos, y probablemente surfeaban diez veces más de lo que yo lo hacía ahora. Eso debería haberme servido para darme ánimos, pero no sirvió de nada. Me vi un completo desastre. Perdí olas que debería haber cogido, me resbalé cuando debería haberme puesto en pie de un salto. Yo había oído decir que hacerse viejo como surfista era un proceso largo, lento y humillante, al final del cual uno volvía a convertirse en un novato. Pero yo me aferraba a la idea de que aún podía surfear de forma decente. Mis tablas Owl me ayudaron.

La posibilidad de que Madeira se convirtiera en una isla abarrotada y expoliada —una pesadilla que me había atormentado desde hacía mucho tiempo— poco a poco se estaba haciendo realidad. Se celebró el primer campeonato en Jardim. Me aseguré de estar en Nueva York mientras se celebraba. El ganador fue un sudafricano con rastas. Se anunció una segunda edición del concurso, con una preocupante lista de grandes empresas como patrocinadoras y con la presencia de los mejores profesionales de olas grandes. Peor aún, los salvajes habitantes del paraíso itinerante del surf empezaron a aparecer por la isla. Tim, de Carolina del Norte, circulaba por los adoquines de las callejuelas de Jardim con unos bombachos hippies de color púrpura, parloteando con la cabeza metida en la capucha de la sudadera sobre los «tubos infinitos» que había surfeado en «Indo» el año pasado. «Bawa, tío, una cosa irreal. Mejor que G-Land. Mejor que Ulu. Mejor que esto». Yo

sabía que no tenía ningún derecho a despreciar a la gente como Tim, pero me chirriaban los dientes cuando Hatteras Tim y sus comparsas empezaron a aparecer por Jardim, y peor aún, cuando se empezaron a oír sus comentarios y sus gritos en el agua, siempre arrastrando las palabras, siempre a base de gruñidos.

Los lugareños, cosa lógica, no recibieron con los brazos abiertos a esta nueva clase de visitantes, y tampoco les hizo gracia que dos o tres chicos del pueblo empezaran a practicar ese deporte tan peligroso. Pero agradecían que se celebrasen los campeonatos, porque dejaban dinero en el pueblo, y además, a ningún lugareño le preocupaba que hubiera aglomeraciones en el agua. El surf estaba conectando Jardim con el mundo, y yo tenía que repetirme una y otra vez lo necesaria y lo anhelada que había sido esa conexión. Entendía, o al menos creía entender, la relación que había entre el feudalismo y el aislamiento. El viejo orden, con el dominio despótico de la iglesia y la aristocracia, solo era posible cuando apenas existía el contacto con el mundo exterior. En Jardim, la llegada de la electricidad, de la televisión, de la carretera asfaltada que unía el pueblo con Prazeres, fueron cosas que trajeron, pese a los inconvenientes que causaron, grandes bocanadas de oxígeno. Una mañana de domingo sin olas, un cura brasileño de visita en Madeira dio un sermón en la iglesia —yo estaba allí— en el que defendió con fervor la teología de la liberación. Eso habría sido imposible cuando la única forma de llegar a Jardim era un sendero de cabras o una barcaza que atracase en el puerto.

Una noche, la selección nacional portuguesa de surf apareció por Jardim. Yo no tenía ni idea de que pudieran existir las selecciones nacionales de surf. Pero me impresionó lo mucho que aquella visita impresionó a los lugareños. Aquello era, Dios santo, el equipo nacional. Surfeaban por Portugal. Llevaban chaquetas cortavientos con los emblemas oficiales, igual que los atletas olímpicos (o la idolatrada selección de futebol). Para mí, por supuesto, no eran más que otro grupo cualquiera de desaliñados campeones de surf. Pero me fascinó el seleccionador. Nunca llegué a hablar con él, pero lo vi una mañana en la praça, cuando salía muy

despacio de su coche de alquiler. Con él iba su mujer y llevaban un bebé en un carrito. Él también llevaba la chaqueta oficial y unos pantalones de entrenamiento a juego: parecía un gerente deportivo, o un profesor de educación física, o un entrenador de fútbol. Lo que más me fascinó fue lo normal que era y lo relajado que estaba. Yo todavía creía que el surf era una actividad salvaje. Surfeabas con tus amigos o surfeabas a solas, pero eso era algo que solo hacías en medio del océano. No era algo que se hiciera como una actividad social más. Es cierto que ya había visto, en Australia, que el surf podía ser una actividad presentable, muy bien aceptada y que reunía a la gente en los clubs. Era una actividad social. Y aquí, en el acogedor y remoto Jardim, estaba viendo cómo mi vieja obsesión de anacoreta se estaba transformando en un deporte integrado en todas las normas colectivas que regían en la Europa de los yuppies. Y algo muy parecido empezaba a suceder, aunque todavía de forma titubeante, en el sur de California y en Florida.

Con todo, también llegaba gente interesante a Jardim. Aparte de Moona y Monica, que continuaron con su labor de cooperantes en la Liberia devastada por la guerra civil, había un variado grupo de británicos —no todos surfistas— que antes iban de vacaciones a un remoto lugar de Irlanda donde tenían muchas probabilidades, una tarde cualquiera, si hacía buen tiempo, de encontrarse a Seamus Heaney dando un paseo. Para ellos, el poeta encarnaba su idea de lo que era una megacelebridad, y se enorgullecían de no haberlo molestado nunca mientras paseaba. Dos de las mujeres que formaban parte de este grupo de amantes de la literatura se habían interesado mucho por un surfista americano que residía a menudo en Jardim, un simpático profesional rubio de Long Island. El surfista tenía un extenso surtido de tablas — cortesía de su patrocinador—, y a ojos de sus fans inglesas, no parecía tener nada en la cabeza aparte de muchísimo cielo azul. Cuando él no estaba presente, las dos mujeres me daban la lata, mientras bebíamos vino, pidiéndome que les explicara lo que había en lo más insondable de la mente de samurái de aquel americano. Intenté complacerlas, sobre todo porque yo también

estaba muy interesado —no es una ironía— en el chico. Era lo que se suele denominar un especialista en Pipeline. Se pasaba los inviernos en Hawái, surfeando una de las olas más hermosas —y peligrosas— del mundo. Cuando sacaba una tabla de su soporte y se ponía a explicar que el rocker de aquella tabla le había permitido mantener el equilibrio sobre el foamball —la espuma que crea el tubo al romper y que no es visible desde la orilla— y permanecer dentro del hueco, yo le hacía preguntas y le escuchaba con atención. Aquel chico había estado en lugares a los que yo jamás podría ir.

En el núcleo del grupo de ingleses había una pareja llamada Tony y Rose. Eran de Gales. Él era surfista y pintaba paisajes. Ella tenía un restaurante en su tierra que solo abría en verano. La pareja se había comprado una casa en ruinas en Jardim, donde se les conocía como el señor y la señora Estaca. Eso se debía a que, la primera vez que llegaron, el ayuntamiento les había cedido una casa aún más ruinosa que la otra a cambio de su trabajo, y una de sus primeras tareas había sido fabricar los postes que servían de sostén a las plantaciones de bananos. Los postes se llamaban estacas. Hasta su perro se llamaba Estaca. A los lugareños les caían muy bien Tony y Rose. Cuando el tiempo empeoraba y el viento del sudeste traía tormentas, Tony y yo nos íbamos a la costa norte en busca de olas. Las viejas del pueblo protestaban furiosas al vernos. ¿Cómo éramos tan tontos que nos íbamos del pueblo cuando hacía tan mal tiempo? Había desprendimientos de rocas. Y las carreteras se inundaban en las montañas. Pero nosotros nos íbamos sin hacerles caso. Yo quería surfear en mi adorable izquierda, Madonna. Y aunque no hubiera olas, Caroline y yo habíamos encontrado un bar en la costa norte donde servían un pez loro asado que justificaba el viaje.

Una tarde radiante fui caminando hasta Pequena. Estaban llegando olas. Desde lejos tenían mal aspecto, ya que el viento del oeste picaba la zona del takeoff —eso explicaba que no hubiera nadie en el agua—, pero ahora yo ya sabía bastantes cosas sobre Pequena, entre ellas que esa clase de viento solía rebotar en los

acantilados y empezaba a soplar de tierra sobre la placa marina, creando unas paredes maravillosas en las olas. Y así ocurrió aquella tarde. Estuve surfeando a solas durante una hora, cogiendo olas grandes en la zona exterior, al principio muy malas, pero mi robusta tabla Owl me permitía deslizarme sobre la cresta hasta que podía meterme en la sección tubera. Al cabo de un tiempo aparecieron tres profesionales portugueses, entre ellos el campeón Tiago Pires. Estaba claro que habían estado observando las olas desde Jardim con unos prismáticos. Había aún muchas olas surfeables, pero Pires surfeaba tan bien que a mí se me hacía impredecible. Al final, él y yo nos enredamos y nos caímos juntos bajo la ola más grande de aquella tarde. Tuvimos mucha suerte de no hacernos daño. Fue un revolcón muy largo, y luego, encima, nos pilló una serie que nos dio una buena tunda. A él no pareció importarle mucho, pero yo me quedé sobrecogido.

Pensé en dejarlo. A la mañana siguiente, Caroline se volvía a Nueva York. Al final decidí coger una ola más. Se estaban haciendo más grandes y yo surfeaba muy mal. Los takeoffs daban miedo, aunque no eran demasiado difíciles si uno conocía las olas, y yo las conocía bien. De todos modos, la pifié con dos olas y otra serie me dio una buena tunda en la cabeza. Estaba agotado. Las series eran cada vez más altas y ahora medían más de tres metros. Los demás surfistas estaban en algún sitio, en la zona de atrás, pero yo no podía verlos. Decidí coger la siguiente ola buena y largarme. Vi una de tamaño mediano que me pareció muy adecuada, probablemente la primera de una serie. La cogí temblando de alivio, pero enseguida me caí. Cuando salí a la superficie, furioso, vi que se abalanzaba sobre mí una pared tan terrorífica que parecía salida de mis peores pesadillas.

La ola ya estaba chupando el agua del fondo y me estaba engullendo, así que yo no tenía ninguna posibilidad de escapar. Era la ola más grande que había visto nunca en Pequena y ya había empezado a romper. Nadé hacia ella todo lo deprisa que pude y me zambullí con todas mis fuerzas, pero la ola me arrancó del fondo y empezó a revolcarme con tanta fuerza que empecé a gritar desesperado. Cuando al

fin pude salir a flote, había otra ola detrás, igual de grande, igual de maligna. Ahora parecía haber un poco más de agua sobre la placa del fondo. Me sumergí y procuré agarrarme a una roca, pero la potencia del agua me arrastró al instante. La ola me dio otro revolcón que duró mucho tiempo. Intenté protegerme la cabeza con las manos por si me estrellaba contra el fondo. Por suerte no lo hizo. Logré salir a la superficie.

Pero todavía quedaba otra ola en la serie. Y esta era aún más grande que las demás y, lo peor de todo, chupaba toda el agua que había en el fondo. Empezaron a aparecer rocas frente a mí y de pronto me encontré de pie en medio de una gran extensión de peñascos, con el agua hasta la cintura y una ola que se me echaba encima. No sabía dónde estaba: de repente, un campo de rocas había salido a la superficie en medio del océano, muy lejos de la orilla, en una rompiente que yo creía conocer muy bien. En toda mi vida de surfista no había visto nada igual. La ola se transformó en un horrible e hirviente muro de espuma que medía dos pisos y que casi no rompía porque ya se había quedado sin agua suficiente. Tuve un segundo para pensar qué podía hacer antes de que la ola impactara contra mí. Vi una rendija en la pared, me puse de pie y me metí en la ola. Mi vaga esperanza era que el espumón, si lograba meterme lo suficiente en el interior de la ola, me engullera en vez de hacerme añicos contra las rocas. Por lo visto ocurrió algo así. Al ponerme en pie me hice cortes profundos en los pies, pero cuando las tripas de la ola me arrastraron hacia la orilla, no me estrellé contra las rocas del fondo. Y cuando logré salir a la superficie, estaba en aguas profundas, a salvo en el canal que había al este de Pequena.

Volví muy despacio a Jardim. Mi cerebro parecía haber dejado de funcionar. Por un segundo creí que iba a morir; ahora me costaba mucho volver al mundo real. Llegué a nuestro hotel. Caroline enseguida se dio cuenta de que había pasado algo. Me preparó un baño. Normalmente no me doy baños, pero aquel día me quedé un buen rato en el agua. Se hizo de noche. Caroline encendió unas velas y me curó las

heridas de los pies. Le intenté explicar lo que había sucedido, pero no conseguí entrar en detalles. Le dije que quería volver con ella a Nueva York. Me lavó el pelo. Le pregunté por qué no se enfadaba con todas las tonterías peligrosas que hacía yo. Ella sabía que estaba hablando del surf, pero también de mi trabajo de corresponsal de guerra. Me contestó que tenía muy claro que eran cosas que yo tenía que hacer.

—¿Pero no te preocupa que las haga?

Le llevó un buen rato responder.

—Cuando las cosas se ponen feas —dijo al fin—, siempre mantienes la calma.

Me fío de tu buena cabeza.

Yo no me veía de ese modo, ni tampoco me había visto nunca antes así. Me resultó interesante oírle decir aquello. Más tarde me contó que se dejaba llevar por cierto tipo de pensamiento mágico, sobre todo cuando yo me metía en zonas de conflicto donde abundaban los secuestros.

Cuando Caroline se fue, me quedé en Jardim gimoteando para mis adentros, demasiado avergonzado para volver a casa. Un día hubo olas tan grandes que nadie se atrevió a meterse en el agua. Pero las condiciones no eran malas. Las motos de agua podrían haber remolcado a los surfistas, zarpando desde un puerto seguro, pero en aquellos años todavía no había motos de agua en Madeira. Estuve mirando las olas durante horas, sin sentir ni el más remoto deseo de meterme en el agua. Tony, el paisajista galés, me contó que había visto un día de mar tan grande que las olas rompían en la bahía que había entre Paúl do Mar y Pequena. Desde el espigón de Paúl solo se veían espumones, y al fondo, muy lejos, se atisbaba la lejana cresta de un labio que rompía en la ola más alejada que podía verse por encima de la niebla y la espuma: eran quizá los cinco metros de la parte superior de la ola, avanzando desde la derecha a la izquierda. Fue toda una tarde de mastodontes de proporciones míticas que se sucedían a lo largo de la costa.

Tony era pelirrojo, apasionado, y tenía unos cuarenta años. Por lo que me contó, Madeira había transformado por completo su pintura. «Son los acantilados de seiscientos metros —me dijo—. De pronto tienes el horizonte justo delante de la cara y el mar ha desaparecido en mitad del cielo. Las nubes están por debajo de ti, el mar por encima». También me contó que Madeira había cambiado su forma de surfear. «Y me la ha cambiado para siempre. Ahora ya no surfeo en casa. No tiene sentido. Aquí tienes la potencia más profunda del océano. Aprendes a conocerla por ti mismo. Y estas cosas te obsesionan cuando te metes en el pico y por eso quieres salir cuanto antes de ahí. Irte para casita, como quien dice». Igual que a Peter, a Tony no le preocupaban mucho las aglomeraciones en Madeira. «A la gente le da mucho miedo este sitio».

Y con razón, pensaba yo.

Me pregunté si yo también surfeaba para pasar miedo. No. Yo amaba la potencia y la calidad de las olas, pero solo hasta cierto punto. Irse para el huerto: eso era una forma muy conservadora de surfear, pero te evitaba hacerte añicos tras un golpe, y a mi edad quizá era lo único para lo que estaba capacitado. Cuando me metía en el agua, lo que buscaba era un acelerón de dopamina que me resultase raro y familiar al mismo tiempo, y que me exigiese coraje y experiencia, pero que no tuviera nada que ver con el terror. Y por la misma razón, cuando iba a hacer mis reportajes, iba en busca de historias que pudieran satisfacer mi curiosidad y que le dieran algún sentido a las calamidades, pero que no fueran a costarme la vida. Uno de mis peores días como reportero tuvo lugar en El Salvador, en un día de elecciones durante la guerra civil. Aquel día mataron a tres periodistas. Me había sorprendido un combate en un pueblo de la provincia de Usulután. En el pueblo de al lado, un joven cámara holandés llamado Cornel Lagrouw recibió un disparo en el pecho. El ejército atacó el coche en el que se lo llevaban al hospital y lo acorraló con

fuego aéreo. Lagrouw murió en la misma carretera. Yo estaba presente cuando alguien certificó su muerte. Su novia, Annelies, que era su técnico de sonido, no podía apartar los ojos del cadáver. Le besó las manos, el pecho, los ojos, la boca. Con un pañuelo le limpió el polvo que se le había metido en los dientes. Cuando terminé de escribir mi crónica y la envié, me fui a surfear. El Salvador tiene una ola buenísima llamada La Libertad, que en aquellos días apenas tenía surfistas a causa de la guerra. Me pasé una semana en Libertad. El surf fue un antídoto, por débil que fuese, contra el horror.

Estas cosas figuraban en las dos partes del registro de contabilidad, en el debe y el haber.

Las olas perdieron fuerza y no volvió a haber marejadas. Me dejé crecer la barba. Estaba escribiendo una crónica sobre el movimiento antiglobalización que luchaba contra las grandes corporaciones y que en aquellos días llenaba los titulares. Escribía muchas cartas, casi siempre a Bryan. No creía que Madeira le interesase mucho, salvo quizá cuando yo se la describía por escrito. El último viaje de surf que habíamos hecho juntos había tenido lugar pocos años antes: una excursión de cinco días a Nueva Escocia mientras él y Deirdre estaban pasando un semestre dando clases en William College. Tuvimos suerte y encontramos unas olas magníficas. Y no había nadie.

Bryan había seguido a su musa hacia lo más profundo de las raíces americanas. Escribió una crónica en dos partes para el New Yorker —titulada «Coches grandes»— sobre la vida de un camionero de larga distancia. Luego escribió un retrato memorable de Merle Haggard. También escribió un apasionado, hermoso y muy documentado estudio sobre un jugador de béisbol del siglo XIX llamado John Montgomery Ward. Y después volvió a su primer amor, la literatura de ficción.

En Jardim todo el mundo hablaba de una idea ridícula. El gobierno iba a construir un túnel desde Jardim a Paúl. Parecía el argumento de una broma absurda. ¿Un túnel de autopista, de más de kilómetro y medio de largo, que atravesase una montaña para conectar dos diminutos puertos pesqueros que se odiaban?

Pues eso mismo. Y aún había mucho más. La Unión Europea estaba destinando muchísimo dinero a las «regiones subdesarrolladas». Portugal se quedaba con una gran parte de ese dinero; y como Madeira es a Portugal lo mismo que Portugal es a Europa (está muy lejos, en dirección sudoeste, y ha sido tradicionalmente una región muy pobre), por toda la isla se estaban construyendo puentes y túneles, gastando a manos llenas los fondos estructurales de la Unión Europea para crear «infraestructuras de transporte». Para la Unión Europea, estos proyectos generaban «ahorros en tiempo». De momento estaban creando mucho empleo entre los madeirenses, aparte de proporcionar unos beneficios estratosféricos a las empresas con buenas conexiones con el gobierno local y a los contratistas locales. Había corrupción y sobornos por todas partes, o al menos eso es lo que decía la gente, pero nada de todo aquello aparecía en los periódicos locales, en los que el gobernador regional —y todopoderoso cacique—, Alberto João Jardim (nada que ver con el pueblo), salía cada día cortando la cinta inaugural de una nueva y gigantesca obra pública. En aquellos días había una gran urgencia por aprovecharse de los fondos estructurales, antes de que los nuevos países del este de Europa incorporados a la Unión Europea empezasen a reclamarlos.

¿Eran ciertos aquellos rumores sobre la corrupción? Difícil saberlo. Yo era un turista, no un reportero. Es cierto que la locura por gastar parecía haberse apoderado de la isla. Había llegado el momento de ganar dinero en un lugar en el que, a lo largo de los siglos, había habido muy pocas oportunidades de hacerlo. La gente de más edad no salía de su asombro cuando veía las tranquilas terrazas con bancales de toda la vida transformadas por los bulldozers en un paso elevado para

una nueva autopista. En Jardim la gente se quejaba de que, una vez construido el nuevo túnel, los gamberros borrachos de Paúl llegarían a toda mecha y convertirían la tranquila praça del pueblo en un apestoso garito. Pero a pesar de todo, los hombres de Jardim encontraban trabajo en la construcción del túnel y sus familias estaban contentas. Al menos no tendrían que emigrar a Venezuela.

El siguiente invierno, cuando llegué, el túnel había empezado a construirse. Por la noche, cuando se acallaba el estampido de las olas, se oía el ruido de la maquinaria y de las explosiones en el interior de la montaña. Insomne en mi húmedo dormitorio, imaginaba al gigante Adamastor, un monstruo marino de Os Lusíadas convertido en la roca de un promontorio como castigo: «De disforme y grandísima estatura, / con el rostro cargado y barba escuálida; / los ojos escondidos, la postura / horrenda, la cara toda pálida, / llenos de tierra y crespos los cabellos, / los dientes amarillos los más de ellos».

Aquel invierno las olas fueron muy malas. Las tormentas procedentes del Atlántico Norte que traían las olas se habían desviado más al sur y se abatían sobre Madeira echando a perder las mismas olas que enviaban. Cuando llegó la hora de volver a casa, los partes meteorológicos anunciaron una nueva tormenta que se aproximaba a la isla. Pensé que aquella tormenta podría ser diferente y decidí prolongar mi estancia. Llegó la tormenta. No fue distinta de las demás, al menos en Jardim, donde las olas eran gigantes pero imposibles de surfear.

Fui en coche a la costa norte con un joven surfista de Oregón, André. Era rubio, silencioso, fuerte como un leñador. Un nuevo túnel, este de casi tres kilómetros de largo, nos permitió atravesar las montañas centrales de la isla en menos de una hora. En el norte lucía el sol y no había viento. Era un mundo distinto, y mi viejo amor, Madonna, estaba —como suele decirse— henchida de amor. Aquel día estaba enorme. Por lo general, la ola pasaba muy cerca de las rocas porque estaba encajonada por los acantilados. Pero ahora rompía en aguas de un azul muy

intenso, y se veía lisa y potente bajo el sol. Me alegró haberme llevado mi gun. Nos metimos en el agua saltando desde las rocas de la cala. André parecía demasiado impaciente por surfear. Yo me movía despacio porque el agua que tragaba me causaba muchos problemas. Al poco tiempo, André ya se había metido unos cien metros en el agua. De vez en cuando podía entrever que remaba entre olas gigantes. Eran mucho más grandes de lo que me había imaginado. Yo no estaba del todo seguro de que debiera estar en el agua.

Después André apareció agitándose sobre la cima de una ola gigante. La cogió, una bajada casi en caída libre de espaldas, aunque logró aterrizar sobre la tabla y luego se puso a surfear con toda la fuerza posible, haciendo giros fantásticos antes de salir de la ola. Fue una acción de máximo arrojo, pero yo la observé —aquel día lo veía todo así— con el máximo terror. El ruido de los espumones que se estrellaban contra los acantilados, a mi izquierda, me parecía insoportable. Me repetía una y otra vez que no debía mirar en aquella dirección, pero las olas del tamaño de un camión que rompían delante de nosotros tampoco servían para elevar la moral. Al verlas, me preguntaba por qué no me había quedado en tierra. Los takeoffs tenían que hacerse con mucha rapidez y desde una posición muy elevada: el riesgo si te caías era inconcebiblemente alto. En realidad, aquellas olas no eran mucho más difíciles que los tres monstruos que conseguí surfear aquel día en Paúl do Mar. Pero ahora se trataba de izquierdas, y aquellas olas las había cogido tres años antes, en un momento en que la confianza en mí mismo era altísima. Ahora, en cambio, estaba asustado y me olía un desastre.

Pero André fue el primero en enfrentarse al desastre. Había remado hasta meterse en una zona que quedaba más allá del pico y que era asombrosamente peligrosa. Yo había dejado de surfear y estaba usando los referentes de la ola de Madonna —un túnel, una cascada—, solo que me mantenía a unos treinta o cuarenta metros del punto habitual de takeoff, y cada vez que llegaba una serie me metía a toda velocidad en aguas abiertas. No había cogido ni una ola y ni siquiera

me lo había planteado. André cogió algunas más, pero se había situado tan al interior que ni siquiera cuando salía de las olas podía oírme si yo le gritaba. En mi opinión, estaba surfeando de modo suicida. Una serie enorme podía elevarse donde yo estaba, ir rompiendo por el pico y atraparlo de forma horrible. Y al poco tiempo eso fue exactamente lo que sucedió. Se salvó de milagro. Intentó atravesar el labio de una ola gigante, pero la ola se lo tragó, le rompió el invento y lo tuvo sumergido durante un tiempo que me pareció larguísimo. Cuando la siguiente ola se abalanzó sobre él, su tabla ya se había estrellado contra el acantilado. Logró llegar a la orilla y fue caminando hasta la cala. Recuperó su tabla destrozada, me hizo una señal con la mano indicándome que ya no podía más y se fue hacia el coche.

Me quedé unas cuantas horas en el agua. Tenía demasiado miedo para surfear en serio, pero tampoco me sentía con fuerzas para volver remando a la orilla. Cogí unas cuantas olas, aunque en realidad solo eran brazos surfeables relativamente fáciles y seguros. Tuve un par de avisos serios cuando intentaba esquivar las series. En vez de intentar atravesar la cresta de la ola más grande de aquella sesión —un monstruo absoluto—, dejé la tabla y fui nadando por debajo de ella. El agua estaba transparente, era profunda y retumbaba con el eco de una especie de golpeteo infame: me di cuenta de que era el estruendo de unos peñascos que se deslizaban por el fondo. Pude verlos pasar justo por debajo de mí: rocas del tamaño de un archivador a las que el paso del oleaje levantaba del fondo marino y arrastraba mar adentro. Nunca había visto nada igual. Mi inventó aguantó y no hubo más olas en aquella serie. Ahora estaba —si eso era posible— mucho más asustado que antes.

Llegaron coches con mirones. Pude distinguir a Tony entre el pequeño grupo de espectadores que observaban las olas. Tener público hacía mucho más difícil de lo que ya era la humillación de surfear con tanta cautela. Pero lo peor de todo fue lo que sentí en el pecho cuando pasé remando, una y otra vez, por encima de grandes olas exquisitas que no me atreví a surfear. Qué desperdicio. Y qué cobardía la mía. El desprecio que sentía por mí mismo alcanzó proporciones intolerables.

Aquella noche, de regreso en Jardim, tendido a oscuras sobre el incómodo jergón, me pregunté si debería dejar de surfear. El viento del sudeste gemía en los aleros de la vieja casa en la que me hospedaba. Me dolían varias partes del cuerpo. El ojo izquierdo no paraba de lagrimear a causa de la exposición excesiva al sol y al agua salada. Una mano me latía con fuerza por culpa de un corte que me había hecho al intentar ganar la orilla de Madonna. La otra mano también me latía de dolor por culpa de las púas de erizo que se me habían clavado la semana anterior en el arrecife de Tierras de Penumbra. Los dos pies me dolían porque tenía varios cortes infectados. Y tenía la parte baja de la espalda como si me hubiera pasado un mes entero cavando zanjas.

Era demasiado mayor para seguir surfeando. Estaba perdiendo la rapidez de reflejos, la fuerza, el valor. ¿Por qué no se lo dejaba todo a los tíos que estaban en plenitud de cualidades físicas, como André? Los surfistas de mi edad que se proponían surfear olas grandes —gente de cuarenta o incluso de cincuenta años— lograban meterse en el agua doscientos o trescientos días al año. ¿A quién estaba pretendiendo engañar, cuando yo ni siquiera lograba surfear una mínima parte de esos días? ¿Por qué no me retiraba cuando aún estaba a tiempo? ¿Y por qué tenía que imaginar que abandonar iba a suponer un gran tormento psíquico para mí?

Por la mañana, Jardim seguía siendo un caos. André y yo volvimos a la costa norte. Fui conduciendo con el piloto automático, sin ninguna clase de pensamientos ni entusiasmo. Durante el viaje, André me habló de su divorcio. Me sorprendió que hubiera estado casado: era tan joven. Me contó que él y su mujer se habían separado por culpa, cómo no, del surf. Las chicas tenían que darse cuenta —según me dijo— de que cuando se casaban con un surfista, se estaban casando con el surf. O se adaptaban o era mejor que se separasen. «Es como si tú o yo nos fuésemos a vivir con una fanática de las compras. Tienes que aceptar que tu vida entera consistirá en recorrer los centros comerciales. O mejor dicho, en esperar a que abran los centros comerciales».

Enseguida entendí por qué había fracasado su matrimonio.

En la costa norte no había olas. En Madonna llovía y hacía mucho viento. Las olas eran pequeñas y la marea estaba demasiado alta. Echamos una cabezadita en el coche, como una pareja de compradores compulsivos esperando a que abrieran los centros comerciales.

Pero más tarde, contra todo pronóstico, el tiempo mejoró. Se calmó el viento, bajó la marea, salió el sol y las olas fueron cobrando fuerza. Nos pusimos a remar en el agua. Las olas tenían la mitad de tamaño que el día anterior. Los takeoffs seguían siendo arriesgados —en muchos descensos salías despedido en caída libre—, pero descubrí que sabía prever esos momentos de ingravidez y que los aprovechaba para hacer un giro más potente al llegar a la base de la ola, lo que aumentaba la aceleración cuando iba siguiendo la línea. Las olas más pequeñas rompían demasiado cerca de los acantilados, y como yo surfeaba de espaldas, tenía las rocas delante de las narices, pero ver que las rocas iban pasando a toda velocidad aumentaba la sensación de estar alcanzando una velocidad vertiginosa. Algunos turistas se pararon en la carretera para hacer fotos, pero no aparecieron surfistas. No éramos más que un joven maníaco de Oregón y yo surfeando unas olas hermosas hasta casi perder el sentido, mientras las horas se sucedían con una cadencia aterciopelada, una tras otra.

Antes del siguiente invierno, pese a la incredulidad general, se terminó de construir el túnel a Paúl do Mar. Los borrachos de Paúl no invadieron la praça de Jardim. De hecho, nadie parecía usar el túnel. Era largo, oscuro y olía a moho. Nadie lo cruzaba a pie. Para los surfistas, sin embargo, era extremadamente útil. Ahora, las olas de Paúl estaban a tan solo cinco minutos en coche. En Madeira todas las distancias se estaban reduciendo de forma asombrosa. Funchal estaba a tres horas en coche de Jardim cuando empezamos a visitar la isla, pero ahora estaba a menos de una. Los madeirenses, como es natural, estaban muy contentos con la mejora de

las comunicaciones, aunque yo era tan maleducado que temía que la mejora de los accesos atrajera a muchos más surfistas. Ya había habido un segundo campeonato en Jardim. Lo ganó un tahitiano con un surf potente que tenía el apodo de Poto. Era una celebridad internacional. La cosa no pintaba bien.

La gigantesca transferencia de dinero de la Unión Europea a Madeira —eran cientos de millones de euros— presentaba para mí muchos aspectos contradictorios. En teoría, yo estaba a favor de aquellos tejemanejes. Por una vez, aquella colosal inversión económica coincidía con mi idea de la influencia beneficiosa —tal vez la única influencia beneficiosa— que tenía la globalización económica: los países ricos ayudaban directamente a los más pobres. Y las infraestructuras, al menos desde un punto de vista abstracto, eran positivas para la isla. Pero me horrorizaban la mayoría de proyectos. Eran feos y muy caros, y muchos ni siquiera parecían tener utilidad alguna, salvo la de dar empleo temporal a mucha gente y facilitar los chanchullos económicos.

Aquel año —era 2001— se empezaron a oír rumores de que el gobierno quería construir un paseo marítimo en la costa de Jardim. Aquello no tenía sentido. Con la pleamar, el océano se estrellaba contra los acantilados. Charlé con un constructor del pueblo acerca de aquellos rumores. Me dijo que él estaba a favor del proyecto, aunque no supo decirme los beneficios que podría entrañar. En todo caso, según comentó, sería un proyecto modesto, si es que alguna vez llegaba a construirse: nada más que una especie de calzada pavimentada para peatones. Yo le contesté que sería imposible construirlo. Y además, ¿quién iba a usarlo? José Nunes me dijo que no tenía de qué preocuparme. Seguramente el proyecto nunca pasaría de la fase de rumor.

En noviembre de 2001 nació nuestra hija, Mollie. Desde hacía tiempo deseábamos un hijo. Decir que estábamos colados por la niña sería un grave eufemismo. De repente, nuestro mundo se volvió al mismo tiempo mucho más

pequeño y mucho más vasto. Una sonrisa de pillastre era tan importante como el universo entero. Dejé de sentir la necesidad de salir de Nueva York. Antes de que Caroline se quedara embarazada, yo había estado haciendo reportajes en Bolivia y Sudáfrica, pero ahora Miami ya me parecía un lugar demasiado alejado para ir a escribir una crónica. Cuando me enviaban a Londres a cubrir una noticia, me llevaba a Caroline y Mollie. Renuncié a ser corresponsal de guerra, o más bien a la amable versión de corresponsal de guerra que había sido yo. Dejé de ir a Madeira durante dos inviernos sin el menor remordimiento.

Pero me seguía enterando de cosas. El proyecto de paseo marítimo de Jardim se había convertido en una costanera, y cuando por fin volví a Madeira con Caroline y Mollie, en octubre de 2003, ya habían empezado a construirla.

El proyecto había tenido opositores. Un surfista de California llamado Will Henry, que desde hacía tiempo visitaba Madeira, organizó las protestas. Ecologistas, geólogos, biólogos y surfistas de Portugal y del extranjero se manifestaron en Funchal y en Jardim. La amenaza que aquel proyecto presentaba para la gran ola de Jardim no era el único motivo de protesta que los movilizaba; había otras olas que también iban a verse afectadas por esos despilfarros faraónicos, ya que se estaba planeando construir algunos puertos deportivos. Los opositores al proyecto argumentaban que el boom de la construcción gracias a los fondos estructurales de la Unión Europea estaba poniendo en peligro toda la ecología costera de Madeira. Y encima se hizo público que uno de los mayores beneficiarios de los contratos de construcción era el yerno de Alberto João Jardim, el gobernador regional.

El gobernador Jardim se puso furioso. Llamó a los opositores «comunistas». En unas declaraciones a un periódico local, dijo que «los surfistas son esa clase de turistas de medio pelo que no queremos en Madeira. ¡Que se vayan a surfear a otro sitio!». Incluso llegó a burlarse de sus conocimientos de las olas: «¿Los surfistas? Son un hatajo de idiotas que creen que las olas rompen de tierra a mar. ¿Qué más da que

las olas rompan aquí o quince metros más adentro? Las olas seguirán siendo las mismas».

En Jardim do Mar, los opositores recibieron una reacción muy hostil. Personas relacionadas con el partido en el gobierno los expulsaron del pueblo insultándolos y arrojándoles comida. Incluso persiguieron a un chico del pueblo que surfeaba. A Will Henry le dieron un puñetazo en la cara. ¿Quiénes eran aquellos forasteros, esos idiotas de medio pelo que creían que podían detener el progreso de Madeira? Las labores de construcción siguieron adelante.

Por sugerencia de Tony, no nos quedamos en Jardim, sino montaña arriba, en un hotel que ocupaba una quinta del siglo XVII. El hotel tenía una pequeña piscina que daba al océano. Mollie, que tenía casi dos años, llamaba al océano «la piscina grande». Cuando fui a Jardim con una tabla en la baca del coche, vi que la gente me dejaba de saludar en la praça. Pensé que estaban avergonzados de lo que estaba ocurriendo. O quizá es que también ellos habían empezado a odiar a los surfistas.

El destrozo que se había ocasionado en la costa era difícil de calibrar, incluso estando allí delante. Yo creía que era imposible construir siquiera una calzada peatonal, pero porque carecía de imaginación. Justo al lado del promontorio se había arrojado al mar una gran cantidad de rocas y de tierra. Las obras no habían terminado, pero resultaba evidente que allí podrían construir, si seguían enterrando desechos en la orilla, una autopista de ocho carriles a lo largo de la costa. Enormes volquetes amarillos estaban maniobrando por la zona del vertedero, que aún no estaba pavimentada. En un penacho de contaminación que se extendía frente a Jardim, el océano tenía un color pardo lechoso. Y entre la calzada a medio construir y el agua, se alzaba el espigón más horroroso que había visto nunca: un amontonamiento caótico de gigantescos bloques rectangulares de hormigón. No tenía forma alguna, pero era inconcebiblemente feo. Los bloques parecían miles de

ataúdes abandonados de mala manera. Ahí estaba el nuevo paseo marítimo. Unas olitas de color marrón lamían mansamente los bloques.

Como es evidente, el gobernador Jardim se equivocaba. Pese a descender de una larga progenie de pescadores y marineros, su ignorancia del comportamiento del mar era asombrosa. Las olas no se desplazan mar adentro si destruyes un arrecife. Lo que hacen es estrellarse contra lo que sea que ocupe el lugar donde antes estaba el arrecife. Mientras yo observaba la devastación de Jardim, seguía costándome mucho trabajo entender su finalidad. Tal vez en un día de olas muy grandes, con la bajamar… Y aun en el supuesto de que una serie de raras circunstancias permitiera surfear de nuevo en aquel lugar, la peligrosidad de la ola, ya de por sí elevada, se multiplicaría exponencialmente. Y mientras tanto, la arrebatadora belleza de la costa vista desde el agua —los acantilados y los bancales de bananos, verduras, papayas y caña de azúcar que se extendían entre el pico y la cala— había sido aniquilada, y en su lugar se levantaba un siniestro muro industrial. Había que reconocerlo: la gran ola había desaparecido. Igual que las marismas en las que los jardimeiros habían cogido marisco durante generaciones, y las rocas y los bajíos en los que Kiko pescaba pulpos con un arpón. Todo había sido enterrado bajo diez mil toneladas de roca y gravilla.

José Nunes se mostraba fatalista. «Crees que vives en el paraíso —me dijo—, pero un día…». Y entonces se encogió elocuentemente de hombros. Un gesto equivalente a un fado.

Rosa no fue tan diplomática. Denunció la tomadura de pelo y citó nombres: quién se había aprovechado, quién había mentido. Evidentemente, el negocio de su casa de huéspedes se había venido abajo. Hablando con Rosa, me di cuenta de que al fin yo había conseguido materializar mi sueño: ya no había más surfistas en Madeira.

Otros lugareños me justificaron el nuevo espigón y la nueva carretera: gracias a ellos, el pueblo estaría mucho mejor protegido del mar. Y ahora, además, más lugareños podrían llegar en coche hasta sus casas. Todo esto significaba progreso, y después de todo, otros pueblos también tenían estas ventajas. Alguien hasta llegó a decirme que los turistas vendrían al pueblo a admirar el mar desde el nuevo paseo marítimo. Estos comentarios siempre se hacían de forma sumisa, o a la defensiva, o con agresividad, o sin creérselos del todo. En algunos casos tenían una parte de razón, es cierto, pero en otros no la tenían en absoluto. El hecho descarnado era que las autoridades habían decidido llevar a cabo el proyecto por sus propias razones, económicas y políticas, y nadie había consultado a los lugareños.

Compuse un informe mental para Peter (él y Alison tenían ahora una hija, Anni, que tenía un año menos que Mollie). Fuimos a hacer excursiones por las montañas y exploramos el sistema de irrigación a base de canales —llamados levadas— que recorre Madeira. Las levadas, que en muchos casos habían sido construidas por mano de obra esclava, estaban en muy mal estado porque la economía se había desplazado ya de la agricultura al turismo. En la quinta reformada donde nos alojábamos, los demás turistas, que eran daneses, alemanes y franceses, se quejaban de que las nuevas obras estaban destruyendo el encanto de Madeira.

Los picos donde se hace surf se crean y se destruyen, tanto por obra de la naturaleza como por mano del hombre. Kirra, una de las mejores olas del mundo, desapareció no mucho después de que Bryan y yo estuviéramos allí. Un nuevo sistema de dragado en la desembocadura del río Tweed, que estaba unos cuatro kilómetros al sur, desplazó toneladas de arena a la cala donde rompía la ola de Kirra, y en cuestión de meses aquella ola milagrosa desapareció. Pero el mismo desplazamiento de arena creó una nueva rompiente —llamada Superbank— cerca de la desembocadura del río. La ola portentosa que surfeamos en Nias, en Lagundri Bay, sufrió los embates de un violentísimo terremoto en 2005, aunque no fue el

terremoto de Sumatra que provocó el tsunami y mató a más de doscientas mil personas, sino otro que se produjo unos meses más tarde y que destruyó Nias con mucha más virulencia. El arrecife de Lagundri se elevó al menos medio metro… y la ola mejoró. Se volvió muchísimo más hueca y potente; mucho más difícil de surfear, pero indudablemente mejor.

Dejando aparte las ventajas e inconvenientes, estos cambios súbitos en las olas habituales del surf me resultaron profundamente perturbadores. Recuerdo que, cuando yo estaba en el instituto, una tormenta invernal anegó la laguna de Malibú y cambió por completo el contorno de la famosa ola. Me negué a reconocer el hecho de que Malibú era ahora una ola distinta. Una cosa era que el cuerpo de ingenieros del ejército construyera un rompeolas en una rompiente o en la bocana de un puerto y destruyera una ola surfeable o crease una nueva; eso, vale. Pero Malibú, para mí, era eterna: era un punto fijo en mi universo. Después de la tormenta seguí surfeando allí. Ahora era una derecha corta y sin forma definida. Pero me negaba en rotundo a aceptar la evidencia. El Malibú real estaba enterrado bajo la arena. Y muy pronto saldría de nuevo a la superficie.

El viejo pico de adoquines reapareció, más o menos con la misma forma, en los años posteriores a mi marcha de Los Ángeles. Como buen hijo de California del sur que era, tal vez yo debería haberme convertido en un encallecido catastrofista y hacerme a la idea de que la historia natural solo avanza en una dirección y casi siempre lo hace de forma violenta. Terremotos, incendios, grandes sequías… Pero mi intranquilidad con respecto a aquella inundación de 1969 duró mucho tiempo. Para mí, el polo magnético de una cosmogonía estable estaba formado por algunas olas surfeables. (Kirra, tras unas obras gigantescas de dragado de arena, ha dado muestras recientes de resurrección).

Cada dos o tres años, Peter y yo seguimos hablando de volver a Madeira.

Deberíamos hacerlo. Este mismo invierno. Ahora ya no va nadie. Todavía hay montones de olas maravillosas. Quizá incluso Jardim con la marea adecuada y con olas lo bastante grandes… Pero al final nunca me puedo hacer a la idea. Y lo mismo, me temo, le pasa a Peter.

La última mañana que pasamos en Madeira, las olas eran malas. Mientras Caroline y Mollie dormían, me fui a la costa norte para echarle un último vistazo. Allí había una marejada del norte en toda regla, pero ni una olita había llegado a Jardim. En cambio, en la costa norte las olas eran gigantescas y las largas líneas de olas se veían a varios kilómetros de distancia. Esas olas rompían mar adentro, en unos arrecifes que yo ni siquiera sabía que existían. Los vientos eran suaves, de tierra. Las orilleras que llegaban casi hasta la carretera medían tres metros.

Conduje hacia el oeste, en dirección a Madonna. Aparqué en el sitio de siempre, junto a la carretera. Los altos acantilados negros, las etéreas cascadas: nada había cambiado. No había nadie. Las olas eran enormes y limpias.

El bowl de la zona exterior, donde yo había oído una vez cómo los peñascos se desplazaban por el fondo, rompía con una serie detrás de otra. Yo sabía que el agua era profunda en aquella zona, pero las olas tenían la pared negra y se doblaban como si estuvieran en aguas poco profundas y necesitasen más agua para expresar toda la rabia que sentían. Para mí, eran demasiado amenazadoras como para surfearlas. Pero la verdad es que formaban brazos perfectos y recorrían el arrecife en completo orden. Esas enormes izquierdas eran perfectamente surfeables, solo que hacía falta ser la persona adecuada, con la tabla adecuada, haciendo las maniobras adecuadas… y teniendo los huevos adecuados.

Estuve contemplando las olas durante al menos una hora. Volví caminando a la carretera, observando la rompiente e intentando cronometrar las series y los intervalos de calma. La rompiente, que tenía una violencia increíble, no hacía pausas; era mucho más amenazadora que las peores olas que yo había visto en Paúl

do Mar (mi punto de referencia para medir las rompientes inconcebiblemente peligrosas). Para meterse en aquellas olas, había que irse a otro lado, tal vez al puerto de Seixal, que estaba unos cuantos kilómetros al este, y luego ir remando desde allí. En Madonna no había forma de entrar al agua.

¿Me planteé en serio surfear aquel día? Si hubiera habido alguien más que se pusiera el traje de neopreno y que diera parafina a la tabla, probablemente lo habría hecho. Yo notaba que las marchas se estaban poniendo en movimiento, impulsadas por una fuerza muy antigua y muy profunda. Una parte de mí ya estaba calculando el impacto del agua y buscando la mejor ruta para adentrarse en el pico. Era más una cuestión de reflejos que de pensamiento. Y aquella parte de mí era la menos reflexiva y la menos razonable. No medía los riesgos ni calculaba las probabilidades. No merecía llamarse capacidad de decisión. No me enorgullecía de aquella parte de mi ser, pero aun así, sentí una honda vergüenza y un terrible dolor al irme de allí.

Diez. Las montañas se hunden en el fondo del mar

Nueva York, 2002-2015

Un longboard me hace señas insistentemente. Si yo viviera en una casa cerca del mar, o siquiera en una casa como es debido, o si al menos tuviera una furgoneta, probablemente ya tendría un longboard. Pero vivo en el atestado corazón de Manhattan, y puedo guardar mis tablas cortas en armarios o en rincones, o debajo de la cama, o en soportes hechos a mano en el techo. Con una tabla corta puedo subirme a un autobús o a un tren, o incluso ir en metro, y también puedo recorrer un aeropuerto con relativa facilidad, y puedo meterla en un coche, donde un longboard no cabría de ninguna manera. De modo que sigo postergando la decisión que a estas alturas ya debería ser ineludible. Porque ahora, con olas pequeñas y débiles, me cuesta mucho ponerme en pie, sobre todo si llevo un grueso traje de neopreno. En cambio, con esas mismas condiciones, un longboard sería una bendición para mí, ya que me permitiría deslizarme con facilidad por unas olas a las que ahora debo renunciar con rabia. Por eso mismo evito las olas pequeñas y débiles. Ahora bien, con olas un poco mayores, mi tabla corta todavía funciona bien. El empujón es más fuerte, la dimensión vertical es más fácil de controlar: la tabla sale sola en los takeoffs y deja sitio suficiente a mis pies para que encuentren fácilmente un hueco. No uso una tabla diminuta de esas que te exigen meterte en la ola en el último segundo, esa clase de tablas que ahora suelen medir menos de seis pies. Sin embargo, todavía uso tablas que, dado mi nivel, son rápidas y manejables y se adaptan muy bien a un tubo, en las raras y excitantes ocasiones, claro está, en que consigo meterme en uno.

Por raro que parezca, en esta última década me he convertido en un surfista que vive en Nueva York. En términos marítimos, la ciudad se halla situada en la misma entrepierna de las dos piernas levantadas que son Long Island y la costa de Nueva Jersey. Y del mismo modo que me llevó varios años descubrir las olas de Montauk — en parte porque tenía mucho trabajo, pero en parte también porque sentía el desdeñoso esnobismo de todo nativo de la Costa Oeste hacia todo lo referente al Atlántico—, así también me llevó muchos años más descubrir que había olas muy interesantes casi a las mismas puertas de la ciudad. La opaca pantalla que ocultaba esos lugares de olas inmejorables —y eso yo ya debería haberlo sabido— era el invierno. Porque los días de invierno son breves y aterradoramente gélidos, y además, las buenas condiciones atmosféricas —una buena marejada, vientos de tierra o nada de viento— suelen durar muy poco. En cambio, los veranos de la Costa Este son horribles para el surf. El otoño es la estación de los huracanes, que a veces traen buenas olas. Pero quien me enganchó a coger olas desde la misma ciudad y con muy poco tiempo de antelación fue el invierno. Cuando las tormentas del nordeste asaltan la costa, a veces provocan una combinación de marejada y de viento que crea olas de una asombrosa calidad. Lo único que hace falta es saber dónde y cuándo puedes cogerlas.

Y por supuesto, también hace falta tener un trabajo que pueda hacerse de noche, y una familia comprensiva, y un traje de neopreno de última generación con capucha, y por último —al menos en lo que a mí respecta—, internet. Sin datos online sobre el estado de las olas y la velocidad del viento en tiempo real, y sin predicciones muy precisas de la dirección del viento y de las marejadas, aparte de webcams, a mí me resultaría imposible saber dónde y cuándo tengo que ir a coger olas. Las cámaras suministran información online desde emplazamientos —la barandilla de una terraza, rejas de protección contra ladrones— que están orientados hacia el mar en los lugares donde suele haber olas. En los días en que la previsión de una buena ola depende de unas pocas horas, las cámaras te ayudan a

interpretar los datos que te faltan. Si las olas tienen buen aspecto —en la pantalla, se entiende—, ya es demasiado tarde: antes de que tengas tiempo de llegar, las condiciones habrán empeorado mucho. Cuando te vas a hacer surf, tienes que guiarte por la intuición fundada en muy buenas razones.

Perseguir olas sigue siendo para mí la causa inmediata de grandes amistades. Mis conocimientos de los caprichos de las escolleras locales, las barras de arena, los patrones de viento, los policías de las poblaciones costeras y sitios donde ponerse a toda velocidad los trajes de neopreno cerca de Nueva York se deben a un bailarín goofy llamado John Selya. Él y yo nos conocimos cuando Mollie era un bebé. Selya vivía a unas pocas manzanas de distancia de nosotros, en la zona chapada a la antigua del Upper West Side, pero también alquilaba —en compañía de otros surfistas— una casa en Long Beach, en Long Island, en invierno, cuando los alquileres eran muy baratos. Long Beach tiene olas, una estación de tren y está a menos de una hora en coche de Manhattan. Si íbamos a surfear allí, o en alguna zona cercana, la casa nos servía para cambiarnos, secar los trajes de neopreno, dejar las tablas o incluso dormir si las olas duraban dos días seguidos. Pero lo más importante de todo no era la casa. Si los vientos soplan desde el oeste, cosa que sucede a menudo, vamos a Nueva Jersey y no a Long Beach. Los amigos surferos de Selya eran otro bailarín llamado Alex Brady y un geofísico goofy al que llamaban «el Lobista». Ni siquiera me enteré del momento en que dejaron la casa. Por entonces yo vivía en un proceso de rotación permanente, siempre pendiente del teléfono y dispuesto a dejarlo todo cuando los planetas (y los pronósticos) se alineaban de forma adecuada; y en estos casos yo casi siempre iba solo, en coches prestados.

Al lado de Selya, yo parezco un surfista que no se toma el surf en serio. «Surfear una vez a la semana no es bueno —dice—. Eso solo te mantiene en activo». Selya sufre uno de los peores casos que conozco de adicción al surf. Es insaciable y es muy capaz de perseguir el menor atisbo de olas en cualquier parte. Se pasa la vida viendo vídeos de surf, es un experto en grandes surfistas y en grandes olas y

también es un estudioso de la tecnología más avanzada. Quiere que su forma de surfear mejore. Y cada año lo consigue ostensiblemente. No he visto nunca a nadie que haya mejorado tanto como él una vez pasada la adolescencia. Selya tenía treinta y pico años cuando nos conocimos, y por entonces ya era un surfista excelente, con un estilo a la vez musculoso y elegante; pero cada vez que le felicito por una ola muy bien surfeada, me contesta cosas como: «Gracias. Muy amable por tu parte, pero necesito más verticalidad».

Debe de ser cosa de bailarines.

—Y de los judíos —añade—. Tienes que sufrir.

Pero Selya no se queja jamás. Surfea alegremente en olas chungas por las que yo ni siquiera me plantearía levantarme de mi escritorio. Es un artesano a la antigua: trabaja duro para que las cosas parezcan muy sencillas. Una tarde de diciembre estábamos en el agua, frente a Laurelton Boulevard, en Long Beach. Caía una tormenta de nieve. Las olas eran grandes izquierdas de paredes altas y compactas, con más de un cuerpo de altura. Venían del este, eran de color gris negruzco y de forma irregular, y había una horrible corriente que iba hacia el oeste. Selya y yo éramos las únicas personas en el agua. Soplaba un fuerte viento del norte que no se notaba en la orilla. Tenías que remar continuamente contra la corriente. Cuando uno de nosotros se giraba para coger una ola, los copos de nieve que llegaban desde la orilla te cegaban la vista. Tenías que fijar los ojos en la superficie de la tabla, meterte a tientas en el labio de la ola y luego surfear apartando la mirada. Selya cogió una ola muy larga y estuvo surfeando a lo largo de una manzana entera. Volvió remando hacia la zona exterior a costa de grandes esfuerzos. Le pregunté qué tal la ola. «¡Como mantequilla!», chilló. Aquella frase se convirtió en el lema de nuestra sesión, aunque estábamos demasiado cansados para hablar. Las olas eran maravillosas y compensaban el tremendo esfuerzo que exigían. Y había algo

admirable en el hecho de estar metidos en el agua, en la fea costa del Atlántico Norte, en un día de tormenta, fingiendo que todo era muy fácil.

Cuando al fin llegamos a la orilla, una incipiente hipotermia me estaba haciendo perder el sentido del tiempo y del espacio. A trompicones, con la tabla bien sujeta bajo el brazo y la cabeza agachada para protegernos del viento, íbamos pasando frente a las imponentes residencias de ancianos de Long Beach. Yo no sabía ni el día que era ni si estábamos en la misma calle cubierta de placas de hielo en la que habíamos dejado aparcado el coche. Sí que estábamos. Selya no se podía permitir quedarse aturdido por la sesión de surf. Aquella noche tenía que actuar. De hecho, era la estrella de un exitoso espectáculo de Broadway que llevaba mucho tiempo en cartel: Movin' Out, de Twyla Tharp. Nos cambiamos en el coche (eso fue cuando ya habían dejado de alquilar la casa) y volvimos a Manhattan. Lo dejé en la entrada para artistas del teatro. Entró corriendo porque apenas le quedaban unos minutos.

A mediados de los noventa, mis padres se habían mudado a Nueva York. O más bien habría que decir que habían regresado a Nueva York. Yo lo vi como un regreso triunfal, como si le hubieran podido gritar «¡A ver cómo metes esto en la lista negra!» al senador Joe McCarthy. Pero cuando se lo dije, mis padres no entendieron del todo la frase. Para ellos, todo aquello era agua pasada. Habían venido porque sus hijos estaban aquí. Michael trabajaba en el equipo de investigación del Daily News. Kevin era abogado laboralista en Manhattan. Y Colleen vivía cerca: ella y su familia se habían establecido en la zona occidental de Massachusetts.

Mis padres seguían produciendo películas y series de televisión, lo que les exigía volver a menudo a Los Ángeles o visitar los lugares de rodaje. Pero su piso en la calle Noventa Este se convirtió en el nuevo centro de reunión del clan, sobre todo cuando empezaron a llegar los nietos: primero las dos hijas de Colleen y luego

nuestra Mollie. Para mí, aquel piso representó una nueva posibilidad, ya bien entrado en la edad madura, de volver a ser acogido por la familia que abandoné siendo muy joven. Mollie tenía un asiento para niños en la parte trasera de mi bicicleta, y para llegar a la casa de mis padres, donde siempre éramos muy bien recibidos, no había más que un corto trayecto a través de Central Park. Comíamos en la cocina, con los perros tumbados a nuestros pies, mientras las noticias de la televisión zumbaban al fondo. Por mucho que quisiera, yo ya no podía recuperar el lugar que una parte de mí quería volver a habitar. Como es natural, no había vuelta atrás. Pero me asombraba lo mucho que me reconfortaba pasar el tiempo con esta gente tan animada, consentidora y terriblemente familiar: mis padres.

Llevaban una riquísima vida social que a mí me resultaba misteriosa. Algunos de sus nuevos amigos eran en realidad viejos amigos, porque eran gente del cine y del teatro con la que habían trabajado. Pero también parecían capaces de reinventarse a sí mismos con una facilidad asombrosa. Cuando Frank McCourt tuvo un gran éxito de ventas con Las cenizas de Ángela, resultó que eran amigos suyos porque se habían conocido en el Irish Arts Center, o tal vez en la American Irish Historical Society. Yo no les había visto nunca interesarse por nada que tuviera que ver con Irlanda, pero ahora eran recién llegados a la ciudad y además tenían un apellido de rancio abolengo en el terruño. Siguiendo un ritmo furioso, iban a conciertos y al teatro y a lecturas de libros. Mi padre atracó su velero en Long Island y empezó a explorar las aguas costeras. Yo creía que echaba de menos California, pero a medida que fuimos navegando juntos, descubrí que me equivocaba por completo. Le gustaba mucho meter las narices en nuevas bahías y desembocaduras de ríos. Mientras tanto, mi madre insistía en que casi no se acordaba de L. A. (Nunca decía «L. A.», sino «Los Ángeles», a causa de algún ignoto principio de orgullo casero). Casi setenta años de vida californiana se habían desvanecido en la leve neblina de la memoria. Para ella, Nueva York era su hogar. Por las cosas que cuento, mi madre podría parecer una diva. No lo era. Simplemente miraba hacia el futuro.

Durante mucho tiempo había ido a clases de francés; ahora empezó a ir a clases de italiano.

Caroline y yo le cantábamos una canción a Mollie hasta que se quedaba dormida, primero en nuestro dormitorio —donde tuvo su cuna un par de años—, y después en su propio cuarto. Nos inventamos una canción que nombraba a todos sus tíos y tías y primos y abuelos, celebrando lo mucho que todos la querían, y que terminaba con nuestra propia declaración de amor. Era una nana soporífera que cantábamos con todo el cariño, siempre en primer lugar. Luego cada uno tenía su propia lista. Desde el otro extremo del pasillo, yo oía la voz nítida y aguda de Caroline entonando medio dormida The Holly and the Ivy. Mi repertorio consistía en música folk de los álbumes que tenían mis padres cuando yo era niño: canciones tradicionales americanas o imitaciones modernas, cantadas por Joan Baez, Pete Seeger o Peter, Paul and Mary. También canciones de la primera época de Dylan, y por supuesto, la canción del bufón de Noche de reyes.

Mas cuando me hice hombre, hacía viento y llovía, me cerraron las puertas, ya no las merecía. Y cuando me casé, hacía viento y llovía, mi esposa destapó todas mis fantasías.

Como es natural, esta canción se me había quedado grabada muy dentro y estaba a salvo de cualquier crítica. La cantaba hasta que Moll se quedaba dormida, y luego me iba de puntillas.

A medida que la niña se iba haciendo mayor, me intrigaba saber si prestaba atención a las letras. Como si fuera un ritual, estuvimos cantándole canciones a la hora de dormir hasta que tuvo ocho o nueve años. Una vez, para comprobarlo, le pregunté si se sabía un verso de la cuarta estrofa de Autumn to May. Se lo sabía de memoria. El mullido polluelo de cisne incubó primero un caracol y luego un pájaro y luego una mariposa, me dijo. «Y quien quiera contar otra cosa tendrá que contar una mentira».

Como reportero, fui en busca de la casa de Los Ángeles en la que me había criado. Ya no existía. Todas las colinas estaban llenas de edificios. Mulholland Drive estaba asfaltado. Los antiguos retoños de las zonas recién urbanizadas ahora eran secuoyas. Woodland Hills se había convertido en un barrio para gente mayor. Fui a entrevistar al señor Jay, mi profesor de inglés del instituto, mi favorito. Me contó que el instituto se había ido al infierno. Las pandillas raciales se peleaban en el aparcamiento (armenios contra persas, me dijo). Las clases sobre Shakespeare habían pasado a la historia. Las familias que podían, mandaban a sus hijos a colegios privados. Si quería escribir sobre una ciudad dormitorio muy reciente —eso es lo que yo buscaba—, tenía que irme como mínimo dos valles más hacia arriba.

Fui a Antelope Valley, al norte del condado de Los Ángeles. Todos los desastres de las grandes urbanizaciones se habían concentrado allí, junto con las secuelas del estallido de la burbuja inmobiliaria, que había provocado recortes en la industria aeroespacial y en la de defensa, y que también había provocado recortes en todos los servicios públicos salvo en los de prisiones. En las escuelas se vivía una asfixiante tensión racial y en las calles había una epidemia de consumo de metanfetamina. Al final escribí mi reportaje sobre unos cuantos adolescentes que intentaban salir a flote, haciendo lo imposible por no ahogarse en ese tóxico estanque de los suburbios. En mi crónica aparecían dos bandas rivales de skinheads, una antirracista, la otra, neonazi. Era un tema muy difícil, incluso antes de que uno de los chicos que yo conocía matara a puñaladas, en una fiesta, a uno de sus rivales.

Aquello no tenía nada que ver con el lugar en el que yo había crecido y tampoco era una especie de réplica actualizada. Era un gélido nuevo mundo en el que la movilidad social inversa se manifestaba con toda su crudeza. Mi reportaje, que me llevó varios meses, me resultó tan angustioso que procuré tomarme todos los descansos que pude, y por supuesto, procuré que los descansos coincidieran con las predicciones favorables para el surf. Por las noches iba en coche a un pequeño apartamento que Domenic tenía en aquella época al norte de Malibú. Me

acomodaba, dormía y a la mañana siguiente me ponía a surfear con una tabla prestada en un pico que había allí cerca. Aquellas mañanas fueron catárticas y edénicas. Las buganvillas se desparramaban por los acantilados calcáreos. El kelp, la zostera marina, las suaves olas azules. Las focas gruñían, las gaviotas chillaban, los delfines saltaban sobre el agua. Me sentía espiritualmente envenenado —un agrio cóctel de rabia, tristeza desesperanza— por el reportaje que estaba escribiendo. Nunca el surf había sido más útil para mí.

Gracias al surf, un hermoso hilo de recuerdos atraviesa la abigarrada madeja de mis encargos periodísticos. En 2010, cuando necesitaba tomarme una mañana de descanso tras haber interrogado a varias víctimas de torturas policiales en Tijuana, yo sabía que había una izquierda maravillosa justo al otro lado de la frontera, y allá que me fui. En 2011, estaba en Madagascar con un equipo de expertos en reptiles que intentaban impedir que los cazadores furtivos acabaran con una especie muy rara de tortuga de concha dorada. Los miembros del equipo se pasaban todo el día y toda la noche hablando de tortugas, serpientes y lagartos. Eran capaces de caminar y caminar por la selva, bajo el sol abrasador, solo porque creían que un buen ejemplar de tortuga podía estar oculto en algún sitio. Me di cuenta de que Selya y yo nos parecíamos mucho a aquellos expertos, excepto por los conocimientos científicos y la militancia ecologista. Nos poníamos a hablar de olas hasta que cualquier no surfista que estuviera cerca de nosotros —empezando por nuestras propias esposas— huía despavorido. Y lo hacíamos en nuestros viajes de surf, o cuando leíamos revistas de surf o veíamos vídeos, o en la terraza de un café de Broadway, o bebiendo lingotazos de tequila, que Selya llamaba «la sopa de los bocazas». El asunto, para nosotros, era inagotable, porque sus aspectos más interesantes eran infinitos. En Madagascar, mis compañeros decidieron emprender una nueva expedición en busca de la tortuga y yo decidí abandonar. Me fui a trabajar por mi cuenta y me instalé en una ciudad costera llamada Fort Dauphin, donde encontré una tabla —una 6'6" ya muy baqueteada pero aún aprovechable— y

estuve surfeando hasta caer rendido, durante tres días, con olas violentas y desbaratadas por el viento, hasta que los científicos regresaron de la expedición.

En 2012, un reportaje me llevó a Australia. Era la primera vez que volvía desde que Bryan y yo nos embarcamos en Darwin. Tenía que escribir una crónica sobre el boom minero —impulsado por las inversiones chinas— que se vivía en Australia, y sobre una magnate minera llamada Gina Rinehart. Era la persona más rica de Australia, de derechas y se había convertido en una obsesión nacional. Tuve que visitar Sydney y Melbourne, pero también la costa occidental de Australia, donde se hallaban las vetas de hierro y la señora Rinehart. Australia me pareció muy cambiada. Era menos insolente y menos igualitaria —esa idea de que «Jack es igual que su jefe»—, y ahora le preocupaban más sus multimillonarios, o quizá es que yo me llevé esa impresión por estar escribiendo sobre una multimillonaria. Fui a ver a Sue, mi vieja amiga de Surfer's Paradise, que ahora vivía en la costa, al sur de Perth. Ella, al menos, seguía siendo tan insolente como siempre, bendita sea su alma de inconformista. Ahora era una abuela que mimaba a sus nietos y vivía en una casa llena de libros en una bahía maravillosa. «Apuesto a que nunca te imaginaste que pudiera ganar dinero», me dijo, cosa que era muy cierta. Pero había alcanzado una vida próspera gracias a un permiso de extracción de orejas de mar. Me aconsejó tener en cuenta que Rinehart, quien me había dejado apabullado por su actitud de abusona paranoica, era la única mujer en el mundo absolutamente masculino de los propietarios de minas. Procuré tener en cuenta aquel detalle. El hijo de Sue, Simon, vivía cerca de allí y me prestó una tabla y un traje de neopreno y me explicó cómo llegar a una ola llamada Boranup. Era un pico alejado de la ciudad, de aguas frías de color turquesa, con arena blanca y colinas abruptas sin edificios a la vista. Había unas cuantas furgonetas de surf aparcadas en la playa. Las olas eran de metro y medio a dos metros, limpias y con buenas crestas, y el viento soplaba de tierra. Surfeé durante muchas horas seguidas, estudiando despacio las barras. La última

ola que cogí me recompensó por todo el esfuerzo: era una larga izquierda de casi dos metros que me llevó directamente hasta aguas poco profundas.

En algún momento, no estoy seguro de cuándo, el surf se fue a hacer puñetas. Desde mi punto de vista —lleno de prejuicios—, siempre había sido una actividad demasiado popular: las aglomeraciones de surfistas siempre habían sido un problema en las olas más famosas. Pero ahora las cosas eran distintas. El número de personas que practicaban surf se dobló y volvió a doblarse: en 2002 se calculaba que eran unos cinco millones en todo el mundo, y en 2010 ya eran veinte millones. Los niños surfeaban en prácticamente todos los países que tenían costa, aunque no fuese más que la de un lago. Y peor aún, la idea del surf se había convertido en un fenómeno económico a nivel global. Los logos relacionados con el surf decoraban camisetas, zapatillas, gafas de sol, tablas de skate, sombreros y mochilas expuestos en todos los centros comerciales desde Helsinki hasta Idaho Falls. Algunas de estas marcas que facturaban millones de dólares habían empezado en California o Australia vendiendo bermudas en una furgoneta. Otras marcas eran inversiones de última hora de las grandes corporaciones.

En realidad, el surf se ha usado desde hace mucho tiempo para promocionar productos. Hace cincuenta años, las etiquetas de cerveza Hamm en las que aparecía Rusty Miller haciendo una bajada en Sunset eran una imagen habitual en todos los bares y tiendas de licores de América. En las desoladas zonas industriales de New Haven, Connecticut, vi un cartel en el que se veía a un tipo haciendo un tubo —la ola era descaradamente la de Sunset— con un letrero de SALEM estampado en las volutas de humo que salían de la pared de la ola. Las empresas de alcohol y tabaco deseaban asociar su nombre a un deporte saludable y atractivo, así que en los primeros tiempos del surf se convirtieron en patrocinadores de las competiciones. Pero las proporciones aterradoras que ha alcanzado hoy en día la imaginería del surf son un fenómeno desconocido.

Hay cinco tablas de surf de color sangre clavadas en un muro de granito en Times Square. Desde 1987, cuando empecé a trabajar en el New Yorker, he cruzado Times Square a todas horas y con toda clase de condiciones climatológicas, pero solo he empezado a sentirme un furtivo allí en los últimos años. Y en parte se debe a esas tablas. Son pintails de una sola quilla de diseño elegante y con la punta exageradamente puntiaguda. De hecho no son tablas de surf, sino la decoración exterior de una franquicia de Quiksilver, pero para mí ese contorno con forma de lágrima alargada significa un tiempo y un lugar (Hawái, mis diecisiete años), cuando las tablas con ese diseño eran la última moda para las olas grandes. Y luego está ese vídeo que se proyecta en múltiples pantallas, también en la fachada de esa misma tienda. Para cualquier transeúnte, esa ola de color turquesa que se ve en las pantallas no es más que un caramelito visual. Pero yo conozco bien esa ola. Está al este de Java, al borde de la jungla. En otra vida, Bryan y yo acampamos allí, en una destartalada casa construida en los árboles. ¿Por qué tendrán que mostrar esa ola? ¿Y qué hay del jovencito que se agacha bajo ella? Sé quién es. Es un personaje curioso, sobre todo por las cosas que se niega a hacer con su talento. Cuando surfea, no compite ni hace las maniobras obvias en las situaciones obvias. Sus patrocinadores, entre ellos Quiksilver, le pagan para que se agache obcecadamente, elegantemente, como un Bartleby posmoderno admirado en todo el mundo del surf por las cosas que se niega a hacer. Pero entonces, ¿por qué me preocupa reconocer al instante, de un simple vistazo, a ese haragán que está haciendo un tubo en Indonesia en un vídeo en Times Square? Porque a veces pienso que mi vida íntima, una porción considerable de mi alma, está siendo expuesta en toda la publicidad comercial que veo, desde créditos personales a camiones ligeros, incluyendo, en estos últimos tiempos, las teles en los taxis.

Los surfistas intuyen, desolados, que el surf se convertirá muy pronto en una actividad tan poco atractiva como el patinaje en pista. Y cuando llegue ese día, tal vez millones de novatos dejen de surfear y dejen las olas a los surfistas

recalcitrantes. Pero las grandes empresas que quieren explotar la idea del surf están decididas a «explotar el deporte». Al marketing le sirve el prestigio semiclandestino —y el surf aún lo tiene—, pero en realidad, cuanto más famoso y reconocido sea un deporte, mejor para las ventas. Y entretanto, miles de pequeños empresarios, muchos de ellos surfistas sometidos a empleos basura, han abierto escuelas de surf en las playas de docenas de países. Muchos hoteles de lujo incluyen las clases de surf en sus ofertas. «Indique el surf en su lista de preferencias». Es improbable que las escuelas de surf aporten mucha más gente a los picos superpoblados donde los surfistas veteranos tienen que pelear para coger una de las escasas olas libres. Pero me resulta muy molesto oír por casualidad a los habitantes de Manhattan proclamar que surfean. Oh, sí, dicen, aprendí el verano pasado, cuando estaba de vacaciones en Costa Rica.

Los surfistas de por aquí —los locales de Long Island y Nueva Jersey— son inusualmente simpáticos. Nunca he podido acostumbrarme a eso. En California y Hawái había un patrón de conducta basado en la reserva, con una idea de lo que era cool en el agua —lo que se podía decir, o qué clase de ola o de maniobra merecían un grito de aprobación— que yo interioricé de niño y de la que nunca me podré desprender. Pero en esta costa la gente —ya sea conocida o desconocida— te grita por cualquier cosa que parezca medio decente. Me gusta esa falta de pretenciosidad y esa falta de esnobismo, pero hay una parte indómita de mí que se niega a aceptarlas. Los picos de la zona de Nueva York, en contra de lo que se suele creer, son de los más distendidos. Nunca he visto en el agua una señal de amenaza ni he oído una discusión violenta, ni mucho menos una pelea. Y eso se debe en parte a que la aglomeración de surfistas nunca resulta terrible, como en Malibú o en Rincón, y en parte a que las olas no tienen la calidad suficiente para que uno se ponga a discutir por ellas; pero en general, todo se debe a la cultura que impera aquí. La altanería y el ensimismamiento que se convirtieron en norma en las costas y en las islas más famosas, aquí no han arraigado nunca. Es muy fácil ponerse a conversar

con un extraño en el lineup, y de hecho me ha sucedido cientos de veces. Y la gente incluso tiene ganas de compartir la información que posee sobre los picos locales. Otro surfista expatriado que conozco lo define como un «aloha urbano». Pero en realidad es un sentimiento de las grandes áreas residenciales o de las localidades costeras. Nunca me he encontrado en el agua con nadie que viviera en Manhattan. En Brooklyn sí, aunque muy pocas veces.

Selya se siente como en su casa en todas partes. Nació y creció en Manhattan, pero pasó un periodo crítico para su formación de surfista, cuando era adolescente, en la costa de Nueva Jersey, y además se siente a sus anchas en Long Island. De hecho, Movin' Out es un musical sobre chicos de clase obrera de Long Island, inspirado en canciones de Billy Joel. Selya interpretaba a Eddie, el rey de la promoción de su instituto que iba a la guerra de Vietnam y volvía tocado a casa. Musculado, esbelto, carismático, Selya se transformó por completo en su personaje y sus bailes fueron un bombazo. Cuando nos conocimos, me preguntó si conocía a la crítica de danza del New Yorker, Arlene Croce. Le dije que no. «Debería darle una parte de mis ingresos a esa señora», murmuró. Leí la crítica de Movin' Out. Decía de Selya que era «un bailarín absolutamente notable». Selya había desarrollado una gran parte de su carrera en el American Ballet Theatre, al principio bajo la dirección de Mikhail Baryshnikov, antes de empezar a actuar en Broadway. Todavía tenía la forma de caminar, como de pato, de muchos bailarines de ballet. En una entrevista en el New York Times, Selya comparaba el baile con el surf. Según dijo, tanto en la música como en las olas, «uno se entrega a algo que es mucho más poderoso que uno mismo». Me pareció que había dado en el clavo.

Coger olas con Selya es como sumergirse bajo la superficie de esta monstruosa megalópolis que llamamos nuestro hogar. Se conoce todos los atajos, todas las bromas para entendidos, todos los antros y toda la información necesaria. Se cuela de madrugada en un diner de Broadway y pide un sándwich de huevo duro con un tono —«Que sea bueno»— que solo se suele ver en las películas. Escucha las

tertulias deportivas más nauseabundas de la radio con una sonrisa distante. Sospecho que puede conversar sobre la mecánica de los lanzadores de los Mets con la misma pericia que esos tertulianos agresivos. Y al igual que Peter, es un placer surfear con él. Es competitivo y autocrítico. Rema con mucha más fuerza de la que yo tengo ahora, y encima sabe coger un montón de olas. Surfea de forma precisa, agresiva, explosiva, como en un ballet. También es un espectador insólitamente sagaz. Una tarde gélida, en Nueva Jersey, estamos surfeando unas olas grandes y cambiantes en un pico que raras veces solemos visitar. Nuestros picos habituales tienen olas demasiado grandes y que rompen al mismo tiempo; imposible surfearlas. Al final de la sesión, voy remando hacia una serie que viene dando tumbos y presenta tramos muy difíciles. Me enredo en el labio de la ola —maldigo mi pesado traje de neopreno y mis brazos demasiado débiles— y luego apenas consigo mantenerme en pie durante la bajada, hasta que hago el giro medio en cuclillas bajo una pared sorprendentemente alta y oscura. Después consigo surfear la ola y me salgo a los pies de un acantilado en la parte más alejada de la zona interior. No veo a Selya. Mientras vuelvo remando por el canal, preguntándome si habrá podido ver mi descenso, lo distingo en la zona exterior, meciéndose sobre las olas bajo una oblicua columna de luz crepuscular. Me está dando la espalda, pero tiene el brazo levantado con el puño cerrado. Ya tengo la respuesta. Me ha visto.

Otro día de invierno en Nueva Jersey, con olas más grandes pero más desorganizadas —las olas vienen en una dirección demasiado orientada hacia el este: nuestra predicción no ha sido muy acertada—, Selya me dice: «No estoy de humor». Se queda en la orilla. No es surfista de olas grandes. Yo tampoco, pero no puedo hacerme a la idea de volver a la ciudad completamente derrotado, así que me pongo el traje y empiezo a remar. La temperatura del agua es de dos o tres grados, la del aire también y sopla un viento gélido del oeste. El mar tiene un feo color marrón. Tengo un día horrible: pierdo olas y me caigo a menudo. Las olas son gigantes para lo que se suele ver en la Costa Este, pero no son buenas. Me vuelvo a

la orilla. En el coche, Selya me dice: «Perdón por el pestazo a derrota que flota aquí dentro». Mientras volvemos a casa, intento convencerlo de que lo único que se ha perdido ha sido una terrible penitencia. Cuando el skyline de Manhattan aparece tras las marismas y la zona portuaria de Newark Bay, Selya me dice: «Mira eso: es como un arrecife gigante. Se ven las rocas y los corales, y toda la vida submarina está debajo, en las grietas».

El trabajo de Selya le obliga a viajar por todo el mundo, pero se las arregla para surfear cuando está de gira. En Brasil, en Japón, ha sabido encontrar tablas y olas. Una vez viajó desde Londres hasta Cornualles —a cinco horas de distancia— solo para surfear. El año pasado, desde Dinamarca, me envió por el móvil unas fotos de unas olas diminutas y horribles en el mar del Norte, pero se metió en las olas saltando sobre rocas puntiagudas. Cada diciembre actúa en Honolulu con la compañía de ballet de Hawái, coincidiendo con la mejor época para el surf en la costa norte. Y cuando pueden, él y su mujer, Jackie, que es cantante en Broadway, se escapan a Puerto Rico. En 2013 alquilaron una casa en el extremo noroccidental de la isla —la zona surfera— en plena estación de surf. Estuve con ellos cuando llegaron unas olas tan grandes que me alegré de haberme llevado mi Brewer gun 8′8″.

A veces nos vamos a buscar olas lejos de casa. Hace unos pocos años, con otros surfistas, fletamos un barco en el oeste de Java. Según mandan los cánones del surf, el viaje fue un fracaso. Fondeamos durante diez días en una isla deshabitada del estrecho de Sonda que tiene fama de tener buenas olas. Estábamos en plena época de surf en Indonesia, pero las olas eran muy pequeñas. Selya se había traído un montón de DVD: películas de Steve Buscemi y la serie original completa, la inglesa, de The Office, con Ricky Gervais de protagonista. Las proyectaba de noche, en un ordenador portátil, en la bodega sofocante donde dormíamos todos, y Gervais se convirtió en la imprevista mascota del viaje. Selya se sabía los episodios de memoria. Se le oía en el pico, descacharrándose de risa cuando repetía las frases que más le gustaban, clavando el ridículo acento provinciano de David Brent, el jefe de

la oficina que interpretaba Gervais, mientras nosotros remábamos en círculos en busca de olas muy malas. Selya es un gran experto en todas las formas de sumisión: ama el ingenio de quienes deben hacer esfuerzos desesperados por mantener la dignidad en medio de la humillación. «Me identifico con ellos», explica. Al final del viaje tuve una aparente recaída de malaria. Antes, a lo largo de los años, había tenido otras, no demasiadas: fiebre y escalofríos insoportables. A bordo no había mantas —estábamos atracados a seis grados de latitud sur—, así que Selya me tuvo que prestar, cuando los escalofríos se hacía inaguantables, un chándal de terciopelo negro y ribetes rojos que se había traído para los trayectos en avión. Me acurruqué en la litera, gimiendo de frío y vestido como un macarra de Nueva Jersey. Empapé el chandal en sudor. No pasa nada, me dijo Selya, si alguna vez logramos regresar a tierra firme, lo quemaremos.

Peter Spacek estaban en ese viaje. Cuando me puse enfermo, me estuvo vigilando. Apenas surfeaba —las olas no merecían la pena—, pero dibujó mucho: bocetos al natural de la vida del arrecife, de la vida a bordo del barco y de las muchas especies de peces que pescó. Él y yo nos llevamos fragmentos brillantes de coral rojo y azul para nuestras hijas.

Mi padre se había llevado el velero a Florida para pasar el invierno. El viaje no era necesario —la mayoría de propietarios de veleros de la costa nordeste los dejan en dique seco—, pero mi padre estaba casi jubilado y tenía mucho tiempo libre. Me uní a él en primavera para hacer juntos una manga rumbo al norte, zarpando de Norfolk, Virginia. Recorrimos juntos la bahía de Chesapeake, luego surcamos el río Delaware, pasamos por Cape May y después subimos por la costa de Nueva Jersey. Cuando atravesábamos Cape May, saliendo de la bahía de Delaware, tuvimos nuestro tradicional encuentro con el peligro. Creímos ver una gran flota de barcos de pesca de casco blanco faenando en los bajíos del cabo. Era una mañana fría y soleada. Nos preguntamos qué podría haber atraído tantos barcos de pesca. Pero los barcos resultaron ser olas en una rompiente. Estábamos muy lejos de la orilla, pero

el sonar empezó a marcar seis metros, cinco metros, tres metros, y de pronto nos vimos rodeados por las olas. Yo iba al timón, procurando esquivarlas y buscando desesperadamente mayor profundidad. El sonar marcó dos metros, y luego bajó a metro y medio, un metro. Yo tenía el velero escorado y nos revolcábamos en las zonas intermedias de las olas para impedir que la quilla chocara con la arena. Las olas no eran grandes, pero tampoco eran simples borreguitos, sino olas que rompían en aguas a la altura del pecho. Se veía muy bien el fondo, que tenía un color muy pálido. Habría sido un pésimo lugar para embarrancar, en aguas que estaban a unos cinco grados de temperatura y muy lejos de la costa. Pero de algún modo logramos salir del bajío. Pusimos el motor en marcha y navegamos mar adentro, revisando nuestras cartas de navegación. Caray, pero si estaban ahí: horrendos obstáculos naturales. El canal navegable corría pegado a la costa de Delaware. Tras una semana de haber navegado con sumo cuidado por bahías de aguas poco profundas y por angostos canales, nos habíamos relajado como idiotas al llegar a aguas abiertas. Estábamos demasiado asustados como para reírnos. Navegamos despacio hacia Atlantic City, atracamos en el puerto y cogimos un autocar Greyhound con destino a Nueva York.

Fue una semana muy agradable. Navegando por la bahía de Chesapeake, descubrimos unos pueblecitos que sería imposible encontrar por carretera. Comimos cangrejos de concha dura, cangrejos de concha blanda, cangrejos azules, cangrejos hembra. Charlamos con camareras y con propietarios de tiendas de artículos de pesca. Mi padre y yo compartíamos una afición —que bordeaba lo patológico— por explorar lugares desconocidos. Nuestras esposas se burlaban de nosotros porque en todos los viajes que hacíamos con la familia cogíamos el primer atajo que se nos ponía delante y que no sabíamos adónde iba a llevarnos.

La tarea que más le gustaba a mi padre en la industria del cine y la televisión era localizar exteriores. Y la parte que más me gustaba de mi trabajo era dejar que mi propia curiosidad me llevara a la vuelta de la esquina, a la siguiente cadena de

montañas, al zoco de allá abajo, en busca de sucesos y de gente a la que preguntarle algo, avanzando siempre hacia el lugar donde la historia me pareciera ser más rica en detalles. Una noche, fondeados bajo un farallón cubierto de robles, mientras daba sorbos al único vodka con tónica que se tomó en su vida, mi padre me preguntó por Somalia. Había leído mi crónica, pero quería saber qué aspecto tenía el país y cómo te sentías allí, qué hacía la gente, qué comía y cómo me lo monté cuando estuve allí. Así que se lo conté, y él escuchó con intensa atención, bajo las sombras cada vez más grandes de aquella cala tranquila, mi descripción de la bombardeada Mogadiscio, de los largos pañuelos que llevan las mujeres, de los adolescentes armados que tuve que contratar como escolta, de las pick-ups con armas pesadas («vehículos artillados», las llaman) que llevan a todas partes y en las que combaten y en las que duermen por la noche. Se sumergió con tal asombro sincero en todos los detalles de la tragedia de aquel remoto país, que me sentí muy honrado por haberle trasmitido las noticias. Era un lugar al que sabía que nunca iría, pero yo sí había ido, y por eso quería que le contara el viaje. Si se preocupaba por mi seguridad, nunca me dijo nada. Siempre habíamos tenido suerte: éramos tontos pero afortunados, le gustaba decir. Y los dos compartíamos la misma curiosidad insaciable.

El lugar más raro que descubrimos aquella semana se llamaba Delaware City. Era un pueblecito situado en la desembocadura del río Delaware, en un canal que antiguamente atravesaba la bahía de Chesapeake y conectaba Filadelfia con la zona norte de Baltimore y Washington, antes de que fuera sustituido por otro canal más profundo construido en otra ruta. La calle principal de Delaware City era un monumento a su esplendor perdido: una hilera impresionante de grandes edificios de ladrillo del siglo XIX. Cenamos en un hotel de lujo construido en 1828. Éramos los únicos clientes.

Aquella travesía que hicimos juntos en el velero fue como un viaje en el tiempo, atravesando estratos de un país más antiguo e internándonos en nuestra propia historia, tanto en la compartida como en la individual. Le pregunté a mi

padre si seguía manteniendo contacto con alguien de Escanaba, su pueblo natal. Nada más oírlo, se echó a temblar, literalmente. No. ¿Y no sería interesante acudir a la reunión del sesenta aniversario de su promoción del instituto, que iba a celebrarse muy pronto? No. Antes se dejaría cortar el brazo derecho. ¿Por qué? «Porque tendría que hablar de mi vida —contestó—. ¿Y qué puedo decir que soy, productor de Hollywood?». Yo no veía nada deshonroso en decir que uno era productor de Hollywood, pero yo no he nacido en el Medio Oeste.

En cierto momento, cambiando de bordada en Annapolis, me dijo: «Tienes la costumbre de dejar las cosas sin decir, de esconder las cosas debajo de la alfombra». Me sobresalté y me puse muy nervioso. «Tal vez sea hereditario», musitó.

Me pregunté qué tenía en mente cuando dijo eso. Parecía aludir a ciertos resentimientos. ¿Tenía yo tanto resentimiento acumulado? Hacía mucho tiempo, le había echado la culpa de mis desgracias y de la angustia que consumió mis años de universidad tras la marcha de Caryn. Yo tenía la idea de que su devoción hacia mi madre y su dependencia emocional de ella habían sido un mal ejemplo para mí, puesto que me habían enseñado un modelo de amor que al final, en mi caso, resultaba demoledor. Pero hacía tiempo que había abandonado aquella ridícula idea y todo el resentimiento que conllevaba. Y en realidad había muchas cosas que yo prefería que se hubieran quedado sin decir. Aun así, el comentario me obsesionó. Lo sigue haciendo ahora mismo, igual que todas las cosas que desearía haber dicho cuando tuve la oportunidad.

Hay una imagen recurrente de esa travesía. Íbamos navegando a motor por el canal de Delaware y Chesapeake (era el canal grande que no desemboca en la pequeña ciudad de Delaware City). Un inmenso remolcador transoceánico pasó junto a nosotros, remolcando una barcaza. Papá, que llevaba un impermeable con capucha, se quedó inmóvil junto a la borda, con los brazos colgando a ambos lados de la cintura, mientras miraba el barco que pasaba, hipnotizado por el puente

altísimo y sus brillantes acabados pintados de rojo y blanco. Recuerdo el nombre del barco, Diplomat, grabado con letras doradas en la proa. En la cubierta de popa, un fornido marinero pelirrojo estaba fumando un cigarrillo: era un hombre joven que tenía los enormes brazos cruzados sobre el pecho. Mientras fijaba la vista en nosotros, parecía adoptar una pose especial. Papá parecía helado de asombro. A mí me sorprendió lo absorto que estaba. Parecía a la vez divertido y conmovido. Admiré su sencillez, pero también había algo muy alarmante en su inmovilidad, con los brazos colgando de aquella manera.

Hacía mucho tiempo que Tavarua había alcanzado la fama de ola de ensueño. Era famosa —famosa, se entiende, en el mundo del surf— por ser casi perfecta, pero también por su exclusividad, ya que era una ola privada. Era la única gran ola del planeta que no había sucumbido a la tragedia de la masificación. Tavarua no había atraído a las multitudes que al final acaban echando a perder las olas para todo el mundo. El hotel, propiedad de unos americanos, iba viento en popa. Para los surfistas que no aceptaban que hubiera una ola reservada para clientes de pago, aquello era una tomadura de pelo. En principio yo me alineaba con ellos. Había escrito reportajes sobre diversos procesos de privatización —y en distintos contextos—, como el suministro municipal de agua de Bolivia y el mantenimiento del metro de Londres; en general, estaba en contra de las privatizaciones. Y en aquel caso, no podía dejar de lado mis sentimientos hacia el hotel, motivados por aquellos días primigenios que pasé en la isla con Bryan.

Como surfista, sin embargo, me sentía tan atraído como cualquier fanático por la idea de surfear en una gran ola prácticamente desierta. Vivimos en un mundo corrompido, así que, qué remedio, me dije. Además, tenía muchísimas ganas de surfear de nuevo. Tal como se desarrollaron los hechos, el gobierno de Fiyi, por entonces una dictadura militar, destruyó el mito de Tavarua en 2010, cuando anuló la licencia de «mantenimiento del arrecife» que permitía el funcionamiento exclusivo del hotel. La ola se abrió al público, y eso supuso que empezaran a

funcionar los touroperadores del surf. A la menor perspectiva de buenas olas, barcos cargados de surfistas empezaban a llegar a Tavarua desde los hoteles y los puertos de recreo más próximos, con lo que el pico se convirtió en la típica pesadilla maltusiana que todos los surfistas conocemos bien.

Pero yo me hice cliente del hotel desde 2002, mucho antes de que eso sucediera. El hotel se alquilaba por grupos de unas treinta personas durante una semana. Casi todos los grupos eran fijos y volvían cada año, y aquel año un grupo radicado en California me invitó a cubrir un hueco. Ni me lo pensé. Yo iba a cumplir cincuenta años y Tavarua me estaba reclamando a pesar de mis firmes convicciones sobre la privatización de los espacios públicos. Yo quería volver a surfear allí mientras estuviera aún en condiciones de surfear mínimamente bien.

El hotel era más bien discreto. Dieciséis bungalós, comidas en común. Parece ser que los dueños del hotel habían abierto a base de explosiones una vía a través del arrecife para el acceso de los barcos, pero la ola seguía siendo la misma. Era la misma izquierda compacta que caía como una vertiginosa exhalación sobre el arrecife, tan perfecta que a uno le costaba mucho creerla real. Surfear la ola me produjo un aluvión sensorial de recuerdos. Las olas azules que rompían en la parte superior del arrecife, la intrincada decoración con arabescos manieristas en la pared de las olas, el despiadado coral. Y ese momento crucial que parecía durar toda la eternidad, junto con la sensación de una abundancia inagotable. Yo había perdido elasticidad en los veinticuatro años que habían pasado desde la última vez que surfeé en Tavarua, y la ola, sobre todo en el takeoff, era tan rápida como siempre, pero podía contar con la astucia acumulada durante los muchos años de experiencia y aún podía surfear la ola con un mínimo de decoro. El pico ya no estaba vacío, claro está. Ahora había que compartirlo con los demás clientes del hotel, aunque eso no era muy complicado. El lugar exacto para el takeoff, que antes habíamos fijado tomando como referencia el punto en el que se entrelazaban dos altísimos cocoteros,

se fijaba ahora tomando como referencia el reflejo de uno de los espejos del bar del hotel.

En la isla fui a visitar el antiguo emplazamiento de nuestro campamento. El secadero de pescado en el que yo dormía había desaparecido, pero todo lo demás seguía igual: la vista de la ola, las islas al otro lado del arrecife; la áspera arena, el aire ligero. Las serpientes venenosas, las dadakulachi, eran ahora una rareza. Me sentí trasladado a un mundo mimado y feliz. Había cerveza helada. Había hasta sillas. En el lugar donde los pescadores dejaban las pilas de leña para las hogueras de señales había ahora una pista de aterrizaje para helicópteros. Me pregunté qué estaría haciendo ahora el pequeño Atiljan, que dormía sobre un lecho de hojas verdes. ¿Sería ahora pescador y tendría hijos? Casi todos los empleados del hotel eran lugareños de Nabila, pero solo uno o dos eran de raza hindú. La democracia fiyiana había sido destruida por una serie de golpes de estado encabezados por nacionalistas fiyianos; los hindúes habían sido degradados a ciudadanos de segunda clase. El hotel de Tavarua había intentado ganarse el favor del régimen militar organizando un campeonato de surf profesional en un momento en que las sanciones internacionales habían cortado todos los vínculos de Fiyi con el mundo exterior. Cuando le pregunté a una simpática camarera de Nabila su opinión sobre la política antidemocrática del gobierno y el trato que daba a los hindúes, la chica me respondió con timidez que estaba del lado del gobierno. «Actúa en defensa de los fiyianos», me dijo.

Cuando pregunté por Bob y Peter, los pescadores que nos habían llevado al islote —nadie supo darme noticias—, dos tipos de Nabila ya maduros que ahora trabajaban en el hotel se acordaron de mí. Me trataron como a un primo que hubiera estado ausente mucho tiempo y se rieron mucho de mí: yo era el americano que no se había dado cuenta de que podía montar un hotel en la isla. Cada semana, el hotel organizaba una «noche fiyiana» para los clientes, con toque de tambores y kava y discursos en fiyiano por parte de los viejos del pueblo. Tuve que ir a uno de estos

encuentros, y oí que me mencionaba en esos discursos y que yo formaba parte de la historia de la isla y del advenimiento del surf. Ninguno de los demás clientes se dio cuenta, pero todos los fiyianos que participaban en el espectáculo, riéndose, inclinaban respetuosamente la cabeza cuando nos cruzábamos por los senderos de la isla, o bien me daban una palmadita en el hombro. Supuse que se habían dado cuenta enseguida de que yo no tenía el carácter para montar y dirigir un negocio en Fiyi. Uno de los surfistas americanos que habían construido el hotel aportó el capital necesario, pero desde hacía tiempo se había retirado del negocio y había vendido su parte a otros inversores. El otro propietario era el tipo duro que se había ocupado de construir ese pequeño emporio en mitad del trópico salvaje. Ahora vivía en California y solo visitaba de tarde en tarde la isla. Se había construido una gran casa, en terrenos robados a la jungla, en la parte meridional de la isla.

Yo temía contarle mi visita a Bryan, que estaba esperando mi crónica del viaje. Luego resultó que no se oponía —como yo me había temido— a que me hubiera aprovechado de las olas privatizadas, llenas de comodidades y carísimas, del hotel (el alojamiento y la comida costaban unos cuatrocientos dólares al día). Ni siquiera reaccionó mal cuando le conté la «noche fiyiana». Sin embargo, lo que más le asqueó fue la historia del partido de voleibol entre los clientes y el personal del hotel. «Me imagino que todo fue del tipo mejor sonrisa y veneno por dentro», me escribió en una carta. Pero su reacción a mis descripciones del hotel fue mesurada y compleja: contenía rabia, bromas, celos, temor y, como siempre, autocrítica. Me prometió hacer más viajes a la costa de Oregón, adonde iba de vez en cuando a surfear.

Los dueños del hotel habían descubierto otra ola, también una larga izquierda, en un arrecife en mitad del océano a un kilómetro y medio al sur de Tavarua. La llamaban Cloudbreak y era la ola que en realidad hacía rentable el hotel. La ola de la isla, aunque tenía fama mundial de perfecta, era demasiado volátil para satisfacer a una clientela de lujo: podía pasarse una semana entera sin romper como era debido (los propietarios le habían puesto el bochornoso apodo de Restaurants). En cambio,

Cloudbreak cogía todo el oleaje que pasaba por la zona y era mucho más consistente. Durante todo el día zarpaban barcas hacia la ola y echaban el ancla en el canal mientras los clientes surfeaban. Cloudbreak era más grande, más cambiante y tenía más secciones y más imperfecciones que la ola de la isla. Ofrecía varios puntos distintos para el takeoff y presentaba muchos tramos imposibles de surfear, pero también poseía su propia magnificencia. Yo me levantaba al amanecer, cogía la primera barca y surfeaba en Cloudbreak cuando salía el sol, buscando con calma las referencias del pico. Las colinas de Viti Levu, que estaban unos siete kilómetros al este, podían indicarte, después de hacer unas triangulaciones muy simples, en qué parte del arrecife —largo, liso y radiante— te encontrabas.

La primera semana que surfeé allí destrocé una Owl recién estrenada. Los restos de la tabla fueron a parar a un enorme montón de tablas rotas que se pudrían en la jungla, justo detrás de la cochera para las barcas. Supuse que todas aquellas tablas eran restos de Cloudbreak: la ola tenía unas reservas inagotables de potencia submarina, y en ese sentido se parecía mucho a Madeira, aunque no me asustaba tanto, en parte porque había sido cartografiada por otros surfistas y en toda clase de condiciones, y sobre todo porque no tenía rocas ni acantilados. En la zona interior podías estrellarte contra el fondo, porque allí el agua era tan poco profunda como en la otra ola de la isla, pero si te caías o si la ola te engullía, era fácil salir a flote a través del arrecife. Y como ocurre en muchos sitios, la violencia de la ola amainaba a medida que te iba arrastrando a lo lejos. Cuando la bajamar era muy potente, el arrecife sobresalía por completo y uno podía ir andando en busca del mejor lugar para dar el salto. Además, había socorristas por allí cerca, ya que la gente de las barcas vigilaba a los clientes. Los días de olas más grandes usaban motos acuáticas en el canal para socorrer a la gente que se había metido en apuros en la zona de impacto. Durante la primera semana, una moto se me acercó dos veces, y tuve que hacerle señas, moviendo los brazos, para indicarle que todo iba bien. Me tomaba muy en serio Cloudbreak, pero la década que llevaba surfeando en Madeira, en

lugares donde dejarse arrastrar por la corriente no suponía una forma segura de evitar el riesgo, me habían acostumbrado a enfrentarme con los peligros normales del océano.

Pero yo no podía pasarme tanto tiempo en Tavarua como me pasé en Madeira. Ahora que Mollie era el centro de nuestras vidas, ya no sentía tantos deseos de volver. Y además no teníamos el dinero suficiente para pagar esos viajes. Aun así, volví regularmente a Cloudbreak, y año tras año cada vez que iba me pasaba de seis a ocho horas diarias surfeando allí. En el grupo con el que viajaba había de todo: constructores republicanos de Florida con sus ambiciosos hijos y gente del mundo del cine que también viajaba con sus ambiciosos hijos. También había jóvenes promesas del surf de Hawái que viajaban a costa de sus patrocinadores. Algunos de los diez mejores profesionales del mundo solían surfear en Cloudbreak. Al principio,

Domenic me acompañó unas cuantas veces. Ahora vivía en Malibú, feliz con su segunda esposa y sus cuatro hijos pequeños. Seguía riéndose cuando yo me burlaba de mí mismo y fue muy bonito volver a coger olas con él en el Pacífico Sur. Pero al poco tiempo dejó de hacer viajes de surf porque quería centrarse en su familia.

Bryan y yo ni siquiera nos planteamos la posibilidad de que él volviera a la isla. Yo hice algunos amigos en Tavarua, sobre todo dos californianos, Dan Pelsinger y Kevin Naughton, que tenían prácticamente mi edad y aún no se habían cansado de surfear. Empezamos a viajar juntos a picos más económicos, en México, Nicaragua, Indonesia, pero los viajes para los que me entrenaba, para los que ahorraba y para los que vivía, eran los de Fiyi.

«La gente que conozco en Nueva York siempre está a punto de irse a su lugar de origen para escribir un libro, o bien se queda aquí y escribe un libro sobre su lugar de origen». Así se expresaba A. J. Liebling en Apology for Breathing, uno de

sus magníficos ensayos breves. Liebling quería pedir perdón por ser de Nueva York, una ciudad que amaba dadivosa y escrupulosamente. Y ahora yo soy uno de esos neoyorquinos que siempre están a punto de volver a su lugar de origen. Pero en mi caso no se trata de hacer las maletas o de quedarse en el mismo sitio, sino de vivir con un pie siempre fuera de mi despacho para ir aceptando encargos que me lleven a cualquier punto del océano, en el momento justo en que las olas y el viento y las mareas puedan conjurarse para crear cualquier clase de ola surfeable. Ese punto fugitivo del océano que de repente empieza a romper es mi único lugar de origen.

De hecho, este libro trata de ese lugar mítico.

Un editor digital del New Yorker que descubrió mis múltiples ausencias me propuso llevar un blog sobre la práctica del surf en Nueva York. Me gustó la idea. El absentismo laboral y la baja productividad podían convertirse así en jugosa información, que podría descubrir a los lectores —tal como lo habría expresado un titular— el submundo de los surfistas urbanos. Nuestras extrañas devociones, frustraciones, pequeñas victorias y asombrosas peculiaridades, junto a unos cuantos personajes de este hábitat costero —además de las fotos—, podrían alimentar un blog bastante popular. Un día, mientras volvía medio congelado a casa, conduciendo por la Van Wyck Expressway, me imaginé redactando mentalmente sucintas y arcanas entradas para ese blog.

Como muestra de cortesía, expliqué el plan del blog a la gente con la que surfeo. «No», me dijo uno. «Ni hablar», me dijo otro. No querían que se supiera dónde estaban nuestras olas. No querían que la gente los considerara mis acompañantes en las expediciones surferas. Y además, los blogs eran una mierda. Críticas aceptadas, proyecto archivado.

Por lo general, me gusta que la gente sepa cuándo estoy ejerciendo como periodista. Muchas memorias están moralmente contaminadas por no haber seguido esa premisa. La mayoría de ciudadanos no quieren que se escriba sobre

ellos, y mucho menos que lo hagan las personas de su círculo íntimo. Siempre, de un modo u otro, he llevado diarios. Pero la idea de escribir un libro sobre mi vida de surfista, en especial sobre la gente insospechada que he conocido al ir en busca de olas, es una idea relativamente reciente. Muy pocos compañeros de viaje sabían que ese libro iba a escribirse.

Cuando ya había empezado a escribir este libro, comenté la idea —esperándome lo peor— con mis colegas surferos de Nueva York. Sorprendentemente, todos se mostraron entusiasmados con el proyecto. Por alguna razón, un libro les parecía mucho menos criticable que un blog: implicaba menos experiencias en tiempo presente, menos revelaciones de temas estrictamente privados.

—¿John va a salir en el libro? —preguntó el Lobista.

Se refería a Selya, que iba conduciendo el coche.

—Soy una mera nota a pie de página —dijo Selya.

Pues me temo que no, tal como ha quedado demostrado.

Pero aquí sí que pongo una nota a pie de página: Barack Obama no me creyó cuando le conté en qué escuela hice el primer ciclo de secundaria. Eso ocurrió a comienzos de 2004, antes de que Obama se hiciera famoso. Yo estaba escribiendo un artículo sobre él y le tomaba el pelo porque había ido a Punahou School, que era el mejor colegio que había en Hawái. Estábamos en un restaurante caribeño en un pequeño centro comercial de Hyde Park, en Chicago. «Ni de broma», dijo, soltando una carcajada. (En realidad no dijo «ni de broma», pero no estábamos hablando para que constase on the record). Ahora bien, yo sí que había ido durante un tiempo a la escuela secundaria de Kaimuki, solo que nadie que estuviera allí sabía que algún día iba a escribir sobre la escuela. Nuestras vidas eran off the record. Esta es la parte peliaguda. Los hechos son muy sencillos.

Cuando mi padre se quedó como hechizado ante el paso del remolcador no fue porque estuviera fascinado por lo que veía. Era párkinson. Los síntomas se fueron revelando muy despacio al principio, y muy deprisa después. Su vida se convirtió en un suplicio. No pudo dormir durante un año. Murió en noviembre de 2008, en brazos de mi madre, rodeado por sus hijos. Mi madre y él llevaban casados cincuenta y seis años.

Mi madre se quedó totalmente hundida por el último año de vida de mi padre. Nunca la había visto así. Siempre había sido una mujer delgada, pero aquel año se quedó demacrada. Consiguió volver a salir —a conciertos, al cine, al teatro— con amigos, conmigo. Seguía siendo una entusiasta, y recuerdo lo mucho que le gustó Winter's Bone, y en cambio, lo terriblemente mala que le pareció Avatar. Pero un día le empezaron a fallar los pulmones. Tenía bronquiectasia, una enfermedad respiratoria que causa, entre otras cosas, dificultades para respirar. Eso fue minando su salud. Parece ser que haber vivido toda su vida entre la contaminación de Los Ángeles influyó bastante en la enfermedad. Durante unas vacaciones la llevamos a Honolulu y alquilamos una casa en nuestro viejo barrio de Diamond Head. Su habitación daba al mar. Sus tres nietas se acurrucaban a su lado en su cama. Nos dijo que no podía sentirse más feliz.

El verano siguiente, ella y yo vivimos un momento muy raro. Fue la última vez que fue a la playa, en una tarde fresca y soleada en Long Island. Estaba tan débil que tuvimos que envolverla en mantas y mantenerla a resguardo de la brisa, aunque desde allí podía seguir viendo las olas. Sus nietas se tendieron a su alrededor para transmitirle más calor. Le comenté que las olas, aunque feas, eran surfeables. El viento del oeste había creado una derecha rápida, a la altura de la cintura, justo frente a la orilla. «Vete a surfear», me dijo mi madre. Yo no tenía tabla, pero Colleen tenía un longboard en su furgoneta. Era una tabla gigantesca y anticuada que mi hermana había comprado en un saldo por razones desconocidas. Caroline puso los ojos en blanco para transmitirme su desaprobación, pero aun así me dejó ir. Me metí

en el agua y cogí unas cuantas olas. Aquella tabla era ideal para surfear en la orilla y salí disparado por la playa, haciendo maniobras de la vieja escuela sobre las pésimas olas hasta que me estrellé contra la orilla. Volví a nuestro pequeño campamento entre las dunas. Los ojos azules de mi madre brillaban de alegría. Yo me sentía como si tuviera diez años y estuviese fardando delante de mamá. Y ella, sonriendo, me dijo: «Tenías el mismo aspecto que cuando eras pequeño». Todo se debió a aquella tabla tan anticuada. En la playa, todo el mundo estaba conversando y riendo. ¿Me habían visto coger las olas? «No —me contestó mi hija—. Vete a coger más».

Cuando mi madre empezó a sentirse menos segura caminando, empezó a caminar más deprisa. Siempre había caminado muy deprisa, pero ahora era distinto: un trote continuado que te obligaba a correr detrás de ella para evitar una caída. Cuando al final se cayó, me culpé por no haber sabido evitarlo. Volvíamos a casa después de una visita al neumólogo, y la dejé sola, sin ayuda, unos pocos segundos en la calle Noventa Este. Me di la vuelta y la vi intentando subir un escalón que estaba demasiado alto para ella. Se cayó hacia atrás, antes de que yo pudiera cogerla, y se rompió la pelvis. Tuvo que guardar cama. Mollie y yo empezamos a pasar casi todas las noches con ella. Fueron a visitarla antiguos amigos de California. Michael, que ahora trabajaba en el Los Angeles Times, iba a verla siempre que podía. Y lo mismo hacían Colleen y su familia, o Kevin y su pareja.

Pero muchas noches solo estábamos nosotros (Caroline estaba metida en un caso muy complejo ante un tribunal federal). Formábamos un trío muy curioso: Moll acurrucada con un libro, mi madre y yo recordando cosas, o viendo la televisión, o arreglando los problemas del mundo. Mi madre seguía mostrando un profundo interés en las cosas que yo hacía, y nunca disimulaba cuando le enseñaba mis borradores y le parecían flojos. Su ingenio sardónico se mantenía intacto. Siempre había sabido burlarse con acidez de quienes demostraban ser muy torpes en la vida social. Uno de sus gestos característicos era aplastar la lengua contra la mejilla, echar la cabeza hacia atrás, pasarse la mano por el pelo y exclamar: «Hasta

lueguito». Eso era lo que se decía, al despedirse con aire despreocupado, la gente que no había hecho casi nada y que vivía en un mundo muy limitado. Una noche, cuando nos disponíamos a irnos de su casa y recogíamos nuestros trastos, me miró mientras echaba la cabeza hacia atrás y, para mi sorpresa, me soltó «hasta lueguito», con un retintín añadido de melancólica guasa. O sea que ahora nos habíamos vuelto una familia así. Era cierto que nuestro mundo se había limitado mucho, pero mi madre estaba cambiando. Ahora sabía ignorarme por completo. Su intrépido amor seguía inalterable. Y ella y Mollie parecían estar más unidas que nunca (si es que eso era posible). Pero mi madre no creía en la otra vida. Eso era todo.

Empezó a padecer ataques crónicos de náuseas. Perdió por completo el apetito y empezó a dejarse ir. Al final incluso perdió el interés en hacer planes para el futuro. Dispersamos sus cenizas en el mar, junto con las de mi padre, en un lugar llamado Cedar Point, cerca de Sag Harbor, por donde habían navegado a menudo en su velero. Tienes que odiar que el mundo siga adelante.

Incluso antes de que murieran mis padres, me había vuelto mucho más temerario. En Dubái, escribiendo un reportaje sobre el tráfico de seres humanos, empecé a seguir los pasos de unos traficantes uzbecos y sus protectores locales y tuve que salir por piernas del emirato. En México investigué las tramas del crimen organizado, pero metí las narices demasiado dentro de la guarida del león. Ese era el trabajo que juré dejar de hacer cuando nació Mollie. Y los mismos impulsos se apoderaban de mí cuando hacía surf. Fui a Oaxaca a surfear en Puerto Escondido, que suele considerarse la mejor ola orillera del mundo. Destrocé dos tablas y volví a casa con un oído perforado. No me estaba haciendo un surfista de olas grandes —nunca tendría el temple suficiente para llegar a serlo—, pero sí me estaba metiendo en lugares para los que no estaba capacitado. En los días de olas grandes en Puerto, yo les sacaba varias décadas a los demás surfistas.

¿Qué demonios creía que estaba haciendo? Me gustaba la idea de envejecer con dignidad. La alternativa, por supuesto, era desoladora, pero casi nunca pensaba fríamente en la edad que tenía. Y por lo tanto, no era capaz de dejar pasar la más remota posibilidad de coger una buena ola. ¿Era una forma de duelo que se manifestaba intentando volver al pasado para volver de nuevo a desafiar a la muerte? No creo que fuera eso. Pocas semanas después de haber cumplido sesenta años, me metí en dos tubos seguidos, en Pua'ena Point, en la costa norte de Oahu. Yo no había vuelto a surfear unos tubos tan largos y profundos desde que surfeé en Kirra, más de treinta años atrás. Las dos olas me dejaron salir ileso. Pero lo importante era estar en contacto con tamaña belleza (o mucho más que estar en contacto: estar inmerso en ella, ser penetrado por ella). Al lado de eso, el peligro físico era una mera nota a pie de página.

Selya era un compañero excelente para esta búsqueda-obsesiva-de-olas-antes-de-que-sea-demasiado-tarde. Cumplió cuarenta años y le empezaron a escasear los papeles protagonistas. Me contó que aún podía saltar y levantar y coger en el aire a sus parejas, y bailar como en sus mejores tiempos, pero los productores preferían rostros más jóvenes y cuerpos más jóvenes. Tuvo un buen papel en 2010, en un musical de Twyla Tharp basado en las canciones de Frank Sinatra. En mi opinión, el mejor número del musical era el solo de John en September of My Years. Fue un baile contenido, casi meditativo, elegante, y ningún espectador pudo dejar de percibir el simbolismo. «Yo quería que ese solo de baile estuviera hecho a la medida de John», declaró Twyla Tharp en una entrevista en el New York Times. Después de ciento ochenta y ocho representaciones en Broadway, Selya se llevó el musical de gira como asistente de dirección y siguió actuando en él. Se dedicaba a coreografiar, enseñar, escribir un guion, y aun así, como bailarín, su carrera iba en declive. Oí que alguien le preguntaba en una fiesta por sus futuros proyectos. Selya citó un asteroide del que se hablaba mucho en las noticias porque se estaba acercando

demasiado a la Tierra, creando una gran alarma entre la gente. Él esperaba que se produjera un impacto total. Esa sería la mejor expectativa para su carrera.

Intentó canalizar su furia surfeando. Lograba convertir los días de olitas ridículas en Long Island en una terapia, extrayendo de unas olas que solo llegaban a la cintura cada átomo de potencia gracias a sus técnicas de skater. ¿Era posible que a estas alturas siguiera mejorando cada día? Sí, porque nunca flaqueaba la atención que ponía en todos los aspectos técnicos. Era a la vez un frenético entusiasta y una persona eternamente paciente. Y así, perfeccionaba el estilo y conseguía que pareciera muy fácil, sin dejar por ello de exigirse cada vez más. Era capaz de percibir en el surf de los demás unas sutilezas que yo nunca había sido capaz de detectar en toda mi vida. Según Selya, los surfistas de la Costa Oeste, tras surfear con éxito una ola, se pasaban la mano por el pelo en el momento de la salida. En cambio, los australianos, en la misma situación, se sonaban la nariz. A mí me pareció una costumbre demasiado idiota para ser verdad, pero un día, viendo un vídeo de surf, Selya dijo: «¡Perfecto! Y ahora te toca sonarte la nariz». Como si hubiera estado sincronizado, el surfista del vídeo se sonó la nariz en ese mismo momento. «Es de los buenos».

Cuando soplaba el viento del nordeste, si no estaba de gira en Dinamarca o en Dallas, Selya siempre estaba dispuesto a desplazarse al este o al sur, dependiendo del viento. Sabía interpretar muy bien la información que daban en Instagram algunos expertos locales sobre barras y espigones, y rara vez nos equivocábamos al seguir sus intuiciones. Cuando Jackie estaba trabajando lejos de Nueva York, Selya iba a hacerle compañía, pero si su mujer estaba en un lugar cercano a la costa, él se llevaba las tablas. Estaba en Boston cuando llegó una marejada que incendió todos los cabos de Nueva Inglaterra. En los SMS que me enviaba parecía flotar en éxtasis.

Una de aquellas marejadas fue la del huracán Irene. Viví el paso del borde frontal del huracán en Montauk. Fue maravilloso. Luego volví a toda prisa a casa para compartir la noche de vientos huracanados con Caroline y Mollie. Por la mañana, cuando la tormenta se desvió tierra adentro y empezó a destruir Vermont, los vientos rolaron a poniente, y con el permiso de mi familia, me fui solo a Nueva Jersey. Los surfistas de la Costa Este mantienen una relación vampírica con los huracanes que arrasan el Atlántico, ya que los esperan con impaciencia mientras estos van provocando la destrucción en las islas del Caribe y también, en ocasiones, en territorio norteamericano, a veces incluso en la propia Costa Este. En este sentido, Irene fue un huracán dañino (pero Sandy fue aún peor). Nueva Jersey no se llevó la peor parte, pero cuando llegué, las playas estaban cerradas al público, una medida ridícula ordenada por el gobernador. (Palabras de Chris Christie, el gobernador, dirigiéndose al público poco antes de la llegada de Irene: «Largaos enseguida de la playa… ¡Ya os habéis bronceado lo suficiente!»). Las olas eran buenas y limpias y el viento fue amainando. Aparqué a unas cuantas manzanas de la orilla, fui de puntillas a la playa y surfeé durante horas. Mi ola favorita de la Costa Este, una derecha que gimotea junto a una escollera, se puso en marcha al caer la tarde. Era una ola casi demasiado grande para mí, pero yo estaba solo en el agua, y eso significaba que podía elegir con cuidado la ola que iba a surfear entre las numerosísimas series perfectas que pasaban a mi lado. Elegí las olas que iban estrechándose hacia el norte. Eran oscuras y hacían mucho ruido y eran extraordinariamente buenas. En la oscuridad de la costa se veían las luces rojas y azules de los coches patrulla de la policía. La escena tenía la consistencia irreal de un sueño, salvo que mis sueños surferos siempre están marcados por la frustración o el temor o una angustiosa variedad de cuasi rememoración, y nunca por la satisfacción de las olas surfeadas con éxito. Yo no sabía si la poli me estaba esperando, pero quise asegurarme y me quedé en el agua hasta que se hizo de noche, y luego volví remando por otra dirección, dos escolleras más al norte, y allí alcancé furtivamente la orilla.

Antes creía que mi trabajo era la antítesis del mundo del espectáculo. Ahora ya no estoy tan seguro. Cuando era joven y veía a mi padre trabajando en el plató, o bien en las localizaciones exteriores, yo tenía la impresión de que él estaba viviendo con otra familia. El equipo de una película es un mundo lleno de emociones, propósitos diversos, grandes personalidades. Es gente que no se conoce y que de repente tiene que empezar a convivir, relacionándose de forma tempestuosa y complejísima, pero solo por un tiempo limitado. «Venga, acabemos de una vez». Pero casi todos mis proyectos —sobre todo las grandes crónicas y reportajes— siguen un curso muy similar. Me pego a la gente sobre la que voy a escribir. Vamos juntos de un sitio a otro y ellos me explican su mundo a base de conversaciones. Y luego, en un momento dado, se publica la crónica, se termina la historia y nuestra relación finaliza por completo. Desmontad los decorados. A veces seguimos en contacto y nos hacemos amigos, pero eso solo ocurre muy de vez en cuando. Selya vive su propia versión de este proceso con cada espectáculo que protagoniza. Y yo tengo suerte: tengo un equipo que me sirve de casa, la revista para la que he trabajado durante décadas. Casi todos mis amigos, ahora que caigo, son escritores o surfistas o las dos cosas a la vez. Nunca me han gustado los espejos, pero ahora, cuando me veo reflejado en uno, siempre creo ver a mi padre. Tiene aspecto apesadumbrado, incluso avergonzado, y eso me resulta doloroso. Tenía tanta energía. Una vez, sin embargo, me confesó que todo se debía al temor al fracaso. Cuando ya era mayor, y un día se despertó en el hospital tras una intervención de rodilla, me miró indignado y me preguntó: «¿Cuándo te han salido tantas canas?».

Mollie recibe unas atenciones muy distintas de las que me proporcionaron mis padres. La adoramos, la introducimos en todos los aspectos de nuestras vidas, le prestamos toda la atención posible y siempre la escuchamos con sumo interés. A menudo me preocupa pensar que somos unos padres sobreprotectores. Cuando mi hija tenía cinco o seis años, estábamos zambulléndonos bajo las olas en Long Island. Juzgué mal una ola más grande que las demás y se me soltó su manita. Cuando salí

a la superficie y no pude verla por ningún lado, esos instantes fueron tan terroríficos como una inmensa pared a punto de abalanzarse sobre mí. Enseguida la vi salir a flote a unos pocos metros de donde yo estaba; lloraba asustada y me miraba con expresión de haberla traicionado, pero no quiso volver a la orilla, no, gracias. Lo único que quería es que yo tuviera más cuidado. Y bien que lo tuve. Recordé mis pensamientos en posición fetal bajo las olas marrones de Will Rogers, antes siquiera de que yo supiera hacer bodysurf. ¿Había alguien vigilándome desde la orilla? Lo dudo mucho. La única forma en que aprendías a manejarte entre las olas era a base de castañazos por cada error cometido. Pero yo no me veía con ánimos de dejar que mi hija aprendiera de aquella manera. Por fortuna, el surf no le interesa en absoluto, aunque sí le gusta hacer la marsopa en el agua. Mollie posee —cosa que alivia mucho mis temores— una veta de autonomía personal que no necesita ser estimulada. Cuando sus padres la dejan en un campamento de verano, los que lo pasan mal son ellos. A los doce años empezó a coger el autobús urbano, ella sola, para ir al colegio, y eso la llenó de una serena alegría. Por el momento, nuestra línea roja sigue siendo el metro.

¿Pienso en mi hija cuando corro riesgos estúpidos? Claro que sí. En marzo de 2014, inesperadamente, me quedé sin aire bajo dos olas en el pico otrora famoso de Makaha, en el lado occidental de Oahu. Era un día lluvioso, sin viento. Había terminado de dar un seminario sobre escritura en Honolulu y tenía un par de horas libres antes de coger el avión de vuelta a casa. Los partes meteorológicos decían que las olas de Makaha eran grandes —de tres a casi cinco metros—, pero me parecieron más manejables que las de la costa norte, así que me fui para allá. Desde la playa, lo único que se veía era espuma y niebla. No me había llevado el gun a Hawái, y en ese momento descubrí que había sido un grave error. Había unos pocos surfistas remando en el agua, metiéndose a través de un canal, amplio y de fácil acceso, orientado hacia el sur, pero todos llevaban las macizas tablas especiales para olas grandes. Yo tenía una liviana 7′2″ de cuatro quillas que me gustaba mucho —era la

tabla con la que me había metido en aquellos dos tubos de Pua'ena Point el invierno anterior; las quillas interiores sujetaron el vaciado de la cara inferior como si fueran garras—, pero estaba claro que no era la tabla adecuada para un día como aquel. Sin embargo, me metí en el agua. Imaginé que iba a lamentar mucho más no meterme que haberme metido, porque lo lamentaría con la corrosiva y autodespectiva congoja que sentí a los catorce años cuando no me atreví a meterme en Rice Bowl. Hubiera sido diferente, claro, si hubiera podido ver las olas. En Puerto Escondido, en el día de olas más grandes que tuvimos allí, nunca se me pasó por la cabeza meterme en el agua. La gente surfeaba, pero yo me habría ahogado con toda seguridad, y eso yo lo tenía muy claro. Makaha, sin embargo, era un pico menos peligroso, y sentí que como mínimo tenía que comprobar de cerca cómo eran las olas.

Resultaron ser asombrosamente hermosas. El canal, con unas olas grandes, lisas, muy bien sincronizadas, parecía actuar como un impetuoso telonero con acompañamiento orquestal. El pico, cuando por fin se hizo visible, era un área inusualmente espaciosa, sin demasiados surfistas, al menos durante los intervalos de calma, con un pequeño grupo en el lineup y otro grupo más pequeño a unos doscientos metros más arriba del pico. El grupo más próximo quería surfear en Makaha Bowl, una gigantesca sección final que aparecía constantemente en las revistas y en las películas de mi juventud. El otro grupo esperaba las olas de Makaha Point, una ola que había sido fotografiada muy pocas veces. En los días de olas grandes, los dos picos están conectados por una ola larguísima que rompe a una velocidad terrible y que casi nunca se puede surfear. El Bowl perdió su prestigio hace mucho tiempo frente a olas más huecas que rompen más cerca de la orilla. Makaha Point, en cambio, conserva una cierta reputación clandestina. Tomé con cautela una ruta que iba al Bowl, permaneciendo en las aguas profundas que había hacia el sur. Unas olas pequeñas, que no eran pequeñas en absoluto, ya

estaban rompiendo en la zona interior y no dejaban ver la orilla. Yo seguía mirando con cautela el horizonte.

Caía una fina lluvia y la superficie del mar era pálida y cristalina, casi de color blanco: tenía el mismo gris apagado que el cielo. Las olas que se aproximaban eran mucho más oscuras. Cuanto más oscuras, más se elevaban. Y todo se desarrollaba en una escala cromática muy precisa de blancos y negros.

La gente del Bowl era más bien mayor. Había dos tíos que tenían más o menos mi edad. Casi todo el mundo tenía un gun. El estado de ánimo que reinaba era una mezcla de excitación y reserva, pero no era hostil en absoluto. Tuve la impresión de que aquellos tíos, casi todos locales de West Oahu, vivían únicamente para aquellas olas. Seguí a la manada, apartándome cuando llegaban las series grandes. Cuando las olas se oscurecieron a lo lejos, mar adentro, remé a toda velocidad hacia el canal. En el momento en que estaban a punto de romper, las paredes se volvían prácticamente negras. Mi tabla no servía para aquellas olas. Allí solo había dos o tres tíos que quisieran surfear las olas grandes. Un hawaiano ya mayor con un enorme gun amarillo se metió muy tranquilo en la tripa de unos cuantos monstruos. En tres horas yo solo cogí tres olas. Conseguí surfearlas todas, pero hacía las bajadas a destiempo, no las completaba bien y mi tabla oscilaba bajo mis pies. Cada vez que hacía las bajadas, en contra de mi costumbre, me ponía a gritar. Mis olas no fueron especialmente grandes y no las surfeé demasiado bien.

Llegaron un par de series muy limpias: paredes de seis metros que rompían mar adentro, en aguas más profundas. Esas olas nos atraparon a todos. Conservé la calma y me sumergí a tiempo, lo más hondo que pude. Una de las olas me rompió el invento. Un socorrista que iba en una moto acuática, y que se había apostado en el canal, se metía a toda velocidad en la zona de impacto cuando se rompían las tablas o los inventos. El hombre rescató mi tabla de la zona interior. Cuando me la devolvió, me miró a los ojos, pero todo lo que me dijo fue: «¿Estás bien?». Yo me

sentía casi en éxtasis. Estaba asustado, sí, y además llevaba una tabla que no me servía, pero estaba viendo cosas que no iba a olvidar en toda mi vida. Si las olas tienen la pared negra, el color de las tablas es muy importante: el tío de la tabla roja no va a coger la ola; el tío de la tabla naranja sí que la va a coger. ¿Ves esa tabla naranja metida en la pared negra, intentando reunir la fuerza suficiente para hacer la bajada? El hawaiano ya mayor de la tabla amarilla estaba haciendo las maniobras más deslumbrantes y más vehementes en las paredes más altas y más negras de las olas. Otras olas, al romper, se volvían de color cobalto en la parte de arriba, justo por debajo del labio. Y otras, las más grandes, que formaban tubos en el pico, se teñían de un tono más cálido de azul marino en la parte más sombreada de las fauces. En aquel momento era como si el cielo gris ya no formara parte de la escala cromática, porque el océano estaba aportando sus propios colores marinos.

Los surfistas de Makaha Point usaban tablas cortas. Las olas de esa zona no eran tan grandes como las olas monstruosas del Bowl, pero eran largas paredes grises que se iban anudando, en las que se metían unas diminutas siluetas que parecían caer del cielo y que luego iban siguiendo la línea bajo la sombra del labio, surfeando olas gigantescas con un estilo inimitable y una especie de respetuosa despreocupación. ¿Quiénes eran esos tíos? Yo tenía demasiado miedo como para acercarme remando hasta allí, y jamás en mi vida conseguiría surfear como ellos, pero solo por ver esas cosas me sentía colmado de alegría.

El susto que me llevé en Makaha se debió a varias razones: la impaciencia, la distracción por estar observando a esos surfistas, y por último, un estúpido exceso de confianza en mí mismo. Yo era como un sonámbulo que estaba viviendo una especie de regresión en el tiempo. Me alejé del borde del canal del Bowl, donde había estado buscando rampas de lanzamiento de última hora, y fui remando hasta la zona de impacto. Unas olas magníficas, que llegaban directamente desde Makaha Point, pasaban rugiendo por allí sin que nadie las surfease. Me dio la impresión de que podría cogerlas incluso con mi tabla. Nadie surfeaba allí porque el lugar para el

takeoff estaba en una zona muy peligrosa, en la zona interior del Bowl más alejada de la costa: un sitio totalmente inapropiado para una serie de olas grandes. Hice una pequeña apuesta con el destino —cogería una ola grande antes de que llegara la siguiente serie— y me metí en la zona de impacto. Fue una pésima apuesta, la apuesta de un haragán, y la perdí. Las olas que me atraparon tenían el tamaño de una montaña. Pensé que todo iría bien porque el agua parecía lo suficientemente profunda. Nadé hasta el fondo con todas las fuerzas que pude reunir, pero no me pude librar de las turbulencias. Grandes columnas de fuerza bruta tiraron de mí y me vapulearon. No tuve un ataque de pánico, pero me quedé sin oxígeno. Tuve que agarrarme al invento y subir a por aire antes de que fuera seguro hacerlo. Cuando salí a la superficie me costó trabajo respirar porque todo estaba lleno de espuma y la corriente de la resaca era muy potente. Pero solo tuve tiempo de respirar dos o tres veces porque la siguiente ola era aún más grande y ya había empezado a romper, ansiosa por aniquilarme. En ese momento fue cuando me acordé de Mollie. Por favor, que no llegue mi hora. Me necesitan.

Más tarde concluí que había sido por culpa de la edad. Había perdido la habilidad de hacer cálculos apresurados y la intuición correcta sobre la capacidad de mis pulmones. Es evidente que logré sobrevivir a la segunda ola, pero una vez más me quedé sin oxígeno mucho antes de lo que había calculado. Aquel día el intervalo entre olas era bastante largo, lo que me libró de haber sufrido un revolcón de dos olas del que probablemente no habría sobrevivido. La tercera ola resultó más pequeña y logré volver al canal. Después me sentí en paz. Avergonzado de mí mismo, profundamente exhausto, pero dispuesto a no volver a hacerlo nunca más: no volvería a exponerme a romperme el cuello, no volvería a encomendar mi alma al océano salvaje en busca de alguna clase de absolución. En el taxi que me llevaba a casa desde el aeropuerto de Newark, mi nariz todavía chorreaba agua de mar.

Si no estoy de viaje o no estoy surfeando en algún lugar cerca de casa, procuro nadar un kilómetro y medio al día en una piscina cubierta de West End Avenue. Esta modesta rutina, junto con los ejercicios de gimnasia que la acompañan, supone mi salvación como surfista. En los tiempos en que tenía la fortaleza suficiente, yo creía en la máxima de Norman Mailer de que el ejercicio físico, desprovisto de pasión, competitividad, o peligro o propósito, no fortalecía el cuerpo, sino que simplemente lo desgastaba. Y en este sentido, nadar en una piscina siempre me había parecido un ejercicio inútil. Pero ahora ya no puedo permitirme opinar eso. Si no nado, en poco tiempo seré una mole de grasa con forma de pera. Mi ejercicio regular en las aguas cloradas es todo lo que me separa de una existencia exclusivamente dedicada al longboard. Ahora me olvido de la capacidad pulmonar que se requiere para las olas grandes; lo único que quiero es ser capaz de remar y de ponerme en pie sobre la tabla. La primera vez que me sentí demasiado mayor para surfear, cuando las olas de Madeira, a mitad de los años noventa, me tumbaron y me disuadieron, nunca había nadado en una piscina ni había tocado unas pesas. Ahora estoy mejor preparado físicamente que antes. Pero aun así, ponerme en pie se hace más difícil y más arriesgado cada año. Y ya no se trata de ejercicios de mantenimiento, como diría Selya. Simplemente se trata de retardar todo lo posible el declive físico.

Selya, como todo verdadero nativo del Upper West Side, cree que Jerry Seinfeld es un genio. Seinfeld, que no tiene ninguna necesidad de trabajar, todavía hace monólogos humorísticos —unos cien al año— y aún sigue perfeccionando obsesivamente sus sketches. Dice que seguirá haciéndolos hasta que «cumpla ochenta años, y muchos más». En una entrevista reciente, se comparó con los surfistas: «¿Por qué siguen surfeando? Es por una especie de pureza. Estás solo. La ola es mucho más grande y fuerte que tú. Siempre estás en inferioridad de condiciones. Las olas van a hacerte polvo y tú lo sabes. Pero lo aceptas y lo conviertes en una breve y diminuta forma artística sin sentido alguno».

A Selya le han diagnosticado hace poco artritis en una cadera. Puede bailar y enseñar, pero ya no puede surfear, le duele demasiado. Se sometió a una artroplastia. Durante el periodo en que no pudo surfear, seguía acompañándonos en nuestros viajes de surf. Mientras los demás surfeábamos, él hacía bodysurfing. Era mucho mejor que quedarse varado en tierra, nos decía.

Al final de mi ignominioso periodo como cliente de lujo en Tavarua, destrocé la última tabla Owl que me quedaba. Primero, las olas de Cloudbreak la doblaron y despellejaron un poco la parte inferior. Y luego, cuando estaba surfeando una ola, de repente se abrió una raja que llegaba hasta las quillas y que dejó al descubierto un metro de fibra de vidrio. Una de las quillas se desprendió. Eso ocurrió en 2008, al final de la semana, cuando estaban empezando a llegar las olas grandes. Por suerte, Selya se había llevado a Tavarua una tabla para olas grandes. La suya era de color bermellón, pero en todo lo demás idéntica a la mía. Tras la sesión matinal que destrozó mi tabla, se levantó un feo viento del norte. Soplaba de mar y en sentido lateral, todo a la vez, una dirección terrible en Cloudbreak. Las barcas dejaron de navegar. Yo quería ir a echar un vistazo, aunque nadie más parecía interesado en hacerlo. Era evidente que yo sufría la fiebre compulsiva que me contagiaba Cloudbreak. Simplemente tenía que ir. Convencí a unos barqueros para que me llevaran hasta la ola y surfearan conmigo. Selya me prestó su tabla Owl, por si acaso conseguía encontrar algo. Mientras cruzábamos el canal, cesó de soplar el viento norte y el mar se puso cristalino. Yo estaba entusiasmado, aunque los barqueros se mostraban muy cautelosos. Selya, según averigüé después, se plantó en una torre de vigilancia, una plataforma cubierta que se elevaba sobre las copas de los árboles en la parte suroccidental de la isla, y estuvo observándonos con unos prismáticos durante todo el tiempo que estuvimos en el agua.

Cuando llegamos a Cloudbreak, las olas parecían perfectas. Aún quedaban algunos baches, vestigios del viento norte que había soplado, pero las olas se estaban limpiando y empezaban a alcanzar las mejores condiciones. Eran medio

metro más altas que por la mañana, y las líneas del oleaje, a lo lejos, eran tan largas y regulares como en los mejores días que yo había visto allí. Uno de los barqueros, un goofy de hombros cuadrados llamado Inia Nakalevu, se echó al agua conmigo. Su compañero, un californiano llamado Jimmy, se quedó en la barca, que fondeó en el canal, y dijo que quizá se uniría a nosotros más tarde.

Las dos primeras olas que cogí fueron de calentamiento, para probar la tabla y probar la ola. La tabla era perfecta: estable pero ágil, rápida, familiar. Las olas eran compactas, de unos tres metros, y empezaban a romper a una velocidad terrible en la parte de abajo del arrecife. Intenté meterme con mucho cuidado y conseguí surfearlas sin problemas. Me di cuenta de que Inia, después de surfear sus olas, remaba mucho más fuerte de lo acostumbrado y sacudía la cabeza. Yo conocía bien aquella sensación: era algo demasiado bueno para creerlo. Mi tercera ola era más grande y más peligrosa. Me metí más adentro, a la sombra del labio, haciendo giros más largos para ir cogiendo velocidad y deslizarme todo lo deprisa que pudiera. No fue un tubo complicado que me exigiera una gran pericia técnica. Solo tenía que dejar que la tabla fuera a toda máquina mientras me mantenía alejado de la base de la ola, donde el labio golpeaba produciendo un estampido. Al final aparecí a plena luz del sol, muy lejos, en la zona interior. Hice un último giro en forma de S, para salir antes de que la ola se estrellase contra el arrecife. Mientras remaba en sentido paralelo a la costa, buscando una zona sin olas, intenté recordar la última vez que había surfeado una ola tan buena y con la misma excitación. No pude. Habían pasado muchos años.

Después del orgullo viene la caída, y cogí la siguiente ola demasiado a la ligera. Quise hacer el primer bottom turn a una velocidad excesiva y no me preocupé de mirar por encima del hombro para averiguar lo que la ola tenía intención de hacer; muy al contrario, me concentré por completo en el giro a toda velocidad. La punta de la tabla debió de chocar contra un bache que yo no había visto, provocado por los restos de la mar picada que había traído el viento norte. Me

caí de bruces, y tan deprisa que ni siquiera tuve tiempo de protegerme la cara con el brazo. La parte lateral de mi cabeza chocó contra el agua con tal fuerza que creí haber chocado contra un objeto sólido, o incluso que algo había impactado contra mí. La ola, por suerte, me expulsó en vez de succionarme. Me había pegado el costalazo antes siquiera de que la ola hubiera empezado a romper. Mi tabla se puso a girar en el agua. En cuanto pude, empecé a remar. La cabeza me zumbaba con gran intensidad. Estaba aturdido. Empecé a toser y vi sangre; me estaba llegando la sangre a la garganta. No me dolía, pero tenía que expulsar la sangre tosiendo para poder respirar. Llegué a aguas tranquilas y me senté sobre la tabla. Seguía tosiendo sangre. El zumbido en la cabeza fue amainando; ahora solo tenía la impresión de que alguien me había dado una bofetada.

—¡Bill! —Inia había visto la sangre y quería que nos volviéramos a la barca—. ¿Puedes remar?

Sí, podía remar. Me sentía bien, salvo por el dolor de cabeza y la necesidad de toser. Le dije que estaba bien y que quería seguir surfeando.

—¡No puedes!

Inia parecía aterrorizado. Su trabajo consistía en cuidar de los clientes. Empecé a sufrir por él.

—Estoy bien.

Inia me miró a los ojos. Tenía veintimuchos años: ya no era un muchacho, sino un hombre hecho y derecho. Su mirada tenía una sorprendente profundidad.

—¿Conoces a Dios, Bill? —preguntó—. ¿Sabes que Dios te ama?

Quería que le diera una respuesta.

—No mucho —murmuré.

La mirada ceñuda de Inia cambió: ahora lo que le preocupaba era mi alma, no mi tos.

Hicimos un trato: continuaríamos surfeando, pero él se quedaría muy cerca de mí —si es que eso significaba algo—, y yo tendría mucho cuidado —si es que eso también significaba algo—.

Las olas aumentaban de tamaño y las líneas cada vez eran más largas. Fuimos remando sobre una gran serie que, vista desde atrás, parecía formada por olas que se cerraban, imposibles de surfear. Inia se puso a observar las olas. Otra preocupación más.

Ahora ya no me zumbaba la cabeza. Quería coger una ola. Se estaba acercando una de aspecto inmejorable que ya empezaba a hacer ruido por el arrecife.

—No, Bill, esta no —dijo Inia—. Va a cerrar.

Seguí su consejo y pasé remando por encima de la ola. La siguiente ola parecía idéntica.

—Esta sí —dijo Inia—. Esta es buena.

O sea que nuestro trato era así: yo iba a fiarme del criterio de Inia. Me di la vuelta y empecé a remar hacia la ola. Su intuición era extraordinaria. La ola que cogí formó un tubo perfecto sobre el arrecife. Ahora me daba cuenta de que la ola anterior, que me había parecido idéntica a esta, había empezado a romper por todas partes al mismo tiempo, algo que debería haber identificado como una mala señal. Surfeé con mucha cautela, yéndome para casita. Cuando salí de la ola, vi que Inia había cogido la que venía justo detrás de la mía. Así era su método para quedarse cerca de mí. Estaba surfeándola con toda su alma, al límite de sus posibilidades, justo lo contrario de lo que había hecho yo. Tenía el semblante feroz, los ojos como dos linternas. Inia, por lo que pude ver, estaba profundamente enamorado.

Cuando volvíamos remando a la orilla, le pregunté si Dios amaba a todo el mundo.

Inia puso cara de gozo. Su respuesta fue un enfático «sí».

Pero entonces, ¿cómo permitía que hubiera guerras y enfermedades?

—Quien es juez de toda la tierra, ¿no ha de ser justo por fuerza?

Inia era predicador laico y se sabía de memoria las escrituras. Estaba sonriendo. Bienvenidos al debate teológico: a lo mejor hasta lograba convertirme. Inia era un Hiram Bingham completamente al revés: el evangelista de piel oscura perdidamente enamorado del surf.

Y así seguimos surfeando. Inia me desaconsejó algunas olas y me animó a meterme en otras. Nunca se equivocaba. Yo no entendía las señales por las que él se dejaba guiar ni podía ver las diferencias que él veía en las olas. Fue una sublime demostración de conocimiento de las olas locales. Y además, me libró de todo riesgo: yo procuraba surfear con mucha prudencia y no me caí ni una vez. Vi que Inia, jugándoselo todo a una carta, cogía un tubo gigantesco. Cuando salió de la ola, me dijo que era la mejor ola de su vida. «¡Alabado sea Dios!», dije. «¡Aleluya!», exclamó.

Ese mismo día, más tarde, Selya me contó que lo único que pudo ver, desde su observatorio a kilómetro y medio de distancia, fueron los takeoffs y su minúscula tabla roja recortándose contra las olas verde limón. Después, a medida que las olas se doblaban hacia el arrecife, solo se podía divisar la estela que dejábamos: finas hebras blancas que se iban extendiendo a lo largo de la línea de la ola.

Siguieron llegando olas, relucientes y misteriosas, llenando el aire de júbilo austero. Inia estaba lleno de ardor, como surfista, como predicador. Y yo, ¿seguía teniendo dudas? «Aunque tiemble la tierra y las montañas se hundan hasta el fondo

del mar; aunque se levanten grandes olas y sacudan los cerros con violencia, ¡no tendremos miedo!».

Yo seguía teniendo dudas. Pero no tenía miedo. Y no quería que aquello se acabara jamás.

Fotos

Grajagan, Java, 1979.

© Mike Cordesius

Notas:

[1] En español en el original. (N. del T.). <<

[2] Acróstico de Rothman's, imposible de traducir respetando las iniciales que le dan su sentido original: «Right on, Tom, hold my ass, now shoot!». (N. del T.). <<

[3] Somos el ejército de la canción protesta, / todos nos preocupamos mucho, / todos odiamos la pobreza, la guerra, la injusticia, / cosa que no hacéis vosotros, cabezas cuadradas. (N. del T.). <<

[4] El juego de palabras es intraducible: «tight pussy» significa a la vez «gatita borracha» y «coño de primera». (N. del T.). <<

[5] En castellano en el original. (N. del T.). <<

Años salvajes nos habla de una obsesión, la de William Finnegan con el surf. Finnegan comenzó a hacer surf de pequeño en Hawái y California. En los años setenta, tras finalizar sus estudios universitarios, su pasión le llevó a dejarlo todo y emprender un viaje iniciático por Samoa, Indonesia, Fiyi, Java, Australia y Sudáfrica.

Este precario y singular viaje, por tierras cada vez más salvajes, y en el que varias veces estuvo al borde de la muerte, terminó llevándolo de vuelta a su país, donde se convertiría en un reconocido escritor y corresponsal de guerra. En Estados Unidos, pese a su nuevo trabajo, su pasión por las olas se mantiene intacta: continúa su búsqueda de la ola perfecta –la más grande, la más rápida, la más peligrosa– en San Francisco, la Costa Este o Madeira. Una búsqueda incesante que es, también, la del sentido de su existencia.

Galardonado con el Premio Pulitzer 2016, *Años salvajes* es una fascinante historia de aventuras y una autobiografía literaria de primerísimo nivel. Es, además, y sin ningún género de dudas, el mejor libro sobre surf que se haya escrito nunca.

«Este relato de un surfista en busca de la trascendencia es una obra maestra que recuerda al primer James Salter.» **Geoff Dyer (The Observer)**

«Finnegan ha escrito realmente un libro de surf, claro, pero en el fondo, *Años salvajes* ofrece una sagaz visión de una infancia americana. Como *Hacia rutas salvajes* de Krakauer, es una indagación empática de lo que ocurre cuando las ideas literarias sobre la libertad y la pureza calan en un joven y lo llevan a los lugares más recónditos del mundo.» **Jay Caspian (The New York Times Magazine)**

BIC: BM
ISBN 978-84-16213-88-7

www.librosdelasteroide.com